

DAD AU... A DE NUEVO
CIÓN, GE... DE BIBLIOTEC



SOUILLÉ

LAS
CUATRO EPOCAS



PQ2429

.S5

C8

C. 1

9(00):B6

5

E. VILVULIÉ



1080078779

9(00):86

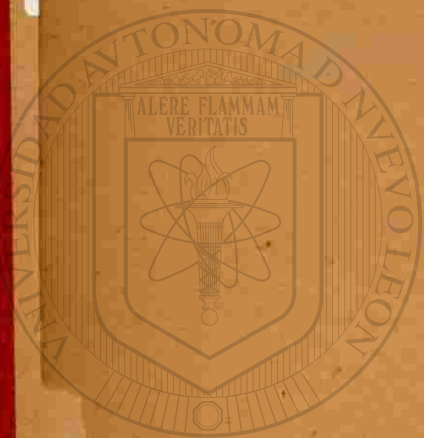


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA UNIVERSAL

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

—
COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

—
TOMO XXVIII.

LAS CUATRO ÉPOCAS

(SOULIÉ).

—
TOMO PRIMERO.

LOS CELTAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE EDITORIAL Y ADMINISTRACIÓN

MADRID,

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

calle de Leganitos, 18, 2.º

1877.

015138



BIBLIOTECA



FONDO
P.B. PUBLICA DEL ESTADO

Madrid, 1877.—IMP., EST. Y GALV. DE ARINAU Y C.^{ta}

SUCESORES DE RIVADENEIRA

IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,

calle del Duque de Osuna, número 3.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON PRÁXEDES MATEO SAGASTA.

MUY SEÑOR MIO Y MI DISTINGUIDO AMIGO:
Ni mi ingenio ni mi ilustracion alcanzan poder
ofrecer á V. un trabajo original, digno de que
el esclarecido nombre de V. se imprima á la ca-
beza de páginas mias; ampárome, pues, en el
talento del célebre Soulié y dedico á V. la pobre
version de una de las mejores obras del gran
publicista frances.

Si grandes han sido mis atrevimientos po-
niendo mis manos sobre **Las Cuatro épocas**, y
colocando el nombre de V. al frente de mi tra-
duccion, sirvanme al ménos de disculpa la mu-
cha aficion que profeso á aquel insigne escritor
y el grandísimo deseo que me anima de probar
y V. mi adhesion, mi amistad y mi gratitud.

De V., con la más distinguida consideracion,
Guillermo Autran.

Chiclana, Enero de 1877.



PRÓLOGO DEL EDITOR.

La obra que ofrecemos hoy á los constantes favorecedores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL es una de las más notables que el mundo literario debe al inmortal SOULIÉ. Sus Cuatro épocas es un libro que al par instruye y deleita, retratando, en el relato de cuatro interesantes historietas, los hábitos y costumbres de los *Celtas*, los *Galos*, los *Romanos* y los *Cristianos*, con tan hábil ingenio y tanta propiedad, que el pensamiento se remonta é identifica con los tiempos á que cada una de ellas se refiere.

Vertida toda la obra al castellano severamente por la correcta dicción del conocido literato *D. Guillermo Autran*, é ilustrada con un considerable número de no-

tás, publicamos hoy la primera parte, y sucesivamente, ó alternando con las demás producciones que tenemos ofrecidas, se darán á la luz de la imprenta las otras partes restantes.

Madrid, Enero de 1877.



PRIMERA ÉPOCA.

LOS CELTAS.

I.

Era la estación triste y sombría en que se cubre la tierra de amarillenta alfombra formada por las hojas secas que se desprenden de los árboles, quedando estos despojados de sus vestiduras, á semejanza del hombre cuando se dispone y prepara á un prolongado y tranquilo sueño. Porque el otoño es, á no dudar, el crepúsculo vespertino de la noche-invierno que representa el sueño de la naturaleza: son las horas en que duermen los perfumes, y la vegetación reposa durante ese tiempo-noche para adquirir nuevas y vigorosas fuerzas al despertar bella y engalanada en el amanecer de la primavera.

También era la más triste hora del día, esto es, el crepúsculo de la tarde: el sol, rojizo y ensangrentado, había desaparecido ya del horizonte, y una espesa bruma,

tás, publicamos hoy la primera parte, y sucesivamente, ó alternando con las demás producciones que tenemos ofrecidas, se darán á la luz de la imprenta las otras partes restantes.

Madrid, Enero de 1877.



PRIMERA ÉPOCA.

LOS CELTAS.

I.

Era la estación triste y sombría en que se cubre la tierra de amarillenta alfombra formada por las hojas secas que se desprenden de los árboles, quedando estos despojados de sus vestiduras, á semejanza del hombre cuando se dispone y prepara á un prolongado y tranquilo sueño. Porque el otoño es, á no dudar, el crepúsculo vespertino de la noche-invierno que representa el sueño de la naturaleza: son las horas en que duermen los perfumes, y la vegetación reposa durante ese tiempo-noche para adquirir nuevas y vigorosas fuerzas al despertar bella y engalanada en el amanecer de la primavera.

También era la más triste hora del día, esto es, el crepúsculo de la tarde: el sol, rojizo y ensangrentado, había desaparecido ya del horizonte, y una espesa bruma,

producida por las evaporaciones de grandes lagunas y pantanos que se extendían al Occidente, apagaba más y más la tenue claridad del anochecer; la luna comenzaba á elevarse, rojiza también y ensangrentada, deslizando su pálido resplandor por entre las nieblas de otros cenagales y marismas situados hácia el Oriente.

El país que se procura describir era, en la época de que se habla, una inmensa continuación de bosques y espesuras, interrumpida, aquí y allá por extensas vegas y llanuras; algunos de éstos últimos terrenos se hallaban groseramente labrados por el azadón, y la mayor parte de ellos, al recibir las aguas pluviales que descendían de los montes y colinas, formaban consiguientemente esas inmensas lagunas y pantanos de que va hecha referencia, como lógico resultado de inculta naturaleza. Árboles de copas espesísimas y gigantes coronaban todas las alturas y ejercían constantemente la conocida atracción de los nublados, que se resolvían en copiosa y abundante lluvia, cuyas corrientes se estancaban en las tierras bajas formándose así aquellos cenagales y marismas que por medio de las brumas devolvían sin cesar al cielo el caudal de sus aguas. Por esa razón veíase muy frecuentemente en este país, durante el invierno, un vapor ó nie-

bla que velaba todos los objetos con una densa capa de humedad, teniendo sus habitantes que caminar, á veces, atravesando interminables lodazales, sin que pudiese luchar el sol contra esa aglomeración de fangosidades alimentadas constantemente con las destilaciones de los montes; y sólo en los lugares cultivados y expuestos á la directa y eficaz influencia del astro-rey era donde se encontraban terrenos libertados de la humedad.

En esos parajes era donde el hombre fabricaba su habitación ó guarida.

Las casas eran de figura circular con multitud de entradas y salidas en opuestas direcciones, practicadas á intento para facilitar estratégicamente la defensa ó la retirada de ellas cuando llegaban á convertirse en teatro ú objeto de un combate. Sus constructores y dueños las formaban clavando en la tierra una compacta fila de maderos cuyos intersticios tabicaban con una mezcla de arcilla groseramente amasada con hierbas y ramas secas; servíanse del vástago para la techumbre de algunas, y más comunmente del junco; y cerraban, ó mejor dicho, tapaban las aberturas y puertas con pieles de venados sin más fortaleza de resguardo; puesto que lo que únicamente procuraban era estar á cubierto de los rigores del frío, sin cuidarse de es-

tablecer defensa contra los ladrones; porque en estos pueblos, á pesar de su salvajismo, el respeto á la moral pública era la salvaguardia del hogar y de la familia y la mayor garantía de las vidas y de las haciendas, castigándose el hurto y los latrocinios con severísimas y terribles penas.

En el centro de cada poblacion se elevaba un edificio de la misma clase, aunque más espacioso y más curiosamente construido que los demas. Allí, como en todas partes, entónces y siempre, el magnate ha querido ostentar con la grandiosidad y la opulencia de su morada el lujo de su poder y de su riqueza.

De un edificio semejante, ya cerrada la noche, salió un hombre de elevada estatura.

La vestimenta de aquel hombre consistía en una sencilla túnica; pero aunque tan modesto traje no llevase adorno alguno, aunque no ajustase su cuerpo un cinturón con placas de oro ni se engalanase con un precioso collar, bien se dejaba ver en su majestuoso continente que era uno de los más principales de la ciudad. No usaba, en efecto, la barba crecida como los guerreros de rango secundario, ni la llevaba completamente rasurada como los individuos de condición humilde ó inferior; sino que se notaba en su fisonomía la proyección de un

poblado bigote que era el signo con que se distinguían los nobles celtas, y cuyo uso estaba permitido solamente al valor extraordinario ó á la suprema autoridad.

Porque ese país pantanoso bajo un cielo húmedo y sombrío era el país de los celtas; esa ciudad era la más importante y considerable del territorio (1) y ese hombre era el personaje más poderoso de la Céltica, el rey Ambigat.

Cuando el monarca celta se encontró fuera de la ciudad, dirigióse por una calzada ó camino construido, sobre un terreno fangoso, con troncos de árboles cuyas junturas estaban rellenas de pedernales á manera de empedrado; avanzó rápidamente por esta vía, en medio del más profundo silencio, y encaminóse resueltamente á un bosque espesísimo que, en forma de anfiteatro, se extendía alrededor de la ciudad, aunque á una gran distancia.

Bien pronto la luna, elevada sobre el horizonte, alumbró los pasos de Ambigat. El silencio de la noche solo era turbado por el zumbido del viento al traves de las ramas de los árboles y por el estridente grito de algun castor que se precipitaba huyendo á las aguas al sentir la aproxima-

(1) Entiéndese por Galia Céltica la parte de las Galias comprendida entre Bélgica, el Rhin, los Alpes, la Aquitania y el Océano. (N. del T.)

cion del hombre. En esta comarca, llamada hoy el Berry, de cuyo primitivo nombre no se tiene noticia histórica, abundaban entónces los castores; las invasiones de la especie humana han arrojado de la Europa á ese precioso animal, y bien pronto no habitará tampoco en el Canadá ni en ninguno de los parajes del extenso continente americano, donde poco á poco va penetrando la civilización con pasos agigantados. Puede adquirirse una aproximada idea de cuál debiera ser en aquellos remotos tiempos el estado físico de las Galias, si se conocen las condiciones de existencia para estos inteligentes mamíferos en las desiertas, pantanosas y frías comarcas del Canadá.

Ambigat había llegado al lindero del bosque, deteniéndose ántes de penetrar en él, no para descansar á causa de la fatiga del camino, sino para reconcentrar sus ideas y su pensamiento; no era su cuerpo, era su conciencia la que tenía necesidad de fortalecerse en el momento de penetrar por los sombríos senderos de la selva. Y, sin embargo, Ambigat era ya anciano; su bigote y cabellos blancos así lo atestiguaban; pero estas señales, que debieran hacer suponer su debilidad física, no imprimían en su fisonomía sino el sello de una madura experiencia, con la que se armaba contra

los terrores que la noche y la soledad suelen infundir á las almas vulgares. No era, pues, el miedo lo que turbaba el espíritu de Ambigat, cuyo cuerpo conservaba, por lo demas, agilidad y vigor; pero el sentimiento de superstición que inspiraba á todo celta la proximidad del Sagrado Bosque, dominaba el alma de Ambigat con tanta influencia como pudiera ser dominado el débil espíritu de una mujer ó de un niño.

La madurez de sus años le había hecho testigo en muchas ocasiones de los prodigios sorprendentes que se habían verificado en aquel bosque; y como rey, conocía el misterioso y terrible poder de los sacerdotes que habitaban en aquel solitario retiro. Tal vez sus dudas ó su falta de fe sobre la realidad ó legitimidad de ese poder extraordinario y sobrenatural contribuyeran ó fueran causa de los supersticiosos sentimientos de Ambigat.

Cuando un hombre cree ciegamente en los misterios de una religión, disminuyen para él los terrores de esa misma religión, por severa y tremenda que ella sea; porque la fe y la tranquilidad de la conciencia son el más fuerte escudo contra aquellos terrores. No se teme ciertamente la ira de los dioses á quienes se adora y se pretende agradar.

Ambigat, por el contrario, había perdi-

do la fe conservando sus remordimientos. Durante su ya largo reinado había observado que el interes personal, egoista y mundano, dictaba en muchas ocasiones los fallos y la conducta de los Druidas, y desconfiaba, por tanto, que fuese una verdad la divina mision que ellos se atribuian; pero, por otra parte, no había sabido explicarse jamas los raros prodijios que obraban los sacerdotes, y les suponía dotados de cierta inspiracion ó talento superior.

El Rey de los Celtas, pues, se dirigía á los Druidas con el propósito y el intento de engañarlos, y con la conciencia intranquila, temiendo que los sacerdotes adivinarian los sentimientos de su alma.

Ambigat experimentaba además otra idea de terror más material á la vista de los lugares que se proponía atravesar.

La espesura de aquellos corpulentos y seculares árboles, aunque desnudos de sus hojas, producía una lúgubre y pavorosa oscuridad: á través de los gruesos troncos y unidas ramas deslizaba la luna sus pálidos rayos, que parecían poblar el bosque de blancos fantasmas, los unos tendidos sobre la tierra y los otros de pié apoyados en algun árbol ó sentados en sus negras horquillas. Lastimeros y siniestros sonidos escuchábanse por doquiera sin cesar; ora reconocían por causa las vibraciones metá-

licas de las armas de todas clases que pendían de los árboles y que, movidas por el viento, batían unas con otras, ó bien los silbidos de las cuerdas de algun arpa colgada asimismo de un árbol, ó ya, finalmente, de los esqueletos humanos que, suspendidos de largos y flexibles cueros, entrechocaban sus osamentas con ruido seco y espeluznante.

Ese cuadro, que tan pavoroso aspecto presentaba á la vista, era más aterrador aún por los recuerdos que evocaba; porque aquellas armas, aquellos instrumentos y aquellas calaveras eran los símbolos ó fúnebres emblemas que atestiguaban tal ó cual suplicio y daban á conocer la personalidad de las víctimas que en expiacion de algun delito habían sido sacrificadas sobre el tremendo altar de la sangrienta divinidad á quien se rendía culto en aquella selva. Ambigat lo sabía y tenía también la convicción de que la resistencia á las órdenes de los Druidas, ó la duda solamente sobre la lejitimidad de su extraordinario poder, era, de todos los crímenes, el más bárbaramente castigado por los sacerdotes y el que había aglomerado allí la mayor parte de aquellos horribles trofeos.

El Rey celta había luchado muchas veces oponiendo contra la autoridad del sa-

cerdocio sus prerogativas de monarca, y esto aumentaba tambien los remordimientos de su conciencia y el temor de que sus intenciones pudieran ser descubiertas por la divina inspiracion que los Druidas aparentaban poseer; era, pues, muy lógico y consecuente el sentimiento de terror que preocupaba su espíritu, aunque no le dominase por completo; puesto que, como hombre y como guerrero, era Ambigat el más animoso é invencible de su nacion.

A pesar de esos temores, á pesar de ese terror, y á pesar de tantas incertidumbres y supersticiones, era de tal importancia el interés que guiaba los pasos de Ambigat, que al fin el Rey avanzó rápidamente por medio del bosque.

Luego que hubo atravesado una grande extension de la selva, detúvose otra vez, ántes de penetrar en un recinto de más vasta espesura; el anciano dirigió en derredor de sí ávidas miradas y su fisonomía expresaba las contradicciones de sus pensamientos y el estudio de una arriesgada empresa hácia la cual caminaba, empero, con meditada resolucion.

Después de algunos instantes de reflexion prosiguió de nuevo su marcha por entre aquella cerrazon del bosque, penetrando luego en una especie de plaza ó paraje despoblado donde se elevaban acá

y allá jigantescos monumentos; dos grandes y toscas piedras enclavadas en la tierra, y otra tercera piedra colocada horizontalmente sobre aquéllas, formaban cada uno de esos sencillos pero sangrientos altares que señalaban fatales conmemoraciones; pues en ellos habian sido sacrificadas las víctimas humanas cuyos esqueletos y reliquias pendian de las ramas de los árboles. La sangre que los salpicaba era el único sistema de ley escrita adoptado en respeto á la igualdad ante la ley que severamente observaban aquellos pueblos; la del rico y la del pobre, la del noble y la del vasallo estaban allí mezcladas y confundidas; y la última que se habia derramado, conservándose aún fresca y tiñendo las piedras de un enorme altar, era la de un individuo de la familia real, la de un sobrino de Ambigat. Y para comprender hasta qué extremo llevaban los jueces Druidas su inflexibilidad, debe tenerse en cuenta que, según las costumbres de los celtas, el hijo de un hermano gozaba iguales, si no mayores, preferencias que el hijo propio (1).

Al aproximarse á este monumento procuró Ambigat evitar su vista, pero sin de-

(1) *Sorum filius idem apud avunculum qui apud patrem honor. Quidam sanctiorem actorem que hunc nequam omnium arbitrantur.*

tenerse, sin que ninguno de sus movimientos denunciase que habia experimentado la menor emocion; sabia muy bien que el más insignificante indicio de pesar ó de indignacion sería descubierto por los sanguinarios señores de la selva, quienes formularian por ende una tremenda acusacion. ¡Cuántos secretos habia creído Ambigat ignorados y, sin embargo, el misterioso saber de los Druidas se los habia descubierto como si los hubieran leído en su conciencia!

Ambigat continuó, pues, aceleradamente su marcha, viéndose de repente obligado á dar un gran rodeo para salvar una fangosa y hedionda laguna junto á la cual pasó con indiferentismo. Dicha laguna era, no obstante, un lugar y un instrumento para determinados suplicios; en ella expiaban sus crimines los traidores y las adúlteras, despues de sufrir horribles tormentos y crueles mutilaciones; mientras que los reos de los demás delitos eran *piadosamente* sacrificados en los altares. Así distinguian el crimen de la infamia, y de este modo procuraban que el castigo del primer ejemplo á la vista del pueblo, sepultando la infamia en las profundidades del fango para que no dejase rastro de haber existido entre ellos.

Despues de trasponer esos dos lugares tan siniestros, se presentó de nuevo ante la vista de Ambigat la espesura del bosque, aún más denso y poblado; titubeó por última vez delante de un agreste sendero, decidiéndose al fin á dar la señal debida para advertir á los moradores de estos retiros que un profano solicitaba penetrar en ellos. Un sonido lento y prolongado, semejante al de una trompa ó caracol, resonó en toda la selva, y casi al mismo tiempo una voz lúgubre y misteriosa invadió el espacio pronunciando estas palabras:

— ¿Qué pretendes, rey Ambigat?

— Conferenciar con Atax, el poderoso y venerable pontífice de los Druidas.

— Sígueme, respondió la voz.

Y de repente apareció delante de Ambigat una figura fantástica, un cuerpo luminoso de blancos ropajes que comenzó á caminar en silencio; el Rey celta siguió sus pasos sin poder adivinar de donde habia salido ni quien le impulsaba en su andar.

Entre tanto, percibiase como á lo léjos un ruido tremendo y formidable que se asemejaba unas veces al retumbar de pesados martillazos sobre enormes yunques, y otras al grito agudo de lastimero gemido; saltaban á cada instante verdosos resplandores á manera de fuegos fatuos, que parecian ojos penetrantes y encendidos que vijila-

ban los pasos del rey Ambigat desde la copa de los árboles y desde el fondo de las breñas.

Por último, después de aquel largo sendero llegó el Rey celta á un recinto circular y espacioso formado de corpulentas y seculares encinas, cuyas ramas entrelazadas constituían una techumbre abovedada; en el centro de este templo salvaje se elevaba una grosera y colosal estatua del gran Teutates, dios sangriento de los Celtas. Entónces, como siempre, el hombre, sin darse cuenta de ello, había representado de aquel modo el símbolo de sus ideas morales; la escultura era bárbara y salvaje, no por falta de arte, sino por ausencia de sentimiento.

Los artistas de nuestra época padecen un grave y lamentable error; creen que el exacto conocimiento de la naturaleza es la primera condicion del arte. Se equivocan: el primer elemento del arte es la fe.

Los siglos señalados con grandes adelantos en el arte no han sido tampoco aquellos en que estaban más ó menos perfeccionados los instrumentos para el trabajo y la ejecucion material, sino aquellos otros que eran llevados, conducidos, por una vehemente y poderosa fe y dominados por el sentimiento; de ahí proceden esos tipos tan diferentes, aunque de extraordinaria

belleza, con que se han representado los dioses de la Grecia y las imágenes del Cristianismo; tipos que hubieran sido igualmente bellos aunque el arte moderno no fuese el estudio del arte antiguo, por más que dichas obras sean la expresion de dos religiones tan diametralmente opuestas y contrarias.

Sí; el arte es, á despecho del hombre, la significacion de una creencia que representa su época; y así como en nuestros días no produce sino obras de ingenio más ó ménos hábiles, porque ese es el gran pensamiento de nuestro siglo, así en los remotos é incultos siglos de luchas salvajes y de sacrificios humanos, el arte había hecho de la estatua de Teutates un monstruo colosal é informe, no porque desconociese, tal vez las reglas, sino porque respondía ciertamente de ese modo á las ideas de la época sobre la Divinidad.

¿Carecen, acaso, los chinos de civilizacion relativa? ¿Con la perfeccion de la mecánica y de los instrumentos no poseen todos los recursos materiales para crear un arte cuya expresion no sea burlesca? ¿Qué les falta pues? Lo que les falta únicamente es la creencia fundamental de una elevada relijion; la historia grotesca de sus dioses y divinidades, la sutileza de su mo-

ral religiosa ha sido el origen de sus innumerables y deformes monotes.

Por otra parte, sería conveniente saber á qué civilización puede atribuirse el arte gótico; no podrá ciertamente decirse que las artes importadas por los bárbaros de los bosques de la Panonia y de las riberas del Danubio obedecían á otra cosa más que á la magnífica expresión de la idea cristiana; no podrá decirse tampoco que servirán de modelo á estos bárbaros los monumentos romanos que encontraban y destruían á su paso por las comarcas que conquistaban; no habrá nadie que se atreva á decir que Notre-Dame es una imitación del Pantheon, ó la Catedral de Sevilla un estudio del Templo de Diana. El arte que con la antigua fe heroica se había alojado en Roma, centro de la más avanzada civilización, nació inspirado estéticamente en la Germania y en la Hungría con una nueva fe entre las luchas de la barbarie.

No puede, por tanto, dudarse que la estatua de Teutates, tal como la describen los historiadores antiguos, era más bien la expresión de las creencias morales y religiosas de su época, que no un testimonio de ignorancia y atraso; porque en aquellos tiempos, los Celtas, mejor aún que los mismos Romanos, sabían someter ductilmente

el hierro á los más variables caprichos de la imaginación, y trabajaban con perfección la madera para representar ó imitar hábilmente los objetos de la naturaleza; pero no empleaban ese arte ni ese ingenio cuando elevaban una estatua á su dios, porque este era un dios de sangre, de muerte y de batallas, que exigía víctimas humanas y que devoraba con el incendio las ciudades y los campos.

Ambigat se detuvo ante la colosal estatua de su Dios y vió á poco una especie de fantasma vestido de blanco que se encaminaba hácia él y que parecía surgir y ocultarse alternativamente, según que los rayos de la luna, deslizándose por entre las ramas de los árboles ó interceptados por ellas, le alumbraban ó sumían en la oscuridad. Cuando ya estuvo cerca del Rey celta pudo éste reconocer á Atax, el Pontífice de los druidas, que le interpelló en estos términos:

—¿Qué sucede, oh Rey? ¿Qué gran desgracia ó qué suceso extraordinario te conduce á estos sitios? No es aún la época en que deben tener lugar las fiestas y sacrificios en honor del divino Teutates, ni tampoco es hora para que abandonen el lecho los hombres que gozan tranquilidad en su conciencia, ¿Qué ocurre, pues?

—No es precisamente una desgracia ni

un suceso extraordinario lo que aquí me conduce, respondió Ambigat; sin embargo, has podido, como yo ¡oh sabio Atax! observar que algo extraño ocurre en nuestro pueblo, y aunque ninguna manifestacion nos ofrezcan los hechos, es lo cierto que amagan nuestras cabezas grandes males.

— Di qué desdichas sean las que presientes, y para evitarlas yo consultaré el vuelo de las aves y las entrañas de las victimas.

— Atax, replicó el Rey, el vuelo de las aves es una prediccion infalible, y la voz de Dios habla en las contracciones de las entrañas de sus victimas; yo consultaré contigo esos altos misterios cuando te haya revelado mis sospechas y tú hayas reconocido que no son vanos mis temores.

— Habla, pues, ya te escucho.

— ¿Aquí? preguntó Ambigat.

— ¿Por ventura no pueden ser oidos por el gran Teutates los secretos que vas á revelarme?

— No es la presencia de nuestro Dios la que yo procuro evitar, dijo el Rey; él conoce los temores que se anidan en mi alma mejor que si mis labios los hubiesen expresado; pero lo que tengo que confiarte no deben escucharlo más oídos humanos que los tuyos.

— Aquí los hombres ensordecen como las piedras cuando yo lo ordeno, replicó

Atax, y hasta los árboles prestan atencion como animadas criaturas cuando yo lo creo necesario; no obstante, si la turbacion que te produce el respeto de estos lugares detiene tus palabras, vén á mi hogar; allí estaremos solos.

Y el gran druida marchó delante de Ambigat, cuya tendencia á la duda encontraba una justificacion en las últimas palabras de Atax.

— Si he de dar crédito á sus palabras, reflexionaba el anciano rey, todos los objetos ensordecen aquí cuando él lo ordena; pero, sin embargo, elije un lugar retirado y secreto donde escucharme, cediendo al mismo temor que me atribuye á mí solamente; Atax es el mismo siempre, y si no logro persuadirle de que en esta ocasion nuestros intereses están ligados, no por eso abandonaré la ejecucion del proyecto que medito.

El sacerdote y el rey llegaron bien pronto á la morada de Atax, situada en la vertiente de una colina y formada por la naturaleza en la grieta de una enorme peña; una mecha de cáñamo bañada de grasa (1) ardia y humeaba en un rincon de la estancia, que estaba toda tapizada con pieles de

(1) Este es sin duda el primitivo origen de nuestras bujías. Los latinos tomaron la palabra céltica *cantol*, convirtiéndola en *candela*, que es asimismo la nuestra.

zorros y castores. Ambos tomaron asiento, el uno frente al otro, en toscos y cortados troncos de árboles igualmente cubiertos con pieles; sólo las moradas de Ambigat y Atax eran las que poseían semejantes comodidades, porque tanto lujo no estaba permitido sino exclusivamente á los dos personajes más poderosos de la nación celta.

El Rey fué el primero que al entablarse el diálogo habló de esta manera:

— Tu sabes, Atax, los medios de que me he servido y los combates á que he llevado mis armas, para reunir bajo mi mando el territorio y los pueblos que forman nuestra nación; tú sabes también que mi celo y prudencia han sido parte para que todos depongan sus odios, rivalidades y rencores, atrayéndolos á la union; y tú, finalmente, no ignoras que con la guerra he conquistado la paz que disfrutamos.

— Así es, en efecto, dijo Atax; yo he visto muchas veces hermoseedos los altares de nuestro templo con la sangre de tus prisioneros, y en verdad que van trascurridas muchas lunas durante las cuales no ofrecemos en ellos más sacrificios que el de algun miserable criminal ó el de un oscuro extranjero que la casualidad arroja extraviado á nuestros bosques.

— Hay que reconocer, no obstante, que

si así sucede es sin duda alguna porque el gran Teutates lo ha querido, respondió Ambigat con acento hipócrita y humilde, pero lo que seguramente no puede querer Teutates es que la numerosa población que en este país ha crecido y se ha multiplicado con el disfrute de la paz, se vea escitada por la ociosidad para volver irreligiosamente contra él sus inconsideradas palabras, y contra mí las armas que ha fabricado en su prolongado reposo, sin tener ocasión de hacer uso de ellas. Bien sabes, como yo, que cuando nuestros guerreros vuelven á sus hogares despues de haber dedicado una ó dos horas á la caza, pasan el resto del día tendidos sobre la tierra y quejándose de su inacción. Tal es el carácter de nuestro pueblo; vive en el descanso y detesta la ociosidad.

El Druida escuchó este razonamiento del Rey observando atentamente su fisonomía; de antemano había meditado él mismo sobre el peligro que le señalaban las palabras de Ambigat; pero no convenia á su prudencia manifestarlo desde luégo, ni á su orgullo sacerdotal asentir de un modo absoluto.

— Las palabras sacrílegas é inconsideradas de los hombres, dijo, son tan impotentes contra Teutates como la furia de los vientos contra los montes eternos que él habita.

Sonrióse Ambigat y replicóle sutilmente.

— Es indudable; pero si los huracanes no quebrantan la montaña, pueden arrollar alguna vez los edificios que los hombres levantan sobre ella.

El Sacerdote druida, que no podía desconocer la irresistible fuerza de aquella argumentacion, guardó silencio por algunos instantes, y describiendo luégo en sus ideas una rápida elipse por encima de su propio peligro, para no confesarlo ni discutirlo, preguntó al Rey:

— ¿Has descubierto, Ambigat, alguna conspiracion contra tu poder?

— No me refiero á ninguna clase de maquinaciones tramadas en el misterio, replicó Ambigat, sino al sordo rumor de males-tar y descontento que se escucha por todas partes; no es que se atraviere en nuestro camino la espada de un oculto enemigo, sino que observo los síntomas de una tempestad cuyo desencadenamiento amenaza envolvernos.

— Tienes razon, Rey, son muy escasas las ofrendas, dijo el Druida.

— ¿Qué pretendes que ofrezcan á un Dios inútil? observó Ambigat en voz baja; puesto que Teutates no lleva ya sus pueblos á la victoria, no tienen necesidad éstos de comprar su proteccion.

— La negligencia es grande, en efecto,

añadió el sacerdote; pero si existe por ello responsabilidad, seguramente pesa sobre el Rey que ha transformado en un pueblo de campesinos y labradores al pueblo escogido por el cielo para manejar la espada. Por otra parte, tambien aumentan los crímenes, y el latrocinio se comete con harta frecuencia.

— Acaso pudiera formularse por eso un tremendo cargo contra los sacerdotes, que en vez de castigarlo no aciertan jamas á descubrir á los culpables si éstos distraen sus pesquisas ó aplacan su justicia con alguna hermosa res ó fecunda yegua, que resulta extraviada en el sagrado bosque.

— ¡Te atreves, oh Rey, á lanzar contra mí semejante acusacion!

— No seguramente contra ti, se apresuró á contestar Ambigat; pero sí ante tí para que vijiles á los que están bajo tu dependencia, los cuales burlan alguna vez tu celo y actividad.

No satisfizo mucho al sacerdote esta explicacion, pero Atax aparentó aceptar, por su parte, la excusa que se le ofrecia, con la protesta de no llevar intencion de acusarle directamente.

— Yo vijilaré sobre este punto, respondió; pero ¿sabes tú si entre los guerreros se fomentan acusaciones de esa índole? preguntó el Druida con interes.

— Nadie las ha formulado aún, contéstole hipócritamente Ambigat, pero el abandono y la escasez de sacrificios sagrados pudiera infundir sospechas.... En cuanto á los cargos que se me imputan á mí, no sucede ciertamente lo mismo; los pensamientos son ménos discretos, y las palabras llegan á mis oídos por autorizados intermediarios. Mis dos sobrinos, Sigoveso y Belloveso, se duelen ante mí y se quejan en voz alta de la inercia en que tengo sus mocedades; hán por deudos y amigos un séquito numeroso de los más valientes y poderosos de la nación, á quienes incitan, no solo con sus arengas sino con las trovas de sus bardos, que repiten constantemente á sus oídos las proezas y hazañas de sus antepasados.

— ¡A ese incendio debemos arrojar leña!

— No, Atax, á ese torrente debemos abrirle cauce para expulsarlo fuera de nuestros dominios. Escucha: hácia el Este y el Sud de nuestras tierras existen fértiles comarcas ocultas y separadas de nosotros por las cumbres elevadas de unas montañas que se llaman los Alpes.

— ¿Cómo has podido averiguar eso? preguntóle severamente Atax. ¿Por qué te permites traspasar con tu mirada los límites de la tierra que te ha sido confiada?

Ambigat no se preocupó con la egoista

acritud del sacerdote, y objetóle lleno de impaciencia:

— ¿No lo has oído contar á tus druidas llegados hace dos años del pié de esas montañas, cuya existencia les fué descubierta por esos extranjeros que vinieron á fundar una colonia á orillas del Bebre?

— ¿Y bien? dijo Atax.

— ¡Y bien! replicó el Rey. Digo que me parece denigrante para nosotros el que unos hombres de tez morena, que hablan un idioma tan suave y delicado como sus débiles miembros, hayan tenido la osadía de constituirse en el territorio de los formidables Celtas, y que nosotros, más fuertes, más valientes y más numerosos, no hayamos invadido el país de esos extranjeros tomándoles sus tierras y levantando en ellas nuestras moradas.

Atax quedó pensativo durante algunos momentos, y despues preguntó al Rey:

— ¿Deseas ser tú quien conduzca nuestros guerreros á esas conquistas?

— No, respondió Ambigat, la edad ha helado mi sangre y aniquilado el vigor de mi cuerpo. Ya no son los tiempos en que mi agilidad en la carrera causaba envidia al ciervo, ni aquellos otros en que, fiando en mi ligereza y en la robustez de mis músculos saltaba firme y decidido sobre una almáciga de puntiagudas espadas sem-

bradas en la tierra por sus empuñaduras (1). Tampoco puedo ya, como en otros días, impedir el paso en un estrecho sendero á los dos más fuertes guerreros de mi nación, sin que sus sendos esfuerzos lograsen quebrantar la inexpugnable barrera de mis brazos; bien recordarás que éstos eran los juegos de mi juventud. Pero, añadió, mis dos jóvenes sobrinos, hijos de mi hermana, pueden mandar la expedición: Sigoveso, tan rico en máquinas de guerra y en carros (2), y Belloveso, inventor del escudo thyrse (3).

—¿Y arrastrarán consigo esa masa turbulenta que te amenaza, no es cierto? preguntó Atax.

—Sí, dijo Ambigat, el país quedará purgado de esos espíritus inquietos y pensadores, que buscan la razón de todas las cosas y que demandan algunas veces el por qué de darse á unos el trabajo y á otros los bienes y las recompensas.

—¿Y qué has resuelto?

—Nada sin consultarte; pero creo que

(1) Una de las pruebas de valor y fortaleza á que debían someterse los jóvenes celtas, para ser admitidos como guerreros.

(2) Aquí la etimología filológica se remonta también á los Celtas, porque *carro* viene de la palabra céltica *carri*. César, en sus *Comentarios*, dice *corrus*.

(3) Enorme escudo que á la vez servía de defensa para cubrir el cuerpo del guerrero y también para vadear los ríos.

sería prudente enviar á todas las provincias hábiles emisarios para advertir á sus habitantes que en la Asamblea general de la Nación, que ha de celebrarse al llegar la primavera, se ha de acordar una guerra formidable, y que los que en ella quierán tomar parte deben acudir preparados.

—¿Y en qué fundamentos has de apoyar, Ambigat, la necesidad de esa guerra?

—He venido á verte, Atax, para que consultes si será agradable al gran Teutates.

—La guerra es siempre agradable al dios de las batallas.

—¿Teutates la aprobará pues?

—Dentro de dos días podré contestarte.

—Dentro de dos días volveré á verte.

—Es inútil; tu ausencia puede llamar la atención del pueblo, porque tú sabes que lo mismo de noche que de día tienes el sagrado deber de responder á los que se presentan á tu puerta. Basta que una vez hayas abandonado secretamente tu hogar; si Teutates aprueba tus proyectos y si considera justa la guerra, llegará su voz hasta tí dentro de dos días.

Después de este diálogo el Druida y el Rey se separaron, y Ambigat emprendió el camino hácia su real morada,

II.

Como seis meses despues de la conferencia que se acaba de referir, precipitábanse por los tortuosos senderos que descenden de las colinas y serpentean á través de los bosques y pantanos de la Céltica, várias, al parecer organizadas, caravanas de viajeros.

Una de estas expediciones avanzaba por la comarca habitada entónces por los tectósagos y con direccion á los llanos donde hoy se asienta la ciudad nombrada Carcasona (1). Sobre un carro de guerra tirado por dos caballos, y á la cabeza de esta expedición, marchaba un jóven de aspecto bello y animoso, que, de espaldas hácia los lugares donde le conducian sus caballos, derramaba una extensa mirada sobre su séquito y parecia enviar su último adios á la tierra de que se alejaba. La muchedumbre que de tropel y en monton le seguia, y á la que él contemplaba de tiempo en tiempo, presentaba un aspecto miserable: las gentes que la componian vestian un ropaje pobre y deteriorado: sus túnicas, de un grosero tejido de lana, estaban raidas y descoloridas, y sus bragas completamente

(1) Capital del departamento del Aube con 19.000 habitantes.

desgarradas: por último, el cinturón de donde colgaban sus espadas, carecia de toda clase de adorno. La miseria y pobreza que presentaban en sus vestidos parecia aún más terrible al observar sus personas. Los hombres tenian casi todos el rostro lívido, descarnado y macilento, retratándose en sus fisonomías el hambre y el desfallecimiento de sus débiles miembros: las mujeres, abatidas, jadeantes y con las frentes bañadas de sudor, caminaban á pié llevando sus hijuelos sobre las espaldas, y en algunos trozos del camino se asian las infelices á las extremidades de los carros, donde yacian tristemente sepultados sus esposos, buscando así una ayuda para avanzar, que difícilmente y con gran trabajo les prestaban las extenuadas bestias uncidas á ellos.

La numerosa comitiva trepaba el repecho de una colina, y el sol de Mayo añadia la pesantez de sus rayos á la fatiga de la marcha y á la penalidad de la subida.

Inmediato al carro que iba á la cabeza, distinguíase á un hombre, de barba y cabellos blancos, cabalgando sobre un asno. El lucido aspecto de este hombre y el de su bestia atestiguaban que ambos se hallaban mejor alimentados que toda la legion de hombres y animales que les seguian.

Cuando el capitán ó jefe de esta turba

llegó á cierta altura, pudo amargamente observar que la fila de carros que caminaba en pos de él estaba rota y desunida: ninguno marchaba inmediatamente después del que le precedía, y se distinguían muchos y desordenados intervalos. Luégo que el jóven *guerrero* hubo examinado un momento tan lamentable espectáculo, se inclinó hácia el anciano, y modulando su sonora voz hasta el tono de la súplica:

— Astrucion, le dijo, vuelve la vista y contempla á nuestros soldados y á sus mujeres que apenas pueden seguirme, aunque procuro contener la fogosidad de mis caballos. Toma tu arpa y entona algun canto que reanime su valor y les haga más soportable la fatiga del camino.

El anciano miró al jóven de reojo, y le respondió con tono irónico:

— ¿Dónde está, Bebrix, mi parte del botín para que yo cante?

— ¿Tu parte del botín, bardo? objetóle Bebrix. — Si tus cantares han de infundir ánimo á mis guerreros para conquistarlo y tú me rehusas tu voz, ¿cómo he de llegar á conseguir ese resultado?

— ¡Maldigo el día en que me ligué al porvenir de un jefe tan pobre como tú!

— Yo también maldigo el día, añadió Bebrix, en que te elegí para bardo de mis tropas, cuando habías sido expulsado de

la Sagrada Selva por haberte embriagado durante las ceremonias y por haber sustraído á una viuda el cordero que ofrecía en sacrificio por la vida de su hijo.

— Ese crimen no pudo ser probado, Bebrix, y si desde entónces he vivido proscrito y separado de mis compañeros de ciencia, es porque la virtud está sentenciada á sufrir sobre la tierra.

Bebrix lanzó una colérica mirada al miserable bardo, y apoyando su espalda en el fróntis del carro se cruzó de brazos y guardó profundo silencio.

— Tú me diriges miradas de desprecio, Bebrix, porque soy pobre y porque me ves separado de la comunidad de los míos: haces más todavía; te burlas cuando formulo mis quejas por las persecuciones que sufre la virtud; y sin embargo, debieras tener presente que la historia de mis infortunios es la tuya propia, Bebrix. Perteneces á una familia de raza noble y antigua, eres jóven, eres hermoso y eres fuerte y valiente entre los más fuertes y valientes; pero eres pobre, y cuando has pretendido de Valla su amor y su lecho, te ha despreciado; se ha mofado de tí, y su padre, el viejo Ruscin, ha ordenado que se te arroje fuera de su morada. Aun hay más: no hace muchos días que al presentarte á nuestros guerreros, para conducirlos cerca del rey Ambi-

gat, se han negado á seguirte y han preferido á Saron, á quien has vencido tantas veces en nuestros juegos, y á quien has aventajado siempre en nuestras luchas contra los Iberos. Y todo. ¿por qué? Porque Saron se ha enriquecido recolectando el oro que arrastran las arenas del Ariege (1) que baña sus tierras y sus estados; porque posee numerosos rebaños que siguen á su armada y que aseguran á sus soldados una suculenta vianda despues de una penosa jornada. ¿Por qué has sufrido á la vez los desdenes de la jóven Valla y los de un pueblo? Porque eres pobre. ¿A qué, pues, me arrojas al rostro mi pobreza?

— No es tu pobreza, Astrucion, lo que te mancilla, sino tu licencia y tus vicios.

— Es posible, afirmó el bardo: pero ¿quién te dice que la pobreza no haya podido ser la madre de mis faltas? Aun eres jóven, Bebrix, y no has tenido ocasion de luchar más que con la miseria; pero empieza á vivir, y es posible que durante tu existencia te asalten violentas pasiones que aumenten la desgracia de tu pobreza. Llevas ya en tí el gérmen de esas pasiones, Bebrix: yo he tenido ocasion de observar que cuando Saron se presentó delante del pue-

(1) Río que corre por el antiguo condado de Foix, por el Donnezan, el Cousserans y una parte del Langüedoc: en la antigüedad arrastraba arcuas de oro.

blo, adornado con sus brazaletes y cadenas de oro, parecia que tus ardientes miradas intentaban fundir el metal en las muñecas y sobre el pecho de tu rival. Cuando el rey Ruscín te ha hecho arrojar fuera de su morada, tú no has manifestado orgullo ni indignacion, y has guardado silencio; pero ni has humillado la vista al suelo dominado por el abatimiento, ni has elevado los ojos al cielo demandándole justicia, sino que has fijado tu siniestra mirada sobre el pecho del anciano en direccion al corazon, que era el sitio donde quisieras herirle. Tú tienes una desmedida ambicion de oro y de venganza: estas dos pasiones ó incentivos que con la posesion de las riquezas pueden considerarse sólo como vicios, conducen con la pobreza al crimen. Tenlo entendido.

— Bardo, dijo Bebrix, sin acusar conmocion; acabas de cumplir uno de los sagrados deberes de tu ministerio, porque me has hecho oír sabios consejos; pero no era eso lo que yo te había exigido, no era eso lo que continuo exigiendo de tí: el desórden impera en nuestras filas, los más robustos y esforzados van á dejarse vencer por la fatiga y el cansancio. Reanimalos con tus acordes.

— ¿Cómo quieres que yo infunda á los demás un valor que empieza á faltarme á

mí propio? Si al ménos me fuese sustentado con un trago de hidromel (1) ó con alguna moneda de plata....

La fisonomía de Bebrix se contrajo ligeramente, y aunque con repugnancia, se inclinó al fondo del carro, y sacando una pieza de plata de una gran bolsa de cuero que llevaba escondida bajo sus piés, la mostró á Astrucion diciéndole:

— Hé aquí la recompensa que pides sin haberla ganado. El reducido tesoro que llevo conmigo me cuesta demasiado caro, bien lo sabes; y no debo, por tanto, dilapidarlo: procura, pues, no abusar.

— Ciertamente, dijo Astrucion, que el préstamo de ese dinero te cuesta bastante, y que te has obligado á devolverlo en esta vida ó en la otra: la muerte no libertará á tu alma de esa esclavitud, si ántes no has podido salvar ese compromiso (2). Pero

(1) Bebida fermentada, en cuya composicion entra la miel y el agua tibia.

(2) Los celtas, y más tarde los galos, hacian contratos de préstamo en que el deudor quedaba obligado á devolver el importe de la deuda en el otro mundo, si no lo habia pagado ántes de su muerte. Respecto al deudor era un compromiso tremendo, que sólo se contraia bajo la presion de grandes necesidades. En cuanto al prestamista se consideraba como la mejor manera de imponer el capital, y dadas sus creencias de que las necesidades de la vida continuaban despues de la muerte, semejantes imposiciones las juzgaban previsoras. Diodoro de Sicilia hace mención de estos singulares contratos en su *Biblioteca histórica*. — (N. del T.)

eres jóven, Bebrix, y así, pues, no has cometido ninguna gran imprudencia.

— Luégo que la guerra estalle, objetó Bebrix, yo sabré conquistar la mejor parte del botin y no sólo podré librarne de ese compromiso, sino que habré adquirido riquezas que afiancen mi porvenir, resultando que ese préstamo no habrá sido un mal negocio. Entre tanto, canta, Astrucion, y atrae á mis compañeros hasta el término de nuestro viaje.

— Estoy dispuesto; respondió el bardo sacudiendo su blanca cabellera y elevando los ojos al cielo. La vulgar expresion de su fisonomía desapareció de súbito ante la inspirada meditacion á que se entregó realmente, ó bien aparentó entregarse el anciano con magistral y cómica actitud; puesto que siendo la poesia en esta época un medio, era un oficio, sin que en la esencia haya dejado de ser nunca un arte. Astrucion, pues, entonó el himno siguiente:

• Marchemos.

• La Sagrada Selva donde se rinde culto á la estatua del gran Teutates, ha resonado con los ayes de un gemido lastimero: lúgubres alaridos salen de sus entrañas: monstruosos reptiles brotan por doquier, y ensangrentadas llamas han coronado sus más altos arbustos.

• ¡Marchemos!

• Esas siniestras manifestaciones nos anuncian el estallido de una guerra terrible. El rey Ambigat ha convidado á su pueblo: ¿hemos de llegar los últimos al sangriento festín? ¿Tomaremos parte en él cuando ya nuestros hermanos se hayan saciado de sangre y de botín?

• ¡Marchemos!

• El que no pueda llegar será más despreciable aún que el desertor. Porque el que huyó, tuvo fuerzas para huir; mas el que no puede llegar es un débil y un cobarde.

• ¡Marchemos!

• Si no quereis ser maldecidos y servir de escarnio durante vuestra vida.

• ¡Marchemos!

• Si no quereis que vuestros hijos se rebelen contra vuestros mandatos.

• ¡Marchemos!

• Si os aterra la idea de que podais ser alejados de los sacrificios y andar errantes por los bosques como bestias feroces: y en fin, si pretendéis que se respete vuestra tumba

• ¡Marchemos!

Este himno entonado con voz clara, sonora y penetrante, invadió los aires, y el eco fué repitiendo sus notas por todo el flanco de la montaña: como chispa eléctrica encendió el valor en los corazones de aquellos estenuados soldados, que monta-

ron la colina, cuya escarpada ladera los habia tan cruelmente despeado; y á la pocas horas descendieron á una extensa llanura, donde ya se hallaban acampados otros ejércitos. A cada campamento servia de trinchera un círculo formado con los carros de sus guerreros, en cuyo centro vivaqueaban todos los de la comarca ó estado que militaban bajo la conducta ó bandera de un mismo jefe. Bebrix distinguió desde luego el campo de Ruscín y el de Saron. Eran éstos de una extension vastísima: el considerable número de sus carros, pintados de diversos y vivos colores, los circunvalaban y cerraban completamente: hermosos y bien pensados caballos relinchaban sin cesar desde sus amarraderos, y numerosas hogueras ardian por todos los extremos, despidiendo succulentos vapores y anunciando que las provisiones de aquellas gentes eran abundantes.

Aunque este aspecto de riqueza y prosperidad hubiera podido poner más de relieve su pobreza á los ojos del mismo Bebrix, no obstante, una exclamacion de orgullosa alegría se escapó súbitamente de sus labios al divisar los dos ejércitos.

— Compañeros, gritó dirigiéndose á los suyos; los hemos alcanzado. Orgullosos de sus riquezas y desdeñando nuestra miseria, emprendieron su marcha dos dias án-

tes que nosotros. Ved ahí á los guerreros que no me han querido por jefe y á los jefes que no os han admitido como soldados, arrastrando lentamente por los campos su pesada opulencia, en tanto que nuestra humilde pobreza llega en ménos tiempo, sostenida por nuestro valor y nuestra fortaleza. Si ellos se mofasen hoy de nuestro escaso número y de nuestro modesto atalaje, no léjos está el dia en que nós admiren y respeten cuando nos vean ser siempre los primeros en la pelea, y nos envidien luégo por las riquezas y el botin que conquistemos.

Una prolongada exclamacion acogió las palabras de Bebrix, el cual, despues de entrar en la llanura seguido de sus guerreros, fué á asentar el suyo entre los campamentos de Ruscín y de Saron, equidistante de ambos.

Mientras Bebrix ordenaba é inspeccionaba la colocacion de sus carros en circulo, acudian al limite de sus respectivos campamentos los soldados de Ruscín y de Saron, atraídos por la curiosidad. Los recién llegados fueron acogidos, desde luégo, por sus vecinos, con insultantes y estrepitosas demostraciones de mofa, y cada vez que un carro destrozado ó un caballo sin vigor dificultaba la maniobra, lanzaban contra Bebrix y sus soldados sangrientos sarcas-

mos, agotando el diccionario de los improprios y de los insultos. En un principio los sobrellevó Bebrix con prudencia, y aún procuró contener la irritabilidad de sus soldados; pero el silencio de éstos envalentonó á los provocadores y se aumentaron los ultrajes, hasta el extremo de no burlarse solamente ya de su miseria, sino de la cobardía y de la paciencia con que soportaban y sufrían tan groseras injurias. No bien uno de los más arrogantes y osados hubo proferido tan imprudentes y provocativas palabras, vióse á Bebrix lanzarse iracundo hácia el campamento de Saron, que era de donde partían los más estrepitosos chillidos y los gritos más violentos, y acercándose á uno de los carros sobre el que se hallaba de pié un guerrero de atléticas formas y de colosal estatura, le habló así :

—Tu me acusas de paciencia; pues bien, Naumes, yo voy á poner á prueba la tuya, y no será ciertamente con las malas palabras como he de castigarte, porque la lengua es el arma que emplean los cobardes; tampoco castigo con la espada á los que manejan la lengua, porque no quiero deshonrar mi acero con la tinta de sangre tan villana. Mira, pues, como los castigo.

Y de repente sacó Bebrix de debajo de su túnica una larga fusta de cuero con

flexible mango de acebo, y describiendo con ella un rápido círculo sobre su cabeza, azotó y cruzó una y otra vez con tremendos chasquidos al formidable guerrero que áun permanecía sobre su carro. Colérico Naumes con tan pública y sangrienta injuria, asíó con las dos manos su mortífera azagaya (1) y la arrojó furiosamente contra Bebrix; pero el jóven capitán evadió el golpe con una serenidad y ligereza admirables, dando un salto airoso, y el dardo fué á hundirse en el mismo sitio que él ántes ocupára, enterrándose casi por completo. Entónces Bebrix se apoderó del arma, y despidiéndola con fuerte brazo, por encima de los carros, al interior de su campamento, gritó á sus soldados:

— Ahí va, les dice, un asador que nuestros amigos, los guerreros de Saron, nos regalan para abumar trozos de buey.

Naumes, indignado más y más con la nueva afrenta que acababa de recibir, toma su broquel y su espada, arrojándose del carro para precipitarse contra Bebrix; pero ántes que sus piés hubiesen tocado sobre la tierra, éste lo castiga segunda vez con el látigo, diciéndole:

(1) Arcaduz, dardo ó azagaya; era una pequeña lanza cuyo regatón lo formaba una maza de hierro, y que usaban los celtis para lanzarlo contra sus enemigos ó para golpearlos, según los casos. *Vel cominus vel eminus pugnant.*—(N. del T.)

— No has saltado con limpieza, Naumes, y si mis lebreles no salvaran mejor que tú tan pequeño obstáculo, yo les haría morir.

Naumes no respondió sino con un colérico alarido, y armado con su pesado acero y cubierto con su inexpugnable escudo, avanzó sobre Bebrix; éste, cuyos piés aventajaban en ligereza á los del más veloz gamo, evita fácilmente su alcance y se burla de su persecucion. Naumes le sigue encarnizadamente, y aparentando Bebrix dejarse alcanzar, da un salto de flanco mientras que su enemigo, no pudiendo contener el ímpetu de su carrera, traspasa el sitio donde se habia detenido el jóven, el cual le asesta un nuevo fustazo que le desgarras las espaldas; vuélvese Naumes furioso, y entónces Bebrix aprovecha este movimiento para azotarlo en el rostro, de donde le hace brotar copiosamente la sangre. Un rugido feroz de dolor y de rabia se escapa del pecho del soldado, y renuévase su persecucion más rápida y más desesperadamente.

Entre tanto las mujeres, los niños y los soldados de los tres ejércitos se habian agolpado al límite de sus respectivos campamentos y presenciaban con ansiedad tan extraña lucha. Distinguiase, entre los suyos, á Saron por el lujo y esplendor de sus vestiduras; Ruscin, que acompañaba á

su hija Valla, estaba á su lado confundido entre los espectadores.

El combate de Bebrix con el gigantesco Naumes se asemejaba, en aquellos momentos, á la fuga de una liebre perseguida por un enorme galgo; los ardidés y extratajemas de Bebrix para burlar al enemigo que tan de cerca le acosaba parecían agotarse, y en vano habia recortado ó cambiado de direccion várias veces en su huida, porque Naumes habia seguido rápidamente sus movimientos. Los aullidos y la algazara de los soldados de Ruscin y de Saron, excitaban á Naumes contra Bebrix, mientras que los guerreros de éste último permanecían silenciosos, inmóviles y atemorizados con el probable desenlace de aquel duelo singular.

Bebrix habia ya recorrido por dos veces la distancia que separaba el suyo de los dos campamentos vecinos, y aunque Naumes no habia ganado terreno, tampoco lo habia perdido; nadie dudaba, por tanto, que siendo esta una lucha de agilidad, vigor y resistencia, se vería Bebrix extenuado mucho ántes que el robusto atleta que lo perseguía, pues ya en várias ocasiones habia escapado sólo en virtud de desesperados esfuerzos. Pero en el momento en que Valla se presentó al lado de su padre, sobre uno de los carros que cercaban el

campo de Saron, Bebrix lanzó una entusiasta exclamacion, y revolviéndose á cada instante en su carrera, descargaba crueles latigazos sobre su adversario, gritándole con tono sarcástico:

— Vamos, Naumes, vamos, más lijero; repara que nos observa una hermosa jóven.

Entónces pudo comprenderse que si Bebrix habia prolongado la lucha habia sido con el solo objeto de interesar y llamar la atención á ciertos y determinados espectadores.—Viósele, en efecto, que se encaminó rápidamente al sitio donde se encontraba Valla, dejando á Naumes muy atrás, para tener tiempo de dirigir algunas palabras á la jóven, que se hallaba de pié sobre uno de los carros, teniendo á su lado una mujer de extraordinaria estatura y con el rostro velado por un manto. Bebrix no hizo reparo en esta mujer, y dirigiéndose á la hija de Ruscin:

— Valla, le dijo, ejercito á los soldados de tu amante en la carrera, para que sepan huir cuando se vean frente al enemigo.

— Veo, por el contrario, respondió ella, que los adiestras en la persecucion; debieras no volver la espalda y enseñarlos á encontrar á sus adversarios cara á cara.

— ¿Es que tienes sed de la sangre de ese hombre y quieres verme frente á él? preguntóle Bebrix.

— La sangre no se vierte sino con la espada, respondió Valla, aludiendo con desprecio á la fusta de que estaba armado Bebrix.

— Tambien se hace brotar con el látigo, replicó el jóven capitán, y más de una adúltera, bajo sus golpes, ha regado con la suya el sendero que conduce á la fangosa laguna donde ha sido sepultado su cadáver y su infamia.

Valla palideció avergonzada, porque su madre había merecido y sufrido aquel suplicio. Ruscin, trémulo de cólera, gritó á Naumes, que á la sazón llegaba.

— ¡Soldado! te prometo una libra de plata por cada gota de la sangre que ese miserable oculta en sus venas: hiérole sin piedad, que yo te aprontaré la recompensa.

Alentado Naumes con tal oferta llegó á dos pasos de Bebrix, y ya había levantado contra él su terrible acero, cuando repentinamente se le vió caer á tierra impelido por una fuerza extraña. Era que Bebrix había enredado hábilmente el extremo de su fusta en las piernas del guerrero, y tirando con violencia le hacía dar con el rostro en el suelo. Antes que el soldado hubiera podido intentar levantarse, comprendió Bebrix la carrera llevándole tras sí á la rastra, en tanto que Naumes dejaba escapar la espada y se destrozaba las manos por asirse á las escabrosidades del ter-

reno. Estos esfuerzos hicieron que cediese la resistencia de la fusta separándose el cuero del mango, que quedó en las manos de Bebrix; pero conociendo ésto todo el peligro de la situación, saltó ligeramente sobre la espada, apoderóse de ella, y en el momento que Naumes se ponía de pié, suspendióla un instante sobre su cabeza; más ántes de descargar el golpe, que hubiera puesto término al combate, arrojó el acero al campamento de los suyos diciéndoles: — ¡Compañeros! Allá vá otro regalo de nuestros vecinos.

Y solo con el mango de acebo de su látigo descargó á Naumes tan tremendo golpe en la cabeza, que el fornido cuerpo del soldado dió en tierra nuevamente con estrépito, como cae la res bajo el martillo del carnicero.

Bebrix se alejó aún esta vez.

Aturdido Naumes por el golpe que había recibido, levantóse desatentado, dirigiendo inciertas miradas en derredor, como un hombre desvanecido por la embriaguez; presentaba el horroroso aspecto de la hidrofobia vencida que se encarniza en la lucha; una verdosa espuma cubria sus cárdenos labios, y su pecho exhalaba roncas imprecaciones. Por fin, su vista encontró á Bebrix, que se había detenido delante del carro de Valla.

— Te aseguro, decía á la jóven, que ese hombre no podrá ver mis talones sino cuando yo quiera tenerlo humillado bajo mis piés.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando apércibióse que el soldado le acometía con la ferocidad de un jabalí herido que embiste contra el venablo que debe rematarlo. Considerando Naumes que ya no se trataba más que de una lucha cuerpo á cuerpo, se ilusionaba con la victoria, y era tal la cólera que lo cegaba, que habia arrojado el escudo lejos de sí, olvidando que esa era la mayor afrenta para un guerrero (1).

Pero se engañaba: Bebrix habia tenido tiempo de preparar con el cuero de su cinturón el mango de su fusta, y cuando el soldado llegó hasta él, recibió fuertes latigazos en el rostro, por carecer ya del broquel con que ántes se amparaba. Furioso Naumes, avanzó bajo aquella lluvia de golpes; Bebrix retrocedía con agilidad descargándole siempre. Aullando y babeando de ira, el soldado embistió áun: Bebrix continuó azotándole sin piedad. Cubrióse el rostro con las manos y precipitose contra el jóven; pero un fuerte y cruel latigazo le hizo crujir los dedos. No lo de-

(1) *Scutum reliquisse præcipuum flagitium.*

tuvo tanto dolor; pero castigado incesantemente por un brazo infatigable, cada paso le costaba un grito de rabia ó desesperacion. Bien pronto sus vestidos volaron hechos jirones y teñidos de sangre; los anchos y acardenalados surcos, que el látigo imprimía en su desnudo cuerpo, comenzaron á brotar sangre, bajo la acción de nuevos, repetidos y más crueles golpes. Por último, el leon, no pudiendo echar la zarpa á un enemigo que le maltrataba sin cesar y al cual no divisaba sino al traves de la sangre que le velaba los ojos, se detuvo. Abatido y dominado por la desesperacion, reconoció su impotencia; domada la ferocidad de su valor y con los músculos cubiertos de contusiones y dolorosas heridas que visiblemente entraban en estado de inflamacion, retrocedió, vaciló y, finalmente, volviendo las espaldas emprendió la fuga. Un estallido de vítores y aclamaciones de triunfo resonó con alegría en el campamento de Bebrix, silencioso y triste hasta entónces; miéntras que en los campos de Ruscín y de Saron se agitaba la soldadesca desenfrenada á semejanza de un mar tempestuoso y revuelto. Bebrix, entre tanto, perseguía despiadadamente al vencido Naumes descargando sobre él inhumanos azotes, cual si llevase por delante una indómita bestia.

— Ya ves, le gritaba, si tengo paciencia como decías; huye, huye, que yo te seguiré incansable para justificar que tenías razón.

Naumes, aterrado por esa desatentada desesperación que no procura nada para salvarse, huía, en efecto, sin dirección y sin curarse de ganar un asilo; de modo que Bebrix le hubiera indudablemente hecho morir de tan horrible suplicio si algunos soldados de Saron no se hubieran lanzado á socorrerle. Bebrix entonces se detuvo; otro grupo de guerreros salía también del campo de Ruscin, y por todas partes se observaba gran tumulto y espantosa confusión; los carros, al girar sobre sus ruedas para engancharlos á los caballos, crujían con estridente y amenazador sonido; se embridaban los corceles; todos corrían á las armas, y el aire retumbaba con horribles imprecaciones, en las cuales se mezclaba siempre el nombre de Bebrix. Empero ningún soldado se presentaba solo para luchar con el joven capitán, y todos se aprestaban á un combate general, disponiéndose á vengar la afrenta que había inferido aquel á uno de los guerreros de Saron.

Bebrix reconoció entonces la loca imprudencia que había cometido, y se replegó á su campo, decidido á defenderlo con fuerte

ánimo y heroica resistencia; aunque casi cierto de que no podría rechazar el doble ataque de sus enemigos ni el empuje de tan numerosas tropas. Sin embargo, habló algunas palabras á Astrucion, y se vió salir á éste del campamento y trasladarse primero al de Ruscin y en seguida al de Saron.

Ya los carros estaban en pié de guerra y los desgarrados y roncocos ecos de las trompas vibraban en el espacio. No podía dudarse que se trataba de atacar el campamento de Bebrix y, en efecto, fué éste cercado bien pronto por medio de rápidas y bien ordenadas evoluciones; pero en el momento que varias huestes se precipitaban para asaltarlo, fueron contenidas por la severa presencia de unos hombres cubiertos con tálares vestimentas de lino blanco, que se interpusieron entre los ejércitos. Eran los bardos y sacerdotes que seguían á Ruscin y á Saron, los cuales habían sido testigos de las injurias é insultos inferidos á Bebrix, y de la venganza de éste. Esos hombres respetables tenían dos santas y sagradas misiones entre los celtas: la de excitarlos á la pelea contra sus enemigos, y la de calmar sus furios cuando en luchas fratricidas intentaban destrozarse mutuamente. Habían sancionado ó permitido el combate de Bebrix con Naumes, por-

que lo consideraron justificado é igual; más se interponian ahora para evitar esta colision, porque estando la razon y el derecho de parte de los que eran ménos en número, no tenian por justo que sucumbieran bajo el peso de la brutal fuerza de los más.

Hubo algunos guerreros que bien por osadía, por animosidad, ó ya por exceso de furor, continuaron avanzando sin guardar respeto á los Bardos; y observando éstos la obstinacion y ceguedad de aquellos, entonaron á coro y con atronadoras voces un terrible canto de maldicion contra los que desobedecieran sus mandatos. Un profundo terror sobrecogió á los más feroces; todos permanecieron inmóviles un momento y, por último, inclinando las cabezas retrocedieron lenta y silenciosamente, aplacando sus rencores, y fueron á encerrarse en sus campamentos, como si la atronadora voz del Gran Teutates les hablase desde lo alto del firmamento.

La noche de ese mismo día hallábase Bebrix tendido sobre la tierra, descansando de sus fatigas, y arropado en la enorme piel de un gran oso que él mismo había muerto en los nevados montes Pirineos. Observaba á sus soldados que devoraban en silencio algunos frugales alimentos, teniendo por todo licor el agua de una de

esas fuentes que el hospitalario pueblo celta señalaba á los viajeros con un colosal monolito (1), mientras llegaba á sus oídos, de no apartados lugares, la gritería y festiva algazara de los soldados de Ruscín y de Saron, que se embriagaban con hidromiel al amor de inmensas hogueras, donde condimentaban succulentas provisiones. El contraste que tan de relieve ofrecia á la observacion de Bebrix el aspecto de estos campamentos no podia ménos de contristar su ánimo, y meditaba muy profundamente acerca de la determinacion que debería adoptar. En un principio habia sido su proyecto adelantarse en la marcha á los ejércitos de sus rivales, porque habiase jurado á sí mismo llegar ántes que ellos á la Asamblea general de la Nacion; pero despues de su combate con Naumes, le detenia la consideracion de que pudieran creer que huía la presencia de Ruscín y de Saron. Por otra parte, le repugnaba seguir en pos de ellos y que sus tropas recojiesen por el camino los despojos y desperdicios de los festines de las otras.

Sumerjido en estas reflexiones se halla-

(1) Los celtas construian fuentes en los campos y en los senderos, indicando su existencia por medio de enormes piedras, á las que empotraban una cadena, y pendiente de ella una escudilla ó vasija de hierro para uso del caminante. — *N. del T.*

La, cuando le hizo estremecer el sonido de una voz dulce, que pronunció su nombre.

— Bebrix, dijo la voz. No creas que hayan degenerado de su noble raza todas las hijas de los celtas, hasta el punto de preferir el débil guerrero que posea ricos collares y brazaletes de oro al valiente y fuerte soldado que no tenga más patrimonio que su tajante acero y su inexpugnable escudo.

— ¿Quién eres tú, preguntó Bebrix, que has osado penetrar en mi campamento sin mi permiso? ¿Quién eres tú que has podido conseguirlo sin que mis centinelas te hayan rechazado?

— Bebrix, el amante que pretende introducirse durante la noche en la habitación de su manceba, lleva consigo hojaldres de harina y miel para acallar á los mastines que guardan la morada. Yo he venido provista del hojaldre que habia de seducir á los más leales centinelas, y he llegado sin obstáculos hasta aquí, porque tenía mandato de mi dueña y señora para superarlos á todo precio.

Así habló una mujer encubierta, de elevada estatura, que permanecía de pie ante Bebrix.

— ¿Luégo entonces, una mujer es la que te envía? preguntó el joven capitán.

— Sí; una noble mujer que te ha visto hoy castigar con valor y destreza la insolencia de Naumes, y que te ha juzgado con más títulos que á tus rivales para marchar á la cabeza de los valientes Tectósagos (1).

— ¿Qué mujer ha podido verme hoy, objetó Bebrix, que no sea la hija ó la esposa de uno de los soldados de Saron ó de Ruscín? Y siendo así, ¿qué interés puedo inspirarle?

— Tu memoria te es infiel, Bebrix, ó fijas poco tu atención en ciertos detalles importantes. ¿Te acuerdas que cuando Vintex, el emisario de Ambigat, se presentó en tu comarca, no iba solo?

— Recuerdo que le acompañaba su esposa Elomare, la sobrina muy amada de Ambigat, hermana de Sigoveso y Velloveso.

— Y recordarás, sin duda, que no queriendo Vintex exponerla á los peligros de un molesto y largo viaje, la dejó al cuidado de Ruscín y en compañía de su hija Valla, mientras él marchó al país de los Alóbrojes (2).

— En efecto, Elomare debe estar en el campamento de Ruscín, que tiene el honorífico y precioso encargo de conducirla cer-

(1) Pueblos de las Galias en la primera Narbonense, que era la región comprendida entre el Mediterráneo y los Pirineos al Sud, y el Ródano al Este.

(2) Parte de la Galia Narbonense que hoy es la Saboya.

ca del rey Ambigat; pero es imposible que sea ella quien te envia. Elomare, tan admirada por su extraordinaria belleza como respetada por su intachable virtud, no comete la imprudencia de confiar á labios ajenos semejantes mensajes.

—Veo que la conoces perfectamente, respondi6le la extranjera con dulce voz y noble ademan. Elomare no podia confiar á nadie esta mision, y por eso mismo vé ahí que es Elomare en persona quien la desempeña.

— ¡Elomare! exclamó Bebrix incorporándose respetuosamente.

— ¿Es cuerdo pronunciar mi nombre en voz alta para que lo oigan todos tus soldados, jóven imprudente? ¿No es mucho que tú lo hayas sabido? Observ6le la noble celta con altiva y fría dignidad.

— Elomare, bulbuceó Bebrix con voz apenas perceptible; ¿qué interes ha podido conducirte á mi campamento sola y en medio de la noche?

— Si no lo has comprendido, Bebrix, tendré necesidad de retirarme.

— Y si me permitiere comprenderlo, ¿cómo podria yo corresponder á ese interes?

— Tambien tendria dolorosa precision de abandonarte, si no adivináras la manera de corresponder á él, tristemente apenada

por haberme equivocado en mis apreciaciones y juicios sobre tus condiciones.

— Detente, Elomare, y escucha. Aqui se detuvo el jóven capitán, y luego con noble lealtad y franca resolucion continuó. Puesto que vienes del campamento de Ruscin, y puesto que eres la compañera de su hija, no debes ignorar..... que amo á Valla.

— Lo sé.

— ¿Y crees que una pasion alimentada en el corazon tantos años, que es mi vida y el alma de mi alma, pueda extinguirse de repente para dar lugar á un nuevo amor?

— Lo ignoro, respondi6 Elomare despues de un marcado silencio, durante cuya meditacion se resolvió á variar el rumbo de sus pensamientos. Lo ignoro, repitió, y poco me importa, porque á lo que vengo no es á hablarte de amor, sino de importantes proyectos de grandeza y de poder.

— ¡Habla, habla! interrumpi6le Bebrix con marcado sentimiento de júbilo y como si se hubiera libertado de un peso enorme.

— No sería bastante duradera la noche si hubiera de decirte todos mis proyectos. Por ahora sólo importa que sepas que Ruscin y Saron, irritados con el ultraje que les has inferido castigando la insolencia de Naumes, han formado el proyecto de perderte.

— ¡Oh, qué vengan! exclamó Bebrix acariciando su espada, ¡qué vengan! repitió.

— Escucha y aprende, continuó Elomare apagando el sonido de su voz. Te importa ejercer una exquisita vigilancia; cuando la noche cierre por completo y el silencio reine por todas partes, vendrán á merodear alrededor de tu campamento ocultos emisarios de Saron, no con la intencion de apoderarse de tus carros sino para sorprender la buena fe de tus soldados y robarte la fidelidad de ellos: astutamente excitarán á unos con magnificas promesas de bienestar, y regarán la plata en las manos de los otros. Así quedarias sorprendido y asombrado si, queriendo adelantar mañana tu marcha á la de tus rivales, no te seguian tus guerreros, y si te resolvias á caminar detras de aquellos, te verias abandonado de los tuyos; que todos desertarian de tus banderas para alistarse en las de otro jefe.

— ¡Intentan anularme!

— Eso precisamente. Y si lo consiguieran, al llegar tú á la Asamblea general de la Nacion te sería imposible tomar sitio entre los jefes, puesto que no conducias soldados á quienes mandar.

— ¡Ah! exclamó Bebrix, yo castigaré el cobarde proyecto de esos infames.

— ¿De qué manera?

— Combatiéndolos.

— ¡Ah, Bebrix! cuando el oro es el arma de los enemigos no hay combate posible.

— ¿Y qué hacer entónces?

— Vencerlos con el ardid y la astucia que han querido emplear contra tí.

— Ese ardid es el oro que todo lo enfanga y envilece, y mis manos se han endurecido únicamente manejando la férrea empuñadura de mi espada.

— Vé ahí porque te traigo yo ese oro que te falta.

— ¿Tú?

Y Elomare dejó caer á los piés de Bebrix una pesada alforjilla de cuero rellena de joyas y de monedas de oro.

— ¿Todo esto es para mí? preguntó el jóven deslumbrado ante aquel tesoro y como queriendo sacudir un penoso sueño.

— Sí, Bebrix, le respondió Elomare.

— ¿Y á qué precio?

— Ya te lo diré cuando te presentes en la Asamblea general seguido de numeroso ejército, vestido de ropaje suntuoso, engalanado con ricas joyas y montando magnifico y esplendente carro. Bien sabes, Bebrix, que como mujer, como sacerdotisa y como parienta del poderoso rey Ambigat tengo el derecho de asistencia á los consejos. Gozo del poder que alcanza la belleza,

la religion y el nacimiento; calcula tú ahora lo que me será posible conseguir en favor de la persona que esté bajo de mi proteccion.

— ¿Que es preciso hacer para merecerla? preguntó Bebrix procurando dar á su voz una tierna entonacion. ¿Debo amarte á tí que eres la más bella de las mujeres?

— Debes obedecerme, respondió Elomare, con triste y melancólico acento. ¿Olvidas acaso que soy la esposa de Vintex? ¿Olvidas por ventura que la fangosa laguna espera en sus hediondas aguas á las adúlteras? ¿Has olvidado tal vez á la hija de Ruscin?... Tú amas á Valla, Bebrix; Valla te amará, no lo dudes; hoy ha empezado.

Al decir estas palabras Elomare apartó el velo que cubria su bello rostro, alumbrado en aquel momento por el rojizo resplandor de lejanas hogueras, y su fiera arrogancia hizo estremecer á Bebrix.

— Mirame, le dijo, mirame bien, para que puedas reconocerme en la Asamblea de la Nación; y no te olvides que has de presentarte en ella como uno de nuestros más ricos y poderosos guerreros.

Y escapando lijeramente, desapareció.

Bebrix siguió con la vista largo rato aquella blanca figura, que la hubiera creído una fantástica y soñada aparicion, si no

viera á sus piés el rico tesoro de que Elomare lo habia hecho poseedor.

III.

Todavía trascurrió un mes ántes que los diferentes pueblos y ejércitos, convocados por el rey Ambigat para la Asamblea general de la Nación, pudiesen llegar al sitio designado para celebrarla.

Una luna despues de los sucesos que se dejan relatados en el precedente capítulo (1), veíanse ocupadas por una inmensa multitud de gentes las llanuras que bañan el Auron (2) y el Eure (3), donde se asienta hoy la ciudad de Bourges (4), residencia entónces del rey Ambigat, y en cuyas cercanías existia el Bosque Sagrado.

Los capitanes y soldados que, secun- dando la llamada de Ambigat, habian acu-

(1) Los celtas dividian sus años en lunas.

(2) Rio tributario del Eure, y al cual se une cerca de Montreuil.

(3) Nace el Eure en unos pantanos en el departamento del Orne, y va á desaguar en el Sena por las inmediaciones de Pont-del-arche, despues de un curso de 65 leguas.

(4) Antiguísima ciudad con 18.000 habitantes. Fué capital del Berry, y hoy lo es del departamento del Cher. Créese que su fundacion data del tiempo de los celtas. Julio César la destruyó 52 años ántes de Jesucristo, y despues fué reconstruida por Carlo-Magno. Ha sido patria de Luis XI, de Santiago Cœur, de Bourdaloue y de Juan de la Chapelle.—(N. del T.)

la religion y el nacimiento; calcula tú ahora lo que me será posible conseguir en favor de la persona que esté bajo de mi proteccion.

— ¿Que es preciso hacer para merecerla? preguntó Bebrix procurando dar á su voz una tierna entonacion. ¿Debo amarte á tí que eres la más bella de las mujeres?

— Debes obedecerme, respondió Elomare, con triste y melancólico acento. ¿Olvidas acaso que soy la esposa de Vintex? ¿Olvidas por ventura que la fangosa laguna espera en sus hediondas aguas á las adúlteras? ¿Has olvidado tal vez á la hija de Ruscin?... Tú amas á Valla, Bebrix; Valla te amará, no lo dudes; hoy ha empezado.

Al decir estas palabras Elomare apartó el velo que cubria su bello rostro, alumbrado en aquel momento por el rojizo resplandor de lejanas hogueras, y su fiera arrogancia hizo estremecer á Bebrix.

— Mirame, le dijo, mirame bien, para que puedas reconocerme en la Asamblea de la Nación; y no te olvides que has de presentarte en ella como uno de nuestros más ricos y poderosos guerreros.

Y escapando lijeramente, desapareció.

Bebrix siguió con la vista largo rato aquella blanca figura, que la hubiera creído una fantástica y soñada aparicion, si no

viera á sus piés el rico tesoro de que Elomare lo habia hecho poseedor.

III.

Todavía trascurrió un mes ántes que los diferentes pueblos y ejércitos, convocados por el rey Ambigat para la Asamblea general de la Nación, pudiesen llegar al sitio designado para celebrarla.

Una luna despues de los sucesos que se dejan relatados en el precedente capítulo (1), veíanse ocupadas por una inmensa multitud de gentes las llanuras que bañan el Auron (2) y el Eure (3), donde se asienta hoy la ciudad de Bourges (4), residencia entónces del rey Ambigat, y en cuyas cercanías existía el Bosque Sagrado.

Los capitanes y soldados que, secundando la llamada de Ambigat, habian acu-

(1) Los celtas dividian sus años en lunas.

(2) Rio tributario del Eure, y al cual se une cerca de Montreuil.

(3) Nace el Eure en unos pantanos en el departamento del Orne, y va á desaguar en el Sena por las inmediaciones de Pont-del-arche, despues de un curso de 65 leguas.

(4) Antiguísima ciudad con 18.000 habitantes. Fué capital del Berry, y hoy lo es del departamento del Cher. Créese que su fundacion data del tiempo de los celtas. Julio César la destruyó 52 años ántes de Jesucristo, y despues fué reconstruida por Carlo-Magno. Ha sido patria de Luis XI, de Santiago Cœur, de Bourdaloue y de Juan de la Chapelle.—(N. del T.)

dido con entusiasmo á dicha Asamblea, eran los Ambíbaros (1); los Caruntos (2), tan célebres por su fiereza y por la solemnidad de sus sacrificios, y que habian practicado el viaje atravesando con mil penalidades los espesos bosques y los desiertos de aquella comarca; los Aulerces ó Aulerques (3), á los cuales habian servido de guía para su camino las riberas del Eure; y finalmente, los Tectósagos, cuyo país se extendía desde las orillas del Ródano á las montañas del Firineo. Estos últimos eran los más numerosos, y sus tres campamentos ocupaban tanta extension como los de todas las demas tribus. Uno de estos tres campamentos era, á su vez, más extenso que los otros dos reunidos, y pertenecía á los soldados de Bebrix, quién, como se ve, habíase presentado digno de ejecutar los proyectos de Elomare.

En el más reducido de estos campamentos, y bajo una tienda formada con estacas y pieles, hallábanse reunidas tres personajes: eran Valla, Ruscín y Saron. Un profundo y absoluto silencio reinaba entre ellos; cada cual se entregaba á su propio

(1) Pueblos que habitaban el territorio llamado hoy la Normandía.

(2) Del territorio de Chartres.

(3) Del país de Evreux, á orillas del Maine y del Loira —(N. del T.)

pensamiento; ninguno manifestaba interes por conocer el de los demas, ni deseos de comunicar el suyo propio. Cualquier observador, que no hubiera estado poseido de la preocupacion de estos tres personajes, hubiera podido leer en la fisonomía de cada uno de ellos los encontrados sentimientos que respectivamente les dominaban. Las facciones de Ruscín se encontraban alteradas por la concentracion de su cólera, al considerarse impotente para penetrar un misterio que no acertaba á explicarse: la melancólica fisonomía de Valla expresaba una honda tristeza, y sus hermosos ojos dirigian miradas de conmiseracion y de lástima al jóven Saron, en cuyo pálido, tétrico y aflado semblante se retrataba el abatimiento de su espíritu y la perdida esperanza de sus ilusiones.

— ¡Es un prodigio inexplicable! — exclamó Ruscín rompiendo el silencio. — He consultado á los sabios Eubajes (1) acerca de tan extraña desdicha, y me han contestado que no es necesaria la intervencion del cielo para explicar el por qué los soldados han preferido seguir á un jóven fuerte y robusto más bien que á un anciano

(1) Druidas á quienes los celtas consultaban todos los misterios: se dedicaban al estudio de la física, de la astronomía y de la adivinacion —(N. del T.)

no; á un jóven valiente y animoso mejor que á un.....

Saron se levantó sítibitamente.

Era Saron un jóven pálido y rubio, de presencia débil y de estatura poco elevada: su descarnado rostro y la flaqueza de sus miembros acusaban su escaso vigor; pero al ponerse de pié, por la fiereza de su actitud y por el fuego que despedían sus rasgados ojos azules, hubiera podido creerse que bajo aquella mezquina y pobre naturaleza se ocultaba un corazón de hierro.

— Ruscín, — dijo, — procura economizar los insultos y las palabras inconvenientes, que no servirían sino para sembrar el ódio y las desavenencias entre nosotros, sin que por ese medio pudiéramos sondar el origen de este misterio. No me asombra ni me sorprende que los Eubajes te hayan hablado con desprecio de tu vejez y de mi flaqueza, porque vivimos en un siglo y bajo unas costumbres en que la juventud merece más consideraciones que la ancianidad, y en que la fuerza del cuerpo, y no la de la inteligencia, decide solamente el lugar que los hombres deben ocupar entre los justos y entre los poderosos; pero ¿cómo se explican los Eubajes de dónde ha podido adquirir Bebrix el oro que ha prodigado con nuestros guerreros para que deserten de nuestras banderas, y cómo po-

see las alhajas y joyas que ostenta con tanto orgullo y vanidad?

— En efecto, — dijo Valla, — no existe ningún otro guerrero que pueda igualar la magnificencia de Bebrix; su cinturón, formado de estrellas de oro, resplandece como un cielo despejado en noche serena: su collar y sus brazaletes de piedras brillan como los reflejos del sol. Hay que reconocer que, engalanado así, aparece hermoso como el hijo de un rey: casi ha eclipsado á los dos grandes guerreros Sigovesso y Bellovesso.

— ¿Te ha parecido hermoso, Valla? — preguntóle Saron con tono de triste reconvencción.

Valla comprendió con esta pregunta la interpretación que podía darse á sus palabras, y sus mejillas se tñieron de carmin. La observación de Saron le hizo conocer el extraño sentimiento que se había apoderado de su corazón, sin que ella misma se diese cuenta de ello. Jóven y hermosa, aficionada á la ostentación, al lujo y al esplendor de las riquezas, había despreciado siempre el amor de Bebrix, cuya túnica y sayal eran de un grosero tejido de lana, y cuyas armas eran de tosco hierro; admirando, por el contrario, en Saron, la magnificencia de sus vestiduras y el bruñido de sus aceros. Pero desde que pudo admi-

rar la arrogante y varonil presencia de Bebrix y le vió adornado de ricos trajes y preciosas joyas, desmereció Saron á sus ojos, y quién sabe si se reprochó el haberle ántes desairado tan inconsideradamente. Sin duda que, al descubrir por primera vez este sentimiento en su corazón, debió Valla avergonzarse; pero ese mismo descubrimiento la condujo á reflexionar sobre él, y puede suponerse que Saron no debió quedar bien parado en estas idas y venidas de la imaginación de la jóven.

La conversacion siguió su curso, y Ruscín respondió á Saron, á propósito del asunto:

— Los Eubajes, — dijo, — no han querido escucharme, cuando yo les manifesté mis deseos de saber el origen de las riquezas de Bebrix.

— Eso no prueba más sino la falsedad de su ciencia.

— Silencio, jóven imprudente, — dijo Ruscín. — Los Eubajes poseen la ciencia en más alto grado de lo que tú puedes alcanzar; conocen el origen de más de una fortuna, y tal vez pudieran revelarlo si se les irritase.

Ruscín pronunció esas palabras ajitándose todos sus miembros con un estremecimiento convulsivo y cubriéndose el rostro de mortal palidez. Saron quedó asom-

brado, porque comprendió la causa de aquel terror.

El caudal que poseía Ruscín tenía una fatal procedencia: había pertenecido á su esposa, y lo había heredado de ésta por virtud de un funesto crimen. En los matrimonios, según las leyes y costumbres de los celtas, se formaba inventario de los bienes y alhajas que cada contrayente aportaba á la sociedad conyugal, y según esa misma ley, cuando fallecía uno de los esposos se practicaba la debida separación: este constante y recíproco derecho tenía una excepción á favor del marido, cuando la esposa, acusada del crimen de adulterio, y convicta ante el tribunal de los Vaceres (1), había sido sentenciada al suplicio del látigo y á ser sumergida en la fangosa laguna destinada á sepultar su infamia. Queriendo Ruscín poseer las inmensas riquezas de su esposa, había supuesto el adulterio; buscó falsos testigos para probarlo, jueces para sentenciarla, y la desventurada esposa sufrió el horroroso suplicio que Bebrix tan cruelmente había recordado á Valla.

Aunque después del suceso se dudó en la comarca que ella hubiese cometido el crimen que se le imputó, y aunque se elevó contra el marido un océano de sospe-

(1) Jueces druidas.

chas en vista del cuantioso provecho que habia reportado, Ruscín aparentaba despreciar esos rumores; pero su asombro y su terror fueron indefinibles cuando los Eubajes de la Sagrada Selva le dieron á entender que conocían su secreto. Ruscín ignoraba, como todos los celtas, que una periódica, secreta y misteriosa correspondencia hacía saber al jefe de los druidas, con exactos detalles, los acontecimientos que tenían lugar en las más distantes provincias; y estos pueblos, cuya ignorancia y falta de costumbre era absoluta en materia de comunicaciones y relaciones con los pueblos lejanos, suponían que la distancia debía ser, como la noche del porvenir, un misterio impenetrable que sólo era dado descifrar á los que se hallaban dotados de la ciencia y del poder de la adivinación.

Ruscín, con la advertencia que recibió del jefe de los Eubajes, á quien habia consultado, no se atrevió á llevar más lejos sus averiguaciones sobre el origen de la fortuna de Bebrix, y continuó en la ignorancia de este secreto, sin alcanzar, ni suponer siquiera, que el sacerdote, conociéndolo, podía tener sus razones para no descubrirlo.

Un diálogo, cuyos interlocutores no se decidían á manifestar los sentimientos de

su conciencia, debía sufrir frecuentes y largas interrupciones. Un nuevo silencio volvió á reinar entre los tres personajes; sin embargo, había cambiado la expresión de sus semblantes. La calma de una laboriosa meditación había reemplazado en la fisonomía del anciano á su colérica expresión, y Valla se había entregado á profundos pensamientos, cuya causa estaba en otra parte, por más que ávidamente la buscaba cerca de sí: solamente Saron conservaba su aspecto triste y abatido.

Ahora también fué Ruscín el que rompió el silencio; pero esta vez lo hizo en voz baja y apenas perceptible, como quien tiene miedo de escucharse á sí mismo.

— Aquí se oculta una traición, dijo. ¿No os ha llamado la atención el calor y el entusiasmo con que Elomare ha defendido los derechos y las pretensiones de Bebrix en la reunión del Consejo? ¿Qué significa, pues, el interés de esa mujer, que ha encontrado en mi casa la hospitalidad, y que emplea su influencia en favor de un hombre á quien jamás ha hablado?

— Ya te lo han dicho los Eubajes, respondió Saron con melancólica expresión de amargura. Las mujeres, como los soldados, siguen á los más fuertes y apoyan á los más hermosos.

— Me acusas injustamente, dijo Valla

con viveza. Yo he hablado en tu favor, Saron.

Sonrióse irónicamente Saron de la injuria que con tanta candidez le había dirigido la jóven, y contestóle:

—¿Acaso hubieras podido desertar, Valla, como mis soldados?

— Jóvenes, dejad vuestras amorosas querellas y escuchadme, dijo Ruscín. Vosotros no habeis tenido motivos, como yo, para saber que cuando hemos llegado á estos lugares ha sido bastante un solo hombre para trasportar á la morada de Elomare el cofre que encerraba sus riquezas, cuyo tesoro pesaba tanto al emprender nuestro viaje, que yo mismo, con grandes esfuerzos y ayudado de otro soldado, apenas pude acomodarlo sobre su carro.

—¿Crees tú, padre mio, que Bebrix haya robado á Elomare las riquezas que actualmente posee? preguntó Valla con alterada voz.

—No: el robo ha sido imposible en nuestro campamento. Además, si esas joyas hubieran sido robadas á Elomare, ella las habría reconocido en poder de Bebrix: es más; si no fueran un donativo, ella las hubiera reclamado.

—¿Qué quieres dar á entender? exclamó Saron. ¿Ignoras la magnitud de una acusacion semejante, y has olvidado la

clase de suplicio que preparas á la culpable?

—Lo sé, lo sé, repitió Ruscín con impaciencia, y continuó con creciente calor. Pero tambien sé que, alarmado con la fuga y desercion de mis soldados, velaba y recorria yo una noche mi campamento; sé que habiendo llegado á la tienda donde debía descansar Elomare, la encontré desierta; sé que habiéndome decidido á esperar su regreso, al penetrar ella en su tienda le turbó tanto mi presencia, que á pesar de su habitual audacia no acertó á demandarme los motivos de mi visita y se apresuró á presentar excusas por su salida; sé, por último, que en el corazon de esa mujer se anidan siniestros y ambiciosos proyectos, que tú tambien alcanzarias, Saron, si en vez de ser el preferido de Valla, hubieras sido despreciado por ella.

—¡Oh, Ruscín, qué dices! exclamó Saron pasmado de asombro y de terror.

—¿Y no has observado, continuó Ruscín, que se animaba con sus propios razonamientos, no has visto que Vintex no ha vuelto de su viaje? Todos los pueblos de las comarcas que ha visitado han llegado ya, como nosotros; pero despues de haber pasado Vintex el Ródano ya no se han vuelto á tener noticias suyas, ni ha venido á la Asamblea general ninguno de los pueblos

que habitan más allá de ese río. Esto no significa otra cosa sino que el Ródano ha sido el límite de los viajes y de la vida de Vintex, y por el escaso interés que su ausencia ó tardanza inspira á Elomare, hay que suponer discretamente que ella estaba preparada para no volverle á ver.

— ¡Ruscín! ¡Ruscín! exclamó de nuevo Saron. ¿Has calculado todos los crímenes que revelan tus palabras?

— ¡Jóven, tú no sabes adónde conduce la ceguedad de las malas pasiones cuando éstas se arraigan en el corazón de una mujer ambiciosa; tú no sabes por qué horribles senderos llegan esas pasiones al logro de sus propósitos; y tú ignoras, sobre todo, las ficciones y los engaños con que se gobierna á los pueblos y se maneja á los hombres.

Valla escuchaba á su padre con ávido temor, y una súbita palidez descoloró su semblante cuando le oyó hablar de las insensatas pasiones que dominaban á las mujeres ambiciosas. Ni su amante ni su padre se apercibieron de esto, y Saron contestó á Ruscín:

— Es cierto que ignoro todo eso, y me felicito de mi ignorancia; pero quisiera que me explicáras con qué fines ha podido Elomare cometer los crímenes de que la acusas con tanta lijereza. Si Vintex no ha muer-

to, lo cual nadie puede asegurar, ¿cómo se ha atrevido ella á disponer de las riquezas de su esposo en favor de Bebrix?

— ¿Y quién te dice que no sean las suyas propias las que ha ofrecido á su amante?

— ¿A su amante? exclamó Valla.

— ¿A su amante? prorumpió Saron. Pero tú conoces bien la ley cruel que castiga á las adúlteras.

— Y sé también, añadió Ruscín en voz baja, que lo mismo se tienen testigos para afirmar lo que no es, como para negar lo que es.

— ¡Locura! dijo Saron. ¿De qué sirve á su ambición la fortuna de un amante mientras viva su esposo? Y si éste hubiera muerto, ¿cómo podrá gozar de esa fortuna cuando pregone la fama el desenfreno y la licencia de la viuda que se da nuevo marido?

— Sin duda que tu juicio es recto y acertado; pero la fama aplaude y celebra siempre la elección del soberano, cualquiera que sea esa elección. La ley es para los que reinan una cadena que ellos llevan cojida por un extremo con la mano y en el otro extremo están prendidos los pies de todos los demás.

— ¿Y permitirán los druidas semejante sacrilejio?

— Los cantos y las oraciones de los drui-

das bendecirán la elección del monarca, tanto más si recae en una de sus sacerdotisas y acrecienta su poder.

— ¡Cómo! ¡Bebrix! gritó confundido Saron.

— ¡Bebrix! exclamó Valla.

— Bebrix puede escalar el trono por elección de las tropas, porque Ambigat carece de sucesión directa. El más joven y amado de sus sobrinos pereció sobre el altar de Tentates, acusado de impiedad por Atax, el pontífice de los druidas: Belloveso y Sigovesso van á dejar la patria para siempre, llevados de su pasión por las conquistas, y arrastrarán consigo á los más bravos soldados: ¿quién puede asegurar, entre tanto, que Ambigat sobreviva mucho tiempo á esta ausencia? ¿Quién duda, pues, que Bebrix, permaneciendo en el país donde se ha presentado como el más poderoso guerrero de nuestra comarca; que Bebrix, aceptado por los druidas y sostenido por los deudos de Elomare, no sea proclamado jefe soberano de la nación celta?

— ¡Él! exclamó Saron. ¡Cómo, siendo tan pobre en nuestro país que apenas encontró soldados que quisieran seguirle, ha podido Bebrix formar proyectos tan atrevidos!

— No ha sido él quien ha imaginado esos proyectos, Saron; sino que se ejecutan por

él para saciar las ambiciones de una funesta mujer. Como eres joven todavía, y además te has educado en las sencillas costumbres de nuestras montañas, no puedes comprender, ni aun sospechar siquiera, los terribles y misteriosos secretos de la vida, ni el móvil verdadero de las acciones de los hombres: la experiencia que he adquirido con la edad me facilita el estudio de ambas cosas, y yo te juro que, si se realizan mis sospechas, he de hacer fracasar los planes de Elomare.

Ruscín guardó silencio, y Saron quedó como abismado ante la magnitud é importancia de las cosas que acababa de escuchar. Abatido y triste por la convicción de su debilidad física, que no le dejaba ni la más mínima esperanza de alcanzar la estimación y el prestigio de los celtas en las luchas y juegos que iban á celebrarse, desmayaba más aún por la conciencia que había adquirido de su pobreza intelectual. Se admiraba de la penetración y sagacidad con que Ruscín parecía haber profundizado, analizado y desenvuelto una red de crímenes y una trama de circunstancias y detalles, cuya existencia no hubiera él sospechado siquiera, ni le hubiese sido posible explicarse. Ignoraba que así el mal como el bien tienen la ciencia y conciencia de lo que le es afín ó propio, y no sabía, por

consiguiente, que el perverso tiene la propension de encontrar fácilmente el crimen, porque le da vida y formas en su imaginación bajo todas sus fases y posibilidades; así como es incapaz y falto de sentimientos para amar la belleza, para presentir los actos nobles y elevados y para comprender las grandes virtudes. Por eso no hubiera podido nunca Saron adivinar los horribles criminales proyectos de los infames; así como Ruscín no hubiera podido comprender tampoco á Saron, si éste le hubiese hablado de los nobles sentimientos de su alma, cuya existencia no conocía aquél.

De nuevo volvió á reinar en la tienda un prolongado silencio, y fué también Ruscín, por tercera vez, quien le puso término en el momento de disponerse á abandonarla.

— Sí, dijo á Saron; yo te juro que sabré aniquilar los proyectos de Elomare; yo te juro que te volveré tus soldados, que recuperaré los míos, y que continuaremos siendo los más poderosos de la nación: y cuando tu matrimonio con Valla hubiese estrechado y afianzado nuestra alianza, veremos quién ha de ocupar en su día el trono de Ambigat.

Las últimas palabras de Ruscín excitaban una contracción de despecho en el rostro de Valla. Aquel hombre astuto y mali-

cioso, que había profundizado hasta en sus entrañas, y de suposición en suposición, los más secretos giros de un pensamiento político, no había podido adivinar el camino que había emprendido ya la imaginación de su hija: no podía sospechar que todo lo que había manifestado contra Bebrix hablaba en favor de éste en el corazón de Valla. La jóven se decía en su pensamiento que el soldado á quien la poderosa sacerdotisa Elomare, la más bella mujer del país de Bourges, había elegido y distinguido, á pesar de su pobreza, debía ser un hombre muy superior. En efecto, Bebrix no tenía rival en fuerzas ni en valor, era elocuente, arrojado y digno de la jefatura que ambicionaba. Valla se creía obligada á reconocerlo así, y esta idea le atormentaba, porque muy frecuentemente sucede que el amor no es más que una lucha en el corazón impresionable de las mujeres, y una rivalidad las seduce y consigue de ellas lo que ántes, tal vez, no han podido alcanzar las más nobles cualidades ni el más apasionado afecto. Esto es lo que se observa y sucede en los civilizados tiempos del siglo xix, y esto mismo debía suceder y sucedía en los incultos y nebulosos tiempos de la barbarie; porque aunque bajo otras costumbres y con diferentes formas, esa ha sido siempre una de las inmutables pasiones

de la humanidad: si la manera de expresarlas era entonces más sencilla ó salvaje, consistía en que la pobreza de los idiomas no poseía bastantes palabras donde se enredasen los pensamientos para vestirlos con el ropaje de la prudencia ó de la diplomacia; y si se manifestaban desembozada y abiertamente era porque leyes más tolerantes permitían hablar sin temor.

Estas reflexiones explicarán, sin duda, la conferencia que tuvo lugar entre Valla y Saron, después de la salida de Ruscín.

Los dos jóvenes quedaron solos é inmóviles el uno frente al otro: él había clavado la vista sobre Valla y ésta evitaba sus miradas.

Saron era una de esas criaturas que no nacen para la época en que viven: de alma sobrado inteligente para acomodarse á los horrores de la barbarie que le rodeaba, y careciendo de fuerzas para dominarla; de recto criterio, que no podía admitir como bueno un estado social apoyado únicamente en la fuerza bruta, pero sin valor para proclamar que ésta había de ser reemplazada un día por la fuerza moral. Era Saron, pues, uno de esos hombres nacidos para sólo sufrir y á quienes falta la fe de los grandes caracteres, la noble estimación de sí mismos y la orgullosa conciencia de que valen más que todo cuanto se ajita y

vive en torno suyo. ¡Quién sabe si pensara cuerdate, no aparentando ese orgullo! Tal vez no sean útiles y convenientes á la humanidad más que dos clases de caracteres; unos, los que caminando en pos de las ideas de su época le prestan sus servicios con arreglo á su capacidad intelectual; y otros, los que adelantándose á esas ideas logran arrastrar consigo á las sociedades hácia otras creencias ó costumbres. En cuanto á los demas, dotados de superior inteligencia, pero sin energía, ó sin fuerzas para poner por obra sus concepciones, no sirven, las más de las veces, sino de obstáculos en el mundo. Tal vez esa indiferencia con que marcha la sociedad arrollando en su camino á los seres que le son incompatibles y que no han logrado hacerse superiores á ella, sea una de las inevitables necesidades para el cumplimiento de los humanos destinos.

Ya se ha dicho que Saron había permanecido inmóvil contemplando á Valla, la cual procuraba guarecerse en el disimulo de la reserva; porque la hija de Ruscín tenía sentimientos diametralmente contrarios á los de Saron. Valla representaba todo lo que su sexo ha tenido de más vulgar en todas las épocas y en todos los tiempos: gustaba de las inclinaciones más rutinarias, por faltar á su entendimiento la necesaria

capacidad y reflexion para comprender y apreciar lo nuevo é inusitado, dejándose dominar y seducir por aquello que más heria á su vista; porque la mujer lleva siempre consigo el instinto de su sexo, que le inclina á prendarse de la belleza exterior y de la fuerza. Si este sentimiento se manifiesta aún en la mujer de nuestros días, á pesar de las barreras que han opuesto á ello la civilizacion y las ideas filosóficas y morales, puede calcularse qué grado alcanzaría cuando corrian los tiempos en que la fuerza bruta y el continente hermoso eran las cualidades que constituian, no sólo la razon y el derecho, sino tambien la virtud.

A Saron le apesadumbraba el carácter de Valla sin comprenderlo, ó más bien, sin poderse lo explicar. Al fijar en ella su atenta mirada queria penetrar con la vista en el corazon y en el pensamiento de la jóven; y ésta, dejándose perseguir por la investigacion de aquella insistente mirada, distraia la suya.

— ¿En qué piensas, Valla? preguntóle al fin Saron.

Valla se turbó en un principio; pero recobrando muy luégo su serenidad y adoptando una meditada resolucion, contestó:

— Pienso, Saron, que aún existe para algun hombre una fortuna que intentar en

una carrera tan venerada y gloriosa como la de las armas.

— Cual, Valla?

— La del sacerdocio de nuestros Druidas, para la cual el talento y la elocuencia son las primeras cualidades necesarias. Pueden ignorar el manejo de las armas, y aún carecer de fuerzas para llevarlas, sin estar por ello expuestos al escarnio de los demas; y cuando poseen la ciencia de espigar el vuelo de las aves y la adivinacion del destino por la virtud de la varilla desgajada del ligustro (1), ó por la direccion de los caballos sagrados, alcanzan una consideracion mayor y un lugar preferente al de los más ilustres guerreros.

Saron comprendió el consejo que Valla habia querido dirigirle; pero deseando conocer á fondo toda la intencion de la jóven, acercóse á ella en ademan cariñoso, diciéndole con dulce acento:

— Tal vez tengas razon, Valla: no hay posicion más brillante que la de la esposa de un druida, y...

La hija de Ruscín no le dejó continuar, é interrumpiéndole con la imprudente lijereza de una jóven, en cuyo corazon re-

(1) Alheña ó ligustro: arbusto de la familia jasminica que se da en las regiones templadas.—(N. del T.)

bosa el deseo de una desenfadada pasión, le dijo :

— ¡Oh, jamás! Yo no quiero arrastrar la vida de una druidesa por más honorable y poderosa que fuese tal posición : deseo por esposo un ilustre guerrero que pueda proporcionarme collares y cadenas de oro con las riquezas que arrebate despues de vencer á los enemigos.

— ¿Y sabes tú, Valla, quién es el hombre que ha de satisfacer tus deseos?

Las mejillas de la jóven se cubrieron de rubor, sin comprender aún la extension de aquella pregunta; y huyendo el rostro y con la vista baja respondió :

— Mi padre me ha dicho muchas veces que se llamaba Saron.

— Ayer se llamaba Saron : hoy se llama Bebrix.

Y Saron se precipitó fuera de la tienda sin esperar la contestacion de Valla; quien se consideraba muy dichosa y afortunada porque la penetracion de Saron le habia evitado una revelacion del sentimiento que llenaba su corazon y estaba á punto de derramarse por sus labios.

Sigamos ahora á Ruscín, que, persuadido de haber penetrado las intenciones y proyectos de Elomare, recorría la ciudad y los diversos campamentos, injiriéndose y deslizándose entre los soldados de los di-

ferentes ejércitos, á quienes intentaba seducir para interesarlos en favor de su causa y de la de Saron. Penetró primero en el campo de los carnutos, que era la tribu más feroz y salvaje de los celtas: el traje de estas gentes consistía solamente en un jaique ó saco que les cubria hasta las rodillas, plegándolo á la cintura con una grapa ó gancho de hierro los más curiosos, y con palmas los más miserables. No usaban, como los otros celtas, ni túnico ni bragas. Pero si eran los más atrasados en el lujo y las riquezas, gozaban, en cambio, el crédito de ser los primeros en valor y los más adelantados en la pelea. Entre estos bravos soldados habia algunos aún más valientes y fanáticos, que se distinguían por su luega cabellera y poblada barba, que habian hecho el solemne juramento de no cortar mientras no ejecutasen algun acto heroico; señalándose algunos otros tambien por las pesadas y toscas argollas de hierro que se habian remachado á los brazos y á los tobillos en testimonio de la esclavitud que se habian impuesto á si mismos, interesados en la victoria no los manumitiese.

Por do quiera que se dirigía Ruscín observaba la completa desnudez de los niños y el aspecto montaraz y bravío de las mujeres, y en todas partes donde se presentaba le ofrecían lugar y asiento en los ban-

quetes que celebraban, tendidos en el suelo, con carnes asadas y lacticinios. En estos festines se discutian (1) las causas y objeto de la asamblea general, la guerra que en ella se intentaba acordar, y el más principal asunto de la eleccion de los jefes. Con este motivo pudo escuchar Ruscín en todos los labios el nombre de Bebrix, cuya varonil apostura y magnificencia habian seducido á la mayor parte de los soldados: sin embargo, no le acobardó esta circunstancia ni titubeó un momento en suscitarse contra él y contra Elomare casi todas las sospechas que habia ya confiado á Saron y á Valla. Empero sólo consiguió ser escuchado con sorpresa, porque el complot supuesto por Ruscín y su explicacion estaba muy por encima de la limitada inteligencia de estos bárbaros: conseguir un objeto por caminos tan escabrosos y por medios tan arriesgados les parecia una fábula y el resultado de un visionario sueño; así es que contestaron sencilla y cándidamente á Ruscín que si Bebrix y Elomare hubieran tenido las intenciones que aquel les suponía con respecto á Vintex y á Ambigat, hubieran empleado contra éstos la punta de un machete ó el golpe de una maza.

(1) *De pace denique et bello plerum in convivis constant.*—(N. del T.)

Aun más incrédulos encontró Ruscín á los aulerces, cuyas ideas estaban circunscritas á los cuidados de la conservacion personal y á la destruccion de sus enemigos. Preferian á los goces de la vida el placer de morir matando, y aunque no eran aptos en la fabricacion de telas para sus vestiduras, eran muy hábiles en la fundicion de armas terribles, y se entregaban á un detenido estudio para presentar el aspecto más feroz y salvaje, cubriendo sus cuerpos con pieles de bestias feroces, que cazaban en sus montañas. Armados de negros broqueles y pintadas sus carnes con sanguinarios colores (1) escogian las tinieblas de la noche para pelear, y ponian en fuga á sus enemigos, tanto por su infernal aspecto como por su extraordinario arrojo. Ni á un admitieron á discusion los fundamentos ni las suposiciones de Ruscín, y se concretaron á responderle: «Que los sacerdotes habian consultado á la diosa Herta (2), y que ellos deberian conocer esos se-

(1) *Negra scuta, tincta corpora.*—(N. del T.)

(2) Divinidad venerada tambien entre los antiguos germanos. Segun Tácito, en un bosque de una isla del Océano estaba el carro en que Herta recorría los países de su dominio durante ciertas épocas del año. Algunos han supuesto que se la tenia por la personificacion de la Tierra.—(N. del T.)

cretos mejor que Ruscín, dado caso que pudiesen existir. • Uno de los aulerces añadió que la Diosa había sido llevada, como de costumbre, á todas las comarcas sobre su carro sagrado, tirado por becerras y oculta bajo un velo que solamente podía ser descornado por los sacerdotes : refirió que del interior del carro salía un tremendo ruido de armas, lo cual significaba que la divinidad consideraba indispensable aquella guerra; y añadió que debía ser castigado como sacrilego todo aquel que opusiese obstáculos á su declaración. El oráculo merecía tanta mayor fe, cuanto que treinta esclavos habían sido dedicados á purificar el cuerpo y el carro de la Diosa con las aguas del lago sagrado, y todos treinta habían sido ahogados despues en el mismo lago, segun lo exijia el culto que se profesaba á esta divinidad, y para mayor virtud de sus vaticinios. No se conserva memoria de un sacrificio más grande que el que se ofrecia á esta diosa, á quien debía pagarle con su propia vida todo aquel que la viese; y sin duda que debió haberle sido muy agradable el que acababa de ofrecérsele, puesto que había respondido satisfactoria y claramente á las consultas que se le habían elevado.

Contrariado Ruscín por no haber podido adelantar nada en el ánimo de aquellos

bárbaros (1), se encaminó á la ciudad de Amibigat, con la esperanza de que las especies calumniosas que allí se proponia esparcir tendrían eco entre los súbditos de un rey cuyo poder había llegado á ser bastante absoluto y tiránico para haberse creado enemigos y descontentos; pero aquellos que le habían visto llegar á Bourges con escaso séquito de carros y de soldados, despreciaron sus palabras; y si no le arrojaron fuera de su morada fué porque las leyes y deberes de la hospitalidad se lo impedían; deberes que eran tan sagrados y respetables entre los Celtas, que todo aquel que faltase á ellos con un extranjero, debía ser más severamente castigado que si no los practicaba con un individuo de su propia tribu: ley inspirada en un bello y admirable sentimiento de humanidad que exigía aumento de proteccion y amparo al huésped, á medida que éste se encontraba más aislado y léjos de su familia y de su pueblo.

El tiempo trascurria : la asamblea ge-

(1) Para los Celtas Tectósagos, bien sea porque estuviesen más adelantados en las artes y en el engaño, ó bien por haberse creado más necesidades, siendo por consiguiente más egoístas, eran unos bárbaros sus compatriotas los de Chartres y los de Etraux; así como los mismos Tectósagos eran reputados como tales entre los Griegos y Romanos que arribaban á las costas del Mediterráneo.—(N. del T.)

neral debía celebrarse al día siguiente, y Ruscín presentaba que le era irremediable sufrir la humillación de ver proclamar á Bebrix jefe de los Tectósagos. La desesperación le dominaba, porque no podía resignarse á consentir esa jefatura y superioridad, que lastimaba su orgullo y hería la dignidad del esposo que había elegido para su hija. No teniendo, pues, quien le ayudase para atacar á Bebrix, se decidió á presentarle por sí solo la batalla, y se encaminó á la morada de Ambigat, donde suponía que había de encontrar al afortunado guerrero.

Allí estaba, en efecto, en medio de una turba de jóvenes, entre los cuales se veía un número considerable de ellos que no llevaban la espada ni el escudo, cuyos arreos no abandonaba el celta jamás. Eran éstos los mozos que aún no habían sido considerados dignos de llevar las armas, y acompañaban á sus padres, que venían á reclamar para ellos aquel honorífico derecho, objeto de la ambición y de las aspiraciones de todos; porque desde el momento en que se les otorgaba, comenzaba su vida política como hombres y como ciudadanos. Mientras que no tenía lugar aquella ceremonia se hallaban debajo del poder de sus padres, que tenían sobre ellos el derecho de vida y muerte; pero una vez

armados dejaban de pertenecer al padre y eran hijos de la República (1). Estas inmunidades, sin embargo, no se acordaban nunca por el solo acto de la petición del padre ó la solicitud del más próximo pariente, á falta de aquél: era además absolutamente indispensable que los jóvenes se sometiesen á ciertas pruebas para justificar que eran dignos de llevar las armas que se le habían de confiar (2).

Cuando llegó Ruscín iban á empezar los actos de las pruebas, y pudo convencerse, bien á su pesar, hasta qué punto se había elevado la consideración y el favor que gozaba Bebrix, al observar que se hallaba conferenciando con Ambigat y sus dos sobrinos, apartados de los demás y en un extremo de la estancia. La víspera de aquel día había experimentado Ruscín las mordeduras del despecho, y había sufrido profundas heridas en su amor propio, viendo prevalecer la opinión y los consejos de Bebrix sobre los suyos, en la junta de jefes, donde se discutían ciertos preliminares ántes de someterlos á la deliberación y aprobación de la Asamblea general, y aho-

(1) *Ante hoc domus pars videntur, mox reipublicæ.*—
(N. del T.)

(2) *Sed arma sumere non ante cuiquam moris quam civitas suffecturum probaverit.*—(N. del T.)

ra le veía conversar casi familiarmente con el Soberano (1).

En efecto, era extraordinario el favor que gozaba Bebrix, y usando Ambigat de una deferencia que significaba una señalada distinción en tales circunstancias, otorgó á Bebrix el honor de invitarlo á que tomase asiento, bajo su presidencia, entre los jueces nombrados para sentenciar y apreciar el mérito de los jóvenes que pretendían el uso de las armas; pero áun fué mayor la sorpresa de Ruscín que su irritabilidad, al observar que Bebrix llamaba la atención de Ambigat sobre él, y que, accediendo sin duda el Monarca á su intercesión, le enviaba uno de sus edecanes ofreciéndole el mismo honor. Ruscín aceptó, y el recibimiento que había obtenido de Bebrix le probó que el joven guerrero le consideraba como á un hombre á quien se tiene interés en halagar. Bien fuese efecto del amor que Bebrix profesaba á Valla, ó bien por cálculo y recelo del joven jefe, que de este modo procuraba obligar á su adversario, el anciano tradujo esta acogida como un recuerdo de antigua amistad, y tomó asiento al lado de Bebrix.

(1) *Ut ea quoque, quorum penes pietatem arbitrium est, apud principes pertrancentur.*—(N. del T.)

Entónces dieron comienzo los ejercicios de las pruebas, y éstas fueron lo que debían ser en un pueblo donde la superioridad física constituía el mayor honor y el mejor derecho. No es esto decir que fuese el sólo poder que dominase, porque hay que tener en cuenta lo que se observa en la historia de la humanidad; y es que, en todas las épocas, las sociedades han reconocido de grado un principio superior al cual han dicho: «obedecer», mientras que al mismo tiempo, y sin apercibirse de ello, han seguido la corriente de la época, dominados por ciertas influencias cuyo poder y origen desconocían. El valor, la fuerza, la temeridad, eran los títulos de mejor derecho reconocido para aspirar al sufragio de los Celtas, y éstos no exigían otra clase de garantías ni cualidades á los jefes de su elección. No tenían idea ni noción de las artes liberales, y esto no obstante, sucumbían ante el irresistible poder de aquéllas: el arte natural de la palabra, el primero y más importante de todos los que el hombre emplea instintivamente, les era de todo punto desconocido; no sabían qué cosa era la elocuencia, y sin embargo, las más de las veces se dejaban seducir por el hombre de fácil palabra. Así es que en los juicios de las pruebas oficiales que se celebraban para declarar hombre al niño, no se ex-

perimentaba á éste más que con actos de fuerza y valor, sin sospechar tal vez que en las asambleas de los ejércitos podían ser vencidos por las argucias de una palabra elocuente.

La primera prueba se practicó entregando á cada jóven una pesada maza ó palanca de hierro, que debían lanzar desde larga distancia, acertando á dar en un objeto ó punto previamente designado: despues se facilitó tambien á cada uno un bien templado machete para cortar de un sólo golpe un árbol de considerable grosor. Cuando terminaron los ejercicios de fuerza comenzaron los de agilidad y valor, que consistían en saltar desde elevadas alturas salvando lugares sembrados de agudas lanzas y de cortantes aceros. Aunque difícil, esta prueba ofrecía, no obstante, ménos peligros y daba ocasion á ménos accidentes de los que hubieran podido temerse, porque la práctica habia adiestrado á los jóvenes, que hacían alarde de su garbo y destreza.

Examinando detenidamente los juegos y los espectáculos de casi todos los pueblos salvajes, y comparándolos con los del siglo actual, se observa que la humanidad es siempre la misma en sus gustos é inclinaciones, y que la civilizacion ha influido poca cosa en ellos. Los regocijos de los

pueblos bárbaros no se han considerado interesantes si en ellos no se ponía en peligro la vida de algun individuo ó, cuando ménos, su sangre. Si la autorizada pluma de antiguos y acreditados publicistas é historiadores no atestiguára y enseñára lo que eran los juegos de los Celtas, podriase sospechar que se habian pintado las salvajes costumbres de aquellas gentes con los sanguinarios colores de las de ciertos bárbaros contemporáneos.

El número de los jóvenes que se habian presentado era considerable, y el ojo suspicaz de Ruscín pudo observar que los jueces del tribunal de las pruebas habian demostrado ménos rectitud y más tolerancia que otras veces, ya fuese porque se quisiera el aumento de los ejércitos que corrian al azar de las conquistas, ó bien porque se considerase necesario reemplazar con otros el enjambre de soldados que salían fuera de la nacion. En seguida que recayó la aprobacion de los ejercicios y la admision de estos jóvenes á la carrera de las armas, corrieron todos á colocarse al lado de los jefes que habian elegido, y aunque cierto número de ellos se afilió en las banderas de Belloveso y Sigoveso, la mayor parte fué á tomar plaza bajo las de un niño, que era el último descendiente de una ilustre familia; lo cual demuestra que ya domina-

ban entre esos pueblos feroces y salvajes las ideas de la estimacion hereditaria que daban soldados á un jefe incapaz de conducirlos. (1) Ninguno de los nuevos guerreros escogió por capitan á un celta que no fuese de su misma comarca, ninguno fué á ponerse bajo la conducta de Bebr'ix, ninguno se alistó en las banderas del príncipe de los Aulerces, que tambien se hallaba presente.

Luégo que terminaron estos actos y ceremonias, vióse á aquellos hombres vigorosos, que empezaron á tenderse y echarse en el suelo, no porque estuviesen rendidos de cansancio, toda vez que no habian gastado sus inagotables fuerzas, sino vencidos por la pereza y justificando que el instinto natural del hombre es contrario á la actividad y al movimiento cuando éste carece de objeto y aquélla no obtiene material ó inmediato provecho. Así es que los Celtas, como todo pueblo salvaje, no comprendían el paseo ni lo practicaban, cazaban por sus aficiones sanguinarias ó para alimentarse con las carnes de los animales que perseguían: combatían en luchas feroces por el pillaje y por arrebatarse las riquezas de sus enemigos despues de la victoria;

(1) *Maano patrum merita, principis dignationem etiam adolecentulis adsignant.*—(N. del T.)

pero tan luégo como la recompensa no se les presentaba al término de su esfuerzo, cesaba éste y se dejaban dominar por la pereza. Ya ántes queda dicho: eran dados á la molicie aunque detestaban el reposo, y por esta misma razon consideraban necesaria la guerra para mejorar de posicion, y les inspiraba aborrecimiento y aversion todo trabajo inútil (1).

La mayor parte de aquellos hombres se hicieron servir la comida por sus propios hijos; porque á los esclavos no se les humillaba en el empleo de las faenas y cuidados domésticos: pagaban á sus señores cierta cantidad de las semillas ó de los frutos que recolectaban en sus tierras; pero las costumbres de aquellas gentes, que consagraban un venerable respeto á la dignidad del hombre, no permitian la esclavitud personal.

Otros muchos se entregaron á las emociones de los juegos de azar, y aquí fué donde Ruscín creyó poderse vengar de Bebr'ix: sabía el ciego furor con que los jóvenes, dominados de aquel vicio y pasión, exponen todo cuanto poseen á los azares de la suerte, y conocía perfectamente el carácter de Bebr'ix para alentar fundadas

(1) *Quum iidem homines sic ament inertiam et odertint quietem.*—(N. del T.)

esperanzas de arrebatarle en el juego los tesoros que le habian dado aquel poder y el prestigio que gozaba. Intentaba reconquistar así la preponderancia que Bebrix habia adquirido sobre los de su tribu en daño suyo y de Saron; pero la suerte, léjos de favorecer los proyectos é intenciones de Ruscín, se ensañó contra él, y sucedió al poco rato al anciano lo que acontece á todo aquel que imprudentemente enapeña lucha terrible contra el destino: creyendo poder dominar al juego, fué el juego el que lo dominó á él: quiso poner un incentivo á la pasion de Bebrix, y fué la suya propia la que vió presa de aquel atractivo. La pérdida de sus joyas, una tras otra, cegó á Ruscín llevándole á la desesperacion, y se lanzó á esa fatal senda en que se extravían los que ya no juegan por ganar, sino por recobrar lo que han perdido. Queriendo recuperar sus alhajas perdidas, jugó otras más preciosas y de más valor que tambien perdió: cuando se le agotó la plata dispuesto del oro, quiso rescatar el oro y jugó sus armas, intentó redimir sus armas y jugó sus caballos, procuró reconquistar los caballos y jugó su carro.... En fin, despojando de todo, sin joyas, sin monedas, sin carro, sin caballos y hasta sin armas, Ruscín loco, frenético y desencajado se ofreció él mismo como última puesta en tan

terrible partida; (1) pero en el momento de hacer tal proposicion á Bebrix, éste se levantó y le dijo:

— No debo aceptar hoy semejante jugada, porque dentro de poco tengo necesidad de hablar contigo de un asunto que no podria tratar con un esclavo.

Ruscín quiso insistir, pero Bebrix se mostró inaccesible, y estando ya próxima la noche se fueron retirando todos á sus respectivos campamentos. Ruscín fué el único que no se dirigió al suyo: se encaminó hácia el de Saron, á quien no habia visto desde aquella mañana, y no encontrándolo en su tienda supo, por el escaso número de soldados que le habian sido fieles, que Saron habia salido del campamento encaminándose por la senda que conducia al Bosque Sagrado. Ruscín, dominado por la cólera, por la desesperacion y por la impaciencia, ni podia entregarse al descanso ni quiso aguardar el regreso de Saron, á cuyo encuentro marchó por el camino que le habian indicado.

No carecia de importancia para Ruscín la urgencia de avistarse con Saron, á quien consideraba como única tabla de su salvacion; porque si bien no podia volverle los

(1) *Extremo de novisimo factu de libertate et de corpore contentant.*—(N. del T.)

soldados que, desertando de las suyas, se habian pasado á las banderas de Bebrix, podia socorrerle, al ménos, de la terrible pérdida que acababa de sufrir y salvarlo de la ruina y de la miseria; pero Ruscín anduvo errante por los contornos de la Sagrada Selva, sin encontrar á ningun sér viviente. El silencio que reinaba en aquel bosque misterioso era semejante al de una inmensa tumba: al dia siguiente debian salir de su seno los oráculos encargados de profetizar la suerte que esperaba á los Celtas, y parecia que la Selva se reconcentraba en su ámbito como una pítónisa.

La noche avanzaba, la oscuridad era completa, y Ruscín pensó en regresar á su campamento. Entónces fué solamente cuando se acordó de su hija, quien teniendo ya noticia de la ruina de su padre, estaba doblemente intranquila y pesarosa por la tardanza de aquél. Dejándose llevar en su pensamiento por la injusta propension que arrastra á todo hombre agobiado por el peso de su propia conciencia, empezó Ruscín á forjar en su imaginacion acusaciones contra Valla: encontró que su hija era la primera causa de la desgracia que sufría; maldijo en ella esa desenfrenada pasion de las mujeres por la magnificencia de las joyas y el lujo de las vestiduras, y se recon-

vino por haber accedido y permitido la preferencia dada por Valla á Saron, cuando, á decir verdad, habia sido él mismo el que la habia excitado. Luchando con estas ideas marchaba en direccion á su campo, cuando á larga distancia le pareció distinguir dos sombras que salian del bosque: la una se destacaba perfectamente en las tinieblas á causa de la blancura de su ropaje, y la otra se confundía con la oscuridad. La primera debia ser una mujer, porque solamente ellas usaban aquel hábito talar de blanco lino que resplandecia á pesar de la noche: la segunda debia ser un guerrero.

Ruscín quedó sorprendido al observar que seguian su mismo sendero, que era el que conducia directamente á su campamento: ocultóse tras un espeso arbusto para dejar pasar á la misteriosa pareja, reconociendo desde luego á Elomare por su elevada estatura y á Bebrix por el sonido de su voz, que decia á la sobrina de Ambigat:

— De suerte, Elomare, que no consideras insensato mi amor y me prometes que seré correspondido y feliz?

Así se expresaba el jóven guerrero al cruzar por delante del matorral donde se habia agazapado Ruscín, el cual percibió aquellas palabras clara y distintamente: eran la continuacion de otras que no pu-

dieron distinguirse sino en rumor, y las que siguieron despues se confundieron con el mismo rumor, que huyó con la distancia y se perdió en el espacio. A pesar de esta contrariedad, aunque Ruscín no pudo sorprender distintamente más que esas pocas palabras, conoció que siempre había hablado y seguía hablando la misma voz; y si no hubiera reconocido de una manera cierta y evidente á Elomare, por su inequívoca estatura, hubiera dudado que se dirijiesen á ella esas frases amorosas, puesto que la fiereza de su continente y su severo aspecto marchando al lado de Bebrix nada indicaban en ese sentido.

Sin embargo, aquella prueba era más que suficiente para confirmarse Ruscín en las sospechas de la inteligencia que suponía existiese entre Elomare y el jóven jefe de los Tectósagos. Los siguió con la vista, proponiéndose, al espiar sus pasos, un designio de terrible acusacion que iluminaba en su mente y que adquiría gigantescas formas en la imaginacion del astuto anciano, á medida que las sombras de Elomare y de Bebrix se perdian en la oscuridad.

No pudiendo adivinar el proyecto que llevara á Elomare á su campamento, sospechó que fuese el de seducir con dádivas y promesas á los últimos soldados que permanecian fieles y unidos bajo su mando.

Y por más que Ruscín se considerase arruinado hasta el extremo de creer que no fueran ya necesarias las seducciones para que sus guerreros le abandonasen, y que bastaba con su miseria y pobreza para que todos ellos se alejasen de él, esto no obstante, se disponia á perseguir á Elomare para sorprenderla en su traidora empresa, cuando un nuevo y extraño ruido que se percibía por el lado del bosque llamó su atencion, y muy luégo reconoció que era producido por la marcha de unos cuantos hombres que salian de la selva. Unos conducian caballos cerriles y bueyes libres de todo yugo, y otros llevaban sobre las cabezas grandes cestos de junco y mimbres, dentro de los cuales se ajitaban, al parecer, algunos animales; por los graznidos que se escaparon de una de estas jaulas averiguó Ruscín que eran cuervos los que iban encerrados en ellas.

Las medidas de precaucion que adoptaban aquellos hombres en su marcha, eran el testimonio del temor que les inspiraba la idea de ser descubiertos; y aunque eran muchos, caminaban todos guardando un profundo silencio. Cuando alejados del bosque llegaron á un lugar donde se dividia el sendero, separáronse los unos con direccion al Norte de la selva y los otros hácia el Oriente.

Todas estas escenas y estas diligencias, que se verificaban al amparo de los misterios de la noche, confirmaron cada vez más en sus sospechas á Ruscín, que adquirió la convicción de que se organizaba algun complot; y como él se consideraba haber sido la primera víctima de la alianza que suponía existir entre Elomare y Bebrix, creyó ahora tambien que los grupos de hombres que había visto salir del Bosque Sagrado, llevaban el designio y el encargo de armar nuevos lazos de perfidia contra él. Así pensando se decidió á seguirlos y á espiarlos en la oscuridad, y escogió de los dos grupos aquel que se dirigía por los sitios más próximos á su campamento.

Aunque la marcha discreta y cautelosa de estas gentes apenas produjese ruido alguno, confundía, sin embargo, el de los pasos de Ruscín, que empezó á caminar bastante cerca de aquellos hombres para sorprender cualquiera palabra que se les hubiera podido escapar; pero nada pudo oír, porque guardaron un intencionado y aterrador silencio que imprimía severo y extraño sello á la expedición. Por último, despues de seguir un sendero escabroso, llegaron á un bosquecillo de frondosos y espesos árboles, separado de la Selva Sagrada, y protegido en derredor por elevados helechos y espinos silvestres de vírgen ve-

jetación. El silencioso cortejo penetró en él, venciendo, no sin algunos esfuerzos, los obstáculos que oponía la agreste espesura del monte, y Ruscín fué allí testigo de una escena que no esperaba, ni cuyo objeto podía explicarse á pasar de su clara penetración y agudo talento.

Cuando aquellos hombres, que vestían el túnico talar de los druidas, llegaron al centro del bosquecillo, hicieron alto, y uno de ellos, armado con una pesada maza de hierro, empezó á descargar tremendos golpes sobre las cabezas de los bueyes y de los caballos, cuyos animales caían atronados por tierra, como heridos del rayo. En seguida otros que estaban provistos de anchos y cortantes aceros, se encargaron de rematarlos, y casi al mismo tiempo otros extrajeron á los cuervos de sus jaulas. Estas siniestras aves, cuyo apetito se había excitado, sin duda, de antemano, se arrojaron feroces sobre el sangriento festín que les ofrecían, clavando en aquellos despojos sus férreos picos y aguzadas garras.

Todavía permanecieron los druidas algunos momentos contemplando aquel espectáculo, y luego, con el mismo silencio y sin que ni un gesto siquiera hiciese traición al pensamiento que les había guiado, reemprendieron la marcha con dirección al Bosque Sagrado. Ruscín continuó aún en su se-

guimiento, no explicándose lo que había observado en otro sentido más sino como una consulta misteriosa por medio de la cual pretenderían los druidas conocer el futuro resultado de la Asamblea general que iba á celebrarse al día siguiente, ó bien las consecuencias de la guerra que en ella se pretendía acordar.

Los dos grupos de sacerdotes que habían salido de la Selva penetraron en ella casi al mismo tiempo, y Ruscín observó que uno de los que formaban parte de aquél que no había él podido seguir se separó de sus compañeros y se dirigió hácia el campamento de Saron. Por un momento supuso Ruscín que podía ser el mismo Saron, y hasta intentó darle alcance; pero ya los resplandores del nuevo día comenzaban á extender por el horizonte su rojiza aureola, y se decidió á penetrar en su campamento.

Ruscín encontró sus tiendas algo más desiertas que ya lo estaban la vispera, y comprendió que el escándalo de su ruina había ahuyentado de allí al resto de sus soldados. Sus siniestros designios se exaltaron á la vista de sus caballos, de sus armas y de sus tesoros, que ya no le pertenecían. Todo lo que, en puridad, no había sido hasta entónces para el mismo anciano más que una red de consecuencias inge-

niosamente deducidas de aparentes premisas y de falsas suposiciones, adquirió visos de realidad, con proporcion colosal, en su mente calenturienta: la necesidad de creer todo lo que se había imaginado le condujo al consejo de desechar las dudas, y la sola circunstancia que, tal vez con otra disposición de ánimo, hubiera iluminado su entendimiento, lo decidió, por el contrario, á utilizar los medios extremos que consideraba únicos para su salvacion.

A poco de haber penetrado en su tienda se le presentó su hija. El alegre semblante de la jóven respiraba tal felicidad y satisfaccion, que su aspecto pareció á Ruscín irrespetuoso, inconsiderado y hasta como rayando en los límites de la injuria: preguntóle cual era la causa que la hacía tan dichosa, y ántes que Valla hubiera tenido tiempo de responderle, se dejó llevar por los amargos sentimientos que oprimian su corazón, y exclamó:

—¿Es acaso que te alegras porque me ves arruinado y porque me será preciso volver á nuestra comarca como un mendigo viviendo de la hospitalidad de mis compatriotas? ¡Ah!... Hé ahí lo que son los hombres! Hé ahí lo que son nuestros propios hijos! Si hace pocos días me hubieras visto triste y allijido no te hubieras presentado á mí, Valla, con la mirada alegre

y el semblante risueño : por el contrario, hubieras procurado consolarme y averiguar la causa de mis dolores. Hoy ya es distinto y crees que puedes insultarme con tu sonrisa porque no poseo armas ni riquezas; pero te engañas. El infame que me ha despojado no me lo ha arrebatado todo y pudo privarme hasta de mi libertad... ¡Imprudente! Me queda también el derecho de asistir á la Asamblea general de la nación, y allí les emplazo á él y á su indigna aliada.

— Pero, padre mio, dijo Valla; ved que os engañais, y yo puedo aseguraros....

Ruscín, ahogó violentamente la palabra en los labios de su hija, y gritó:

— Tampoco me ha privado de mis paternales derechos.... ¿Entiendes, Valla? No soy esclavo, y algo me pertenece aún en el mundo. Esos derechos, bien lo sabes, me autorizan para disponer de tu vida.

El furor que se retrató en la fisonomía de Ruscín al pronunciar esas terribles palabras, llenó á Valla de terror y la hizo estremecerse. La jóven comprendió que ninguna observacion ni advertencia podía hacer á su padre en estos momentos, y que aún la noticia más favorable sería interpretada con poco acierto.

Valla guardó silencio, humilló la vista y fué á caer de rodillas á los pies de Ruscín.

IV.

Habia llegado la hora de la Asamblea general y veíase á los Celtas que, abandonando unos la ciudad y otros sus campamentos, se encaminaban todos á la llanura ó vega donde debía celebrarse.

Ruscín, acompañado de Valla y de algunos pocos soldados que le habian sido fieles, se dirigía también á aquel lugar. No era ya el respetable y majestuoso anciano que habia salido del país de los Tectósagos con un brillante ejército de numerosos carros: tampoco era el bravo caudillo cubierto de magníficas joyas y armado de lucientes aceros, que los pueblos habian saludado á su paso con el título de rey. Apenas si era uno de esos guerreros que, no pudiendo llevar hombre alguno á sueldo, tienen que ponerse ellos mismos al de cualquier ilustre jefe.

Para colmo del despecho que le dominaba, acertó á pasar Bebrix por delante de él, rodeado de un brillante y numeroso séquito que igualaba al de los dos sobrinos de Ambigát; el esplendor de su marcha y comitiva se asemejaba al triunfo de un soberano, y Ruscín quiso detenerse para dejarle paso, á fin de embriagarse, por decirlo así, en su desdicha y afirmarse en la

y el semblante risueño : por el contrario, hubieras procurado consolarme y averiguar la causa de mis dolores. Hoy ya es distinto y crees que puedes insultarme con tu sonrisa porque no poseo armas ni riquezas; pero te engañas. El infame que me ha despojado no me lo ha arrebatado todo y pudo privarme hasta de mi libertad... ¡Imprudente! Me queda también el derecho de asistir á la Asamblea general de la nación, y allí les emplazo á él y á su indigna aliada.

— Pero, padre mio, dijo Valla; ved que os engañais, y yo puedo aseguraros.....

Ruscín, ahogó violentamente la palabra en los labios de su hija, y gritó:

— Tampoco me ha privado de mis paternales derechos.... ¿Entiendes, Valla? No soy esclavo, y algo me pertenece aún en el mundo. Esos derechos, bien lo sabes, me autorizan para disponer de tu vida.

El furor que se retrató en la fisonomía de Ruscín al pronunciar esas terribles palabras, llenó á Valla de terror y la hizo estremecerse. La jóven comprendió que ninguna observacion ni advertencia podía hacer á su padre en estos momentos, y que aún la noticia más favorable sería interpretada con poco acierto.

Valla guardó silencio, humilló la vista y fué á caer de rodillas á los pies de Ruscín.

IV.

Habia llegado la hora de la Asamblea general y veíase á los Celtas que, abandonando unos la ciudad y otros sus campamentos, se encaminaban todos á la llanura ó vega donde debía celebrarse.

Ruscín, acompañado de Valla y de algunos pocos soldados que le habian sido fieles, se dirigía también á aquel lugar. No era ya el respetable y majestuoso anciano que habia salido del país de los Tectósagos con un brillante ejército de numerosos carros: tampoco era el bravo caudillo cubierto de magníficas joyas y armado de lucientes aceros, que los pueblos habian saludado á su paso con el título de rey. Apenas si era uno de esos guerreros que, no pudiendo llevar hombre alguno á sueldo, tienen que ponerse ellos mismos al de cualquier ilustre jefe.

Para colmo del despecho que le dominaba, acertó á pasar Bebrix por delante de él, rodeado de un brillante y numeroso séquito que igualaba al de los dos sobrinos de Ambigát; el esplendor de su marcha y comitiva se asemejaba al triunfo de un soberano, y Ruscín quiso detenerse para dejarle paso, á fin de embriagarse, por decirlo así, en su desdicha y afirmarse en la

resolucion que habia meditado. Cuando Bebrix pasó cerca del anciano le saludó con tal deferencia y expresion que, más que un acto de cortesía y respeto, creyó Ruscín que aquel saludo significaba una mofa sangrienta. Todo se traduce y explica amargamente cuando se tiene lacerado el corazon; y la mirada que clavó el jóven guerrero sobre Valla la consideró el anciano tan insultante y afrentosa, que de ella hubiera tomado en el acto una venganza terrible si no acariciase de antemano otra más cruel, de la cual se prometia grandes resultados. Además, una súbita sospecha le asaltó en el pensamiento y volvió rápidamente la vista hácia su hija: creyó posible que la manera de mirar Bebrix á Valla hacia traicion á una secreta inteligencia entre ambos jóvenes, ó cuando ménos, significaba en aquél la confianza de ser comprendido.

Si del momentáneo exámen que Ruscín practicó en la fisonomíade su hija, hubiere resultado sorprender en los ojos de ésta el menor signo equívoco, es casi seguro que la hubiese asesinado en el acto; porque á todas las suposiciones que el anciano consideraba realidades, habia tambien añadido la vaga sospecha de que pudiera engañarle. Pero Valla tenia inclinada la vista al suelo y parecia no haber reparado

en la mirada de Bebrix: el encendido fuego de sus mejillas lo mismo podia ser efecto de la indignacion que experimentase la jóven, como tener por orijen el remordimiento de su conciencia culpable; y Ruscín no acertó á comprender cuál de estos dos sentimientos la dominaba en aquel instante.

Ruscín continuó, pues, su marcha y llegó al sitio de la Asamblea casi al mismo tiempo que Saron, cuyo séquito de soldados era tambien poco numeroso. El anciano observó la palidez y la preocupacion del jóven, y Saron, á su vez, reparó en la palidez y en la preocupacion de Ruscín. Esa preocupacion se retrataba inquieta y agitada en el rostro del padre de Valla, y, por el contrario, se mostraba pacífica y resignada en el semblante de Saron: la del uno revelaba todas las angustias y el remordimiento de una resolucion cuyo objeto era malvado y sus motivos despreciables é indignos; la del otro acusaba la serenidad de una accion ejecutada con nobles fines y por causas justificadas y plausibles. Sin embargo, parecia como que Saron se encontraba turbado en presencia de Ruscín, y esto consistia en que aquel jóven, de sencillos y puros sentimientos, conocia que el padre de su amada no podia comprender la elevacion de su conduc-

ta, la cual es de suponer que tampoco hubiera sido bien juzgada por los Celtas de más nobles ideas, porque entre aquellas gentes la fortaleza de ánimo en el dominio de las pasiones, se consideraba y se tenía como impotencia y cobardía para vencer á los enemigos; por consiguiente, mucho ménos podía ser justamente apreciada su conducta por Ruscín en el momento que éste se preparaba á destruir, con frívolo pretexto, cuanto suponía serle hostil y con el mezquino objeto de resarcir la fortuna material que había perdido.

En el embarazo y turbacion de Saron sospechó Ruscín una nueva traicion. El infortunio enjendra tambien á veces la desconfianza y supone ver en todas partes la defeccion y el desvío. Así es, en efecto, y esa prevención se apodera lo mismo de las almas corrompidas que de los nobles corazones, con la diferencia de que los malvados la sienten en proporcion al conocimiento que tienen de sí mismos y de sus maldades y los buenos la acojen sólo por exagerarse á sí propios la desgracia que padecen. Porque en este mundo la bondad no es otra cosa sino la virtud de resignarse á sufrir.

Ruscín no era de los hombres que saben resignarse, y su irascibilidad creció de punto con las respuestas evasivas que dió

Saron á sus preguntas sobre lo que pensaba hacer y decir en la Asamblea, y á sus investigaciones respecto á la conducta del jóven en el corto espacio de tiempo que no se habían visto.

Entre tanto el rey Ambigat y los jefes de los diferentes ejércitos se habían situado en lo alto de una pequeña colina que dominaba toda la llanura: los druidas encargados de mantener el orden en la Asamblea, estaban allí tambien, y varias mujeres, entre las cuales se veía á Elomare, acompañaban á estos príncipes de los Celtas.

Ambigat fué el primero que dirigió la palabra á la muchedumbre, exponiéndola que se habían dirigido excitaciones á su régia autoridad, para que se pudiese término al reposo en que vivía la nacion celta, y que estas excitaciones habían sido formuladas no sólo por los hombres más sabios y más poderosos del país, si que tambien por la misma divinidad á quien todos adoraban; refirió las fantásticas y extrañas apariciones que habían surjido de las peñas en el Bosque Sagrado, los prodigios sorprendentes que en él se habían observado, y, por último, el terrible y significativo estruendo de armas que varias veces habían retumbado en la selva. Con semejantes señales y avisos, dijo que no podía

desconocerse cuál fuera la voluntad del cielo, que indudablemente deseaba nuevas conquistas para el pueblo Celta, y añadió que, con objeto de cumplir aquella divina voluntad, había convocado á la nacion; pero que ántes de resolver creia conveniente que la Asamblea juzgase por sí misma si esos anuncios merecian ser atendidos, para lo cual se hacía indispensable tambien que los presajios fuesen confirmados por vaticinios más fehacientes, más seguros y más eficaces; y que en su consecuencia, al mismo tiempo que se delibera-se sobre la guerra que proponia, sería solemnemente consultado el gran Teutates acerca de su probable resultado.

Con marcadas muestras de aprobacion fué acogida la arenga de Ambigat, que preparó así los ánimos para que la multitud escuchase con fruicion las manifestaciones de Belloveso y Sigoveso, quienes, como jóvenes esforzados, hablaron calurosamente en apoyo de la guerra, resonando por todas partes estrepitosos aplausos y vitores entusiastas, y elevando los soldados sus armas y chocándolas unos con otros, lo cual era la señal del mayor asentimiento.

Era la guerra para los Celtas una ocupacion tan habitual y corriente que consideraban la paz como un paréntesis de la

vida. En la época actual se cohonestaba y justifica la guerra diciéndose que conduce á la paz y que se hace para asegurar ésta por más tiempo: en aquella ocasion Ambigat se disculpó de haber sostenido la paz, excusándose que había sido un medio para mejor prepararse á la guerra.

Ya se iba á decidir por unanimidad y sin oposicion alguna la declaracion de la guerra, cuando vióse á Ruscín que llamaba sobre sí la atencion general, pretendiendo ser escuchado, y que habló de esta manera:

— ¿Contra quién y con qué objeto, gritaba, se nos induce á la guerra? ¿Tenemos alguna injuria que vengar? ¿Ha venido á insultarnos ó á robar nuestros tesoros algun pueblo extranjero? ¡No! Nadie lo ha dicho, ni habrá nadie que esto diga, porque no diría verdad. ¿Hemos de ir, pues, aventureramente y al acaso, como hambrienta manada de lobos, atacando y destruyendo cuanto se nos presente á la vista y se oponga á nuestro paso? Demas de esto, ¿qué ventajas hemos de obtener con esta injustificada guerra? ¿Se hace tal vez á los fines de mejorar de condicion? ¿Quién sabe lo que nos aguarda en otros países insalubres y bajo otro clima ménos apacible que el nuestro! ¿Es, por ventura, para conquistar moradas más ricas y es-

paciosas? Pues dediquémonos á enriquecer y agrandar las que habitamos. ¿Estamos escasos de frutos y mieses? Cultivemos nuestros campos. ¡Soldados! A vosotros me dirijo ahora. ¿Sabeis á donde os quieren conducir los jefes que pretenden mandaros? Ni os lo han dicho, ni ellos mismos lo saben aún. ¿Estamos en el caso de que la irreflexion y lijereza de unos cuantos jóvenes aficionados al ruido de las batallas, decida con punible insensatez los destinos de un gran pueblo y el porvenir de una ilustre nacion? Si no yeis levantarse contra este proyecto de guerra á los caudillos de veterana experiencia y á los hombres que han encañecido en el estudio de las ciencias, no es porque desconozcan el pasado ni les sea difícil leer el porvenir: es porque la ancianidad y sus consejos han llegado á ser objeto del menosprecio de los Celtas. Ningun temor me infunde ese peligro y quiero deciros en voz alta que todo lo que observo me induce á creer que existen ocultos motivos, para que los jefes que habeis elegido os arrastren á una empresa tan desatentada y temeraria.

Los sordos rumores, que habian servido de acompañamiento á todo el discurso de Ruscín, se desencadenaron y se convirtieron en recia tormenta al proferir éste sus

últimas palabras: la indignacion de los jefes se manifestaba en sus movimientos y actitud amenazadora. Entónces adelantóse Bebrix impetuosamente y gritó:

—¿Cómo os atreveis á hablar de esa manera al noble pueblo celta? ¿Es posible que el valiente caudillo que en su juventud conquistó tan alta reputacion en los combates, venga hoy á proponernos la condicion y las faenas de nuestros esclavos? Dejemos á ellos el encargo de regar la tierra con el sudor de sus frentes y que arranquen de sus entrañas penosas recolecciones: ese es su destino. La cosecha de los hombres libres se colecta con los aceros en los campos de batalla: que nuestros enemigos hagan la siembra, nosotros segáremos; que levanten suntuosas moradas, nosotros las habitaremos; que acumulen el oro y las riquezas, nosotros nos apoderaremos de sus tesoros. Nuestro trabajo peculiar es la guerra; nuestra recompensa, la fama; nuestro objeto, el botín.

Las palabras de Bebrix fueron frenéticamente aplaudidas con el choque de las armas, en testimonio, el más lisonjero, de aprobacion y entusiasmo.

— ¡Ah! exclamó Ruscín con voz destemplada y ademanes insultantes. Si tú, Bebrix, no poseyeras otras más riquezas que las que hubieras adquirido por el botín de

las batallas, ciertamente que no ocuparías aquí el lugar que ocupas, ni hablarías con tanta insolencia. Pero tú no tienes necesidad de hacer la guerra para conquistar tesoros, y buena prueba es de ello el haber salido de nuestras comarcas pobre y miserable, y el haber llegado á estos lugares ostentando la mayor opulencia, despues de un viaje de pocas lunas. Bien sabes tú, mejor que nadie, que no hace falta la guerra para adquirir riquezas; pero la consideras indispensable y necesaria para alejar á los que pudieran servir de obstáculo y delatar los planes cuya ejecucion se te ha pagado espléndidamente.

— Ruscín, replicóle Bebrix, yo no quiero contestar á tus injurias, del modo que merecen y pudiera hacerlo, porque eres un anciano y porque te encuentras perturbado á causa de tu ruina.

— No es mi ruina, contestó Ruscín, la que me induce á hablarte así, ni es tampoco porque hayas aumentado tus riquezas á costa de las mías. Tú procuras alejar de los que nos escuchan la interpretacion de mis alusiones, y yo voy á dirijirtelas más terminantes y explícitas. ¿Podrás explicar, Bebrix, el orijen de esas ricas joyas que cubren tus magnificas vestiduras, y de dónde te ha venido el oro que prodigas á tus soldados? Dilo, Bebrix, porque yo te

acuso de ladron, y te acuso ademas de adulterio con una mujer cuyo....

Antes que Ruscín pudiese terminar la terrible acusacion que habia formulado, se interpuso Atax, el pontífice de los druidas, y con aspecto imponente y voz tremenda y pausada, interrumpió al anciano diciendo:

— Este no es el momento oportuno de acusar, ni con ese objeto se ha reunido aquí la Asamblea de la nacion: cuando llegue esa oportunidad, entónces podrás hablar libremente, Ruscín. Ahora sólo se trata de discutir y resolver sobre la declaracion de guerra propuesta. ¿La quereis, soldados? ¿La considera el pueblo conveniente?

Todos los guerreros ojitaron sus armas en demostracion de asentimiento, y la guerra fué acordada por general y unánime aclamacion.

Era de esperar que se adoptase con rapidez tan solemne y trascendental resolucion, porque el pueblo celta vivia á costa del país y de los pueblos que vencía por la fuerza de las armas: así es que sus ejércitos arrastraban en pos de sí á las mujeres y á los hijos de los soldados, cuyo séquito proporcionaba mayores penalidades á los guerreros, y áun llegaba á serles funesto y á poner en peligro el éxito de algunos com-

bates; pero en cambio sus exigencias y sus necesidades para la vida no eran grandes, y todo territorio podía satisfacerlas sobradamente si producía algunas frutas y si en sus montes abundaba la caza.

Adoptada tan importante resolución, se procedió á las ceremonias religiosas en honor de Teutates, para consultarle sobre el resultado de esta guerra, segun había anunciado ántes Ambigat.

La primera prueba se practicó presentando un carro tirado por hermosos caballos blancos que habían sido criados en la Sagrada Selva: rodeados el carro y los caballos con profundo silencio por todos los sacerdotes, fueron abandonados los corceles en completa libertad, prestando toda la Asamblea religiosa atencion. En un principio los animales permanecieron tranquilos sin sentir molestia alguna; pero al primer movimiento que intentaron hacer empezaron á extrañar las ligaduras que los sujetaban al carro: no acostumbrados á sufrir semejante yugo, se irritaron, se encabritaron luégo, y concluyeron por cocear y dar fieros botes. En vez de avanzar, que hubiera sido el vaticinio más favorable á la guerra, movían sus cabezas en todas direcciones, y finalmente, convulsos, bañados de sudor y acobardados, comenzaron á recular. Los druidas y los jefes palidecie-

ron, y aprovechando Ruscín la consternación y el estupor general, gritó:

— Los cielos hablan: la guerra será funesta al pueblo celta, y lo será, porque es injusta.

Estas exclamaciones de Ruscín atrajeron hácia él la atencion y las miradas de toda la muchedumbre, y áun él mismo, queriendo defenderse de la indignación jeneral y responder al ensoberbecido mar de rumores que había excitado, apartó un momento su vista de los caballos sagrados. Este momento fué oportuna y hábilmente aprovechado por los druidas, que castigaron con un látigo á las bestias, y al mismo tiempo les hicieron una llamada que ellas conocían. La presión de las ligaduras y tirantes, que al principio las había hecho retroceder, sirvieron luégo de estímulo á su furor, tan pronto como se lanzaron á la carrera; y el carro atravesó velozmente por enmedio de la multitud, cuyas ruidosas aclamaciones asombraban cada vez más á los cerriles brutos, que se precipitaron con impetuoso y creciente escape muy lejos de aquellos lugares.

La segunda prueba consistía en cortar una rama de abedul (1), que, dividida en

(1) Álamo blanco.

tres pedazos iguales, tiraban por alto, leyendo el porvenir según del modo que caían en tierra. Esta consulta fué también favorable á la guerra; pero á pesar de la religiosidad de los celtas y del respeto que tenían á los sacerdotes, no ignoraban que la destreza del que arrojaba los pedazos de la rama disponía del oráculo arbitrariamente, por lo cual no les merecía esta consulta gran fe. Así es que reclamaron la prueba de las aves sagradas, que no sólo decidía y afirmaba la credulidad de este pueblo, sino que se consideraba por el mismo que la dirección del vuelo de las aves indicaba y señalaba el camino que debían seguir los ejércitos, y los países á donde debía llevarse la guerra.

Para satisfacer la exigencia de la muchedumbre fué presentada la espaciosa jaula en que estaban aprisionadas aquellas aves. Eran éstas un enjambre de cuervos, unos de plumas negras y pico amarillo, y otros de plumaje gris y el pico negro: si al dejarlos en libertad se refugiaban en la Sagrada Selva, era ésta una señal funesta que presajaba desastrosos resultados en la guerra, y si por el contrario se alejaban con rápido vuelo, era vaticinio de feliz y buena ventura y se consideraba á dichos pájaros como á mensajeros de la muerte, que marchaban á recorrer los lugares que

pronto habían de convertirse en teatro de su carnívoro festín. La jaula fué abierta por uno de los sacerdotes y las aves, acostumbradas mucho tiempo á su prisión, no aceptaron en un principio la libertad á que se las invitaba y revolotearon por espacio de algunos momentos alrededor de la salida; pero tan luego como una de ellas se decidió á traspasarla y escapó, fué seguida en el acto de todas las demás, é instantáneamente se elevaron á una prodijiosa altura. Se arremolinaron en el aire durante algún tiempo, inundando el espacio con sus estridentes graznidos, y tuvieron sujeta la atención de la Asamblea á los caprichos de su vuelo. Por último, reuniéronse de repente en un apiñado grupo, y dividiéndose luego en dos bandos, se lanzaron el uno hácia el norte y el otro hácia el sudeste. Ruscín los siguió largo rato con la vista, como todos los demás, teniendo así entretenidos sus recuerdos; pero tan pronto como fijó sus miradas en la tierra, observó que los cuervos enderezaban su vuelo al paraje donde la noche anterior había visto sacrificar los bueyes y los caballos, cuyos sangrientos despojos excitaban el instinto carnívoro de estas aves. Mientras que reflexionaba sobre el caso, se oyó la potente voz de Atax que exclamaba:

— ¡Ved ahí señalados por el mismo cielo

los caminos que deben seguir nuestros soldados!

— ¡El cielo! gritó Ruscín, con un acento de ironía que aterró á los más osados. Sin duda alguna podréis creer que es el cielo; pero no es ménos cierto que los sacerdotes han procurado prestar su ayuda al cielo, con los cadáveres de animales que han situado en esos dos puntos del horizonte.

Tanta temeridad y tan insolente audacia no pudo ménos de impresionar algo á la muchedumbre y de causar sus naturales efectos. Aunque los druidas se turbaron algun tanto y demostraban intranquilidad, Atax fué el único cuya actitud y semblante no delataron más sentimiento que el de la cólera. Como Pontífice de los sacerdotes, había encanecido en las luchas de su poder con la resistencia popular, y sabía perfectamente que ni aun el descubrimiento de una superchería sería bastante á destruir la ciega fe que inspiraban los druidas, porque la costumbre de una religion y de una creencia tiene tan profundas raíces en el corazon del hombre como el sentimiento de un amor primero: no se extingue el cariño por la sola denuncia de una primera falta, ni se reniega de una religion por la duda de uno de sus dogmas. Existe además, en esas aficiones del hombre, y

para fortificarlas, un instinto natural difícil de dominar é imposible casi de vencer; porque ni puede latir el corazon sin amar, ni existir el espíritu sin una creencia; y solamente las naturalezas consuntas y las almas depravadas pueden no obedecer á esas leyes.

Atax tenía un conocimiento exacto de todo eso, y no se preocupaba gran cosa de las consecuencias; pero su orgullo y su soberbia llegaron al colmo de la ira, al considerar el atrevimiento y la extraordinaria audacia de aquel hombre que había osado delatar, ante la Asamblea de la nacion, los amaños y las supercherías de las ceremonias religiosas. No obstante, y además de ese profundo conocimiento que tenía de los hombres y de las cosas, el Gran Sacerdote, al verse objeto de una acusacion semejante, recurrió á la táctica de todos aquellos que se encuentran revestidos de una autoridad suprema y de un poder bastante respetable para que nadie se atreva á contradecirles: levantóse, paseó su mirada amenazadora sobre aquella vacilante y sobrecojida muchedumbre, y exclamó con intencionada palabra y atronadora voz:

— Los que por un solo momento duden de las ceremonias religiosas y de su divino influjo, que vayan á consultar al cielo visitando los sitios que ese hombre impío ha

designado, que allí recibirán una terrible respuesta. ¡Que vayan!!...

Nadie se movió, y por el contrario, Atax fue aclamado con entusiastas aplausos por millares de voces, que al mismo tiempo apostrofaban á Ruscín con los dicterios de impío y sacrilego.

Ruscín, que tenía el proyecto de formular una tremenda acusacion contra Bebrix y Elomare, basada sólo en suposiciones y sospechas, lójicas quizás, pero que no podían traducirse en pruebas por la justificación de ningún hecho, empezó á comprender que había entablado una lucha formidable en la que necesariamente debía sucumbir, puesto que no había en la Asamblea ni un solo hombre que tuviera la osadía de ir á cerciorarse de lo que acababa de decir. Bien hubiera querido retirar las imprudentes frases que había pronunciado, porque no veía más que gestos irritados y adivinaba en las miradas de todos los que le rodeaban la suerte que le estaba reservada: solamente Bebrix era el que parecía contemplarlo con ojos de conmiseración. Elomare, por su parte, le miraba más bien con el desprecio de la persona cuyos cálculos y proyectos se ven contrariados, que no como la mujer altiva contra quien se acababa de intentar una terrible y funesta acusación.

En los débiles ánimos de muchos habían ejercido influjo por igual, tanto las palabras de Atax como las de Ruscín; y en consideración á esto se creyó conveniente por algunos reclamar la última prueba, la prueba decisiva y solemne; que consistía en el combate de un soldado celta con otro soldado extranjero, procedente de la nación ó país que se intentaba atacar. Grandes aclamaciones acogieron esta proposición, que avivó la esperanza en el corazón de Ruscín; porque la paz que se disfrutaba hacía tanto tiempo privaba á los celtas de poseer prisioneros y no tenían ninguno en su poder, y como aún se ignoraba también sobre qué país debiera desbordarse la armada multitud que pedía la guerra, hubiera sido difícil designar un prisionero, suponiendo el caso de que la ciudad encerrase algunos de diferentes nacionalidades. El deseo de exponer á la Asamblea esta contrariedad devoraba la impaciencia de Ruscín; pero supo dominarse, porque tenía la certeza de que semejante imposible había de patentizarse á pesar de su silencio. En efecto, viendo Belloveso que las aclamaciones y los gritos de las masas eran cada vez más apremiantes y que exigían con perseverancia el combate, avanzó y dijo:

— Soldados, siendo tan poderoso é ines-

pugnable el pueblo celta, no ha habido en muchos años ninguno otro que se haya atrevido á atacarlo, y por consiguiente no tenemos enemigos prisioneros. ¡Marchemos á buscar esos enemigos á otros países: la tierra céltica no los guarda en su seno!

Por muy lisonjeras y halagüeñas que fuesen estas palabras no dejaron satisfecho al pueblo y la explicacion de Belloveso fue acogida con sordos rumores de descontento, sin respetar ni considerar que la daba un nobilísimo guerrero á quien la nacion habia designado como uno de los hombres más valientes y dignos de gobernarla. Comprendiendo Atax el mal éxito de la manifestacion de Belloveso y penetrado de lo crítico y grave de las circunstancias del momento, se adelantó precipitadamente y exclamó con inspirada frase:

— Belloveso ha padecido un error al asegurar que la ciudad no guarda en su seno ningun enemigo del pueblo celta. Semejante equivocacion no empequeñece en nada su valor, ni su nobleza, ni sus altas dotes; ántes por el contrario, es una prueba más de su hidalguía y de la belleza de sus sentimientos que no quieren ver enemigos dentro de las entrañas de la patria; pero desgraciadamente existen esos enemigos. ¿Puede haber uno más abominable, ni más dañino para la gloria y para el es-

plendor de la religion de los celtas, que el hombre cuyos ataques se dirijen á la vez contra la santidad de las ceremonias religiosas y contra uno de los jefes más renombrados del ejército? ¿Qué extranjero impío hubiera blasfemado como él, negando la virtud de nuestros oráculos? ¿Qué soldado enemigo hubiera intentado disuadirnos de la guerra, con una tenacidad igual á la suya? ¿Cual otro hombre, al ser vencido en un combate, habia de patentizar más evidentemente la voluntad del cielo? Que sea, pues, ese hombre declarado enemigo del pueblo celta, y que pelée en defensa de la nacion ó país que ha querido sustraer á nuestras victorias y á nuestro dominio: que así como ha intentado empañar con la palabra el brillo de nuestra fe y ha querido privarnos de la gloria de vuestras conquistas, sostenga con las armas la iniquidad de su conducta y de sus intenciones.

Un estallido de unánime y espontánea aclamacion aplaudió las palabras de Atax: todos chocaban los aceros con terrible fuerza, mezclándose el zumbido de las vibraciones al estrépito y confusion de los aullidos, resultando un espectáculo soberbio y atronador, semejante al del Océano cuando, agitado por la tempestad, estrella contra las rocas de la costa sus gigantes-

cas olas, que parecen dirigir imponentes saludos al cielo y terribles amenazas á la tierra.

Es de observar cómo las grandes asambleas se dejan dominar y son llevadas por la astucia de un talento superior que salva audazmente una situación difícil y desesperada. Por eso se explica que la proposición de Atax fuese considerada como una inspiración del cielo, siendo como era contraria y opuesta á todas las leyes y costumbres de aquel pueblo, que en otras circunstancias la hubiera rechazado con horror, y que en aquel momento exijía el inmediato combate, encarnizadamente, con incesantes aclamaciones. Sin embargo, semejante solución alarmó grandemente á todos los jefes, y muy especialmente á Elomare que, dueña de sí misma hasta entonces, no pudo disimular su angustia: Bebrix por su parte no se cuidó de ocultar su grandísimo disgusto. Pero aún fué mayor la excitación de estos sentimientos y el dolor que causó á los corazones que los experimentaban, cuando deseando saber la Asamblea el nombre del guerrero que había de pelear con Ruscín, exclamó Atax:

— Ninguno tiene más títulos para alcanzar esa honra que aquel que mejor se ha expresado en favor de nuestra empre-

sa: á él le corresponde vencer con las armas al que ya venció con la palabra. Que Bebrix continúe su gloriosa victoria, y con ella destruirá también las inicuas acusaciones de que ha sido objeto.

Bebrix quedó consternado, mientras Valla procuraba contener á su padre que desafortunadamente gritaba:

— Sí, sí, soldados; eso es lo justo. El esforzado y robusto mancebo debe asesinar en desigual combate al anciano, para que éste no pueda levantar el velo y descubrir las intrigas de vuestros sacerdotes y de vuestros jefes.

Los terribles aullidos de la muchedumbre ahogaban el sonido de la voz de Ruscín, y tampoco permitían que éste pudiera escuchar la de su hija que le decía:

— ¡Oh, padre mío, no! Eso es imposible: no pelearéis con Bebrix: no podéis morir el uno á manos del otro: este sería un combate impío y sacrilego. Si hace falta una víctima, ninguno de los dos puede satisfacer á la nación.

Las oleadas del tumulto crecían, y ya los soldados al observar el estupor de Ruscín, que no era otra cosa sino la concentración de su ira, le insultaban llamándole traidor y cobarde: otros pretendían que fuese castigado como tal, y gritaban:

— ¡A la laguna! ¡Al fango!

De repente apoderóse de Ruscín la furiosa rabia de su impotencia, y blandiendo su machete gritó con una voz que en esta ocasion pudo oirse por encima de todos los ruidos:

— Bebrix, me has ganado mis armas y he de entregártelas de manera que no las pierdas jamas, porque voy á hundirlas tanto en tu pecho, que no habrá un brazo humano con fuerzas bastantes para sacártelas.

Y escapando con violencia de los de su hija, que procuraba contenerlo, lanzóse al abierto círculo que los soldados formaban delante de él.

Todavía permanecía Bebrix inmóvil, dando acerca del partido que debería adoptar, cuando se le aproximó Elomare diciéndole con rapidez:

— Pelea, Bebrix; pero se prudente y no procures otra cosa más que la victoria, sin dar la muerte á tu contrario.

Alentado con esas palabras y excitado con las voces y las miradas del pueblo, que le aclamaba por todas partes, marchó Bebrix hácia el círculo que habian formado los guerreros, y se presentó á combatir. Ruscín, dominado por la cólera, no bien le hubo visto, arrojóle un dardo con tal fuerza, que el arma fué á clavarse casi por completo en el escudo de Bebrix, y todos

comprendieron muy luégo que á pesar de sus años era el anciano un enemigo formidable á quien no podria vencer fácilmente el jóven capitan, por más que siempre le guiase la estrella de la victoria. A los rumores que áun se escuchaban sucedió repentinamente el silencio absoluto de una séria expectacion: la lucha habia comenzado de un modo grave y formal, interesando á todos los que la presenciaban. Bebrix respondió al ataque dejando escapar débilmente su dardo contra Ruscín, el cual lo cojió al vuelo, causando general admiracion, y lo lanzó de nuevo á su adversario con poderoso vigor. Entónces empezó á penetrar la duda en todos los corazones, y como existia siempre entre aquellas gentes la irresistible propension de admirar y respetar á los que demostraban más fuerza y valor, no faltó ya quienes hiciesen algunos votos mentales en favor del anciano. El dardo recorrió aún otras dos veces el espacio, y fué á herir de nuevo el escudo de Bebrix, que permaneció inmóvil como una roca. Ruscín, siempre cegado por la cólera, se precipitó despues impetuosamente sobre su jóven combatiente; pero éste, con oportunos y precisos movimientos y con una agilidad pasmosa, evitaba los mortales golpes que el

anciano le asestaba con una repeticion frequentísima, con unas fuerzas incansables y con un furor frenético y delirante.

Cada vez que el machete de Ruscin suspendido en el aire iba á descargar tremendo corte sobre la cabeza de Bebrix, burlaba éste el golpe con garbo y maestría, y el acero del anciano, veloz como el rayo, zumbaba en el espacio. La costumbre que tenían los soldados de esta clase de combates les hizo comprender muy pronto que Bebrix procuraba fatigar las fuerzas de su adversario; pero este sistema de vencer no se acomodaba á los gustos de aquellas gentes, y por otra parte menudeaban con tal rapidez los ataques de Ruscin que, á pesar de la destreza de Bebrix, se dudaba ya que pudiera siempre evitarlos. El duelo cambiaba á cada momento de teatro y arrastraba á aquel tropel de espectadores, que cerraban ó ensanchaban su círculo para dejar sitio y libertad á los movimientos de los combatientes. Ambigat, Atax, los demas jefes y los druidas estaban en la primera fila atentos y silenciosos. Delante de todos ellos se encontraban dos mujeres: Valla, que, desatentada y convulsa repetía instintiva y maquinalmente los movimientos de la lucha, y Elomare, que la tenía asida de la mano,

con la mirada fija en los combatientes, fruncido el gesto y pronta á sacar ventaja de cualquier incidente favorable. Desgraciadamente el combate se prolongaba ya demasiado sin resultados decisivos, y esto dió lugar á que se empezasen á escuchar serdos rumores por todas partes, no tardándose nada los insultos marcados y directos contra el nombre de Bebrix: montó el jóven en coraje al entender que era objeto de aquellas imprecaciones, y teniendo en más estima su reputacion guerrera que las causas de tan paciente contemplacion, dió al olvido por un instante toda clase de miramientos, y se abalanzó de un salto sobre Ruscin, como el leon del desierto sobre su presa: le derribó en tierra al choque de su escudo, le desarmó violentamente arrancando el machete de sus manos, y levantó su propio acero para descargarlo sobre el rendido cuerpo del anciano; pero en aquel momento un brazo hercúleo y vigoroso, más lijero áun que el del mismo jóven, detuvo rápidamente el golpe: era Elomare. La multitud quedó asombrada: Elomare gozaba la veneracion de los druidas, porque creyendo ellos que en el cuerpo de las mujeres habitaba siempre un espíritu superior, consideraban que la imaginacion de Elonsare era la más fecunda en prodijios y sagradas

revelaciones (1). Ella lo sabía, estaba poseída de su poder, y ántes que ningun rumor ni manifestacion se le pudiera anticipar, se aprovechó de la general sorpresa, y exclamó, dando á su voz una entonacion solemne y un acento inspirado:

— Los cielos y el Gran Teutates han hablado ya, y quieren que yo os explique lo que significan este combate y esta victoria: por eso me han inspirado para que yo me apresurase á suspender el acero de este invicto soldado en el momento que debia hundirse en la garganta de su vencido adversario. ¡No, valientes celtas! La guerra que vais á emprender no será una avalancha de exterminio en que los vencidos pueblos desaparezcan destruidos y asolados bajo el peso de nuestros ejércitos. ¡No y mil veces no! Será una guerra de principes que conquistarán las tierras y el dominio de esos mismos pueblos, los cuales vivirán despues bajo vuestro mando, esclavos de vuestras victorias y humillados á vuestros piés como lo está ese anciano á los de su vencedor: llevaréis el cruzamiento de la noble y valiente raza céltica á los países más lejanos, perpetuando su

(1) Siempre encontramos en las fuentes de la historia y en la niñez de todos los pueblos el influjo de la ciencia espirirista más ó menos perfeccionada. (N. del T.)

descendencia en las hijas de los vencidos, que se han de entregar á vosotros, como la hija de este anciano se entrega al ilustre jefe que, venciendo ahora, os garantiza la victoria de mañana. ¡Marchad, pues; marchad á los combates, que esa es la divina voluntad del cielo! Este anciano, Bebrix, yo misma y todos no hemos sido aquí otra cosa sino los ciegos instrumentos del poder celeste, que ha querido así manifestarse y explicaros los obstáculos que habeis de encontrar, la manera de vencerlos y el resultado que os debeis prometer. Partid, y que las arpas entonen con ardor el himno de la guerra.

Instantáneamente los bardos y trovadores, arrastrados por aquella evolucion atrevida, seducidos por la palabra elocuente de Elomare, dominados por su autoridad respetable, y alucinados por la resplandeciente inspiracion que iluminaba su rostro, hicieron resonar la armonía de sus instrumentos, y entonaron un canto movido, rápido y acelerado, cuyo vivo compás entusiasmo y levantó primero á la ya conmovida é impresionable multitud, exaltó luego su emocion, y la trasformó bien pronto en torrentes de aceptacion y frenética alegría, que en su desbordamiento hubieran arrollado toda clase de observaciones que se hubiesen intentado oponer. Esto fué lo que

se propuso y consiguió la fecunda imaginación y el superior talento de aquella singular mujer.

Podía observarse, no obstante, por el adusto semblante y grave aspecto de Atax, que no era eso lo que él esperaba ni lo que se había propuesto. Así fué que se le vió esperar sin impaciencia que se calmase un poco la agitación de la muchedumbre, y entónces avanzó á su vez y dijo á Ruscín con severa entonación :

— Si; ciertamente que ha sido el cielo quien ha inspirado á Elomare para que te salvase la vida, porque no podías morir sin prestar ántes cumplimiento á dos ineludibles deberes: el primero es el de sostener la acusación que has intentado formular contra Bebrix, y el segundo el de responder á los cargos que yo fulmino contra tí mismo como impío y sacrílego.

A pesar de la autoridad y del respeto que inspiraba Atax, no fueron bien acogidas sus palabras: los deseos de la multitud se hallaban cumplidos, y el inesperado desenlace del combate había satisfecho á todos, por la esperanza que las frases de Elomare habían hecho nacer en sus ánimos de conquistar en el extranjero un rango y unas comodidades que no les era dado esperar en el suelo de la patria. Por otra parte, el valor del viejo Ruscín había inte-

resado en favor de éste á muchos guerreros, y un grito unánime prorogó hasta el siguiente día la sustanciación de los dos juicios anunciados por Atax. Los soldados, que desde por la mañana asistían á la Asamblea sin tomar alimento alguno, estaban impacientes, y se dispersaron súbitamente para regresar á sus campamentos, oyéndose resonar en ellos hasta muy avanzada la noche el ruido de los festines, el canto bélico de los bardos y el estruendo de las armas.

V.

Al disolverse la Asamblea, fueron de observar las intencionadas y públicas formas que emplearon los druidas, guiados por Atax, para separarse de todos los jefes, penetrando silenciosamente en el Bosque Sagrado, sin querer asistir con aquéllos al Consejo Supremo que debía celebrarse en la régia morada de Ambigat.

Por otra parte, los soldados y el pueblo celta se habían retirado todos del lugar de la reunión en extremo sorprendidos del desenlace que habían tenido los varios incidentes de aquel día, y altamente preocupados con las calumniosas acusaciones que Ruscín había intentado formular contra Bebrix y Elomare; pero aún era mayor el

se propuso y consiguió la fecunda imaginación y el superior talento de aquella singular mujer.

Podía observarse, no obstante, por el adusto semblante y grave aspecto de Atax, que no era eso lo que él esperaba ni lo que se había propuesto. Así fué que se le vió esperar sin impaciencia que se calmase un poco la agitación de la muchedumbre, y entónces avanzó á su vez y dijo á Ruscín con severa entonación :

— Si; ciertamente que ha sido el cielo quien ha inspirado á Elomare para que te salvase la vida, porque no podías morir sin prestar ántes cumplimiento á dos ineludibles deberes: el primero es el de sostener la acusación que has intentado formular contra Bebrix, y el segundo el de responder á los cargos que yo fulmino contra tí mismo como impío y sacrílego.

A pesar de la autoridad y del respeto que inspiraba Atax, no fueron bien acogidas sus palabras: los deseos de la multitud se hallaban cumplidos, y el inesperado desenlace del combate había satisfecho á todos, por la esperanza que las frases de Elomare habían hecho nacer en sus ánimos de conquistar en el extranjero un rango y unas comodidades que no les era dado esperar en el suelo de la patria. Por otra parte, el valor del viejo Ruscín había inte-

resado en favor de éste á muchos guerreros, y un grito unánime prorogó hasta el siguiente día la sustanciación de los dos juicios anunciados por Atax. Los soldados, que desde por la mañana asistían á la Asamblea sin tomar alimento alguno, estaban impacientes, y se dispersaron súbitamente para regresar á sus campamentos, oyéndose resonar en ellos hasta muy avanzada la noche el ruido de los festines, el canto bélico de los bardos y el estruendo de las armas.

V.

Al disolverse la Asamblea, fueron de observar las intencionadas y públicas formas que emplearon los druidas, guiados por Atax, para separarse de todos los jefes, penetrando silenciosamente en el Bosque Sagrado, sin querer asistir con aquéllos al Consejo Supremo que debia celebrarse en la régia morada de Ambigat.

Por otra parte, los soldados y el pueblo celta se habian retirado todos del lugar de la reunion en extremo sorprendidos del desenlace que habian tenido los varios incidentes de aquel dia, y altamente preocupados con las calumniosas acusaciones que Ruscín habia intentado formular contra Bebrix y Elomare; pero aún era mayor el

asombro del mismo Ruscín, que no podía explicarse las causas ni los efectos de todo lo que había ocurrido. Así es que, abismado en sus profundas meditaciones y confundido en el dédalo de mil contrarios pensamientos, regresaba lentamente á su tienda acompañado de su hija Valla. Su improvisada lucha con Bebrix, su salvacion, que la debía á la intervencion de la misma Elomare, el anunciado matrimonio de su hija con el jóven guerrero y otros muchos recuerdos, se revolvan en su imaginacion calenturienta para enlazar dichos sucesos con la sospecha, cada vez más arraigada en su pecho, de la secreta intelijencia que suponía existiese entre Bebrix y la parienta de Ambigat. Esperaba que tal vez Saron pudiera darle algunas explicaciones; pero al pasar por el campamento de aquél le dijeron que estaba ausente, y que le habían visto marchar con direccion al Sagrado Bosque en compañía de dos druidas. Finalmente, habiendo llegado á su tienda, Ruscín permaneció largo rato observando en el gracioso y animado rostro de Valla el oculto júbilo del corazon de la jóven, que, venciendo sus violentos esfuerzos, se manifestaba, á pesar de la tristeza del anciano, el cual exclamó:

— ¡ Veo que me has engañado, Valla!

— No, padre mio, respondió ella con

tranquilo ánimo, aunque con enérgico acento. Cuando quise hablaros, no quisisteis escucharme: vuestra cólera me rechazó, y hasta llegasteis á amenazarme. Yo hubiera, no obstante, arrostrado vuestras iras y vuestros golpes si hubiera podido siquiera adivinar vuestros propósitos y vuestra conducta en la Asamblea, porque sabía que Bebrix insistía más que nunca en sus proyectos de matrimonio conmigo, y sabía también que Elomare protegia y secundaba eficazmente sus pretensiones.

— ¿ Quién te ha hecho saber eso?

— La misma Elomare, que vino esta noche pasada á buscaros, y que, no habiéndoos encontrado en el campamento, se acercó á mí para anunciarme también que Saron había sido admitido en la comunidad de los druidas.

— ¿ Luégo Bebrix se refería á tí en las palabras que yo sorprendí al pasar por mi lado en medio de la oscuridad? ¿ Luégo era efectivamente Saron aquel á quien yo creí reconocer entre los druidas que conducían y sacrificaron en un bosquecillo, léjos de aquí, esos animales destinados á hacer que hablasen los cielos?... Y sin embargo, añadió Ruscín cada vez más extraviado en el laberinto de sus ideas, todo esto continúa siendo para mí un misterio impenetrable.

— Ese misterio es bien fácil de explicar, contestó cándidamente la jóven. Es que Bebrix me ama.

— ¡Te ama! replicó Ruscín, descubriendo por el acento de Valla lo que pasaba en el corazón de la jóven. ¡Te ama!..... ¿Y tú?

— ¿Yo?.....

— Sí, tú.

La jóven quedó algo turbada por algunos momentos, y luégo, sin contestar á la intencionada pregunta de su padre, dijo:

— Bebrix no tuvo propósitos ni deseos de privaros de todo lo que os ganó en el juego.

— ¿Y todo lo demas que por otras artes me ha arrebatado?

— Tendría un placer en devolvéroslo.

— ¿Cómo?

— ¡Oh! Eso no debe ofrecer dificultades, y si.....

— Jóven imprudente, exclamó una voz mezclada de dulzura y solemnidad; habías urado guardar secreto sobre ese particular.

Era Elomare, que en este momento penetraba en la tienda de Ruscín. Esta mujer inteligente y activa, siempre dispuesta á intentar cuanto exijiese el buen éxito de sus empresas, lazo firme y secreto entre el poder religioso y el poder real, era aficionada á deslizarse en las sombras y á

presentarse repentinamente delante de aquellos á quienes pretendia imponer su voluntad. Este sistema de conducta lo aplicaba á todo, y experimentaba íntimo placer al avanzar secretamente en sus proyectos sin iniciar á cada uno de sus agentes más que en aquello que convenia al papel que les queria hacer representar, hasta el momento en que, llegando al punto previsto por ella todo lo que debiera concurrir al buen éxito de sus empresas, se aclaraban espontáneamente las causas y los efectos por el solo contacto de las personas y de las cosas puestas en accion. Entónces ella misma parecia admirarse de los acontecimientos, sin aparentar que habia tomado en ellos tan importante iniciativa; preparaba discretamente los sucesos en detalle, separándose luégo de ellos, astuta, sagaz y previsora, para examinar su obra desde léjos y esperar sus consecuencias, como el minero artificioso que, despues de haber barrenado una inmensa roca, contempla y observa desde cierta distancia el momento de la explosion.

Cuando entró Elomare significó á Valla, con una señal imperativa, que se alejase: la jóven obedeció inclinándose, y la sacerdotisa quedó frente á frente á solas con Ruscín.

El astuto anciano comprendia que se

encontraba en presencia de un carácter superior, cuyo influjo y dominio le era imposible evadir; pero disimuló sagazmente su embarazo y sostuvo con aparente serenidad la penetrante mirada de Elomare, quien despues de algunos momentos y sin previas explicaciones, le preguntó:

— Ruscín, ¿querrás decirme cuáles son tus intentos y lo que proyectas para mañana?

— En mi actual situacion no pueden ya formarse proyectos de ninguna especie, dijo Ruscín. Mi conducta sólo me la han de trazar los acontecimientos que de aquí al nuevo día pnedan ocurrir, ó más bien dejaré á la voluntad de quien ha conducido las cosas hasta este momento, el cuidado de indicarme el mejor camino que debo escojer.

— Sin duda pretendes, Ruscín, que yo te dé consejos á fin de formar nuevos cálculos sobre lo que me oyeras decir; pero ya te conozco, y ante todo debo decirte que nadie, sino tú, tiene la culpa del cúmulo de desdichas que te rodean, porque has sido el juguete de tus propias cavilaciones. Siempre dedicado á levantar obstáculos y dificultades á los ajenos proyectos; imaginándote, con torpe juicio, que todo lo que no es para tí es contrario á tu

fortuna; aplicándote más bien, las más de las veces, á destruir la de los demas que á mejorar la tuya propia, tienes precision de sostener mañana, como consecuencia de tus errores, la acusacion que has hecho, y de responder ademas á la que se ha formulado contra tí.

— En cuanto á la primera, dijo Ruscín, no necesita más explicaciones que las palabras que he pronunciado: he acusado á Bebrix de ladron, y es preciso que justifique de donde proceden las riquezas que ostenta; y tú misma que le has conocido pobre has debido escandalizarte de las joyas y alhajas con que ahora se engalana.

— Veo, dijo Elomare, que no quieres ya decir que las ha adquirido por el adulterio, y tal vez por el asesinato; puesto que tú sabes bien, mejor aún que yo misma, que mi esposo Vintex ha muerto.

Estas palabras turbaron á Ruscín, y Elomare añadió:

— Si; tú lo sabes con tanta certeza, que así lo has asegurado á todos los soldados que han querido oírtelo decir.

No le sorprendió á Ruscín que hubiesen llegado á noticia de Elomare las calumnias que él había esparcido por los campamentos; pero sí quedó algo desconcertado al ver la firmeza con que aquella mujer aseguraba lo que decia.

—¿Y quién no se hubiera engañado lo mismo que yo?, dijo. ¿Quién hubiera interpretado de distinta manera tus nocturnas visitas al campamento de Bebrix y las amorosas frases que él te decía esta noche pasada cuando?....

Comprendiendo Ruscín su imprudencia y que había ido más allá de lo que debería, se detuvo; pero Elomare, continuando la hilación de aquellas palabras, prosiguió:

—¿Cuándo espías nuestros pasos, no es eso? Ahora comprendo por qué no te encontré en tu campamento cuando anoche vine á buscarte, y adivino también cómo has llegado á descubrir el secreto y las artes de que nos servimos para dirigir el vuelo de las aves sagradas. ¿Sabes, Ruscín, que tu atrevimiento puede costarte la vida?

—Lo sé.

—¿Y cómo esperas salvarte?

—¿Es necesario á tus designios que yo me salve? objetó Ruscín, como queriendo penetrar en el pensamiento de la sacerdotisa.

—No, respondió Elomare con frialdad; eso importa poco á mis proyectos, y aunque has procurado crear obstáculos que se opusieran al éxito de mis planes, no he querido vengarme con tu daño, porque ha-

bia recibido la hospitalidad en tu morada; pero ahora ya es otra cosa: tu acusación pone fin á mi gratitud, me desliga de todo compromiso y nada haré en favor tuyo, puesto que tu salvación depende de tí mismo.

Al decir esas palabras intentó Elomare salir; pero Ruscín hizo un movimiento para detenerla, diciéndole:

—¿Has venido á verme sólo para esto, Elomare? ¿No tienes nada más que decirme?

—No he venido á decir, sino á que me dijeras: te he preguntado lo que pensabas hacer mañana, y nada me has querido responder. Nada, pues, tengo ya que hacer aquí.

La sacerdotisa dió resueltamente un paso más para alejarse, y Ruscín entonces, impulsado por las angustias que le atormentaban, despojóse de repente de su reserva y de las astucias con que había pretendido sorprender los secretos de Elomare, manifestando en una sola frase, llena de ansiedad é incertidumbre, todos los temores y toda la turbación de su espíritu.

—¿Pero qué quieres tú que yo haga? preguntó en el colmo de la desesperación.

Elomare le miró con la sonrisa de su vanidad satisfecha, y dijo:

— Quiero que hagas lo que habias proyectado hacer: quiero que, segun lo tenias resuelto, explanes tu acusacion contra mí y contra Bebrix.

— ¡Eso quieres!..... exclamó Ruscín estupefacto y creyendo siempre descubrir un lazo y una asechanza en los consejos que recibia.

— ¿Supones acaso que no pueda defenderme? le observó Elomare con digno ademán y noble orgullo.

Ruscín permaneció en silencio, porque comprendió que en cuanto á aquel extremo se habia dicho ya la última palabra; pero luégo bajando la vista y demostrando su turbacion, balbuceó:

— Bien; pero y yo, ¿cómo he de defenderme?

— Suponia, contestó Elomare, que un talento tan previsor como el tuyo no debiera experimentar semejante embarazo, y que tu penetracion te habia hecho ya comprender fácilmente que, de los dos jefes que habian venido con Bebrix del pais de los Tectósagos, no serías tú aquel á quien era forzoso sacrificar.

— En efecto, Saron.....

Ruscín quedó un momento pensativo, y cuando alzó la vista ya Elomare habia desaparecido. La sacerdotisa habia indicado suficientemente á Ruscín el único medio

de salvacion que á éste le quedaba; pero no quiso escuchar de los labios del anciano que habia sido comprendida. Solamente entre los perversos y desalmados se discute y explica con naturalidad y detenimiento el crimen ó la traicion; pero los que, como Elomare en aquella ocasion, practican el mal por necesidad y con un fin que santifica á sus ojos la crueldad de los medios, guardan siempre esa especie de pudor que oculta á las malas acciones su odiosidad.

VI.

Los detalles de la nueva Asamblea que se celebró al dia siguiente no merecen los honores de un prolijo relato. Bastará sólo decir los medios de que se sirvió Bebrix para rechazar la terrible acusacion que contra él habia lanzado Ruscín: confesó que, en efecto, habia salido pobre de su comarca, poseyendo solamente una escasa cantidad de dinero que habia tomado á préstamo con la garantia de pagarla en la otra vida, si no le era posible solventar la deuda ántes de su muerte; pero que los donativos del rey Ambigat le habian enriquecido. Ambigat declaró ser cierto lo declarado por Bebrix, añadiendo que al prodigar sus dones á un guerrero tan jus-

— Quiero que hagas lo que habias proyectado hacer: quiero que, segun lo tenias resuelto, explanes tu acusacion contra mí y contra Bebrix.

— ¡Eso quieres!..... exclamó Ruscín estupefacto y creyendo siempre descubrir un lazo y una asechanza en los consejos que recibia.

— ¿Supones acaso que no pueda defenderme? le observó Elomare con digno ademán y noble orgullo.

Ruscín permaneció en silencio, porque comprendió que en cuanto á aquel extremo se habia dicho ya la última palabra; pero luégo bajando la vista y demostrando su turbacion, balbuceó:

— Bien; pero y yo, ¿cómo he de defenderme?

— Suponia, contestó Elomare, que un talento tan previsor como el tuyo no debiera experimentar semejante embarazo, y que tu penetracion te habia hecho ya comprender fácilmente que, de los dos jefes que habian venido con Bebrix del pais de los Tectósagos, no serías tú aquel á quien era forzoso sacrificar.

— En efecto, Saron.....

Ruscín quedó un momento pensativo, y cuando alzó la vista ya Elomare habia desaparecido. La sacerdotisa habia indicado suficientemente á Ruscín el único medio

de salvacion que á éste le quedaba; pero no quiso escuchar de los labios del anciano que habia sido comprendida. Solamente entre los perversos y desalmados se discute y explica con naturalidad y detenimiento el crimen ó la traicion; pero los que, como Elomare en aquella ocasion, practican el mal por necesidad y con un fin que santifica á sus ojos la crueldad de los medios, guardan siempre esa especie de pudor que oculta á las malas acciones su odiosidad.

VI.

Los detalles de la nueva Asamblea que se celebró al dia siguiente no merecen los honores de un prolijo relato. Bastará sólo decir los medios de que se sirvió Bebrix para rechazar la terrible acusacion que contra él habia lanzado Ruscín: confesó que, en efecto, habia salido pobre de su comarca, poseyendo solamente una escasa cantidad de dinero que habia tomado á préstamo con la garantia de pagarla en la otra vida, si no le era posible solventar la deuda ántes de su muerte; pero que los donativos del rey Ambigat le habian enriquecido. Ambigat declaró ser cierto lo declarado por Bebrix, añadiendo que al prodigar sus dones á un guerrero tan jus-

tamente merecedor de ellos, no habia hecho otra cosa sino rendir justicia al jefe que habia conducido á la Asamblea un número tan crecido de soldados, que le seguian con entusiasmo únicamente seducidos por la altísima reputacion de su extraordinario valor. Como Bebrix se habia conquistado las simpatías generales, no procuró nadie analizar si eran las riquezas las que le habian proporcionado su ejército, ó si el ejército le proporcionaba las riquezas. El orijen de ellas, por otra parte, justificaba su empleo, y tambien demostraba la justiciera conducta de Ambigat, puesto que, siendo en su mayor parte producto de los homenajes hechos al rey por los príncipes que no habian querido tomar una participacion activa y personal en la guerra, parecia equitativo que los tímidos apegados á las comodidades de su ociosidad, pagasen á los valientes las privaciones que iban á sufrir y los riesgos de los combates que marchaban á arrostrar.

Quedaba únicamente por explicar, con motivo de dicha acusacion, la ausencia de Vintex. El rumor de su desaparicion y de su muerte se habia propalado lo bastante para que la tranquilidad de Elomare llamase, por lo ménos, la atencion, ya que no despertase vivas sospechas de su culpa-

bilidad; pero la presencia de Vintex, que apareció en la Asamblea al lado de su esposa, desvaneci6 toda clase de dudas en el pueblo; si bien, por otro lado, despert6 las de los druidas, los cuales, aunque comprendian que la ausencia del esposo de Elomare fuese una cosa convenida, no podian adivinar cuál hubiese sido el móvil ni la intencion de ella.

Por último, Ruscín demostró á Elomare que la habia comprendido perfectamente. Cuando fue interrogado sobre la atrevida delacion que habia hecho contra los druidas, se confesó reo y culpable de haber dudado de la santidad de las ceremonias relijiosas; pero disculpó su falta declarando y protestando que en su corazon no hubieran nacido jamas aquellas dudas, si alguien no se las hubiera sugerido, y sobre todo, si ese alguien no hubiera sido una persona cuyo testimonio debiera ser del mayor crédito, puesto que pretendia hacer creer que habia tomado parte en la superchería y en el amaño de los druidas. Estrechado el anciano para que delatase al culpable, opuso largo rato una fingida resistencia, hasta que al cabo, simulando una extremada desesperacion, dejó escapar el nombre de Saron. Ent6nces pudo observar Ruscín que la falsedad que le habia sido indicada por Elomare estaba hábil-

mente preparada; porque en aquel momento vió que Atax derramó miradas de inteligencia entre los sacerdotes que le rodeaban, significándoles que él mismo había dudado ya de aquel jóven. Ruscín consideró que esta declaracion sería suficiente, y lo fué en efecto para salvar su vida; pero no lo bastante para que no se le impusiese algun castigo; el cual le fue severamente aplicado, sentenciándosele á perder el rango y la categoría de jefe, y á que tanto él como los pocos soldados que le habian permanecido fieles marchasen á la guerra á las órdenes de Bebrix é incorporados al ejército de éste. No hay para que decir que Ruscín se conceptuó muy venturoso con salir á ese precio de la falsa posicion que él mismo se habia creado.

Cuando concluyeron de ventilarse todos esos asuntos, se deliberó para escojer y señalar el dia en que habian de ponerse en marcha los ejércitos. Fijóse la partida para de allí á tres dias, que era el del novilunio, y por consiguiente el más solemne y el de mejores auspicios segun la creencia y las costumbres de los celtas: en seguida se disolvió la Asamblea.

La tarde de aquel mismo dia, despues de haber terminado la Asamblea, vióse salir del campamento de Bebrix, en correcta formacion, un número considerable de

carros cargados de armas y de riquezas, marchando Astrucion á la cabeza de todos ellos, en compañía de otros muchos bardos que se habian adherido al ejército y á la fortuna de aquel jóven guerrero. El cortejo se trasladó en esa forma al campamento de Ruscín, en cuyos limites fué detenido por las avanzadas y centinelas que allí se encontraban, manifestándoles Astrucion que iba en nombre y representacion de Bebrix, para ofrecer á Ruscín la dote de su hija Valla, que aquél deseaba obtener por esposa. Al mismo tiempo y en igual forma, otro convoy ménos rico y no tan numeroso habia partido del campo de Ruscín con direccion al de Bebrix, llevando á éste último todas las armas y riquezas que habia ganado al padre de Valla.

En esto hay que notar aquí que el sistema de compensaciones, hoy tan fácil y sencillo en la consumacion de los contratos, no ha llegado á nosotros sino muy paulatinamente. Se observa comunmente que en las transacciones de los pasados tiempos, de cualquier clase que fueran, cada cual pagaba lo que debia ó tomaba lo que le correspondia, sin practicar ninguna especie de conmutaciones; llamando la atencion muy particularmente esta costumbre en las traslaciones de dominio de los fundos, que llevó grandes confusiones al dere-

cho de propiedad y aún á la jurisdiccion de los gobiernos, y que sin duda alguna es causa muy principal de la oscuridad, en la historia, de los tiempos primitivos. Así es que vemos que en aquella época el hombre tomaba posesion de tierras situadas muy léjos de las suyas, en satisfacion de derechos adquiridos, y pagaba al mismo tiempo obligaciones cediendo otros terrenos colindantes á su propiedad, sin tener en cuenta que la conmutacion hubiera sido más conveniente y beneficosa, para los contratantes, en la mayoría de los casos.

Por esa razon, Bebrix recibió de Ruscin todo lo que éste le debia, entregándole por separado nuevas riquezas por la dote de Valla. Segun costumbre, fueron éstas examinadas por el padre de la desposada, discutiéndose con detencion su calidad y valor. Despues de aceptadas é introducidas en el campamento de Ruscin, estaban terminadas las ceremonias del casamiento, y á los pocos momentos presentóse Bebrix, que fue ya recibido como el esposo de Valla.

Si este relato tuviera por objeto el examinar ó inquirir los incoherentes sentimientos que frecuentemente se apoderan del corazon humano, seria oportuno aquí reseñar la singular entrevista primera de la jóven que habia ántes despreciado á Bebrix, acojiéndolo despues amorosamente,

y del guerrero á quien no le inquietaba la desaparicion de su rival, ni se preocupaban sus celos con el recuerdo que el antiguo amante pudiera haber dejado en el corazon de su esposa. Pero es preciso decirlo: todo lo que hoy nos pareceria extraordinario y repugnante, no debia serlo en aquella época. El amor del alma al alma, en cuyo elevado sentimiento no influyen para nada las razones de ambicion ó conveniencia, puede decirse que no existia entre aquellos pueblos tan faltos de las primeras necesidades materiales. Valla no habia amado á Bebrix porque le habia visto pobre y porque no ejercia ninguna autoridad; pero tan luégo como esos motivos de preferencia se acumularon en la persona de Bebrix con mayor brillo que en la de Saron, arrastraron el amor de Valla á la mudanza, porque ellos eran los que lo habian inspirado. La moralizacion de la sociedad, esa gran conquista del cristianismo y de las artes liberales (entendiéndose que dicha moralizacion es en el sentido de que las artes y el cristianismo han hecho que se sobreponga el interes espiritual al interes fisico), ha despertado en las almas necesidades de inteligencias y de simpatias que enlazan á los seres con relaciones enteramente nuevas y desconocidas, llegando á ser estrechísimas estas relaciones de sen-

timientos entre las personas que rinden culto al espíritu, despreciando con fé sublime los intereses del bienestar material que en otros tiempos dominaban.

Ninguna especie de turbacion ni embarazo experimentaron, pues, los dos jóvenes, y sucedióles, aunque por diferentes razones, lo mismo que hasta hace poco sucedía á esas mujeres de abolengo y nobleza hereditaria á quienes el necio orgullo de su nacimiento no les permitía comprender que se pudiera amar á un hombre que, en el supuesto de ellas, careciese de igual nobleza, aconteciendo descubrirse luego que aquel mismo hombre, objeto de sus desprecios, descendía de una ilustre familia: este descubrimiento venía á ser un rayo de esplendente luz que iluminaba su razon, enalteciendo á sus ojos en aquel hombre las cualidades que hasta entónces habian pasado desapercibidas, y amaban sin reservas al que ántes habian rechazado porque daban su amor á una especie de *derecho de ser amado*.

Entre tanto los druidas, que hasta entónces habian demostrado gran entusiasmo en los preparativos de la guerra, se manifestaban despues algo desanimados y no apresuraban la marcha de los ejércitos. Aunque conocian las aparentes razones de Ambigat, y creían conveniente alejar del

país aquella exuberancia de poblacion, que ya era amenazadora y peligrosa, no se explicaban por qué motivo se habian dispensado á Bebrix tantos favores. Esto los tenia preocupados, y es indudable que algo serio y grave maquinaban, puesto que la vispera del día en que las tropas debian ponerse en movimiento, resonaron por todo el ámbito de la Selva Sagrada siniestros ruidos que aterraron al pueblo celta. Ya hacía dos días que los sacerdotes no se presentaban, y éste retraimiento tenía alarmados los ánimos. Los druidas, como todo poder que ejerce su autoridad al amparo de la fé, tenían pocas relaciones con las gentes; pero sin embargo, aquella extraña conducta en tales circunstancias habia tambien sorprendido é inquietaba al mismo rey Ambigat y á todos los jefes; en vista de lo cual se decidió el Monarca á hacer una nueva visita á Atax, que dió por resultado la variacion completa de la actitud de los druidas. Lo que debió decir Ambigat al Gran Sacerdote para obtener aquel éxito y lo que le ocultó, porque así convenia á sus designios, se referirá más adelante en la secreta y familiar conferencia que da término á este relato.

El día de la marcha amaneció por fin, y la Selva Sagrada, cuya soledad y siniestros ruidos habian aterrado á los más intrépi-

dos y valerosos en los días anteriores, presentó el aspecto risueño del júbilo y del entusiasmo que animaba á sus venerables moradores. Torrentes de armonía religiosa invadían el espacio por todos los ámbitos del Bosque, y los cantares de mil bardos, acompañándose con sus arpas, precedían al tribunal de los druidas vaceres, que, ceñidas sus frentes con hojas secas de muérdago (1), recorrían la Selva en todas direcciones, anunciando que un reo sería inmolado en el altar de Teutates, ofreciéndosele al dios un sangriento sacrificio para interesarlo en favor de la guerra. Semejante noticia, circulada por todas partes, inundó de gozo á los celtas, que bajo el mando de sus respectivos jefes penetraron todos dentro del sagrado recinto á la caída de la tarde, y se fueron colocando alrededor de aquel cruento altar que iba á ser festejado con el obsequio de sangre humana. Todos ignoraban quién fuese la víctima; pero nadie procuró informarse de tan importante asunto: Bebrix, Ruscín y Valla estaban situados cerca de Ambigat y Elomare, siendo objetos de la más viva y atenta curiosidad.

(1) Planta del género viscoso, cuyas hojas tienen la figura de una lanza: los celtas las consideraban como un objeto sagrado, y en determinada época del año las recolectaban con ciertas solemnidades. — (N. del T.)

Cuando cerró completamente la noche, iluminóse de repente la Selva con numerosas antorchas, y empezó á salir de la parte más secreta y escondida del Sagrado Bosque una larga procesion de sacerdotes: rompian la marcha los bardos y trovadores, entonando himnos religiosos; seguían los saronidas, que eran los legisladores ordinarios de la nacion en todos aquellos asuntos que no se sometían á la deliberacion y fallo de las Asambleas jenerales; despues iban los vaceres, jueces mantenedores y fieles guardadores de las leyes, de continente venerable y severo, y sacerdotes particulares del dios Teutates, á la cabeza de los cuales caminaba Atax; y finalmente, cerraban la procesion los ejecutores de la justicia, custodiando al reo que debia ser inmolado.

Al resplandor de las antorchas, que en aquel momento derramaban sobre los objetos tanta luz como sombras, no se podia distinguir bien el rostro de la víctima, que caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, en señal de abatimiento, por más que en la firmeza de sus pasos demostrase resolucion, enerjía y valor.

Ni Bebrix, ni Valla, ni Ruscín, embriagados como lo estaban con su propia dicha, no hubieran fijado tal vez su atencion en el reo, si en el momento de pasar éste

por delante de ellos no se hubiese detenido, alzando la frente y dirigiéndoles una mirada fieramente triste. Valla no pudo contener un movimiento de terror, y Ruscín, bajo el peso de aquella mirada y de su propio remordimiento, apartó la vista: solamente Bebrix sostuvo con serenidad y arrogancia la mirada de Saron.

Porque el reo era, en efecto, el desgraciado Saron, que, débil, sencillo y confiado, debía necesariamente sucumbir bajo el poder de aquellos hombres fuertes y astutos, é iba á sellar con su sangre y con su vida la justificación y la libertad de Ruscín.

Detúvose algunos momentos el infortunado jóven, y exclamó:

— ¡Oh tú, Ruscín, á quien he debido llamar mi padre, yo te saludo! No es ese el sitio que te corresponde ocupar: ve á colocarte sobre el altar de Teutates, puesto que por tí y no por aquella divinidad es por quien va á derramarse mi sangre.

Después, dirigiéndose á Valla, añadió:
— Valla, si de tu venturoso matrimonio te nacieren hijos que no encierren corazones de acero en sus pechos de bronce, abégales ántes de nacer, porque si llegasen á ser hombres, bien pudieran tropezar en el mundo con alguna Valla que goce viéndolos morir, y yo te juro que ese es un horrendo suplicio que debes evitarles, si eres

buena madre después de haber sido tan noble y fiel prometida.

En seguida que pronunció estas palabras tomó del suelo un puñado de tierra, que arrojó á Bebrix, diciéndole:

— En cuanto á tí, yo te evoco á la desgracia y á la muerte.

— Tus maldiciones y las desdichas de tus emplazamientos, respondió Bebrix, se estrellan ántes de llegar á mí para caer luégo á mis piés.

Bebrix se habia cubierto con su enorme escudo, y la tierra, sin tocar á su cuerpo ni un solo grano, chocó en el hierro y cayó al suelo. Esta circunstancia impresionó vivamente á cuantos presenciaban la escena, y todos se decían que Bebrix debía ser un hombre elegido por el cielo para llevar á cabo grandes empresas, triunfando siempre de todos sus enemigos.

La comitiva siguió su marcha hasta llegar á la estatua colosal y deforme en cuyo altar debía ejecutarse el sacrificio. Una vez allí, fué colocado Saron sobre las piedras de aquel monumento, y los verdugos le hirieron en la garganta con el acero sagrado, abriendo luégo su cuerpo en canal, para que los vaceres, inclinados alrededor de aquel tronco palpitante, pudiesen leer en las contracciones de sus entrañas los destinos de la nación. En ese libro san-

griento, donde clavaban ávidamente sus miradas, no se aprendía más sino lo que los sacerdotes querían leer. Y sin embargo, ya sea porque pretendieran ellos exajerar hasta ese punto las supercherías y las mistificaciones con que engañaban al pueblo, ó bien porque su propio fanatismo les hiciese creer en la posibilidad de descubrir el porvenir en las contracciones de un moribundo, es lo cierto que el exámen que practicaron fué muy detenido, y que debió preocuparles grandemente á juzgar por los debates que tuvieron entre sí.

Por último, estos vaticinios extremos y solemnes arrancados á la vida por la muerte, estos augurios de sangre que eran los que más agradaban á aquel pueblo ferroz y sanguinario, se declararon favorables, y una nueva ceremonia sucedió á aquella. Consistía en el juramento que prestaban los celtas, ante el altar de Teutates, de no abjurar en país extranjero la religión de sus padres para abrazar otra nueva; jurando también al mismo tiempo no abandonar el cuerpo del soldado muerto en el campo de batalla; obligándose todos á quemarle en una hoguera con sus armas, sus caballos y sus más fieles esclavos (1).

(1) Esta costumbre de los celtas confirma hasta cierto

Quando terminó esta última ceremonia se retiraron los ejércitos con sus jefes á la cabeza, y al despuntar los albores del inmediato día abandonaban el país de Bourges, dividiéndose aquella muchedumbre en dos expediciones: la una se dirigió hácia el Rhin y la otra hácia los Alpes.

Bebrix marchaba á la cabeza de la primera.

Algunos días después aquel territorio, ocupado poco antes con la plétora de más de quinientos mil hombres, era una inmensa mansión donde reinaba el reposo y el silencio. Entónces fué cuando Ambigat, orgulloso de la tranquilidad que gozaba su pueblo, refería á Vintex y á Elomare los detalles de su última entrevista con Atax.

— Si, decía el Rey, le manifesté la verdad de todo lo que debía saber, y no creo que pueda acusármese de falso y mentiro-

punto la general opinión de que todo principio de existencia viene del Oriente, por la semejanza y relación de los usos y creencias de los pueblos situados en el extremo occidental de Europa con los usos y religiones de muchos países del Asia menor y de la India; tales como la manera de pelear montados sobre carros; la horrible ceremonia de quemar los cuerpos de los difuntos arrojándose á la misma hoguera los deudos más preferidos en vida por su señor, y alimentando las llamas con los objetos de su servicio para que en el otro mundo no careciesen de lo indispensable; la práctica de prestar dinero á condición de que les fuese devuelto en la vida eterna, y otras muchas que sería prolijo enumerar. (N. del T.)

so si le oculté todo lo que debemos callar: le referí que por los informes que vosotros habiais adquirido, se sabía que Ruscín y que Saron venian á la Asamblea general con el deliberado propósito de oponerse á la declaracion de la guerra, y expuse á su consideracion los inmensos perjuicios que este disentimiento hubiera podido orijinar á nuestros proyectos, por la temible influencia que podian ejercer esos dos jefes, teniendo bajo sus mandos numerosos ejércitos: finalmente, le hice comprender que siendo la guerra para Bebrix su única esperanza y el único medio que tenía para salir de su oscuridad y pobreza, le habiamos encumbrado, asegurándonos así que los Tectósagos no fueran un obstáculo á nuestros planes.

— ¿Y fueron bastantes esas razones?, preguntó Elomare.

— Ignoro si habrán sido bastantes para persuadirlos completamente; pero al ménos lo fueron para que apresurasen la marcha de las tropas. Entre tanto á nosotros es á quienes toca prevenirnos contra las oscuras esperanzas que puedan haber conservado los druidas.

Y mudando ya la conversacion, preguntó el Rey:

— Y tú, Vintex, ¿has dado cima á tu empresa?

Vintex se inclinó hácia sus dos interlocutores, y bajando la voz, no por temor de que pudieran otros oídos sorprender su secreto, sino por esa costumbre de misterio que acompaña siempre á toda confianza, respondió:

— He llegado hasta esa hermosa ciudad de los Focenses, situada á orillas del mar (1), he penetrado en su recinto, y he prometido y asegurado á sus gobernadores y magistrados que conseguiriamos barrer de aquel país la exuberante y amenazadora aglomeracion de las tribus de Tectósagos que los rodean, siempre dispuestas á invadirlos y á molestarlos; y les expuse ademas que, despues de alejar á esas tribus con los jefes que dirijian las voluntades de aquellos pueblos, me sería fácil apoderarme de ellos y conquistar un puesto que ningun rival podría disputarme.

— ¿Y qué te han prometido ellos, preguntó Ambigat, por el permiso que les has de conceder para que introduzcan en esas comarcas los productos de su vastísimo comercio?

Vintex enumeró entónces las recompensas que obtendrian de los Focenses, por

(1) Marsella, fundada 600 años ántes de Jesucristo por una colonia de Griegos Focenses, que emigraron de su país despues que fueron derrotados por Harpago y por Filipo. (N. del T.)

el derecho que éstos adquirían de comerciar con los Celtas, cuya aversión á todo lo que era extranjero los había siempre aislado en el recinto de sus comarcas y de sus ciudades. Estas recompensas favorecían exclusivamente á Ambigat y á Vintex y consistían en cuantiosas sumas de dinero que debían serles pagadas anualmente, y además en numerosos donativos de todas clases.

Cuando Vintex concluyó de explicar todas esas ventajas, que parecían satisfacer también al mismo tiempo las intenciones y los deseos de Ambigat, fué interpelado á su vez por Elomare.

— ¿Has tenido ocasión de conocer á sus divinidades y á sus sacerdotes? le preguntó. ¿Has sido testigo, por ventura, de la pompa de sus fiestas y de sus sacrificios?

— Sí, por cierto, contestó Vintex, y no dudo que los Tectósagos, amantes de todo lo que es nuevo y sorprendente, preferirán bien pronto aquellos dioses indulgentes y bondadosos al dios terrible y sanguinario con que nuestros druidas los aterran de continuo.

La confianza se prolongó todavía un largo rato sobre esos dos extremos, y terminó con estas palabras de Ambigat:

— Al cabo de muchos años, y cuando la

vejez acaba con mi vida, veo al fin realizado el gran proyecto que tanto he meditado y preparado: Seré el primero que habré franqueado la Céltica á los pueblos que pueden libertarla de sus bárbaras y salvajes costumbres: he inferido la primera herida á ese ominoso poder de los druidas, que con criminal egoísmo guardan la ciencia para sí solos, teniendo á nuestros pueblos sumidos en la ignorancia para dominarlos más fácilmente. Es seguro, añadió, que ni vosotros ni yo hemos de ver el término de la fecunda lucha que va á comenzar, pero tenemos, al ménos, la gloria de haberla iniciado. Tal vez el mundo y la historia conozcan nuestros nombres sin que perezca su memoria oscura é ignorada, como lo está la existencia de estos pueblos bárbaros que no traspasa los límites de nuestras incultas rejiones.

FIN DE LA PRIMERA ÉPOCA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

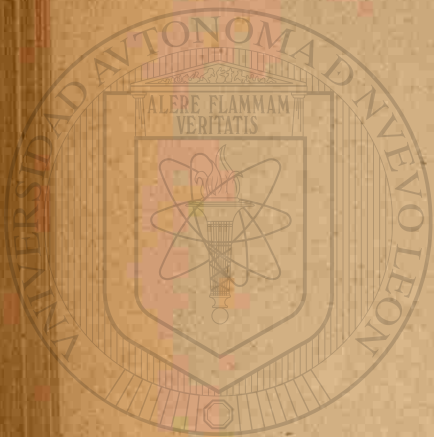


ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria.	5
Prólogo del Editor.	7
Primera época.— Los Celtas.— I.	9
II.	36
III.	67
IV.	113
V.	143
VI.	153

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

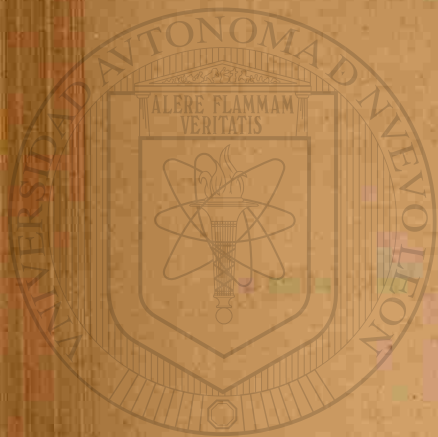


BIBLIOTECA UNIVERSAL

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

—
COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

—
TOMO XXXII.

LAS CUATRO ÉPOCAS

(SOULÉ).

—
TOMO SEGUNDO.

LOS GALOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 4.

1977.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madrid, 1877.—IMP., EST. Y CALV. DE ARIBAU Y C.^{ta}

SUCESORES DE RIVADENEIRA

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 2.

SEGUNDA ÉPOCA.

LOS GALOS.

I.

En la suave pendiente de una fértil colina que se extinguía en las frondosas márgenes y bajo las tranquilas y doradas ondas del Ariège (1), se asentaba una deliciosa quinta de recreo. Las empalizadas y paseos de su huerto y jardines veíanse trazados con arte y esmero; los árboles, inteligentemente castrados de todas sus parásitas ramas, se hallaban cargados de frutas, aclimatadas entónces y desconocidas ántes en aquella comarca; y por entre el espeso, verde y reluciente follaje de los

(1) Río de Francia que da su nombre al departamento que baña: nace en los Pirineos; pasa por Foix y por Pamiers, y es tributario del Garona. Los romanos le llamaron *Aurigera* porque arrastraba arenas de oro.

(N. del T.)

perales y manzanos, suspendía también la vid sus ya maduros racimos.

Eran los primeros días del mes de Septiembre, y un bello y hermoso sol de otoño iluminaba con sus amarillentos rayos aquella poderosa vegetación, y hacía destacar sobre el fondo variado de tanta frondosidad y verdura los perfiles de un blanco edificio con peristilo y elegante pórtico, cuya techumbre, de pulidos y esmaltados mármoles, brillaba como una colosal armadura de bruñido acero.

Habían pasado los ardores del medio día, y ya el astro rey, inclinándose hacia el horizonte, prolongaba poco á poco sobre la tierra las sombras de los copudos árboles, cuando un anciano salió de aquella morada. Fiel imagen y vivo recuerdo de otros tiempos más lejanos, vestía un largo túnico ceñido con un ancho cinturón de cuero, y multitud de correillas, entrelazadas sobre sus piernas, le sujetaban el calzado y las polainas, llevando al costado, pendiente de doble cadena de hierro, una enorme espada. El sello de una santa vejez se retrataba en el aspecto y en la fisonomía de aquel hombre: la edad, que había encanecido su barba y sus cabellos, dándoles la blancura de la nieve, no había encorvado aún su cuerpo: marchaba con la frente elevada, y dirigiendo, al parecer,

la vista al cielo, sin que sus pasos acusasen falta de vigor, pero si una gran desconfianza y hesitación. Con las manos extendidas, para evitar cualquier obstáculo que se opusiese á su camino, llegó al extremo de las gradas de piedra, sobre las cuales se alzaba el edificio, y faltando el terreno bajo sus pies, vaciló, se inclinó hacia delante, y cayó con toda la pesantez de su cuerpo, dando rudo golpe contra los anchos escalones.

Porque aquel anciano era ciego.

Ni una queja, ni un grito siquiera escapó de su garganta; pero el acero de su espada retumbó con siniestra vibración sobre las baldosas, y este ruido atrajo prontamente á dos jóvenes, que aparecieron alarmadas en el umbral del pórtico. La una, que era de elevada estatura, de bella y hermosa presencia y de cabellos rubios, vestía una blanca túnica, y al ver en tierra al anciano, sólo hizo un gesto de impaciencia; la otra, de mediana estatura, de tez morena, de ardiente mirada y de negros cabellos, se precipitó sobre él, y procuró ayudarle á levantarse. En el primer momento el anciano demostró con sus ademanes el propósito de rechazar secamente aquel auxilio; pero luego que la joven pronunció algunas palabras, modificóse su actitud, y la dijo con dulzura:

— ¡Ah! ¿Eres tú, Dionea? (1) Figúreseme oír los pasos de Cesonia...

— ¿Y por qué al querer salir, venerable Carrin, no me has llamado para que guíase tus pasos, como lo haces otras veces?

— Por que no soy tu dueño, Dionea. Tú eres la esclava de la hija de mi hijo, y yo no quiero disponer de lo que pertenece á otro. Demas de esto, que podria tu señora tener tal vez necesidad de tus servicios para el arreglo y perfume de sus cabellos, segun lo acostumbran hacer las mujeres de estos tiempos, y hubiera sido causarla un gran pesar el distraerte y separarte un solo momento de los quehaceres de su tocado.

Cesonia, al oír la expresion irónica del anciano, volvió á manifestar su disgusto con otro gesto de mal humor, y se disponia á contestarle; pero Dionea le indicó por señas que no hablase, y dirigiéndose á Carrin, le dijo:

— Vamos; ¿quieres aceptar mi ayuda para levantarte?

— No, Dionea; me encuentro bien en esta posicion: tendido ahora sobre la tierra, puedo considerar que pronto deberé estarlo bajo ella.

— ¿Estás triste, Carrin?

(1) Sobrenombre de Venus.

— ¡No, ciertamente! ¿Qué motivos tengo, ni por qué he de estarlo? ¿Acaso mi vejez no se ve rodeada de los esmeros y cuidados que los hijos deben á un padre? ¿Por ventura no están siempre los míos cerca de mí, para sostener y guiar mis pasos cuando camino y para levantarme si tropiezo y caigo?

Carrin hizo entónces un esfuerzo por sí solo para ponerse de pié; pero falto de agilidad y vigor, no pudo conseguirlo, y movió tristemente la cabeza en señal de abatimiento. Cesonia, al observarlo, no pudo permanecer por más tiempo impasible, y acercándose resuelta y diligentemente al anciano, exclamó:

— ¡Dioses inmortales! ¿Estarás herido?

Al oír aquella voz, nublóse la fisonomia de Carrin, que, pálido y alterado, dijo á Cesonia con duro acento:

— Todavía no es mi herida tan profunda como para que puedas prometerme que por ella se me escape la vida.

— Carrin, eres por todo extremo injusto, y tus palabras son duras é inhumanas.

— Aun son más duros los mármoles de las gradas de esta mansion, que tú y tu padre me obligais á habitar.

— No cesas un punto de zaherirme con tus injustificadas acusaciones, y sin embargo debieras considerar que no hago

otra cosa sino prestar obediencia á la voluntad y á los mandatos de mi padre.

— Eso me prueba también que él es bastante más afortunado que yo, puesto que tiene una hija tan obediente.

— Pues también con él eres injusto: mi padre, como yo, te obedece y respeta. Dínos lo que tu voluntad quiere, y te demostraremos nuestro amor, nuestra diligencia y nuestra sumisión.

— Lo que yo quiero bien lo sabéis tú y tu padre: lo que yo quiero es huir lejos de esta morada, cuya techumbre gravita con toda su pesantez sobre mi cabeza, cuyas paredes y espesos muros dejan á mi pecho un espacio reducido y estrecho donde apenas puedo respirar, y donde se encuentra aprisionada mi libertad. Estais en un lamentable error si me tomáis por uno de esos modernos y nobles galos á quienes seduce la novedad, y que olvidan hasta el idioma de su país, para modular la voz con la dulce entonación del canto griego, ó con la suave melodía del habla romana. Yo soy un pobre soldado de la montaña, que jamás he sabido hacer otra cosa sino combatir, y que opina que el hombre no debe saber más que eso. El pan de toda mi vida lo he encontrado siempre en la punta de mi espada, y mi hijo ha ganado sus riquezas de otra manera más reposada

y tranquila: que viva, pues, del mismo modo que se ha enriquecido; pero en cuanto á mi, lo que deseo es abandonar estos parajes, donde hasta los frutos son dulces y delicados, como esos extranjeros que os los han importado de la Grecia: quiero alejarme de esta comarca, porque la habeis despojado también de sus virgenes selvas, talando sus hermosos y frondosos bosques que constituian nuestra salvaje defensa, no sólo contra nuestros enemigos, sino contra los ardores del sol; así como los hombres que la habitan se han despojado ellos mismos del inexpugnable escudo contra el cual se estrellaban los dardos y las flechas mejor dirigidos. Aquí no tengo donde reposar á la sombra, ni encuentro un asilo que defienda mis oídos constantemente perseguidos y atormentados con el acento de esas voces extranjeras, cuyo lenguaje no entiendo, ni quiero entender. ¡Ah! Creo sorprender, á traves de la oscuridad de mis ojos, la risa irónica que deberá asomar á tus labios, Cesonia, al escuchar mis palabras: soy ciego; pero descubro con la vista del alma que tu semblante arroja una desdeñosa sonrisa sobre tu abuelo. Te mofas de este anciano y le ridiculizas, porque desprecia todo eso que tú tanto estimas, porque detesta esas viles ocupaciones que ahora consumen la exis-

tencia de estos hombres; porque el esmero de cultivar las flores, de podar una vid, y de tejer ó teñir una tela, lo considera como ocupacion indigna del brazo que puede manejar una espada!... Pues bien, niña,—añadió con grave entonacion;— procura contener por hoy tus burlas: mañana podrás reir sin reservas, porque yo no permaneceré aqui ni un dia más.

—¿Y adonde quereis ir, padre mio? Considerad que cada paso que diereis será un riesgo y un peligro para vos.

—¿Te imaginas acaso que al caer sobre la tierra de nuestros campos lo haria yo con más daño que sobre las baldosas de esta escalinata? Antaño nuestras moradas tenian sus salidas francas y expeditas, sin estos inconvenientes ocasionados al tropiezo de sus dueños; y á ellas podia tambien aproximarse el viajero á pedir hospitalidad, colocándose al nivel de aquel que debia otorgársela. Así se corrompen en todo las costumbres, y hoy la hospitalidad no es ya un deber, sino una merced que los señores de estos palacios obligan á que se les implore desde abajo para negarla desde arriba. A medida que se amengua la dignidad de los hombres, elevan éstos la construccion y arquitectura de sus viviendas, pretendiendo parecer grandes porque se colocan en alto: tambien vemos hoy

puertas de macizos y fuertes maderos allí donde ántes la buena fe y la moralidad pública eran la sola garantia y la salvaguardia de nuestros domicilios: los fundos y propiedades necesitan de ancha zanja que señale sus linderos: cercáis vuestros jardines con setos ó vallados, y cerráis vuestras ciudades con círculos de inaccesibles murallas... ¡Ah! ¡Estos son ya demasiados obstáculos para el que, como yo, ha caminado en otros tiempos á traves de todo el país, sin que ningun signo de extraña dominacion detuviera mis pasos, ni me advirtiese que no tenia derecho á dirigirlos segun mi voluntad. Lo repito: mañana mismo me alejaré de estos lugares. Todavía existen en las guaridas de los montes Pirineos, en los bosques del lado allá del Garona, en las comarcas donde gobierna Bituit, nuestro rey, no nuestro dueño, como lo es aquí el soldado romano, todavía existen, digo, verdaderos hijos de las Gálias, entre los cuales no seré tan extranjero como lo soy entre los de mi propia familia. Allí es, pues, adonde quiero marchar.

— Pues bien; — dijo Cesonia. — Cuando mi padre regrese esta tarde de su casa de Tolosa lo sabrá todo y hará cuanto sea conveniente y posible para complaceros.

— Es verdad, Cesonia, — exclamó el vie.

jo con irónico acento. — Había olvidado ya, y tú me lo recuerdas, que tu buen padre tiene dos moradas y que, sin embargo, no ha sabido ó no ha querido proporcionar á este pobre anciano un asilo adecuado á sus costumbres y á sus gustos. Nuestros abuelos no poseían más que una mansión, de la cual eran verdaderos y legítimos señores, y siempre tenía cabida en ella toda la familia, por muy numerosa que ésta fuese: ahora nuestros hijos tienen la ilusión de poseer varias moradas, aunque en realidad están todas ellas bajo la dominación y el poder de ese insolente extranjero que los manda como á esclavos.

— Padre mio, — insistió Cesonia con marcada expresión de interés, — Léntulo os respeta y...

— ¡Ah, Cesonia! — exclamó Carrin interrumpiendo á la jóven. — Tienes tan poseído tu pensamiento con el recuerdo de ese romano, que desde luego has comprendido perfectamente que á él era á quien yo había querido aludir.

Cesonia guardó silencio, no por temor á las amonestaciones del anciano, sino porque las últimas palabras de Carrin le habían hecho advertir que, en efecto, se encontraba su espíritu vivamente impresionado de una pasión veheméntísima. No obstante, después de algunos momentos

insistió de nuevo la jóven en sus atenciones, dando á sus frases toda la expresión de dulzura que le fué posible, para no exasperar más la feroz susceptibilidad del viejo galo:

— Aceptad, — le dijo — el apoyo de Diónea y el mio, para levantaros, y nosotras os conduciremos á donde sea de vuestro agrado, bajo la sombra de algun árbol, ó á cualquiera otro sitio donde podáis cómodamente reposar.

— Repito que me encuentro bien aquí. Voy á colocarme sobre el último escalon de esta grada, á través del umbral, para que cuando regrese mi hijo me encuentre á su paso; para que no pueda penetrar en su casa sin dejar de verme; para que no pueda evadirse de mí, ni evitar mi presencia, como lo hace desde algun tiempo á esta parte: es indispensable que hoy me escuche. En cuanto á tí, si esto es un obstáculo que te impida salir ó entrar, aguarda hasta mañana: concede un solo día de paciencia en obsequio á tu abuelo, á quien muy pocos le restan de vida, cuando á tí te quedan tantos y tantos que dedicar á los placeres.

Al oír estos propósitos se dibujó en el semblante de Cesonia una marcada expresión de contrariedad, y significó por señas á la jóven esclava griega que la presencia

El anciano en aquel sitio era un obstáculo imprevisto y gravísimo para sus proyectos. Dionea la tranquilizó asegurándole y prometiéndole á su vez, también por señas, que alejaría aquel inconveniente, y Cesonia entónces se retiró á su estancia.

El anciano se puso de pié y fué, segun habia manifestado, á colocarse sobre el último escalon del peristilo, adoptando una posicion transversal en el umbral, de modo que nadie pudiese salir ni entrar en la morada sin tropezar con su cuerpo. Al lado de Carrin y á sus piés sentóse la esclava griega contemplándolo largo rato con indecible expresion de interes. Impulsada Dionea por un extraño sentimiento, queria descubrir en la fisonomia del anciano lo que habia debido ser la fisonomia del jóven: su imaginacion y fantasia procuraba devolver su primitivo color á aquellos blancos cabellos, su ardiente mirada á aquellos ojos muertos, su juvenil brillo á aquellas descoloridas mejillas, y su arrogante fiereza y gallarda apostura á aquel cuerpo vencido y demacrado. Así como la mente del artista que al contemplar unas ruinas les da nuevamente su antigua forma y se identifica con todos los recuerdos que evocan, Dionea se dejó llevar por el poder de su fantástica imaginacion que operaba el rejuvenecimiento de aquel an-

ciano, y en un arranque de su entusiasmo oprimió con sus manos las rodillas de Carrin, y con voz poco ménos que exaltada exclamó:

—Tu has debido ser un valiente y noble guerrero en tu juventud.

Sorprendido el viejo galo, volvió la cabeza hácia la esclava, como si hubiera podido mirarla, y le respondió:

—En otros tiempos mis oidos han escuchado con frecuencia que me llamaban así, jóven extranjera, y ciertamente que entónces era eso un alto honor, porque semejantes elogios y tan distinguidos títulos no se otorgaban sino al hombre que los habia merecido. Pero, niña, ¿quieres explicarme por qué me dices eso?

—Porque en estos lugares únicamente tu eres, Carrin, quien me hace comprender y me da explicacion de cómo los antiguos pobladores de vuestras comarcas pudieron atravesar tantos países y vencer á tantas naciones, hasta invadir el suelo de mi patria y sembrar allí la desolacion y el espanto.

—Lo que hablas, jóven esclava, me causa extraordinaria sorpresa. Puede decirse que apenas si sales de la infancia y ya tienes noticias de la historia de nuestro pueblo, que yo no he podido adquirir, sin embargo de haber vivido seis veces tu edad.

— Dime, noble galo, ¿tus antepasados han permanecido constantemente en estas comarcas? ¿Han esperado aquí siempre que la guerra venga á buscarlos? ¿No han sido ellos los que la llevaron más de una vez á remotas y apartadas regiones?

El anciano, despues de un momento de silencio en que pareció haber estado concentrando sus recuerdos, dijo:

— Si; allá en una época de la cual apenas se guarda memoria entre nosotros, dicen que nuestros antepasados fueron el terror del mundo. Recuerdo en este instante que cuando yo tenía tu edad lo oí decir á un viejo druida, que era entonces tan anciano como yo lo soy ahora, y aquel sacerdote añadía que para él era también el recuerdo de una tradición y de un relato que había escuchado en su niñez. Hombre ninguno podría fijar los años que han trascurrido desde aquellos sucesos.

— Te equivocas; — dijo Dionca — apenas se cuentan cuarenta olimpiadas (1) desde que bajo la conducta y mando de

(1) La olimpiada era un periodo de cuatro años, en el primero de los cuales celebraban los antiguos griegos ciertos festejos en las inmediaciones de la ciudad de Olimpia y desde entonces notaban las fechas de los sucesos por olimpiadas. Llámense aquellos tiempos Era de las olimpiadas, que empezó 746 años antes de Jesucristo.
(N. del T.)

Belgion y de Brenno (1), invadieron los galos

(1) *Belgion et Brennus* son los nombres con que designaron los griegos y los romanos á los capitanes de dos ejércitos de galos que invadieron la Italia y la Grecia. Uno de ellos lo verificó 588 años antes de Jesucristo, dirigiéndose á los romanos junto al río Alia y tomando á incendiar á Roma; el otro lo hizo 278 años antes de Jesucristo, llegando hasta las Termópilas, que es un desfiladero formado por el monte Oeta y el mar, que cerraba la entrada de la Grecia propiamente dicha por el lado de la Tesalia; pero fueron completamente dispersos y exterminados en las cercanías de Delfos. Véanse los detalles históricos que se tienen de ambos sucesos.

Dos siglos despues de las primeras expediciones de los galos, tuvo lugar la de los senonenses originarios del Yonne y del Aube, mandados por Brenno, cuyas correrías son las más nombradas de cuantas ejecutaron los pueblos de las Galias, por los peligros que con ellas amenazaron á la naciente fortuna de Roma. Atraídos los soldados de Brenno por la fama de los vinos y de los productos del país, cuyos conocimientos adquirieron con los regalos que les hizo un toscano llamado Arnus, pasaron al Rubicon y pretendieron establecerse en la Etruria poniendo sitio á Clusio (Chusi), la capital del rey Porsena. Los habitantes llamaron á los romanos, que se presentaron en ademán de mediadores, enviando á los galos tres embajadores conocidos por los tres Fabios, descendientes de aquella noble familia de los Fabios que cerca de un siglo antes había levantado por sí sola un pequeño ejército contra los Veios (ciudad de Etruria á orillas del Tiber), cuyas fuerzas se sacrificaron por Roma pereciendo todos en una emboscada, casi al mismo tiempo, de igual modo y en el propio número que los 500 espartanos de Leonidas se sacrificaban por Grecia en las Termópilas por detener á los Persas. De mediadores se convirtieron los Fabios en auxiliares, batieron á los galos y á un uno de ellos mató por su propia mano á otro de los capitanes de Brenno. Irritado éste, pide al senado de Roma el castigo de los culpables antes de pensar en tomarse la justicia por sí mismo, cuya prudencia, por no ser de esperar en un jefe de bárbaros, no fué ciertamente apreciada por los romanos cual debió serlo, y en vez de atender las reclamaciones de Brenno pusieron á los tres Fabios en el número de sus magistrados premiando así aquel acto

la Grecia y amenazaron de total ruina á la

de violencia. Al tener noticia los galos de tamaño insulto levantan precipitadamente el cerco de Clusio y marchan indignados contra Roma, sedientos de sangre y de venganza, y penetran por asalto en su recinto. Los romanos aterrados se encerraron en el Capitolio, y Brenno, dueño de la ciudad, la incendió y saqueó despues de haber degollado á los ancianos, á las mujeres y á los niños que no habian tenido tiempo para huir de ella.

La caída de los galos sobre Grecia tuvo otras razones. Contenidos cada vez mas los esfuerzos de los celtas por el siempre creciente poder de los romanos, se dirigieron contra otros pueblos y naciones menos fuertes, y se cree que entonces fué cuando tuvo lugar la invasion de Belgio y del segundo Brenno en la Macedonia y en la Grecia. En tiempos de Alejandro (320 años antes de J. C.), ya tenian los galos algunos establecimientos cerca de estos reinos y se pusieron á sueldo de aquel gran general, dándole aquella respuesta celebre de que no temian á nada ni á nadie mas que á la caída del cielo. A la muerte de dicho principe, los que ocupaban la Iliria hasta las fronteras de la Tracia, se alistaron bajo las banderas de Antigono el Ciclope; pero inuierio éste en la memorable batalla de Ipsó, empezaron los galos á extenderse por el Asia. Veinte años despues y en la misma época de la guerra de Pirro con los romanos 280 años antes de J. C., atravesando Belgio la Panonia y la Iliria se arrojó con sus tropas sobre la Macedonia, siendo inútiles los esfuerzos heroicos que para evitarlo hicieron, primero, Tolomeo Ceranno, hermano de Tolomeo Filadelfo rey de Egipto, y luego Sosiheno; pero esta irrupcion, llevada á cabo sin plan ni concierto, no tuvo mas resultados que el pillaje y la devastacion, viniendo por último á parar en las sangrientas derrotas de los soldados de Belgio vencidos por los de Antigono Gonatis, nieto de Antigono el Ciclope. Empero Brenno, que se habia separado de Belgio, despues de la entrada de ambos en la Macedonia, atravesó con sus huestas el paso de las Termopidas, á pesar de la resistencia que le opuso el ateniense Calipo, y paseó sus estragos por toda la Grecia, hasta que no encontrando ya riquezas ni botín, formó el atrevido y último proyecto de apoderarse de los inmensos tesoros que, desde tantos siglos atras, acumulaba incesantemente el fanatismo de los pueblos en el templo de Delfos; pero habiendo dado

poderosa Delfos, la rica y bella ciudad de Apolo (1).

— ¿Has dicho cuarenta olimpiadas? — preguntó Carrin.

— Sí, ciertamente, — dijo Dienea.

— ¿Y cuántos años es eso?

— Tantos como el doble de los de tu vida.

Carrin pareció quedar asombrado, y volvió á preguntar:

— ¿Y cómo has podido tú saber eso?

— Muy fácilmente, anciano: yo hé nacido en Delfos, y he tenido ocasion de leer muchas veces en el templo de Apolo la inscripcion de la estatua de Aleximaco, que fué muerto en una de aquellas sangrientas jornadas. Esa inscripcion conmemora tan terrible suceso, y es al mismo tiempo un testimonio eterno de gratitud á los dioses inmortales por haber concedido á la patria la señalada merced de que los ejércitos de la Grecia pudieran exterminar á sus enemigos y librar á la ciudad de la

tiempo á los habitantes de la ciudad para que se fortificasen y se preparasen á la defensa, fueron derrotados completamente y arrojados al Helesponto, de cuyas orillas, sin embargo, se apoderaron los galos estableciéndose en aquellas comarcas. (N. del T.)

(1) Entre los suntuosos y magníficos templos que la antigüedad ha conocido y confesado por uno de los más famosos del mundo, dice el Padre Fray Baltasar de Victoria que lo fué el de Delfos, consagrado á Apolo, de donde vino el que se le llamase á este dios Apolo Delfico,

horrenda tempestad que la amenazaba (1).

— Ciertamente deliras, — dijo Carrin á Dionea con el acento de la duda y con el desden de la ignorancia, — si te imaginas que la vejez me trastorna y debilita hasta el punto de volverme á la cándida credulidad de la infancia. ¿Cómo es posible que se hayan conservado esos recuerdos y esos detalles en tu país, cuando aquí en el nuestro no existen ni se conocen?

— Pues yo te añadiré que no solamente se consignan en los monumentos de nuestros templos, si que también nuestra historia positiva nos lo enseña. Así es que cuando hace pocos instantes yo te contemplaba y me imaginaba lo que has debido ser en tu juventud, vino á mi memoria como un asalto el texto fiel de la descripción que uno de nuestros más famosos y exactos historiadores ha dejado escrita para re-

nombre el más frecuentemente usado entre los poetas; y Zenas dice que el opulento Cresos, rey de Lidia, donó para la edificación de aquel templo mil ladrillos de oro. Fué la ciudad de Delfos una de las mayores de todo el reino de Beocia, cerca del monte Parnaso, consagrado también á Apolo; y llamóse así de un hijo del mismo Apolo ó de Neptuno nombrado Delpho. Los griegos creían que Delfos era el punto céntrico de la tierra y concurrían á ella las gentes de todo el mundo para oír las respuestas del oráculo del templo, como lo dice San Agustín y Luciano. (N. del T.)

(1) Los griegos pretendían que los dioses habían tomado personalmente parte en aquella lucha, peleando en favor de los de Delfos. (N. del T.)

tratar á este pueblo terrible, diciendo aquel autor que era tan considerable el número de sus soldados como el de las arenas del mar; que marchaban á la pelea entonando los himnos de sus proezas y lanzando tan tremendos gritos, que ponían el espanto y el terror en el ánimo de sus enemigos; que combatían con el cuerpo desnudo hasta la cintura, blandiendo enormes machetes ó armados de temibles dardos, y llevando un colosal escudo que les cubría por completo, y sobre el cual vadeaban los ríos; que tenían una estatura elevada; que eran blancos, de ojos azules, de barba poblada, y con rubias y largas cabelleras que les llegaban á las espaldas.

Atento el anciano, escuchaba con avidez la elocuente y exacta pintura que relataba Dionea, y como si cada palabra de la griega esclava le fuese despertando un vago recuerdo y una dormida reminiscencia, su fisonomía se fué animando poco á poco, hasta que por último, exaltado y dominado por el gozo, exclamó:

— ¡Sí, sí, Dionea! Así eran los hombres de mi país ántes que los griegos de Marsella (1) los hubiesen infestado con la cor-

(1) Tito Livio, célebre historiador romano, supone que la fundación de Marsella por algunos habitantes de la Fócida coincidió con la primera excursión de los galos en Italia, y según dice Solín, historiador que floreció á

rupción del lujo y el sentimiento de la servidumbre. ¡ Ah!... Si hubiesen continuado siendo los mismos y rindiendo culto á su religion y á sus costumbres, no hubieran penetrado los romanos en el corazon de nuestras comarcas; pero despues de haber sido vencido nuestro último rey Bituit por Máximo, y despues de haber seguido á éste sobre su carro de plata en la fiesta que llamaron el Triunfo del Procónsul, ¡ ah! despues de esto ya no queda más que el recuerdo de aquellos valientes guerreros y el nombre de aquellos feroces galos.

En aquel momento la jóven esclava oprimida

principios de la Era Cristiana, la fundacion de Marsella fué en el primer año de la xxxv Olimpiada, ó sea el 599 antes de Jesucristo, y por consiguiente, sesenta años anterior á la ruina de Focida por Harpago, general de Ciro, en el intervalo que trascurió entre la derrota de Creso, rey de Lidia, por Ciro, y la toma de Babilonia, por el mismo conquistador. No queriendo los focenses sufrir el yugo de los medos, fueron á refugiarse primero á la isla de Córcega, donde veinte años antes habian fundado una colonia, y luego á la Calabria, donde fundaron á Bvele. Esta doble expedición de los habitantes de la Focida ha motivado sin duda el error de algunos historiadores que atribuyen á la fundacion de Marsella la misma fecha que á la ruina de Focida.

El nombre de Ciro y los sesenta años de anterioridad nos llevan á los tiempos de Nabucodonosor, á los del último rey de Judea, á los de la ruina del primer templo de Jerusalem, á los de las leyes que promulgaba Solón en Atenas, y á los de la fundacion del Capitolio de Roma por Tarquino Prisco.

Marsella ha correspondido siempre á tan noble aboleugo; fué rival de Cartago y de Tiro por su comercio, y hoy cuenta 120,000 habitantes. (N. del T.)

mia con emociou las rodillas del anciano, y olvidando en su entusiasmo qué hablaba á un pobre ciego, exclamó:

— ¡ No, Carrin; mira, mira! Roma no los aniquiló todos.

Y con el dedo señalaba la presencia de un guerrero semejante en un todo á los que acababa de retratar, con su enorme espada, su colosal escudo, su rubia cabellera, sus ojos azules, y todo aquel aspecto montaraz, bárbaro y feroz que habia sido por tanto tiempo el arreo más invencible de aquel pueblo indomable y salvaje. Además llevaba aquel soldado alrededor del cuello una argolla de hierro brillante como el acero más bruñido, á causa del ludiemento producido por el uso, pudiéndose juzgar por este indicio que el guerrero llevaba aquel singular adorno desde una larga fecha.

El extranjero se fué acercando lentamente, y dirigiendo su mirada sombría á Dionea, que temblaba al contemplar su aspecto, la dijo con voz pausada y triste:

— ¿ Has dicho Roma?... ¡ Roma! ¿ Ese nombre es conocido también en vuestras comarcas? ¿ En los lugares donde el sol nace, y en aquellos otros donde se oculta, le he de encontrar siempre como un enemigo irreconciliable que me persigue á traves de la inmensidad de los mares y de la tierra?

¿Ese nombre abate, pues, el valor de los pueblos por todos los confines del universo?

Carrin escuchaba aquella voz con singular y creciente asombro, y la esclava respondió:

— Por doquier que exista una tierra que conquistar ó riquezas y tesoros que sirvan de estímulo al pillaje y al saqueo, escucharás el nombre de Roma.

— ¿Quién eres tú, — dijo Carrin, — que traes á estos lugares nuevas maldiciones contra Roma, y qué es lo que buscas en este país?

— Busco aquí lo que he buscado en otras naciones, y lo que no encuentro en ninguna parte: hombres que defiendan nuestra patria.

— ¿Y con qué títulos llegas tú á los galos tectósagos para solicitar esa defensa?

— Vengo á ellos como el hermano se acerca á sus hermanos.

— ¿Pues no dices que has atravesado toda la extension de la tierra y la inmensidad de los mares? ¿De dónde vienes? No te comprendo: explícate, pues.

— ¿Para qué? — dijo el guerrero. — Estando aquí Roma, no puedo encontrar ya en este suelo la libertad ni el valor. Hasta la hospitalidad, esa virtud antigua y santa de nuestros padres, debe estar ya proscri-

ta de esta tierra, como lo estarán también nuestra religion y nuestras leyes. Es inútil, por tanto, que yo me detenga más. Dime solamente hacia dónde he de dirigirme para encontrar la morada de Manobal, que es uno de los magistrados de la ciudad de Tolosa.

— Extranjero, ésta que ves es la morada que buscas: puedes entrar en ella y entregarte al descanso. Si mi hijo Manobal ha desertado de la causa de sus hermanos para abrazar la de nuestros enemigos, no ha olvidado, sin embargo, todas las virtudes que he procurado enseñarle, y yo en su nombre te ofrezco la hospitalidad.

Durante este corto diálogo, Dionea no habia apartado su vista del extranjero ni un solo instante. Era aquel hombre tan señaladamente distinto de todos los que ella habia visto, que su atencion estaba excitada por una curiosidad infantil y al par por un sentimiento de admiracion y de interes.

El guerrero á su vez examinó á la griega, mas no aparentó sorprenderse de su aspecto; despues paseó sus miradas por la fachada de la casa, observó su arquitectura y su fábrica, inclinó tristemente la cabeza, y fué á sentarse al lado de Carrin, murmurando por lo bajo estas palabras:

— Por todas partes los vestigios de su presencia.... ¡por todas partes!

Ni Carrin ni Dionea pudieron oír ni interpretar estas frases, y el anciano dijo á la esclava :

— Ahora, Dionea, corre á traer un jarro de vino para dejar establecido con este extranjero el empeño de la hospitalidad que yo le concedo y que él acepta.

La griega obedeció lo que se le mandaba, y entre tanto Carrin dijo al guerrero :

— ¿Y no me dirás el nombre del que dice acercarse á nosotros con el título de hermano?

— Me llamo Sigor y he nacido cerca de las riberas del Danubio, cuyo territorio fué conquistado por mis antepasados en época muy remota (1). El solo recuerdo

(1) Las noticias de las expediciones de los Celtas que parecen más exactas, aunque se refieren á tiempos menos remotos, se deben á Tito Livio y á Justino. Así lo aprecia L. P. Anquetil, historiador francés del siglo pasado, quien afirmando, dice que en tiempos de Tarquino Prisco existió Ambigal, rey de los biturrios los berreyeros del Berry, el cual extendía su autoridad sobre toda la Celta. Agobiado aquel Rey por la vejez y por el peso de los cuidados que le ocasionaba el mando de un pueblo extraordinariamente numeroso y turbulento, estudió la manera de reducirlo y aquietarlo arrojando fuera de sus dominios considerables expediciones de guerreros que marcharon seducidos por el afán de las victorias á establecer muchas y lejanas colonias. Con estas miras dió á sus dos sobrinos, Sigovesso y Belovesso, el mando de dos ejércitos formidables, en los que se alistaron multitud de hombres activos, valientes y aventureros. Sigovesso marchó en dirección á la Germania, hácia el bosque Herciniano (que hoy se llama la Selva Negra) y que, unido entónces á otros bosques del Rhin y de la Bo-

que de esos tiempos y de esos sucesos se conserva entre nosotros, es que el jefe que conducía á los conquistadores se llamaba Sigovesso, y mi familia ha guardado la especial memoria de su origen; porque todos llevamos el nombre del noble guerrero de quien descendemos y somos conocidos por la denominacion de Bebrices.

— Nuestros pueblos de las montañas del Pirineo, exclamó Carrin, llevan tambien el mismo nombre.

— Es que Bebrix, nuestro jefe, era asimismo oriundo de esas montañas, añadió el extranjero con la mayor naturalidad.

A pesar de esa naturalidad, Carrin no pudo ocultar el asombro que le causaban las palabras de Sigor; pero éste, que estaba muy ajeno de comprender la importancia de sus sencillas revelaciones, apoyó la

hemia, medía una extension de sesenta jornadas de largo y nueve de ancho, segun lo explica César en sus *Comentarios*. Este Sigovesso, á la cabeza de los teutobagos los Tolosanos y de los Boyanos (del país del Bueh) se internó en aquellas espesuras, y ganando algunas batallas contra los indigenas se estableció en Bohemia, cuyo territorio conserva, con alguna corrupcion, el nombre que le dieron los Royanos del Garona, los cuales lo dieron tambien más tarde al país de los Boyarianos, que hoy es la Baviera, donde se fijó definitivamente, cuando en tiempos de Augusto fueran derrotados y arrojados de aquellas selvas por Marodonio, rey de los Marcomanos, pueblo que habitaba el Norte del Danubio, y que á su vez huía la peligrosa proximidad de los Romanos.

cabeza entre sus dos manos y se entregó á profundas meditaciones.

— ¿Y qué razon has tenido, Sigor—preguntóle Carrin despues de algunos momentos de silencio—para trasponer tanta distancia y venir hasta aquí?

—El que yo te diga eso es tan inútil como lo será, sin duda, el viaje que he realizado.

—Sólo es dado á los dioses conocer el destino de los pueblos—replicó Carrin con grave entonacion.—Tal vez no debas abandonar toda esperanza.

En este instante apareció Dionea trayendo en una mano una copa y en la otra una ánfora pequeña; llenó aquélla con el licor que contenia ésta, y la entregó á Carrin, quien, despues de llevarla á sus labios y de verter sobre la tierra algunas gotas de aquel vino, la ofreció á Sigor diciendo con tono solemne:

—Que el omnipotente Mercurio vea que te recibo por mi huésped, y él permita que sea yo sacrificado sobre sus altares como los enemigos que caen prisioneros en el combate, si esta morada no fuese para tí un asilo inviolable.

Y presentó la copa á Sigor; pero éste la apartó con triste ademán, diciendo:

—Tus dioses no son los míos, anciano, y yo no puedo invocarlos ni jurar por ellos.

Y tirando en seguida de su espada y depositando el acero sobre la tierra, añadió:

—Que la diosa Herta (*la tierra*), nuestra madre universal, guarde mi espada en su seno como prueba de que esta morada está habitada por hermanos; y que el gran Teutates me sumerja en los helados abismos de Hella (*la muerte*) si este acero se dirige contra vosotros.

Carrin escuchó esta invocacion algun tanto avergonzado, y al cabo exclamó:

—Sí, tienes razon; nuestros dioses y nuestras costumbres no residen ya sino en vuestras selvas; ya no existen galos en la Galia; todos están en tu país.

—En mi país y tambien en otras muchas regiones existen galos todavía, anciano; pero en todas partes los mismos pueblos vencidos primeramente por las poderosas armas de nuestros hermanos, han conducido más tarde á éstos al abismo de su total ruina enervando su valor con la afeminacion de las costumbres y apartándolos igualmente de sus virtudes con la práctica de la licencia y de los vicios.

—¡Será posible—gritó el viejo Carrin—que nuestra raza esté sentenciada á desaparecer del mundo!

—¡Ay de mí!—exclamó Sigor tristemente abatido.—Toda esa avalancha y tropel de guerreros salidos en diferentes

ocasiones de este país y que se han esparcido por todos los confines de la tierra, los unos están á punto de perecer en los campos de batalla, y los otros se encuentran de tal manera confundidos y cruzados con las naciones á quienes han vencido, que casi desconocen su propio origen. Ciertamente que si no hablasen nuestro mismo idioma y si no llevaran el sello característico de la raza que los ha amantado, sería preciso dudar que los Germanos, los Galateos (1) y los Panonios (2) fuesen originarios de una misma familia: tal se diferencian de sus antepasados, por sus costumbres, demostrando en esto y en otros varios rasgos lo mucho que han degenerado de sus padres, los unos por su barbarie, y los otros por su molición, por su debilidad y por su sibirismo.

— ¿Qué ha sido, pues, de aquellos valientes galos — exclamó Dionea con la llama del entusiasmo — que formaban parte de los ejércitos que Alejandro de Macedonia conducía á la conquista de la Tra-

(1) Habitantes de la Galacia, provincia del Asia menor, limitada por la Paflogonia, la Bitinia, la Capadocia, la Frigia, y la Liconia. (N. del T.)

(2) Habitantes de la Panonia, á orillas del Danubio, hoy Hungría. En algunas medallas antiguas se la representaba por dos figuras de mujeres vestidas con tunicas y teniendo en las manos varios emblemas militares. (N. del T.)

cia (1), y que preguntados por aquel invencible caudillo acerca de sus temores, le contestaron que lo único á que podían tener miedo sería á que se desplomase el cielo y los aplastase? ¿Qué se han hecho esos galos?

— ¡Ah! Esos fueron los compañeros, los hermanos de nuestros padres; esos eran los hijos y descendientes de aquellos otros que abandonaron este país bajo el mismo mando de Sigoveso, y que atravesaron también el Rhin, en tanto que las tropas de Beloveso pasaban los Alpes y conquistaban una parte de la Italia; esos eran los valientes y feroces guerreros que no quisieron detenerse, como lo hicieron nuestros padres, en los confines de la Germania, cuyo clima les pareció desahagible, y que descendieron por la Panonia y la Iliria vadeando el Danubio; esos eran, en fin, los que más tarde, mandados por un nuevo Brenno marcharon á conquistar el reino de ese Alejandro de quien has hablado; los que rotos y dispersos por la có-

(1) Gran region que confinaba con la Mesia, con el Ponto Euxino, con la Propontide, con el mar Egeo y con la Macedonia. Fué conquistada por Filipo y Alejandro, pero después de la muerte de este último recobró su libertad, y fué luego invadida por los mismos Galos, si bien éstos, á su vez, fueron más tarde arrojados del país por un descendiente de sus antiguos reyes. *Bosforo de Tracia*: los Dardanelos. (N. del T.)

lera de vuestros dioses, que precipitaron sobre ellos las peñas del monte Parnaso (1); quedaron todavía tan poderosos y temibles, que una parte de los restos de aquella formidable hueste regresó á Tolosa, su primitiva patria, y enriqueció vuestro templo de Apolo con el botin de la Grecia, mientras que los demas conquistaban la Frigia y la Paflagonia y fundaban el estado de los Galateos, donde se eleva la monumental Ancira (2) y sus mil y quinientas ciudades.

Carrin escuchaba estos relatos profundamente impresionado de entusiasmo, y su vejez se reanimaba al tener noticia de todos los grandes hechos de sus compatriotas; pero su atencion se habia fijado especialmente en una frase de Sigor más que en ninguna otra, y repitió con marcada ma expresión de interes:

— ¡Un nuevo Brenno has dicho! ¿Ha habido algun otro anterior?

— Sí: los descendientes de los soldados de Belovesso habian tenido tambien el suyo: el Brenno que bajando por el territorio de los Alpes venció á los romanos.

(1) El mismo dios Pan en persona peleó á favor de los Focenses y Delíanos (segun los poetas griegos) sembrando tal terror entre los galos, que con motivo de esta fábula se calificó de *terror pánico* todo espanto extraordinario. (N. del T.)

(2) Hoy Angora.

asaltó á Roma y entregó al incendio aquella detestable ciudad.

— ¡Ah! — gritó Carrin — ¿cuál ha sido el espíritu del averno que la ha levantado del antro de sus ruinas?

— El espíritu de su fortuna, que desde entonces la ha ido engrandeciendo de tal suerte y hasta tal extremo, que el mundo entero es hoy pequeño y estrecho para contenerla. ¡Oh! — añadió el guerrero con indecible amargura. — Cuando en el oscuro rincón de nuestras apartadas selvas, inflamado por el santo amor de la patria, soldaba esta argolla de hierro en mi garganta, segun los usos de nuestras antiguas leyes, haciendo solemne juramento de no despojarme de este signo de esclavitud hasta no haber recorrido todos los países habitados por la raza de los galos, ignoraba yo entonces que en la mayor parte de las comarcas donde el romano hubiese asentado el pié sólo habia de encontrar al presente la cobardía y la esclavitud.

— ¿Y qué es de todos esos fieros conquistadores? ¿Qué es de la noble raza de los galos?

— Es de ellos lo mismo que es de vosotros: se han convertido en pueblos degenerados, y se les encuentra oprimidos por la zarpa de las águilas romanas, que los tiene aprisionados desde el uno al otro

confín del universo. Los galos de Italia están dominados hasta el punto de llamarse romanos á sí mismos: los de la Galacia huyen como espantadas fieras ante las legiones de Manlio (1), que los insulta con sus discursos desde las alturas del Eta (2), y los azota y aplasta con sus falanges: los de Bizancio (3), que también fué conquistada por los galos, pagan un tributo á los romanos: los de la Panonia están sobrecogidos y amedrentados con las dos recientes derrotas que han sufrido de aquellas centurias. Solamente nosotros, los que habitamos los extensos bosques de la Germania, no nos aterrorizamos al oír el nombre de Roma, ni nos causan pavor sus legiones.

En este momento la voz de un nuevo personaje que se presentaba, replicó:

—Porque aún no las habeis visto de frente.

Era Léntulo, que se habia aproximado

(1) Tito Manlio Torcuato, hijo del dictador Tito Manlio y nieto del consul Marco Manlio Capitolino. Fué tribuno militar de las legiones romanas en la guerra contra los galos, 562 años antes de Jesucristo. (N. del T.)

(2) Monte situado en los confines de la Grecia, próximamente dicha, y de la Tesalia, cerca de las Termópilas y en medio de la Dóride. La mitología supone que allí murió Hércules.

(3) Sobre las ruinas de Bizancio se fundó Constantinopla, y uno de los tres arrabales de esta moderna ciudad conserva el nombre de *Galata*. Tomó aquella denominación de Bizante, á quien la fábula supone hijo de Neptuno y de Coroesa, que se cree fué su fundador. (N. del T.)

sin ser visto, y que se presentaba provocativo y altanero: los dos galos se pusieron de pié con presteza, y Sigor respondió al Procónsul:

—Porque nuestros rios son profundos y caudalosos; porque nuestras selvas son espesísimas, y porque son sobradamente fuertes nuestros escudos para que jamas puedan llegar hasta nosotros.

—Yo iré á convencerlos de lo contrario, á pesar de vuestras selvas, de vuestros caudalosos rios y de vuestros inexpugnables escudos, si la República me concede una sola legión, y si tú quieres decirme cuál es el camino que conduce desde Roma hasta tu patria.

—El mismo,— dijo Sigor,— que va desde mi patria á Roma.

Esta respuesta nubló el semblante del patricio romano, y Léntulo lanzó una mirada recelosa sobre Sigor, que se alejaba en compañía de Carrin. El anciano habia cogido de la mano al guerrero, y le arrastraba consigo aceleradamente lejos de aquel sitio, murmurando por lo bajo terribles imprecaciones contra Léntulo, el cual quedó á solas con Dionea.

—Y bien,— dijo á la esclava,— te has esmerado hoy para embellecer á tu dueña, ¿y crees que Cesonia me reciba con sus favores?

—Ya hace dos horas que te aguarda, Léntulo; y una mujer jóven y hermosa que espera...

—Ama y piensa en aquel que la hace esperar, — se apresuró á decir fatuamente el jóven patricio, acomodándose los pliegues de su toga.

— Tu plática con ella tiene que ser hoy breve, porque se acerca la hora en que Manobal debe regresar de Tolosa: apenas tendrás tiempo para probarle cuánto la amas.

—Así, al ménos, no tendré ocasion de hastiarme; y bien sabes tú, Dionea, que jamas ningun noble romano dispensó tanta honra á sus acreedores, porque se necesita tener una notable probidad para conformarse á ser el yerno de ese Manobal, un pescador de la costa, que nadie sabe cómo se ha enriquecido, y cuyo padre, que llegará á ser mi abuelo, es tan incivil y salvaje como el can moloso que guarda los ganados. Verdad es, por otra parte, que la hija ha tenido el buen gusto y el acierto de reconocer que debia darme la preferencia sobre esos bozales campesinos de Tolosa, que nos ofrecen sus grotescas figuras cuando intentan vestir nuestras togas.

El romano sonreia al pronunciar estas palabras; pero á traves de su aparente

frivolidad podia descubrirse que ocupaba su imaginacion un pensamiento más serio. Dionea le habia escuchado con intimo sentimiento de desprecio, y luégo siguió tras él en direccion al pórtico; pero ántes de penetrar en la morada de Cesonia se detuvo Léntulo, y preguntó á la esclava:

—¿Quién es ese bárbaro que estaba aqui cuando yo he llegado? ¿De dónde viene y á qué viene? ¿Puedes decírmelo?

—Lo ignoro, señor.

—Es acaso algun antiguo amigo de Manobal ó de Carrin?

Dionea dudó un momento buscando forma á su negativa, y al fin respondió:

—Señor, no lo sé.

—¿Es del país de los Carnutos ó del de la Boyaria? ¿Viene de la Germania ó de la Grecia?

—Lo ignoro, señor.

—¿Hace mucho tiempo que ha llegado, ó sólo está aqui desde esta tarde?

—Tambien lo ignoro.

— Tú lo ignoras hoy todo, esclava, y se me figura demasiada ignorancia para que no sea exceso de malicia con propósito de engaño.

—No creo que me hayas dado á Cesonia para ejercer en esta casa el espionaje y la delacion, sino que me has colocado cerca de ella para enseñarla á hablar la lengua

griega con el acento ateniense, para que aprenda á pulsar una lira, y para que se eduque en los dignos modales que cuadran á la mujer que debe ser esposa de un patricio romano.

— Por Júpiter, que yo debiera relevarte de esa comision, porque es poco lisonjero el resultado que obtienes.

— Te advierto que no aceptaré ninguna otra.

— Me parece ver que la esclava se subleva contra su señor! — dijo el orgulloso Léntulo.

— No, — contestó Dionea con dignidad; — la esclava obedece; y como su actual dueña no le ha encargado que escuche ni sorprenda las conversaciones de cada cual para ir á referírselas, ve ahí porque no tengo el cuidado de averiguar los secretos de su padre, ni de sorprender las confidencias del huésped que recibe en su casa, ni mucho menos necesito conocer la chistosa opinion de su futuro esposo acerca de la familia de que va á formar parte, ni el estimable concepto que le merece la mujer á quien va á honrar con su nombre.

— Dionea, mi bella griega, — dijo Léntulo acariciando dulcemente las mejillas de la jóven y alejándose, — yo creía que habías dejado de ser celosa.

Dionea no respondió; pero un rayo de

cólera enardeció su frente, y murmuró:

— ¡Oh! Desgraciado de tí, Léntulo, porque ya no sólo no estoy celosa, sino que te desprecio.

Léntulo penetró en la morada de Manobal, y atravesó el *atrium* (patio) sin encontrar á nadie; pero al llegar frente á la puerta que daba acceso al *tablinium* (salon principal), oyó á Cesonia que cantaba, acompañándose con los acordes de su lira, y se detuvo ejecutando una mueca de burla y desaprobacion. Al fin se decidió á penetrar en aquella estancia, y acercándose diligentemente á Cesonia, la dijo con acento adúlador:

— Por las musas te juro que jamas han escuchado mis oídos una voz más encantadora que la tuya, Cesonia hermosa: eres la reina del canto y de la lira, y mil veces será dichoso el hombre que posea con tu amor tanta belleza y tanto talento.

— Si te agrada, — dijo Cesonia ruborizándose de placer, — yo me conceptuaré muy feliz repitiéndote la nueva cancion que me ha enseñado Dionea.

Léntulo se apresuró á detener delicadamente la mano de Cesonia, próxima á herir las cuerdas de su lira, diciéndole con lisonjero acento y afectada ternura:

— ¿No tienes otra cosa que hacermia oír, Cesonia, si no es el canto que te ha

enseñado esa esclava? ¿No pueden brotar de tu corazón á tus labios otras palabras de más deliciosa armonía, que para ser dulcísimas no necesitan más que el eco de tu voz?

— ¿Qué puedo yo decirte que tú ya no sepas?

— Repite que me amas.

— ¿Cómo no he de amarte cuando me has prometido hacerme tu esposa y conducirme á Roma? Di, ¿no es cierto?

— Sin duda alguna.

— ¿No me has ofrecido también una litera arrastrada por magníficos caballos para asistir al circo y al teatro?

— Sí, — dijo Léntulo, — tú tendrás todo cuanto corresponde á una noble patricia.

— Y me alejarás para siempre de este país de la barbarie, donde todo el porvenir de la mujer se cifra en vigilar las faenas del campo, si no es que tiene que desempeñar ella misma tan rudos trabajos.

— Y no obstante gozais el derecho de asistir con voto á los Consejos de la nación, deliberando en ellos acerca de los negocios de la República, por cuyo ejercicio darían las matronas de Roma todas esas comodidades que á ti tanto te seducen y que tanto deseas.

— Que yo renuncio gustosa, di más bien, en cambio del más pequeño adorno

de los que usaba Marcia, la esposa del cónsul Cepion, á quien pude admirar, ricamente engalanada, cuando acompañé á mi padre al campamento de aquel general, donde te vi por la primera vez.

— Pues bien, si quieres, yo te obsequiaré mañana mismo con esos adornos y esas galas que tanto te enamoran, rogándote que me complazcas en lo que voy á encargarte: acompañarás á tu padre á Tolosa, para asistir con él á la Asamblea que debe celebrarse mañana; tomarás asiento entre los miembros del Consejo, y me comunicarás detalladamente cuanto allí se decida.

— Léntulo, eso que me propones es una felonía contra mi patria.

— Por el contrario, Cesonia; eso significará una demostración de fidelidad al pueblo romano, que te va á adoptar por hija suya, y será además una prueba de amor que darás á tu esposo.

Cesonia era dócil á la persuasión, porque se encontraba dominada por la fatal influencia de ese espíritu de novelaría que ha seducido siempre tan fácilmente á las mujeres francesas (1), y que en aquella época les inclinaba á preferir los *vicios elegantes*, y las fingidas ó afectadas gracias.

(1) Y á la mujer de todos los países. (N. del T.)

posponiendo la severa y rada belleza que les rodeaba.

—Léntulo,—prorumpió al fin Cesonia despues de algunos momentos de vacilacion,—yo ejecutaré cuanto quieras y cuanto me ordenes; pero júrame ántes que me harás tu esposa.

—¿Qué clase de juramento te dejará satisfecha?

—Tú no puedes jurar, como los galos, por tu barba ni por tus cabellos, porque tienes completamente rasurado el rostro y la cabeza al uso de nuestros esclavos; pero puedes hacerme ese juramento por Mercurio, que es uno de tus dioses lares, y tambien lo es de los nuestros.

—Cesonia, el Mercurio de los galos, á cuya divinidad sacrificais victimas humanas, no es el Mercurio de los romanos, que no exige la sangre de los hombres, y que se satisface con la de los corderos; por este, pues, dios benigno é inmortal, te juro que serás la esposa de Léntulo.

En el momento que acababa de pronunciar esas palabras, percibióse el rumor de varias voces hacia la parte del atrium, distinguiéndose entre todas ellas la de Manobal. Léntulo se adelantó cortesmente á saludarlo con la mano, mientras que aquél llevaba la suya á la cabeza y se arrojaba un cabello como testimonio de un

saludo galo de la más alta consideracion.

—Y bien, Manobal,—dijo Léntulo,—¿qué noticias nos traes de Tolosa?

—Ninguna agradable para tí.

Léntulo frunció el rostro, y Manobal añadió:

—Despues que hayamos hecho la comida de la tarde con ese extranjero, á quien mi padre ha dado hospitalidad, te las comunicaré; no conviene que él las conozca por el momento, ni tampoco es prudente que observe el disgusto que pudieran causarte. Sigüeme, pues, al *triclinium* (1), y honra nuestra comida.

Al salir del *tablinium* para dirigirse á la sala del festin vieron que las viandas y los platos habian sido servidos sobre las baldosas del atrium, y que alrededor se habian colocado algunos tapices ó alfombras para comodidad de los convidados.

Ni Manobal ni Cesonia demostraron sorpresa; pero Léntulo exclamó con menosprecio:

—¿Quién ha dispuesto servir aquí la comida al estilo de los bárbaros? Ya sólo se acostumbra darla así á los perros.

(1) Hemos dejado intactas las voces latinas *atrium*, *tablinium* y *triclinium*, porque dan mejor idea gráfica. El *triclinium* era el comedor en la casa de los romanos, y se llamaba así porque ponían tres camas alrededor de la mesa.

— Pues así has de tomar la tuya, si la quieres, romano,— exclamó Carrin visiblemente descompuesto y alterado por la cólera;— y has de saber que he sido yo quien ha dado esta orden, Manobal,— continuó el anciano, dirigiéndose á su hijo;— la casualidad ha traído á tu casa á uno de tus compatriotas, y para recibirlo con los honores debidos, bien puedes prescindir por un día de las costumbres extranjeras que has adoptado, y volver á las que practicabas hasta hace poco tiempo.

— Lo que habeis hecho está bien hecho, padre,— dijo Manobal con marcada intranquilidad, y añadió:— Por lo demas, es indiferente que sea en uno ó en otro sitio donde comamos.

— Tiene razon Manobal,— replicó Léntulo, siempre mordaz y satírico,— estas baldosas no son más duras que las camas de paja que teneis en el triclinium

— Aun no hemos recibido otras mejores que tenemos pedidas á los griegos de Marsella,— se apresuró á exponer Cesonia, excusando la observacion de Léntulo.

— Es probable que cuando lleguen sean ya inútiles,— dijo Carrin,— porque debemos esperar que los hombres tengan entónces el deber y la necesidad de no dar descanso al cuerpo y..

— Padre mio,— interrumpió Manobal

comprendiendo las intencionadas frases de Carrin,— el extranjero á quien habeis escogido como huséped merece todas mis atenciones y respetos: yo espero, por tanto, que merezca los vuestros aquel que ha sido invitado por mí. Que cada cual ocupe su puesto, y comamos.

Carrin, Sigor, Léntulo y Manobal se echaron sobre las alfombras, y Cesonia permaneció de pié.

— ¡Cómo! — exclamó Léntulo;— ¿Cesonia no nos acompaña?

— ¿Y quién nos ha de servir? — dijo Manobal con naturalidad.

— Yo creo que eso corresponde á los esclavos.

— Los esclavos se ocupan en las faenas y en los trabajos del campo, y sus mujeres les sirven la comida cuando regresan á sus casas rendidos de cansancio y de fatiga, así como las nuestras tienen igual deber con respecto á nosotros mismos.

Léntulo iba á replicar; pero Manobal se anticipó con enérgica resolusion, y añadió:

— Tal vez no exista en Roma esa costumbre que practicamos con respeto en nuestro país, donde no tenemos vuestras matronas romanas, ni pretendemos que nuestras hijas lleguen á serlo, por lo cual procuramos que no olviden nuestros anti-

guos usos, en los cuales han de vivir forzosamente.

Estas palabras de Manobal sembraron la frialdad y el malestar entre los convidados, guardando todos el silencio de la desconfianza.

Manobal devoraba con ahan las viandas medio cocidas que le servian sobre gruesas tortas de pan sin levadura, y Sigor, despues de haber satisfecho su apetito con algunas frutas, observaba alternativamente á Dionea, que se hallaba agachada cerca del viejo Carrin para proporcionarle los auxilios que necesitaba, y á Cesonia, que servia con preferencia á Manobal y á Léntulo. Este último apénas habia tocado con sus labios una perdiz roja, por más que esta clase de aves fuese muy apreciada y solicitada aún en la misma Roma por su carne delicada y su exquisito olor; pero se hallaba condimentada sin especias, y no podia satisfacer así las exigencias del paladar y del refinado gusto del jóven patricio, que se dedicaba en aquellos momentos á observar y estudiar la actitud de Sigor, y que al mismo tiempo enviaba de cuando en cuando miradas y sonrisas de inteligencia á Cesonia, prometiéndole en ellas otra clase de vida y otras atenciones diferentes á las que gozaba.

Dionea, por su parte, los observaba á

todos, y cada cual parecia estar poseida de distintos pensamientos é ideas, que deseaban y necesitaban otra ocasion más oportuna para manifestarse.

La comida fué, pues, breve, fria y silenciosa. Manobal se levantó el primero, manifestando en un principio algun embaraço y hesitacion entre su huésped galo y su huésped romano; pero al cabo, despues de unos cortos momentos de duda, se dirigió á su hija, diciéndola:

— Cesonia, quédate con tu abuelo acompañando á este bravo guerrero, porque Léntulo no puede pasar la noche en nuestra casa, y voy á acompañarle hasta la hazienda de la colina; pronto estaré de regreso.

El romano se consideró despedido de una manera brutal; pero bien pronto los ademanes y los gestos de Manobal le hicieron comprender que éste lo que pretendia era alejarse con él, para poder ambos hablar en secreto y con toda libertad. En seguida que salieron, Dionea se aproximó furtivamente á Sigor, y señalándole á Cesonia, le dijo:

— ¿Cuándo la has visto no la has encontrado bella?

— Sí, — dijo Sigor mirando fijamente á la griega.

— Pues bien: procura que ella te dé la

preferencia sobre ese presuntuoso Léntulo, y Manobal preferirá tu pueblo al pueblo romano, porque en eso, como en todo, la hija es la que influye en el ánimo y en la voluntad del padre; y como el padre es la persona de más influencia, y el que domina en la asamblea de Tolosa, tú tendrás...

—Dionea,— dijo Carrin,— guíame á la arboleda: deseo hacer mi ejercicio de costumbre. Sigor me perdonará si le dejo algunos momentos con la hija de mi hijo; pero mi vejez no puede prescindir de hacer una pequeña caminata despues de la comida.

—Yo seré vuestro guía, si quereis,— dijo Cesonía.

Carrin la rechazó dulcemente cuando aquélla se le aproximó, y Dionea se apresuró á alejar al anciano con diligente presteza.

II.

Sigor siguió á Dionea con la vista largo rato, hasta que la esclava griega desapareció del todo, y entónces volvió sus miradas para fijarlas sobre Cesonía, que permanecía en pié y en silencio no léjos de él, manifestando en su actitud y en su fisonomía el disgusto y la contrariedad que le producía el encargo que le habian impuesto.

Cesonía tenía atentamente clavada la vista en Sigor, contemplando su aspecto, pero era sólo movida por un instinto de curiosidad, y como se mira un objeto raro y extraordinario. Había además en sus miradas la intencion de ese exámen desdeñoso de mofa y desprecio que las mujeres hacen rápidamente del hombre que no les inspira simpatías. Aquella jóven tímida, que ante la impertinente elegancia y sueltos modales de Léntulo se consideraba tan humilde y tan inferior, se disponía, por el contrario, en presencia de Sigor á abrumar á éste con los desdenes orgullosos de su semi-civilización. Sigor, por su parte, no demostró sorpresa ni aparentó ofenderse por aquella insultante curiosidad, y despues de algunos momentos de silencio, dijo á Cesonía.

—Mírame bien, jóven, y te convencerás de que soy un hombre y no un monstruo raro que se exhibe en espectáculo, como esos osos que los cazadores cogen en vuestras montañas.

—También son hombres nuestros esclavos,— respondió Cesonía con una insolencia capaz de desconcertar á otro que no fuera Sigor.

—Dí más bien que vuestros hombres todos son esclavos.

—Es muy posible que tengas razón, y

preferencia sobre ese presuntuoso Léntulo, y Manobal preferirá tu pueblo al pueblo romano, porque en eso, como en todo, la hija es la que influye en el ánimo y en la voluntad del padre; y como el padre es la persona de más influencia, y el que domina en la asamblea de Tolosa, tú tendrás...

—Dionea,— dijo Carrin,— guíame á la arboleda: deseo hacer mi ejercicio de costumbre. Sigor me perdonará si le dejo algunos momentos con la hija de mi hijo; pero mi vejez no puede prescindir de hacer una pequeña caminata despues de la comida.

—Yo seré vuestro guía, si quereis,— dijo Cesonía.

Carrin la rechazó dulcemente cuando aquélla se le aproximó, y Dionea se apresuró á alejar al anciano con diligente presteza.

II.

Sigor siguió á Dionea con la vista largo rato, hasta que la esclava griega desapareció del todo, y entónces volvió sus miradas para fijarlas sobre Cesonía, que permanecía en pié y en silencio no léjos de él, manifestando en su actitud y en su fisonomía el disgusto y la contrariedad que le producía el encargo que le habian impuesto.

Cesonía tenía atentamente clavada la vista en Sigor, contemplando su aspecto, pero era sólo movida por un instinto de curiosidad, y como se mira un objeto raro y extraordinario. Había además en sus miradas la intencion de ese exámen desdeñoso de mofa y desprecio que las mujeres hacen rápidamente del hombre que no les inspira simpatías. Aquella jóven tímida, que ante la impertinente elegancia y sueltos modales de Léntulo se consideraba tan humilde y tan inferior, se disponía, por el contrario, en presencia de Sigor á abrumar á éste con los desdenes orgullosos de su semi-civilización. Sigor, por su parte, no demostró sorpresa ni aparentó ofenderse por aquella insultante curiosidad, y despues de algunos momentos de silencio, dijo á Cesonía.

—Mírame bien, jóven, y te convencerás de que soy un hombre y no un monstruo raro que se exhibe en espectáculo, como esos osos que los cazadores cogen en vuestras montañas.

—También son hombres nuestros esclavos,— respondió Cesonía con una insolencia capaz de desconcertar á otro que no fuera Sigor.

—Dí más bien que vuestros hombres todos son esclavos.

—Es muy posible que tengas razón, y

esa debe ser la causa por qué no inspiran más que desprecio.

— Pero el derecho de despreciar no lo tienen sino los caracteres libres é independientes, y no aquellos que aceptan con gozo ó con resignacion la tirania de un extranjero, envileciéndose aún más que los mismos esclavos.

— También eso es cierto, y estoy conforme con tus apreciaciones; pero sólo pueden aplicarse á los que aceptan esa tiranía, mas nunca á los que imponen la suya.

— Te comprendo, Cesonia, y te compadezco, porque ese romano te adula y te engaña llamándote probablemente su señora y su deidad; desconfía de la sinceridad de esas palabras, endulzadas con fines alevosos, que algún día vendrán en tu daño.

— ¿Y por qué no he de creer en ellas? ¿Para que la verdad sea verdad ha de ser indispensable que se nos presente bajo un aspecto grosero y salvaje, con modales feroces y con palabras mal sonantes ó llenas de acritud?

— No, ciertamente; pero es preciso que esa verdad sea dicha por un hombre que no tenga ningun interés contrario para fingirla.

— ¿Y qué interés puede tener Léotulú que le incite á engañarme?

Sigor dudó un momento en responder á esta pregunta, y al fin dijo á la jóven:

— La explicacion que pudiera yo darte de ese interés está más allá de los límites de tu inteligencia.

— Veo, extranjero, que me lisonjeas en extremo, y que me abrumas con tus delicadas atenciones.

— ¡Oh! Al hablarte así no es á tí á quien censuro, porque tú no puedes saber ni comprender más de lo que te han querido enseñar; pero si yo hubiera tenido que responder á una de las mujeres de mi país, ó á una de aquellas otras que en otros tiempos hacian honor á estas comarcas, yo les hubiera explicado cuál puede ser ese interés, y ellas me hubieran comprendido.

— Pues bien, Sigor; ensaya á ver si puedes hacérmelo comprender: tal vez sea ménos pobre mi inteligencia de lo que tú supones.

Cesonia pronunció estas últimas palabras con tal expresion, al parecer, de sencillez y franqueza, que Sigor, sin sospechar siquiera la doblez de la jóven, le contestó primero con tristeza y luego con exaltacion y creciente entusiasmo:

— ¡Ah, Cesonia! Ojalá pueda yo despertar en tu alma el sentimiento sublime de nuestra noble fiereza gálica! ¡Ojalá

tambien, viéndote sensible al recuerdo de las glorias de nuestros antepasados, pueda reanimarse mi propio espíritu, recuperar la fortaleza que se extingue en mi alma y desechar la duda que me acobarda! No: yo no puedo vituperarte ni hacerte culpable por que la fatalidad te haya condenado á vivir hasta hoy rodeada de un pueblo tan degenerado que da al olvido todas nuestras antiguas virtudes; ni tampoco puedo acusarte de que no busques esas virtudes como la más noble investidura, como la más preciada dote de una mujer; porque yo mismo, al cabo de cinco años que han trascurrido desde que abandoné los bosques de mi patria y me separé de mis hermanos, ignoro si tengo en el corazon el mismo amor á sus costumbres y el mismo manantial de odio para los extranjerros. Pero tu vista, Cesonia, me ha trasportado con mis recuerdos á los tiempos aquellos en que yo no conocia otra cosa sino nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestras mujeres y nuestros dioses. Sí, Cesonia; tu eres bella como las hermosas vírgenes de la Panonia; como ellas eres noble, grande, magnánima y esforzada: el triste verdor de la verbena coronaria dignamente tus rubios cabellos: los raudales de tu elocuente palabra darian mayor brillo y esplendor á nuestras asambleas: tus

hermosos ojos azules leerian el porvenir en nuestros oráculos: en tu frente y apostura se descubre el sello de la fortaleza que debe animar á la esposa de un valiente guerrero, para seguirle en los campos de batalla y contar sus heridas. Tu puedes ser, en fin, el amanecer de un nuevo y hermoso dia para la patria, y tan sólo al contemplar tu gentileza arde en mi pecho el fuego del remordimiento por el olvido de mis solemnes juramentos: una sola palabra tuya inflamará mi valor y hará que renazca en mi corazon la esperanza de poder salvar nuestra noble raza; esperanza próxima á extinguirse ya por el desengaño de haber intentado, inútilmente hasta ahora, despertar en las almas de nuestros compatriotas el noble sentimiento de libertad é independendencia, porque los he encontrado tan incapaces de un generoso esfuerzo y de tal manera plegados á la costumbre de ser vencidos y dominados, que he empezado á desconfiar de mi propia firmeza y dudo si habrá llegado la hora en que yo mismo hubiere de aceptar el yugo por la flaqueza, y la ignominia por el ejemplo.

Cesonia, conmovida y afectada en un principio con la exaltacion entusiasta de Sigor, y lisonjeada luego en su amor propio con los elogios que aquél habia prodigado á su belleza y á sus cualidades, recu-

peró, no obstante, su aparente serenidad y meditada calma tan pronto como el galo terminó de hablar, y le respondió con dulzura:

— Sin duda, Sigor, que sería ésa una elevada misión, cuyos resultados deberían ser asimismo honrosísimos y brillantes para ti y para la mujer que te acompañase en tan noble empresa.

— Conquistáramos las dos santas recompensas destinadas al valor y á la virtud, esto es, la consideracion universal y el imperecedero recuerdo de nuestros nombres, que se perpetuaría en la memoria de todas nuestras generaciones.

— Ciertamente; — añadió Cesonía con fingido acento de afectada inspiracion, aunque dejaba percibir su sarcástica mofa — si el poderoso influjo de una mujer amante te estimulase para realizar esos nobles proyectos, que todavía ignoro, es indudable que serías aclamado y saludado por los tuyos con los títulos de héroe y de grande: el reconocimiento y la gratitud pública te colocarían en el rango de los primeros guerreros de la nacion: los ejércitos te elegirían su jefe y los pueblos te proclamarían, tal vez, su rey. Esta sería la recompensa que obtendrías ¿no es verdad, Sigor?

— Sí, — dijo el galo creyendo sincero el

entusiasmo de la jóven, — sí, esa sería la recompensa por haber logrado reunir del uno al otro confín del mundo, en són de guerra, á las diferentes naciones gálicas, para que se precipitáran á la vez sobre Roma, invasora de todos los pueblos y viciadora de todas las costumbres.

— Y la recompensa que obtendría la mujer que hubiera reanimado tu valor é inspirado tu fe, sería también grande y extraordinaria; — añadió Cesonía con más abierta y marcada intencion. — Esa mujer sería nada menos que la esposa de un jefe galo: durante la paz, mientras él se embriagara en la molicie y en la holgazanería, ella velaría esclavizada bajo el peso de las más rudas y serviles faenas domésticas ó agrícolas; él viajaría tendido sobre un soberbio carro, y ella le seguiría á pié soportando todas las fatigas del cansancio; en la guerra participaría de todos los peligros, huyendo con él si era vencido, pero viéndole á él sólo engalanarse con el botín si era vencedor. ¡Ah! ¿No es verdad que ése es un destino y una posicion envidiable? ¿No es verdad que una mujer debe intentar todo por alcanzar tanta dicha?

— ¡Ah, Cesonía! — exclamó Sigor consternado y confuso. — Te mofas sangrientamente del huésped de tus padres y haces escarnio de todo lo que fué siempre sagra-

do y respetable para las mujeres de nuestros antepasados!...

— No por cierto, — replicó Cesonia con insistente sonrisa. — Por el contrario, admiro el envidiable destino de las mujeres de los galos; pero no me considero con méritos bastantes para obtenerlo, y prefiero una suntuosa y confortable morada, el descanso y las comodidades, los placeres de la danza, los espectáculos del circo y del teatro, y el amor y las delicadas atenciones de un romano, á la miserable choza de aneas, á los penosos y rudos trabajos, á las interminables y crueles caminatas, á los goces salvajes de vuestros festines y al maltrato y á los groseros desdenes de un gallo: en una palabra, porque considero preferible el dominio á la esclavitud. Esto será, tal vez, no respetar las costumbres de mis antepasados; pero de seguro será tambien estimar mejor la dignidad de mi sexo. No te admires, Sigor, de esto, ni de que te diga que he creído adivinar tus intentos; porque te he visto conferenciar con mi padre y he descubierto el móvil que le ha impulsado á dejarme á solas contigo. Tambien he comprendido la intencion de haberse alejado mi abuelo; y finalmente, han podido sorprender mis oidos las palabras que te ha dirigido esa esclava cuando se marchó. Pero si Dionea te hubiese dicho la verdad,

si mi padre gobernase la ciudad de Tolosa, si dispusiese de sus destinos, y si yo dominase en la voluntad y resoluciones de mi padre, ten la conviccion de que esta influencia no será jamás provechosa á tus planes, ni se ejercerá en tu beneficio; te lo declaro con la mayor y más sincera lealtad. Aunque me consideres adornada de muy escasas virtudes, he de tener una muy reconocida por tí: la franqueza. No sé, Sigor, si continuarás opinando que carezco de inteligencia; pero puedes estar persuadido de que no me falta, ni me faltará, resolución.

— Cesonia — exclamó Sigor con sonora voz y grave acento, — la firmeza de tu lenguaje y los propósitos de tu conducta me recuerdan la firmeza y la conducta de otra mujer: esa mujer se llamaba Chiomara y fué la esposa del tetrarca Ortiagon. Capturada esa mujer por un procónsul romano, quedó éste prendado de su hermosura y quiso colmarla de joyas y riquezas, convirtiéndose materialmente en un esclavo suyo por la intensidad de su amorosa pasión; ella rechazó primero todas las ofertas y venció todas las seducciones meditando, no obstante, su venganza, hasta que al cabo le concedió una cita; pero cuando él acudió al lugar donde habian de encontrarse, Chiomara le dió la muerte por su

propia mano y escapó al lado de su esposo, ante el cual arrojó la cabeza ensangrentada del romano, diciendo: «Ve ahí la cabeza del hombre que ha tenido la osadía de hacer á nuestra nación el ultraje de imaginarse que una de sus mujeres podría ceder á los atractivos con que seducen á sus cortesanas.» Cesonia, los galos llamaron heroína á esa mujer, y los mismos romanos la calificaron de santa. Despues de esto puedes considerar el calificativo que te estará reservado.

Al terminar estas palabras, Sigor se separó de Cesonia y saltó de la casa de Manobal con propósito y ánimo resuelto de abandonarla para siempre.

Pero cuando atravesaba la arboleda, llegaron á sus oídos los dulces acordes de una lira, que parecian nacer en el fondo de un bosquecillo de abetos.

Detenido en un principio por la sorpresa de aquella celestial armonía y seducido luego por el encanto y la belleza de tan agradable melodía, caminó maquinalmente sin darse cuenta de sus pasos, y se fué aproximando poco á poco al lugar de donde partian los ecos.

A los acordes de la lira se mezclaba el timbre de una dulcísima voz que se distinguía pertenecer á una mujer, no obstante su brillantez varonil y la severidad de su

entonacion, cuyos efectos eran hasta entónces totalmente desconocidos en el sentimiento de aquel bárbaro, el cual quedó conmovido y profundamente conmovido.

Y no lo fué ménos que de la armonía y del conjunto de aquella voz y de aquel instrumento tan artísticamente pulsado, que de la letra de aquel cantar, cuya expresion, sentido y poesía eran el mayor contraste de las frases que acababa de escuchar en los labios de Cesonia.

En efecto, los versos de aquel canto ensalzaban la suprema dicha de la mujer privilegiada y distinguida por el amor de un bravo guerrero: exaltaban hasta el supremo grado de lo sublime la inclita gloria que, arrancando de la noble frente del esposo, cual rayo de esplendente luz, iba rectamente á iluminar, con todo su esplendor, la no ménos noble y pura frente de la esposa: inducian al consejo de aceptar los más penosos servicios con heroica abnegacion para llegar á conquistar y merecer tan alta preferencia, y proclamaban, finalmente, el deber de que la mujer consagrarse con entusiasmo una vida oscura y humilde á la existencia gloriosa y brillante del esposo, aceptando y reconociendo la bondad y el privilegio de la suerte que acababa de ser tan insolentemente rechazada y despreciada por Cesonia.

A cada paso habia ido creciendo más y más el asombro de Sigor; pero si grande habia sido su sorpresa al escuchar aquellos votos y aquellas alabanzas, todavía fué inmensamente mayor su admiracion al tener conocimiento de cuáles eran los labios que los pronunciaban. Ciertamente no podia esperar de Cesonía, hija degenerada de los galos, el elogio de las santas virtudes que habian residido en las mujeres de la antigua Galia; pero mucho ménos podia prometerse esos elogios, y tan apasionadamente expresados, en los labios de una esclava griega.

Diónaea era, en efecto, la que pulsaba aquella lira y la que cantaba de aquel modo tendida sobre la hierba á los piés del viejo Carrin, que la escuchaba en silencio, absorbo y profundamente afectado.

Debe suponerse que la jóven habria empezado á cantar por indicacion y para entretenimiento del anciano; pero despues habia ya seguido cantando por sí y para sí misma: su voz habia comenzado aquel himno, su sentimiento le habia dado expresion, y lo habia concluido con las entonaciones de su alma. Sin duda habia procurado, en un principio, halagar los recuerdos de Carrin y habia venido, al fin, á la irresistible manifestacion de sus propias esperanzas y deseos. Así es que su voz

vibraba con la agitacion del entusiasmo, y se conocia perfectamente que su pecho estaba conmovido por la vehemencia, y que la energía de aquel sublime sentimiento, al brotar de su corazon y al desbordarse por su garganta, debia estremecer todas las fibras de su sér, de igual manera que la inteligente mano y el sentimiento artístico del músico imprimen violenta connoction y hacen vibrar hasta en su más pequeña partícula al mismo instrumento que animan.

El silencio de la noche hacia más distintos y penetrantes los sonidos de aquella poética armonía. La noche es más comunicativa. Durante el día los multiplicados y diferentes ruidos de todo lo que se agita con vida y movimiento, encierran y contienen á cada uno de esos mismos ruidos dentro del pequeño círculo en que se producen, sirviéndose unos á otros de dique y barrera sin poderse esparcir por los aires. En aquella hora la voz de Diónaea, libre de esos obstáculos, se posesionaba del espacio con la penetrabilidad de sus sonoros ecos, á semejanza de los rayos del sol, cuya luz intensa y esplendente se desliza poderosa y vivificante por las diafanidades de la inmensidad. La esclava era en aquel instante como el alma de un instrumento inmenso que esparcía sus notas por el Orbe entero.

El influjo de aquellos sonidos y de aquel acento era todavía más poderoso é irresistible al contemplar el aspecto que presentaba la jóven griega con su bella figura y su artística actitud. El pálido resplandor de la luna hacía resaltar á la vez el blanco mate de su frente y la brillante negrura de sus cabellos: si no fuera por el fuego vivísimo de sus hermosos ojos, se hubiera podido creer que aquella era una fisonomía de mármol sobre un fondo de ébano.

Sigor la escuchaba admirado y la contemplaba estático. El mágico encanto que emanaba de aquella mujer le producía sensaciones que le eran totalmente desconocidas, sensaciones que habían empezado con la embriaguez de su vista y de sus oídos, y concluyeron con los latidos de su corazón y con los suspiros de su alma. Dominado al fin por la exaltación más frenética y por el más vehemente entusiasmo, avanzó delirante hasta colocarse frente á Dionea, exclamando con sentido y conmovido acento:

— Tú sola, mujer sublime y hermosa, eres digna de ser libre, y esclava tuya la que pretende llamarse tu dueña.

Confusa y sorprendida la jóven al escuchar aquellas palabras, se incorporó de repente: una emoción, del todo distinta á la que experimentaba con su propio canto,

agitó subitamente todo su sér, el carmin del pudor coloreó sus divinas mejillas, y todo su semblante se iluminó con la expresión del gozo más inefable, quedando inmóvil, con la frente inclinada y baja la vista, mientras Carrin decía á Sigor:

— No me sorprenden tus palabras, y ellas me anuncian el resultado de tu conferencia con Cesonia. Ya habia yo advertido y avisado á Manobal, hace algun tiempo, que los sentimientos de su hija habían degenerado bajo la influencia y con el trato de ese romano, como se altera la fragancia y lozania de las flores al soplo de un aire mefítico y dañino: el que imprudentemente abre su casa al extranjero, no debe sorprenderse si, al regresar á ella, la encuentra también extranjera para él mismo.

— Ahora, — añadió Carrin, — relátanos lo que te haya dicho Cesonia, y sepamos lo que podemos esperar de ella, en orden al bueno ó mal éxito de tus proyectos.

— De quien tenemos que esperarlo todo y á quien debemos pedir contestación es á Manobal, — respondió Sigor sin apartar la vista de la conmovida fisonomía de Dionea. ®

— Habíamos creído que las mujeres de estos tiempos desplegarían el poderoso y benéfico influjo que ejercían en la antigüedad las mujeres de los galos, porque les suponíamos la práctica de las santas virtudes

en que aquellas venerables matronas se inspiraban; mas ahora te digo que, despues de lo que acabo de oír de los labios de Cesonia, hemos de creer que ya no deben ni pueden ser admitidas en los Concejos de la nacion.

Dionea, al escuchar estas palabras, dirigió á Sigor una compasiva mirada, y apoyando su pequeña y blanca mano en el robusto y desnudo brazo del guerrero, que se estremeció con su contacto, le dijo con dulce acento :

— No desprecies, no, el influjo de la mujer, ni te opongas á que se ejerza en la asamblea pública, porque esa es la razon de que haya llegado á ser más eficaz y temible, y esa tambien es la causa de que no esté puesto al servicio de la virtud. Á medida que los galos han ido separando á sus mujeres de las deliberaciones de las asambleas, han contribuido á extinguir en ellas y en sus almas el amor á la patria y el interes de las conveniencias nacionales: circunscritas á la condicion de esposas sumisas y esclavizadas, se han creado las necesidades que nacen del aislamiento y de las cadenas. No te extrañe, pues, á esas mujeres, careciendo del estímulo de la gloria y de la consideracion pública, se aficionan á los placeres: á falta de aquellos gozes del alma, y abrumadas por los des-

denes y por la tiranía, necesitan buscar otras alegrías.

— ¿Y por qué, — le objetó Sigor, — tú, que todavia estás áun más separada que Cesonia de las asambleas y de las deliberaciones sobre los intereses del pueblo, no tienes los mismos sentimientos que tu dueña?

— Porque la mayor necesidad y el principal objeto de un esclavo no es la dicha: es la libertad.

Mientras que tenian lugar estas escenas en casa de Manobal, conversaba éste con Léntulo sobre el mismo asunto, aunque en términos más explicitos y determinados, como acontece entre personas que se conocen reciprocamente lo bastante para disimularse y no emplear los fingimientos con que ocultan á los demas su verdadero carácter, intenciones y manera de ser.

— Y bien, Manobal, — decia Léntulo, — ¿cuáles son esas desagradables noticias que traes de Tolosa? ¿No quieren aceptar tus compatriotas la noble proteccion de Roma, y alimentan todavia la necia credulidad de que vuelva á levantarse la fortuna de nuestro vencido rey Bituit (1)?

(1) La primera colonia transalpina de los romanos la estableció Sexto Calvino, fundando la ciudad de Aix, á la cual puso su nombre (*Aqua-Sextia*), al norte de Marsella. A Calvino sucedió en el mando Domitio, y á éste el

— No es ésa, por cierto, una necia credulidad, sino una amada esperanza. Y convéncete, Léntulo, de una verdad muy importante: los galos no aceptarán voluntariamente ninguna dominacion extranjerá, y yo mismo sería el primero que excitaria el valor de mis compatriotas, si creyera, y si pudiese esperar, que sus unidos esfuerzos habian de libertar la patria; pero nuestros aliados de Marsella os han franqueado las puertas de la Galia, y hemos aprendido así que tanto puede conquistarse un país por medio de la astucia y de las artes como por la fuerza de las armas.

— Olvidas, Manobal, que la enseñanza

consul Fabio, nieto de Pablo-Emilio. Habiendo atacado los romanos á los allobroges cerca de Aviñon, fueron éstos derrotados en la batalla que libraron en Vialahis (Vedène), aldea situada en la confluencia del Sorgue y el Ródano. Bituit, poderoso rey de los auvernios ó auvernatos, acudió en auxilio de los allobroges, y con el intento de expulsar á los romanos de las Galias. Con doscientos mil guerreros pasó el Ródano; pero esta multitud de hombres sólo sirvió para que fuese más grande la carnicería que en ellos hicieron los romanos, y para dar más importancia á la gloria del vencedor Fabio. Después de la batalla que tuvo lugar á orillas del Isère, y cuando se retiraban las tropas de Bituit, fué éste citado á una conferencia por Fabio, que se apoderó traidoramente de su persona, y lo llevó prisionero á Italia, con su hijo Congentato, niño aún, el cual se educó en Roma, y fué más tarde repuesto en el trono de su padre para servir los intereses del Senado, siendo uno de los más fieles aliados de los romanos, y contribuyendo al dominio de éstos en las Galias. *N. del T.*)

de semejante sistema no ha venido de los romanos á los galos, sino que, por el contrario, ha ido de los galos á los romanos. Vosotros nos avisasteis que era conveniente y necesario comprar á los marseleses para que nos abriesen el camino de la Galia, el día que vosotros mismos os vendisteis á Anibal, franqueándole el paso para Italia (1). Pero dejemos en este momento

(1) En efecto, algunos pueblos del mediodía de la Galia, propiamente dicha, pueden ser acusados, no sólo de haber franqueado el paso de Italia á las huestes de Anibal, sino de haberlas conducido y guiado hasta los desfiladeros de los Alpes, como lo hizo el rey de los Allobroges (los habitantes del Delfinado y de la Saboya). Pero no es ménos cierto que cuando esto tuvo lugar, ya los romanos habian aceptado alianza con los griegos de Marsella, y habian desembarcado sus legiones por aquel puerto al mando de P. Corn. Scipion, despues que este consul y su colega Marcello habian despojado á los galos de la posesion de Milan, estableciendo ademas dos colonias, aqueude y allende el Po, la una en Cremona y la otra en Plasencia. El intento de los romanos era detener la marcha de Anibal, oponiendo á éste el ejército de los Volcos, pueblo galo que habitaba las orillas del Ródano, para caer luego ellos mismos sobre las tropas del Cartaginés; pero éste, habiendo derrotado y deshecho á los Volcos, pasó precipitadamente aquel río, evitó el encuentro de las legiones de Scipion, llegó al Saona, y desapareció por los desfiladeros de los Alpes, sin que hasta ahora hayan podido fijar los historiadores los sitios de esas montañas que atravesó Anibal para penetrar en Italia. Lo cierto es que despues de una penosa marcha de quince dias desrenó por la Insubria, en tanto que P. Corn. Scipion, considerando imposible darle alcance á traves de la Galia y los Alpes, se habia reembarcado, y atravesando la Liguria fué á esperar en las orillas del Tesino, río que separa el Piemonte de la Lombardia, y que es tributario del Po. Alarmada Roma, ordena al con-

inútiles discusiones, y dime ahora qué noticias son ésas que me has anunciado.

—Lo primero que tengo que decirte es que la guarnicion romana de Tolosa ha sido detenida en calidad de prisionera.

Léntulo palideció de coraje al escuchar semejante nueva, y con forzada y sardónica sonrisa exclamó interrumpiendo á Manobal:

—¿Es ésa una prueba de la buena fe de los galos y de su ignorancia en las artes de los tratados secretos? ¿Qué es lo que os han prometido los cimbrios para induciros á tal determinacion? ¿Qué parte os está

al Tiberio Sempronio que se situó con sus legiones en las márgenes del Trevia ó Trévi, otro rio tributario tambien del Po. Anibal vence á Scipion, que debió la vida al auxilio personal y al valeroso arrojó de su hijo P. Corn. Scipion, el Africano; vence tambien al temerario Sempronio, y, cual torrente sin freno, penetra por los Apeninos en la Etruria, encuentra á Flamio cerca del poético lago Trasimeno, dispersa las tropas de éste, degollando más de cuatro mil romanos, y se dispone á caminar sobre Roma, que por esta vez se estremeció de espanto y de terror. Pero Roma era una nacion que estaba en el apogeo de su poder y en la plenitud de sus fuerzas. Aquellos desastros no quebrantaa su energia; á un tiempo mismo pelean sus ejércitos en la Cerdeña, en la Italia, en España, en Macedonia, en Siracusa, en Sicilia y en Grecia; detiene á Anibal en el Bruzio, é invade el Africa. A su vez Cartago, la rival de Roma, es presa del terror, y llama en su auxilio á Anibal, que llega con sus tropas á Zama, donde encontrase con P. Corn. Scipion, que tomó cumplida venganza de la derrota de su padre en el Tesino, arrasando y destruyendo á Cartago á sangre y fuego, y dejando cumplido aquel fatídico clamor de Caton: *Delenda est Carthago!* (N. del T.)

señalada del botin y de las riquezas que ellos esperan arrebatarnos?

—Ya te lo he dicho y te lo repito, Léntulo; el ódio y la aversion á la dominacion de Roma ha sido el móvil principal que ha presidido en la determinacion de los magistrados de Tolosa.

—¿Y prefieren á la de Róma la dominacion de esos bárbaros?

—La dominacion de los cimbrios no es temible, porque no puede ser duradera: será tal vez un torrente, cuya impetuosidad nos traerá por algun tiempo la devastacion y las ruinas; pero ese torrente pasará por la misma fuerza de su ímpetu, mientras que la accion lenta y perseverante de Roma será interminable y lo absorberia todo.

—¿Y crees tú que Roma no sea bastante fuerte y poderosa para dispersar esas falanges, en las cuales poneis toda vuestra esperanza?

—Para dispersar sólo á los cimbrios no dudo que sea sobradamente fuerte; pero no para vencer á esos mismos cimbrios, si llegan á unirse con los galos de todos los países, cansados ya de las invasiones que les hacen los romanos por todas las comarcas donde se encuentran establecidos.

—¿Y cómo han constituido ellos su poder y su dominio en todos los lugares don-

de los encontramos? ¿No ha sido por la fuerza de sus armas y por la ley del vencedor? ¿Por qué, pues, no hemos de poder invocar nosotros ese mismo derecho para posesionarnos hoy de los países que ellos conquistaron ayer?

— Tienes razón, Léntulo; y puesto que el derecho de la fuerza es el verdadero derecho de los pueblos, has de convenir conmigo en que lo mismo pueden servirse de él para el ataque como para la defensa, y que, por consiguiente, no es un acto de púnica fe en los de Tolosa el procurar la disminución de las fuerzas enemigas, por si esto puede acaso facilitar y acelerar la victoria de sus aliados.

— ¡Sus aliados! ¡Cómo! ¿Ya son sus aliados? Bueno es saberlo, porque será muy justo que participen de igual suerte todos los pueblos que combaten en defensa de la misma causa. Ahora bien: ¿sabes que los cimbrios han sido vencidos por Cassio Longino y Calpurnio Pison, generales de las legiones romanas?

— Lo que sé, — respondió Manobal, — es que Longino y Pison han sucumbido en una batalla, y que Papilio, teniente de Pison (1), se ha visto obligado á solicitar ar-

(1) Mr. Soulié ha padecido aquí un error de fechas y de nombres. Los cimbrios fueron una horda de bárbaros,

reglo con los cimbrios, dándoles entre tanto rehenes.

Léntulo quedó sorprendido, no precisamente de la noticia, sino de que Manobal estuviese tan exactamente informado; y despues de un momento de silencio, en que procuró ocultar su turbacion, dijo:

— ¿Y qué habeis decidido en Tolosa?

— Creo haberte dicho, — respondió Manobal, — lo que habia resuelto la asamblea de los magistrados.

— No es eso lo que te pregunto: lo que deseo saber es lo que ha decidido Manobal.

habitantes de la Jutlandia, que abandonaron su país y su patria en busca de otro clima más benigno y de otro suelo más fértil; y que al descender sobre las Galias arrastraron consigo á los Teutones y á los Tigurinos, pueblos también bárbaros que habitaban respectivamente en las orillas del Báltico y en la Helvecia, formando en conjunto un ejército de más de 500.000 hombres. Este movimiento tuvo lugar á mediados del siglo vii de la fundacion de Roma, esto es, más de cien años antes de la venida de Jesucristo. Roma quiso oponerse á la invasion de la Italia y á la de las Galias; pero los Cimbrios vencieron al cónsul Papilio Cabon en las cercanías de Aquilea y al cónsul Silano en la Narbonesa el año 108 antes de Jesucristo. Los cónsules que sucedieron á Silano fueron Aurelio Scauro y Cassio Longino, ambos vencidos también por aquellos bárbaros, peticionando el último en una emboscada que le prepararon los Tigurinos, como lo dice C. Plinio y su lugarteniente Papilio, hombre sin valor y sin talento, mancilló el honor de Roma entregando rehenes, y dejando que se reprodujera la humillante escena de las *Horcas Caudinas*. El cónsul Cepion obtuvo algunas pequeñas ventajas sobre los Cimbrios; pero no reinando buena armonia entre aquel General y el cónsul Mantlio, y dominados ambos por el deseo de quitarse re-

—Hace algunos días que sin vacilación alguna hubiera yo contestado á esa pregunta de Léntulo, porque entónces aún no había hablado Sigor al Consejo de los Magistrados, ni nos había hecho las proposiciones que por su conducto nos dirigen nuestros hermanos de todos los países, ni habíanse decidido los cimbríos á unirse con nosotros para precipitarnos todos sobre la Italia; pues no ignoras que esas tribus, como otras muchas, tienen nuestro mismo origen y son descendientes de aquellos galos que despues de haber sometido la Germania y la Francia, subyugaron la Scitia (1).

cíprocamente la gloria de los hechos, fueron atacados y batidos, Mantio por los Galos y Cepion por los Cimbríos, quedando más de cien mil romanos sobre el campo de batalla, y siendo considerado en Roma este desastre de igual modo que lo fué el de Allia, en que los galos hicieron temblar más de cerca. Despues de esto se dividieron los ejércitos vencedores: los Leutones asolaron el mediodía de la Galla, y los Cimbríos se encaminaron á Italia; pero Mario, el feroz Mario, venció á aquellos en las inmediaciones de Aix, y repasando los Alpes alcanzó á los Cimbríos en la llanura de Vercelli, causándoles 120.000 muertos, y haciéndoles más de 60.000 prisioneros el año 101 antes de la Era Cristiana. Queda, pues, explicado que los generales romanos vencidos por los Cimbríos antes de la derrota de Cepion, fueron Scario y Cassio Longino, y que el lugarteniente que en Soulié lo era de este último, y no de Lucio Calpurnio Pisón, pues se sabe que este vivió sesenta años despues, que fué Cónsul, Gobernador de Macedonia, Censor y gran enemigo de Marco T. Ciceron, sin que veamos aparecer su nombre en las expediciones de las Galias.

(N. del T.)

(1) La Rusia europea.

Léntulo no respondió; pero murmuró entre dientes contra los galos las mismas frases que Sigor había murmurado ántes contra los romanos.

—¡Por todas partes!—decía—¡Los encontramos por todas partes!

—Despues, dirigiéndose á Manobal, continuó:

—Pero aunque tengais igual origen, no teneis ya las mismas costumbres, ni la misma religion; y los cimbríos son tan diferentes y tan extranjeros para los galos, de quienes descienden, como éstos lo son respecto á los romanos, sus eternos enemigos.

—Así es, en efecto,—replicó Manobal,—y no sería yo ciertamente quien pondría obstáculos á una verdadera alianza con Roma, si se hiciera bajo la base de condiciones aceptables.

—Lo creo fácil,—se apresuró á decir Léntulo,—y yo podría conducirte secretamente al campamento de Cepion, nuestro nuevo general, con quien deberias conferenciar para establecer los arreglos que fueran convenientes.

—No consiste en eso la dificultad,—objetó Manobal,—sino en conseguir que la ciudad de Tolosa aceptára los tratados de esa alianza; pero por muy grande que allí sea mi poder y mi influencia, no tengo es-

peranza alguna de obtener buen éxito si la voz de Sigor se pronuncia contra la mia.

—¿Y de qué medios se ha valido ese extranjero para adquirir entre vosotros tanto prestigio?

—Excitando en los galos esas innatas pasiones que dominarán eternamente en sus espíritus, á pesar de todos los desastres y reveses que puedan sufrir; hablándoles de la libertad y de la independencia de la patria como del bien más preciado de los pueblos, y presentándoles, en fin, la guerra y las conquistas como las únicas ocupaciones dignas de su raza y de sus antecedentes. Tú, que no ignoras, Léntulo, la historia de nuestro pueblo, debes comprender cuán fácilmente habrá podido Sigor levantar los ánimos en la Asamblea, evocando los gloriosos recuerdos de los antiguos galos. Y no sólo les ha hecho comprender la ignominia y la afrenta de la posición en que actualmente se encuentran, sino que ha encendido en sus rostros el rubor y en sus corazones el coraje, y ha vuelto á inspirar en sus almas la confianza de su propio valor y la justicia de su causa. ¡Ah! Lo que les falta á los galos no son hombres, ni armas, sino un caudillo. Si los abandonamos, ese caudillo será seguramente el mismo Sigor.

—¿Y no habria ningun medio que hicie-

ra enmudecer esa voz tan influyente y tan poderosa?

—No encuentro ninguno.

—Pues qué, ¿no habita ese hombre en la casa de Manobal, y la casa de Manobal no está situada en un lugar desierto, léjos de toda otra morada?

—Ciertamente que así es,—respondió el galo;—pero Sigor es el huésped de Manobal, y tú no ignoras tampoco que si nuestras leyes castigan sólo con el destierro el homicidio de un compatriota, imponen la pena de muerte al asesino del huésped extranjero.

—¿Y no podria desaparecer ese hombre sin que jamás se supiese cuál habia sido su paradero?

—¡Ah! Pero la ciudad de Tolosa tiene conocimiento de que Sigor se ha constituido como huésped de Manobal, y Manobal tiene que responder de él vivo ó muerto: no pienses, pues, en cierta clase de medios.

—¿Y no se te ocurre ningun otro?

Manobal guardó silencio y parecia como preocupado. Lo estaba, en efecto, y no sólo meditaba sobre los medios que podrian emplearse para conseguir lo propuesto por Léntulo, sino que calculaba la manera de presentar y dar forma al que ya tenía proyectado. Diferentes veces dirigió penetran-

tes miradas de estudio sobre la fisonomía de Léntulo, sin decidirse á hablar, como aquel que en la oscuridad de la noche camina por terreno desconocido y peligroso, explorando á tientas, con vacilante pié, ántes de afirmar el paso, y avanzar sobre seguro. La expresion del semblante del romano ofreció poca confianza á Manobal: el rostro de Léntulo manifestaba los signos de la duda, de la incredulidad y de la prevención de un hombre que teme ser víctima del engaño. En su consecuencia, Manobal empezó por enumerar y presentar todos aquellos medios cuya realizacion le constaba que era impracticable; en vez de abordar la explicacion de los que deseaba proponer á su cómplice:

—Sigor, —dijo, —no es hombre á quien se puede reducir por el temor ni por las amenazas.

—Así lo creo, —afirmó Léntulo.

—Tampoco es hombre á quien se pueda seducir con el oro.

—Soy de tu misma opinion.

—Sin embargo, Sigor no puede ser insensible á toda clase de seducciones. Viajando y visitando diversidad de países para el desempeño de la mision que le ha sido confiada, ha debido ver otros lugares más amenos y más deliciosos que sus bosques y que sus selvas; ha podido contem-

plar otras riquezas incomparablemente mayores y más positivas que las de sus rebaños, y comprenderá otros goces y otros placeres bastante más variados y seductores que los de la caza. Así, pues, ese hombre no puede ser ya indiferente á esos atractivos, y ha de preferir, sin duda, las comodidades de una dulce existencia mejor que la vida salvaje á que está condenado á volver. Y si una voz que pudiera proclamar, sin mengua, los deleites de una ociosa voluptuosidad; si la voz de una mujer, por ejemplo, le excitase á meditar sobre esto, me imagino que muy luego habia de abandonar Sigor sus proyectos.

—¿Y es por eso por lo que le has dejado en compañía de tu hija Gesonia, esperando que sea su voz la que seduzca á ese bárbaro?

—Manobal ha prometido que su hija será la esposa de Léntulo, y sea cual fuere el poder que aquélla ejerza en el corazón de Sigor, y cualquiera que sea la resolucion que éste adopte inspirado por su amor, Manobal no faltará á la fe de su promesa y de sus compromisos.

—Es posible tambien que á Manobal le convenga que su hija procure seducir al bárbaro, en tanto que no llega á ser la esposa de un romano; pero debo advertirte que esto no es del agrado de Léntulo.

—¿Quieres decir con eso que me desvelves mi palabra?

—¿Es acaso más bien que tú deseas retirarla?

Manobal pareció quedar poseído de una angustiosa incertidumbre; pero como todas sus divagaciones y los diferentes asuntos tratados en esta conferencia no tenían para él más que un objetivo, volvió sobre sus intenciones de una manera franca y resuelta, y dejando á un lado á Sigor y á su hija, y á los cimbrios, y á la ciudad de Tolosa, dijo á Léntulo con viveza:

—¿Quién es ese Cepion? ¿Es hombre con quien pueda tratarse razonablemente?

—Yo te acompañaré á su campamento, y si lo que tú le propones fuese aceptable, no dudes que lo encontrarás dispuesto á entenderse contigo. En cuanto á Sigor, te diré que el medio que has indicado para separarlo de sus proyectos es aún más fácil y seguro de lo que tú mismo has podido suponer; pero otra, que no Cesonia, conseguirá ese objeto y realizará nuestros planes: déjalo á mi cuidado, que yo respondo del éxito. Mañana vendré á buscarte para ir al campamento de Cepion; procura encontrar una excusa, un pretexto cualquiera para que Sigor consienta en permanecer un día más en tu casa, y aunque tu ausencia se prolongase más de ese día, yo

te aseguro que no se preocupará de ello.

Después de esta conferencia, Manobal y Léntulo se despidieron y se separaron.

III.

En la mañana del siguiente día, Léntulo se dirigió bien temprano á la morada de Manobal; pero en vez de presentarse á éste ó á su hija Cesonia, procuró antes avistarse con Dionea, en lugar apartado y solitario, celebrando con la esclava una importante y animada conferencia, durante la cual se vió precisado á emplear sucesivamente las más humillantes súplicas ó las más insolentes amenazas.

Pocos momentos después se separaba Dionea del romano profundamente agitada, demostrando una visible alteracion en su semblante, donde al par se manifestaba la animacion de una intensa dicha, y se dibujaba el abatimiento extremo de la desesperacion y de la desventura.

Aquel mismo día Léntulo fué portador de los dijes y joyas que habia ofrecido la vispera á Cesonia, entregando á ésta un precioso collar de pequeñas medallas de plata, unidas entre si con argollitas de oro, como los que usaban por entonces las mujeres romanas; un lindo espejo de pulido acero; un alfiler de oro para sujetar los

—¿Quieres decir con eso que me desvelves mi palabra?

—¿Es acaso más bien que tú deseas retirarla?

Manobal pareció quedar poseído de una angustiosa incertidumbre; pero como todas sus divagaciones y los diferentes asuntos tratados en esta conferencia no tenían para él más que un objetivo, volvió sobre sus intenciones de una manera franca y resuelta, y dejando á un lado á Sigor y á su hija, y á los cimbrios, y á la ciudad de Tolosa, dijo á Léntulo con viveza:

—¿Quién es ese Cepion? ¿Es hombre con quien pueda tratarse razonablemente?

—Yo te acompañaré á su campamento, y si lo que tú le propones fuese aceptable, no dudes que lo encontrarás dispuesto á entenderse contigo. En cuanto á Sigor, te diré que el medio que has indicado para separarlo de sus proyectos es aún más fácil y seguro de lo que tú mismo has podido suponer; pero otra, que no Cesonia, conseguirá ese objeto y realizará nuestros planes: déjalo á mi cuidado, que yo respondo del éxito. Mañana vendré á buscarte para ir al campamento de Cepion; procura encontrar una excusa, un pretexto cualquiera para que Sigor consienta en permanecer un día más en tu casa, y aunque tu ausencia se prolongase más de ese día, yo

te aseguro que no se preocupará de ello.

Después de esta conferencia, Manobal y Léntulo se despidieron y se separaron.

III.

En la mañana del siguiente día, Léntulo se dirigió bien temprano á la morada de Manobal; pero en vez de presentarse á éste ó á su hija Cesonia, procuró antes avistarse con Dionea, en lugar apartado y solitario, celebrando con la esclava una importante y animada conferencia, durante la cual se vió precisado á emplear sucesivamente las más humillantes súplicas ó las más insolentes amenazas.

Pocos momentos después se separaba Dionea del romano profundamente agitada, demostrando una visible alteracion en su semblante, donde al par se manifestaba la animacion de una intensa dicha, y se dibujaba el abatimiento extremo de la desesperacion y de la desventura.

Aquel mismo día Léntulo fué portador de los dijes y joyas que habia ofrecido la vispera á Cesonia, entregando á ésta un precioso collar de pequeñas medallas de plata, unidas entre si con argollitas de oro, como los que usaban por entonces las mujeres romanas; un lindo espejo de pulido acero; un alfiler de oro para sujetar los

cabellos, rematado por una diminuta estatua de Mercurio, admirablemente cincelada, y unos preciosos y artísticos pendientes del mismo metal, que figuraban dos águilas llevando cada una de ellas un niño en sus garras, completaban aquel delicado presente, que constituía por su valor y por su significacion bastante más de lo que se necesitaba para afianzar el amor y la fidelidad de Cesonia durante la ausencia de su padre y de su amante. Así fué que la jóven vió partir á ambos con los ojos arrasados en lágrimas, y tal vez hubieran parecido exageradas las instancias é insistentes los ruegos que empleó para que apresurasen su regreso, y un tanto ajenos al pudor de una mujer si, aunque con la vista fija en los ojos de Léntulo, no hubiera dirigido aquellas súplicas á su padre.

Sigor quiso también marcharse aquel mismo día; pero Manobal, con acento misterioso y aparentando reserva, le disuadió de aquel propósito, dejándole entender que si él acompañaba á Léntulo era por acuerdo secreto de los magistrados de Tolosa, para mejor conocer la verdadera posición de los romanos y la importancia verdadera de sus fuerzas, y que por lo tanto, esperaba encontrarlo en su casa después del cumplimiento de aquel deber, á fin de adoptar luego la resolución que se creyera

más conveniente, en vista del resultado de su interesante misión. Tal vez Sigor no se hubiera dejado engañar con las protestas y afirmaciones de Manobal, si la penetrante inteligencia de Léntulo no hubiera observado en el rostro del guerrero su incertidumbre y sus recelos; por lo cual, á una indicacion hecha con los ojos á Dionea, se aproximó ésta al galo diciéndole con dulce acento:

— Estoy á tu obediencia para satisfacer tus deseos y guiarte á visitar esos colosales monumentos de piedra de que te he hablado y que tú opinas deben ser los antiguos altares del dios á quien se rendía culto en estas comarcas.

Mientras Sigor se volvió para atender á Dionea, y en tanto que se disponía á contestarle, Manobal y Léntulo montaron sobre un carro y se alejaron al galope de sus caballos, envueltos en una densa nube de polvo: Cesonia desapareció para ir á engalanarse con los regalos del romano, y quedaron solos la esclava y Sigor.

Hasta aquel momento el bárbaro y la griega se habían encontrado diferentes veces y por más que desde la primera vez no hubiese transcurrido sino un solo día, ya existía entre ambos esa mutua confianza que se inspiran recíprocamente dos almas que se comprenden y que

se apartan de una íntima sociedad con los demas seres que le son del todo refractarios.

No obstante, por un singular contraste, pudo observarse que la expansion de esa confianza cesó súbitamente, al ménos por parte de Dionea, desde el instante que se alejó Léntulo; y en vez de continuar hablando á Sigor con la familiaridad y dulzura que lo habia hecho hacia un momento delante de los demas, le dijo ahora bajando la frente y con voz alterada:

— Si quieres seguirme, la esclava de tu huésped está pronta para guiarte á los lugares que deseas conocer.

Y sin esperar la contestacion de Sigor, empezó á caminar delante de él enjugando furtivamente algunas lágrimas que derribaban sus ojos.

El guerrero la siguió silencioso durante un largo rato, sin turbar el dolor de la griega, pero al pasar por un profundo barranco, bajo la salvaje y espesa bóveda de seculares y frondosos árboles, Sigor se aproximó á Dionea diciéndola:

— ¿Qué te ha dicho ese romano, esclava de Manobal? ¿Tiene Léntulo el derecho de imponerse á tus sentimientos? ¿La palabra de ese hombre es acaso la fuente de tus dolores ó de tus alegrías?

— Las palabras de Léntulo no podrian

darne la dicha jamas; pero tienen el triste privilegio de atormentarme. En cuanto á las imposiciones que haya intentado hacerme las desprecio desde lo más íntimo de mi alma, cómo le desprecio á él: si el amo y señor, por ser el más fuerte, se cree con el derecho de imponer su voluntad, el esclavo, á quien la muerte no puede causarle espanto ni temor, tiene siempre tambien la libertad de sus intenciones y alguna vez el poder de la desobediencia.

— Dime, Dionea, cuáles sean esas imposiciones: dime hasta qué extremo debo odiar desde hoy, por afecto á ti, á ese hombre, á quien odio desde ántes de conocerlo, por amor á mi patria: dime á qué cruel suplicio debo someter á ese romano, á quien no habis jurado todavía más que la muerte.

Al pronunciar esas frases, tenia el semblante de Sigor tal expresion y tal sello de ferocidad, que la misma Dionea quedó aterrada de espanto, miéntras su vehemente mirada expresaba al par íntimo gozo, tierno sentimiento de gratitud y atemorizada admiracion por la terrible proteccion que en aquellas formas se le ofrecia.

Reñaron algunos intervalos de silencio, y al cabo de ellos dijo Dionea.

— Tal vez te revele dentro de poco cuáles son las prevenciones que se me han

hecho por parte de Léntulo: en este momento no puedo ni quiero decírtelas; pero si despues que hayamos visitado esos druidicos altares de la selva insistes en quererlas saber, yo te las confiaré con entera franqueza. Entónces tú consultarás á tus dioses y yo te diré tambien mis propósitos: entónces, y sólo entónces, resolveré á mi vez si debo resistir ú obedecer: entónces sabré, por último, si he de vivir ó si he de morir.

Díonea emprendió de nuevo su marcha resueltamente y Sigor la siguió:

Bien pronto llegaron á los linderos de la selva, y tan luégo como penetraron en ella, escucharon un gran rumor producido por una reunión de cazadores que se llamaban unos á otros con los repetidos ecos de unas bocinas de cuernos que llevaban pendientes de la cintura. No era posible evitar el encuentro de aquellos hombres, porque el punto de reunion y el sitio á donde acudían era precisamente el sendero que conducía al lugar en que se hallaban los monumentos que Sigor quería visitar. Cuando el guerrero y la esclava se fueron aproximando, observaron que aquellas gentes habian formado un gran círculo, en cuyo centro se encontraba un sacerdote. Aunque entónces ya los galos tuviesen templos consagrados á Diana de Efeso,

bajo la advocacion de Artémida (1), tenían además una divinidad particular protectora de la caza, y á esta deidad era á la que invocaban en aquella ocasion. El sacerdote fué presentando á cada uno de los cazadores una gran bolsa, donde fueron depositando una cantidad de monedas igual al número de piezas que respectivamente habian matado durante todo el año. Al terminar esta ceremonia separáronse y comenzaron á cazar en todas direcciones, ménos en la parte de la selva á donde se dirigian Díonea y Sigor. Estos continuaron su camino penetrando, por senderos escabrosísimos, en lo más agreste del monte que parecia un desierto abandonado.

— ¿Podrás decirme, — preguntó Sigor á la jóven, — por qué siendo indudablemente esta parte del bosque más fecunda en caza, huyen de aquí, al parecer, esos hombres?

— Tal vez seas tú quien puedas expli-

(1) Diana era la diosa que presidia la caza y fueron los mismos griegos quienes la llamaron Artémida. El principal templo dedicado al culto de esta deidad estaba en Efeso, ciudad de la Jonia del Asia Menor, célebre por sus monumentos. Un fanático nombrado Erosuato lo incendió la noche que nació Alejandro; pero aun se conservan sus ruinas. Se representaba á Diana bajo la figura de una mujer hermosa, con el túnico formando pabellon sobre el muslo derecho, la luna en la cabeza, la aljaba al hombro, el arco y la flecha en la mano y un perro al lado. (N. del T.)

cármelo, — respondió Dionea, — cuando hayas examinado ciertas cosas notables y dignas de atención que existen hácia esta parte de la selva.

Y en efecto, bien pronto llegaron á un lugar donde se levantaba un número considerable de promontorios, en forma de pirámides, entre los cuales había algunos que no median ménos de doscientos piés.

— Ahora comprendo, — exclamó Sigor, — cual sea el sentimiento que aleja á los galos de estos lugares venerandos, cuya contemplación les recordaria la antigua existencia de santas virtudes que han olvidado. Dionea, éstos son los sepulcros que se erigian á la memoria de las mujeres que siguieron voluntariamente á sus esposos más allá de la vida. En otros tiempos era conceptuada muy desfavorablemente la viuda que se daba segundo marido después de la muerte del primero; y por el contrario, conquistaba honra eterna la que acompañaba á su esposo, haciéndose enterrar viva en su misma sepultura. A las mujeres de una virtud tan extraordinaria se les alzaban majestuosas tumbas.

— En efecto, — dijo Dionea, — no solamente lo considero justo, sino poéticamente bello y sublime el morir por aquel que vivió para el amor de su esposa, si ésta lo eligió y se dió á él con la completa libertad

de sus sentimientos; pero cuando la voluntad de un padre, la necesidad ó la fuerza ponen á una mujer en poder de un hombre á quien tal vez detesta, ¿le deberá también el sacrificio de su vida la que le ha sacrificado ya su felicidad?

— Es que aquí en otros tiempos las hijas de los galos no tomaban por esposo sino al hombre de su elección. Cuando se las consideraba en edad conveniente para el matrimonio, sus mismos padres reunían bajo el techo de su morada á todos los jóvenes que se habían declarado pretendientes de sus hijas, invitándolos á un festín; y allí, en presencia de todos, aquéllas hacían pública y libremente su elección, extinguiéndose así toda esperanza en los corazones de los que no habían sido preferidos, puesto que tenían la seguridad de que no eran amados.

— Y aquellas jóvenes, — observó Dionea dirigiendo á Sigor una expresiva mirada, — al hacer así de su amor tan atrevida declaración ¿encontraban palabras para expresarlo?

Entregado Sigor á los recuerdos de las costumbres que le traían á la memoria las venerandas de su país, no pudo comprender ni la pregunta ni la mirada de Dionea, y respondió con sencillez:

— No; bastaba que la joven llenase de

agua ó de vino una copa y la presentase al que merecia su preferencia. Pero todas aquellas costumbres van perdiéndose poco á poco; y al desaparecer cada una de ellas, tienen forzosamente que desaparecer tambien sus naturales consecuencias. El dia en que dejó de respetarse la libre eleccion del esposo, quedó virtualmente abolida la ley que castigaba el adulterio con la muerte. Y como tú decias muy discretamente hace un instante, no podia exigirse á la mujer, con fundamento de justicia, que acompañase hasta en la tumba á aquel á quien no habia voluntariamente acompañado en la vida.

Despues de una breve detencion en aquellos lugares, caminaron todavía más de una hora hasta llegar al cauce de un profundo torrente, seco á la sazón, en cuyo lecho se detuvieron nuevamente para contemplar unas piedras enormes que eran dignas de atencion; preguntando Dionea á Sigor el significado de los singulares y extraños signos que se veian grabados en algunas de ellas.

— Yo no puedo explicarte, — dijo Sigor, — ni me es dado interpretar lo que quieren decir esos signos, porque ése es uno de los secretos de nuestros druidas, guardado religiosamente por ellos en las selvas que habitaban, y perdido y muerto tambien

con ellos en ésta donde nos encontramos.

— ¡¡No!! — exclamó una voz grave y solemne que se dejó oír cerca del galo y de la esclava. — Ese misterioso secreto no ha muerto áun aquí!

Sigor y Dionea volvieron la vista del lado de donde partia aquella voz, y descubrieron en lo más profundo del cauce á un anciano que estaba sentado al pié de uno de aquellos monumentos, en solitaria contemplacion, sin más ropaje que una harapienta túnica talar, cuyos rotos y jirones dejaban examinar sus descarnados y enflaquecidos miembros, debilitados por la edad y por la miseria.

Al aproximarse á él los dos jóvenes, se incorporó aquel espectro animado y se dirigió á una de las grandes losas que tenia más cercana, señalando con el dedo índice de su huesosa mano la inscripcion que allí se veia grabada, y añadió leyendo:

— *Aquí está el secreto de la vida humana. Sobre esta otra se ve escrito: La vida es breve, y el tiempo no es largo sino despues de la muerte. En aquella de más allá se ha dicho: Goza y vén. Todos estos son sepulcros; lo único que sobrevive á nuestras antiguas leyes y costumbres ¡oh jóvenes! son las tumbas de nuestros padres.*

— ¿Quién eres, pues, — exclamó Sigor, — tú, que has podido conservar tan preciosa

ciencia á través de los siglos destructores, de las antiguas leyes de nuestra patria?

—Soy el último sucesor de los que, dispersos y errantes hoy por la tiranía de nuestros reyes y por la apostasía de los pueblos, recibieron de nuestros antepasados el depósito sagrado de su santa doctrina y la enseñanza de la religion del gran Teutates. Hace ya mucho tiempo que todavía vieron algunos á conservar en estas montañas aquel sagrado culto; pero despues que ellos han muerto me he encontrado solo para recoger la herencia que habian recibido y custodiado. ¡Ay de mí! En medio de esa loca juventud que rinde culto á otros dioses y practica una nueva religion, protegida por la negligencia, ó más bien por la ambicion de nuestros jefes, no he podido encontrar oídos que quisieran escucharme, ni inteligencias que pudieran comprenderme. Largo tiempo esperé; mas en vano. Antes que las fuerzas y la vida me abandonasen por completo, quise venir en busca de los que no fueron á buscarme: he abandonado la montaña donde habito, y he caminado sin parar durante dos dias seguidos. Esto era hacer más de lo que permitia mi edad y mi débil estado: lo he conocido tarde, la fatiga y el cansancio me han dominado, y al detenerme aqui he considerado estos venerandos sitios co-

mo el término de mi peregrinacion sobre la tierra. ¡Quién sabe si esta coincidencia será uno de los inescrutables designios del cielo para que aqui muera conigo y queden sepultados en la eterna oscuridad de mi tumba los secretos de que soy último depositario!

—¿No me consideras digno de conocerlos?—dijo Sigor.

Por primera vez fijó el anciano su vista en el jóven guerrero, cuyo aspecto le dejó atónito, y gritó:

—¿De dónde vienes? ¿Quién eres tú que así traes á mi memoria la fiel imágen de nuestros antiguos guerreros, tal como se ven representados en las piedras de nuestros altares y de nuestros monumentos?

Sigor le manifestó sucintamente que era el descendiente de uno de aquellos celtas que habian abandonado el suelo de la patria hacia ya cerca de cinco siglos, y que habian conservado en el retiro de la selva Hercinia la religion, las leyes y las costumbres que antes se practicaban en el país de los Tectósagos.

El anciano, al escuchar el relato de Sigor, quedó admirado, preguntando al jóven guerrero cuáles eran esa religion, esas leyes y esas costumbres; y cuando aquel se las explicó segun se ha ensayado de darlas á conocer en el primer tomo de esta

abra, movió lentamente la cabeza y exclamó:

— ¡Ah! Bien lo veo, bien lo conozco: nuestros descendientes no son tan culpables como lo somos nosotros, ni nosotros mismos lo somos tanto como los que nos han precedido. Hemos caminado lentamente, sí, pero sin cesar, por las vías que nos alejaban de nuestra primitiva sencillez, y que nos conducían al olvido de nuestras virtudes santas, sumiéndonos en la terrible hoguera de ese lujo devastador é infernal cuya perniciosa influencia domina hoy el sentimiento de los hombres y corrompe con sus mefíticos vapores las entrañas de la sociedad y el corazón de los pueblos. Desde aquella época hasta la presente ¡cuánta mudanza! Ya no es para ir en busca de la guerra para lo que los galos atraviesan los grandes ríos sobre sus enormes escudos; ahora construyen inmensos bajeles y los hacen caminar por sus mares con el auxilio de ligeras pieles, que recogen el soplo de los vientos para llevar á lejanas playas una parte de nuestros productos y de nuestra riqueza, regresando con otras especies y otros artículos diferentes y ántes desconocidos. Ya los hombres no se satisfacen, como en otros tiempos, con los productos de la caza del día, ni con los frutos que la naturaleza y la fertilidad de nues-

tros campos ofrecían; sino que, de apartadas comarcas, traen aquí extrañas viandas, conservadas luégo por virtud de las sales que han aprendido á extraer de las podridas aguas del mar. Los focenses de Marsella les han enseñado el arte de fabricar el pan y los medios de acelerar la madurez de las frutas; y en cambio esos extranjeros han aprendido aquí á montar los arados para cultivar la tierra y á purificar los granos y simientes con el auxilio de las cribas. Además han aprendido de nosotros la manera de fundir y modelar el vidrio, y el arte de estampar las telas con los más vivos colores, y de dar al cobre y al estaño la pulida brillantez del oro; porque hace mucho tiempo que el lujo por demás insolente de nuestros abuelos había desdeñado el uso de las vasijas de barro, encontrando su vanidad el medio de hacer mentir á los metales. Hace también ya tiempo bastante que las ligeras y sencillas vestiduras de nuestros antepasados fueron abolidas, porque dejaban examinar que los hombres carecían de vigor, de robustez y de fuerza; fué, pues, necesario inventar y adoptar telas tan tupidas que resistiesen al filo de las espadas, y tan densas que no pudiese penetrar el frío á través de sus espesos tejidos. Nuestros hijos hacen lo mismo que hemos hecho nosotros: han pros-

crito nuestras costumbres, como nosotros habíamos proscrito las de nuestros abuelos. El castigo es justo.

—Afortunadamente no ha sucedido eso entre los de mi país,—respondió Sigor,—todo lo que era objeto de veneración para nuestros padres lo es aún para nosotros, y hemos conservado la sencillez de sus costumbres, y con ellas su heroico valor. Díme, pues, cuáles son esos secretos que nadie se presenta á recoger de tí, porque yo me considero digno de su depósito.

—Si lo que acabas de manifestarme es cierto, y si los antiguos y verdaderos galos se encuentran refugiados en los bosques de la Germania, ellos volverán aquí de igual manera que de aquí salieron. Yo supongo que vosotros no habréis heredado solamente las apacibles virtudes de nuestros antepasados, sino que también debe animaros el amor á la gloria y el espíritu conquistador de aquellos ilustres guerreros. Pues bien; si habeis fielmente conservado tan preciosa herencia, yo me atrevo á vaticinar que ése es el tesoro de la grandeza futura de nuestra patria; conservadlo, y el mundo entero volverá á encontrar en esas apartadas regiones el secreto de nuestra religión, que aquí va á morir conmigo.

—¿Quieres,—dijo Sigor,—que te acompañemos hasta tu morada? ¿Deseas que te

guiemos á alguna ciudad donde puedas recibir cómodamente el socorro y los cuidados de los hombres?

—Es inútil,—dijo el anciano;—yo recuperaré fuerzas bastantes para regresar solo á la cabaña en que habito; pero si el gran Teutates me priva de ellas, querrá advertirme que he encontrado aquí mi última morada. Sin embargo, puedo aceptar de tí un postrero servicio: ve á lo más espeso de la selva, y procura encontrar y traerme algunas frutas silvestres; yo daré testimonio ante el tribunal celeste, adonde pronto he de comparecer, de que has socorrido á un anciano y prestado apoyo á su debilidad.

Sigor recomendó á Dionea que permaneciese al lado del viejo druida para estar á su cuidado, en tanto que él marchaba á ejecutar lo que le había pedido, y se alejó rápidamente.

El anciano quedó sumido en profunda meditación: Dionea, de pié cerca del sacerdote, guardó respetuoso silencio.

Hacia ya largo rato que Sigor se había separado de aquel sitio, permaneciendo silenciosos y en la misma actitud la jóven y el anciano: poco á poco la respiración de éste se hizo fuerte y penosa, sus miembros empezaron á agitarse con un violento temblor nervioso, y su fisonomía llegó al fin á

alterarse con marcado carácter de espanto. Atemorizada Dionea al observar tan súbito acceso, y creyendo que se apresuraban los últimos instantes de aquel hombre, le dijo con voz trémula y poseída de terror:

—¿Qué te sucede? ¿Qué mal te aflige?
¿Quieres que llame á Sigor? ¿Deseas que vuelva á tu lado?

—No, — respondió el druida; — no es que sufro, sino que conozco la aproximación de una tempestad: la tormenta invade el espacio, su influjo pesa sobre la atmósfera, y yo la siento avanzar sordamente.

Dionea puso atención, y volvió la vista en todas direcciones: el cielo estaba sereno, y sólo descubrió ella señales de conmoción en el seno agitado del anciano. La jóven no pudo observar anuncio alguno de tempestad en el espacio, porque no tenía, como el druida, ese exquisito sentido de percepción que poseen las gentes que han vivido constantemente en los bosques y en las montañas, y que les hace presentir y conocer las revoluciones atmosféricas mucho tiempo ántes que se manifiesten á la obtusa y embotada sensibilidad de los habitantes de las ciudades.

—No, — replicó Dionea; — sin duda te engañas: ninguna señal de tormenta nos

anuncia que Júpiter prepare sus temibles rayos.

Al escuchar la palabra Júpiter, se nubló el rostro del druida con siniestra expresión de ferocidad, y fijó su ardiente mirada sobre la jóven, como el chacal que contempla su presa: con la cabeza inclinada, rastreó la mirada en torno suyo para asegurarse de la soledad en que se encontraba, y extendiendo de pronto su descarnado brazo, asió á la jóven por la espalda y la dijo con apagada voz y terrible acento:

—Las hijas de los galos, por muy degeneradas que estén, no invocan jamás el nombre de Júpiter: ¡tú eres extranjera!

—He nacido en Grecia, — respondió Dionea llena de terror.

El anciano dejó percibir una maliciosa sonrisa, y exclamó:

—¿Las hijas de la Grecia se permiten la licencia de caminar solas con un gallo por nuestras agrestes montañas?

—Soy esclava de la hija de Manobal, — le observó Dionea.

—¡Griega y esclava! — gritó el druida como asaltado por una súbita idea. — ¡Esclava y extranjera! — repitió sujetando á Dionea con hercúlea fuerza, mientras la jóven procuraba inútilmente libertarse de la mano que la aprisionaba y de la mirada feroz que la fascinaba.

Y luego añadió con fanático acento:— El voto final del último hombre consagrado al culto del gran Teutates va á cumplirse, y el último sacrificio que se le dedique sobre esta tierra se lo ofrecerá mi mano moribunda.

Un grito de terror se apagó en la garganta de la jóven al escuchar las amenazadoras frases del viejo druida; pero no pudo escapar de la mano nerviosa que la sujetaba. Y en tanto que ella se esforzaba en vano para lograrlo, el anciano, con la frente elevada y con la mirada fija en el cielo, parecía contemplar en el firmamento un espectáculo que para nadie podía ser visible mas que para él.

— ¡Ya viene! — decía, — ya viene envuelto en las nubes y acompañado por la tormenta, para beber la sangre que hace tanto tiempo falta á sus sedientos labios. Ya avanza, extendiendo por el cielo sus inmensas y negras alas, y la abrasadora mirada de su encendida pupila alumbraba el espacio con sus rayos.

En efecto, la tempestad anunciada momentos ántes por el druida se elevaba rápidamente por el horizonte desde las montañas hasta el cielo, y descendía con mayor violencia desde lo alto del cielo á lo profundo de los valles. La tormenta re-
tumbaba en las alturas; negros nubarro-

nes habian ido encapotando la luz; los silbidos del viento hacian notar que aumentaba por grados la violencia de la tempestad, y ya empezaba la lluvia á crecer la corriente de los arroyos, que bien pronto habian de convertirse en torrentes impetuosos.

— ¡Sigor! ¡Sigor! — gritaba con desesperación la jóven esclava.

— No, no vendrá, no puede venir. Teutates lo cegará con sus rayos y le aturdirá con la tremenda voz de sus truenos: no vendrá.

— ¡Sigor! ¡Sigor! — gritaba todavía Dienea, cuya penetrante voz repetía el eco de la tormenta.

— Te digo que no vendrá, porque el sacrificio es justo. ¡Hija de los dioses funestos que han proscrito á nuestros dioses, vas á morir para dar satisfacción á nuestro culto! No importa que aquí no exista un dolman (1): el altar no hace el sacrificio, sino la víctima. Silencio, pues, porque no conseguirás con tus gritos otra cosa que acelerar el instante de tu suplicio.

— ¡Sigor! ¡Sigor! — repetía sin cesar

(1) Altar ó monumento céltico que levantaban los druidas para los sacrificios humanos, colocando una gran piedra plana sobre otras dos situadas perpendicularmente. (N. del T.)

Dionea en el colmo de la angustia y de la desesperación.

Nadie respondió.

La jóven esclava hacia inútiles y supremos esfuerzos procurando libertarse, y lanzaba gritos agudos que dominaban la tormenta.

El anciano sacó del seno, donde lo tenía oculto bajo su túnica, un cuchillo corvo, semejante á una pequeña hoz, y alzándolo al cielo con la diestra, exclamó con una voz atronadora que se elevaba por encima de la tempestad como eco terrible de venganza y exterminio:

— ¡Hé aquí el momento supremo! El altar de Teutates, largo tiempo privado de la sangre de los sacrificios, va á ser obsequiado con ella una vez más: ¡quizá la última! El dios grande va á partir sobre su esplendente carro á los lugares donde se venera su imágen y su culto; pero el camino es largo, y será conveniente que ofrezca este abrevadero de sangre á sus sagrados corceles para que lo recorran con vigor; aquí tienen el tibio licor y el necesario alimento, cuya abstinencia han padecido por tanto tiempo. ¡Venid, venid, los corceles de la erin de fuego! ¡Aceptad el último festín que os ofrece el país de los tectósagos!

Y el druida levantó entonces el cuchillo,

suspendiéndolo sobre la garganta de Dionea, pronto á hacer brotar de ella el raudal de su sangre.

La jóven exhaló todavía un ronco grito, haciendo resonar en el espacio el nombre de Sigor, y cayó de rodillas.

¡Nadie respondió!

Pero escuchóse un agudo silbido por encima de la cabeza de Dionea. La mano que la aprisionaba se abrió convulsivamente: el cuchillo resonó sobre las losas de las tumbas con fúnebre vibración, y el viejo druida vaciló primero, como un árbol cortado de raíz, y cayó en seguida, hiriéndose la frente contra el ángulo de una gran piedra.

Dionea, sobrecogida de espanto y embargada por el terror, quedó inmóvil y muda, viendo al mismo tiempo á Sigor que acudía precipitadamente en su auxilio saltando de piedra en piedra.

El guerrero, que habia escuchado las desesperadas voces de la jóven, regresaba apresuradamente, porque presumia que algo grave ocurría; pero no podia siquiera imaginarse la inminencia del peligro que amenazaba á la esclava. Al llegar al borde del torrente dirigió rápidamente la vista al sitio donde se encontraban el druida y la griega, y al observar la actitud del sacerdote, viendo brillar en su mano el

acero de su cuchillo, comprendió instantáneamente la extrema situación de aquel drama. Dionea estaba de espaldas, luchando por desprenderse de las garras que la aprisionaban, y con su cuerpo cubría por completo la figura del anciano; pero aprovechando el fatal momento en que la jóven, al caer de rodillas, dejaba en descubierto el pecho del druida, disparó contra éste su dardo, que silbó rozando los cabellos de la esclava, y fué á clavarse en aquel pecho descarnado, hiriendo mortalmente al sacerdote.

Tan pronto como Dionea vió á Sigor, corrió trémula y desatentada á echarse en los brazos del galo, en tanto que el viejo druida, tendido sobre la piedra de una tumba, exhalaba sus últimos suspiros roncocos, ahogados y estertóreos por la espumante sangre que se agolpaba á su garganta. Sigor se acercó á él para quitarle del pecho el arma con que lo había herido; pero el anciano lo rechazó con un supremo y último esfuerzo, exclamando con voz débil y apagada:

— ¡No! ¡No!..... deja este hierro clavado en mi pecho; con él quiero comparecer ante el trono del gran Teutates, para que pueda ver cómo ha sido asesinado su último sacerdote con el arma que su divino poder había confiado á los galos para con-

quistar el mundo: yo le dire además que un galo libre ha sido quien ha cometido este crimen sacrilego y horrendo, por querer proteger y salvar á una esclava extranjera..... ¡Un galo libre, asesino y verdugo de su religion, por una esclava griega!

Tan tremendo anatema causó terrible sensación en el ánimo de Sigor, que aún sostenía en sus brazos á Dionea.

Profundamente afectado ante el terror y la acusación de su propia conciencia, quedó abatido y sin fuerzas para retener á la jóven, abandonándola del mismo modo que lo había hecho antes el anciano en el momento de sentirse herido. Lanzóle la esclava una mirada impregnada con una mezcla de amargura y desesperación; pero Sigor procuró evitar la influencia de aquellos ojos, apartando los suyos y volviendo el rostro. Al verse Dionea abandonada así, y considerándose convertida en objeto de horror para aquel hombre, experimentó lo que no había experimentado al oír sobre su frente las tremendas palabras del druida, ni al ver suspendido el acero de éste sobre su garganta: una palidez mortal cubrió su semblante; el valor y las fuerzas le faltaron; vaciló un momento, y desplomándose como herida del rayo, fué á caer desvanecida y exánime á los piés

del guerrero, que permaneció insensible, frío é inmóvil, embargado por el espanto, y meditando la magnitud del sacrilego atentado que acababa de cometer.

Entre tanto habia ido creciendo la fuerza de la tormenta, y era tan copiosa la lluvia, que descendiendo las aguas de las colinas por numerosos arroyos, comenzaron éstos á precipitarse y á inundar el lecho del torrente, donde se encontraba Sigor al lado del anciano, ya cadáver, y de la jóven, que yacia desvanecida á sus piés, bañados por la corriente. Poseído del embrutecimiento mental más completo, contemplaba el guerrero los negros cabellos de la esclava, que las aguas agitaban y hacian flotar en torno de su cabeza, y veia más allá otros cabellos blancos movidos tambien por las aguas que se teñian en derredor con la sangre que brotaba de la frente del viejo druida.

Una tempestad no ménos violenta y terrible que la que rugia sobre su cabeza se habia desencadenado en el espíritu de Sigor. Aquellos dos seres que yacian á sus piés le representaban el principio y el término de su destino. El druida que acababa de espirar, víctima de su brazo asesino y parricida, le representaba su religion, su patria y sus juramentos; la jóven, desvanecida y próxima á morir tambien, ar-

rastrada por el torrente, pero á la cual podia fácilmente salvar y volver á la vida, era á sus ojos el dintel para penetrar en una nueva patria y en una nueva existencia con otra religion y otros juramentos. Esta confusion de ideas y esta lucha de sentimientos que se agitaban en la mente y en el corazon de Sigor le tenian completamente abstraído, sin que se diera á sí mismo cuenta de la tormenta ni de sus consecuencias.

Miéntas tanto las aguas que descendian de la montaña dieron mayor impulso á la corriente, y al bañar el cuerpo de Dionea arrastraron la parte flotante de la falda de su túnico, que fué á caer sobre el rostro del druida, ocultándolo á la vista. Este incidente, insignificante al parecer, fué de grandísima importancia: aquel lienzo que cubrió la fisonomía lívida del sacerdote era *el presente borrando el pasado*, y Sigor no vió ya más sino el semblante de Dionea.

La inundacion del torrente aumentaba por momentos, produciendo el curso de las aguas un murmullo sordo y aterrador. Reanimada algun tanto la esclava con aquella fria humedad, hizo un ligero movimiento procurando incorporarse, pero le faltaron las fuerzas para conseguirlo, y sólo las tuvo en los labios para balbucear el nombre de Sigor. En aquel mismo ins-

tante las aguas, que poco á poco habian ido creciendo, se precipitaron en mayor cantidad y con más violencia, pasando á la vez y cubriendo totalmente el cuerpo del druida y el de Dionea, y ocultando ambos á la vista de Sigor.

Una mano se agitó convulsivamente sobre la superficie de la corriente: el guerrero entonces se precipitó en socorro de la jóven, asió fuertemente aquella mano y suspendió á Dionea en sus brazos.

Desde aquel momento dió fin toda clase de incertidumbres en el espíritu y en las resoluciones del galo. Ya no habia allí otra cosa más que Dionea, que era el alma de su alma, que era su propia vida y á quien deseaba salvar á todo trance; porque cuando la vió desaparecer bajo las aguas, se habia sentido morir, y al aparecer aquella mano agitándose sobre la superficie, le pareció que era su propia vida la que lo llamaba. Dionea era, en fin, su última esperanza, que sobrenadaba en la tempestad de su conciencia y de sus pensamientos.

El robusto guerrero, llevando á la jóven en sus brazos, intentó ganar los bordes del cauce; pero habia dejado crecer las aguas del torrente á tal extremo, que sólo con desesperados esfuerzos podia resistir la impetuosidad de aquéllas, y luchaba furiosamente contra la corriente, estimulado

por el terror de Dionea, quien habiendo ya recuperado por completo el conocimiento y poseida de temor y espanto, se asía nerviosamente á Sigor, abrazada con fuerza á su cuello.

A pesar de los supremos esfuerzos del galo, éste no conseguía aproximarse á los bordes del torrente; las aguas le cubrian ya el pecho, y la fuerza y la impetuosidad de la corriente le hacian vacilar á cada paso cuando procuraba afirmar sus piés en las resbaladizas piedras sobre las cuales tenia necesidad de marchar. Cada vez que un falso movimiento le hacía perder el equilibrio, veíasele furioso azotar las aguas con el brazo extendido y cerrado el puño, como si se tratara de abatir y vencer á un enemigo.

En la actitud y en el semblante de aquel hombre podia observarse que se operaba en su alma y en sus sentimientos una lucha todavía más importante y más grave que la que tenia lugar entre sus fuerzas y las del torrente: si antes habia sacrilegamente ultrajado á su dios en la persona y en la vida de uno de sus sacerdotes, ahora le desafiaba con imponente y altiva mirada, con horribles imprecaciones y con soberbio ademan, sin temor á la cólera celeste ni á sus venganzas. Y hasta tal extremo se exaltaron en su espíritu estos senti-

mientos de ira, que, ciego y desencajado, llegó á desenvainar la espada blandiéndola rabioso contra las impetuosas aguas del torrente, como el genio funesto de la desesperación.

La tempestad había llegado á su mayor apogeo: el estampido del trueno retumbaba sin cesar con terrible furor; el espacio se incendiaba con los resplandores rojizos del relámpago, y las aguas aumentaban en cantidad y violencia. El valor y la voluntad de bronce de Sigor se acrecentaban al par; pero á pesar de su pujanza y de sus heroicos esfuerzos le hubiera sido imposible ganar la orilla, y bien pronto hubiera sido arrastrado por la corriente, envuelto en la sangre del cadáver que dejaba en pos, si no hubiese encontrado en medio del cauce una piedra más grande que las demás y de colosales dimensiones, que apenas estaba cubierta por las aguas. Era uno de aquellos dolmanes (altares) que levantaban los antiguos galos para los sacrificios de solemnes funerales por la muerte de alguno de sus príncipes, de cuyos monumentos, así como de las sepulturas de tales personajes, se encuentran vestigios con mucha frecuencia en los cauces de los rios y de los arroyos; porque también era costumbre de aquel pueblo construirlos en semejantes parajes, con el ob-

jeto de que estuviesen defendidos por las aguas y no pudiesen manos sacrilegas profanar las cenizas de sus jefes.

Sobre aquella piedra, pues, se colocó Sigor; y allí, de pié, empuñando su espada, teniendo por alfombra el torrente que se precipitaba en derredor, y por techumbre la tempestad que rugía sobre su cabeza, permaneció silencioso y amenazador, con la mirada fija en el cielo, al cual parecía desafiar, mientras Dionea, apoyándose en sus brazos, contemplaba con amoroso trasporte aquella figura tan salvajemente bella, que la fascinaba y seducía.

Poco á poco fué alejándose la tormenta, cesando la lluvia y descendiendo al par las aguas del peligroso torrente.

Quando todo volvió á recuperar la calma, empezó á crecer la turbación de Dionea ante el hombre que con el intervalo de pocos momentos le había salvado la existencia dos veces. Sigor, por su parte, la contemplaba en silencio: su coraje había cedido al desaparecer el peligro, apagándose su fiereza.

— Y bien, Sigor— le dijo dulcemente la esclava — ¿quieres que sigamos nuestra marcha hasta el gran altar que está en el centro del bosque?

— Es inútil, porque nada tengo ya que implorar de mis dioses: ni vaticinios ni

consejos. Volvamos á casa de Manobal, donde forzosamente ha de haber sido notada nuestra larga ausencia.

Dionea inclinó la frente y caminó, seguida de Sigor, entrando de nuevo en la selva que ántes habian atravesado, y regresando por el mismo camino que habian recorrido.

Ya declinaba el dia, y los oblicuos rayos del sol, próximo á ocultarse bajo el horizonte, se reflejaban en las mil y mil gotas de agua que la lluvia habia depositado en las hojas de los árboles. La tierra se envolvía rápidamente en las sombras del crepúsculo, y tanto Sigor como la griega caminaban de tal manera preocupados en sus íntimas meditaciones sobre los sucesos de aquel dia, que, maquinalmente y sin apercibirse de ello, se desviaron de la ruta ó vereda que debian seguir para llegar á la casa de Manobal. Largo tiempo anduvieron errantes y á la ventura, sin poder encontrar el sendero que habian perdido, y su angustia creció de punto cuando cerró la noche por completo y se convencieron de que les era totalmente imposible regresar á los lugares de donde habian partido.

No tuvieron más remedio que decidirse á pasar la noche en el sitio en que se encontraban. Sigor, que, según la usanza constante de los galos, iba provisto de to-

las sus armas, desgajó con presteza algunas ramas de los árboles inmediatos, las clavó en la tierra, y sujetando su sayal en los extremos, improvisó una especie de tienda, bajo la cual tomó asiento teniendo á su lado á la esclava. A poco empezó á devarse la luna sobre el horizonte, y penetrando sus azulados rayos por entre el follaje, alumbraron la pálida fisonomía de Dionea, en cuyo rostro se marcaban las señales del frio y del cansancio. La pobre jóven, tendida sobre aquella tierra húmeda, se plegaba ó acurrucaba, procurando hacer entrar en calor sus ateridos y extenuados miembros. Sigor la contemplaba en silencio, dejando ver en su semblante el desden de una orgullosa y salvaje conmiseracion. Dionea comprendió la expresion de sus miradas, y con voz atemorizada le dijo:

— ¡Bien veo, Sigor, el desprecio que te inspiro! Me comparas con las mujeres de tu pais, tan esforzadas, tan animosas, y te dices que no es así como ellas arrostran las penalidades y los trabajos, y que tampoco es así como se hacen dignas de un valiente guerrero. Cualquiera de ellas hubiera encendido, ya hace rato, una buena hoguera que te defendiese del frio, y tambien hubiera cogido algunas frutas que te mitigasen el hambre.

—Deja á las mujeres de mi raza esas salvajes virtudes, tan imposibles á tu delicada belleza como imposible sería imprimir á sus robustas formas la gracia de tus movimientos y la dulzura de tu voz. Pero sin duda tu debes tener hambre, ¿no es cierto? Aguarda unos instantes; yo remediaré tus necesidades.

Y frotando primero algunas hojas secas entre su túnica y su pecho, para quitarles la humedad, golpeó con su espada en el pedernal de su hacha (1), consiguiendo encender una buena lumbre. Luégo trajo á Dionea varias frutas de un manzano silvestre, y además algunas aves que sorprendió en los árboles. Despojó á éstas de sus plumas y púsolas sobre las brasas; y cuando estuvieron asadas, las sirvió y ofreció él mismo á Dionea. Así aquel hombre se imponía, en obsequio de una esclava extranjera, deberes y atenciones que no se hubiera atrevido á exigir ni aún de un esclavo de su país, donde se tenía en gran estima y respeto la dignidad del hombre, aunque fuese esclavo, y sólo á las mujeres les estaban asignados aquellos servicios.

(1) En los sepulcros de los Celtas y en las excavaciones que se practican en los países que fueron habitados por aquel pueblo, se descubren frecuentemente esas armas ó hachas de piedra, para las cuales empleaban el pedernal en vez del hierro ó del acero. (N. del T.)

Dicnea lo sabía esto perfectamente, y á pesar de que experimentaba un gozo inefable, considerando el triunfo que había obtenido sobre la salvaje naturaleza de aquel bárbaro, se aterraba de pavora y temor ante su propio triunfo, porque meditaba qué una sola palabra, ó un solo recuerdo, podría traer á la mente de Sigor el grito de su conciencia y la memoria de la misión que le había sido confiada, y temía con razón que, avergonzado y arrepentido aquel hombre de cuanto había hecho, quisiese, en un momento de fanatismo, exterminar el único testigo de sus debilidades y de sus crímenes. Por eso la esclava guardó prudente silencio, y al fin fué Sigor quien la dijo:

—Dentro de algunas horas podremos continuar nuestra marcha. ¿Quieres volver á la casa de Manobal?

—¿Y á dónde quieres que vaya?—respondió Dionea, mirando atentamente á Sigor.

—Tienes razón—replicó aquél.—La vida de nuestras selvas no puede tener atractivos para tí, ni ménos puede serte agradable. Yo mismo, favorecido por la naturaleza con suficientes fuerzas para soportarla, encuentro acobardado mi espíritu ante la idea de sensibles y penosas privaciones.

Dionea dirigió á Sigor una mirada en que se reflejaba todo su asombro, porque habia comprendido el significado de aquellas palabras, aunque no se atrevia á crear toda la intencion y el oculto sentido de ellas. Sigor volvió á quedar abismado en sus meditaciones, y tambien fué el guerrero quien por segunda vez interrumpió el silencio, diciendo bruscamente á la esclava:

—Y ahora, Dionea, ¿querrás declararme que recomendaciones ó mandatos has recibido de Léntulo?

Al escuchar tan inesperada y súbita pregunta quedó la jóven indecisa, y bajó la vista; pero Sigor insistió de nuevo, repitiendo su deseo de conocer las instrucciones que el romano habia confiado á la griega, y entónces ésta, con voz entrecortada y sin levantar la frente, dijo:

—Léntulo teme que tú puedas ser preferido con el amor de la hija de Manobal.

—Y te ha ordenado llevar las cosas de manera que yo te prefiriese á ella; ¿no es eso?

—Los dioses me son testigos de que nada he hecho para procurarlo, —respondió la esclava, dirigiendo una contemplativa mirada al cielo y elevando la frente con fiera dignidad.

—¡Ah! — exclamó Sigor, separándose de Dionea. — ¡Ese romano execrable ha te-

nido la osadía de ordenarte que dispusieras de mi corazon como un niño dispone de sus juguetes, y se ha imaginado que tú harías hablar á mis sentimientos como haces hablar á las cuerdas de tu lira! ¡Pues yo le juro por Teutates que se engaña miserablemente!

—No invoques ese dios sangriento, á quien acabas de ultrajar.

—Y sobre todo no le invoques para mentir: ¿no es eso lo que quieres decir, Dionea? Sí; eso es lo que has querido expresar, porque tú ves que Léntulo ha triunfado, porque tú conoces que te amo y que has fascinado mi corazon. Sí; Léntulo no se engañaba, y tú has obedecido fielmente sus mandatos.

—¡Oh!..... No, no, Sigor; yo te ruego que no creas eso, — gritó Dionea, arrojándose en los brazos del guerrero. — Las órdenes de Léntulo no podian despertar los sentimientos de mi corazon: te he seguido y te he acompañado, porque tú así lo has querido; pero desde que te conocí no he podido procurar agradarte, porque sólo he podido amarte.

A esta franca y entusiasta manifestacion sucedió un prolongado y pudoroso silencio. Dionea permaneció inmóvil, con la vista baja, y apoyando su cabeza en el hombro de Sigor, que la contemplaba fija-

mente procurando descubrir en su semblante la íntima realidad de sus pensamientos.

Cuando la mirada de Sigor descendió lentamente desde la frente á la mano de la jóven, quedó triste y abatido; y señalando con el dedo el brazaletes de hierro sujeto á su muñeca, como signo de su esclavitud, la dijo:

—¿Puede ser dueña de sus sentimientos y tener libre el corazón la persona cuyo cuerpo y cuya vida tienen otro dueño?

A su vez Dionea señaló con su mano la argolla de hierro que llevaba Sigor al cuello, y le respondió:

—Entonces tampoco puede tener libre la voluntad el que se consagra á una empresa imposible.

La intención de Dionea no fué un reproche á Sigor; así lo entendió aceptando aquellas palabras como una servación que iluminó su entendimiento.

—Tienes razón, — respondió; — mi empeño es inútil: esta raza de hombres generados no puede cooperar á la realización de los proyectos que me han alejado de mi patria.

—¿Y volverás á tu país sin avergüenzarte de no haber podido realizar tu empresa?

—No, — respondió el galo. — Conde

do al recuerdo de mi ignominia, mi cuello conservará eternamente este signo de mi impotencia y de mi flaqueza, porque sólo nuestros druidas poseen el secreto de la hierba milagrosa que pudiera destruirlo... Tú también conservarás siempre en la mano esa prueba de tu esclava condición, porque perteneces á un dueño que no la romperá jamás.

—Te equivocas, Sigor, — dijo Dionea; — yo poseo un instrumento de acero que corta y pulveriza los hierros más duros: este anillo caerá á mis pies cuando yo lo quiera, y cuando tú lo desees, yo podré libertarte de esa argolla.

—¿Dónde está ese poderoso instrumento?

—Lo tengo escondido bajo el lecho mío, — respondió Dionea. — Mi libertad duerme cerca de mí, y no aguardo más que una hora, un favorable momento para despertarla.

—¿Quisieras tú que esa fuese una misma hora para los dos?

—Yo te declararé cuáles son los deseos de mi corazón, si después que hayamos llegado á casa de Manohal insistes en hacerme esa pregunta.

Así debía concluir para la jóven griega la vergonzosa servidumbre que le había impuesto el destino, y así también iba á

romper el guerrero la noble esclavitud que sus heroicos juramentos le habian impuesto.

Sigor descendia : Dionea se elevaba.

La mujer conquistaba su libertad con el poder de su debilidad y con los encantos de su belleza : el hombre se hacia esclavo, dominado por sus pasiones. Dionea era la exacta imagen del pueblo vencido que, con las armas de la seduccion, humilla la grandeza del vencedor, colocándose al nivel de su altura.

IV.

Cuando Léntulo y Manobal llegaron al campamento de Cepion, el Cónsul hizo al galo un distinguido y cortés recibimiento.

Le dispuso un baño perfumado, puso á su disposicion magníficos trajes, para que pudiera mudarse los suyos, y le ofreció una espléndida mesa con abundantes y suculentos manjares.

Empero toda la cordialidad y la cortesía que habian reinado entre Manobal y Cepion desaparecieron desde el momento en que se marcharon los demas convidados y quedaron solos con Léntulo.

Los tres personajes demostraban la mayor frialdad, encerrándose cada cual dentro de un meditado silencio para exami-

narse recíprocamente con ojo desconfiado, afectando un aspecto de indiferencia que estaban muy léjos de experimentar. Sucedia entre ellos una cosa parecida á lo que ocurría entre los antiguos guerreros celtas cuando se reunian en la morada de cualquiera de ellos para celebrar alguna conferencia sobre asuntos de gran importancia : aquellos hombres deponian sus armas, despojándose de ellas para tomar asiento en el festin con que se inauguraba la junta, y tan pronto como se habia servido el último manjar y se iba á proceder á la deliberacion, volvian tranquilamente á armarse, se ceñian las espadas, abrazaban sus escudos, examinaban sus arcos y sus flechas, y así aparejados comenzaban el consejo. De igual manera Cepion y Manobal, concluido el banquete, depusieron la cordialidad y se armaron de astucia, esperando mutuamente á ver cuál de ellos entablaba el diálogo : ambos simulaban no tener nada que decirse, y acostándose por completo en los lechos que respectivamente ocupaban, fingieron dormir con profundo sueño.

Léntulo permaneció observándolos con atencion, y pudo sorprender que el uno y el otro abrian furtivamente un ojo de vez en cuando para examinar la actitud de su adversario. Casi tuvo tentacion el jóven

romper el guerrero la noble esclavitud que sus heroicos juramentos le habian impuesto.

Sigor descendia : Dionea se elevaba.

La mujer conquistaba su libertad con el poder de su debilidad y con los encantos de su belleza : el hombre se hacia esclavo, dominado por sus pasiones. Dionea era la exacta imagen del pueblo vencido que, con las armas de la seduccion, humilla la grandeza del vencedor, colocándose al nivel de su altura.

IV.

Cuando Léntulo y Manobal llegaron al campamento de Cepion, el Cónsul hizo al galo un distinguido y cortés recibimiento.

Le dispuso un baño perfumado, puso á su disposicion magnificos trajes, para que pudiera mudarse los suyos, y le ofreció una espléndida mesa con abundantes y suculentos manjares.

Empero toda la cordialidad y la cortesía que habian reinado entre Manobal y Cepion desaparecieron desde el momento en que se marcharon los demas convidados y quedaron solos con Léntulo.

Los tres personajes demostraban la mayor frialdad, encerrándose cada cual dentro de un meditado silencio para exami-

narse recíprocamente con ojo desconfiado, afectando un aspecto de indiferencia que estaban muy léjos de experimentar. Sucedia entre ellos una cosa parecida á lo que ocurría entre los antiguos guerreros celtas cuando se reunian en la morada de cualquiera de ellos para celebrar alguna conferencia sobre asuntos de gran importancia : aquellos hombres deponian sus armas, despojándose de ellas para tomar asiento en el festin con que se inauguraba la junta, y tan pronto como se habia servido el último manjar y se iba á proceder á la deliberacion, volvian tranquilamente á armarse, se ceñian las espadas, abrazaban sus escudos, examinaban sus arcos y sus flechas, y así aparejados comenzaban el consejo. De igual manera Cepion y Manobal, concluido el banquete, depusieron la cordialidad y se armaron de astucia, esperando mutuamente á ver cuál de ellos entablaba el diálogo : ambos simulaban no tener nada que decirse, y acostándose por completo en los lechos que respectivamente ocupaban, fingieron dormir con profundo sueño.

Léntulo permaneció observándolos con atencion, y pudo sorprender que el uno y el otro abrian furtivamente un ojo de vez en cuando para examinar la actitud de su adversario. Casi tuvo tentacion el jóven

romano de dar rienda suelta á su risa al contemplar tan torpes artes; pero viendo que se prolongaba aquella escena de fingimientos, se decidió á ponerle fin. Para lograrlo no recurrió ciertamente á ningun medio extraordinario, ni produjo ruido alguno, ni dirigió excitaciones á ninguno de los dos durmientes: el partido que adoptó fué salir de la tienda con excesivas y marcadas precauciones, como si temiera turbar el reposo de aquellas dos personas; y tan pronto como salió de la estancia y cayó la cortina que la cerraba, incorporáronse súbitamente Cepion y Manobal, quedando sentados en sus respectivos lechos.

—Creí que ese loco no iba á salir jamas, —exclamó Cepion.

—Y sin embargo, —añadió Manobal, —yo le habia recomendado que nos dejase solos.

No era ciertamente el rubor de su respectiva afrenta lo que les detenia para tratar en presencia de Léntulo, descubriendo á éste la bajeza y la ruindad de sus almas: si aguardaron á que se alejase el jóven, fué por poder discutir con absoluta reserva intereses puramente particulares. Léntulo, por su parte, tenia muy poderosas razones para querer saber con toda exactitud la importancia y cuantía de esos intereses; así fué que no se alejó de aquel

lugar, permaneciendo oculto tras la cortina.

Manobal y Cepion consideraron que podian hablar con entera libertad, y entablaron el siguiente diálogo:

—Léntulo me ha indicado, —dijo Cepion, —que tú podrias volver á poner en nuestro poder la ciudad de Tolosa.

—Tolosa no ha sido jamas de Roma, —contestó Manobal. —Si la ciudad admitió en su recinto una guarnicion romana, fué sólo como un auxilio para poderse defender de los cimbrios: todo lo que yo podria hacer, pues, sería conseguir que los magistrados pusiesen en libertad á vuestros soldados.

Cepion aparentó una adolorada sorpresa, y exclamó admirado:

—Sin duda que eso vale mucho para Roma y para mí; pero se me figura que es bien poca cosa con relacion á tu extremada influencia. Tal vez yo no me atreviera á esperar de Manobal, en favor mio, un servicio de tamaña importancia; pero creia que fuesen más grandes su valimiento y su poder.

—El valimiento y el poder de Manobal, —contestó éste, —son sobradamente grandes para conseguir cuanto pueda desear el cónsul Cepion.

—El hombre prudente no debe desear

ni pretender nunca sino cosas que sean posibles, — dijo el romano con hipócrita entonación.

—Pero á la prudencia del hombre, todo le es posible alcanzarlo, — añadió Manobal.

Al oír estas frases dejó Cepion el lecho donde estaba sentado, y fué á colocarse más cerca del galo, hablándole con voz tan apagada y misteriosa, que apenas sus palabras fueron perceptibles al atento oído de Léntulo, que escuchaba con avidez por la parte exterior.

—¿Podría yo, pues, aumentar la guarnición de Tolosa?

Manobal ejecutó con la cabeza una inclinación afirmativa.

—Y como yo no pretendo, — continuó Cepion, — que nuestros soldados sean una carga ni un penoso grávan para la ciudad, podrían cedérseles en su recinto algunas tierras incultas para que las labrasen.

—También eso es posible, — contestó Manobal.

—Siendo así, — dijo Cepion, — podemos redactar desde luego el tratado de alianza que debe unir á las dos naciones.

Y sin esperar la respuesta de Manobal se adelantó él mismo á traer, y colocó sobre la mesa un pedazo de pergamino enrolla-

do (1) y un *scrinium*, compuesto de dos tubos iguales, que descansaban en una ancha base, uno de los cuales contenía la tinta, y el otro las plumas de escribir, puesto que el *stilium* no se empleaba sino para la escritura en las tabletas (2).

Ya se disponía Cepion á redactar las primeras condiciones del contrato, cuando le detuvo Manobal, diciéndole:

—¿Por qué, siendo este un convenio entre dos pueblos iguales, has de escribirlo en el idioma del tuyo?

—Porque no existe posibilidad de con-

(1) Origen de la palabra latina *volumen*, adaptada al castellano. (N. del T.)

(2) La *tabula* ó *tablilla* fué un sistema de escritura usado por los romanos antes de emplear el pergamino y las plumas. Eran unos lienzos y también unas tablillas de madera con un baño de cera, sobre el cual se grababan las letras con el auxilio del *stilium*, que era una especie de punzón. A los jueces de los tribunales se les entregaban tablillas para emitir sus votos en las sentencias, y esos votos de los magistrados se expresaban con letras. Una *C.*, significaba *condemno*, una *A.*, *absolvo*, y las dos letras *N. L.*, *non liquet*, esto es, no está suficientemente claro el asunto. Esto daba lugar á muchas supercherías. Habiendo Hortensio sobornado á los jueces en una célebre causa, señaló con diferentes colores las tablillas que á cada uno se daban, para conocer luego quiénes le habían cumplido su palabra. A este hecho escandaloso, y entonces reciente, alude M. T. Cicerón en su discurso contra Q. Cecilio, diciendo: *Et uti idem, ut aliquis metus adiutus sit ad gratiam, certus esse in consilio quibus ostendi tabellas veli; id esse per facile; non enim singulos ferre sententiam, sed universos constituere, ceratam unicuique tabellam dari cera legitima, non illa infami ac nefaria.* (N. del T.)

signarlo con caracteres gálicos. Jamás habeis tenido el arte de la escritura, y si conservais algunos recuerdos de vuestra historia es sólo por haber sido transmitidos de generacion en generacion por el canto de vuestros bardos y por la enseñanza de vuestros sacerdotes.

— Es cierto, — respondió Manobal; — no conocemos el arte de la escritura ni poseemos caracteres especiales de la nacion gálica; pero si tuviéramos esos caracteres, ¿accederías tú á escribir con ellos el tratado que vamos á formalizar? Escoger ó preferir el idioma de uno de los dos pueblos que contratan, equivale á reconocer la superioridad de ese pueblo y á la concesion de un privilegio que humilla al otro pueblo, y que éste no puede ni debe consentir en manera alguna. Tenemos un idioma y unos caracteres perfectamente neutrales que los galos y los romanos hablan y escriben con igualdad de conocimientos: ese idioma es el griego, ¿consientes en aceptarlo para la redaccion de nuestro tratado?

— El idioma es de todo punto indiferente, cuando las condiciones del contrato están dictadas por la buena fe, — respondió Cepion.

— En efecto, — replicó Manobal; — pero lo que hoy dicte la buena fe, pudiera ma-

ñana la malicia quererlo interpretar de distinta manera; y no está bien que ninguna de las dos naciones que representamos pueda ser nunca víctima de la ambigüedad de las frases, cuya significacion y lato sentido no comprende perfectamente y con igualdad.

Después de la derrota de Mollius, vencido por los cimbrios á orillas del Ródano, obtuvo Cepion el mando de las legiones romanas que ocupaban el territorio de las Galias comprendido entre los Alpes y aquel rio. Llegado de Roma hacía pocos meses, habíase imaginado que el espíritu de los habitantes de aquel país carecia más aún de agudeza y comprension que sus costumbres de cultura, y se le figuraba que porque los galos desconocian las artes romanas habian de ignorar forzosamente los intereses de la patria. Este error ha sido siempre muy frecuente entre los pueblos civilizados, cuando sin un detenido estudio han intentado juzgar la inteligencia de las naciones calificadas por ellos de bárbaras; y siempre que éstas han demostrado en sus convenios ó tratados alguna sutileza ó algun ingenio, han quedado aquellos admirados y sorprendidos como de una cosa extraña y maravillosa. Esto fué lo que le sucedió á Cepion, y bien pronto comprendió éste que el engañar á Manobal

no le sería tan fácil como había creído. En su consecuencia, procuró consignar embozadamente sus proposiciones con fórmulas de respetuosa atención, inscribiendo á la cabeza del tratado el nombre de cada uno de los contratantes, y estableciendo que la validez del convenio exigía la ratificación del Senado de Roma, y la indispensable aprobación de la asamblea general de los Tectósagos.

La primera cláusula del pacto declaraba que los romanos formaban alianza con los galos para la recíproca defensa de los dos pueblos contra las invasiones de los Bárbaros, y muy especialmente para rechazar los ataques de los cimbrios.

A renglon seguido se establecía que para obtener resultados positivos de esta alianza, había de ser ocupado desde luego el territorio de las Galias por cierto número de legiones romanas, estacionándose éstas de un modo conveniente y estratégico, para que no pudieran ser atacadas por sorpresa, á cuyo efecto una parte de aquellas fuerzas cubriría las guarniciones de las ciudades y puntos fortificados, y el resto acamparía en terrenos que les sería permitido cultivar.

Después se redactó la condición que concedía á los romanos cierta extensión de tierras, señalándose la Narbona como el

territorio más á propósito y conveniente para este objeto. Al llegar á este punto, dijo Cepion:

— Los romanos no pretenden de manera ninguna inmiscuirse ni intervenir en el gobierno de los pueblos, con los cuales establecen alianza, porque saben muy bien que las leyes y las costumbres de cada nación deben ser respetadas. Por eso mismo no puede causarte extrañeza si pretendemos y exigimos que nuestras colonias y nuestros soldados se rijan por las costumbres y por las leyes de Roma.

— ¿Qué extensión tendrán esas leyes?— preguntó Manobal.

— Las colonias se gobernarán por sí mismas y tendrán su Senado y su Pueblo, asumiendo ambos poderes la soberanía de legislar y la facultad de elegir sus magistrados, cuyo Concejo se llamará Curia y sus miembros Decuriones. La administración estará encomendada á dos magistrados superiores, que se titularán Duumvros; pero tan elevados cargos no serán confiados sino á ciudadanos de madurez y experiencia, por lo cual será necesario contar más de cuarenta y tres años para obtener puestos tan importantes.

— Como todo eso es concerniente sólo á vosotros, nada tengo que objetar á tales condiciones. ¿Tienes algo más que añadir?

—Bien conocerás, Manobal, que una de las penas más crueles para el hombre es la de verse lejos de su patria; así, pues, encontrarás muy justo que, en cuanto sea posible, procuremos recordarla á nuestros conciudadanos. Al efecto les construiremos un Capitolio (1), un anfiteatro, templos, circos, mercados y todo aquello, en fin, que pueda contribuir á hacerles creer que no están lejos de Roma.

—Todo eso también me parece justo, y lo consentiremos. ¿Pero qué es lo que vosotros nos otorgáis en recompensa del derecho que os concedemos para así venir á implantar vuestras ciudades y vuestras costumbres en medio de nuestro pueblo?

Cepion quedó algo confuso sin saber qué contestar á la observacion de Manobal, y despues de algunos momentos de duda, le dijo:

—Nosotros os daremos exactamente lo mismo que nos dáis, y podréis ser en Roma lo que nosotros seamos en las Gálias.

(1) Templo y ciudadela edificados en el monte Tarpeo de Roma en honor de Júpiter. Las obras de su edificación empezaron en tiempos de Tarquino el Antiguo, y se concluyeron por Tarquino el Soberbio. El Capitolio de Roma contenía, además del templo de Júpiter, los no menos célebres de Minerva y de Juno, donde se depositaron inmensos tesoros. Los romanos construían monumentos parecidos al de Roma, y con el propio nombre en los países que conquistaban. (N. del T.)

—¿De modo que podremos establecer nuestras colonias en el Latio (1), y llevar allí nuestras costumbres y nuestras leyes?

—De ninguna manera,— se apresuró á contestar Cepion.—Nosotros no podemos consentir ni aceptar el cambio de la civilización por la barbarie; pero daremos todas las ventajas y todos los derechos de las leyes de Roma á los que pretendan someterse á ellas. Así pues, los galos que voluntariamente se asocien á nuestros soldados para fundar una colonia, adquieren el título de ciudadanos romanos, tienen el derecho electoral en Roma, y pueden aspirar á los primeros cargos y puestos de la República, despues que hayan obtenido en su respectivo municipio los de Edil ó Questor (2).

(1) Comarca de Italia junto al mar interior, entre la Etruria y la Campania. Se dividía en viejo y en nuevo Latio, y los pueblos que la habitaron se llamaron latinos. (N. del T.)

(2) El Edil era un magistrado que cuidaba de la policía urbana. Este cargo fué instituido por el pueblo el año 261 de la fundación de Roma, por lo cual se llamaron Ediles plebeyos para diferenciarlos de los Ediles curules, que el año 389 se agregaron á aquéllos, siendo elegidos, alternativamente en un principio y despues sin distinción, entre las clases patricia y plebeya. Los Questores ó Cuestores fueron otros magistrados con varias atribuciones: los había para cuidar del tesoro público, para fallar las causas importantes que les sometan los jueces ordinarios; para acompañar al Cónsul con el ejército, ó al Pretor ó Procónsul de una provincia. Questor urbano era aquel cuyas atribuciones se simila-

— Es decir, que lo que nos proponéis es que dejemos de ser galos para convertirnos en romanos. No escribas esa cláusula; hay cosas que sólo se obtienen por la imposición y por la fuerza, pero jamás por el consentimiento. El tiempo solamente podrá alcanzar el triunfo que tú pretendes conseguir, si nuestros hermanos encuentran mejor la condición de vuestros pueblos que la de los suyos.

— Y sin embargo, — replicó Cepion, — el bien no deja de ser bien de cualquier manera que se obtenga.

— ¡Mal conoces á los galos, Cepion! Es seguro que si se les deja en libertad aceptarán más pronto ó más tarde vuestras leyes, y se acomodarán á vuestras costumbres, porque creerán hacerlo por su propia iniciativa y voluntad; pero puedes estar asimismo persuadido de que reahazarían hostilmente á vuestros magistrados y á vuestros sacerdotes, si tan siquiera llegáran á sospechar que se intentaba someterlos á su obediencia y á su poder.

El astuto Cepion aparentó no dar importancia á las declaraciones de Manobal, y añadió:

ban al casco de la ciudad, para perseguir á los vagamundos y delincuentes, y para prestar auxilio en los siniestros de incendios. (N. del T.)

— Al par que nuestras leyes y costumbres también se practicará nuestra religión en las colonias de los romanos; y ciertamente será esto un bien de grande importancia para vosotros, si aprovecháis el ejemplo, y si la bondad y dulzura de nuestros cultos hace que renunciéis á esos sacrificios humanos que ofreéis á vuestros sangrientos dioses.

— Bien difícil es calificar cuál de los dos sistemas sea el más humanitario, si aquel que arroja los hombres á las fieras en el circo, ó el que las inmola sobre un altar. Todavía no he podido explicarme que el pueblo sea una divinidad tan poderosa y respetable como para ofrecerle sacrificios que vosotros mismos calificáis de bárbaros y sangrientos porque los dedicamos á nuestros dioses. Guárdate bien, por tanto, de hablar de esto á nuestros pueblos, y déjales la libertad de creencias que reclamamos para los tuyos.

— Sea como gustes; pero esto no obstante, — continuó Cepion observando atentamente la fisonomía de Manobal, — tengo entendido que no siempre habeis rendido culto á vuestras divinidades con ofrendas de sangre humana; y si no estoy equivocado, creo que el templo de Apolo en Tolosa guarda ricos tesoros, que la piedad de los galos ha ido acumulando desde

hace muchos años en obsequio á sus dioses.

— No han sido exagerados tus informes, — contestó Manobal con intencionada frase; — y bien podrás por tí mismo asegurarte de esa gran verdad cuando seas dueño de la ciudad de Tolosa.

El romano comprendió perfectamente todo lo que con aquellas palabras habia querido decirle Manobal, y correspondiendo, por su parte, con una oferta aún más directa y expresiva que la que se le acababa de hacer, dijo á cuál:

— ¿Y cuál ha de ser tu recompensa por todo esto, Manobal?

— Bien sabes, — respondió el galo con fingida y afectada humildad, — que yo no soy más que un pobre pescador que he tenido la suerte de ganar algun dinero arrendando la pesca de una parte de los lagos de la provincia, y entre ellos la del de Lates (1). Pues bien, yo no preten-

(1) El sistema empleado por los galos para la pesca de éstos lagos era por todo extremo sorprendente, y Plinio nos dá algunos detalles de esta pesca singular, refiriéndose precisamente al lago nombrado Lates, situado en la provincia Narbonesa, cerca de Nimes. Dice que en las aguas de este lago crecia y se multiplicaba un considerable número de peces llamados sargos, muggos, mujiles, mujoles, trillas, cabezados, magles, etc., etc., para cuya pesca se asociaban los hombres con los delfines. En determinada época del año acudian aquellos peces en grandes balsas á los canales que desembocaban en el mar para desovar, y entonces precisamente era cuando

do ni quiero más recompensa sino la de que ese privilegio, que sólo comprende á algunos lagos, se extienda á todos los de la comarca, y muy especialmente al que está próximo y depende del templo de Apolo, no porque ése pueda proporcionarme más utilidades que otro cualquiera, sino por el alto honor de ser el pescador de aquel dios, y porque ésa es, en su clase, una especie de sacerdocio que mi vanidad am-

tenia lugar la gran pesquera. La aglomeracion de tantos peces y la irresistible violencia con que caminaban hacia imposible la colocacion de atajadizos de redes, porque éstas eran destrozadas al punto por el impulso de aquel torrente de animales. En sustitucion, pues, de los atajadizos, los pescadores se dirigian á la playa tan pronto como empezaban á notar el movimiento de los habitantes del lago, y daban grandes voces, gritando con repeticion: «Simon, Simon, Simon», cuyos ecos llevaba el viento Norte á una considerable distancia, y eran la señal á la cual acudia un ejército de delfines que cerraba el paso á los viajeros. Entonces los hombres tendian sus redes é iban estrechando la pesca, que, así acorralada, empezaba por saltar buscando la huida, cayendo luego en las bocas de los delfines, cuya falange no se entretenia en comerlos, gozando con sólo la matanza. Los pescadores, entretanto, aprovechaban la detencion de aquellas multitudes llenando de peces sus barcos, y no sólo abandonaban á los delfines la parte que estos cetáceos habian matado, sino que además los regalaban arrojándoles una pasta compuesta de pan y vino, que los dejaba satisfechos y contentos para acudir á la llamada del año siguiente.

Esta costumbre y este sistema ha dejado ya de practicarse, debido, sin duda, á que la cria de peces ha disminuido sensiblemente, y á que muchos de los lagos han sido desecados ó han perdido sus primitivas condiciones. (N. del T.)

biciona desde hace mucho tiempo. Para fundar razonablemente este privilegio y darle apariencias de justicia, podrás decir que el precio de tal arriendo se destina al pago de la soldada de las tropas romanas, que la República se obliga á sostener para la comun defensa.

Cepion no pudo ménos de sonreirse al conocer las modestas pretensiones de Manobal, ni éste aparentó inquietud ninguna al observar que se agitaba con violencia la cortina, tras la cual se ocultaba Léntulo. El jóven romano creía defraudados sus proyectos y sus esperanzas, por el mezquino giro que había dado á la negociacion aquel á quien consideraba como su futuro suegro; porque Léntulo sabía que la traicion de Manobal se le hubiera pagado á mucho mayor precio del que por ella obtenia, y quedó sorprendido de que el galo fuese tan torpe que no viera en un rincon de la tienda un cofre atestado de oro y una balanza allí dispuesta para pesarlo.

Léntulo consideró necesario apresurar su entrada en la tienda por si podia con su presencia y con sus insinuaciones despertar la codicia de Manobal. Penetró, pues, en ella decididamente, y aparentando desconocer todos los detalles de la conferencia que habia escuchado, preguntó

cuáles eran los acuerdos y las condiciones estipuladas entre Manobal y el Cónsul; pero Cepion, preocupado en activar la terminacion de aquel importante y ventajoso negocio, procuraba concluir á toda prisa la redaccion del convenio, y no le contestó. Léntulo aprovechó aquellos momentos para acercarse á Manobal, diciéndole en voz baja:

— ¿Estás satisfecho? ¿Has recibido las cuantiosas sumas de dinero que Cepion tenia orden de entregarte como remuneracion de tus servicios?

— Yo no vendo — contestóle Manobal — los intereses de mi patria, y he venido aquí solamente por amor á ella y para hacer lo que considero conveniente para su bienestar y para su dicha, sin aspirar á otra recompensa más que á la gratitud y á la estimacion de mis conciudadanos.

Léntulo habia creído conocer perfectamente á Manobal y lo suponía hombre de grande astucia y sutileza, avaro y de extraordinarias ambiciones, hasta el extremo de que en cualquiera otra circunstancia que no hubieran escuchado sus oidos toda la conferencia del convenio, hubiera calificado de audaz hipocresía la contestacion que habian obtenido sus preguntas; pero despues de ver el miserable resultado de aquellas gestiones, dudó ya de la saga-

ciudad del galo y supuso que éste había sido víctima del engaño de Cepion, asomando á sus labios, con tal motivo, una ligera sonrisa de desprecio.

Entre tanto Cepion había escrito una segunda copia del tratado, que entregó á Manobal, despidiéndose de éste y encargando á Léntulo que acompañase al galo.

El jóven romano y el padre de Cesonia abandonaron seguidamente el campamento. Léntulo caminaba al lado de Manobal y estudiaba en su fisonomía, procurando descubrir en ella algo que le diera á conocer cuáles habían sido las razones que había tenido para concertar un tratado que ningún provecho individual le ofrecía; pero cansado del indiferentismo con que el galo escuchaba sus observaciones, se decidió al fin á tomar súbita resolución, y preguntóle:

—¿A dónde piensas dirigirte ahora?

—Voy á Tolosa á presentar este escrito á los magistrados que me son adictos y que desaprueban, como yo, el arresto de la guarnición romana, para que me ayuden á conseguir que sea puesta en libertad.

—En ese caso, ha llegado el momento de separarnos: ve ahí el camino que conduce á la ciudad.

—Este camino — dijo Manobal — es el mismo que conduce á mi morada. ¿No

vuelves tú á ella? ¿No sabes que hay allí quien te espera?

Estas preguntas acabaron de irritar el ánimo de Léntulo, alterado ya en sumo grado por la simplicidad que suponía en el galo. Sin embargo, supo refrenar su cólera, y adoptando su habitual estilo imperpetinente y altivo, respondió:

—Ciertamente que la hija de Manobal es muy hermosa; pero yo te declaro que su amor no puede satisfacer mis necesidades, ni mis aspiraciones. Quizá estas aspiraciones no merezcan tu aprobación; pero soy yo el que deseo alcanzarlas á mi gusto. Ni me agradan los lechos de paja, ni me pueden dar placer los baños que carecen de esencias perfumadas, ni mucho menos quiero exponerme á tener que alimentarme toda mi vida con los peces que extraigan tus redes de los lagos cuyo privilegio de pesca acabas de obtener.

Manobal tuvo la prudencia de no contestar una sola palabra, aunque comprendió perfectamente la directa alusión que hacía Léntulo al tratado concertado entre él y Cepion. El galo, sin embargo, dirigió al romano una mirada tan extraña, dejó asomar á sus labios una sonrisa tan irónica y reveló en su rostro tal expresión de malicia, que asaltó á Léntulo la súbita sospecha de haber sido tal vez juguete de

la doblez y de la astucia del viejo magistrado de Tolosa. El padre de Cesonia, encerrado en su prudente reserva, se concretó á dirigirle un saludo con la mano, y se alejó impasible sin exigir á Léntulo ninguna explicacion de sus palabras y sin manifestar tampoco los menores propósitos de dársela por su parte al jóven romano, el cual, despues de permanecer largo rato siguiéndolo con la vista, regresó de nuevo al campamento, entregado á profundas meditaciones con motivo de la singular y extraña despedida de Manobal.

Aquel mismo dia, á la caída de la tarde, Carrin y Cesonia, impulsados por contrarios sentimientos, habian acudido al umbral de la morada de Manobal y se habian sentado sobre las mismas gradas donde pasaba la primera escena del comienzo de esta historia. La jóven galesa, inquieta é impaciente, dirigia con avidez sus miradas al horizonte, esperando descubrir la aproximacion de alguna persona: el anciano escuchaba atentamente los ruidos más imperceptibles para poder distinguir los pasos de álguien á quien esperaba con ansiedad. Ni una sola palabra se habia cruzado

entre ambos personajes, y el horizonte permanecia desierto, sin que nada turbase la tranquilidad y el silencio de la tarde; pero la ansiedad que dominaba el corazon de Cesonia se desbordó por sus labios, á pesar de los esfuerzos de su disimulo, y olvidando que habia quien pudiera oirla, exclamó maquinalmente y á media voz:

— ¡Cuánto tarda Léntulo!

— Demos por ello gracias á los dioses, y elevemos al cielo nuestros ruegos para pedir que no regrese, exclamó Carrin.

La jóven comprendió su imprudencia y guardó silencio; pero Carrin añadió:

— ¡Y serás tan necia que tengas todavía fé en el amor de ese romano? Persuádete de que todo es cálculo, estudio, fingimiento y traicion en esos hombres de raza tan distinta y enemiga de la nuestra. Sin duda debe haber obtenido ya de tu padre lo que pretendiera, y tal vez á estas horas se mofa de él y de tí en los brazos de alguna cortesana griega que forme parte de su séquito.

— Eso es imposible— replicó Cesonia— Léntulo me ha jurado por sus dioses que yo seré su esposa, y un romano jamas ha faltado á la fé de sus promesas.

— ¿Quién te ha informado tan favorablemente de sus virtudes? ¿Ha sido, por ventura, esa esclava? ¿Dónde está Dionea?

la doblez y de la astucia del viejo magistrado de Tolosa. El padre de Cesonia, encerrado en su prudente reserva, se concretó á dirigirle un saludo con la mano, y se alejó impasible sin exigir á Léntulo ninguna explicacion de sus palabras y sin manifestar tampoco los menores propósitos de dársela por su parte al jóven romano, el cual, despues de permanecer largo rato siguiéndolo con la vista, regresó de nuevo al campamento, entregado á profundas meditaciones con motivo de la singular y extraña despedida de Manobal.

Aquel mismo dia, á la caída de la tarde, Carrin y Cesonia, impulsados por contrarios sentimientos, habian acudido al umbral de la morada de Manobal y se habian sentado sobre las mismas gradas donde pasaba la primera escena del comienzo de esta historia. La jóven galesa, inquieta é impaciente, dirigia con avidez sus miradas al horizonte, esperando descubrir la aproximacion de alguna persona: el anciano escuchaba atentamente los ruidos más imperceptibles para poder distinguir los pasos de álguien á quien esperaba con ansiedad. Ni una sola palabra se habia cruzado

entre ambos personajes, y el horizonte permanecia desierto, sin que nada turbase la tranquilidad y el silencio de la tarde; pero la ansiedad que dominaba el corazon de Cesonia se desbordó por sus labios, á pesar de los esfuerzos de su disimulo, y olvidando que habia quien pudiera oirla, exclamó maquinalmente y á media voz:

— ¡Cuánto tarda Léntulo!

— Demos por ello gracias á los dioses, y elevemos al cielo nuestros ruegos para pedir que no regrese, exclamó Carrin.

La jóven comprendió su imprudencia y guardó silencio; pero Carrin añadió:

— ¡Y serás tan necia que tengas todavía fé en el amor de ese romano? Persuádete de que todo es cálculo, estudio, fingimiento y traicion en esos hombres de raza tan distinta y enemiga de la nuestra. Sin duda debe haber obtenido ya de tu padre lo que pretendiera, y tal vez á estas horas se mofa de él y de tí en los brazos de alguna cortesana griega que forme parte de su séquito.

— Eso es imposible— replicó Cesonia— Léntulo me ha jurado por sus dioses que yo seré su esposa, y un romano jamas ha faltado á la fé de sus promesas.

— ¿Quién te ha informado tan favorablemente de sus virtudes? ¿Ha sido, por ventura, esa esclava? ¿Dónde está Dionea?

¡Ah! De seguro habrá escapado á unirse con su cómplice.

—Dionea marchó á servir de guía á Sigor—dijo Cesonia con mal reprimida acritud—y Sigor tampoco ha regresado áun.

—¡Oh, Sigor! Mucho me inquieta y sorprende su tardanza; pero no dudes que regresará bien pronto. En los lugares que ha ido á visitar existió en otros tiempos el bosque sagrado de nuestros sacerdotes; y allí, ante los venerables monumentos y ante los abandonados altares de nuestros antepasados, habrá recibido sin duda la inspiración necesaria para realizar los designios de su elevada misión. No tardaremos en volverlo á ver entre nosotros.

—Y con él vendrá también nuestra desgracia, no lo dudeis—respondió Cesonia—porque me temo que su presencia haya sido solamente la causa del alejamiento de Léntulo.

—¡Maldición sobre Léntulo! te digo yo, porque tal vez sea ese infame romano quien traidoramente impide la pronta vuelta de Sigor.

Todavía continuaron altercando así largo rato la jóven y el anciano, hasta que un lejano ruido y una inmensa nube de polvo llamaron respectivamente la atención de Carrin y atrajeron las miradas de Cesonia.

—Ese ruido en nada se parece al de los

pasos de un hombre: ese no es Sigor—dijo Carrin.

Cesonia se habia puesto de pié sobre el más alto escalon de las gradas, y miraba con avidez.

—Es un carro—dijo—que levanta una espesa polvareda: ¡no es Léntulo!

—¡Es mi hijo!—exclamó Carrin.

—¡Es mi padre!—exclamó Cesonia.

Y despechados y contrariados penetraron ambos en la casa sin detenerse para recibir á Manobal, puesto que la llegada de éste no era la que satisfacía las reciprocas esperanzas de aquéllos.

Poco tardó Manobal en llegar á la puerta de su morada. Las nubes de vapor que exhalaba el sudor de sus caballos, y el cansancio y abatimiento de estas bestias, atestiguaban que se habia exigido de ellas un servicio rápido y penoso.

Manobal saltó ligeramente del carro apenas hubo éste parado, y al penetrar en su casa dió orden á sus esclavos para que fuesen inmediatamente en busca de su padre y de su hija, noticiándoles su regreso y advirtiéndoles que tenía necesidad de hablarles en el acto. Avisados el anciano y la jóven, se reunieron con Manobal en el departamento más retirado de la casa, donde el padre de Cesonia procuró explicarles sus proyectos.

—Gracias al cielo—les dijo—que puedo hablaros con entera libertad y confianza sin que me lo estorbe la presencia importuna de ningún huésped. Escuchadme, pues, con atención, y llevemos entre todos la enojosa carga de los secretos que hasta hoy ha pesado sólo sobre mí. Tú, Cesonia, no serás ya la esposa de ese insolente romano, cuyo amor estaba inspirado únicamente por tus riquezas.

—¡Qué decis, padre mío!—exclamó Cesonia—¿qué pruebas tenéis de lo que habláis?

—La mayor y más elocuente que puedo darte de lo que te digo es la misma ausencia de Léntulo, quien seguramente se encontraría aquí si hubiera podido suponer las ventajas y los inmensos tesoros que me proporciona el tratado que acabo de celebrar. Se ha mofado de los productos de la pesca del lago de Apolo, cuyo exclusivo privilegio de explotación he obtenido, porque ignora que allí están ocultas y sumergidas todas las riquezas que nuestros antepasados aportaron á su patria al regresar de Delfos. Si, como yo, conociera este secreto de nuestros sacerdotes, entonces hubiera encontrado deliciosamente perfumados nuestros baños y cómodamente confortables nuestros lechos. Te repito que si tal supiera, se encontraría aquí en estos

momentos y se consideraría por todo extremo dichoso y afortunado si lograba obtener tu mano, y con ella una alianza que acaba de despreciar por que te supone pobre.

—Veo que, al fin, hablas discretamente, hijo mío,—dijo Carrin;—Cesonia debe ser esposa de un hombre que sea digno de ella, y muy pronto, á no dudar, llamarás hijo tuyo á Sigor.

—No por cierto,—se apresuró á contestar Manobal;—Cesonia no será la esclava de ese bárbaro ni de aquel romano, porque si lo que yo deseo es que mi hija querida no tenga que soportar los insolentes desdenes de un patricio de Roma, mucho ménos he de condenarla á sufrir las humillaciones y el trato salvaje de un feroz guerrero de la Germania.

—¿Entonces, qué es lo que pretendes?—replicó Carrin.—¿Por qué has halagado y consentido á Léntulo? ¿Por qué has observado esa conducta de atracción con ese á quien calificas de bárbaro?

—Porque la amistad de ambos era útil y conveniente á mis planes: tenía que aprovecharme de la mediación é influencia de Léntulo para obtener una ventajosa alianza con los romanos, cuyos ejércitos han de auxiliarnos en la terrible lucha que se apresta para arrojar á los cimbrios fuera de nuestro territorio.

✓ luégo bajando la voz con gran misterio, añadió:

—Tenia y tengo asimismo necesidad de Siger para formar y organizar la poderosa liga que más tarde ha de librarnos de la alianza romana, porque la alianza con Roma no es otra cosa sino la humillacion y la esclavitud del pueblo que la suscribe. Siger llevará á nuestros hermanos de todos los países la promesa de que les ayudaremos en la empresa de abatir y aniquilar el poder de los romanos; y cuando éstos se vean estrechados y amenazados á la vez por las fuerzas combinadas de la Galia, Grecia, de la Iliria, de la Panonia, de las tribus errantes de la Tracia, de nuestros hermanos de las riberas del Danubio y de los galos de las orillas del Rhin, nosotros contemplaremos la destruccion de unos y otros y habrá llegado la hora solemne de que podamos arrojar fácilmente de nuestro suelo las odiadas legiones romanas que, aisladas y sin esperanzas de ser socorridas, tendrán que ceder al empuje de nuestras fuerzas. En muy poco tiempo podremos tener entónces una Galia independiente y libre como existió antes y como ha querido reconstituirla nuestro rey Bituit.

Carrin y Cesonia escuchaban con asombro á Manobal sin poderse explicar la ventaja de sus proyectos.

Carrin era uno de esos viejos soldados que fuera de los campos de batalla no encontraba otro medio posible de combatir á una nacion enemiga, creyendo que los ejércitos debian pelear hasta que la victoria se decidiera en favor de unos ó de otros. Toda otra empresa que con auxilio de sucesos combinados favoreciese los esfuerzos de un pueblo, estaba más allá de los límites de su inteligencia.

No era ciertamente la penetracion de Cesonia más aventajada que la del anciano. Una Galia independiente y libre le parecia la cosa más inútil del mundo, puesto que los romanos le daban una Galia con espectáculos, con baños públicos, con circos, con teatros, con gladiadores y con cómicos. Ella no deseaba otra cosa más.

Así es que Manobal no pudo nunca vencer las obstinadas negativas de Carrin al pretender de él que cooperase con la autoridad de su palabra para prestar mayor fuerza y garantía á las promesas que habian de hacersele á Siger, asegurándole la participacion y auxilio de los tectósagos en el comun esfuerzo de todas las razas de los galos.

—Yo no puedo,—decia,—asegurar á Siger que tú eres enemigo de los romanos, porque sé que andas con ellos en tratos y alianzas; y tampoco puedo jurarle la pro-

mesa de que ayudaremos á los galos con nuestros ejércitos, porque veo que estás decidido á dejarlos combatir solos.

Por otra parte, cuando Manobal anunció á su hija que ya no debía pensar más en Léntulo y que la tenía ofrecida por esposa á Popillus, jefe de los Auvernios (1), que á la sazón recorría toda la Galia organizando un levantamiento general; cuando añadió que precisamente para cumplir lo que había prometido á Popillus y para proteger su empresa con grandes subsidios se había hecho adjudicar el arriendo y privilegio de la pesca en el lago de Apolo, donde encontraría las enormes riquezas de aquel templo que no podían tener mejor empleo que el de libertar á la patria, Cesonia sólo aprovechó una cosa en todo el discurso de su padre, esto es, que ella no sería esposa del romano, de aquel Léntulo que le ofrecía una lujosa litera, trajes y galas, joyas y brazaletes de oro, y que le había prometido acompañarla al teatro para ocupar el rango y las consideraciones de las matronas y patricias de Roma. Cesonia, pues, no se detuvo á discutir los

(1) La Auvernia era una antigua provincia de Francia, cuya capital fué Clermont. Los actuales departamentos de Puy-de-Dome, Cantal y Alto Loira formaban aquel territorio. (N. del T.)

proyectos de su padre ni se ocupó de ellos, concretándose únicamente á decirle:

—Pero tú tienes dada tu palabra á Léntulo.

—¡Ah! Yo te garantizo que él no vendrá á exigirme el cumplimiento de esa palabra, —respondió Manobal.

—Pero tú has jurado por Mercurio que la cumplirás, y ese es un compromiso sagrado y solemne.

—Compromiso que no tendré necesidad de cumplir, ni podré hacerlo, si no se presenta nadie á reclamar su ejecucion.

—¿Y si viniese Léntulo?

—No vendrá.

—¡Vendrá! —se dijo á sí misma Cesonia. Y al retirarse lentamente con la cabeza inclinada, mientras Manobal la seguía tristemente con cariñosa mirada compadeciéndola por el desengaño que acababan de sufrir sus ilusiones, ella se alejaba meditando una traicion contra su padre.

En efecto, apenas se vió sola en su cámara, trazó en un pergamino estas líneas: «Bien sabes, Léntulo, que los inmensos tesoros de Delfos se guardan y conservan ocultos bajo las aguas del lago de Apolo: mi padre va á ser, pues, el hombre más rico del mundo. El te espera: no tardes en venir.»

En esas lacónicas palabras estaba retratada el alma de Cesonia. Acababa de saber que si Léntulo había pretendido su mano sólo fuera impulsado por la codicia de poseer las grandes riquezas de su dote; y lejos de sublevarse la dignidad y el amor propio de la mujer contra aquel hombre ruin y miserable, hacía un llamamiento á las ambiciones de aquel hombre *para excitar su amor*.

Y es que en el corazón humano reside un sentimiento de instintiva justicia que impide exigir de los otros más de lo que ellos mismos pueden sentir. ¿Cuáles eran las ilusiones de Cesonia en su himeneo con Léntulo? El lujo, las joyas y los placeres que desconocía. Ella le amaba por todo, ménos por él mismo. ¿Debia ni podia ofenderse la jóven de que él no la amase sólo por ella?

Y, sin embargo, la vanidad de la mujer habia procurado, al escribir aquellas líneas, defenderse en apariencia con la felicitacion de un suceso que ella le noticiaba, por más que en la forma de hacerlo simulase creer que ya él estaba iniciado en el secreto. Además le decia que no era ella, sino su padre, quien le llamaba.

El pergamino de Cesonia fué confiado por ella misma en las manos de una esclava

que recibió la recomendacion y el especial encargo de hacerlo llegar á las de Léntulo ántes de la media noche.

Entre tanto Manobal se congratulaba y se daba el parabien del magnífico plan que habia formado, olvidando en las expansiones de su gozo que ya existia en cada comarca y en cada hogar del país de los tectósagos un interes contrario que habia de oponer múltiples y diferentes resistencias á sus designios. En todo caso ese interes no podia ser favorable á los amores de una jóven galesa con uno de los opresores de la patria, y sería inspirado de seguro por otros sentimientos más dignos y elevados.

Pero ya la influencia romana se habia infiltrado por todas partes: en los negocios públicos y en la vida doméstica, en la colectividad y en el individuo; y cuando llegase el momento en que toda la nacion, engañándose á sí misma, creyera que el grito de muerte contra los romanos era un grito de guerra lanzado á la vez por todos los gobiernos de los galos, cada uno de estos gobiernos hubiera tenido sus razones especiales para no responder al llamamiento. Demas de esto, que los galos no conservaban ya la integridad de sus costumbres, ni de sus leyes, ni de su religion, que eran los símbolos que podian constituir su bandera y ser el objeto de su fana-

tismo. Por otra parte, su comercio tenía necesidad de Roma; sus costumbres, modificadas y alteradas por la influencia de ese mismo comercio, habían creado nuevas exigencias para la vida material; y, por último, ellos mismos habían levantado voluntariamente altares y templos á los dioses extranjeros que les habían sido importados; y hay que tener presente que le acontece á los pueblos una cosa parecida á la que le sucede á los individuos que se acostumbran á malos hábitos: el día que pretenden desprenderse de tales hábitos se aperciben aterrorizados que no pueden vivir sin ellos.

Manobal no se detuvo en ninguna de estas reflexiones, y cuando algunos años más tarde estalló la gran sedición que él había organizado con Popillus, y que el feroz Sila sofocó en una gloriosa y decisiva campaña (1), quedó asombrado sin po-

(1) Aquí atribuye Mr. Soulié la derrota de los galos á la fortuna de Sila, habiendo sido Mario el que los destruyó y subyugó en la batalla memorable que se libró en las inmediaciones de Aix. Uno de los sangrientos episodios de esta jornada fué la participación que tomaron en la lucha las mujeres de los Ambrenos ó Ambrones, acudiendo aquéllas, aunque inútilmente, en auxilio de sus esposos con un valor y una resolución superiores á su sexo; porque aquel movimiento de heroísmo no tuvo feliz éxito, y sus consecuencias fueron aún más funestas. Reducidas á capitular, propusieron dedicarse á ser vestales con el objeto de salvar su honra; pero el cruel Ma-

derse dar explicacion de la facilidad con que los Tectósagos aceptaron un yugo que él mismo les había ido enseñando á soportar.

Manobal vió llegar el siguiente dia adquiriendo cada vez más confianza en el éxito de sus planes. Dos circunstancias muy favorables contribuian á ello: Sigor estaba ya de regreso, y Léntulo no había vuelto á presentarse.

Procurando acelerar la partida del guerrero, ántes que éste pudiera tener conocimiento del tratado que había celebrado con Cepión, Manobal le señaló y le explicó desde luego los caminos y desfiladeros que debian utilizar los ejércitos de los galos, concurrendo combinadamente para que el territorio de Italia fuese asaltado é invadido á la vez por todos sus extremos. Preocupado con el estudio de su disimulo, no pudo observar el indiferentismo con que le escuchaba Sigor, quien por su parte se hallaba tambien sumido en profun-

rio rechazó sus pretensiones, y entónces, con una ferocidad sublime, cuya culpa y censura recaen sobre el vencedor, aquellas heroínas de la castidad conyugal se estrangularon en la noche siguiente con cuerdas que amarraron á las colas de sus foscosos caballos, defraudando así las esperanzas de los soldados licenciosos de Mario.

Sila era á la sazón lugarteniente del cónsul Lutacio Catajo, colega de Mario, que se hallaba en la Gallia Cisalpina oponiéndose á la invasion de los cimbrios.

(N. del T.)

das meditaciones, prestando una aprobacion constante y distraida á todas las advertencias de Manobal.

La última conferencia de ambos terminó solicitando el guerrero la emancipacion y el donativo de Dionea, como presente y obsequio de hospitalidad que los galos acostumbraban hacer á los extranjeros. Manobal accedió sin oponer dificultad alguna, y aquel mismo dia se despidieron abandonando Sigor la morada del padre de Cesonia en compañía de la esclava griega.

Quince dias despues las legiones de Cepion, protegidas por la oscuridad de la noche, penetraron silenciosamente en Tolosa; haciéndose el Cónsul dueño de la ciudad y apoderándose de las riquezas del templo de Apolo, segun anticipadamente se lo habia anunciado Manobal (1).

(1) Dice el historiador Anquetil que aunque los habitantes habian entregado la ciudad voluntariamente á los romanos, no por esto dejaron estos de saquearla, siendo inmenso el botin que hicieron por la expoliacion de los templos. La rapacidad de Cepion, añade, llegó al extremo de haber usurpado la parte de los cómplices de su avaricia, atacando á una porcion de expoliadores encarricados de trasportar la mezquina parte que destinaba á la republica. Esta indigna conducta del Cónsul hizo que se rebeláran contra él los mismos galos, comprometiéndose así los intereses de Roma y siendo más tarde vencidos con desastrosas pérdidas para la Republica. por lo cual decretó el Senado su destitucion y la confiscacion de sus bienes; resolucion tremenda nunca practicada hasta ad-

Despues de esto los galos esperaban el acto en que, bajo la autoridad del general romano, habia de adjudicarse en pública subasta el arriendo de la pesca de los lagos.

Manobal se trasladó á Tolosa con su hija Cesonia, quien, á pesar de lo que habia escrito á Léntulo, no vió que éste acudiese á su llamada. Al atravesar el galo con su hija por entre la multitud, distinguieron y reconocieron á Dionea muellemente recostada en el fondo de una lujosa litera tirada por dos hermosos caballos, y vieron á la antigua esclava que desde la altura de su magnifico tren lanzó una mirada de desprecio al humilde y miserable carro en que iban Manobal y Cesonia. Un poco más adelante, y próximos ya al templo de Apolo, se cruzaron con un peloton de aquellos soldados galos que sólo conservaban de sus antepasados el deseo y la aficion á la guerra, pero que se vendian y se alistaban bajo las banderas del caudillo que los conducia á los campos de batalla, sin tener para nada en cuenta la justicia ó sinrazor de la causa que defendian. Sigor iba, como jefe, á la cabeza de aquel peloton; Sigor, que áun llevaba el traje y las armas de su país, pero en cuya garganta no se veia ya

lúcnes, pero pequeña expiacion, sin embargo, para el hombre cuya avaricia y cuyos desaciertos habian puesto en peligro los destinos de la patria. (N. del T.)

aquella argolla de hierro que no debiera haber desaparecido de su cuello sino despues del cumplimiento de sus votos y de sus juramentos.

Ya el encuentro y la vista de Dionea habian preocupado á Manobal con tristes presentimientos, y habia observado ademas la palidez que cubrió el rostro de Cesonia al contemplar cómo aquella esclava habia logrado satisfacer los deseos y las aspiraciones que fueran estériles esperanzas suyas; pero cuando vió á Sigor se desvanecieron por completo las que alimentaba el mismo Manobal, y huyó de su pecho la confianza que habia abrigado de que el guerrero no faltaria á sus promesas ni á sus juramentos. Manobal no pudo disimular su despecho ni contener su indignacion, expresándolo así al mismo Sigor, á cuyo efecto detuvo su carro y le increpó coléricamente con voz descompuesta y alterada, diciéndole:

—Sin duda alguna que al quitar de tu garganta la argolla de hierro, la habrás depositado sobre el altar de Teutates por haber cumplido religiosamente tus solemnes juramentos y la sagrada mision que te estaba confiada.

—Sí,—respondió Sigor con intencionado acento;— he hecho todo lo que se podia hacer con un aliado como

Estas frases de Sigor daban muy claramente á entender que el guerrero conocia las artes y manejos secretos de Manobal, y éste recordó entónces que cuando aquél abandonó su morada le habia seguido tambien el viejo Carrin, por lo cual no le quedó la menor duda al padre de Cesonia de que la ignorante probidad y fanatismo del anciano le habrian impulsado para revelar á Sigor los proyectos y secretos que tan imprudentemente le habian sido confiados.

Manobal, aunque algo contrariado y pensativo, continuó en silencio su marcha con direccion al templo de Apolo.

—No importa,—se decia á sí mismo;— yo sólo podré al cabo ejecutar lo que deseaba hacer con el auxilio de ellos. La Gallia se basta á sí propia para conquistar su libertad y su independencia; y con el valor de Popillus y con los subsidios que yo le proporcione, organizaremos dentro de poco tiempo un ejército formidable que arrojará fuera de nuestro suelo la tiranía de Roma.

Preocupado con estas ideas llegó por fin Manobal á la plaza que se extendia delante del templo, donde habia de celebrarse el acto de la adjudicacion.

Ya Cepion ocupaba la altura de su tribunal, y las fasces del Cónsul impedian la aproximacion de la plebe. Léntulo se encon

traba al lado de aquél, y tan luego como divisó al galo y á su hija dirigióles una insolente y cínica mirada, llamando la atención de Cepion sobre Cesonia y cambiando con el general romano algunas frases de mofa y escarnio.

Llegado el momento oportuno se levantó Cepion de su sitial, y dirigiendo la palabra á los ciudadanos de Tolosa, allí reunidos, les dijo que no pudiendo ni debiendo pagar la República el sueldo de las tropas que enviaba á las Galias para la comun defensa, y no queriendo tampoco que estos socorros originasen nuevos impuestos ni penosos tributos para el pueblo galo, había considerado que debian aceptarse los medios propuestos por uno de los más respetables habitantes del país para salvar esos dos extremos, añadiendo que esos medios consistian en asignar al pago de las legiones romanas los productos que podian obtenerse con el precio en que se arrendáran los terrenos incultos y la pesca de los rios, lagos y riberas.

Manobal, que estaba en la confianza de que por parte de Cepion sería fiel y religiosamente cumplido el convenio celebrado entre ambos, tomó la palabra y dirigiéndose tambien al pueblo, dijo:

—Yo, vuestro compatriota; yo, vuestro magistrado; yo, que velo con afán por el

bienestar del pueblo y por la defensa de sus intereses, yo he sido quien así lo ha aconsejado, y quiero que sobre mí caiga toda la responsabilidad de semejante proposición, dejando á vosotros las ventajas de sus resultados. Creo haber probado durante todo el curso de mi vida el sincero amor que profeso á los intereses de mi patria para no temer las censuras de nadie.

La multitud aplaudió frenéticamente á Manobal, y Cepion dijo de nuevo:

—Así es, en efecto. Y no solamente ha prestado Manobal el importante servicio de tales consejos, sino que deseando garantizar la ejecucion y las ventajas de lo que ha propuesto, ofrece como precio del arriendo de todas las tierras y de todas las aguas de la jurisdiccion de la ciudad de Tolosa la suma de dos talentos de plata (1), de sesenta libras de doce onzas cada una (2).

El pueblo volvió á aplaudir con entusiasmo en señal de aprobacion porque dicha suma, en aquella época, era más que suficiente para satisfacer los haberes de las legiones romanas. Cepion, sin embargo, añadió con fuerte entonacion:

(1) El talento era un valor imaginario y convenido, y más bien el conjunto de una cantidad de monedas. Había os entre los romanos, de oro y de plata.

(2) Esos dos talentos de plata equivalían á 28,800 reales de nuestra actual moneda. (N. del T.)

— Ahora bien: cómo Léntulo ha ofrecido el doble de la cantidad propuesta por Manobal, hemos considerado justo concederle la preferencia, quedando declarados á su favor los privilegios solicitados por Manobal.

Cesonia, comprendiendo al fin su necesidad, y agobiada por el peso de la enorme falta que habia cometido, inclinó la frente bajo la feroz mirada que le dirigió su padre, el cual adivinó en el acto la traicion de su hija y el origen de las exageradas ofertas de Léntulo.

Manobal y Cesonia se retiraron con el alma embotada por la desesperacion, y continuaron viviendo sin traspasar los límites de una modesta medianía, hasta el día en que, asociado aquél á Popillus, fué vencido con éste, pereciendo en el combate.

Cesonia, hecha prisionera en el campo de batalla, adonde habia seguido á su padre, segun las costumbres de los galos, fué vendida como esclava; y habiendo sido llevada á Roma, consumió al servicio de una dama patricia la existencia que ella habia soñado gozar de muy diferente manera excitando la envidia de las más nobles romanas.

FIN DE LA SEGUNDA ÉPOCA.

BIBLIOTECA UNIVERSAL

JUAN I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DEPARTAMENTO GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

—
COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

—
TOMO XLIII.

—
LAS CUATRO ÉPOCAS
(SOULIÉ).

—
TOMO TERCERO.

LOS ROMANOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º

1878.



DIRECCIÓN GENERAL DE

MADRID, 1878.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.^ª,
SUCCESORES DE RIVADENEIRA,
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 2.

TERCERA ÉPOCA.

LOS ROMANOS.

I.

Entre el oleaje de una inmensa muchedumbre que invadía las calles de Nemausus (1) marchaban, abriéndose paso con gran trabajo, un gallardo mancebo y una

(1) Nîmes, antigua, bella y muy floreciente ciudad del Languedoc, con 40.000 habitantes, y capital hoy del departamento del Gard. Aun se ven en ella muchos y muy notables monumentos, siendo, después de Roma, la ciudad que más recuerdos conserva de la grandeza romana. Entre todos ellos merece especial mención un antiguo circo, cuya magnificencia no tenía rival. En 1682 se organizó y constituyó allí la Academia Francesa. Desde el siglo XVI fué teatro de sangrientas guerras de religión, por haber abrazado sus moradores la secta de Calvino, hasta que en 1685, Luis XIV mandó arrasar su templo, edificando sobre sus cimientos una fortaleza para dominarios y contenerlos. Se han celebrado en ella muchos Concilios, y ha sido patria de Homicio Afer, de Juan Bautista Coteher, de Jacobo Saurin y de Juan Nicot, que llevó de Portugal á Francia el tabaco en 1539.—(N. del T.)

bella jóven, sin que nadie se fijase en ellos, por más que ambos fuesen dignos de llamar la atención en aquella ciudad, residencia del lujo, de la intemperancia, de los vicios y del libertinaje. El jóven era de continente esbelto, de negros cabellos, de tez morena y de ardiente y fiera mirada: la doncella era uno de esos bellísimos tipos cuya virginidad y delicadeza se transparentan en la ternura de su rostro, y en la expresión de sus facciones, que se destacaban sobre el fondo de su negra cabellera.

El notable parecido y la semejanza de estos dos jóvenes atestiguaban muy claramente que eran hermanos. La belleza de ambos era extraordinaria, y sin duda alguna hubiera sido admirada por los transeúntes, si no hubieran sido las primeras horas de la mañana, y si hubieran estado transitando por las calles gentes de una clase más distinguida.

Aquella multitud, compuesta del pueblo bajo, no caminaba, sin embargo, en dirección á los talleres, ni en actitud de acudir al trabajo; porque ningún individuo llevaba instrumento ni herramienta alguna de labranza, ni de ninguna otra profesión. Los únicos á quienes se veía con los útiles de su oficio eran los peluqueros, que llevando en las manos sus estufillas y sus

hierros de rizar los cabellos, andaban de un lado para otro entrando y saliendo de las casas con diligente actividad, como de estar grandemente ocupados en el desempeño de sus funciones. Las demás gentes caminaban en una misma dirección, y parecía que afluían á un determinado punto de reunión.

Muy fácil hubiera sido comprender que aquellos dos jóvenes eran extranjeros: lo demostraba la timidez de sus pasos y lo comprobaban sus miradas, interrogando la situación y las circunstancias de todos los edificios, como si quisieran reconocer las de alguno cuyas señas se les hubieren indicado, sin que á pesar de esto acertasen á descubrirlo. Al principio habían intentado preguntar á las personas que se encontraron; pero unas ni siquiera les habían respondido, y otras lo habían hecho de un modo tan soez y tan brutal, que más de una vez había estado Cneyo á punto de corregir severamente á aquéllos á quienes había interrogado, conteniéndole solamente el temor que se retrataba en la mirada de Chrysis.

Caminando á la ventura llegaron hasta el Foro (1), donde vieron un numeroso grupo

(1) Nombre que daban los romanos á una extensa plaza construida en casi todas sus ciudades, con igual for-

de gentes que se apiñaban bajo uno de los arcos del pórtico, en cuyo centro declamaba un individuo con frase tan violenta y enérgica, ó con alusiones tan intencionadas, que, ora excitaba los murmullos y los rumores del auditorio, ora provocaba sus carcajadas y las más ruidosas manifestaciones de entusiasmo. El orador era un poeta á quien unos estudiantes de retórica que salían de las aulas habían hallado dormido; encontrando con esto la juventud un pretexto de distracción, despertándolo primero con violentas sacudidas, y excitándole despues á recitar versos. El poeta, por el contrario, en vez de acceder á las pretensiones de los estudiantes, había empezado á declamar contra éstos; luego la emprendió en su discurso contra sus profesores, y finalmente, se lamentaba de la corrupcion de los hombres, de la decadencia de las artes y del olvido de las virtudes. Precisamente tocaba estos extremos en su oratoria cuando Cneyo y Chrysis llegaron al Foro y se confundieron entre la muchedumbre, á la cual exhortaba el poeta en estos ó parecidos términos:

—Sí;—decía—estamos presenciando la

ma, de figura oblonga y rodeada de pórticos y columnas. En ellas se reunía el pueblo para todos los actos públicos, como elecciones, proclamaciones, etc.—(N. del T.)

agonía del arte en este siglo, llamado falsamente siglo de hierro, siendo en verdad el siglo del oro. ¿Por qué florecían en la antigüedad todas las artes? Porque nuestros padres no tenían más pasiones que la pasión de la virtud: Demócrito (1) consumió toda su vida haciendo experimentos con el jugo de las plantas para estudiar y sorprender los secretos de la naturaleza: Eudoxio (2) vivió y envejeció en la cima de una roca elevada, desde donde estudiaba el movimiento y la marcha de los astros: Crisipo (3) se hizo administrar éleboro (4) por tres veces para excitar en su cerebro los pensamientos ingeniosos: Lisipo (5) sucumbió por el dolor que le pro-

(1) Demócrito, sabio de Grecia, defensor y propagador de la teoría de los átomos, vivió por los años 430 antes de J. C., y fué discípulo de Leusipo.—*Tratado del Universo*.—(N. del T.)

(2) Eudoxio de Guido, astrónomo griego que floreció por el año 370 antes de J. C.—*Tratado de los fenómenos*.—(N. del T.)

(3) Crisipo, filósofo estoico, discípulo de Cleanto, vivió 280 años antes de J. C., y combatió á los epicúreos y á los académicos.

(4) Elebor ó Eleboro, nombre dado á varios agentes terapéuticos. En la antigüedad se consideraban de suma importancia para el mejoramiento de las funciones mentales.

(5) Lisipo, escultor griego que vivió por los años 250 antes de J. C. Una de sus obras más celebrada es la magnífica estatua de Hércules que se admira en el palacio Pitti en Florencia.

dujo la imperfeccion de un solo rasgo en una de sus estatuas: Miron (1), de quien puede decirse que animaba los broncees, dándoles alma y vida en las figuras de los animales que retrataba, no ha tenido un heredero digno de su nombre y de su buril. Por otra parte, ¿qué ha sido de la filosofía, de la astronomía y de la dialéctica? ¿Dónde están hoy aquellos hombres que acudían á los templos para implorar á los dioses que los iluminasen con la sabiduría y la prudencia? ¡Ah! Ni aun siquiera se va á los templos para pedir la salud: se acude á ellos, sí, para solicitar el descubrimiento de un tesoro, para rogar y hacer votos por la muerte de aquel á quien se espera heredar, así sea el mismo padre. Y como es oro lo que se pide á los dioses, con oro es preciso también formular las oraciones. Los hombres han convertido á Júpiter en un mercader de beneficios, y el mismo Senado le ofreció no hace mucho tiempo 1.000 talentos de oro si hacía cesar la carestía y el hambre que entonces nos afligía. ¡Cuánto mejor hubiera sido emplear ese dinero en la compra de trigos! Pero los sacerdotes tenían necesidad de

(1) Miron, escultor griego del siglo V antes de J. C., émulo de Policletes, y que sobresalió en pintar animales.

aquel oro para renovar sus vestiduras y sus ornamentos. Y si volvemos la vista á nuestros tribunales, ¿qué es lo que nos exigen nuestros magistrados y nuestros jueces? ¿Cómo les acreditais vuestros derechos? ¿Es por ventura con razones y con fundamentos legales? No: es también con oro. Ya pasaron aquellos tiempos en que los pretores venían á sentarse en su tribunal, ahitos de manjares y bajo la influencia del vino con que les habían obsequiado los litigantes: ya no corren tampoco aquellos otros en que el embrutecimiento de tales magistrados pueda igualarse al de Grayo Lena, que hizo poner un ánfora de vino bajo su sitial, teniendo horadado el asiento para poder hacer frecuentes libaciones con el auxilio de un bombillo de cristal.

No; ya no es con el vino ni con las comilonas con lo que se conquista el fallo de los jueces, sino con el oro. Ved, sin embargo, á vuestros magistrados flacos y descoloridos, porque no se alimentan más que con reses muertas y con garbanzos, añadiendo la avaricia á la concupiscencia y á las más desordenadas pasiones. Ahí teneis lo que sois, ciudadanos, y lo que son nuestra sociedad y nuestras costumbres: aplaudid cuanto queráis.

El populacho había acogido con mues-

tras de aprobacion y regocijo los ataques del poeta, porque éstos no iban dirigidos más que contra los sacerdotes y contra los magistrados. Así es que las aclamaciones de todos pedían que continuase el discurso. En aquel momento el retórico Flavio, que había salido de su escuela, se abrió paso entre la muchedumbre, hasta colocarse frente á frente al orador, y exclamó impetuosamente con la más enérgica expresión:

— ¿Y quién eres tú, miserable, que tienes la osadía de dirigir tales ataques á las clases y á las instituciones más respetables que existen en esta ilustre metrópoli? ¡Ah! Yo voy á decirte quién eres tú; sí: tú eres un griego. Y vosotros que le escucháis, ¿sabeis lo que es un griego? Pues tambien voy á decíroslo. Un griego es un bipedo semejante al hombre. Todos los años vemos llegar aquí bandadas de estos seres. Un griego es un hombre venido de Sicione ó de Andros, de Samos ó de Frales, de Amidon ó de Aténas: nadie podría averiguarlo, nadie sabrá su origen ni su procedencia. Tan pronto como llega á la ciudad le veis que se sitúa en el peristilo del Capitolio ó en las inmediaciones de la Puerta Itálica para dirigir humildes y aduladoras saluciones á todos los que pasan por aquellos lugares, si sabe que poseen

riquezas; porque el griego de lo primero que ha tenido cuidado ha sido de averiguar quiénes son los ricos, despues se ha informado quiénes son los más incautos, luego ha inquirido quiénes son los más espléndidos ó los más generosos, y finalmente, ha olfateado quiénes son los más libertinos. Cuando inútilmente ha ensayado vivir con el producto de los vicios, muda de consejo é intenta vivir á costa de la virtud. Desgraciado, pues, de aquel á quien un griego le dirija la palabra y le escuche; doblemente desgraciado si le ha respondido, y mil veces desgraciado si le ha preguntado algo: en cualquiera de estos casos el griego habrá llegado á serle ya indispensable. Un griego no es un hombre: es el conjunto de muchos hombres, el compendio de todos los hombres. Porque un griego es un gramático, es un retórico, es un geómetra, es un pintor, es un cómico, es un saludador, es un adivino, es un danzante, es un médico, es un nigromántico. ¿Qué no será un griego hambriento? ¡hasta poeta, ya lo veis! Critico calumniador de los que se encuentran ausentes, siempre le veréis adular á los que le escuchan, y su atrevimiento en estas cosas pasa los límites de la osadía: dirá que es un Hércules al que vea más flaco y enfermizo: si aquel á quien intenta explotar es aficionado á la música,

lo apellidará Anfion (1), aunque cante como una gallina clueca: si le dais entrada en vuestra casa y tenéis una abuela que no haya hecho testamento, dirá á la pobre anciana que es la mismísima Hebe (2); y si ella se pone triste, él no cesará de llorar amargamente, y si se sonrie se des-ternillará á carcajadas: si ella dice que hace frío, él se colocará seis túnicas una sobre otra, y si dice que tiene calor, él es susceptible de sudar á mares aunque sea sobre un lecho de hielo. No podréis formar un cálculo exacto de todo cuanto es capaz un griego, y sin embargo, ved aquí uno más miserable y más hediondo, puesto que no ha podido afeitarse esa barba asquerosa ni asearse esas uñas, almacenes de estiércol. Pueblo de Nemausus, escupe sobre ese lodazal de vicios.

Flavio hubiera empezado á dar el ejemplo con la ejecucion de aquel ultraje, á no haberlo evitado el mismo Enmolpe con un instantáneo movimiento; pero el griego no

(1) Anfion, hijo de Júpiter y de Antiópe. Mercurio le enseñó la música y le regaló una lira, á cuyos acordes las piedras se conmovían y marchaban por sí solas á colocarse unas sobre otras para formar los muros de Tebas.

(2) Diosa de la juventud, hija de Júpiter y de Juno, que servía el néctar á los dioses en el Olimpo. Tenía muchos templos en Roma.— (N. del T.)

se libró de recibir aquella injuria sobre el rostro más que á cambio de sufrir otra con la punta del pié de Flavio, que acarició sus asentaderas. Disparado este primer tiro, vióse acribillado súbitamente el desdichado poeta con un aguacero de punta-piés y una lluvia de mojicones, no escapando de tan copioso vapuleo sino merced á los ecos de una trompeta que, tocada desde lo más alto del palacio, difundió por los ámbitos del espacio sus estrepitosos y metálicos sonidos. Era uno de los heraldos de la ciudad, encargado de anunciar las horas del día.

Tan pronto como los estudiantes y la muchedumbre hubieron escuchado aquella señal, prorumpieron por todas partes con atronadoras y animadas voces, exclamando:

— ¡Al Circo! ¡Al Circo! ¡No vamos á alcanzar sitio!

Instantáneamente se vió despejado el Foro de toda aquella multitud, y sólo quedó allí el poeta, que se cubría la cabeza con el embozo de su mantolin. Chrysis y Cneyo, ocultos en lugar apartado tras uno de los arcos, lo observaban con lástima é iban á aproximarse á él, cuando Eumolpe, calculando estar ya solo, se descubrió, adquirió la perfecta seguridad de su situación, puso en orden sus vestidos, sacu-

diéndoles el polvo, y recobró, en fin, su aire resuelto, confiado y altivo.

Cneyo meditaba al mismo tiempo sobre los discursos del poeta y del retórico, porque Eumolpe tenía razón y Flavio también. La ciudad era lo que había dicho el griego; pero éste había sido fiel y exactamente retratado por el retórico.

Eumolpe pasó su mirada por todo el ámbito del foro y vió á los dos jóvenes extranjeros á quienes estuvo observando atentamente. Aunque el porte de los dos hermanos no revelase al exterior ningún signo de opulencia, sus rasgos, sus maneras y el aspecto de ambos revelaban un sello de dignidad y distinción, que bien á las claras podía comprenderse que su educación y su nacimiento no eran vulgares; y la imaginación activa del griego formó su composición de lugar, ideando en su pensamiento la historia y situación de aquellos dos jóvenes.

— Estos son dos hermanos; — decía — el parecido y semejanza de sus fisonomías lo atestiguan: deben llorar la muerte de sus padres, según lo demuestra el signo de sus blancos palios, y vienen á Nemausus á demandar la protección ó el amparo de algún rico pariente que los acoja y adopte.

Tan persuadido de la exactitud y certeza de esta suposición, hija de su perspicacia,

como si hubiera tenido en sus manos las pruebas de la realidad, Eumolpe se dirigió al sitio donde estaban los dos jóvenes, y cerca ya de ellos, les dijo con un énfasis que él consideró muy á propósito para inspirarles temor:

— Extranjeros, ¿cuál es el objeto de vuestra presencia en esta ciudad? ¿No sabéis que sólo está permitido residir en ella á los que han probado ante la autoridad del edil que poseen medios de existencia?

— Con sólo probar que existo — contestóle Cneyo, — dejaría probado al edil y á todo el mundo que poseo medios de existir.

El tono empleado por Cneyo en su respuesta había sido poco seductor y comunicativo; pero el griego no se arredró por ello, y reiterando sus ataques, le replicó:

— Sin duda alguna que tanto vos como la joven que os acompaña estais dotados de bastante belleza personal para que desde luego encontréis en Nemausus muy sobradamente grandes recursos; pero la compostura de tus vestidos se resiente de un modesto abandono, y la de tu hermana de exagerada severidad, para que podáis alcanzar la fortuna con vuestros atractivos físicos; tu palio cae sin arte, dejando ver demasiado ajustada tu cintura, y la túnica de esta joven sube hasta tocar al cuello y baja hasta cubrir sus piés.

El rostro de Cneyo se encendió por un sentimiento de cólera y de indignación, y el de Chrysis fué coloreado por el pudor.

—Déjanos;—exclamó el jóven—apártate de nuestra vista, vil histrion, ó de lo contrario yo condenaré tu lengua al silencio, arrancándola con mis propias manos.

Cneyo hizo un movimiento para alejarse; pero el griego le detuvo, diciéndole con humildad:

—Tú eres sin duda alguna un jóven ilustrado y debes haber tenido buenos estudios; por consiguiente, la retórica te habrá enseñado que en toda discusion está permitida una suposición maligna para arrancar al contrincante una declaración honrosa y satisfactoria. Tu indignación tan justa como severamente manifestada, me demuestra que eres un jóven animoso, honrado y de buenas costumbres, lo cual me entusiasma y llena de placer; porque son tan raras estas virtudes y tan poco practicadas, que se experimenta en el alma un vivo sentimiento de admiración cuando se las encuentra unidas á tanta belleza y tantos atractivos personales.

El instinto pudoroso de la jóven se sublevó casi tanto con las alabanzas como ántes con la suposición; pero la vanidad de Cneyo se consideró halagada con las frases del poeta, y respondió á éste:

—Pues bien, toda vez que has descubierto ya lo que deseabas saber, infórmame de una cosa que en vano he podido averiguar desde esta mañana: dínos cuál es la morada donde habita Silia.

Al escuchar el nombre de Silia, Eumolpe pareció concentrar sus recuerdos y sus reflexiones, buscando con ellos las diferentes informaciones que había obtenido ó que había podido adquirir la víspera al pisar por vez primera el suelo de Nemausus. Despues de algunos momentos encontró al fin en su memoria el nombre de aquella dama, y así como el abogado que descubre el nombre de uno de sus clientes en la cubierta ó carpeta del rollo concerniente á su pleito, y que al lado de aquel nombre encuentra todas las indicaciones necesarias para el mejor conocimiento del asunto, el poeta, al recordar el nombre de Silia, recordó todo lo que respecto á esta mujer le habían informado.

—¡Silia!... —exclamó.— No solamente puedo conduciros á su morada, sino que también puedo introduciros en ella. Silia es una noble dama de Roma desterrada en Nemausus por decreto del emperador Nerón, que no pudo triunfar de sus virtudes y de su belleza, no precisamente por la resistencia de Silia, sino más bien por considerarse él mismo en extremo débil ante

el conjunto tan extraordinario de encantos y de atractivos que se reunían en esa hermosa mujer.

Cneyo y Chrysis parecieron confusos y conmovidos y volvieron sus rostros para ocultar las lágrimas que asomaban á sus ojos.

— Silia—continuó el griego—es la esposa del senador Cneyo Silano, el más valiente guerrero del imperio y su más elocuente orador, cónsul dos veces, honor de Roma y esperanza del pueblo.

Los dos jóvenes escucharon las primeras frases de Eumolpe con cierto placer de orgullo; pero las últimas palabras del poeta los abismó en la más amarga tristeza, y Cneyo exclamó con imprudente dolor:

— ¡Ay de mí! Ya no puede ser la esperanza del pueblo romano ni la de sus hijos; á todos nos ha sumido en el luto y en la horfandad!

Al oír esta exclamación de Cneyo el poeta griego hizo un gesto de sorpresa y de extraordinario asombro; había adivinado, ó mejor dicho, había logrado descubrir que aquellos dos jóvenes que tenía delante eran los hijos de Cneyo Silano; pero éstos, que habían ocultado sus rostros para enjugar sus lágrimas, no pudieron observar ni la sorpresa ni el júbilo de Eumolpe y no sospecharon que habían hecho traición

al secreto de su condición y nacimiento, afirmándose en esta falsa creencia al escuchar al poeta que, con un aire intencional de indiferencia, continuó diciendo:

— En efecto, la muerte de Silano es una desgracia enorme para nuestra patria; pero quizás no todos los romanos piensen de esa manera, y ¡quién sabe si hasta su misma viuda será la primera que se considere feliz por haber alcanzado una libertad que tal vez hace tiempo desea!

— No prosigas—le interrumpió Cneyo— y guíanos en silencio.

El griego no pudo descubrir lo que deseaba averiguar. Ignoraba todavía si los hijos de Silano lo eran también de su esposa Silia, ó si procedían de algún otro casamiento anterior, y se resignó á conocer este secreto cuando se presentase á Silia.

Después de un prolongado silencio, durante el cual llegaron á una extensa calle donde por uno y otro lado se elevaban suntuosas y magníficas moradas con severos pórticos y elegantes peristilos, dijo el griego:

— No solamente ha desaparecido de la tierra todo principio de justicia, sino que también del mismo cielo, á no ser que los dioses hayan querido abandonar al pueblo

romano hasta el punto de arrebatarse por la muerte sus más nobles ciudadanos, cuando apenas han llegado á la madurez de la vida, y cuando se encuentran en la plenitud de sus fuerzas, de sus facultades y de su poder.

Cneyo al oír este nuevo elogio de su padre no pudo contener la incontinencia de su lengua y replicó:

— No son ciertamente los dioses quienes han dispuesto de la vida de Silano, sino él mismo, que se ha suicidado por librarse de la ignominia de un combate en el circo. Después de haber presenciado uno de estos espectáculos, tuvo la indiscreción de referir delante de Neron, que en una de sus campañas de Africa, habiéndose alejado un día casualmente del campamento de las legiones, habiase visto sorprendido por la aproximación de un enorme y hermoso leon, y que solo y sin más arma que su machete, habia luchado con la fiera y la habia muerto. Neron quedó tan admirado con el relato de esta accion, que dudando de la veracidad de Silano, quiso que éste justificase lo que acababa de referir, y le ordenó que descendiese en el acto á la arena para combatir contra un leon.

Silano no replicó, porque sabía que las órdenes del César son sentencias inexora-

bles, y pidiendo en el acto una espada, probó el filo de su punta traspasándose con ella la garganta y cayendo muerto y bañado en sangre generosa delante del pueblo, y á la vista del mismo Emperador que en el arrebato de su ciego furor y de su cólera, por ver defraudadas las esperanzas del espectáculo en que ya pensaba recrearse su crueldad, mandó arrojar el cuerpo de Silano á las gemonías (1), confiscó sus bienes y decretó la proscripción contra sus hijos.

— ¿Conocia el Emperador á los hijos de Silano? preguntó maliciosamente Eumolpe, fijándose en la rara belleza de aquellos dos jóvenes.

— No;— contestó sencillamente Cneyo— porque vivian en una heredad de su padre al abrigo de las intemperancias y de los apetitos de Neron.

— ¡Bien pueden dar gracias á los dioses! Y ahora— dijo en tono diferente— detengámonos, porque estamos ya frente á la morada de Silia, y como ambos habeis llegado á serme interesantes, voy á procu-

(1) Lugar infesto destinado en la antigua Roma para ajusticiar á los malhechores arrojándolos á una especie de sima que tenia escalones inclinados hacia el abismo. El populacho y las gentes supersticiosas creian que los espíritus del mal habitaban de noche en las gemonías.— (N. del T.)

rar introduciros á su presencia. Aguardadme un solo instante en el peristilo para que no seais rechazados por los esclavos.

Cneyo quiso seguir á Eumolpe penetrando tras él en la morada de su madre; pero Chrysis le contuvo, diciéndole:

— Detente y recuerda, hermano mio, que nuestro buen padre nos tenía dicho, que si algun dia nos viésemos obligados á demandar asilo á nuestra madre, deberíamos conducirnos como extraños, sin descubrir ni revelar á nadie nuestra llegada más que á ella misma.

Cneyo, con un gesto de aprobacion, demostró asentir á las razones de su hermana, y siguió con la vista á Eumolpe, que ya habia penetrado en el pórtico y parecia discutir con el portero. Este sirviente, al ver el aspecto miserable del poeta, le rechazó con desprecio, y aún llegó á amenazarlo con que le soltaria el cancerbero de la casa, cuyo perro existia allí en realidad, aunque su imagen se viese pintada en la muralla del vestibulo, segun era la costumbre. Pero la insistencia del portero no podia vencer la del poeta, y éste al fin gritó:

Esclavo, ve á decir á Silia que el poeta Eumolpe es portador de interesantes noticias de Roma y de Silano.

Este mandato fué expresado con tanta

energía y tanta altivez, que el sirviente creyó que debía someterse á la obediencia de un hombre que venia de Roma y que traía noticias del esposo de su dueña. En su consecuencia, le permitió pasar, y encargó á otro esclavo, que estaba en el atrio, la mision de anunciar á Silia la llegada de aquel extranjero.

Dejemos por ahora á Cneyo y Chrysis sentados sobre un banco de piedra frente á la puerta de la morada de su madre; dejemos tambien á Eumolpe que se paseaba grave y acompasadamente en toda la extension del atrio, acomodándose y poniendo en orden los pliegues de su toga y ensayando dar á sus vestidos cierta gracia y compostura, ya que carecian de lujo y aún de propiedad, y penetremos con el esclavo en el interior de la casa de Silia.

Aunque la esposa de Silano viviese sola, habia, sin embargo, conservado las costumbres de las mujeres que habitan en reunion con sus maridos, y hasta la hora en que descendia al tablinio ó salon de recibimientos permanecia en el gineceo (1), que ocupaba el piso superior del edificio.

Aquel dia Silia se habia despertado al

(1) Entre los griegos la palabra gineceo significaba toda la parte de sus casas destinada para habitacion de las mujeres.

rayar el alba; pero sola en su cámara, reclinada todavía en el lecho, y con la cabeza apoyada en una de sus manos, parecía estar entregada á profundas y serias meditaciones. Sus pensamientos eran interrumpidos de cuando en cuando por gestos ó movimientos uniformes que indicaban su conformidad con sus propias ideas, y buscaba entre las ropas de la cama un espejito de acero pulido que soltaba y volvía á tomar, lo acercaba á su rostro examinándole con interés, separaba sus labios con la punta del dedo para poderse registrar los dientes hasta su nacimiento, se palpaba las mejillas para asegurarse de su tersura, aproximaba y alejaba alternativamente el espejo, presentando simultáneamente todas las partes de su cuerpo, porque las pequeñas dimensiones de aquel mueble no le permitían poderse contemplar en conjunto, como puede hacerlo cualquiera de nuestras modernas coquetas; y por último, resumiendo en una sola frase su satisfacción y sus proyectos, se levantó diciendo:

— Aun quiero parecer más hermosa.

En el momento mismo de abandonar el lecho Silia dió una palmada, y una joven esclava, que esperaba esta señal en un departamento vecino, penetró en la cámara de su señora. Apenas se dignó ésta diri-

girle la palabra, y con un gesto le preguntó si estaba dispuesto el baño, contestándole respetuosamente la esclava, que ya lo tenía preparado hacia largo rato.

El palacio de Silia era uno de aquellos magníficos edificios donde se encontraban no solamente todos los objetos de primera necesidad, sino también todos aquellos otros que exigía el más refinado lujo y la más fastuosa opulencia.

Ya hacía mucho tiempo que las gentes de cierto rango no concurrían á los baños ó termas públicas, cuyos precios eran tan módicos que estaban al alcance de las más pobres fortunas, por lo cual sólo frecuentaba esos establecimientos la clase media y la plebe. Casi todas las casas tenían salas particulares de baño; pero sólo en los más ricos palacios era donde se encontraban reunidos á la vez las estufas, los baños tibios y los baños fríos. El palacio de Silia era uno de éstos y ella se entregaba cómodamente á ese placer todos los días.

La noble romana se dirigió, pues, á la sala de las estufas y penetró en ella, despojándose de todas sus vestiduras, y queriendo excitar la traspiración que el vapor no producía en la abundancia de sus deseos, tomó en cada una de sus manos una especie de maza, agitando los brazos y des-

cribiendo círculos hasta que, por efecto de un ejercicio tan violento, brotó de todos sus miembros copiosísimo sudor; entónces dos esclavas comenzaron á secar el cuerpo de la dama con el auxilio de unos raspadores de marfil, plata ó carei, miéntras que otras esclavas le restregaban la piel de las cóyunturas con los dedos pulgares, á fin de conservar la suavidad y transparencia del cútis en aquellos sitios. Despues de esta operacion preliminar, Silia, rendida de cansancio y de debilidad, fué transportada y colocada dentro de un baño de agua tibia, donde no permaneció más que el tiempo indispensable para prepararse á una temperatura mucho más baja, y abandonando por su propia accion aquel baño, se arrojó en una extensa pila de mármol llena de un agua fresca y perfumada con las esencias más delicadas y aromáticas, saliendo y volviendo á entrar en ella repetidamente una vez y muchas más para aumentar los efectos y las impresiones de la inmersión.

Finalmente, Silia dió por terminado su baño y penetró en un departamento contiguo, que era la sala de su tocador, con el cútis fresco, terso y suave como el de una doncella de quince años. Sus jóvenes esclavas al verla entrar completamente desnuda, se extasiaron contemplando tan-

ta belleza y le prodigaron mil alabanzas. Una de ellas, llamada Daphne, que era la encargada de presentarle la ancha capa de lana en que Silia se envolvía miéntras le hacian el tocado de la cabeza, tuvo detenido un momento aquel lienzo admirando las formas de su dueña, y gritó á sus compañeras:

— Contemplad á la diosa por última vez, porque voy á ocultar tan extraordinaria hermosura.

Silia dejó escapar una ligera sonrisa al escuchar la lisonjera alabanza de Daphne, y envolviéndose en el vasto palio, tomó asiento delante de su mesa de tocador que sostenia un gran espejo de plata, cuyo pulimento estaba encomendado diariamente á un esclavo que hacía el bruñido frotando aquella plancha con sus manos.

Las primeras atenciones del tocador correspondían al peinado: no sólo estaban encargadas de esta operacion las esclavas que la ejecutaban, sino que además habia otras cuya mision era hacer observaciones sobre la perfeccion de los toques, y advertir el olvido de algun detalle. La eleccion ó señalamiento de la clase del peinado no ofrecía dificultades. Silia, según proclamaba toda Nemausus, era bella como Minerva, sin afectacion; así se decia, y como Minerva, su peinado consistía en un

casco, pero no un casco de acero ni de oro, sino un casco formado por sus propios cabellos y no coronado con un bulio, sino con flores artificiales confeccionadas por una esclava egipcia que Silia habia adquirido á un precio enorme en competencia con Fortunata, la esposa del duunviro Bibulo, que la queria para su servicio.

Miéntras que las esclavas se ocupaban del peinado pidió Silia, y le fueron entregadas, las cartas que le hubieran sido dirigidas aquel dia. Leyó la primera con inquietud mezclada de curiosidad, y cuando se hubo enterado y asegurado de su contenido, tomó un stilo y escribió algunos renglones sobre una tableta, encargando á una de sus esclavas, la más bonita, y al mismo tiempo la más torpe, que fuese á entregarla á ese Bibulo á quien se acaba de nombrar.

Silia separó despues otras muchas cartas, cuyas letras le eran conocidas, reteniendo en sus manos una de ellas que no leyó hasta despues de haberla examinado largo rato. Como si esta carta fuese portadora de una funesta y desagradable noticia, Silia hizo esfuerzos para decidirse á abrirla; pero desde el momento en que lo hizo y llegaron sus ojos á fijarse en ella, devoró de una sola mirada todo su contenido: despues la leyó toda desde el prin-

cipio hasta el fin sin detenerse en ningun párrafo. Por segunda y tercera vez volvió á leerla con calma y lentitud, experimentando igual complacencia al saborear cada una de las frases allí escritas, y más de una vez el ligero, pero marcado movimiento de sus labios, parecia dar á entender que ella hubiera deseado contestar con un beso aquellas palabras que la embriagaban de felicidad.

Ya hacia mucho tiempo que las esclavas habian concluido de peinarla, y Silia aun continuaba extasiada con la lectura de aquel escrito, y todavia despues de haberla terminado, permaneció muda, inmóvil y pensativa durante largo rato sin preocuparse por la presencia de sus esclavas que eran testigos de su abstraccion y distraimiento. En seguida tomó una tableta y empezó á escribir; pero habiéndose fijado sus ojos casualmente en la primera carta que ántes habia contestado, borró las pocas palabras que habia escrito, y arrojó la tableta con marcado disgusto. Silia deseaba y temia responder, dirigiendo miradas en derredor como quien busca un objeto, una idea ó algo que le ayudase al logro de sus deseos sin ninguna clase de peligros. Primero creyó haber encontrado el medio con el auxilio de unas flores que hacia pocos momentos le habian sido ofrecidas en pri-

morosas cestas por unas jóvenes Canéforas (1); tomó algunas de estas flores, escogiendo las más emblemáticas, y formó un pequeño ramo cuidadosamente arreglado por sus propias manos; pero ya fuese que Silia no hubiera podido encontrar las que más se adaptasen á las ideas y á los sentimientos que ella quería expresar, ó sea-se que no quisiese confiar estos sentimientos á un lenguaje figurado en extremo fácil de adivinar, ello fué que la dama arrojó al suelo las flores, como ántes había desechado las tabletas, y volvió á quedar sumida en sus vacilaciones.

Aun permanecía abismada en ellas, cuando dos esclavas jovencitas, que casi eran dos niñas, se presentaron trayendo una pequeña mesa ó velador de limonero de África. Esta preciosa madera, que ha permanecido despues desconocida para las generaciones modernas, era entónces tan estimada como el oro. Al fijar Silia sus miradas en la mesa y en las frutas que la adornaban, se escapó de sus labios una ligera sonrisa, iluminándose su semblante

(1) Dejando al autor toda la responsabilidad de la aplicación, diremos que las Canéforas eran unas doncellas de distinguido linaje que habitaban en el templo de Minerva y que estaban destinadas á conducir en canastillos sobre la cabeza las flores y demas cosas propias para los sacrificios. — N. del T.

con una expresion de inmensa alegría; cesaron todas sus inquietudes, y se aproximó á la mesa, ó mejor dicho, se precipitó sobre ella. Desde luégo se comprenderá que esta súbita satisfaccion de Silia no reconocía por origen el incentivo del placer que podía gozar con los manjares de su desayuno, porque apénas los gustó con sus labios.

Lo primero que hizo fué producir un suave chasquido con sus delicados dedos, como quien llama á un perro, y al oír esta señal ó esta orden, acercóse á ella una anciana esclava, que habia permanecido desde el principio apartada en uno de los rincones de la sala. Silia le hizo otra señal, y la vieja se sentó frente á la seductora coqueta, la cual empezó á morder várias frutas con la punta de sus perlinos dientes, y las fué arrojando á la esclava que las devoraba con avidez. Silia parecia en extremo complacida con esta especie de juego, y cada vez que le arrojaba una fruta decia:

—¡Para tí!

—¡Para tí!

—¡Para tí!

Finalmente, Silia tomó una hermosa manzana, la mordió ligeramente y la arrojó lo mismo que las otras á Enothea sin proferir palabra ninguna; la esclava, en

vez de comerse aquella fruta como lo habia hecho con las demas, la ocultó entre los pliegues de su túnica. Silia observó que habia sido comprendida, pero continuó todavía el juego durante algunos momentos, hasta que al cabo se levantó. Lo mismo hizo Enothea, diciendo por lo bajo á su dueña:

— Voy á entregar tu mensaje á Fausto.

Aquella manzana mordida era, en efecto, la más tierna y apasionada manifestación que una dama romana podía ofrecer á su amante, y era un emblema tanto más expresivo y absoluto, cuanto que no tenia la frase limitada de un escrito ni el sentido ó significación aislada de una flor, sino que decía y manifestaba un ilimitado y vehementemente asentimiento á todo lo que la imaginación ó el deseo de un amante quisiera suponer, sin que demostrase por eso audacia ni timidez. Traducido en toda la extensión de su significado, queria decir: «acepto vuestro amor con la emoción, la dicha, el abandono, el éxtasis, la turbación y el rubor que os pueda más halagar.»

Es indudable que la más elocuente declaración de una mujer es su silencio, y más que su silencio, su fuga, si ántes de alejarse del hombre á quien ama le arroja una flor; pero si llegamos á identificarnos

con las costumbres de los tiempos de Roma la antigua, no es posible encontrar nada más halagüeño y seductor que el envío de una fruta donde la mujer amada hubiera depositado un beso imprimiendo en ella la señal con los dientes alabastrinos que ocultaban sus rosados labios.

Cuando Silia hubo contestado del modo que queda dicho las cartas que habia recibido, y cuando hubo terminado su sobrio desayuno, continuó la obra de su tocado. Había exclamado en el momento de abandonar el lecho que queria parecer aún más hermosa, es decir, más bella que la belleza misma, y al efecto, habia hecho prepararse todo cuanto en una mujer pudiera contribuir á la brillantez, admiración y relieve de sus atractivos.

Debíase empezar por el punto más interesante y grave del tocador, puesto que se trataba nada ménos que de resolver qué composiciones ó cosméticos se habian de emplear este día para suavizar y transparentar el cutis del rostro, del pecho, de la espalda y de los brazos, para blanquear el de las manos, y para bañar de un ligero rosado el de las mejillas y los labios. Entre las esclavas, las unas proponian el centeno hervido y amasado con aceite de almendras; pero era preciso dejar secar esta pasta sobre la piel, y luego hacerla des-

aparecer con fomentos y lavatorios de leche; otras indicaban el hongo puesto en infusion con leche de burra, cuya composicion tenia por objeto producir una ligera inflamacion en el rostro, por medio de la cual desaparecian las arrugas; pero este afeite fué desde luego desechado como indigno de Silia, y sólo utilizable por mujeres cuya edad excediese de treinta y cinco años; las más ingeniosas propusieron para blanquear las manos la tierra de Samos ó bien la de Chio (1), y mejor la de Seleausco (2), disuelta en agua, que deja sobre la piel unos polvos blancos é impalpables que penetran hasta los poros y tegumentos del cutis. Simultáneamente esta celebraba la pasta de raiz de arroz que hace presentar la lozania de la juventud; la otra preferia el purpurissimum ó esperma de púrpura preparada con vinagre, que no se extingue ni aun despues de lavado y enjugado el rostro; y todas, en fin, recomendaban y ensalzaban los afeites, cosméticos y pastas que consideraban

(1) Especie de tierra resolutive y astringente.

(2) Son dos islas del archipiélago griego, en las cuales se encuentra una sustancia mineral aplicada por los antiguos para los usos del tocador. El mismo Xerou, emperador romano, de las más obscenas costumbres y afeccionados vicios, llegó á emplearla para parecer hermoso á sus amantes y favoritos. —(N. del T.)

más eficaces para hermosear á su bella dueña.

Silia escuchaba con marcado indiferentismo esta importante y trascendental disertacion, y entretanto paladeaba y diluía dentro de su boca una pastilla de mirto para dar á su aliento un aroma agradable y embriagador; y cuando la discusion habia llegado al más animado extremo, ella eligió, de todas las sustancias conocidas y usadas entónces, la única que no se le habia aconsejado, y mandó que macerasen unas cuantas cabezas de amapolas en agua clara, diluyendo en ella un grano de incienso. En seguida se lavó las manos con esta simple preparacion, enjugándoselas luego en la cabellera de una esclava que le presentó su cabeza destinada á este exclusivo servicio. Despues utilizó otra preparacion igual para bañarse el rostro, secándose con unas almohadillas de seda machacada, permaneciendo largo rato contemplándose al espejo sin hacer uso de ninguna de las otras pastas que le presentaron las esclavas. Sólo quiso que le pintasen ligeramente las cejas, y se esparció por la cabeza unos polvos rubios mezclados con arenas de oro, que adhiriéndose acá y allá en sus cabellos centelleaban graciosamente.

Silia se hizo calzar los piés con el airoso

zapato sicionense (1), tan renombrado y aceptado por su exquisita elegancia. Este calzado reunía todas las condiciones; como el zapato de las severas matronas romanas no cubría el pié por completo ni ocultaba el nacimiento de la pierna, y como la caliga ó sandalia de los soldados, adoptadas por las cortesanas y meretrices, no dejaba enteramente desnudo el pié; el sicionense establecía el justo medio entre ambos sistemas de calzados, y las bandeletas ó cintillas color de grana que lo sujetaban, formando un cruzado sobre las piernas, hacía que resaltase más y más la blancura del pié.

En seguida, abandonando Silia su extensa envoltura, vistióse con la primera túnica, que, trasparente como un *tisú aéreo* (2), la cubrió de blanca sombra; no tenía mangas, y apenas subía poco más de la cintura. Despues colocóse la segunda túnica, que era color de púrpura, no ménos gaseosa y ajustada que la primera, y como ella igualmente sin mangas, en extremo escotada y que no bajaba más allá de

(1) Sabido es que la civilizaci6n, las artes y las costumbres de Grecia fueron importadas en Roma. Sicion era una famosa ciudad del Peloponeso, cerca de Corinto, que imponía las modas y el buen gusto en el vestir. Hoy sólo se distinguen sus ruinas.—(N. del T.)

(2) Frase de Petronio, escritor y poeta de tiempos de Neron.—(N. del T.)

la rodilla. Finalmente, se revistió con una tercera y última túnica de un *tisú* diafanísimo, pero de una anchura ó vuelo extraordinario, y justamente en el arreglo y órden simétrico de los pliegues de este traje, bajo el cintur6n que rodeaba el talle, era donde las esclavas debían demostrar á sus señoras la perfeccion del arte y del buen gusto. Esta túnica flotante debía cubrir todo el seno de la mujer y dejarlo todo ver; debía caer bastante baja por delante para dar decencia y esbeltez, y al mismo tiempo debía permitir que se viesen los piés y no dificultar el movimiento de éstos, arrastrando, empero, por detras lo bastante para descoger con elegancia, con finura y gracia, el ancho bordado de oro que la guarnecía. Tenía esta túnica ó toga mangas abiertas que se ceñían en el extremo de los brazos con broches ó brazaletes de oro y piedras preciosas; pero en vez de estar en ambos lados á igual altura, subía por encima del hombro izquierdo y descendía por debajo del derecho, dejando al descubierto el nacimiento del brazo y la region vellosa, que las damas romanas se hacían afeitar.

Mas de una vez Silia se cogió el falso de su túnica alzándolo con la mano izquierda de manera que la pierna quedase al descubierto. Así era como marchaban de

ordinario, y según costumbre, las mujeres, que sin exponerse á la crítica ni al calificativo de despreocupadas, no afectaban, sin embargo, un severo pudor. Silia estuvo examinándose breves momentos, y concluyó por dirigirse á Daphne, que era siempre la más favorecida entre sus esclavas, diciéndole:

— ¿Es cierto que Pannychis, la cortesana, ha adoptado el uso de túnicas á la Lacedemonia, abiertas por el costado hasta la cadera y sujetas solamente por un broche en el muslo?

— Es cierto—respondió Daphne;—y no sólo ha sido adoptado por ella este uso en la túnica de encima, sino también en la segunda túnica, así es que fácilmente puede contemplarse cuán grande es su hermosura.

— Esas mujeres son una raza de harpías que llevan la putrefacción y el veneno á cuanto tocan—exclamó Silia.—Apénas se acaba de introducir esa airosa moda, y ya ellas se la han apropiado con feroz avidez, hasta el punto que una mujer honesta no puede vestir de ese modo. Bien pronto ellas solas tendrán el derecho y la facultad de aparecer bellas, y esto sería digno de que un monstruo tan prostituido como Nerón pusiese en vigor el decreto de Tiberio, que les prescribía el uso de túnicas

cerradas. Hemos llegado al lamentable extremo de ver cómo han desechado la toga después de haberla prostituido; y si no se otorga un permiso especial del Emperador á cada noble dama para usar la túnica laticlavia, será necesario que nos envolvamos en un saco, á fin de diferenciarnos de la mancebía.

Después de haber pronunciado estas palabras, se encaminó Silia á otro departamento, donde la esperaban los diamantes, los collares, los brazaletes, los broches y los pendientes, que debían completar su elegante *toilette*, y así que se hubo colocado estos ricos adornos, quiso informarse de si habían llegado algunas personas para visitarla, y supo que muchos nobles patricios esperaban su permiso para saludarla. Ya iba á comunicar sus órdenes para que fuesen introducidos, cuando penetró en la sala el esclavo del atrio repitiendo la frase del griego:

— El poeta Eumolpe llega y quiere hablarte, siendo portador de interesantes noticias de Roma y de Silano.

Semejante aviso no podía llegar en más críticas circunstancias.

Silia tenía ya destinadas todas las horas de aquel día, que era un día importantísimo para ella. En primer lugar, era el designado para la inauguración del gran

Circo, y Silia quería asistir al espectáculo para vencer como la más bella, en competencia con todas las mujeres de Nemausus. Indecisa ó irresoluta entre acceder á las pretensiones del viejo duumviro Bibulo, ó aceptar el ardiente amor de Fausto, el elegante tribuno de la décima legion romana, habia dado una audiencia al primero y habia enviado al segundo un expresivo y vehemente emblema de amor. Se trataba, pues, para Silia de ser inmensamente feliz ó inmensamente rica: dos perspectivas entre las cuales hay el peligro de que valeda la mujer más virtuosa. Y Silia habia escogido aquel día para adoptar una determinante decision: queria presentarse en el Circo, triunfar por su elegancia, por su distincion y por su belleza, lograr que la admiracion y los aplausos del público la proclamasen como la mujer de más perfeccion y de más atractivos; y despues de conseguido esto y de haber excitado así la pasion de aquellos dos amantes, ver lo que cada cual le ofrecia en cambio de su amor.

Sería preciso rechazar con indignacion, como una calumnia injusta, la creencia de que en el corazon de Silia no se anidaba más que el sentimiento de un cálculo miserable. El mensaje de amor que habia enviado á Fausto demostraba que tenia un

íntimo y secreto deseo de amar y ser amada honestamente, es decir, todo lo honestamente que puede conducirse la mujer casada que se entrega á las caricias de un amante. Ella sabia perfectamente todo lo que podia esperar de Fausto: amor y adoracion, y nada más que adoracion y amor; eso era todo. De consiguiente, desde el momento en que Silia no estaba inclinada preferentemente á venderse al viejo y veleidoso Bibulo, y desde que se considere que el amor apasionado de Fausto pesaba en la balanza de sus decisiones tanto ó más que los tesoros del duumviro, se tendrá la prueba de que en su corazon no habia sólo un sentimiento de cálculo.

La esposa de Silano no conocia al poeta Eumolpe, y el anuncio que acababa de recibir de la llegada de un extranjero que le traia noticias de Roma y de su esposo, era una gran contrariedad que se le presentaba. Lo que aquel emisario iba á decirle podia hacerla desistir de lo que ella habia resuelto intentar, y en tal momento hubiera preferido más bien que este mensaje se hubiera retardado, aunque en esencia fuera un obstáculo á sus proyectos, ántes que verse sumida de nuevo en las incertidumbres y vacilaciones, cuyo término deseaba alcanzar á cualquier precio. Sin embargo, como no habia medio hábil ni prudente de

rechazar al poeta, ordenó que éste fuera introducido, despues de enviar un recado de excusa á los amigos, que desde ántes esperaban, por no poderlos recibir.

Frecuentemente Silia tenía la costumbre, tanto en su tocador como en su cámara, de hablar delante de sus esclavas de las cosas más íntimas y reservadas, sin preocuparle ni darle recelo de que aquéllas pudiesen escucharlas; pero esta vez un secreto presentimiento le inspiraba la precaucion de alejarlas, y recibió á Eumolpe sola y con la alarma en el corazon.

El poeta se presentó con esa petulante y afectada importancia del hombre que sólo está acostumbrado por instinto y por sistema al empleo de la lisonja y de la adulacion: saludó á Silia con humildad, y en seguida se irguió inflando los carrillos y arrugando la vista.

Silia era por todo extremo perspicaz, y además tenía perfecto conocimiento de los hombres para no dejar de presumir con acierto qué clase de sujeto era aquél, al solo exámen de su aspecto: pero la cualidad de poeta de que él hacia alarde, y que otro en su lugar hubiese ocultado como poco recomendable, dió á Silia la medida del recibimiento que debía otorgarle y del tono con que habia de hablarle.

—¿Es verdad,—le dijo secamente— que

mi esposo te ha encargado de un mensaje para mí?

—Tu esposo no me ha encargado de nada, y sin embargo, tengo alguna cosa importante que hacerte saber.

—¡Ah! comprendo—dijo Silia con menosprecio.—Tú habrás encontrado á Silano en Roma, habrás obtenido de él alguna audiencia, á fuerza de solicitudes, y crees con eso haber alcanzado un título para venir aquí á implorar de mi favor alguna proteccion: conozco perfectamente este sistema de introducirse y de acercarse á cierta clase de personas; no soy tan incauta.

Eumolpe, en la conviccion y seguridad de que la importancia de las noticias que él podia comunicar, le servian de garantía para no ser arrojado y áun para contener el menosprecio de Silia, se sonrió primero desdeñosamente, y despues de un momento de silencio, añadió:

—Silia, me parece algo impertinente eso de rehusar lo que no te se ha pedido. Debieras haber previsto que quizás ántes de mucho pudiera yo á mi vez rehusar lo que tuvieras tú interes en ofrecerme.

Silia tenía bastante experiencia de estos entes parásitos, y sabia muy bien las artes de que se valian para llegar al logro de sus fines. Así, pues, no se dejó sorprendido.

der por la actitud altanera y confiada del poeta; pero una oculta voz decia á Silia en su alma que aquel hombre poseia algun grave secreto, y dominada por la impaciencia, exclamó:

— ¡Habla, pues! ¿Qué tienes que decirme?

— Silia, — replicó Eumolpe, sondeando el terreno para saber de la dama romana lo que no habia podido averiguar de los dos jóvenes extranjeros. — Silia, ¿no es verdad que debe ser una dicha inmensa para una madre la de volver á ver á sus hijos?

— ¡Sus hijos! — gritó Silia con un acento que no podia dejar duda á Eumolpe de que aquella mujer era madre. — ¿Sus hijos, dices? ¿Se trata acaso de los míos? ¿Por ventura me los envía Silano para sustraerlos á los furios de Nerón, como se ha visto obligado ántes á alejarme de Roma para ponerme al abrigo de su amor insensato?

Eumolpe dejó escapar una sonrisa maliciosa al escuchar la explicacion de la aventura de Silia con Nerón, y con esto se aumentaron las alarmas de aquélla.

— En fin — gritó impetuosamente la noble patricia, — ¿qué sucede? ¿Qué desgracia me amenaza? ¿Qué debo prevenir para evitarla?

— Quizás sea una desgracia y quizás

sea una dicha: eso depende de tí misma.

Silia comprendió que su impaciencia la entregaba á las garras de aquel hombre, y dominando su carácter violento, dijo con simulada calma:

— Me dispongo á escucharos para cuando gustéis empezar á hablar.

— Pues bien — dijo Eumolpe. — Silano no es quien me ha enviado á tí, porque Silano ha muerto.

— ¡Muerto! — exclamó Silia, cuyo rostro se cubrió de palidez.

Ninguna mujer, sea de la clase y condicion que sea, recibe sin emocion la noticia de la muerte de su marido; ni aun aquella que en su fuero interno lo considere un obstáculo para el éxito de sus miras y del cual aspira, hasta en sueños, verse libre.

Silia se dejó caer sobre un lecho de descanso, abrumada bajo el peso de aquella noticia, con la vista inmóvil é incierta, y por muy preocupada que estuviese su mente por el estado de sus proyectos, herida ó mejor dicho, atacada así de improviso por un acontecimiento tan inesperado, hubo un momento de turbacion en su espíritu, del cual, no obstante, se repuso en breve. La muerte del esposo no pudo dominar completamente la preocupacion que sus designios y sus proyectos inspiraban á aquella mujer, y su pensa-

miento se fijó solamente en buscar la manera de modificar la ejecución de sus planes, en vista de los nuevos sucesos.

— ¡Muerto! — repitió — ¿y cómo?

Eumolpe le refirió lo que le había oído narrar á Cneyo, y al conocer Silia los detalles de la trágica muerte de su esposo, exclamó:

— ¡Ah! bien reconozco en esa heroica conducta la noble virtud de Silano: sí; era un digno patricio y un digno ciudadano; por eso ha preferido la muerte y no la infamia.

Durante un largo rato Silia hizo el elogio de su esposo, conmovida por el llanto y los sollozos; porque no es una contradicción derramar lágrimas honorables á la buena memoria del esposo perdido, á quien, sin embargo, se le deseó la muerte cuando vivió.

Causará indudablemente asombro que esta madre no hubiera pronunciado aún el nombre de sus hijos; pero es necesario considerar que la noticia de la muerte de su marido, por lo inesperada, había ocupado todo su pensamiento. Al fin Silia preguntó á Eumolpe:

— ¿Y no habeis sabido nada de mis hijos?

— Están en Nemausus.

— ¡En Nemausus!

— A la puerta de vuestro palacio.

— ¡Gran Dios! — exclamó Silia incorporándose para correr al encuentro de ellos.

Pero una singular y súbita reflexión la detuvo.

— ¿Por qué — preguntó á Eumolpe — no se han presentado á mi desde luego?

Eumolpe esta vez dijo sencillamente la verdad, porque se consideraba ya suficientemente iniciado en los secretos de Silia, para no exponerse sin ventaja ninguna á una mentira bien fácil de descubrir. El poeta refirió su casual encuentro con Cneyo y Chrysis, explicando minuciosamente todos los detalles, y haciendo gala de su talento, para dar al recitado todo el interés de que pudiera adornarle el más hábil prosista. Silia, en tanto, permaneció inmóvil y pensativa, y al mismo tiempo que escuchaba la narración de Eumolpe, bien podía comprenderse que rodaba por su imaginación un nuevo proyecto. Ya hacía tiempo que el poeta había dicho cuanto tenía que decir; pero aún continuaba hablando. Silia sabía ya todo lo que le interesaba saber; pero dejaba charlar á Eumolpe para poderse escuchar á sí misma sin ningún temor; porque se consideraba más al abrigo de la observación de aquél en presencia de su charlatanería, que no frente de su silencio. Cuando ella hubo

meditado á su sabor y cuando hubo resuelto el partido que debía tomar, interrumpió al poeta diciéndole:

—Así, pues, ¿no hay en Nemausus nadie que sepa nada de lo que me habeis dicho, más que vos?

—Nadie.

—¿Solamente sois vos quien sabe que mis hijos están en Nemausus?

—Yo solamente, y hasta ellos mismos ignoran que yo los tengo por tales hijos vuestros.

—¡Perfectamente!— exclamó Silia con satisfacción porque todo concurría en ayuda de sus planes. — Ahora bien; es de todo punto indispensable que vos no me hayais visto, es preciso que por hoy aparezca como que yo ignoro todas las noticias que acabais de comunicarme. Es un esfuerzo y un cruel sacrificio; pero tengo el deber de imponérmelo. Eumolpe saldrá de esta cámara diciendo que yo habia salido de ella, con un motivo cualquiera, en el momento de entrar él, y que se ha cansado de esperar en vano que yo volviera á presentarme, yendo á reunirse de seguida con Cneyo y Chrysis.... ¡Ah!.... ¿Cómo están? ¿Son hermosos? ¿Chrysis es bella?

—Chrysis es vuestra hija.

—¡Ay de mí!— dijo Silia suspirando. Después aquella madre, que luchaba

entre la realización de sus planes y el deseo de ver á sus hijos, añadió:

—Concluyamos: les diréis á ellos que no habeis podido llegar hasta mí, y que sólo habeis alcanzado por medio de un recado la promesa de que os recibiré mañana á la misma hora.

—Pero ellos insistirán.

—Tan poco valeis y tan escaso de ingenio andais, que os sea difícil distraerlos por un solo día en esta hermosa ciudad? Comprendedme de una vez— continuó Silia con visible impaciencia y mal humor— mañana seré viuda; mañana seré madre; mañana les abriré mis brazos para no separarme de ellos jamas: hoy.... hoy no puedo, hoy perderia el fruto de mis más adorados proyectos.

Esta manera de remitir ó de trasladar los sentimientos al día siguiente, no es tan inverosímil como puede parecerlo á primera vista; y por nuestra parte, estamos perfectamente de acuerdo en conceder un gran fondo de verosimilitud á la anécdota que se refiere de un hombre á quien, estando profundamente dormido, se le despertó para anunciarle la muerte de su padre, y vencido por el sueño que le dominaba, volvió á su letargo exclamando: ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡Qué afligido voy á estar mañana!—y en efecto, al des-

pertar de nuevo, quedó sumido en la mayor tristeza. El efecto de ese sonambulismo ó de ese estado anestésico, puede producirse también por una extraordinaria fuerza de voluntad, ó por una poderosísima preocupación. Que se nos conceda esto, y entonces diremos que no puede haber para la mujer una preocupación que iguale á la de tener que escoger entre el amor y el interés. Y si se reflexiona que habiendo cambiado el estado civil de Silia con su viudez y su libertad, que ésta tenía que seguir una conducta totalmente distinta de la que en otro caso hubiera adoptado, y que finalmente ella podía obtener un partido más ventajoso y á la vez más honorable, se comprenderá y encontrará disculpa á que ella quisiera tomarse tiempo para reflexionar sobre sus nuevas condiciones y circunstancias, así como la manera de conllevar su *próxima* viudez.

Silia explicó repetidamente á Eumolpe lo que ella pretendía de su ingenio y de su prudencia, y dió más fuerza á sus órdenes y á sus argumentos con un bolso lleno de oro que el griego recibió con gratitud; aunque consideró este donativo como cosa insignificante, en comparación con las utilidades que esperaba reportar de su acceso á la casa de Silia, de los servicios que iba á prestar á ésta y del domi-

nio que sabría ejercer sobre la mujer que tan aturdidamente se le había confiado sin conocerle.

II.

—Es imposible que veais hoy á Silia— exclamó Eumolpe al reunirse con Cneyo y con Chrysis.—Nadie ha podido alcanzar una audiencia de esa dama, y bien habréis podido ver que los más nobles patricios han sido despedidos, sin haber logrado saludarla. Yo también la he esperado largo rato, hasta que al cabo me ha enviado á decir con una esclava que me rogaba que volviese mañana á esta misma hora, con los extranjeros que pretendían presentarse á ella.

—Pues bien—dijo Cneyo—voy yo mismo á hacerme anunciar y veremos si se niega también á recibirme.

—Guardaos bien de acometer tal empresa—dijo vivamente Eumolpe—porque no conocéis el carácter de Silia, y además ignorais otras circunstancias. Quien quiera que seais, Silia no os recibirá, ni vuestro aviso le sería comunicado; y si por medio de la violencia, que es difícil y arriesgado, llegaseis á penetrar hasta su retiro, la causaríais una impresión fatal, cuyas consecuencias no sabemos cuánto po-

pertar de nuevo, quedó sumido en la mayor tristeza. El efecto de ese sonambulismo ó de ese estado anestésico, puede producirse también por una extraordinaria fuerza de voluntad, ó por una poderosísima preocupación. Que se nos conceda esto, y entonces diremos que no puede haber para la mujer una preocupación que iguale á la de tener que escoger entre el amor y el interés. Y si se reflexiona que habiendo cambiado el estado civil de Silia con su viudez y su libertad, que ésta tenía que seguir una conducta totalmente distinta de la que en otro caso hubiera adoptado, y que finalmente ella podía obtener un partido más ventajoso y á la vez más honorable, se comprenderá y encontrará disculpa á que ella quisiera tomarse tiempo para reflexionar sobre sus nuevas condiciones y circunstancias, así como la manera de conllevar su *próxima* viudez.

Silia explicó repetidamente á Eumolpe lo que ella pretendía de su ingenio y de su prudencia, y dió más fuerza á sus órdenes y á sus argumentos con un bolso lleno de oro que el griego recibió con gratitud; aunque consideró este donativo como cosa insignificante, en comparación con las utilidades que esperaba reportar de su acceso á la casa de Silia, de los servicios que iba á prestar á ésta y del domi-

nio que sabría ejercer sobre la mujer que tan aturdidamente se le había confiado sin conocerle.

II.

—Es imposible que veais hoy á Silia— exclamó Eumolpe al reunirse con Cneyo y con Chrysis.—Nadie ha podido alcanzar una audiencia de esa dama, y bien habréis podido ver que los más nobles patricios han sido despedidos, sin haber logrado saludarla. Yo también la he esperado largo rato, hasta que al cabo me ha enviado á decir con una esclava que me rogaba que volviese mañana á esta misma hora, con los extranjeros que pretendían presentarse á ella.

—Pues bien—dijo Cneyo—voy yo mismo á hacerme anunciar y veremos si se niega también á recibirme.

—Guardaos bien de acometer tal empresa—dijo vivamente Eumolpe—porque no conocéis el carácter de Silia, y además ignorais otras circunstancias. Quien quiera que seais, Silia no os recibirá, ni vuestro aviso le sería comunicado; y si por medio de la violencia, que es difícil y arriesgado, llegaseis á penetrar hasta su retiro, la causaríais una impresión fatal, cuyas consecuencias no sabemos cuánto po-

drian influir y afectar á su salud y á su vida. Hoy es el sétimo día de la luna de Mayo, y Silia ha sido amenazada en el horóscopo de un adivino con una gran desgracia para ella y para las personas que en este día fatal se presentasen en su casa.

—¿Y no podríamos verla durante todo el día en alguna otra parte? preguntó tímidamente Chrysis.

—Si es tan grande el interes que os mueve por sólo verla—contestó Eumolpe—seguidme al Circo, en donde seguramente Silia ocupará un lugar preferente y distinguido.

—¡Al Circo!—exclamó Cneyo.—Nosotros no podemos ir al Circo en días de tanta orfandad y tristeza para nosotros.

—Por eso mismo—se apresuró á objetarle Eumolpe.—No es, por cierto, lo que os propongo el goce de un placer; como podréis ver, la fiesta de hoy no tiene tanto de espectáculo como de ceremonia pública religiosa, y el asistir á ella no puede ménos de ser agradable á los dioses. Por otra parte, no sé qué va á ser, de vosotros durante todo el día en una ciudad como ésta, que os es completamente desconocida, sin encontrar asilo en ninguna de las casas de hospedaje, que se hallan todas ocupadas por la extraordinaria afluencia de foraste-

ros que aquí han venido para presenciar la inauguracion del gran Circo romano, y sin que yo pueda tampoco ofrecéroslo en mi morada, porque no tengo tiempo de conducirlos y acompañaros á ella, á causa de ser ya la hora en que debo tambien marchar al Circo, para asistir á los juegos y para poderlos describir y celebrar en unos versos que pienso dedicar al Duunviro Bibulo, y ésta es una nueva corona poética que no me es dado renunciar.

La duda y la incertidumbre, que ya dominaban los animos de los dos hermanos, llegó á crecer más todavía con un nuevo incidente. En aquel momento acertaba á pasar por allí una cabalgata de jóvenes romanos que se dirigian al Circo montando briosos corceles. Uno de ellos detuvo un momento su caballo é hizo señas á un esclavo que le seguia para que penetrase en el palacio de Silia. Dicho esclavo, que era portador de una gran cesta cubierta con un velo, entró en la morada de Silia y volvió á salir en el acto.

—Ved ahí otra negativa de recibimiento y otro visitante rechazado—observó Eumolpe. Vamos, pues, seguidme.

El joven patricio que habia tenido fijos los ojos en la casa de Silia se alejó; pero al partir se encontró su mirada con la de los dos jóvenes, que estaban admirando su

noble postura, su donaire y su elegancia.

Cneyo se decía: «Hé ahí un hombre cuya amistad se me figura que debe ser leal y estimable.»

Chrysis pensaba: «Hé ahí una fisonomía que revela un corazón noble y digno.»

Aquel hombre era Fausto, que siguiendo los preceptos de Ovidio (1) había adquirido cuidadosamente en el mercado y en los jardines las más hermosas frutas y las más bellas flores, enviándolas á Silia como testimonio de su homenaje y de su amor; Fausto, cuya sorpresa y emoción al fijar su vista en aquellos dos jóvenes, no fué menor que la admiración de éstos al contemplarle,

—¿Qué haceis á la puerta de este palacio?—les preguntó.—¿Desearias entrar en la morada de Silia?

—No por cierto—se apresuró á decir Eumolpe—vamos al Circo y nos hemos detenido aquí para contemplar la magnificencia de estos edificios.

—¿Y qué?—exclamó Fausto insistiendo en este diálogo, para poder examinar á Chrysis con más detenimiento—no tenéis loca-

(1) Publio Ovidio, poeta latino que murió el año 17 de la era cristiana. *Amoribus*, lib. III; *Artis amatoria*, lib. III; *Remedium amoris*, lib. I, y otras muchas obras y poesías, entre las cuales se encuentra una oda dedicada á Venus.
—(N. del T.)

lidades reservadas para este noble mancebo y para esta jóven tan bella? ¿Vais á obligarles á que estén confundidos entre la plebe en las gradas altas del Circo? Yo puedo ofreceros cosa mejor; seguidme: el edil Marcio es amigo mio, y yo obtendré de él una colocación más conveniente para vosotros al lado de las gradas de los caballeros y cerca del preferente lugar donde toman asiento las nobles familias de los patricios.

—Acepta mi sincera gratitud por mí y por mi hermana—contestóle Cneyo.—Estoy altamente satisfecho de tu cortesía, no por lo que con ella me ofreces, sino por ser tú quien me lo ofreces. La nobleza de tu fisonomía, que ha conquistado desde el primer momento mis simpatías, me anuncia como buen presagio que no me había equivocado al suponerte un hombre bondadoso y hospitalario.

Al escuchar Fausto tan entusiasta manifestación de Cneyo, se apeó del caballo entregando las bridas de éste al esclavo que le seguía, y fué á incorporarse con los dos jóvenes extranjeros, á quienes miraba cada vez con creciente curiosidad y atención.

—Sin que me hubieras dicho—dijo á Cneyo—que esta jóven era tu hermana, me lo hubiera hecho comprender la ex-

traordinaria semejanza de vuestras facciones. Pero no es esto solamente lo que me admira, sino que además estoy sorprendido de ver que entre vuestras fisonomías y la de una noble dama de esta ciudad existe también un exacto parecido que yo no puedo explicármelo más que con una suposición, que es de todo punto imposible.

Cneyo y su hermana cruzaron una mirada de inteligencia, y el griego Eumolpe, queriendo evitar un inoportuno reconocimiento, exclamó:

— Señor, ¿por qué nos obligas á caminar por esta calle? Con esta aglomeración de gentes que marchan en masa, y que por lo visto han rendido culto á Baco ántes de tiempo, no podremos dar un paso sin que seamos envueltos y atropellados.

Fausto, por toda contestación, hizo una seña al esclavo que le seguía, el cual se colocó inmediatamente delante y empezó á abrir paso separando á la muchedumbre con una vara de vid, con la cual golpeaba á los que no se apartaban diligentemente.

Sorprendióse Cneyo del abuso que de aquel modo cometía Fausto, y dijo á éste:

— ¿Cómo te atreves á inferir al pueblo semejante ofensa, y cómo es que costando en Roma tanto trabajo á las faces consula-

res el abrirse paso, aquí esto es tan fácil y basta sólo el palo de un esclavo?

Como á esta interpelación de Cneyo no contestó Fausto sino con otra pregunta, será preciso explicar lo que aquél no acertaba á comprender.

Es indudable que en las colonias romanas existía un pueblo con los mismos derechos que en Roma, y en algunas, como las de Narbona y Tolosa, ese pueblo era respetable y respetado. Pero en Nemausus, en aquella ciudad cortesana y corrompida, poblada de libertos (1) infestada de gentes sospechosas que vivían bajo la vigilancia de las autoridades, y plagada con la espuma y con lo más selecto de todos los rufianes, bribones y ladronzuelos de Italia y de las Galias, aquel pueblo no era otra cosa sino un vil rebaño que los poderosos manejaban con el látigo y los espectáculos. Por esa misma razón aquel pueblo era á veces mucho más temible que otro alguno, y en las diferentes ocasiones que rompió las cadenas de su degradada humillación, tanto más feroz y cruel, cuanto mayor era su vileza, se entregó á los más grandes desórdenes, á los más escandalosos atro-

(1) Esclavos que habían obtenido la libertad y el *sui Jure*.— (N. del T.)

pellos y á las más tremendas y sangrientas represalias. Ni los tiempos ni la extincion de las razas han podido borrar la tradicion del carácter de aquel pueblo, y Nimes todavia es lo que hace muchos siglos era la antigua Nemausus.

Aunque Fausto escuchó la observacion de Cneyo, no se fijó más que en una sola cosa y preguntóle:

— ¿Por lo visto, vienes de Roma con tu hermana?

Cneyo, que no quería ser reconocido, y que ademas estaba alarmado por haberle oido decir á Fausto el parecido que existia en las facciones de los dos hermanos con las de una noble dama de la ciudad, se apresuró á contestar que no habia estado nunca en Roma y que venia de Marsella; pero su turbacion y su embarazo dejaron adivinar bien claramente á Fausto que Cneyo no habia dicho la verdad y que deseaba ocultarla. Esta sospecha quedó muy pronto convertida en evidencia, porque una nueva pregunta de Chrysis confirmó á Fausto en sus pensamientos:

— ¿Podrémos ver á Silia en el sitio donde vas á colocarnos? — preguntó la jóven.

— Perfectamente, — contestó Fausto — porque no estaréis separados de ella más que por una de las escaleras que conducen á la grada.

— ¿Quieres decirnos cómo podríamos reconocerla? — añadió la jóven.

— Probablemente — dijo Fausto — yo me colocaré á su lado ó detras de su asiento y bien podréis reconocerla por su incomparable belleza; es decir, incomparable hasta hoy, puesto que la tuya iguala ciertamente á la suya.

— ¡Oh! bien sé yo que no soy tan bella como Silia; mi padre me lo ha dicho muchas veces.

— ¿Tu padre conoce á Silia?

— Señor; — se apresuró á decir Cneyo, — bien has podido observar que aunque nosotros hayamos aceptado tus atenciones, no hemos intentado averiguar quien eres ni hemos procurado saber nada de lo que te sea respectivo; sin embargo de que tenemos un incuestionable derecho, porque en estos casos el que recibe debe ser más susceptible y prudente que el que da, toda vez que el obsequio no puede jamas rebajar al que lo dispensa, pero si al que lo acepta. Te ruego, pues, que no insistas en tus indagaciones, ó de lo contrario permítenos que nos separemos de tí y que busquemos un huésped ménos atento quizás, pero tambien ménos curioso.

— Tienes razon, jóven distinguido — exclamó Fausto sin tomar á ofensa la obser-

vacion de Cneyo, —y si aún no teneis asilo en la ciudad, presentaos esta tarde en la casa de Fausto y reclamad en ella hospitalidad.

—Yo la acepto para mí y para mis pupilos—se apresuró á decir Eumolpe, que habia tenido muy poderosas razones para no querer ofrecer su morada á los dos jóvenes romanos. El rubor asomó á las mejillas de la jóven, y Cneyo nada respondió.

En aquel momento llegaban á la vista del Circo. Las inmediaciones y alrededores de aquel vasto edificio estaban inundados de vendedores de frutas y golosinas de todas especies: los unos convidaban con hojaldres hechos con harina y miel, otros interceptaban el paso con sus caballerías cargadas de naranjas y limones, y por doquiera se veían despachos ambulantes de toda clase de bebidas y refrescos, excepto el vino, cuya venta en aquel sitio estaba prohibida por mandato del Edil. Este magistrado estaba sentado en una especie de tribunal, cuya plataforma se levantaba frente á la puerta principal del Circo, y allí recibia y resolvía las reclamaciones que se le presentaban sobre la distribucion de las entradas y localidades. Fausto le llamó desde lejos la atencion para dirigirle algunas palabras; pero Marcio no aguardó si-

quiera á escucharlas, y dirigiéndose á uno de sus oficiales ó ayudantes que se hallaba situado á su espalda, le dijo:

—Id y obedeced lo que ordene Fausto.

Aquel subalterno, despues de recibir las instrucciones de Fausto, franqueó á éste la entrada con los que le acompañaban, por una puerta lateral; guiándolos y acomodándolos en un sitio preferente del anfiteatro, que estaba separado del que ocupaba el populacho y próximo á las localidades reservadas para los magistrados, para los nobles patricios y para los caballeros.

En aquella época la entrada en cualquier espectáculo público de una persona de elevada posicion era siempre seguida de un gran movimiento entre los espectadores. Generalmente la curiosidad de éstos se limitaba á fijar las miradas en el personaje recién llegado: algunas veces le concedian más favorable acogida prorumpiendo en aclamaciones ó promoviendo una gritería desaforada y soez, como manifestacion de impopularidad: los aplausos y las demostraciones de júbilo y simpatía sólo se tributaban al mérito superior, al valor acreditado y á la elegancia ó á la belleza extraordinarias. Augusto, el emperador romano más adulado y más lisonjeado por todas las clases y aún por los ciudadanos más honorables que la república

legó al imperio, aparecía muy rara vez en público sin que fuera acogido con equívocos punzantes, y muchas veces lo fué con terribles injurias, debido únicamente á la costumbre que tenía de entregarse á la lectura mientras que se celebraban los juegos del Circo, lo cual disgustaba soberanamente al pueblo; mientras que Tiberio, no obstante el ódio que inspiraba, obtuvo siempre más favorable recibimiento, porque dedicaba una atención constante á los incidentes del espectáculo, manifestando con estudiada maña una fingida afición por todo aquello que agradaba al populacho.

¡Tan fútiles son algunas veces los medios de conquistar el apoyo de las muchedumbres!

La entrada y la presencia de Fausto atrajo todas las miradas y fué señalada con ruidosos aplausos que se redoblaron y prolongaron cuando la multitud se fijó en la bella jóven á quien acompañaba.

La hermosura y la belleza eran entonces, más que hoy, un título á la consideración y al respeto público; y los homenajes que se les tributaban no podían ofender al pudor, sino á la modestia. En nuestros días una mujer cuya entrada en un espectáculo público fuera saludada con aplausos porque fuese personalmente hermosa, po-

dria quizás halagarla interiormente, pero es seguro que ella se creería obligada á calificar de impertinentes á los autores de esos aplausos.

Chrysis tomó asiento entre su hermano y Eumolpe, y Fausto se despidió de ellos y salió.

El jóven tribuno estaba orgulloso de la acogida que había obtenido, y lo único que le apenaba era que Silia no hubiese sido testigo de aquella ovación. Fausto esperaba aquel éxito y había procurado retardar su entrada para llegar después de la esposa de Silano; pero á pesar de sus cálculos, aquella no había llegado aún. En vista de esto, se decidió á tomar asiento desde luego en la localidad que debía ocupar.

Por otra parte, la entrada de Fausto acompañando á una jóven tan bella como Chrysis había dado lugar á grandes comentarios, principalmente entre los espectadores de las gradas inferiores, que estaban ocupadas por un número considerable de jóvenes que hablaban en voz alta gesticulando y procurando de mil modos llamar la atención y hacerse visibles. Todos ellos llevaban la toga pretextá, lo cual demostraba que pertenecían á las familias del patriciado, y algunos vestían la *trábea* (1),

(1) Traje talar.

que era el distintivo de haber ejercido algún cargo público.

— Es prodigioso — decia uno de ellos — cómo y dónde descubre Fausto las mujeres con quienes se le encuentra siempre; pero es lo cierto que él adquiere la amistad de las mujeres más bellas, ántes que nadie las conozca y ántes que nadie sepa siquiera cómo se llaman.

— Fausto no tiene que tomarse el trabajo de buscarlas — añadió otro — porque ellas todas vienen presurosas á su encuentro á fin de hacerle más fáciles sus triunfos.

— Eso que tú dices — replicó un tercero — no es siempre así, y sólo puede afirmarse con respecto á Fortunata, la esposa del Duunviro, á que su marido ha hecho pasar, merced á un falso juramento, por una mujer de noble cuna, por más que no sea otra cosa sino la hija del tahonero á quien yo compraba los panes de centeno en Marsella cuando estaba en la escuela del famoso retórico Stacio Ursulo (1). Y también quizás pueda decirse de Silia, cuya severa arrogancia apenas basta á encubrir su pasion, puesto que, no obstante sus treinta y seis años, se ruboriza ó se turba siempre que Fausto se le acerca: ésa si

(1) Nada se sabe de este célebre retórico más que su nombre y la tradicion de su fama.

que está locamente enamorada del tribuno.

— Ama á Fausto como á todos aquellos á quienes ella ha amado: como reclamamos. Fausto es en estos momentos el dardo que ella arroja al corazon de ese buey llamado Bibulo: ni más ni ménos. Pero tú tienes razon al decir que no siempre alcanza Fausto semejantes victorias sino de mujeres como Silia y Fortunata; porque la jóven doncella con quien ha entrado no demuestra....

— Mira, mira — interrumpió otro de los interlocutores — observa las miradas que la cortesana Panichys dirige á la jóven. Ya la habian puesto furiosa las atenciones que Fausto tributa á Silia y ahora la presencia de esta nueva rival le va á producir convulsiones.

— ¿Estás seguro que Panichys ama todavía á Fausto?

— Puedo afirmarlo. Yo he pasado esta última noche en su casa en una francache-la deliciosa, y aunque es cierto que ella no ha negado sus favores á ninguno de los cuatro convidados de la cena, ninguno de nosotros hemos podido consolarla: Panichys se prestaba á todos nuestros antojos, pero no participaba de nuestros goces.

— ¡Por vida de Baco! Panichys es una mujer de singulares complacencias — exclamó uno de los interlocutores.

— Sus complacencias serian bien escasas para contigo — replicó el que ántes habia hablado — porque es dudoso que tu bolsa pueda pagar el más insignificante de sus favores. ¿Sabes que la fiesta de anoche nos ha costado mil sextercios?

— Me parece una cantidad exorbitante empleada en la adquisicion de un cuerpo de mármol. En sus mejores tiempos, cuando Panichys era jóven y se entregaba á sus amigos, tan sólo por el placer de otorgar sus favores, entóncessi que era una mujer bella, sentimental, festiva y siempre agradable: yo la he visto ébria durante tres días, sin procurarse un momento de reposo, dejando solamente la mesa y el festin para arrojarle al baño, y salir del baño para echarse en nuestros brazos.

La mujer que era objeto de estos comentarios observaba, en efecto, atentamente á Chrysis con insolentes miradas, y se inclinaba muy á menudo para decir algo al oído de un hombre tan miserable como ella, no sólo por la audacia de presentarse al público en compañía de una cortesana, sino por el impúdico y afeminado esmero de su porte. Iba con el pelo rizado, y empolvado, llevaba las manos cargadas de sortijas de tal modo que apenas podia mover las falanges de los dedos y tenía pintadas las mejillas de carmin y las cejas de negro,

— Gnaton — le decia Panichys — ¿sabrás tú averiguar quién sea esa jóven y el mancebo que la acompaña?

— ¿Y cómo quieres tú que yo pueda averiguarlo?

— ¿No has reparado que vienen acompañados del poeta Eumolpe? ¿Tú no habrás olvidado á Eumolpe el que en Crotona (1) se hizo pasar por un opulento viajero navegante de la Libia, cuyo bajel habia perdido en un triste naufragio, y que en fuerza de hablar constantemente de las inmensas propiedades que poseia en su país, de sus numerosos esclavos y de los tesoros que guardaba en sus graneros y en sus arcas, supo vivir en la abundancia y en el lujo durante más de un año, merced á las dádivas y anticipos que muchos se apresuraban á ofrecerle con la esperanza de figurar como herederos en el testamento de un propietario tan acaudalado?

— Efectivamente, aquél es Eumolpe — dijo Gnaton. — No le hubiera reconocido por la alteracion de su fisonomía; pero no puede dejar de adivinársele por su porte y por su enfática charla que atrae y llama la

(1) Ciudad de la antigua Grecia, célebre por los vicios y la molición de sus habitantes, cuyas costumbres tuvo Pitt. oras la gloria de reformar. Hoy es Crotona.

atencion de cuantos le rodean. Yo descubriré su guarida, y de grado ó por fuerza le obligaré á declarar.

En efecto, la parte del anfiteatro reservada por el Edil para los plebeyos ricos se habia ido llenando poco á poco y Eumolpe se habia constituido el centro de un grupo que escuchaba sus eruditas peroratas con esa atencion y buena fe que ha sido siempre patrimonio de la clase media. El poeta habia empezado sus discursos criticando sobre la construccion del Circo, que á lo sumo le parecia adecuado á la importancia de una pequeña ciudad de provincia como Nemausus: y con este motivo tomó vuelo para engolfarse en ponderaciones de las maravillas que habia tenido ocasion de ver en sus viajes.

Entre la relacion de esos portentos, lo que más habia excitado la admiracion de todos habia sido la descripción de los teatros móviles, contruidos en Roma por el cónsul Marco Publio, y que, segun explicaba Eumolpe, consistian en dos semicírculos giratorios sobre los cuales estaban contruidas las gradas en que se colocaba el pueblo, teniendo al frente cada uno un escenario ó foro particular, de manera que los espectadores del uno estaban de espaldas á los espectadores del otro, y como entre ambos existia un espacio igual á la

extension de sus respectivos diámetro., cuando terminaban las funciones ó representaciones teatrales, aquellos dos hemicírculos, cargados del público, giraban sobre unos ejes gruesísimos y de gran potencia que los sostenian, viniendo á unirse y á formar un circo donde se celebraba un nuevo espectáculo de diverso género, al cual asistia el mismo público sin haber tenido que moverse.

Al citar aquella maravillosa y atrevida construccion, ciertamente que no mentia el poeta, porque en realidad habia existido y funcionado; pero Eumolpe exageraba, no obstante, sus dimensiones llevándolas á la medida de lo imposible, y ademas se jactaba de haberlo visto, cuando no hacia más sino referir lo que sabia de oidas.

Por lo demas, á Eumolpe se le ocurría á cada instante un nuevo cuento, crítica ó anécdota adecuada á los motivos de lo que hablaba cualquiera de los circunstantes, y habiendo dicho uno de éstos que en aquel dia se habia de celebrar el combate de varios osos contra un leon, aprovechó la oportunidad de referir el lance ocurrido á Demafares, que quiso celebrar una lucha de hombres contra osos, y al efecto compró á la ciudad los criminales que estaban juzgados y sentenciados á muerte para constituirlos en combatientes; pero habien-

do fallecido todos los osos pocos días ántes del espectáculo, por maquinaciones de otros criminales amigos y compañeros de los reos, se procuraron éstos dos pieles de aquellas fieras, con las cuales se vistieron los dos más intrépidos, y los otros fueron á proponer la venta de tales osos á Demafares con la expresa recomendacion de no separarlos de la jaula donde juntos se encerraban. Demafares accedió á ello, y después de pagar una crecida suma por las bestias, guardólas en una de las cuadras de su palacio; pero tan pronto como llegó la media noche, las dos fingidas fieras se salieron de su jaula, asesinaron á sus guardianes, dándoles de puñaladas, después hicieron otro tanto con el portero de la casa, franqueando la entrada á los bandidos que esperaban por la parte exterior, y se entregaron todos al pillaje, apoderándose con esta estratagema de los inmensos tesoros que allí guardaba el propietario.

Una vez en el uso de la palabra, ya no era fácil que se agotase el ingenio ni la inventiva de Eumolpe para referir historias terribles de ladrones ó anécdotas de otros géneros, y una de las que más vivamente llegó á interesar al auditorio fué la de un tal llamado Timoleon, célebre ratero que, habiendo introducido el brazo por un taldro que había practicado en la puerta de

un viejo avaro, sintió de repente que éste le clavó fuertemente la mano por la parte interior, y así aprisionado hubiera sido arrestado muy luego por los subalternos de la justicia, que ya acudían á los desaforados gritos del avaro, si el mismo Timoleon no hubiera ordenado á sus compañeros que le amputasen inmediatamente el brazo, lo cual ejecutaron sin vacilar huyendo todos y dejando el jefe de la partida aquel testimonio sangriento de su culpable tentativa y de su animosa resolución (1).

Entre tanto habíanse ido ocupando todas las gradas y localidades del Circo, que ya se encontraba completamente lleno, y el pueblo comenzaba á dar testimonio ruidoso de su impaciencia, con atronadora y tumultuosa gritería. En aquel momento llegaron los magistrados, tomando asiento en el sitio reservado para ellos, que era frente á la puerta de las jaulas donde estaban en-

(1) Si hemos consignado algunos de esos relatos, ha sido con el objeto de probar la semejanza que existe entre las anécdotas de la antigüedad y los cuentos de nuestros días. *El Oso y el Pacha* está tomado de una historieta antiquísima, y no es una sola ciudad de Francia la que se apropia el suceso del ladrón que se hizo cortar el brazo para escapar de la justicia. Hemos querido también que esta nota sirviese de comentario á los detalles de este espectáculo en que, cuando menos, han de verse reproducidos, ya que no los mismos juegos, las costumbres más usuales y corrientes de la vida y de la sociedad contemporánea.

chiqueradas las fieras que habian de luchar. El departamento de las jaulas consistia en una larga y extensa bóveda, con un número considerable de portales ó puertas corredizas de hierro, que correspondian á cada una de las celdas ó chiqueradas. En aquella bóveda era donde se hacia pasar á las bestias, por via de preparacion, momentos ántes de sus salidas al Circo; y cuando ya se habian desentumecido y cobrado vigor y movimiento en aquel lugar más extenso que el de las jaulas, se les abria la puerta de la arena. A pesar de los medios empleados para excitar la ferocidad de los animales por los mismos asentistas encargados de facilitarlos, sucedia casi siempre que en el momento de salir al Circo parecieran como espantados y aturridos; el resplandor de la luz del sol, de lo cual habian estado privados algun tiempo, los deslumbraba; y la presencia de tantos espectadores y el ruido de tan tremendo vocerío los aturdia y asombraba. Sólo despues de irse acostumbrando era cuando desplegaban su ferocidad y todas sus facultades, enfurecidos tambien por las heridas que recibian.

Pero no anticipemos la relacion de los sucesos.

Habiendo tomado asiento los magistrados, segun queda dicho, frente á la puerta

de las jaulas y cerca de la columna, á la cual habian de llegar tres veces los carros que se presentasen á disputar el premio de las carreras, fueron entrando y colocándose sucesivamente las más distinguidas y notables damas de la ciudad. Casi todas fueron saludadas al presentarse con rumores de adulacion y muestras inequívocas de agrado y simpatia; pero Silia fué la única á quien se tributó el especial homenaje del aplauso.

La noble dama se dirigió á su asiento sostenida por una barrera de manos que á su paso se le presentaban y ofrecian para servirle de apoyo, y fué á colocarse delante del sitio que ocupaba Fausto, mientras que uno de sus vecinos sostenia su quitasol encima de su cabeza y otro de ellos deslizaba un cojin de seda bajo sus piés. Fausto, no tan atento, se arreglaba los pliegues de su palio; pero tambien ménos atrevido que sus jóvenes rivales, porque era más amante, dejaba pasar el torrente de adulaciones de que Silia era objeto, sin añadir á ellas ni una sola frase. Fausto estaba realmente confuso y turbado; pero esa modestia que la mujer traduce como falta de gentileza en el hombre á quien no ama, es un homenaje inapreciable de emociones que le tributa aquel á quien ella ama, tanto más si ese hombre tiene acre-

ditado su valor, sus finos modales, su elegancia, su elocuente palabra y el chiste de sus oportunidades. Por otra parte, Silia aparentaba no haber reparado en la presencia de Fausto y confiaba y repartía entre sus adoradores los mil objetos que llevaban las damas romanas, entregando al uno su abanico, al otro su bote de esencias, á éste las pastillas refrescantes, á aquel el ramito de flores, y así á todos los demas. Parecía que nada tenía para Fausto, pero para él eran sus pensamientos; y mientras aquella turba de adúladores sólo prestaba atención á lo que imaginaba y traducía como exterioridades y preferencias, sin fijar la vista más que en las manos, en los ojos y en el bello rostro de Silia, no pudieron notar ni aperebirse de uno de sus movimientos, con el cual, inclinandose ligeramente hácia atrás, habian oprimido sus blancas espaldas las rodillas de Fausto, confirmando así á éste su enigmática declaración de aquella mañana. Así es que el jóven tribuno parecia no prestar atención ni que le afectaban en nada ninguna de las galanterías de que Silia era objeto. No sucedia lo mismo á Bibulo el duumviro, que acababa de llegar, y que, colocado con su esposa, sus hijos y unos cuantos favoritos en una especie de tribuna alfombrada de tapices y resguarda-

da de los rayos del sol por un pabellon formado con telas de seda, observaba el triunfo de Silia con visibles demostraciones de mal humor, moviéndose inquietamente en su asiento, gesticulando y llevando por último el extravío de sus necios celos hasta el punto de decir á su esposa:

— Repara en ese estúpido Fausto: ama á Silia y tolera y sufre que la adoren y galanteen de ese modo ante sus narices, sin atreverse á protestar con una sola palabra.

— Si tú estuvieras en su lugar no lo permitirias ¿no es cierto? — le contestó Fortunata con tono áspero y desagradable.

El Duumviro dirigió á su esposa una colérica mirada y respondióle:

— Fortunata, yo no te exijo cuentas de adónde pasas las horas de la mañana cuando dices que vas á los baños públicos, no obstante que los de mi palacio son más suntuosos, más cómodos y más decentes: tampoco he querido informarme ni averiguar quién fuese la persona que ocupaba el lecho de tu íntima amiga Marcia, la madre del libertino Metello, á la cual fuiste á visitar bajo pretexto de que se encontraba gravemente enferma, cuando precisamente á los pocos momentos tuve ocasion de saludarla, que regresaba de su quinta de recreo. No vigiles, pues, mis actos más de lo que yo vigilo los tuyos, y no vayamos

á comenzar una querrela, que podría ser interminable si yo quisiera exponer todos mis agravios, y que estoy resuelto á terminar de un modo serio y violento si añades uno más á los que me has inferido.

Fortunata guardó silencio aparentando prudencia, y volviendo la cabeza á un lado y á otro empezó á saludar á las varias personas que buscaban su mirada, porque aunque eran públicas las desavenencias que existían en aquel matrimonio, se sabía bien que ella ejercía una gran influencia sobre su marido por el buen manejo y ordenada administración que había establecido en su inmensa fortuna, lo cual la constituía en el mejor intendente que Bibulo podía apetecer.

Después de esto entraron los sacerdotes de los diversos templos que había en Nemausus, y detrás de todos los sacerdotes se presentaron las vestales (1), á quienes es-

(1) Sacerdotisas encargadas de mantener el fuego sagrado en los templos de Vesta. Eran elegidas por sorteo, una entre veinte que proponía el sacerdote. En el momento de su admisión no podían contar más de diez años de edad ni menos de seis, no tener defectos corporales y ser de buen nacimiento. Los padres no podían negarse á entregarlas, excepto en los casos de ser hijas únicas ó tener una hermana vestal. Cuando quebrantaban su castidad ó dejaban apagar el fuego sagrado, eran enterradas vivas ó azotadas. Sus seductores eran azotados hasta que morían. Habitaban en el templo, y sus funciones duraban treinta años, pudiendo después de ese término abandonar

taba reservado el lugar de más preferencia y de más honor.

En seguida se abrieron las grandes puertas del Circo y comenzó al rededor de él la procesion de los dioses, cuyas imágenes eran conducidas sobre las espaldas de los sacerdotes encargados de sus respectivo culto y custodia.

Cada divinidad era acogida, lo mismo que las personas, según los diversos sentimientos que inspiraba á los espectadores.

Cuando la estatua de Venus pasó por delante de la parte del anfiteatro donde estaban las mujeres más renombradas por su belleza y elegancia, toda la juventud más distinguida se levantó como gigantesca ola de embravecida mar atrozando el espacio con sus aplausos á la diosa. Los unos arrojaban flores al Circo, los otros sus sortijas y sus joyas de más precio, y todos hacían demostraciones del más frenético entusiasmo. Pero cuando estalló con más delirio aquella manifestacion fué cuando la diosa pasó frente al sitio de Silia, recibiendo materialmente una lluvia de

el sacerdocio y casarse. Su testimonio hacía fe en juicio: cuando se presentaban en público las precedía un fieltor y tenían el privilegio de salvar al criminal que encontrasen caminando al suplicio. Fueron instituidas por Numa.

(N. del T.)

ofrendas, porque así era como los jóvenes daban pruebas de sus simpatías y de su amor. Fausto fué el único que ni aplaudió ni arrojó ningún objeto, lo cual no pudo menos de causar extrañeza á Silia.

—¿No rindes tributo á la diosa?—le dijo.

—No—respondió Fausto—ya Vénus no reside en los cielos, y yo reservo mis votos y mis homenajes para la diosa que la ha eclipsado en la tierra.

Silia dirigió una dulce mirada de gratitud á Fausto, dibujándose en su rostro una sonrisa de satisfacción, y extendió su torneado brazo para señalar al joven tribuno una enorme corona que en aquel momento arrojaba Panichys á la diosa. Esto dió lugar á que el populacho prorumpiera en chillidos y atronadora gritería, prolongándose aquella ruidosa manifestación de desagrado hasta que apareció la estatua de Diana, la diosa de la castidad. Entonces la plebe comenzó á aplaudir frenéticamente, no porque fuera más aficionada que la nobleza al cumplimiento de los preceptos de la diosa, sino por espíritu de oposición y contraste á los aplausos y homenajes que los jóvenes patricios habían tributado á Vénus; y así como á esta diosa le habían sido arrojadas muchas ofrendas al pasar por delante de Silia, así también

cayeron á los piés de la estatua de Diana lluvias de cintas y de mantos cuando esta otra divinidad pasó frente á la grada que ocupaba Chrysis.

—¡Ah!—gritó uno de los que estaban más próximos á Silia. Mira, Fausto: tu bella protegida ha arrojado la cinta de sus cabellos á la triple deidad. Esto no puede ser motivo de un buen pronóstico para tus planes ó esperanzas.

—¿Quién es aquella joven?—preguntó Silia visiblemente conmovida.

—Una castísima doncella—respondió Fausto—á quien he encontrado con su hermano á la puerta de vuestro palacio en compañía de un poeta llamado Eumolpe.

Silia palidecía por grados y exclamó con alterada voz:

—¿Los conocéis?

—No—dijo Fausto—pero me interesé desde el primer momento en favor de ambos por la singular semejanza que existe entre sus fisonomías y la vuestra. El hermano tiene el aspecto y la gentileza de un noble joven, y la hermana lleva retratada en el rostro la virginidad de su pureza. No he querido que esos á quienes la casualidad ha concedido el dón de parecerse tanto á Silia, estuviesen confundidos con el vil populacho, y les he procurado localidad más conveniente.

La agitación de Silia era visible: de buena gana hubiera estrechado fuertemente la mano de Fausto entre las suyas, y á sus ojos vióse asomar una lágrima furtiva, diciendo con voz comprimida por la emoción maternal:

—Aceptad la expresión de mi gratitud en nombre de esos jóvenes.

El que había denunciado á Fausto como galanteador de otra mujer delante de la que aquel amaba, con la dañada intención de causarle un pesar, quedó sorprendido al observar la gratitud de Silia, y añadió:

—Efectivamente, Fausto tiene razón: jamás ha podido verse una semejanza más extraordinaria. Mirad, Silia, y juzgad por vos misma, puesto que la joven dirige atentamente hácia acá sus miradas.

—Es inútil—dijo con viveza la noble patricia.

Fausto, que había notado la turbación de Silia y que no quería que fuese sorprendida por los demás, procuró variar el interés del momento gritando con oportunidad:

—¡Ah! ¡Mirad! Ya Bibulo hace la señal con la punta de su manto: los juegos van á empezar.

En efecto: á los pocos momentos se presentaron los carros con sus tiros de caballos para disputar los premios de la carrera.

Las grandes facciones ó partidos de azules y verdes, de amarillos y encarnados en que se dividían los aficionados de Roma, y que en Constantinopla hicieron vacilar el imperio por los tumultos que exitaban, tenían igualmente sus afiliados en las colonias y en las provincias. Pero en Nemausus, así como en Roma, eran los azules y verdes los que más habían conquistado el favor y las simpatías del público; de modo que al dar los carros la vuelta por el Circo fueron respectivamente aplaudidos por cada uno de los bandos, según los colores que ostentaban. La mayor parte de estos trenes al pasar por donde estaba Silia se detenían, porque casi todos pertenecían á los jóvenes patricios que rodeaban á la noble romana, y éstos, con el pretexto de dar algunos consejos ó algunas órdenes á los mayores, hacían admirar con detenimiento la hermosura de sus caballos y la riqueza de sus carros y de sus arreos. Algunos de aquellos jóvenes, afectando una desconfianza y un desagrado que ellos mismos habían preparado de antemano, saltaron al Circo y tomaron en sus propias manos las riendas de sus caballos, despidiendo á sus cocheros con fingido disgusto. Después, dirigiéndose á Silia al compás de las cabriolas de los corceles, gritaban á la noble dama:

—Haz votos por mi triunfo y estaré seguro de la victoria.

—Bien sabes que pertenezco al bando de los azules—decía Silia—y en tal concepto, apuesto una copa de bronce de Corinto por aquel carro de hermosos caballos blancos oriundos de España.

—Yo apuesto en contra—exclamó prontamente Fausto. Y despues alzando la voz gritó al cochero:

—Milon, es preciso que seas el vencedor: he apostado contra tí.

—¿Es ese vuestro carro?—preguntó Silia.

—Sí—respondió Fausto—y yo apuesto contra vuestra copa de bronce de Corinto un baño de mármol blanco.

—¿Y deseais perder?

—Por el contrario: es que deseo que ganeis para ofrecer un obsequio que sin eso Silia no hubiera querido aceptar.

—¿Pero entónces yo no podré daros nada?—exclamó la bella romana.

—¡Oh! Si vuestros labios hubiesen tocado los bordes de la copa que habeis apostado, mi carro sería vencedor, aunque tuviera que ir yo mismo á conducirlo y á hacerme señalar con el dedo como esos jóvenes aturdidos.

—Pues bien—dijo Silia—enviadme el baño y yo os enviaré la copa: así habre-

mos ganado los dos. Ved ahí el resultado que yo desco en nuestra apuesta. Despues, que suceda lo que fuere del agrado de los dioses.

Entre tanto, por todas partes se concertaban innumerables apuestas. Los más incautos y los ménos experimentados, que juzgaban del vigor y de las cualidades de los caballos por el lujo y esplendidez de sus arreos, apostaron en favor de los trenes más ricamente ataviados; pero los verdaderos inteligentes no eran tan ilusos, y la misma Silia, que ya contaba con alguna experiencia, comprometió sumas de mucha importancia apostando por los caballos de Fausto.

Siendo 16 el número de los carros que se disputaban el triunfo, se dividieron en cuatro secciones ó tandas de cuatro carros, estando representados los cuatro colores en cada una de ellas.

Debían correr separadamente cada una de las cuatro tandas, y los que resultasen vencedores en la suya respectiva, formarían la quinta seccion ó tanda para disputarse definitivamente el triunfo.

Dada la señal comenzaron las carreras, habiendo correspondido al carro de Fausto, que era de los azules, formar en la cuarta seccion. En las tres primeras pruebas ganaron los verdes, y en la cuarta al-

canzó la victoria el carro de Fausto, quedando por consiguiente él sólo encargado de defender la reputacion y el crédito de los azules. Su desventaja era conocida, pues no sólo tenia que luchar con caballos de gran vigor y de una fama extraordinaria, sino que habiendo tenido éstos tiempo suficiente de reparar sus fuerzas con el descanso, miéntras se verificaba la cuarta prueba, volvian á correr los caballos de Fausto en la quinta sin disfrutar de ese reposo, lo cual acrecentaba las dificultades de la empresa.

Las condiciones y circunstancias con que se concertaban las apuestas merece la pena de que se apunten. En las primeras pruebas se apostaba por el color, y si concluidas las cuatro pruebas cada color tenia iguales ventajas, podia deshacerse la apuesta ó aumentarla á voluntad de los interesados. Si en aquella ocasion hubieran ganado las pruebas dos azules y dos verdes, Silia hubiera podido retirar su compromiso, pero no habiendo triunfado en las primeras pruebas más que un azul contra tres verdes, estaba obligada á sostener todo el importe de sus apuestas, ó de lo contrario, dar por perdida la mitad de las cantidades apostadas.

No obstante la serenidad y confianza que Silia se esforzaba en aparentar, Faus-

to pudo comprender que era presa de la mayor intranquilidad, por las preguntas que la dirigia respecto á la destreza de su cochero, á la cualidad de sus caballos y á las condiciones de su carro.

—Silia—le dijo el tribuno—¿no tienes fe y confianza en mi fortuna?

—La tendria mucho más en tí mismo—respondió Silia.

—¿Quieres verme descender al Circo?

—Otros más nobles que tú lo han hecho—replicó Silia.

—Tambien ha habido otros ménos nobles que yo, que han preferido morir ántes que consentir en tal degradacion—contestóle amargamente Fausto.

Aquella respuesta de Fausto se hallaba plenamente justificada con mil ejemplares de ciudadanos de todas clases que habian preferido la muerte á la infamia de mezclarse en los juegos ó luchas del Circo. Silano no era ciertamente el único que habia tenido el valor y la abnegacion de sacrificarse por su honra; pero el recuerdo de su esposo fué el ejemplo que acudió á la memoria de Silia, bajando humildemente la vista abochornada y confusa. Fausto creyó que la turbacion de Silia era solamente por efecto de la dureza de sus palabras, y se apresuró á decirle con el tono de la más dulce ternura:

—Sin embargo, creo que hay un medio de presentar honroso á los ojos del público el deshonor de descender al Circo. Ese medio es el de intentar y disputar la victoria, no por el interes miserable de una sordida ganancia, sino por el de complacer á una dama que exige esta prueba de amor: ordéname que conduzca mis caballos y bajaré al Circo.

Temerosa Silia de perder las crecidas cantidades de dinero que por vanidad habia comprometido en aquellas apuestas, ó impulsada, quizás tambien, por ese instintivo é irresistible sentimiento de tiranía amorosa de las mujeres, que se complacen exigiendo algunas veces actos de valor á hombres fallos de ánimo, debilidades á los más fuertes, é indignas complacencias á los nobles de corazón, el caso es que Silia dijo á Fausto que ella deseaba que fuera él mismo quien condujese sus caballos; y para que nadie pudiera dudar que sólo por ella era por lo que accedía á tal pretension, despojóse del rico palio que cubria sus espaldas, y desgarrándolo con sus propias manos, entregó un largo jiron á Fausto y el jóven tribuno saltó inmediatamente al Circo y corrió á montar sobre su carro, llevando en la mano y desplegando al viento aquel emblema como escudo de su accion y como simbolo de su empeño.

Fausto gozaba de grandes simpatías con el pueblo, y éste aplaudió en él con entusiasmo lo que poco ántes habia chillado y escarnecido á otros jóvenes patricios.

El Duunviro, que habia estado observando atentamente cuanto habia pasado entre Silia y Fausto, palideció de furor y excitó con punzantes alusiones y equívocos chistes á los contendientes del tribuno, que todos eran jóvenes de la nobleza, dueños de los trenes que habian obtenido el triunfo en las carreras de prueba, lo cual hacia que la victoria en la decisiva fuese disputada por hombres de igual nacimiento, aunque de condicion y rango distinto.

La gentileza y donaire que imprimia Fausto á todas sus acciones le daban cierto aspecto de superioridad, infundian una simpática confianza en el éxito de sus empresas, y le hacian aparecer como árbitro de su propia fortuna. Así fué que desde el momento en que se le vió montar sobre su carro y empuñar las riendas de sus caballos, parecia como que llevaba en sí la seguridad de la victoria, y hasta los mismos corceles parecian reconocerle, sin que él los hubiera excitado; porque al punto empezaron á encabritarse orgullosamente, piafando con demostraciones de fogosa impaciencia.

Bien pronto los clarines dieron con sus

ecos la señal de la partida, y los cuatro carros se lanzaron á la vez á la lucha con una rapidez tan igual y tan unidos, que no parecia sino que formaban un solo tren y un solo tiro envuelto en una inmensa nube de polvo; pero el ojo experimentado é inteligente podia observar que dos de aquellos conductores impulsaban y acosaban con frenético esfuerzo sus caballos, mientras que los otros dos contenian los suyos para conservar aquella igualdad, porque, aunque más fuertes hubieran podido desde un principio aventajarles y tomárselos la delantera, querian, no obstante, extenuar las fuerzas de los más débiles para ponerlos con mayor seguridad fuera de combate.

Así se sostuvo la carrera en toda la primera vuelta; pero en la segunda se destacó del grupo el único adversario digno de competir con Fausto y los aventajó á todos.

El bando de los verdes empezó á aplaudir con entusiasmo, y la alarma cundió entre los partidarios de los azules. Estos, sin embargo, reflexionaban y se tranquilizaban, juzgando que la pequeña ventaja de adelante habia sido obtenida por haber excitado prematuramente los caballos; pero los otros respondian que el que habia tomado la delantera se habia asegurado el

medio de poder cortar siempre la carrera y la colada del carro de Fausto.

En efecto, el jóven tribuno habia seguido el ejemplo de su rival y le acosaba de cerca; pero su adversario, cuidadosamente atento á cada uno de sus movimientos, le cruzaba sin cesar la pista con una destreza y con una oportunidad que desesperaba y llenaba de angustia á los que habian apostado en favor de Fausto. Estas estratagemas continuaron durante toda la segunda vuelta; pero tan violento y penoso manejo no podia ménos de fatigar extraordinariamente á los caballos del primer carro, porque se les obligaba á cambiar á cada momento de direccion. Fausto lo tenía previsto: aparentando contener sus caballos, cuando su adversario parecia no dejarle espacio entre su carro y el muro del Circo, los excitó hácia el lado opuesto, llegando á colocarlos al lado de su rival, quien aprestándose á cerrarle el paso, se arrojó con su carro por la izquierda con intencion de atropellar y herir los caballos de Fausto; pero ya el tribuno contaba con este movimiento, y deteniendo súbitamente su carro se precipitó en seguida por la derecha con una destreza y una rapidez tan feliz, que cuando su rival pudo darse cuenta de aquella maniobra

para volver sobre su ventaja, ya el tribuno le habia tomado la delantera y bien pronto le dejó bastante lejos para poder considerar como suya la victoria.

Los accidentes de esta lucha habian tenido comprimido el ánimo de Silia y suspenso toda su atencion; pero desde el momento que vió y consideró á Fausto seguro del triunfo, no pudo ménos de dirigir sus miradas á cierto sitio de donde partia el eco de una voz débil, trémula y anhelante que á cada vuelta gritaba:

— ¡Animo, Fausto! ¡Valor!

Y Silia pudo ver que quien así demostraba los accesos de su entusiasmo y la sensacion del interes que en su ánimo despertaba el éxito de la carrera, era una joven que, con el cuerpo inclinado, la mirada fija, y los brazos extendidos, estaba sentada junto al poeta Eumolpe.

Silia entónces reconoció á su hija por la rara belleza que la distinguia.

En cualquiera otra ocasion Silia hubiera experimentado un sentimiento de noble orgullo al contemplar la hermosura de su hija; pero el acento de aquella voz tan apasionada por el triunfo de Fausto hizo engendrar en su corazon el gérmen de una sospecha tan rápidamente arraigada, que cuando Fausto regresó para volverse á co-

locar á su lado, en vez de acogerle con las atenciones de gratitud que merecia su conducta, le respondió:

— Me preguntas, Fausto, si estoy satisfecha, y ciertamente no soy yo la mujer que más puede estarlo en el Circo.

Esa es la manera de ser de todas las mujeres: acusan sólo por la razon de una sospecha, casi lo mismo que por la razon de una justificada falta, y generalmente en esos casos son tanto más crueles y severas cuanto que no pudiendo explicar los fundamentos de sus acusaciones, llegan hasta á indignarse porque se les pidan aclaraciones y pretenden que sin ellas se acepten los errores de sus injusticias.

Si las mujeres celosas quisieran comprender y persuadirse de que por haber sospechado muchas veces sin motivo vienen, por último, á tenerlo para sospechar con razon, porque ellas mismas despiertan la idea de la traicion de que se quejan sin cesar, serian más razonables, más prudentes y más sábias. ¿Pero dónde ni cuándo ha sido jamas juiciosa la pasion?

Silia, pues, dispensó á Fausto una acogida tan injusta, despues de lo que aquél acababa de hacer sólo por complacerla, y le volvió la espalda con tan marcado gesto de desagrado, que el mismo Bibulo pudo apercibirse de ello, encontrando ocasion

para regocijarse precisamente por lo que al principio le había inspirado tanta alarma.

— Ella indignada humilla y abate el orgullo de Fausto — se decía el diunviro.— Ese vanidoso tribuno ha descendido al Circo y no obtendrá otra cosa sino la vergüenza y el deshonor de haberse ofrecido en espectáculo : eso es justo.

Mientras tanto habían continuado los juegos, y terminadas las carreras de carros tuvieron lugar los combates entre fieras; despues los de estas bestias contra los criminales, y, finalmente, las luchas de los gladiadores. Seguramente no se haria aquí la descripción de estos espectáculos, tan conocidos y tantas veces magistralmente reseñados en otros autores, si no lo exigiese un importante accidente que interesa muy especialmente á esta narracion ó historia. Entre los gladiadores que debían presentarse aquel día se distinguía ún tal llamado Asclytio, de elevada estatura y de una belleza varonil no ménos reconocida que su fuerza y valor, hasta el punto de parecer más bien un noble guerrero que no un vil gladiador. En las diversas luchas que tuvo necesidad de sostener había vencido á sus adversarios con tanta facilidad y ventaja que ninguno de ellos había sido condenado á morir, porque no parecia justo al pueblo imponer

tan enorme suplicio á hombres que demostraban el raro valor de combatir contra aquella extraordinaria superioridad de destreza y de fuerza. Este perpétuo, inevitable y constante triunfo había llegado á irritar al pueblo contra él, y los gritos y el vocerío de los espectadores reclamaban siempre nuevos adversarios que se presentasen á pelear con Asclytio.

Por último, despues de vencer á cuantos se habían puesto frente á él, se presentó uno cuya estatura y feroz aspecto causaron admiracion y sorpresa al mismo Asclytio, á pesar de toda su bravura. Era el nuevo gladiador un breton en el apogeo de la edad viril, de abultados y nervudos músculos, que infundia pavor con su fisonomía, la cual resultaba horrible á causa de su inculta y espesa barba y de sus largos cabellos rojos. Sus brazos y sus piernas y muslos se veían cubiertos de indelebiles dibujos hechos en la piel con un punzon de acero candente, cuya costumbre fué origen de que los romanos les designasen con el nombre de pictos (1).

(1) En efecto, los romanos llamaban pictos, por la antedicha pictomanía, á un pueblo de la Caledonia que ocupaba la parte septentrional de la isla de Bretaña, cuyos habitantes resistieron á todos los esfuerzos de los romanos, y éstos, para contener las incursiones de aquellos y de los escotos levantaron la célebre Muralla de los Pictos, que se extendía al traves de toda la isla, desde

El nuevo recién venido derramó por los espectadores de las gradas su fiera y salvaje mirada, fijándola al fin sobre su enemigo con la misma sangrienta avidez que poco ántes había podido admirarse en el ojo desencajado de un tigre indomable de los bosques del Asia, que en las luchas de aquel día no había destrozado ménos de tres hombres.

Asclytio reclamó y obtuvo una nueva espada y otro escudo más ligero y manuable que los que le habían servido hasta aquel momento, cuyo cambio causó la extrañeza de todo el mundo; porque se conceptuaba que las más fuertes armas no lo serían bastante para resistir los choques de aquel nuevo Anteo (1).

Peró Asclytio lo que se proponía era fatigar y extenuar á su robusto y casi obeso adversario con la rapidez y celeridad de sus ataques y de sus retiradas, para lo cual tenía necesidad de no verse á sí mis-

el estrecho de Solway hasta la embocadura del Tyne, y tenía 100 millas de largo, 8 piés de espesor y 12 de altura, conservándose aún algunos restos de ella que pueden contemplarse en el Northumberland y Cumberland. — *N. del T.*

(1) Gigante, hijo de Neptuno y de la Tierra, á quien la mitología dá 64 codos de altura, ó sean 22 varas, y que luchó con Hércules, el cual, viendo que su rival cobraba nuevas fuerzas cada vez que tocaba el suelo, lo levantó en el aire y lo sofocó en sus brazos. — *(N. del T.)*

mo extenuado y rendido por el peso de sus propias armas.

Ese ardid y esa prevision le sirvieron durante mucho tiempo, y el pueblo, que le veía reír siempre que el breton, creyéndole á su alcance, le asestaba uno de sus terribles tajos, cuya violencia sólo podía comprenderse por el zumbido del acero en el espacio, juzgó la presuntuosa fanfarronería de Asclytio tan insultante y tan insolente que empezó á manifestar sus simpatías y sus votos en favor del breton. Y en efecto, la fortuna de éste no fué sorda al ruego de los espectadores, porque en el momento en que por la vigésima vez Asclytio acababa de burlar el furor de su adversario, despues de haberlo ligeramente herido, resbaló en aquella arena inundada de sangre por su espada durante los anteriores combates, y cayendo de espaldas sintió sobre su pecho la rodilla del breton ántes que éste le diese tiempo para incorporarse.

Mil gargantas, con voces horribles y descompuestas, reclamaron en el acto su muerte, y el breton consultaba con la vista la voluntad del pueblo y la expresion de aquellos millares de brazos y de manos que se agitaban en toda la circunferencia, deseando averiguar si debía ó no herir á su

adversario, cuando un hombre de aspecto digno y respetable que estaba colocado á espaldas de Chrysis, exclamó:

— ¿No habrá aquí una mujer honrada que quiera interceder en favor de ese valiente soldado?

Al oír estas palabras Chrysis volvió el rostro para poder observar al que las acababa de proferir, y éste, aprovechando aquella mirada, la dijo:

— Noble hija de Silano, salva la vida de ese hombre.

Impulsada Chrysis por una especie de temor religioso, al oír pronunciar el nombre de su padre, se puso súbitamente de pié, y levantando en alto el dedo pulgar de su mano derecha, indicó así, según la costumbre, que ella intercedía por la vida de aquel hombre. Su ejemplo, imitado por muchas de las mujeres que la rodeaban, fué ganando voluntades y Asclytio quedó salvado, habiéndose podido observar que al levantarse y dirigir la vista al sitio donde había partido la excitación de aquel anciano extranjero, cambió con éste una mirada de inteligencia.

Este incidente dió ocasion á nuevos chistes y alusiones dirigidas á Fausto, y Metello, aquel jóven patricio que al principio le había intencional y maliciosamente

felicitado delante de Silia por la belleza de la jóven extranjera á quien parecia proteger, se apresuró á decirle:

— Eres verdaderamente desgraciado en tus rivalidades, Fausto, porque dicen que ese Asclytio te habia precedido en el amor de Pannychis cuando ésta habitaba en Crotona, y ahora debes ya temer que no sea él quien te suceda poseyendo el corazón de tu nueva conquista, puesto que ella, tu jóven protegida, ha sido la que ha reclamado su vida.

La indignacion hizo palidecer el rostro de Silia al escuchar aquella infame suposicion, y aunque durante la conversacion que habia tenido con Fausto habia manifestado á éste que la causa de su disgusto no reconocia más origen sino el interes demostrado por aquella jóven en el éxito de las carreras, exclamó, no obstante, con colérica expresion dirigiéndose á Metello:

— ¿Cómo puede un hombre de noble corazón albergar en él esos infames sentimientos contra una jóven tan pura como la luz del sol?

Después, dirigiéndose á Fausto, continuó:

— ¿Y cómo puede escuchar tales ultrajes, sin conmoverse, aquel que pretende haber protegido á la mujer que ha sido objeto de ellos?

Así luchaban en el corazón de Silia los sentimientos de la madre y los de la amante; aquella defendiendo su honor con nobleza, y ésta temiendo y odiando la belleza de su propia hija.

Fausto, por su parte, estaba tan poseído y subyugado por el amor que profesaba á Silia, que ya en su intención había dominado el propósito de no cumplir la promesa de la hospitalidad que había ántes ofrecido á los dos jóvenes extranjeros, para no dar lugar al progreso de las sospechas de Silia; pero su conciencia le acusaba de una acción tan poco hidalga. Así es que en aquel momento se consideró muy afortunado por presentársele ocasión oportuna de compensarla con otra buena, con la cual también dejaba complacida á la misma Silia, y en su consecuencia impuso silencio al imprudente y mordaz bromista con tal autoridad y con tan insinuantes alusiones sobre sus depravadas costumbres, que le llevaban hasta el extremo de calumniar las de los demás, que Metello humillado, bajó la vista ante la mirada arrogante é irritada de Fausto, aunque prometiéndose sordamente vengarse de esta lección, que al decir de muchos, no era la primera que recibía del joven tribuno.

Entre tanto los juegos de aquel día tocaban á su término, ó mejor dicho, entonces

era cuando verdaderamente comenzaba el último de los placeres reservado exclusivamente al pueblo. Se había limpiado el terreno del Circo, retirando los despojos de las luchas y de los combates precedentes, y se habían cubierto las manchas de sangre bajo una capa de brillante y finísima arena amarilla, abriéndose después todas las puertas, por las cuales se precipitó la multitud. Cuando el Circo estuvo casi invadido por el más vil populacho, que ántes ocupaba las gradas superiores, el Duunviro dió la orden para que por diferentes sitios del anfiteatro fuesen arrojados á la arena una porción de pedacitos de madera en forma de fichas ó dados que todos se apresuraban y disputaban coger: esto produjo un tumulto espantoso y una confusión de luchas y de combates que sin embargo no tenían nada de peligrosos, porque estaba terminante y severamente prohibido servirse de más esfuerzo que el que pudiera hacerse con los hombros y con las espaldas para defenderse y atacarse unos á otros, y aquél á quien se le hubiera visto poner las manos sobre un ciudadano para detenerle ó rechazarle, hubiera sido inmediatamente arrojado fuera del Circo por los lictores. Los esclavos encargados de la distribución llevaban dos canastillos diferentes, uno lleno de esas

fichas de madera, y el otro con unas de marfil que distribuian en las localidades de los nobles patricios y ricos plebeyos á fin de que todo el mundo tomase parte en estos juegos ó rifas de suerte y azar.

Muy luego quedaron distribuidas todas las fichas de madera y todas las tabletillas de marfil, anunciándose que empezaba la adjudicacion de los premios. Un pregonero de la ciudad, á quien su potente voz le habia conquistado el sobrenombre de Stentor (hecho famoso en los cantos de Homero) (1) subió á una especie de tribuna y preguntó á quién correspondia tal ó cual número, sin que se llamase más que á los que habian tocado cualquiera de los premios. Estos fueron para los unos un motivo de felicitacion y alegría, y para muchos otros de burla y aun de tristeza: ora consistian en una medida de trigo, en una yunta de bueyes, en una suerte de tierra; ó bien en un par de vejigas, en un perro muerto y en un grano de arena, todo lo cual producía respectivamente, ó grandes aplausos ó escandalosas carcajadas. A Sílvia tocó en suerte una mesa de bronce de

(1) Stentor ó Estentor, fué uno de los griegos que concurren al sitio de Troya, y tenía una voz tan poderosa, que ahogaba la de cincuenta hombres reunidos. Rival de Mercurio y queriendo sobrepujar la voz atronadora de éste, murió reventado por sus propios esfuerzos. — Estentóreo. — (N. del T.)

Corinto: todo el mundo ponderó y alabó la fortuna que iba siempre acompañándola en todo, y habiendo manifestado uno de los que se encontraban cerca de Eumolpe que en esta ocasion no le parecia tan digna de elogio la buena suerte de Sílvia, se apresuró el poeta á increparle para dar muestra de su erudicion y de sus conocimientos diciéndole:

— ¡Ignorante! eso dices porque no sabes que el bronce de Corinto es el más precioso de los metales, que está compuesto de todos y que reúne las condiciones y cualidades de todos. Sólido como el acero, compacto como el oro, suave como el cobre, sonoro como la plata, es susceptible de todas formas, y las conserva durante siglos enteros con la más perfecta pureza, habiéndose debido á la casualidad el prodigio de tan útil y precioso descubrimiento.

Todos los que rodeaban al poeta le rogaron que les explicase cuál habia sido el origen de dicho descubrimiento, y siendo esto muy de su agrado, les dijo que despues de la toma y saqueo de Sagunto por los Cartagineses, Annibal, que era tan ladrón y bribón como todos los de su casta, habia ordenado que fuesen arrojados á un hornillo todas las estatuas y todos los vasos de oro, de plata y de bronce

que habian sido sustraídos de aquella desventurada ciudad, resultando de esta fusion ó liga aquel inestimable metal que vale más que el más rico de los tres.

Mientras Eumolpe daba estas explicaciones que, segun su costumbre, salpicaba de comentarios y reflexiones que él llamaba filosóficas, continuó la adjudicacion de los innumerables premios que debian distribuirse. No nos detendremos á detallarlos, pero si consignaremos que si muchos de ellos eran risibles y burlescos, los habia tambien magníficos y espléndidos, y entre estos últimos podian envidiarse una casa de campo ó quinta de recreo perfectamente amueblada, un bajel apropiado para navegar por el Ródano, y una soberbia estatua de mármol de Páros, estimada como la más bella obra de arte de la coleccion de Bibulo. Otros premios tenian el mérito de una originalidad singular, como el que correspondió á Cneyo. Habiendo preguntado el pregonero quien tuviera el número mil veinte, Cneyo se encontró favorecido con una invitacion para comer aquella misma tarde á la mesa de Bibulo, que debia reunir en suntuoso festin á los personajes principales de la ciudad, cuya circunstancia colocaba al jóven romano en presencia de su madre, sin que ésta hubiera podido enterarse de ello por hacer

ya bastante tiempo que habia abandonado el Circo seguida á poco de Fausto.

Todavía gritó la voz del pregonero llamando al tenedor del número mil ciento uno: Eumolpe era el agraciado, y el poeta se levantó con cierto aire de orgullo asomando en los labios una sonrisa que bien claramente demostraba su confianza y seguridad de haber sido favorecido por la fortuna.

—¡Y bien!—le dijo aquel funcionario retardando malignamente sus palabras— preséntate esta tarde en el Palacio de Bibulo y recibirás.... veinte y cinco latigazos sobre las espaldas.

Una explosion de risas estalló al rededor del poeta, y el pregonero añadió socarronamente:

—Y no te descuides en ser puntual á la cita, ó de lo contrario, en vez de veinte y cinco caricias, el duunviro Bibulo te regalará ese cuerpo con cincuenta por mano del verdugo.

El encolerizamiento de Eumolpe no consiguió otra cosa sino excitar más y más la mofa y la risa del pueblo, y la distribucion continuó con variados accidentes y resultados diversos, que no son del caso reseñar, hasta que al fin, siendo ya una hora avanzada, terminaron las rifas y con ellas los espectáculos y fiestas de aquel dia, retirándose cada cual á su respectiva morada.

Una turba de cortesanas ó meretrices de la más baja ralea y de la más abyecta desvergüenza pululaba al rededor del Circo, aprovechando el momento de la salida de los espectadores, para atraerlos con provocativas miradas, con actos impudicos ó con palabras y promesas de goees, pronunciadas al paso en voz baja. Unas ponderaban el esplendor de sus habitaciones, otras celebraban la hermosura de sus cuerpos ofreciendo satisfacer todas las exigencias de los placeres más absurdos y otras, en fin, incitaban todos los apetitos invitando á banquetes y festines con vinos deliciosos y manjares exquisitos que no podían esperar. También se veían algunas mujeres viejas, maestras de prostitucion y madrinas de vicios, que prometían doncellas sin estrenar, apenas acabadas de salir de la infancia. Los jóvenes calaveras y los viejos libertinos y licenciosos hacían sus arreglos en medio de aquella confusión, y los más recatados, despues de cambiar una mirada de inteligencia con la ramera ó con la zurcidora de voluntades, fingían decir al viento palabras que eran recogidas por quien podía comprenderlas, dirigiéndose luégo por calles solitarias y extraviadas á los garitos que les habían sido indicados.

Cneyo arrastró aceleradamente á su her-

maná léjos de aquellos sitios, evitándole tan hediondo y asqueroso espectáculo. Resuelto á aceptar la hospitalidad con que Fausto le había brindado, se informó de la calle en que se hallaba situada la morada del tribuno, y acompañado de Eumolpe dieron pronto con ella. No encontraron allí á Fausto; pero éste había estado ántes para prevenir á sus criados que acogiesen con distinguida cortesía y respeto á los huéspedes que habían de presentarse.

En efecto, ya tenían preparados sus respectivos baños, y la anciana nodriza de Fausto se había encargado de satisfacer y prevenir á todas las necesidades y cuidados de Chrysis.

Cuando Cneyo salió de la sala del baño, donde había refrescado y vigorizado su cuerpo despojándose del polvo que le cubría, se vistió con un rico traje que le fué presentado en vez del suyo, y que si no le dió más belleza, le hacía al ménos aparecer más esbelto y elegante.

Por lo demas, ni Eumolpe, que estaba sumido en la más profunda tristeza á causa del premio que le esperaba á la puerta del Duunviro, ni ninguno de los dos hermanos hijos de Silano que caminaban abortos y ensimismados en serías reflexiones, no pudieron apercibirse que habían sido seguidos hasta la casa de Fausto por

Gnaton, que obedecía las órdenes de Panichys, y por el anciano que colocado en el anfiteatro cerca de Chrysis, había impulsado á ésta para interceder por la vida de Asclytio, cuyo personaje parecía tener gran interés por conocer la morada de aquellos jóvenes. Pero ninguno de estos dos misteriosos perseguidores pudo averiguar un punto más de lo que habían visto; porque habiendo querido Gnaton hacer varias preguntas al portero de la casa de Fausto, intentando seducirle y hacerle aceptar unas cuantas monedas de oro, aquel siervo leal no sólo se negó á contestarle y rechazó la oferta, sino que enarboló su látigo para obligarle á que se alejara. El otro curioso que había sido testigo de aquella escena, no consideró prudente intentar la conquista de aquel criado fiel, y haciendo de la necesidad virtud, se contentó con decirle:

—La nobleza y bondad del señor se descubre por la virtud de sus servidores, y lo que tú acabas de hacer me demuestra, esclavo, que Fausto es merecedor de las alabanzas que la fama le prodiga.

Y así diciendo se alejó encaminándose al albergue donde se hospedaba el asentista ó empresario de los juegos del Circo, esto es, el que había contratado las fieras y los gladiadores.

III.

Silia, al entrar en su palacio de regreso del Circo, abrigaba la confianza de que Fausto la seguiría y no tardaría en presentarse. La cita que ella había dado al Duunviro no podía tener lugar hasta después que hubieran terminado completamente los juegos, y Silia tenía por lo tanto más tiempo del que ella necesitaba para recibir á Fausto y descubrir lo que podría esperar del amor de éste. Así, pues, tan luego como llegó á su morada, sin detenerse en nada, se instaló en la habitación más retirada de su gineceo, cuidando de prepararla discretamente á la media luz ó casi oscuridad tan recomendada por Ovidio á las mujeres. En seguida se despojó de las ropas suntuosas con que se había presentado en el Circo, y se vistió con una ligerísima túnica, quedando sola con su esclava para anunciarla sus órdenes y su reservada consigna.

—Te situarás— la dijo— en medio del atrio conversando con cualquiera esclava como por casualidad, y cuando veas llegar á Fausto, fingirás no haber reparado su presencia. El portero se excusará de no dejarle pasar, y es seguro que él insistirá: entonces ya podrás mezclarte en el asunto

Gnaton, que obedecía las órdenes de Panichys, y por el anciano que colocado en el anfiteatro cerca de Chrysis, había impulsado á ésta para interceder por la vida de Asclytio, cuyo personaje parecía tener gran interés por conocer la morada de aquellos jóvenes. Pero ninguno de estos dos misteriosos perseguidores pudo averiguar un punto más de lo que habían visto; porque habiendo querido Gnaton hacer varias preguntas al portero de la casa de Fausto, intentando seducirle y hacerle aceptar unas cuantas monedas de oro, aquel siervo leal no sólo se negó á contestarle y rechazó la oferta, sino que enarboló su látigo para obligarle á que se alejara. El otro curioso que había sido testigo de aquella escena, no consideró prudente intentar la conquista de aquel criado fiel, y haciendo de la necesidad virtud, se contentó con decirle:

—La nobleza y bondad del señor se descubre por la virtud de sus servidores, y lo que tú acabas de hacer me demuestra, esclavo, que Fausto es merecedor de las alabanzas que la fama le prodiga.

Y así diciendo se alejó encaminándose al albergue donde se hospedaba el asentista ó empresario de los juegos del Circo, esto es, el que había contratado las fieras y los gladiadores.

III.

Silia, al entrar en su palacio de regreso del Circo, abrigaba la confianza de que Fausto la seguiría y no tardaría en presentarse. La cita que ella había dado al Duunviro no podía tener lugar hasta después que hubieran terminado completamente los juegos, y Silia tenía por lo tanto más tiempo del que ella necesitaba para recibir á Fausto y descubrir lo que podría esperar del amor de éste. Así, pues, tan luego como llegó á su morada, sin detenerse en nada, se instaló en la habitación más retirada de su gineceo, cuidando de prepararla discretamente á la media luz ó casi oscuridad tan recomendada por Ovidio á las mujeres. En seguida se despojó de las ropas suntuosas con que se había presentado en el Circo, y se vistió con una ligerísima túnica, quedando sola con su esclava para anunciarla sus órdenes y su reservada consigna.

—Te situarás— la dijo— en medio del atrio conversando con cualquiera esclava como por casualidad, y cuando veas llegar á Fausto, fingirás no haber reparado su presencia. El portero se excusará de no dejarle pasar, y es seguro que él insistirá: entonces ya podrás mezclarte en el asunto

y sin despertar las sospechas del mismo Fausto, dirás que echas sobre ti la responsabilidad de introducirlo á riesgo de mi desagrado. Ya saben todos que eres mi favorita y que te lo perdono todo, para que no pongan obstáculos á lo que digas.

—Te obedeceré fielmente—la respondió la maliciosa esclava, añadiendo:—y yo cuidaré de introducir á Fausto, sin previo anuncio, porque acabas de vestirme un traje que no es propio para recibir visitas y con el cual es necesario ser sorprendida.

Silia le dirigió una severa mirada, y Daphne se apresuró á decirle con la mayor humildad:

—Dále un verdadero amor: lo merece porque es jóven, es bello, es noble y porque te ama.

—¿Qué precio ha puesto Fausto á tus alabanzas y cuánto te ha dado para que así lo recomiendes?

—Me ha dado, á mí que le sirvo, bastante ménos que á tí de quien se ha constituido en esclavo: una bondadosa mirada y una palabra cariñosa. Ahí tienes lo que me ha dado.

—Y algunos óbolos de oro?

—Eso sería bueno si se tratase del Duunviro—replicó Daphne sonriendo—ese no economiza las dádivas; ¡es tan rico!

—Y tú le sirves con fidelidad, según se ve;—añadió Silia con intencionada burla.

—Ciertamente que sí,—respondió la sarcástica y chispeante esclava—yo me apresuro á cantar sus méritos siempre que se me presenta ocasion de hacerlo: en prueba de ello, ¿no te acabo de decir que es muy rico?

Silia no pudo ménos de reír por la agudeza de su favorita y la indicó que saliese, quedando sola en su gabinete. Recostada sobre un lecho que ocupaba el frente de la habitacion, se entregó á sus reflexiones: veamos cuáles eran esas reflexiones.

—No se trata ya—se decía—de elegir un amante, sino de elegir un marido. Al presente soy libre y dueña de mí misma; por consiguiente, mis favores ó mi amor tienen tanto más valor y precio cuanto que no tengo por qué conceder ni lo uno ni lo otro bajo el secreto de una intriga, ni como un ilícito y clandestino comercio. Verdad es que Bibulo es un hombre casado; pero esto no es un serio inconveniente, y no tendria que hacer un penoso esfuerzo para repudiar á su esposa. Fausto es libre y sería mio cuando yo quisiera; pero Fausto no posee más que una mediana fortuna, con la cual apenas si le basta para sostener el rango y la posición que ocupa. Mis bienes, por otra parte, están gravados á la

responsabilidad de importantes empresarios, y los de mi esposo debo considerarlos perdidos para mí y para mis hijos.... Sería, pues, un solemne disparate acoger las proposiciones de Fausto..... al menos como marido.

Es necesario acusar aquí á Silia y con ella quizás á casi todas las de su sexo: la dama romana prefería mejor la opulencia y sus vanos planes, no ya á la dicha y á la verdadera felicidad, que esto es poco, si que también al amor; porque Silia amaba á Fausto. Es cierto que ella revolvía en su imaginación sin cesar el mismo pensamiento para ver si le ocurrían buenas razones que aconsejasen elegir á Fausto, pero la ambición sobreponía siempre su irresistible lógica en favor del Duunviro; él solamente podía adoptar con ventajosas condiciones á Cneyo y á Chrysis, dar á ésta una buena dote y obtener para aquél un destino importante. Jamas había estado Fausto tan lejos de un éxito lisonjero como lo estaba en aquellos momentos por las ideas de Silia. Bíbulo, que como amante hubiera sido un amante ridículo, había llegado á parecerle un excelente marido. Darse á Bíbulo por el oro, hubiera sido infame: hacerlo su esposo por la misma razón, no tenía para una madre de familia nada que no fuera previsor y honorable.

Bíbulo triunfaba, y no obstante, Silia esperaba impaciente la llegada de Fausto, cuya tardanza comenzaba á causarla alarma.

No hay dédalo tan confuso é inextricable como el corazón de las mujeres, puesto que ellas mismas renuncian á seguir el hilo que pudiera conducir las á un fin luminoso, y se abandonan al destino y á los sucesos para salir de sus propias vacilaciones. No la razón, pero sí todos los argumentos y raciocinios ambiciosos de Silia le aconsejaban ser la esposa de Bíbulo: su corazón y todos los principios de sana moral que se albergaban en su alma la gritaban que debía ser esposa de Fausto. Eran dos pasiones y dos lógicas que luchaban en el interior de su conciencia.

A la edad en que comienza la vida del corazón, no se vacila: á la edad en que esa vida va á extinguirse, tampoco se vacila; pero cuando una mujer es todavía bastante joven para amar con vehemencia y verse amada con pasión, siendo al mismo tiempo bastante experimentada por la edad para prever que toca su vida las puertas de un período en que lo único razonable es el positivismo de la fortuna, entónces esa mujer duda, y Silia dudaba.

Para decirlo de una vez, Silia se abandonaba y dejaba la decisión que debiera tomar á la de los que la esperaban de ella.

Cada cual de los dos pretendientes podía sin duda alguna decidir de su propia fortuna. Fausto necesitaba dar mucho amor para luchar contra los tesoros de Bibulo, y éste necesitaba muchos tesoros para triunfar contra el amor de Fausto.

Al cabo se presentó el joven tribuno conducido por Daphne, que lo hizo entrar súbitamente sin previo anuncio, sin llamar y sin arañar en la puerta; puesto que entonces también se arañaba á las puertas de las damas romanas como se acostumbraba hacerlo á la de las cámaras de las reinas de España (1), y se aconsejaba á los amantes que hiciesen uso de sus uñas antes que retirarse.

Silia, que de antemano había pensado aparentar sorpresa, vióse real y efectivamente sorprendida, porque en aquel momento estaba totalmente preocupada y dominada por sus meditaciones. Así es que al ver á Fausto en su presencia, marcóse un encendido rubor en sus mejillas, y con un movimiento casi natural, procuró precipitadamente echarse un palio que á mano tenía, y que debía cubrirla y no cubrirla

(1) Mr. Frederico Soulié padece un notable error atribuyendo esa costumbre á las reinas de España, cuando lo era exclusiva en los palacios de la Corte de Francia.— (N. del T.)

lo bastante para que apareciese púdica y quedase provocativa.

Daphne se disculpó escapando, y Silia quedó á solas con Fausto, que fué aproximándose á ella bajo la impresion de las más dulces esperanzas.

Los *Grands Romains* de Corneille y las humorísticas-críticas de Boileau contra los *Brutos galanteadores* y los *Catones currutacos*, casi nos han habituado á imaginarnos que los hombres de aquella nacion y de aquella remota época estaban todos dotados de una serenidad en el alma que no les permitia ocuparse sino de graves asuntos, de grandes intereses y de elevadas discusiones. Aun admitiendo que ese fuera el carácter propio y dominante de la Roma republicana, no podemos reconocerlo así respecto á la Roma del Imperio. Las ocupaciones del amor, que eran el asunto más importante de la corte del licencioso Luis XV, preocupaban por completo igualmente á la del glacial Augusto, y los tiempos antiguos nos han legado códigos amorosos que bien pudieran servir de texto á nuestros modernos *Don Juanes*.

Fausto no era un libertino, pero amaba y sabia hacer el amor. Se aproximó, pues, á Silia y la dijo dulcemente:

—¿Por qué ese terror y ese sobresalto?

—No iguales la sorpresa al terror, Faus-

to : no te esperaba..... me creía sola..... estaba fatigada y descansaba.

—¿Y porqué procuras ocultar á mi vista esos encantos de tu belleza, que son para mí preferibles á las de la misma Venus, diosa de la hermosura?—dijo Fausto apoderándose de las manos con que Silia sujetaba el manto que la cubria.

Esta atrevida galantería no dispó la tristeza que se dibujaba en la fisonomía de Silia, y sólo hizo á ésta exclamar :

—Sí, Fausto, tú me amas y yo te amo á tí ; pero este amor nuestro es una insensatez.

—¡Que tú me amas, Silia! exclamó á su vez Fausto en el arrebato de su entusiasmo.

—¿Por qué he de ocultártelo y qué importa que te lo diga, si tanto para tí como para mí no puede ser eso causa de nuestra alegría?

—¿Qué quieres decir?

—Que no quiero sufrir yo sola la desesperacion de amarte y de no ser tuya, y que es necesario que tú tambien puedas decir : «Me ama y me rechaza.»

—Silia, es muy extraño é incomprensible lo que me dices ; yo te amo, sí, pero yo no he cometido la indiscrecion de manifestar que mi corazon abrigue ciertas esperanzas.

Una ligera sonrisa se asomó á los labios de Silia, diciendo :

—Fausto, tenemos ya más de treinta años y no podemos ser de esos jóvenes incautos que marchan á ciegas por la escala del amor hasta el momento en que una ocasion abre la puerta al deshonor. Tú sabes muy bien lo que ambicionas de mí, y yo no pretendo fingir que tus deseos sean para mí una injuria, ni que me causen horror.

—Pues bien, Silia...—dijo Fausto aproximándose más á la dama romana.

—Pues bien, Fausto,—dijo Silia rechazándolo con dulzura;—seríamos dos insensatos si nos dejásemos llevar de nuestra pasión.

—¡Insensatos por querer la felicidad!

—Insensatos, porque tú perderias tu brillante porvenir, y yo la consideracion y la estimacion que me es tan necesaria. Tú no eres rico, Fausto, pero eres uno de esos hombres cuyo talento constituye un inestimable tesoro ; yo soy ménos acaudalada de lo que tú puedes suponer ; tengo una hija á quien no podré dar más que una buena reputacion, y la honra de una hija depende en primer lugar de la honra de su madre.

Fausto permaneció mudo ante la lógica de los argumentos de Silia. Las mujeres

que se defienden con el escudo de su propia virtud y haciendo alarde de ella, no consiguen persuadir jamas; pero las que nos oponen un sentimiento elevado y un interes honroso y razonable, nos vencen y triunfan de sí mismas y de nosotros.

— Ya lo ves — continuó Silia — yo no hago alarde contigo de un mentido pudor, ni de falsas preocupaciones, y sólo te expongo lo que es verdad y lo que es justo. Y porque yo sé que la justicia y la verdad tienen un noble albergue en tu corazón te he recibido en esta forma y en este apartado gabinete, donde estoy casi entregada á tu discrecion.

En aquel momento, casual ó intencionalmente, Silia se abandonaba dejando contemplar toda la belleza de sus formas y toda la debilidad de su resistencia, derramando una mirada sobre sí misma, como diciendo: «Ya ves cuán hermosa soy y cuán solos estamos.»

Fausto no comprendió el verdadero sentido ni la intencion de las palabras de Silia; pero la mirada que ésta derramó sobre su propio cuerpo le hizo ver todo lo que ella queria mostrarle, y aproximándose otra vez al lecho, exclamó en el trasporte del más ardiente deseo:

— ¡Ay Silia!... ¿A qué pensar ni en el mañana, ni en las desdichas cuando tan

cerca tenemos la felicidad?... ¡Silia!... ¡Silia!...

Ella lo rechazó con resolucion, diciéndole en tono cariñoso:

— Fausto, no tienes generosidad.

— ¡Oh!... perdóname si me amas.

— Precisamente porque te amo no puedo perdonarte, y tambien porque desconoces la lealtad con que me he confiado á tí... Tú no me has comprendido, Fausto, y quizás hayas llegado á suponer que yo empleo aquí la farsa del pudor y de la resistencia. No: te engañas. Yo te amo, Fausto, y ser tuya sería toda mi dicha, toda la dicha que yo ambiciono; pero, Fausto, si yo me diese á tí sería mi vida entera lo que te diera, y sería la tuya lo que yo te exigiria en recompensa de la mía. Si yo fuese libre yo no podía pretender de tí más que tu nombre y tu mano, pero no siéndolo, es mucho más que eso lo que necesito para que me pagues la consagracion de todo mi amor y de toda mi existencia, puesto que yo pretenderia de tí tu consideracion, tus esperanzas, tus proyectos, tu porvenir perdido quizás á causa de ser mio: pretenderia que me trataras como esposa tuya, no siéndolo; pretenderia que despreciaras las leyes y las costumbres, obteniendo para mí un respeto y una estimacion que yo no mereceria ya... y todo esto es imposible.

— ¡Silvia! — gritó Fausto — esa es una palabra que no existe para mí: todo cuanto me exijas, lo tendrás; todo cuanto temas, yo lo venceré.

— ¿Serás capaz de todo eso por mí? — exclamó Silvia realmente conmovida.

— ¡Yo te lo juro por los dioses inmortales!...

— ¿Y me amarás lo bastante para darme tu mano y tu nombre si yo fuera libre?

Fausto, á pesar de la embriaguez de su pasión, permaneció mudo un instante, y dijo en seguida con presteza:

— ¿A qué hablar de cosas que no pueden ser?

Esta vez Silvia, pálida, temblorosa y vivamente agitada, rechazó á Fausto con violencia y quedó sumida en el más profundo abatimiento. Acababa de sufrir un terrible desengaño descubriendo lo que hasta entonces no había podido ni pensarlo siquiera; esto es, que había una cosa que Fausto no la sacrificaba, su nombre. Y era verdad.

En la antigua Roma no faltan ejemplos de hombres que, arrastrados por la pasión de un amor frenético y aún ilícito, sacrificaban en holocausto de una mujer su propia consideración y la consideración de sus nombres, sus fortunas, el cariño de sus más fieles y adictos amigos, la estima-

ción de las gentes honradas, la protección de los más poderosos, apartándose, en fin, de todo trato y de toda sociedad, y aceptando las murmuraciones, y y más aún, hasta el ridículo; pero que no hubieran dado á esa mujer su nombre por nada del mundo. Y era que entonces, más que hoy día, en aquel pueblo, donde la sociedad tenía por base la familia, el nombre de ella era un patrimonio confiado á todos sus individuos y del cual eran todos á la vez tan responsables como de su honor. César, el prostituido César, repudiando á su mujer á pretexto de que la esposa de César no debía ni aun sospecharse de ella, nos demuestra lo que significaba entre los romanos la religión del nombre, patrimonio de la familia. Aquel libertino, que fué el amante de todas las mujeres y la mujer de todos los amantes, sin que le afectase gozar tan depravada reputación, no quería, sin embargo, que su esposa fuera objeto tan sólo de una sospecha.

Silvia había leído todos esos pensamientos en la fisonomía de Fausto y en su respuesta evasiva; porque Silvia, además, sabía que Fausto era bastante delicado para no decirle ninguna frase que pudiera lastimarla, y que al mismo tiempo era bastante honrado y leal para no engañarla con falsas promesas.

Aquella fué, pues, para ella una humillacion y un desengaño. Su eleccion y su partido quedaban desde aquel momento resueltos: Silia sería esposa del Dumniviro, en el caso de que éste la aceptase; porque la derrota que acababa de sufrir con el golpe de la respuesta de Fausto le hacía dudar de su victoria sobre Bibulo.

Todo esto que hemos reseñado habia sido cosa de un instante, como accion del pensamiento; pero la situacion habia cambiado por completo. Silia, anegada en llanto, dejó caer su cabeza en los almohadones del lecho y no ocultó su dolor, dejando ver sus lágrimas, porque su desesperacion no la permitía hacerse cargo de su humillacion. Amaba tanto á Fausto que lo prefería á su propia vanidad de mujer; mas al fin este sentimiento, que á partir de aquel instante habia de ser el último baluarte de su defensa, triunfó de sus lágrimas.

Fausto no se daba cuenta de aquel cambio y de aquella situacion: creía que de ello no podía ser causa su negativa, porque en realidad no la habia claramente expresado, y tenía la seguridad de no haber dicho nada, puesto que no habia pronunciado ni una sola palabra. Rogaba á Silia que le diese una explicacion de sus lágrimas, cuando súbitamente, dominando la

dama su amargura, dijo á Fausto con una franqueza y una sinceridad que desconcertaron al joven tribuno:

— Si me hubieras amado lo bastante para decirme: «Tú serás mi esposa», quizás entónces yo hubiera consentido en no ser más que tu querida, porque te amo lo suficiente para preferirte á mi misma; pero yo hubiera querido que me dejáras la satisfaccion de esa generosidad. Tú me has arrebatado la fe, que era lo único que podía inclinarme á un sacrificio; eres prudente y tu prudencia me ha aleccionado. Yo te felicito por ello y te deseo la más completa dicha.

— Silia, tú olvidas que aunque yo quisiera ser tu esposo, esto sería imposible.

— Lo que no olvido es haberte oido decir que para tí no existe esa palabra.

— Silia, puedes estar persuadida de que por tu amor...

— Basta, Fausto; yo te ruego que no se hable más de este asunto. Ni tengo rencor contra tí por lo que acaba de suceder, ni por eso te estimo ménos; y en prueba de ello pienso pedirte mañana un importante servicio, Fausto, un señalado servicio honroso para tí y para mí.

— ¡Oh, Silia! yo te juro...

— No son necesarios tus juramentos; es

una noble acción, y tengo la seguridad de que la ejecutarás. Adios.

Silia señaló con el dedo la puerta del gabinete, y Fausto salió confuso y agobiado bajo el peso de sus pensamientos, explicándose falsamente los secretos designios de Silia y procurando adivinar la oculta causa que había dictado la conducta de la dama romana.

No seguiremos al jóven tribuno en la solitaria excursión que hizo por las afueras de la ciudad, dirigiéndose despues cortos instantes hácia el campamento ocupado por su legion para buscar en sus deberes una distracción á sus pesares. Tambien evitó volver luégo á su morada, porque no se encontraba con el ánimo dispuesto para dispensar á sus huéspedes las atenciones debidas á los extranjeros.

Desde el momento en que Silia se vió sola, levantóse impulsada por la cólera, llamó á sus esclavas, se hizo vestir una nueva túnica la más tupida y la más larga de su guarda-ropa, y dejando las habitaciones del departamento superior, se trasladó al tablinio, porque se aproximaba la hora en que debía presentarse el duunviro Bibulo.

Silia al recibir á Fausto en un traje ligero y en un departamento retirado, se

había abandonado á él; pero tanto como ella hubiera querido pertenecerle, aunque estaba segura del respeto de Fausto por que éste la amaba, tanto deseaba distanciarse del duunviro, porque temia exponerse á un brutal atrevimiento, que éste cometeria ciertamente si no adoptaba todas las precauciones para evitarlo. Del amor de Fausto podia haberse defendido por el influjo de ese mismo amor; pero necesitaba protegerse de un modo material contra los deseos ménos ardientes y si más audaces y desenfrenados de Bibulo.

Éste se presentó al cabo sin que hubiera habido necesidad de situar previsoramente en el atrio ninguna esclava con especial consigna para introducirlo: penetró sin detenerse ante el portero, lanzando á éste su nombre como un salvo-conducto que no podia encontrar ningun obstáculo, y que no lo encontró en efecto. Cuando entró en el tablinio, Silia, que estaba sentada, se puso de pié y lo acogió con la cortesía que debía recibirse al duunviro, es decir, al primer magistrado de la colonia.

— Cuidado que no es el duunviro el que viene á tí, bella entre las bellas; sino tu esclavo — gritó Bibulo.

— Me has pedido una entrevista — dijo Silia — y yo te la he otorgado. Qué es lo que quieres de mí, Bibulo?

— Eh!.. lo que no ignoras, lo que he querido siempre; tu amor.

— ¿Y cuando yo te lo haya concedido, á dónde llegarás tú con él? — exclamó Silia con altivez.

— A dónde puede llevar el amor de una mujer — replicó Bibulo, dando un contoneo en que la obesidad de su abdomen le presentaba grotescamente ridículo.

— Generalmente conduce al matrimonio cuando ella es libre.

— Pero como tú no lo eres...

— Ve ahí, pues, que mi amor no te llevará á nada.

— Vamos, noble Silia — dijo Bibulo — no hay para qué exagerar las cosas. ¿Qué significa ni qué vale el nombre de un hombre? Esto es lo de ménos.

— Sin duda alguna, cuando ese hombre es un cualquiera; pero no así cuando es el primero de la ciudad y tal vez del mundo.

A Bibulo le halagó en extremo la adulatora cortesía de Silia y exclamó con aire de satisfacción y fingida modestia:

— Efectivamente el nombre del dunniviro Bibulo es alguna cosa en el mundo; pero está ya dado.

— También puede retirarse; sobre todo si ha sido confiado á una mujer que le lleve tan mal empleado como las alhajas

con que agobias á Fortunata. En verdad te aconsejo que conseguirías mejor tu objeto llevando contigo una bella estatua cargada de joyas y colocándola á tu lado en los festines: así mostrarías á todos tu opulencia, sin provocar, como Fortunata, las burlas de tus convidados.

— En efecto — dijo Bibulo — yo puedo repudiarla, y aún hace algun tiempo que me ha ocurrido esa idea. Fortunata no me es ya necesaria: mi caudal está ya puesto en orden y esa necia no me ha sido útil más que para eso, exclusivamente para nada más, yo te lo juro. Pero por más que yo esté dispuesto á hacerlo, el repudiarla no me servirá de nada.

— Eso es también lo que yo pienso — dijo Silia — pero si te he hablado de esto ha sido por que yo quisiera verte al cabo dueño y libre de hacer lo que te conviniera. Tú debes comprender que ha de ser muy peroso el saber que no puede recibirse la visita de un amigo sin que los pasos de éste sean vigilados y acechados por una nueva Megera (1), amén de las

(1) Una de las tres furias infernales. Orfeo dijo que eran hijas de Plutón y de Proserpina y añade que sus nombres fueron Tesifone, Megera y Mlecto. *Orph.*, card. lib. de *imag.*, pág. 125. Otros, como Licofon y Mureto, dicen que eran hijas de Aqueronte y de la Noche y que las parió la Oscuridad de una ventregada. *Mureto*, l. 7.

calumnias y demas tormentos con que intente castigar un monstruo de ese género las más inocentes entrevistas.

—Sí— se dejó decir Bibulo— Fortunata es en extremo celosa.

Silia le arrojó una mirada de compasion que casi equivalia al desprecio, y añadió:

—¿Celosa, dices? de tu libertad, sí lo creo; que lo que es de tu persona y de tu amor, eso me parece bastante difícil, después de hacer ya mucho tiempo que suele con frecuencia consolarse de tus abandonos.

Bibulo se mordió los labios y se apresuró á decir:

—Dejemos á Fortunata y hablemos de nosotros.

—Tienes razon, habla pues. ¿Qué quieres decirme?

—Pues... lo que te he dicho tantas veces.

c. 24). Se las consideraba unas divinidades terribles y como maldiciones y execraciones personificadas; y según Homero habitaban en el crebro, río del infierno. Los griegos las llamaban Erinias y Euménides. Algunos han explicado que su única mision era castigar á los hijos que faltasen al respeto á sus padres, sin duda por lo que persiguieron á Orestes, Hesíodo dice que fueron hijas de Saturno y de la Tierra; las llama Eráis, y asegura que cuando Júpiter cortó á Saturno las partes de la generacion, cayeron algunas gotas de sangre sobre la tierra y de allí vinieron á engendrarse estas furias (Hesiodo, 1. de imag.). Pero Ciceron afirma que la mayor parte de lo que se dice de ellas es fabuloso. (Cic., 1. 2 de leg., N. del T.)

—Y siempre obtendrás de mí la misma respuesta.

—Pero ¿tú crees, Silia, que mis ofertas sean tan estériles?

—¿Tú pretendes comprarme? yo te lo agradezco Bibulo; pero no soy una mercancía.

—Nunca te he visto tan irónica, Silia, y mis presentes parecían agradarte.

—Todos tus regalos están conservados en un cofre para devolvértelos el dia en que me formules por ello el menor reproche.

—Ah, yo te juro por los dioses que no incurriré en tan fea culpa, pero se me figura que me odias, Silia.

—Odiarte, Bibulo!—exclamó Silia en tono casi cariñoso—¿Estás acostumbrado acaso á verte odiado por las mujeres? No ciertamente.

Esta nueva adulacion envaneció extraordinariamente á Bibulo y Silia continuó:

—Ah! Demasiado persuadido estás tú de lo contrario y quizás sea esto lo que más temor me causa. Si tú fueras pobre ¿quién sabe?... mientras más modesta fuese la fortuna que me ofrecieras, más pruebas tendria yo de que sacrificabas algo á mi amor, como, por ejemplo, tu felicidad y tu independencia. Pero al ofrecerme diez talentos de oro, ó ciento, ó mil, ¿qué me

probarás con eso? que eres sobradamente rico para poderlo hacer. El que á un mendigo da un pedazo de su opulento manto de púrpura bordado de oro, da ciertamente más que aquel que le entrega todo entero su modesto manto de lana; y sin embargo, éste último demuestra que tiene un corazón infinitamente más sentimental y humanitario, pues que se despoja de todo cuanto posee. Por tanto, ya te lo he dicho, tus dádivas y tus ofertas no pueden probarme más sino que eres inmensamente rico.

—Y también el estar tan locamente enamorado de ti como para elevarlas á una cuantía y á una importancia que quizás excediera á todos tus cálculos.

—Oh!... —exclamó Silja con irónica sonrisa— eso te acarrearía un terrible conflicto indudablemente. No, Bibulo; puesto que te parezca bella, podrás contemplarme gratuitamente, porque, de lo contrario, sería muy posible que Fortunata te saltase los ojos si te permitías disponer de un sextercio sin su consentimiento, y yo no quiero ser responsable de esa mutilación que te impediría admirar mi hermosura.

Silja decía la verdad, y aunque Bibulo lo conociese así en el fuero interno de su conciencia, no obstante su dignidad no le permitía confesarlo.

—Fortunata no ha podido impedirme que diese las espléndidas fiestas que se han celebrado hoy en el Circo.

—¿Cómo había de impedirte cuando no sólo te lo ha permitido, sino que ha sido ella misma la que las ha pagado por su propia mano?

—Quién se ha atrevido á decir eso? —exclamó Bibulo en un arranque de cólera.

—Quien ha podido ser testigo de que ella misma se jactaba de ello; y además, ese Gnaton, su favorito, á quien el contratista de los juegos pone de su parte gratificándole con el diezmo de lo que tú le pagas.

—Gnaton.... ese infame.... ¡ah! si yo tuviese prueba de ello....

Bibulo no añadió una palabra más y después de un intervalo de silencio dijo:

—Pero ¿á qué viene el ocuparnos sin cesar de Fortunata? Dejémosla en paz, puesto que ella no se mezcla para nada en mis asuntos. Hablemos de nosotros: sé franca conmigo, Silja; dime que me amas y prométeme que me preferirás á ese insolente Fausto.

—¡Fausto! —exclamó vivamente Silja.— ¡Ah! está tan orgulloso y envanecido con su belleza, que se considera dueño y señor de todos los corazones y con méritos para obtener los favores de todas las damas con

sólo dirigirles la palabra. Yo te juro, sin embargo, que nada tienes que temer de semejante rival.

—No obstante, él te ama.

—Me es indiferente. Pero creo que en efecto siente por mí un amor verdadero. Sí: debe ser una pasión violenta en alto grado, cuando le ha impulsado á cometer una acción por todo extremo culpable.

—¿Qué ha hecho?

—Ha solicitado que Silano me repudie.

—¡Fausto! ¿Y con qué proyectos?

—Quería, según me dijo, ponerme en condiciones de que pudiera interesarme el ofrecimiento de su mano, ya que su amor me era indiferente.

—¡Pretendía hacerte su esposa!...

—Es un loco. No ha tenido en cuenta que su preclaro nombre no puede igualarse al de Silano, y ha olvidado también que á pesar de toda la nobleza de la familia de los Faustos, está mucho más alta la alcurnia y el rango de la de los Cornelios, á la cual pertenezco.

Silia habitando sola en Nemausus, lejos de su esposo y llevando una vida que, según se murmuraba, no estaba exenta de censuras, había hecho olvidar la distinción y alteza de su raza y de su nombre; pero ella intencionalmente hacia en aquel momento alarde de su origen, para que á

Bibulo no causase extrañeza la proposición de un hombre tan honorable como Fausto, y para que al mismo tiempo sintiese el despecho y la vergüenza que debía producirle la íntima y mental comparación que hiciese con el oscuro nacimiento y vulgares maneras de Fortunata.

—¿Y tú no consentirías en ser la esposa de Fausto si fueras libre?

—Yo no sería esposa de un hombre á quien no amase.

—¿Y si nosotros dos fuésemos libres? añadió Bibulo.

Silia afectó impresionarse; pero en el acto, haciendo asomar á sus labios una ligera sonrisa, dijo:

—Ni tú ni yo lo somos; ¿á qué hemos, pues, de soñar con proyectos que turbarían mi sosiego más que el tuyo?

Y diciendo estas palabras se levantó.

—Silia— exclamó Bibulo— pronuncia una sola palabra y yo te juro....

—Basta— le interrumpió Silia— no hablemos más de esto. ¿Por ventura se resuelve así en un momento de entusiasmo sobre la suerte y el futuro destino de las personas?

—Ese ha sido siempre mi sistema.

—¡Oh! pues yo soy más prudente y necesito algún tiempo para decidir de la mía.

—Silia— insistió Bibulo— si asistes hoy

al festin que yo ofrezco á los más nobles personajes de Nemausus, adorna tu cabeza con una corona de flores de aciano y yo comprenderé entónces que.....

—¡Ah! yo no iré á tu casa, Bibulo: yo odio en extremo á Fortunata y amo lo bastante..... ¡No sé lo que me digo! Por lo demás, conozco perfectamente tu opulencia y tu esplendidez, y me figuro todo lo brillante que debe estar esa fiesta en la cual de seguro habia yo de sufrir tormentos que deseo evitarme, ó sucumbiría á sus efectos; prefiero, pues, no asistir á ella.

—Puedes ir sin temor ninguno.

—No Bibulo: Semele fué abrasada (1)

(1) Semele, hija de Cadmo el fundador de la antigua Tebas (*Cœcul. deontni—Orph. in Hymn de Baco*) la mujer de rara hermosura é inspiró un vehemente amor á Acteon; pero Diana, celosa, hizo que sus perros devorasen al infortunado amante. Después de la muerte de Acteon se enamoró de ella Júpiter, lo cual entendió Juno, quien para vengarse, bajó del cielo y puso en figura de vejezuela (*Fray Balt. de Vitor, lib. 1, San Fulg. lib. 1 de Mythol.*) Fuese Juno á casa de Semele, dice aquel autor, y haciéndole una grande arenga, le dijo que amores de tanta estima y autoridad, sería bien se manifestasen en honras de su linaje y que así pudiese á Júpiter que si quiera una vez bajase á entretenerse con ella, no como hombre humano segun otras veces venia, sino con toda la majestad de su grandeza. Semele lo pidió así á Júpiter, obligándolo primero con el juramento de la Laguna Estigia. Cuando éste vino á gozar de sus amores con todo el esplendor de su divinidad y de su gloria, en llegando á ella la abrasó en vivas llamas con el fuego de sus rayos y resplandores, y como estuviese preñada, la abrió y le sacó el niño, que oculto en una herida que se hizo en el

por haber querido ver á Júpiter en la plenitud de su divinidad y de su gloria, y el contemplarle así no está permitido más que á Juno, su esposa.

—Pues bien, la plaza de Juno está vacante en mi Olimpo. ¿Vendrás?

—Si llevo á entrar una vez en él, no consentiré en salir jamas.

—Pues bien: vé á tomar posesion de tu imperio.

—Si me faltase, lo lloraria amargamente.

—Yo te juro por Júpiter que lo has conquistado.

—Iré, pues; pero nada más que para no dar lugar á comentarios con motivo de mi ausencia y para humillar á Fausto. Porque escucha, Bibulo, yo bien sé, y te lo digo con franqueza, que todo lo que acabamos de hablar no son más que vanas palabras y proyectos ilusorios; pero yo te lo ruego: véame yo lisonjeada por tu amor, y vea ese vanidoso Fausto que soy amada por quien es superior á él en todas las cualidades que pueden distinguir á un hombre: la fortuna, el poder, el valor y el talento. Esto será quizá una pequeña venganza de

masio porque no era el tiempo que se requiere para poder vivir la criatura. (*Ovid., lib. 11 y Natal. Comite, lib. v de Mythol, cap. 14.*) Ese niño fué el dios Baco, que sacó á su madre de los infernos y logró que fuese admitida en el olimpo con el nombre de Tione.—(*N. del T.*)

mujer, pero tú que tanto conoces á las de mi sexo, podrás comprenderme.

Y sin esperar la respuesta de Bibulo, se alejó dirigiéndole una coqueta sonrisa y una intencionada mirada, despues de haberle abandonado su mano, que él cubria de besos, y que ella retiró al fin, dejando escapar un suspiro que demostraba elocuentemente su emocion.

Bibulo salió fascinado.

Ciertamente que las artes y las maneras de Silia hubieran sido más que suficientes para arrebatar al Duunviro hasta el extremo de hacerle tomar una resolucion tan importante como la de repudiar á Fortunata, si ya de mucho tiempo atras no lo hubiera ido familiarizando á esta idea, y si por otra parte la misma Fortunata no hubiese dado lugar aquel mismo día á que con motivo justo Bibulo hubiera ya decidido separarse de su esposa en ocasion oportuna.

Veamos lo que habia ocurrido.

Nuestros lectores no habrán olvidado al tal Asclytio, al arrogante gladiador que habia salvado la vida, merced á la intercesion de Chrysis. Su varonil belleza habia seducido y excitado los deseos de algunas nobles damas, y Fortunata era entre todas ellas la que más apetito sentia por la hermosura del gladiador. Este fué avisado por

medio de un mensaje comunicado por la esclava confidente que era en aquella época parte integrante é indispensable de la servidumbre de una dama romana. Pero entonces, como hoy, la discrecion que se paga no necesita sino un comprador más espléndido para convertirse en traicion, y Psychea, la esclava de Fortunata, no daba curso jamas á sus secretas misivas sino despues de haberlas confiado al Duunviro, quien por lo comun dejaba que sucedieran las cosas sin afectarle gran pena la poca virtud de su esposa, lo cual le dejaba en cierta libertad ó independencia.

Séase que la invitacion dirigida por Fortunata al gladiador diese al traste con la paciencia de Bibulo; séase que Psychea, proyectando altas miras con el repudio de Fortunata, hubiera excitado la cólera del Duunviro con la destreza necesaria para que éste se aprestase á una venganza, ó séase lo que se quiera, lo cierto es que el esposo habia ordenado á la esclava que cumpliese su embajada, prometiéndose á sí mismo con los más terribles y solemnes juramentos darse reparacion de este último ultraje.

Psychea, pues, habia salido del palacio de Bibulo envuelta en un espeso manto, llegando á la hosteria donde se hospedaba Asclytio con su amo. La esclava hizo

que le llamasen, y llevándole á sitio reservado le preguntó si quería conceder un rato de solaz á una dama que se había prendado de su persona.

Las formas con que fué comunicado y acogido ese mensaje merecen reseñarse, porque no es sin alguna sorpresa como encontramos las mismas costumbres de nuestro siglo XVIII, y con sus más vivos colores, en aquellos tiempos de licencia, lo cual es una prueba de que toda disolución conduce á idénticos resultados en lo moral y material.

—¿Quién es esa dama—preguntó Asclytio—que no tiene reparo en hacer semejante proposición á un gladiador?

—Precisamente—respondió Psychea—ese ejercicio es lo que constituye tu principal mérito. Hay mujeres de inclinaciones extravagantes, para quienes el amor no tiene atractivos mientras no se ofrece á ellas bajo la figura de un esclavo, de un gladiador, de un atleta, de un cómico ó de un cochero. Mi dueña es una de esas mujeres; el donaire y la gentileza de los nobles que se colocan en los espectáculos alrededor de la orquesta, no incitan sus miradas, y sólo en las extremidades del anfiteatro ó en el centro de la arena es donde encuentra lo que la seduce y halaga.

—¿De quién me hablas, pues; de la mu-

jer de un artesano ó de tí misma?—dijo Asclytio.

—¿De mí?—exclamó Psychea con menosprecio—te equivocas si tal has llegado á sospechar: yo necesito amantes más ilustres, porque no quiero que mis favores sean recordados ningun día sobre una cruz (1). Este es un gusto que pertenece sólo á las nobles patricias. Quizás la causa de eso sea que por el mucho uso que hacen del amor necesiten extravagantes sensaciones; pero no me explico qué ilusión pueda causarles, ni qué placer pueda producir el dar sus caricias y entregar su belleza á un miserable gladiador cuyos músculos presentan todavía, tal vez, las señales de haber sido afrentados con el látigo. Para que á mí me agrade un hombre, es necesario que lleve al ménos el noble anillo de los caballeros.

—Ya lo creo—exclamó Asclytio—como que es de oro.

—¡Ah!—añadió Psychea sin hacer méritos de aquel epigrama—había olvidado decirte que á mi proposición acompaña esta bolsa.

—¿A dónde debo ir, y á qué hora?

—A la tercera hora de la noche debe-

(1) En aquella época la cruz era el instrumento p277 el suplicio público de los criminales sentenciados á muerte.—N. del T.)

rás encontrarte en las cercanías del templo de Diana: yo estaré allí y te serviré de guía.

A los pocos momentos de haberse separado Psychea de Asclytio, fueron á decir á éste que le buscaba un anciano, el cual le condujo á la habitación más apartada de la casa, y cuando estuvieron á solas, se descubrió la cabeza, que habia tenido cuidadosamente cubierta hasta aquel instante con una punta de su manto, á fin de ocultar á todas las miradas los rasgos de su fisonomía.

Al verse en presencia de aquel hombre, Asclytio quedó inmóvil é inmutado, y el anciano exclamó:

—La palidez de tu rostro me dice bien claramente que me has reconocido; pero al mismo tiempo me anuncia que no voy á encontrar quizás al hombre á quien vengo buscando, creyéndole indignado del infame ejercicio á que le ha reducido su esclavitud, y dispuesto á toda empresa que lo conduzca á su independencia y á su libertad.

Asclytio inclinó la cabeza, y la palidez de su semblante se trocó en un rojo encendido.

—Vintex—le dijo—cuando nos hemos encontrado en Tolosa en ocasion que acababa yo de haber sido hecho prisionero en

los montes del Pirineo, yo ardía aún en los deseos de esa libertad salvaje que allí gozábamos. La idea de tener que obedecer á un dueño me sublevaba, porque yo ignoraba qué cosa era la esclavitud. Tú mismo hiciste de ella una pintura odiosa, y yo entónces te prometí cuanto quisiste, porque te habia creído. Pero las desdichas con que tú me amenazabas no han venido sobre mí: el dueño mio me alimenta con abundantes manjares, me hospeda en las mejores hosterías de las ciudades que recorremos, y algunas veces en los mismos palacios de los señores que costean y ofrecen al pueblo los espectáculos del Circo; estoy vestido con magnificencia, me acompañan toda clase de comodidades y placeres, y finalmente, soy objeto del deseo de las más nobles patricias que me tributan sus aplausos durante el día y se me entregan en sus lechos durante la noche. A este precio y por tales recompensas combatí en el Circo, no tan frecuentemente ni con tantos riesgos como lo hacía todos los días en las montañas para conquistar un miserable pedazo de pan y un hediondo asilo en una húmeda caverna.

Vintex permaneció mudo contemplando tristemente á Asclytio, y reconoció que aquel joven gallardo, noble y arrogante que habia conocido en Tolosa, se habia

dejado corromper por su condicion de esclavitud, como una jóven doncella cubierta de pudor marcha luego resueltamente por el campo de la prostitucion. Porque la prostitucion daba entonces, lo mismo que desgraciadamente da hoy en el orden material, lo que no da la virtud. El anciano comprendió que ya no conseguiria nada de aquel hombre excitando en su alma, como otras veces, la idea de sentimientos nobles y generosos, sino excitando sus nuevas pasiones. Así, demostrando conformarse con sus gustos y deseos, prorumpió:

—Tienes razon, Asclytio: todas esas ventajas son dignas de ser consideradas y estimadas; pero tú no las posees y disfrutas sino de una manera muy precaria é insegura, puesto que están á merced del dedo pulgar de una mujer, y si hoy mismo yo no hubiera impulsado á una jóven para interceder por tu vida, no estarias celebrándolas en este momento cual lo acabas de hacer.

—Ya lo sé—dijo Asclytio—y bien te he reconocido cuando gritabas. Aunque tu voz no haya sido escuchada por muchas personas, llegó hasta mis oídos en medio del Circo, porque el que espera por instantes la muerte de la espada que ve levantada sobre su cabeza, se apodera con

avidez del más tenue murmullo que pueda llevarle una esperanza. En fin, despues de todo, siempre me tendrás dispuesto á obedecerte, si no con la misma fe, al ménos con igual decision y valor.

Vintex consideró que no debía fiar solamente en este arranque de generosidad ó gratitud que la menor circunstancia podría contrariar, y se apresuró á responder:

—Yo tengo la seguridad de encontrarte siempre digno de la estimacion que mereces, y no creas que vengo á pedirte que sirvas nuestros proyectos para que vuelvas á tu anterior estado de pobreza y escasez, sino para que asegures y afirmes, en el goce de tu libertad, esos bienes y esas comodidades que tan dulces y preciadas te son, aun en la misma esclavitud. ¿Crees por ventura, Asclytio, que podrán ser olvidados por nosotros los servicios de los que nos ayuden á levantar el yugo de la tiranía? Una gran parte de las riquezas de Nerón y de sus favoritos será la recompensa de tales servicios. ¿No encuentras mucho mejor poseer por tí mismo los ricos trajes que hoy vistes, mandar como dueño y señor á la faz del día en la misma casa donde entras por la noche furtivamente como un ladron, y enviar tus mensajes amorosos á la persona que te

inspire tu deseo, en vez de esperarlos de mujeres desconocidas?

Asclytio se sonrió al escuchar estas palabras y respondióle en voz baja:

—¿Y cuándo ha de ser la ejecución de tus proyectos?

—Esta noche á la hora sexta. Una espléndida fiesta ha de tener ántes lugar en el palacio del Duunviro, donde es preciso que te introduzcas acompañado de todos tus camaradas. La embriaguez de los licores habrá tenido tiempo de pasar de los señores á los esclavos: encadenad á éstos y apoderaos de los otros, y una vez que estén Bibulo y Marcio en vuestro poder, yo me encargo de los demas.

—Pero ten presente que hay una legion entera acampada á las puertas de Nemausus, y que apenas puedo yo reunir y responder de unos doscientos hombres.

—Yo sabré paralizar los esfuerzos de esa legion.

—¿Debo ahogar á Fausto en el festin?

—Guárdate bien de tocar ni á uno sólo de sus cabellos si allí le encuentras, y déjale en completa libertad.

—¿Está ganado por tí?

—Lo estará, yo te lo juro, cuando sea la hora convenida.

—En ese caso, nada puede impedir nuestro triunfo.

—Sólo tu negligencia, Asclytio. Lo que te recomiendo sobre todo es la exactitud y la puntualidad. No retardes, pues, la ejecución de tu consigna: bien sabes que por haber dormido demasiado los conspirados que debian sorprender á Augusto en el Capitolio, no lo encontraron allí cuando fueron á buscarlo.

—Yo tengo en qué entretener mi sueño hasta la hora fijada—respondió Asclytio.

—¿Qué piensas hacer pues?

—Elegir, quizás, la casa de la cual haya de ser propietario.

Despues de esta conversacion se separaron, y Vintex tomó el camino de la posada donde se alojaba.

IV.

Próxima ya la hora del festin que debía celebrarse en la residencia de Bibulo, Eumolpe recomendaba á Cneyo que debía marchar, y áun se ofrecia con la mayor solicitud para acompañarle, siendo de ver y llamando la atencion del jóven la diligencia que mostraba el poeta por presentarse á recibir los azotes que le habian tocado en suerte, debidos á la munificencia del Duunviro.

Cneyo no pudo ménos de manifestar al griego su extrañeza; pero Eumolpe, cuya

inspire tu deseo, en vez de esperarlos de mujeres desconocidas?

Asclytio se sonrió al escuchar estas palabras y respondióle en voz baja:

—¿Y cuándo ha de ser la ejecución de tus proyectos?

—Esta noche á la hora sexta. Una espléndida fiesta ha de tener ántes lugar en el palacio del Duunviro, donde es preciso que te introduzcas acompañado de todos tus camaradas. La embriaguez de los licores habrá tenido tiempo de pasar de los señores á los esclavos: encadenad á éstos y apoderaos de los otros, y una vez que estén Bibulo y Marcio en vuestro poder, yo me encargo de los demas.

—Pero ten presente que hay una legion entera acampada á las puertas de Nemausus, y que apenas puedo yo reunir y responder de unos doscientos hombres.

—Yo sabré paralizar los esfuerzos de esa legion.

—¿Debo ahogar á Fausto en el festin?

—Guárdate bien de tocar ni á uno sólo de sus cabellos si allí le encuentras, y déjale en completa libertad.

—¿Está ganado por tí?

—Lo estará, yo te lo juro, cuando sea la hora convenida.

—En ese caso, nada puede impedir nuestro triunfo.

—Sólo tu negligencia, Asclytio. Lo que te recomiendo sobre todo es la exactitud y la puntualidad. No retardes, pues, la ejecución de tu consigna: bien sabes que por haber dormido demasiado los conspirados que debian sorprender á Augusto en el Capitolio, no lo encontraron allí cuando fueron á buscarlo.

—Yo tengo en qué entretener mi sueño hasta la hora fijada—respondió Asclytio.

—¿Qué piensas hacer pues?

—Elegir, quizás, la casa de la cual haya de ser propietario.

Después de esta conversacion se separaron, y Vintex tomó el camino de la posada donde se alojaba.

IV.

Próxima ya la hora del festin que debía celebrarse en la residencia de Bibulo, Eumolpe recomendaba á Cneyo que debía marchar, y áun se ofrecia con la mayor solicitud para acompañarle, siendo de ver y llamando la atención del jóven la diligencia que mostraba el poeta por presentarse á recibir los azotes que le habían tocado en suerte, debidos á la munificencia del Duunviro.

Cneyo no pudo ménos de manifestar al griego su extrañeza; pero Eumolpe, cuya

melancolía había desaparecido como por encanto, en vez de turbarse contestó con su habitual énfasis á las observaciones del jóven, haciendo una exposicion de preceptos de la más severa filosofía, diciéndole:

—El hombre justo no puede ni debe entregarse á la desesperacion ni á la tristeza por los contratiempos ó adversidades de la vida: las más amargas tribulaciones no son sino terribles pruebas á que se somete la grandeza de las almas; y siendo esto así, debían con mayor motivo ser considerados los dolores físicos como un mal muy secundario, admitiendo como cierta la existencia del mal, cosa que me sería fácil demostrar que no existe.

Al fin se pusieron en marcha, dirigiéndose al palacio de Bibulo, admirando Cneyo la resignacion de Eumolpe hasta el punto de modificar el concepto en que le tenía desde el poco tiempo que databa su conocimiento, y haciéndole formar una idea más favorable respecto á las cualidades morales del poeta.

Al llegar á la vista del palacio de Bibulo, observaron que todo el espacio de su frente estaba dividido por extensas barreras, presentando un suelo terraplenado y allanado con esmero, donde un considerable número de personas se ejercitaban y entretenían jugando á la pelota. Allí, como

en todo cuanto intervenía la mano del Duunviro, el lujo tocaba los límites del exceso, y veíanse por todas partes sus esclavos recogiendo las pelotas que por haber tocado en tierra ó por otra causa cualquiera no se consideraban ya dignas de continuar sirviendo á los jugadores, siendo reemplazadas por otras que ofrecían diferentes esclavos, llevándolas en canastitos de mimbrés.

Eumolpe llamaba la atencion de Cneyo sobre los jugadores y le hacía observar la destreza de algunos de ellos, extremando tanto sus aplausos é incitando al jóven con tan exagerada porfia para que tomase parte en aquellos juegos, que éste juzgó al cabo ridiculas sus instancias. Luégo ocurrió á Cneyo la sospecha de que quizás quisiera Eumolpe entretener su atencion por este medio para que no fuese festivo presencial de la afrenta que le esperaba á la puerta del palacio, y en esta suposicion, deseando evitarle aquel sonrojo, empezó á aparentar un gran interés y una gran preocupacion por los incidentes del juego. Apenas volvió la cabeza notó que Eumolpe se alejaba, pero lo hacía con tal rapidez que Cneyo no pudo ménos de seguirle con la vista, no dejando de infundirle recelos aquel apresuramiento. Una súbita sospecha asaltó al jóven, que fué á buscar en

el bolsillo de su túnica la tableta que contenía la invitación para asistir al banquete de Bibulo, y pudo ver que Eumolpe se había apoderado de ella sustituyéndola con la de los azotes. Cneyo se lanzó velozmente en persecución de Eumolpe, y alcanzándole en el preciso momento que mostraba su billete al portero, se lo arrebató de las manos. Eumolpe quiso disputárselo, y como Cneyo le dirigiera severas reconvenciones por su infame traición, el poeta comenzó á declamar poniendo por testigos á todos los dioses de que aquel jóven era un impostor sin nombre y sin familia á quien él mismo había ofrecido un asilo, cuyo beneficio y caridad le recompensaba queriendo arrebatárle el honor de estar á la mesa con el divino Bibulo. Este altercado atrajo la atención de jugadores y espectadores que se fueron aproximando, riendo todos de los esfuerzos y razones de ambos contrincantes, que pretendían para sí la honra del banquete y para su adversario la afrenta de los azotes.

La ancianidad es una cosa muy digna de veneración y de respeto, pero la juventud y la belleza son un gran poder. Por otra parte, la ancianidad ridículamente presentada llega con facilidad á ser objeto de mofa, mientras que la juventud altanera interesa y se impone á la vez.

El fallo de la opinión estaba dictado y todos gritaban que era necesario azotar al poeta y dejar pasar al jóven. En aquel momento Bibulo, atraído por el rumor y algarazara de aquellas voces, se presentó en la puerta de su palacio, queriendo informarse personalmente de lo que ocurría. Al efecto, para constituir su tribunal y escuchar las razones de los dos pretendientes, hizo que un esclavo se hincase de rodillas con las manos en el suelo y le presentase las espaldas, donde tomó asiento, ordenando á aquellos con la mayor gravedad que expusiesen sus derechos. Aquel extraño juicio y singular debate había hecho agruparse en torno del Duunviro una considerable masa de gentes, y ya unos se ponían de parte de Eumolpe, ya otros se interesaban en favor de Cneyo, cuando anunció Bibulo que se disponía á pronunciar su sentencia, que dicho sea de paso, tenía que responder á las pasiones y sentimientos de un hombre como el Duunviro. Un miserable bufon le debía parecer preferible á un jóven y noble patricio: Bibulo esperaba obtener más distracción y divertimento con la ridiculez del poeta que con la sinceridad del jóven, y declaró que no podía reconocer como propietario de la invitación sino á aquel que la tuviera en sus manos, y que, por consiguiente, que el ho-

nor de asistir al banquete correspondia al que se presentase con dicha invitacion. Eumolpe triunfaba, pero Cneyo no se dejó abatir por aquel fallo, y adelantándose al portero, gritóle con arrogancia:

— Esclavo, ya has escuchado la sentencia de tu amo: aquel que tenga en sus manos la invitacion es el propietario legitimo. Yo acabo de arrancarla por la fuerza á este hombre que me la habia usurpado por el engaño: déjame pasar.

La muchedumbre aplaudió este rasgo de noble osadía que demostraba al par un oportuno ingenio: Bibulo sólo pareció contrariado, y exclamó impulsado por su despecho:

— Mi fallo es justo y yo lo sostengo. Cada lote ó premio será pagado al portador del respectivo billete, y como este jóven posee á la vez la invitacion al festin y la promesa de veinticinco azotes, deberá gozar de ambas cosas: primero los azotes y despues el banquete. Vamos, pues; despachad con diligencia este asunto—gritó á sus esclavos—porque ya veo que empiezan á llegar mis convidados.

Y Bibulo se alejó sin prestar oidos á las reclamaciones de Cneyo.

Varios esclavos se apoderaron del jóven, y como opusiese una tenaz resistencia le derribaron al suelo y le sujetaron por las

manos con una cuerda á uno de los postes ó estacas que limitaban el juego de la pelota, empezando á azotarle despues de haberle despojado de sus vestidos para dejarlo desnudo hasta la cintura.

Entre tanto habian ido llegando los convidados de Bibulo, sin que apénas ninguno de ellos procurase averiguar la causa del tumulto que tenia lugar en aquel sitio.

Habiase podido observar que despues de haber empleado Cneyo todo el esfuerzo de sus brazos y de sus pulmones para evitar este suplicio, habia repentinamente cambiado de conducta y sufrido aquél hasta su término con una resignacion notable y extraña. El furor y la cólera del jóven habia excitado el furor y la cólera de los esclavos, y su aparente y súbita sumision no disminuyó el enañamiento de estos miserables que, acostumbrados á semejantes castigos, se imaginaban que Cneyo soportaba los azotes con la misma indiferencia que los sufrían ellos; pero algunos ciudadanos de los que se habian aproximado para presenciar aquel espectáculo, atentos y prudentes observadores de la expresion que se retrataba en el semblante de Cneyo no pudieron ménos de comprender que aquel sombrío silencio no auguraba sino venganzas, y uno de ellos exclamó:

—No sería yo ciertamente el huésped que diera de comer esta tarde á ese joven.

Ya estaba casi á punto de terminar el suplicio de Cneyo cuando se operó un gran movimiento en aquella masa de gentes, precipitándose todos hácia la vía que conducía á la puerta principal del palacio.

— ¡Qué lujo!

— ¡Qué ostentación!

— ¡Qué pompa!

— ¡Qué magnificencia!

Así exclamaban por todas partes, y en efecto era un suuntuoso cortejo el que avanzaba.

—Ved esa opulenta litera—gritaba uno—no está cerrada de cristales, pero sí con unas planchas de piedra tan transparente que dejan penetrar la luz y la claridad. Ved los ocho esclavos que la preceden y los ocho que la escoltan, todos en magníficos caballos, y aunque la noche no ha extendido su negro manto de tinieblas, todos ellos llevan hachas encendidas, como si el sol que alumbraba al pueblo fuese indigno de alumbrar á Silia!

— ¡Silia! ¡Silia! —gritó Cneyo con voz atronadora.—Ciudadanos, haceos á un lado, yo os lo ruego, para contemplar la comitiva de Silia y su esplendor al encaminarse al festín de Bibulo.

Después volvió á gritar:

— ¡Silia! ¡Silia! ¿Por qué has tenido cerrada hoy tu puerta?

Silia, entretenida con la conversacion de un joven patricio que marchaba al costado de su litera, apenas levantó la vista cuando oyó pronunciar su nombre y pasó sin preguntar quién era aquel joven tan cruelmente flagelado, y sin parar mientes siquiera en el sentido de las frases que confusamente había escuchado.

Enseguida soltaron á Cneyo, y los mismos esclavos que habían sido sus verdugos le atestiguaban el sarcasmo de sus respetos, invitándole á penetrar en la morada de su señor.

— No temais que deje de ir—respondió Cneyo con la calma de un reconcentrado furor.—Servidme de guías, que ya os sigo.

Y penetró resueltamente en el palacio, sobre cuya puerta leyó la siguiente inscripción:

«TODO ESCLAVO QUE SALGA SIN PERMISO EXPRESO, RECIBIRÁ CIEN AZOT S.»

Un esclavo con túnico verde y cinturón escarlata era el guardián de esta puerta, y se ocupaba en mondar guisantes, que iba depositando en un jarro de plata.

Una picaza ó perraca, encerrada en una jaula dorada, estaba al lado de aquel criado y saludaba en nombre de su amo á todos los que entraban; pero en el mo-

mento de pasar Cneyo por delante de ella enmudeció, llamando á todos la atención que habia cesado su sempiterna cháchara.

Los curiosos se retiraron en silencio, diciéndose alguno de ellos para sus adentros:

— Algo malo va á suceder esta noche en casa del duunviro.

Dejarémos por ahora á Cneyo, que entró rápidamente en el interior del palacio, donde desapareció á las miradas de todo el mundo, y sigamos á los convidados que vagaban por todos los salones aguardando la presentación de Bibulo, mientras que varios esclavos les hacían observar el esplendor de los muebles y la riqueza de las mil maravillas y joyas de arte acumuladas en aquella morada. En el atrio estaban los muros cubiertos de pinturas y bajo-relieves que representaban episodios de la vida y hazañas del propietario: aquí, el combate en que se habia distinguido su valor; allí, la primera causa que habia abogado en el foro; más léjos, su elección á la magistratura, y por todas partes relevantes y pomposas inscripciones con la explicación de esos y otros sucesos. Sobre el pórtico veíanse otras pinturas aún más magníficas, con motivos tomados de la *Odisea* y de la *Iliada* (1), ó bien con imágenes de

(1) Títulos de dos celebrados poemas del inmortal

sacrificios y otros espectáculos. Dos extensos cuadros se hallaban colocados á derecha é izquierda de la puerta de entrada del triclinio: el uno representaba el curso de la luna y la marcha de todos los planetas, y el otro las alegorías de todos los días del año, señalados con puntos blancos ó negros según eran tenidos por días aciagos ó días de buena estrella. El lujo de Bibulo resplandecía por todas partes: todos los muros de los pórticos estaban adornados con brillantes panoplias y trofeos de armas pulidísimas, y en lugar preferente veíase un monumental armario de ébano donde estaban expuestos los penates de plata y lares protectores de su familia, una pequeña estatua de cristal y un cofre con incrustaciones de oro y plata que encerraba la primera barba del duunviro. Varias lámparas de bronce y plata pendientes de las bóvedas alumbraban el pórtico, bajo el cual se reunieron al fin todos

Homero, rey de la poesía griega. En la *Iliada* relata el poeta los principales acontecimientos de la guerra de Troya y huida de Eneas con su anciano padre Anquises; consta de veinticuatro cantos, y el último se refiere á la desastrosa muerte de Héctor, el hijo de Príamo. En la *Odisea* hizo la historia de las aventuras de Ulises cuando después de la guerra de Troya volvía este héroe á Itaca, su patria. Se cree que Homero vivió mil años antes que J. C.; pero algunos críticos han dudado de la realidad de su existencia, atribuyendo sus obras á los poetas cíclicos, cuyos fragmentos fueron reunidos por Pisistrato.

—N. del T.,

los convidados. Allí les fué entregado á cada uno de ellos un riquísimo manto de púrpura y dos monedas de oro: despues de esto se colocó un esclavo á la cabeza del grupo y dió la señal de la entrada, gritando:

—¡Con el pié derecho!

Así penetraron todos en la sala del festin, y el triclínarca ó maestro de ceremonias señaló á cada cual el lecho que debía ocupar.

Cuando todos se hallaban colocados en su respectivo sitio, penetraron varios esclavos egipcios con ánforas y jofainas de plata para lavar con agua de nieve las manos de los convidados, y terminada esta operacion, se aproximaron otros esclavos pedicuros que les lavaron los piés, recortándoles las uñas y las callosidades con una destreza admirable.

Cada cual estaba en su puesto y no faltaba nadie más que Bibulo, Silia y Fortunata. Uno de los convidados, inclinándose al oído de Fausto, le dijo en voz baja:

—Bibulo usurpa también el privilegio de las mujeres hermosas haciéndose esperar.

—Sí, pero á pesar de todo su poder no conseguirá nunca arrebatárles el de hacerse desear—respondióle Fausto.

Casi en aquel momento se presentó Bi-

bulo excusándose de haber faltado á la debida cortesía con su tardanza, cuya causa habia sido la duracion de una partida de ajedrez, en la cual habia sido vencido por Silia. Y como para Bibulo era una necesidad la ostentacion de todo lo que poseia y de todo lo que hacia, consideró del caso explicar á la reunion la jugada que le habia hecho perder, á cuyo efecto mandó que le trajesen el tablero de madera de Terebintho con las casillas de marfil y cristal y las piezas de plata y oro, lo más artísticamente esculpidas.

Despues de esto, á una señal de Bibulo fué presentado el primer servicio del banquete, que pareció espléndido: era una enorme bandeja en cuyo centro estaba colocado un elefante de bronce dorado, que llevaba á sus costados unos cestos de plata con aceitunas verdes y aceitunas moradas, y sobre el lomo una elevada torre de muchos pisos y en cada uno de ellos un plato diferente con exquisitos manjares. Todos los platos eran de metales preciosos y llevaban grabados en sus bordes el contraste de sus pesos respectivos y el nombre de Bibulo, su propietario. Alrededor de aquel gran monumento veíanse diseminadas multitud de vasijas de diversas formas, elevadas sobre altares, sobre puentes, sobre pirámides ó sobre escalinatas, y contenien-

do mil variadas clases de golosinas y frutas, sin que faltase la exquisita ciruela de Siria. Al mismo tiempo un esclavo colocaba sobre la mesa otro enorme plato, en el cual veíase posada una hermosa gallina cubriendo sus huevos con una imitación tan artística y perfecta, que ciertamente ilusionaba y engañaba á ojos que no estuviesen experimentados en estas preparadas sorpresas. No eran, sin embargo, huevos de gallina los que ocultaba debajo de sus alas, sino huevos de pavo real, que los esclavos distribuyeron al punto entre los convidados.

— Os recomiendo que examineis con mucho cuidado estos huevos— exclamó Bíbulo— porque yo no os garantizo que sean de una excelente calidad. Me he visto en la imperiosa necesidad de que os sirvan las viandas que mi cocinero ha podido procurarse, y abrigo el temor de que sean tan añejos que quizás encontréis dentro de ellos algun pequeño pavo en visperas de picar la cáscara.

En efecto, al romper los huevos, cada convidado encontró dentro del suyo una crespóndola (1) envuelta en hilado de huevos y sabrosas setas.

(1) Papahigo ó papahigo, ave parecida al mirlo, cuya carne es delicada y exquisita.—(N. de T.)

Después de esto, á una señal de Bíbulo dejóse oír la armonía de una orquesta invisible, y mientras tanto los esclavos acudieron á retirar los platos servidos, presentándose otros esclavos etíopes con jofainas y ánforas de plata para bañar de nuevo las manos de los convidados, haciéndose uso esta vez de un agua perfumada con incienso y esencia de rosas, de cuyos aromas quedó impregnado el ambiente de la estancia, y en seguida aparecieron los esclavos despenseros para escanciar el vino que llevaban en botellas de cristal esmeradamente taponadas, en cuyos cuellos veíanse unos pequeños tarjetones de marfil con la inscripción: *Falerno del consulado de Lucio Opimio* (1).

Mientras que servían aquel licor con suma profusion verdaderamente espléndida, fueron sorprendidos los convidados con la presentación de un esqueleto de plata que un esclavo colocó sobre la mesa, y que moviéndose automáticamente por secretos resortes, dió una vuelta alrededor de ella, excitando la general admiración.

Desde el principio del festin, Fausto, que se hallaba colocado en una de las extre-

(1) El consulado de L. Opimio fué 421 años antes de J. C., lo cual da al vino servido en la mesa de Bíbulo en tiempos de Nerón una añejez de cerca de doscientos años.—(N. de T.)

midades del salon, buscaba con insistente interes las miradas de Silia, de cuya fisonomía no podia desaparecer un marcado sello de tristeza, á pesar de las distinciones y halagos que la prodigaba el duunviro.

Queriendo Bibulo proporcionar á Silia un motivo más de distraccion, preguntó que por qué se notaba en la sala la ausencia de uno de los convidados, y á propósito del ausente refirió, todo lo mejor y más chistosamente que pudo, la aventura de los dos pretendientes al premio del banquete, los incidentes del juicio celebrado por él y el fallo de dicho juicio, cumplido en todas sus partes. Esta narracion trajo á la memoria de Silia las palabras que confusamente escuchó pronunciar, dirigidas á ella, cuando penetraba en el palacio de Bibulo, y preguntó con interes la edad que sobre poco más ó ménos podria tener el jóven, informándose muy especialmente del talento y demas señas personales del sujeto que le habia querido disputar su puesto en el festín. Pero las ricas vestiduras con que Eumolpe se habia engalanado en casa de Fausto impiliieron á Silia sospechar que aquél fuera el miserable poeta que se le habia presentado por la mañana en su palacio. Fausto, por el contrario, reconoció en el acto á sus huéspedes y de-

mostró un vivo interes por saber dónde se encontraba el más jóven, contestándole un esclavo que se le habia visto penetrar en el palacio de Bibulo despues de los azotes, pero que sin duda volveria á salir, porque no se le veia por ninguna parte.

— Pues bien, gritó Bibulo; que le busquen por toda la ciudad y que sea conducido inmediatamente ante nuestra presencia diciéndole que esa es la voluntad de Silia.

— No, exclamó ésta prontamente, es inútil; si he preguntado por él ha sido por simple curiosidad.

— Que nos sirvan, pues, con más esmero y prontitud, gritó Bibulo dando por terminado aquel incidente. — Se nos hace esperar como en una mala hosteria del país.

Al punto, y como pronta consecuencia de aquella orden, vióse aparecer un nuevo servicio que causó la admiracion general, no tan sólo por su magnificencia, sino tambien por su originalidd. Consistia este servicio en un globo inmenso, en cuyo círculo ecuatorial estaban representados los doce signos del zodiaco, sosteniendo cada uno de ellos un plato con manjares ó frutos propios de la estacion que aquéllos presidian. Sobre el de Aries veíanse magníficos guisantes: sobre el de Tauro, un

jarrete de vaca; sobre el de Géminis, un par de riñones; sobre el de Cáncer, una corona; sobre el de Leo, los exquisitos higos de Africa; sobre el de Virgo, los higos de una ternera; sobre las balanzas de Libra, dos copiosos panales de miel de abejas, y, en fin, sobre el de Escorpio, sobre el de Sagitario, sobre el de Acuario, sobre el de Piscis, vejanse colocados un rodaballo, una liebre, una langosta, unos barbos y un ánsar.

Al mismo tiempo que colocaban aquel monumental servicio sobre la mesa, un esclavo distribuía el pan contenido en una cesta de plata. Todos admiraban la ingenua y discreta colocacion de los platos, así como la exquisita calidad de éstos, hasta que Bibulo exclamó en voz alta:

— Las minas de plata y oro están en el centro de la tierra, y por consiguiente, en el centro de este globo debemos buscar los manjares de más estima.

A una señal de Bibulo fué descubierta la parte superior del globo, y pudo verse que en su interior encerraba los condimentos más apetitosos con las aves y los pescados más exquisitos.

Cada cual se dedicó á comer lo que más fuera de su agrado, mientras que Bibulo decía:

— Este aparato que yo he mandado

construir presenta efectivamente en su exterior platos y manjares que no son de gran mérito y valor, pero contiene en su seno los de más aceptación. Así he querido demostrar que no debemos dejarnos convencer por las cosas que á primera vista se ofrecen á nuestros ojos, para que esto sirva de lección á los que juzgan y sentencian con arreglo á las exterioridades. También encontraréis dentro de este pequeño mundo el horóscopo de vuestras condiciones personales; porque bien sabéis que cada signo ejerce una determinada protección sobre el carácter de la persona que ha nacido bajo su influencia. Así, pues, que cada uno de vosotros escoja uno de esos horóscopos, según sea el signo á que corresponda la fecha de su nacimiento y que represente su verdadero papel. Este es un juego muy original y agradable por la violencia de los contrastes, y en la corte de Neron, donde yo le vi practicar, estuvo Séneca obligado á embriagarse, y Flavia, la bella romana, nos pareció encantadora hablando el lenguaje de los bandidos.

Aunque todos considerasen aventurada la tal proposición, se dispusieron de buen grado á aceptarla, y cada cual pronunció un discurso en analogía con el carácter que debía representar.

En seguida se incorporó Bibulo, haciendo lo mismo todos sus convidados, y en el acto fueron cubiertos los lechos con ricos paños ó tapices de lana, bordados en seda, cuyos dibujos figuraban episodios y asuntos de montería. Unos á otros se preguntaban cuál sería el objeto de aquel nuevo detalle, cuando súbitamente vieron abrirse con estrépito una de las puertas, por donde conducian un enorme jabalí de Laconia colocado sobre una extensa bandeja de plata sobredorada, oyéndose al mismo tiempo los ecos de una trompa de caza.

Aquella res figurada traia la cabeza cubierta con un gorro de liberto, y sostenia en sus colmillos dos canastillos de palma, lleno el uno de dátiles de Judea, y el otro de dátiles de la Tebaida. Alrededor de la bandeja estaban colocados unos jabatos de pasta cocida, en número igual al de los convidados, y cada uno de ellos encerraba un obsequio ó presente que la esplendidez de Bibulo ofrecia á sus comensales. Uno solo quedó sin dueño, porque era el que correspondia al convidado que no se habia presentado.

— Por la fe de mi palabra os aseguro, dijo Bibulo, que he confiado á mi cocinero la eleccion de estos regalos, y deseo ver si ha estado oportuno en este caso,

Rota la pasta de aquel jabato, descubriose que ocultaba un magnifico puñal, lo cual no pareció de buen presagio á alguno de los presentes, ó hizo palidecer á Silia.

— Ved aqui perfectamente descifrado lo que parece hercorizaros, gritó Bibulo; sin duda habrá muchos que deseen la muerte mia; pero no hay nadie que se atreva á empuñar el arma homicida.

Y arrojó el puñal con desprecio lejos de sí.

— ¡Vamos, vamos! gritó de nuevo palmoteando con las manos; que se nos sirva el vino en abundancia y veamos qué es lo que nos ofrece ese enorme animal.

A la voz de aquel mandato, un esclavo en traje de cazador y armado con un ancho cuchillo, dividió de un solo golpe el vientre del jabalí, de donde escaparon innumerables zorzales vivos, que en el acto fueron cogidos por los otros esclavos y preparados y servidos en menos de un minuto.

En medio del entusiasmo y de la animacion que excitaban todas aquellas sorpresas, uno de los convidados preguntó cuál era el significado de aquel gorro de liberto colocado en la cabeza del jabalí.

— Ayer, dijo Bibulo, ha sido presentado en mi mesa este animal sin que nadie

estasiase de él. Entonces yo le mandé retirar, lo cual significaba devolver su libertad á los prisioneros que encerraba, y por eso le adorné con ese gorro.

— ¿Pero hoy?... objetó el que habia hecho la pregunta.

— Teneis razon, exclamó Bíbulo, hoy no le cuadra bien: ¿qué hacemos con este gorro?

En aquel momento vió Bíbulo un jóven esclavo que acertaba á pasar por su lado con unos cestos de uvas, y deteniéndolo, le dijo:

— A propósito: colócate este gorro y quedas liberto.

El esclavo cayó de rodillas.

— ¿Cuál es tu nombre? preguntóle Bíbulo.

— Baco.

— Veo que tengo más poder del que yo creia, puesto que acabo de libertar á un dios.

Aquella ocurrencia de Bíbulo le conquistó un aplauso general, aunque muchas sospecharon que la escena habia sido preparada entre el esclavo y el señor.

La algazara y el entusiasmo aumentaba por momentos, haciendo que aun los caracteres más severos tomasen parte en la broma y en la general alegría. La misma Silia, no obstante su melancólica tristeza,

se dejaba dominar por la situacion, y escuchaba sonriente las galanerias de que era objeto por parte de Bíbulo. Fausto les observaba, y queriendo el duunviro entretener la atencion de su rival y la de todos con los variados accidentes del festin, excitó el uso de los diferentes vinos, haciendo beber á unos el de Terracina, á otros el de Tarento, á otros el de Grecia, y á otros, en fin, el de Chipre. Tambien procuró dar cierta especie de animacion á los diálogos, atacando indistintamente á alguno de sus convidados con equívocos punzantes ó desembozadas declaraciones:

— Vamos, Publio, exclamó dirigiéndose al de este nombre; tienes aspecto de querer morirte de frio como de costumbre; toma vino y bebe, eso te calentará. ¿O es que todavía estás impresionado por la muerte de tu esposa? ¡Pobre marido, que lloras sobre su tumba, mientras que ella hubiera dado cita á un amante sobre la tuya! ¿No conoces, por ventura, la historia de la matrona de Efeso?

— ¿Y tú qué tienes, Marcio? ¿Temes acaso que el hambre penetre en nuestras ciudades? Ya que estos cuidados no te preocupan en las funciones de tu cargo, vienen á perseguirte cuando estás entre nosotros, ¿ó es que quizás tienes envidia á la gloria de Safinio? ¡Ah, Safinio!... ¡Ese sí que era

un buen edil! En los campos, es verdad, todos morían de hambre; pero las paneras de la ciudad estaban atestadas de granos. Dos hombres no podían comerse el pan que se adquiría con una pequeña moneda de cobre, mientras hoy día cuesta doble el desayuno de un niño. ¿Qué te importa que el pueblo se muera de hambre mientras nos veas á nosotros nadar en la abundancia? Si mi saliva fuese necesaria para fertilizar los campos, yo no me tomaría ni aun el trabajo de escupirla.

— Todo eso me preocupa bien poca cosa — contestó Marcio. — Lo que sí recuerdo con pena es aquel tiempo en que yo era magistrado en Marsella: allí había otro lujo y se hacía mejor vida que la que hoy hacemos en Nemausus. En vez de los combates de gladiadores que tú nos ofreces, yo daba combates de hombres libres.

— Sí — replicó Bíbulo — ya sé que hiciste esas y otras locuras. Ya sé que tu esposa se presentó en las carreras vestida como Palas, guiando un carro de combate tirado por caballos númeras. Y también sé que en pago de tus complacencias la sorprendiste en los brazos de tu tesorero.

— Entonces sabrás asimismo que yo ahogué al esclavo entre mis manos! — gritó Marcio.

— Sí — contestó Bíbulo. — Supe que ha-

bias dado muerte al esclavo, y que tuviste miedo de tocar siquiera con un dedo á tu esposa, porque es una mujer terrible, que te hubiera hecho pagar bien cara la menor injuria. El esclavo, que no había hecho más que obedecer, fué castigado, y aquí viene como de molde aquello de que, «quien no se atreve con el burro, da palos á la albarda.»

A todos causó risa el ver la triste figura de Marcio, que no supo replicar; pero Silia no quiso dejar escapar aquella ocasión, y exclamó:

— En efecto, esa es la historia del asno; pero del asno aquel que echaba en cara al mulo la deformidad de sus orejas.

Todas las miradas se dirigieron al sitio que ocupaba Fortunata; pero ésta había desaparecido, porque ya era la hora de su cita con Aselytio. Aquella fuga no había pasado desapercibida para Bíbulo, quien tenía sin duda muy excelentes razones para no haberse dado por entendido de ella.

En aquel momento penetraron en la sala del festín los homeristas, quienes, habiéndose colocado de pié alrededor de la mesa, entonaron alternativamente los cantos de la Iliada, llevando el compás con los golpes de sus lanzas en sus escudos.

Pero estos artistas casi no eran escucha-

dos, porque las voces, la algazara, el bullicio y la gritaría de los convidados dominaban las notas de los cantantes.

De repente, dominando todos los ruidos, retumbó la techumbre, como si fuera á desplomarse y á sepultar á cuantos se encontraban en la sala, haciéndoles estremecer de terror. Bibulo entónces calmó el espanto general, y vieron que la plancha del techo se entreabría para dejar paso á un círculo inmenso que se desprendía desde lo alto, que bajaba lentamente y que se detenía encima de la mesa. Aquel círculo estaba cubierto de magníficas coronas, que causaron la admiración de los convidados, sobre cuyas cabezas fueron colocadas por las manos de los esclavos. Además, en el centro de aquel mismo círculo había innumerables vasijas que contenían mil variados perfumes, cuyas esencias embalsamaban la atmósfera, y de trecho en trecho veíanse canastillas primorosas atestadas de pastas y dulces deliciosísimos.

Aquella última sorpresa, que sobrepujaba á todas las anteriores, excitó la admiración general, y un aplauso frenético y unánime resonó en la sala, mezclándose con las felicitaciones y plácemes que se dirigían á Bibulo por su magnificencia y buen gusto. La misma Silia no pudo dejar de tomar parte en el entusiasmo general,

y dedicó al duunviro las frases más lisonjeras.

Cuando todos estaban entregados al delirio de la orgía, consideró Bibulo que había llegado el momento oportuno, y exclamó:

— Hace pocos instantes, ¡oh Marcio! yo censuraba tu conducta por haber castigado al esclavo que había sido seducido por tu esposa, contra la cual no tuviste el ánimo necesario para hacerla objeto de tus rigores y de tu venganza. En aquel mismo momento fui yo también censurado por haberte echado en cara tan injusto proceder, y Silia tendría mucha razón para decir las palabras que pronunció, si yo dilatase un solo minuto la ejecución del acto que vais á presenciar. Pero yo he de obrar de muy diferente manera que tú, Marcio, porque como tú estabas falto de pruebas, te has visto obligado á sobornar á tus jueces. Yo acuso en este momento á Fortunata, y nada tengo que temer de sus denegaciones, porque podré hacerla condenar invocando el testimonio de ciudadanos libres, y no el de esclavos mercenarios. Seguidme, pues, todos y disponeos á ser testigos ante los tribunales de lo que vais á presenciar.

Aquel discurso, pronunciado con aspecto sombrío y con una voz amenazadora

que dominó la algazara del festin, sorprendió á todos los convidados. Bibulo, con una antorcha en la mano izquierda y blandiendo su espada con la derecha, se lanzó fuera de la sala seguido de todo el mundo.

A pesar de la prontitud de aquella escena, pudo Fortunata tener oportuno aviso de lo que ocurría por la diligencia de un esclavo en quien ella tenía toda su confianza, y que colocado precisamente á espaldas de Bibulo, corrió á prevenir á la esposa de éste tan luégo como escuchó las primeras palabras del duunviro. Fortunata, al recibir aquel aviso, quedó como herida por un rayo; y Asclytio, al oír el nombre de la mujer que le acababa de otorgar sus favores, no se dió cuenta del sitio donde se encontraba y fué acometido de un pánico terror al mismo tiempo que de una violenta desesperacion.

Ya se percibían los pasos de Bibulo y el rumor de los que le acompañaban. Asclytio quiso huir fuera de aquel gabinete, pero no acertó á encontrar la puerta secreta por donde habia sido introducido, y se lanzó hácia otra que conducía al interior del palacio, detras de la cual estaban apostados por órden de Bibulo dos esclavos, que le atajaron el paso. Este incidente sugirió á Fortunata una súbita inspiracion, y em-

pezó á gritar desesperadamente, diciendo:

— ¡Asegurad á ese hombre; no dejéis escapar al culpable, y traedle de nuevo á mi presencia!

Despues, dirigiéndose al esclavo que le habia llevado el aviso, le dijo en voz baja:

— Huye ántes que lleguen y déjame sola.

Y tomando asiento en un lecho, con severa actitud, mientras que por un lado aparecian los esclavos que habian aprisionado á Asclytio, y por el otro se acercaba Bibulo y sus convidados:

— Sujetad bien á ese hombre — grita Fortunata á los esclavos — pues me respondeis con vuestras vidas si se os escapa.

— ¡Vedlos! — exclama el duunviro al penetrar en la cámara de su esposa, seguido de los que le acompañaban. — Merced á mis precauciones, hemos llegado á tiempo: ved ahí á los culpables. Ciertamente que es para mí una cosa repugnante ofreceros el espectáculo de mi deshonra; pero á ello me obliga por una parte la ineficacia de la ley, y por otra las exigencias de los procedimientos que la misma establece. Yo os requiero á todos para que seáis testigos de lo que estais presenciando.

Fortunata, que habia escuchado en un principio las palabras de Bibulo con aparente sorpresa, fingió despues sobreponer-

se con profunda indignacion , y poniéndose de pié, respondió con una altivez y firmeza que dejó á todos asombrados:

— Tienes razon , Bibulo — exclamó — debe ser un acto repugnante para un hombre digno el ofrecer en espectáculo su deshonor , y no lo es ménos para mí en este momento, puesto que la indignidad de un marido viene á caer siempre sobre la frente de su esposa. Tú has invocado el testimonio de los que te acompañan , y yo soy á mi vez quien reclama ese testimonio. Todos habeis visto hoy á Bibulo, el duunviro, presidir con acierto los juegos del circo, y habeis podido tambien juzgar con cuánta pompa y esplendidez sabe disponer los placeres de un festín. Otorgadle toda vuestra gratitud por tan elevados talentos; pero si os considerais en el deber de felicitarle por la tranquilidad con que os entregais á todos esos placeres; si cada uno de vosotros y todos juntos vivís en la confianza de poder volver á vuestras casas sin que éstas se vean asaltadas y entregadas al pillaje durante una sedicion fraguada en las sombras de la noche, merced á los desvelos y á las acertadas disposiciones de vuestro gobernador y de vuestro magistrado, yo soy entónces quien reclamo para mí estos elogios y estas felicitaciones.

— ¿Qué significa?... — dijo Bibulo casi

confundido por la firmeza y valentía de Fortunata.

— Significa — prosiguió la esposa del duunviro — que en tanto que tú pasas las horas entregado á los deleites del vino y embriagándote al lado de la mujer, á quien sin duda debes haber prometido el título que por lo visto querias vergonzosamente arrebatarme entregándome á la infamia, yo he velado con exquisito celo por tu salud, y quizás por la vida y por la hacienda de todos los que vienen contigo. Este hombre, á quien tú has creído sorprender en este momento como un amante mio, ha venido aquí, en efecto, solicitado por mí y en virtud de una cita amorosa; pero este pretexto no ha sido otra cosa sino una celada para obtener y arrancar de su lengua una declaracion indispensable, una confianza, en pago de la cual le he ofrecido solemnemente que le sería perdonada la vida, si consiente en completarla y dar más detalles sobre ella delante de vosotros, puesto que vuestra llegada ha venido á interrumpir el interrogatorio á que estaba sometido por mí. Sabed, pues, todos, que esta misma noche, y aprovechando las ventajas que les ofreciera la embriaguez de todos vosotros en ese festín, del cual o ha parecido mi ausencia tan culpable, ó haber asaltado este palacio, asesinado el

duunvíro, asesinados también los personajes más principales de la ciudad, y toda la población de Nemausus entregada al pillaje, á la rapiña, á la violencia y á la anarquía.

Todos retrocedieron espantados ante el pavor de una revelacion tan estupenda.

—¿Es posible?— exclamó Bibulo.

—Es cierto— respondió Asclytio advertido por una mirada de Fortunata.

—Que se someta al tormento á este hombre para obligarle á declarar el número y nombres de sus cómplices.

—Eso sería por tu parte, como siempre, dar pruebas de tu ineptitud, Bibulo,— se apresuró á decir Fortunata con arrebatado de cólera influencia.—¿Por qué has de exigir en el tormento lo que este hombre está dispuesto á declarar voluntariamente? Yo le he ofrecido el indulto de su vida por lo que ya me ha revelado, y ahora hago más porque le prometo el indulto de su libertad, en pago de lo que puede revelarme todavía. Ciudadanos magistrados aquí presentes, que me estais oyendo, venid en mi ayuda para impedir que el rigor de Bibulo pueda perdernos despues de habernos expuesto al peligro con su negligencia.

—Fortunata tiene razon— exclamó Fausto— ante un peligro tan inminente debe asegurarse nuestra defensa por los medios

más rápidos. Yo me comprometo á defender la libertad de este hombre, si nos declara los nombres de sus cómplices diciéndonos cuáles pueden ser las esperanzas de los conjurados.

Todos aprobaron la manifestacion de Fausto, y aprovechando Fortunata la oportunidad de dejar á otros el peso de aquella escena, dijo al tribuno:

—Si así lo prometeis, interrogadle vos mismo.

Fausto se aproximó á Asclytio, y le preguntó:

—¿Quiénes son tus cómplices?

—No tengo más que uno.

—¿Cuál es su nombre?

—Vindex.

—¡Vindex! ¿El lugarteniente de César en las Gálias?

—Ese mismo.

—¡Vindex! ¿Ese venerable anciano tan celebrado por sus virtudes?

—Ese mismo.

—¡Eso es imposible!... ¿Dónde le has conocido?

—Le conocí en Tolosa, donde ya quedé comprometido con él para prestarle apoyo con los doscientos gladiadores que tengo á mi disposicion.

—¿Quiénes eran los que debian pene-

trar en este palacio y asesinar al duunviro y á todos nosotros?

—Yo y mi gente.

—¿A qué hora?

—A la hora quinta de esta noche.

—¿Dónde están tus camaradas?

—Todos me esperan.

—¿Por qué, pues, has venido aquí solo?

—Porque, como ha manifestado ántes Fortunata, yo he creído venir á gozar una aventura amorosa, y hacia cuentas de poder estar de regreso al lado de los míos á la hora convenida.

—¿Y cómo ha sido descubierto ese complot por Fortunata?

—Lo ignoro.

—¿Dónde está y quién ha sido la persona por cuyo conducto has recibido las instrucciones para lo que debiais ejecutar?

—Vindex en persona ha sido quien me ha comunicado sus órdenes.

—¿Pues qué, Vindex ha estado aquí en Nemausus?

—Ha estado y está.

—Tambien sabía yo eso, — dijo Fortunata.

Todos se miraron con sorpresa; pero á pesar de tantos detalles, aún dudaba Fausto, y despues de un instante de reflexión, añadió:

—Todo esto es imposible y absurdo. Aun suponiendo que Vindex tuviera un proyecto semejante, no hubiera pensado ejecutarlo con tan miserables elementos, porque no podía olvidar que yo estaba con mi legion á las mismas puertas de Nemausus. Este hombre, por tanto, nos engaña: ó bien tiene otros cómplices, ó bien es una fábula y una mentira cuanto acaba de decirnos.

—¿Veamos, miserable — exclamó Bibulo — qué tienes que responder á tan lógicas observaciones?

Asclytio parecia estar en extremo embrazado: ya comenzaba á turbarse, á balbucear, y, finalmente, juraba por todos los dioses haber dicho la verdad, cuando un nuevo incidente vino á imprimir otra faz á su violenta situación. Era la consternación que á todos los presentes produjo un extraño ruido que se dejaba oír hácia el lado de la escalera principal del palacio. Por un momento creyeron que ya eran los gladiadores que habian invadido el edificio, y cada cual tiró de su espada para disponerse á la defensa; pero en vez de los foragidos que se esperaban ver aparecer, se presentaron unos lictores, precediendo á un anciano, vestido con el ropaje consular, y ostentando en sus manos un rollo de bergamino.

Aquel anciano era Vindex.

Por muy grande que fuera su sorpresa y su disgusto al contemplar el espectáculo que se ofrecía á sus ojos viendo aprisionado á Asclytio, ninguna señal de turbacion asomó á su rostro. Arrojó una severa mirada en derredor de la estancia, y dirigiéndose á Bibulo que le observaba lleno de estupor con la espada desnuda, le dijo:

— ¿A qué vienen esas armas y esos aspectos belicosos? ¿Es así como el duunviro Bibulo recibe en su palacio al que es portador de los rescriptos del Emperador? Donde yo esperaba encontrar súbditos obedientes, ¿habré hallado quizás sediciosos turbulentos? Responde, Bibulo.

La inesperada presencia de aquel personaje impresionó vivamente todos los ánimos, y sembró la confusion en todas las inteligencias. Porque, en efecto, la situacion era anómala y extraordinaria: aquel gladiador, á quien se habia creído sorprender como clandestino amante de una elevada patricia, y que resultaba ser el agente de una tremenda conspiracion, y aquel Vindex, delatado como jefe de esa misma conspiracion contra el Emperador, que llegaba y se presentaba en nombre y representacion del Emperador... ¿debía ser obedecido? ¿Podía atentarse contra él ordenando su prision? Esto era lo que pre-

ocupaba á Bibulo, cuya mirada incierta interrogaba la opinion y la actitud de todos los que le rodeaban, como consultando qué era lo que debía hacer. Solamente Fausto conservó la presencia de espíritu necesaria para decir en voz alta la verdad sin ambages ni rodeos, como todo hombre que camina de frente por la senda del valor, de la rectitud y de la razon.

— Vindex — dijo — yo voy á darte la explicacion necesaria para que comprendas la causa de que nos encontres así reunidos y en esta actitud belicosa.

Vindex no le dejó continuar.

— El decreto imperial que tengo en mis manos — dijo — me ordena que ántes de atender á ninguna reclamacion, y ántes de escuchar ninguna súplica, proceda á ejecutar la suprema voluntad del César, lo cual en este momento es tanto más fácil, cuanto que la persona interesada se encuentra aquí presente. A tí, pues, Silia, es á quien aludo.

Lanzando Vindex así desde luego el nombre de aquella noble dama, estaba seguro de interesar la atencion de Bibulo y de Fausto, apartando á éstos fácilmente de sus intenciones.

— Pues bien — exclamó Silia — héme aquí ya dispuesta á escuchar las órdenes del Emperador.

Vindex desplegó entonces el pergamino que llevaba en la mano, cuyo documento aparecía legalizado con el sello y la firma de Neron.

El mandato que contenía aquel pergamino era digno, por todos conceptos, de la persona que lo había dictado. En él se anunciaba la muerte de Silano, el esposo de Silia, y se decretaba la confiscación de todos sus bienes y los de su esposa. También se disponía que los hijos de Silano, por haber escapado de Roma sin el permiso expreso del Emperador, estaban considerados como reos de lesa majestad, y en su consecuencia se ordenaba que fuesen arrestados en Nemausus, donde sin duda alguna se habrían refugiado y que conducidos á Roma, compareciesen ante el tribunal de Neron para ser por éste juzgados. En cuanto á Silia, su madre, por haberlos acogido y dado asilo, se le declaraba incurso en el delito de complicidad, y debía ser asimismo detenida y conducida con ellos para sufrir el castigo que el César tuviese á bien imponerle.

Cuando Neron firmaba un rescripto semejante, sabíase desde luego todo lo que significaba y todo lo que quería decir: para el hijo era la muerte; para la hija y para la madre era la más abyecta infamia en el desenfreno de las orgias imperiales.

Silia quedó muda de terror.

Bíbulo inclinó la frente.

Todos quedaron en silencio.

Fausto fué solamente quien osó levantar su voz.

—¡Y eres tú, Vindex—gritó el tribuno—tú, un soldado, el hombre respetable que hasta hoy había consagrado santo respeto á la virtud en medio de la espantable tiranía que nos gobierna, eres tú, digo, el encargado de ejecutar una orden tan odiosa!

Vindex no se turbó ni un punto y contestó con seca frialdad.

—Yo no he recibido más encargo que el de trasmitirla á los magistrados de la ciudad: á éstos, pues, es á quienes corresponde su ejecución.

—¡Y se ejecutará!—gritó Fortunata con exaltado júbilo.—Para nosotros son sagradas las órdenes del Emperador. ¡Prended á esa mujer!

—¡Fausto!—exclamó Silia, precipitándose hacia el tribuno—¿serás capaz de sufrirlo?

Por muy execrable que fuese la orden de Neron, y por más que sólo se refiriese á una débil mujer y á dos niños, la desobediencia significaba una sedición perfecta. El tribuno vacilaba y casi volvía la espalda á Silia, cuando su mirada encontró la de

Asclytio, que le observaba con ansiedad, y que á favor del tumulto y confusion de aquella escena, pudo rápidamente decirle:

—Tengo que decirte todavía el nombre del cómplice con quien creíamos poder contar: ese cómplice debia llamarse Fausto.

Al oír aquella súbita revelacion el tribuno dirigió una profunda mirada á Vindex, quien adivinando la confianza que acababa de hacer el gladiador y la interrogacion de aquella mirada, contestó á Fausto con un signo afirmativo, haciéndole comprender la verdad de aquel enigma.

—¡No, Silia, — gritó entonces Fausto— yo no te abandonaré á la liviandad y á las crueldades de Neron: yo juro protegerte!

En aquel momento Bibulo, repuesto algun tanto de su sorpresa é impulsado por Fortunata, se colocó en la puerta de la cámara y previno á todos que nadie intentase salir, ni Silia, ni Fausto, ni Asclytio, ni el mismo Vindex. A los gritos y desaforadas voces del duunviro acudieron sus esclavos en número más que suficiente para contener la resistencia de las pocas personas que pudieran querer intentarla. Vindex le requirió para que tuviese presente su cualidad personal como legado y representante del Emperador; pero Bibulo le repitió la revelacion de Asclytio, y no le reconoció autoridad ninguna, escuchando to-

avía ménos las terribles amenazas de Fausto. En seguida se retiró Bibulo para celebrar una especie de consejo ó consulta con algunos otros magistrados de la ciudad que habian asistido al banquete, quedando encerrados en la cámara de Fortunata como prisioneros Asclytio, Vindex, Silia y Fausto. Tan pronto como éstos quedaron solos, Vindex se dirigió á Asclytio, é increpándole con la mayor cólera, le dijo:

—Ya ves, miserable, cómo nos ha perdido tu traicion.

—Di más bien tu imprudencia, Vindex, —replicó Fausto.— Porque imprudentemente has expuesto el éxito de una empresa en favor de la libertad confiándolo á la discrecion y al valor de un esclavo miserable.

—¿A qué perder el tiempo en inútiles recriminaciones? —dijo Silia— pensad en nuestra salvacion, ó mejor dicho, pensad únicamente en la vuestra. Abandonadme á mí sola al rigor de Bibulo y quizás podais obtener así vuestra libertad. De ese modo Fausto podrá colocarse al frente de su legion y sus soldados le protegerán contra el duunviro.

—¡Ah! si yo pudiese hablar á mis soldados, yo respondia de su adhesion á mi persona y de su obediencia á mis mandatos.

—¡Pues bien! —esclamó Asclytio— si eso

es así, todos nos hemos salvado. Es indudable que todas las salidas aparentes de esta cámara estarán guardadas; pero aquella por donde yo he sido introducido, que debe sólo servir para que lleguen aquí los amantes de Fortunata, no debe ser conocida por el Duunviro y no habrá podido ser custodiada.

Así diciendo el esclavo levantó unos tapices y dejó ver á sus coprisioneros una puerta secreta cuidadosamente construida en el muro de la alcoba. Para llegar á ella era necesario pasar por encima del lecho de Fortunata. Asclytio la abrió y fué á pasar el primero; pero no bien lo hubo intentado cuando se sintió herido en mitad del pecho por un golpe violento. La puerta fué impulsada de la parte exterior con irresistible fuerza sobre el mismo Asclytio, y el gladiador cayó en el lecho lanzando un profundo gemido.

Clavado en el corazon tenía un agudo puñal.

Asclytio hizo esfuerzos supremos, dando á entender que deseaba pronunciar algunas palabras ó hacer alguna nueva revelación, pero no tuvo fuerzas para ello y espiró, mientras los espectadores de aquella sangrienta escena permanecían mudos de terror y se miraban unos á otros con espanto. Ni aun siquiera se atrevían á con-

fiarse sus pensamientos, porque ya tenían la evidencia de encontrarse rodeados de tal vigilancia que la palabra más insignificante llegaría á conocimiento de sus enemigos.

Sin embargo, Vindex, reuniendo á Fausto y Silia, murmuró en voz baja: — Ese es un golpe que ha partido de la mano misma de Fortunata: ella sola conoce esta salida y ella sola vela sin duda tras esa puerta. Así se ha asegurado el silencio de ese hombre sobre la verdadera causa de su venida á este sitio, y así se proporciona un arma contra nosotros acusándonos quizás de haber asesinado á este hombre para que sus declaraciones no pudieran comprometernos más. ¡Todo se conjura para nuestra desgracia!

Aquella estancia, que pocos momentos ántes había sido teatro de escenas tan tumultuosas y de un drama tan sangriento, estaba sumida en un mortal y pavoroso silencio. Silia, retirada en uno de sus rincones, dejaba escapar por medio de ahogados sollozos las manifestaciones de su dolor, y no solamente la preocupaba su triste suerte, sino que se desesperaba por la de sus hijos, sintiendo en su conciencia el remordimiento de no haberlos querido recibir aquella mañana. Silia sabía que los huéspedes de Fausto eran sus hijos;

pero en la lucha de los crueles pensamientos que la dominaban y la atormentaban no se atrevía, sin embargo, á dirigir ninguna pregunta sobre ellos al tribuno, y éste, dedicado absolutamente á pensar en los medios de salvarla, no escuchaba siquiera sus gemidos ni se le ocurría dirigirle una sola palabra de consuelo.

En otra época, y bajo otro gobierno que no fuese el de un déspota como Neron, la denuncia de un esclavo y su sola palabra, sin pruebas de ninguna especie, no hubiera podido ser bastante para condenar á dos hombres de la jerarquía de Fausto y Vindex; pero ambos tenían el íntimo convencimiento de que la más insignificante apariencia ó la más leve sospecha había de ser considerada por el tirano como prueba suficiente de culpabilidad, digna del más tremendo é inmediato castigo. No había, pues, para ellos más salvacion que la sedicion armada y triunfante; pero advertido ya Bibulo, era de presumir que hubiera tomado sus precauciones para contener en su disciplina la legion de Fausto, procediendo simultaneamente al desarme y prision de los gladiadores de Aselytio; de modo que no parecia quedar medio ni esperanza alguna de salvarse.

En medio de aquel profundo estupor abrióse súbitamente la puerta, presentán-

dose en ella Fortunata, acompañada de algunos hombres armados. Su palidez y el temblor convulsivo que la agitaba hubieran sido testimonios irrecusables del crimen que acababa de cometer, si no lo fueran por otra parte la prontitud con que descubrió el cadáver de Aselytio, la mal fingida sorpresa que demostró y la acusacion que en el acto lanzó contra Fausto y Vindex, corroborando las acertadas sospechas de éstos sobre las ventajas que Fortunata sabría aprovechar de aquel asesinato.

Aunque la esposa de Bibulo habia pensado desde luégo que impunemente podia acumular sobre los acusados toda la responsabilidad de la muerte del gladiador, tenía Fortunata otra venganza que ejercitar; venganza la más sabrosa y estimable para el corazon de una mujer, cual era la desgracia y la humillacion de una rival. Así es que tan luégo como hubo hecho practicar el reconocimiento testifical de los que la acompañaban sobre el nuevo crimen que acababan de descubrir, dirigió la palabra á Silla, diciéndola:

—Yo sé ¡oh Stha! que hoy has venido á este palacio bajo la promesa de mandar mañana en él como dueña y señora; pero la negligencia de Bibulo ha olvidado enseñarte algunos departamentos que yo quie

ro hacerte conocer. Uno de ellos es el calabozo donde se emprisionan los esclavos indómitos, y otro será la mazmorra donde se les castiga con la infamia del látigo cuando á ello se han hecho acreedores.

Aquella amenaza hizo palidecer á Silia, y Fausto al oirla no pudo contener las manifestaciones de su indignacion.

—¡Oh! no temas nada por ella,—se apresuró á añadir Fortunata—esta hermosa dama pertenece desde hoy á los placeres de Neron, y yo no he de aumentar las nacientes arrugas de esta belleza destinada al señor del mundo con los surcos del látigo ni con sus sangrientas cicatrices.

Silia rugió de indignacion y vergüenza, y dijo á Fortunata:

—Aunque sea muy escasa mi belleza, no he tenido jamas necesidad de entregarla á las caricias de un vil gladiador, y no es ciertamente en la arena ni en el teatro donde querria encontrar nunca un amante.

—Ya sé, ya sé—replicó Fortunata—que tu aficion y buen gusto los buscas entre los rangos más nobles y elevados, donde no solamente intentas conquistar un amante sino tambien un marido. Algun oráculo divino te habia profetizado tu viudez y la pronta muerte de Silano, puesto que exigias de Bibulo que me repudiase y

que te diera su nombre como precio de un amor que tantos otros han obtenido más barato.

—¿Es cierto eso?—exclamó Fausto al escuchar aquella acusacion que le desesperaba y afligia mucho más que todos los peligros que en aquel momento le amenazaban.

Silia se encontraba en una de esas situaciones desesperadas y supremas en que la misma desventura imprime un sello augusto y solemne á una sincera confesion de culpas.

—Es cierto, Fausto; si, yo hubiera aceptado el nombre de Bibulo y su matrimonio; pero no debes olvidar que tú me habias rechazado.

—Eso es,—dijo Fortunata—ó tú ó él: á ella le hacia falta uno cualquiera de los dos.

—Tienes razon, Fortunata—replicó Silia.—O Fausto pobre, si él hubiera querido, y á quien yo misma me he ofrecido, porque le amo; ó Bibulo rico, que me lo suplicaba de rodillas, y á quien nada habia yo prometido aún.

Despues, dirigiéndose á Fausto, añadió:

—Cuando esta tarde nos hemos separado, te dije que muy pronto tendria quizás que suplicarte me prestáras un importante servicio. El momento ha llegado

y ahora puedo decirte lo que espero de tí.

Y aproximándose á Fausto, continuó en voz baja:

—Si aún á costa de mi perdición puedes salvarte, no vaciles ni un momento: sálvate. Pero es necesario que sepas una cosa: los dos jóvenes á quienes has dado hoy hospitalidad, son mis hijos; aquella virgen, que en estos momentos está sin duda bajo tu techo, es hija mía y yo te la confío. Es muy bella, Fausto; tan bella como lo fui yo cuando podía ser digna de tí. Consagra á la hija el amor que ofrecías á la madre y sálvala de los brutales excesos de Nerón, que en cuanto á mí ya sé bien cómo he de evitar la ignominia de sus mandatos, porque ha sonado la hora en que debo tener presente el virtuoso y heroico ejemplo de Silano.

En aquel momento Fortunata ordenó que Silia fuese conducida á uno de los calabozos del palacio, y que Vindex y Fausto fueran encerrados en separadas prisiones.

41
L. García

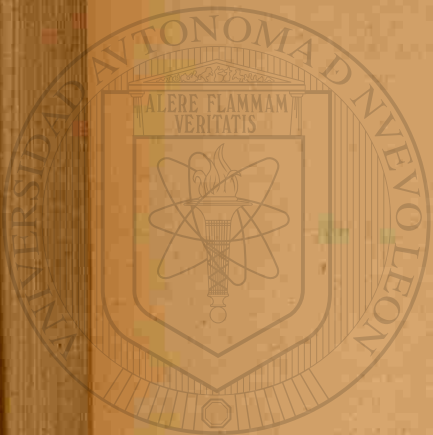
BIBLIOTECA UNIVERSAL

ANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

—
COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

—
TOMO L

—
LAS CUATRO ÉPOCAS

(SOULIÉ.)

—
TOMO CUARTO.

LOS ROMANOS.

(Conclusion.)

—
LOS CRISTIANOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º

1878.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

MADRID, 1879.—IMP., EST. Y CALV. DE ARIBAU Y C.^ª,
SUCESORES DE RIVADENEIRA,
EMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
calle del Duque de Osuna, número 3.

LOS ROMANOS.

(CONCLUSION.)

V.

Mientras ocurrían todos estos acontecimientos en el palacio del Duunviro, y en tanto que los que en él se encontraban aprisionados se consideraban completamente perdidos, un joven, un niño, Cneyo, intentaba la salvación de todos.

Dejamos al hijo de Silano en el momento de haber penetrado en aquel palacio, donde procuró ocultarse, desapareciendo á las miradas de todo el mundo. Cneyo no podía prever ni adivinar nada de lo que iba á suceder, y por consiguiente, eso no habia influido poco ni mucho en sus planes. Probablemente un sentimiento de colérica venganza, que fácilmente se explica despues de la vergonzosa infamia con que se le habia deshonrado, le indujo á ocultarse con siniestras intenciones, y quizás al dia siguiente hubiera sido encontrado Bibulo en su lecho cosido á puñaladas,

ofreciendo así los sucesos la demostración sangrienta del tribunal á que tenían necesidad de apelar los ciudadanos atropellados que no estaban protegidos por las leyes.

Cneyo, aprovechándose del tumulto y de la confusión que reinaba en el palacio de Bibulo, se había retirado á uno de los sitios más solitarios y apartados del edificio, y así fué como, con gran sorpresa suya, en medio de una profunda oscuridad, vió abrirse en el muro una puerta secreta que comunicaba con el exterior y penetrar por ella una mujer que conducía y guiaba á un hombre, llamando la atención del jóven las precauciones y misterios de aquel incidente.

—Es esta la casa de tu hermosa dueña?—dijo aquel hombre.

—Esta es;—respondió la esclava que le guiaba—pero guarda silencio y conserva bien en la memoria el camino por donde yo te conduzca; porque es necesario que vuelvas para salir por aquí mismo, después que hayas sido el más afortunado de los hombres.

Al escuchar Cneyo la advertencia que Psychea le hacia al gladiador, resolvió aceptarla en su propio provecho y siguió los pasos de Asclytio, á quien precedía la esclava. Quizás hubiera sido descubierto Cne-

yo por el ruido de sus pasos si Asclytio hubiera guardado silencio como le había prevenido su cómplice; pero en vez de hacerlo así continuó interrogándola en esta forma:

—No puedes todavía decirme quién es la bella dama que ha de hacerme el más afortunado de los hombres?

—Es inútil que lo sepas hoy, ni mañana, ni nunca. Yo supongo que tú debes estar muy acostumbrado á esta clase de aventuras y que no tengo necesidad de advertirte que si alguna vez volvieras á ver á mi dueña en una lujosa litera, has de tener la prudencia de no reconocerla, y que, aún en el caso de que te dejes dominar por la contemplación de su hermosura, esto debes hacerlo como un hombre que la viera por primera vez.

—Si yo te hago estas preguntas es porque desde que puse los piés en esta ciudad he oido celebrar la belleza de muchas damas, y muy especialmente la de una llamada Silia, que no se priva de ninguna clase de placeres.

Cneyo se estremeció al oír aquellas frases, y su mano fué maquinalmente á buscar el puñal que llevaba en el cinto; pero se contuvo y continuó escuchando, á pesar suyo, la conversacion del gladiador y de la esclava.

— Y por qué has de preferir tú los favores de Silia á los de otra cualquiera dama?— preguntóle Psichea.

— Porque dicen que el Duunviro está perdidamente enamorado de esa mujer, y yo consideraria halagada mi vanidad siendo el rival de un personaje tan poderoso. Psichea dejó escapar una ligera sonrisa y contestó maliciosamente:

— Pues ¿quién sabe si lograrás esa dicha antes de lo que tú esperes?

Aselytio no pudo comprender el verdadero sentido de la respuesta de Psichea, y replicó vivamente:

— ¿Será posible? ¿Estamos en la casa de Silia?

Psichea consideró conveniente dejarle en aquella incertidumbre, y replicó:

— No puedo decirte otra cosa más, sino que los dioses te protegen para el cumplimiento de tus deseos.

En aquel momento llegaron á la puerta secreta de la cámara de Fortunata, y Aselytio y la esclava penetraron por ella.

La sencillez é inocencia del jóven Cneyo se habian sublevado contra la depravacion de costumbres que acusaban en la dueña de aquel palacio las palabras de su esclava; pero su indignacion cedió á su dolor al escuchar envilecido el nombre de su madre y rebajada ésta al infame nivel

de aquella otra dama. En el concepto de Cneyo su madre estaba ciertamente inocente de la prostitucion que presenciaba; pero no podia dudar, porque lo habia oido, que se la juzgaba capaz de ella; y el hijo consideraba esa opinion de sospecha tan perjudicial á su honra y á la de Silia, como el mismo vicio que la originára. Este sentimiento le hizo permanecer en aquel sitio, aplicando cautelosamente el oido á la puerta por donde habian entrado Aselytio y Psichea, y allí procuraba contener la respiracion para poder escuchar cuanto se hablase en el interior de aquella estancia, hasta que una horrible sospecha vino á herir el corazon del jóven. Cneyo sabía que se encontraba en el palacio de Bibulo; pero sabía tambien que Silia estaba precisamente allí en aquellos momentos, no era tan ignorante de la corrupcion de las costumbres que no conociese las complacencias y complicidades que se dispensaban las damas unas á otras en aquella época, y se estremecia de horror ante la idea de que fuese quizás su misma madre la que iba á presentarse en la alcoba de Fortunata. Además, Cneyo experimentaba los tormentos de una ansiedad y de una incertidumbre aún más cruel; porque no pudiendo penetrar su vista el interior de aquel departame

conociendo ni la voz de Fortunata ni la de Silia, ninguna seguridad podía tener, en efecto, de que no fuese su madre la que hubiera de acudir á la tal cita.

La pesadumbre de aquellos horribles pensamientos oprimió de tal manera el corazon del pobre jóven, que casi estaba á punto de sucumbir á su dolor, cuando llegó á sus oídos distintamente el ruido de los preparativos de una merienda, y escuchó perfectamente á Psichea recomendar á Asclytio que hiciése los honores á aquellas viandas y manjares, en tanto que su dueña tenía ocasion oportuna y justificada de abandonar la sala de un festin, donde la obligaba á detenerse la presencia de muchos convidados.

A veces las palabras de Psichea tenían para Cneyo una explicacion y á veces otro sentido, hasta que por último la llegada de Fortunata puso término terrible á su ansiedad y á sus incertidumbres. Aquella mujer, sabedora por Psichea del engaño ó falsa creencia de Asclytio, habia calculado que esta circunstancia podria aprovecharla, no sólo para comprometer á una rival odiosa, sino para garantir su propia seguridad. Así, pues, desde las primeras palabras que pronunció Fortunata, para contestar á los exagerados cumplimientos y obligados requiebros del gladiador, pro-

curó dar á entender que se encontraba en una casa extraña y que tenía que estar agradecida á los favores y á la amistad de la dueña de aquel palacio, por el placer que le proporcionaba protegiendo su entrevista con el hermoso Asclytio.

—¿Por qué secreta entrada te han conducido hasta aquí, sin ser visto de nadie? ¡Oh! quién tuviera una morada como esta para poder gozar con más facilidad los inefables placeres del amor!

Cneyo quedó petrificado al escuchar aquellas palabras, con la amorosa respuesta que recibieron y con el significativo silencio que reinó despues. En el primer momento, dominado por la cólera, quiso hacer pedazos aquella puerta para castigar tan abominable corrupcion; pero se contuvo ante la horrible idea de sorprender á su propia madre en los brazos de un gladiador. Sofocado por la vergüenza, oprimido el corazon por el dolor, ahogado por amargas lágrimas y herido en los más delicados sentimientos del honor y del cariño filial, cayó al fin desvanecido y casi sin conocimiento sobre el dintel de aquella puerta, olvidando su propia afrenta para pensar en su deshonra, y permaneciendo allí anonadado y abatido sin el deseo de escuchar nada más y sin el valor necesario para huir.

Cneyo no pudo darse cuenta del tiempo que había permanecido en aquel estado, y cuando recobró sus sentidos pudo escuchar las mismas voces que habían hablado ántes, aunque ya entonces la conversacion tenia otro carácter y expresion. Asclytio hablaba en voz alta, no obstante las advertencias y recomendaciones de la mujer que estaba en su compañía; y sus palabras entrecortadas y apenas inteligibles demostraban muy claramente que aquel hombre se hallaba en un estado de completa embriaguez.

— Sí, hermosa Silia — gritaba — yo te libertaré esta misma noche de ese insopor- table Duunviro; y puesto que tú le odias, según dices, ésta será una doble razon para que yo le mate.

El temblor de la voz que contestaba á esas frases manifestaba una emocion bien distinta de la que ántes agitaba á aquella misma mujer, y se comprendia que la que interrogaba tenia un grandísimo interes en las revelaciones del gladiador. Aun el mismo Cneyo, al oír hablar de la muerte del Duunviro, prestó una gran atencion; y así descubrió y llegó á saber, al mismo tiempo que Fortunata, la conspiracion que se fraguaba y cómo los gladiadores debian asaltar aquella noche el palacio de Bibulo, y asesinar á éste y á todos los magistrados

y magnates que encontrasen en él. Cneyo quedó admirado al sorprender aquella confidencia que se escapaba de la borrachera de Asclytio, á quien las caricias de Fortunata procuraban seducir para obtener todos los pormenores del complot, como lo hubiera conseguido, si en aquel momento no se hubiera presentado el esclavo que, según pudo escuchar Cneyo, venia á prevenir á Fortunata de la llegada de su esposo.

Aunque todavía Cneyo no oyó pronunciar ningún nombre, este aviso, sin embargo, fué muy suficiente para hacerla comprender que no era su madre la envilecida mujer que se había dado á un miserable gladiador, porque Silia no tenía allí esposo que la persiguiera ni á quien temer. Así, pues, queriendo el jóven empezar á vengarse de aquella mujer infame que había tenido la osadía de usurpar el nombre de su madre para deshonrarlo, sujetó el pestillo de la puerta y opuso todas sus fuerzas para impedir que Asclytio pudiera abrirla, cuando éste se afanaba en vano para escapar por ella.

Persuadido Cneyo de que mientras durase el desórden que iba á producirse en el palacio, no había un sitio más seguro que el que él ocupaba, resolvió permanecer allí para conocer el resultado de aque-

lla extraordinaria aventura, y así fué como pudo escuchar con asombro el sesgo que la audacia de Fortunata supo dar á su entrevista con Asclytio; se enteró de la llegada de Vindex y de las órdenes de que era portador, y oyó la del arresto de Sílvia y luego la del de Fausto, Asclytio y Vindex. El jóven permaneció al lado de la puerta hasta el momento en que éstos quedaron solos, esperando poderles proporcionar la evasión por aquella salida; pero en el instante de ir á abrir la puerta oyó el ruido de unos pasos por el corredor secreto que á ella conducia, y supuso que la misma Fortunata, ó su esposo Bibulo, era quien se acercaba para guardarla como todas las demas. Ya era imposible que escapasen por allí, y no queriendo dejarse sorprender en el sitio que ocupaba, marchó resueltamente en la misma direccion que traian los que se le aproximaban, y merced á la profunda oscuridad, se tendió á lo largo del muro y dejó pasar á Fortunata (porque era ella misma) y á los esclavos que la acompañaban. Cneyo no quiso esperar el regreso de la mujer de Bibulo, y cuando ésta se hubo alejado, incorporóse, siguió el camino por donde habia sido introducido Asclytio, y abandonó el palacio del Duunviro.

Desde el momento que se vió al aire li-

bre empezó á calcular de qué medios podría valerse para salvar los peligros que amenazaban á él, á su familia y á aquellos á quienes debía considerar como sus amigos. Al pronto pensó dirigirse á los gladiadores; pero reflexionó que aquellos hombres, que no le conocian, se negarian probablemente á seguirle, y que aunque en ello consintieran, el auxilio de esta gente, por más que fuera suficiente para lograrlo todo por medio de una sorpresa, seria inútil é ineficaz en aquellas circunstancias; porque avisado y prevenido el Duunviro, estaria seguramente preparado para defender y rechazar todo ataque que se intentase contra su palacio.

En aquel caso no quedaba á Cneyo otro recurso que dirigirse á los soldados de Fausto y hacerles un llamamiento, excítándoles para que acudiesen á libertar al tribuno; pero á qué influencia podria tener él, jóven desconocido, sobre una legion acostumbrada ya á la obediencia de un jefe, ya á la de otro, sin demostrar el menor sentimiento por el frecuente cambio de sus superiores?

Por otra parte, pensaba Cneyo que Fausto tendria en la ciudad verdaderos y leales amigos, que sin duda hubieran intentado cualquiera empresa para salvarle;

pero ¿quiénes eran esos amigos y dónde encontrarles?

Con todo su pensamiento puesto en estas ideas se dirigió velozmente Cneyo á la morada de Fausto para reunirse con su hermana Chrysis, y para consultar con el jefe de los esclavos del tribuno, ó con cualquiera otra persona que le ayudase en la salvación de los prisioneros.

Una desgracia más terrible aún que las que pesaban sobre el jóven le aguardaba en casa de Fausto, al saber que no se encontraba en ella su querida hermana. El conserje ó mayordomo le refirió que próximamente una hora despues de su salida con Eumolpe habia éste vuelto y se habia llevado á la jóven. Cneyo preguntó entonces si sabian á donde podria haberla conducido el poeta, y el esclavo no supo decirle otra cosa más, sino que habia oido á Eumolpe decir á Chrysis:

— Daos prisa y venid conmigo, que vuestra madre os espera.

Que Eumolpe hubiera podido avistarse con Silia, y que ésta, sabiendo que sus hijos se encontraban en Nemausus, manifestase deseos de que inmediatamente se los condujesen á su presencia, no era una cosa extraña ni imposible; pero Cneyo acababa de salir del palacio de Bibulo, donde

quedaba Silia, y donde ésta, al parecer, habia tenido la primera noticia de la muerte de su esposo y de la huida de sus hijos. Un amargo presentimiento oprimió el corazon del jóven, que no podia explicarse aquel raro incidente sino como una nueva y horrible desgracia.

Dominado por el terror, ante la idea de los peligros que cercaban á su hermana, puesta en las manos de un hombre como Eumolpe, no quiso detenerse un momento, y sólo tuvo tiempo de decir al esclavo que su señor habia sido arrestado por mandato del Duunviro, que se encontraba aprisionado en el palacio de Bibulo, y que consideraba seriamente amenazada la vida de Fausto. En vano intentó el esclavo obtener de Cneyo más detalles ni explicaciones: el jóven no hizo caso de sus gritos, y voló en busca de la casa de su madre, para ver si en efecto se encontraba en ella su hermana.

La noche era oscura por todo extremo, y si Cneyo pudo fácilmente reconocer el camino desde el palacio del Duunviro á la casa de Fausto, porque ántes habia ido desde ésta á aquél, no le sucedió de igual suerte cuando quiso recordar el de la morada de Silia. Corria desesperado como un insensato por las tenebrosas y desiertas calles de la ciudad, buscando en vano por todas partes aquella puerta maternal de

donde habia sido rechazado, y que no podia encontrar. Por último, rendido de cansancio y de fatiga, se dejó caer sobre un banco de piedra que habia próximo á un portal, y procuró reponerse y recobrar fuerzas, para coordinar sus ideas y tomar una determinacion.

En aquel momento de descanso pudo reflexionar con cuánta imprevision y ligereza se habia conducido. Era indudable que si hubiera pedido un guía al esclavo de Fausto, aquel mismo le hubiera servido ó le hubiera proporcionado otro que le acompañase. Parecia, pues, lo más prudente volver á la casa de Fausto; pero despues de haberse alejado de ella le era tan difícil volver como dar con la casa de Silia. El desaliento parecia que iba á apoderarse de Cneyo; pero el jóven tuvo la suficiente fuerza de voluntad para no abandonarse á su desesperacion y para pensar lo que debia hacer en aquellas circunstancias. Si hubiera encontrado alguna persona le hubiera preguntado por dónde podia ir á la casa de Silia; pero ya era una hora en que no transitaba nadie por las calles. Tambien, si tan siquiera hubiese visto abierta una sola puerta de una casa cualquiera, es seguro que hubiera podido impetrar el auxilio de algun ciudadano; pero todas las puertas estaban cerradas, y por

todas partes reinaba el más profundo silencio. Sin embargo, sin desechar este último pensamiento, como el único recurso que le quedaba, se puso á caminar con paso lento y silencioso, aplicando el oido en todas las puertas, por si escuchaba en alguna el menor rumor ó ruido interior que le permitiese llamar en ella y solicitar los informes que necesitaba. Ya habia recorrido una gran parte de la calle donde se encontraba, cuando llegaron á sus oidos las voces y la algazara de una lejana y alegre reunion. Cneyo corrió en direccion de aquel estrépito, que tan pronto aumentaba y crecia con violencia, como se perdía en el espacio, cual eco de un sordo y confuso rumor. Por último, despues de mil detenciones indagadoras, llegó ante la puerta de la casa en que se le habia figurado oir varios gritos mezclados con risas desordenadas y escandalosas; pero á su llegada todo habia quedado en el más profundo silencio, y no pudo percibir más que los misteriosos pasos de algunas personas, que parecian ir y venir con sigilo y extrañas precauciones. Esto era ya lo bastante para que Cneyo se decidiese á llamar en aquella puerta.

Al ruido de los golpes que dió en ella cesó como por encanto el que ántes se ha

bia percibido desde fuera; pero Cneyo volvió á golpear con más insistencia, y creyó escuchar el sordo rumor de algunas voces que se concertaban por lo bajo. Por último, uno de los que estaban dentro se aproximó á la puerta, y preguntó que quién era el que así llamaba. La voz que hacía aquella pregunta no fué desconocida para Cneyo, y ántes que éste reconcentrase su memoria para reconocer al que había pronunciado aquellas palabras, oyóse otra voz que partía como del atrio gritando:

—Sea quien fuere, no abras la puerta, Eumolpe.

—¡Eumolpe!—gritó á su vez Cneyo al escuchar este nombre.—¡Eumolpe, infame raptor, abre, abre sin demora! ¿Qué has hecho de mi hermana, miserable?

Y Cneyo, sin esperar la respuesta, se puso á dar golpes en la puerta con rabioso é inútil furor, puesto que nadie contestaba á sus gritos é imprecaciones. Cansado de golpear con las manos, había cogido una piedra, y daba tremendos porrazos en la puerta, á cuyo escándalo despertaron todos los vecinos de la calle, que sucesivamente fueron asomando por las ventanas, con lámparas en las manos, para ver lo que ocurría. Cneyo iba ya á impetrar el socorro y la cooperacion de aquellas

buenas gentes, cuando un ciudadano que había salido fuera de su casa, enarbolando un grueso palo, exclamó:

—¿Aun no es bastante que esta Pannychis, esta infame cortesana, nos impida el sueño con el escándalo de sus orgías, sino que todavía algun amante rechazado ó burlado ha de venir á turbar nuestro sosiego poniéndose á golpear en su puerta como un desenfrenado? Ayudadme, ciudadanos, y procuremos reprimir y aleccionar á otros con el ejemplar castigo que impongamos á éste.

El que así había hablado se disponía á ejecutar sus amenazas; pero se sobrecogió de espanto al ver que Cneyo se precipitó sobre él con toda la violencia de su furor, exclamando:

—¿Qué has dicho? ¿Quien vive en esta casa es una cortesana?

Y sin querer oír respuesta alguna, arrancó el palo de las manos de aquel hombre, y se puso á golpear de nuevo en la puerta con frenética rabia.

—¡Chrysis!—exclamaba.—¡Chrysis, hermana mía, mi querida hermana! ¡Chrysis! ¡Chrysis!

La repetición de aquellas sentidas exclamaciones dieron pronto á conocer al vecindario la causa de la desesperacion del jóven.

—Es que viene buscando á una hermana suya—decía uno.

—¡Bah! será sin duda una jóven extrañada que se ha fugado de la casa paterna—añadía una vendedora de telas, bastante fea, de quien nadie había solicitado que dejára de ser virtuosa.

—Tambien puede ser que sea una doncella inocente y pura, seducida y arrastrada á ese lugar por los infames libertinos que frecuentan la casa de Pannychis—decía algun otro.

Cneyo no prestaba atencion á ninguno de aquellos pareceres, ni veía, ni oía, ni entendía. Continuaba sin cesar dando golpes en la puerta con creciente furor, y cuando hubo roto en mil pedazos el baston ó palo que tenía en las manos, se destruía éstas contra aquellas impenetrables maderas, que le cerraban el paso. Poco á poco se vió rodeado de un número considerable de personas, que, interesándose por los lamentos del jóven, se preparaban á prestarle sus auxilios para proteger su entrada en la casa. Algunos fueron á buscar un pesado madero, y ya habian empezado á servirse de él como ariete, profiriendo las más terribles amenazas contra Pannychis y contra todos los que se encontraban dentro de la casa, cuando se detuvieron al oír la voz imperiosa de un

recien venido, que con tono de autoridad se informó de lo que allí ocurría. Aquel nuevo personaje era un decurion de la guardia del Dunnviro, que llegaba seguido de varios soldados. Uno de los ciudadanos allí presentes le explicó que se trataba de un jóven que reclamaba á su hermana, la cual se encontraba dentro de la casa de Pannychis, y reclamó de aquel funcionario que interpusiese su autoridad para hacer abrir la puerta de dicha casa.

—Yo no tengo ese derecho—respondió el decurion;—pero aquí teneis un lictor, en quien el Dunnviro ha delegado el poder y la facultad de hacer abrir y registrar varias casas de la ciudad, para practicar ciertas diligencias: podeis pedirle proteccion.

—Quien quiera que seas—gritó Cneyo—en nombre de la justicia y de la humanidad, yo te imploro que hagas abrir esta puerta, y que se me devuelva la hermana querida que un infame ha secuestrado.

—No puedo detenerme ni perder el tiempo—respondió el lictor—para ocuparme de una jóven prostituida, que sin duda habrá venido aquí por su voluntad.

—¡Lictor!—gritó Cneyo en el colmo de la desesperacion—la jóven que se encuentra dentro de esa casa, no ha venido á ella por su voluntad, ni es una jóven prostitu-

da: es una noble patricia, es la hija de Silano de Roma, la hija de Silia.

— ¡La hija de Silia! — exclamó el lictor deteniendo á los soldados, que ya se alejaban. — ¡La hija de Silia! Si dices la verdad me habrás ahorrado la mitad del camino, porque precisamente tengo la orden de prenderla en casa de su madre, así como á su hermano Cneyo; y si yo no te he entendido mal, tú eres ese Cneyo á quien busco. Soldados, prended á este jóven, y derribad esa puerta si no se abre inmediatamente.

Cneyo fué detenido en el acto, y habiendo reclamado el lictor, en nombre del César, la entrada en la casa, franqueóse al punto la puerta de ella. Cneyo quiso penetrar con el lictor; pero éste ordenó á los soldados que le sujetasen, y entró solo en la morada de Pannychis. El tiempo que aquel delegado de la autoridad permaneció dentro pareció un siglo al desventurado Cneyo, que á cada momento se le figuraba ver salir á su amada hermana, y esta esperanza le hacía tener resignación en medio de todas las angustias y amarguras que experimentaba. Por último, la vió salir de aquella odiosa morada, pero no como él lo esperaba, ó más bien como él lo sospechaba y se lo temia; porque Chrysis no salia, ni con el noble pudor de la iu-

encia en la frente, ni con el rubor de la infamia en el rostro, sino tendida sobre una camilla, que conducian dos soldados, inmóvil, con los ojos cerrados y cubriendo su fisonomía la palidez de la muerte.

— ¡Muerta! — gritó Cneyo arrojándose sobre la camilla. — ¡Muerta!

— Está solamente desmayada; — dijo el lictor.

— ¿Y á dónde vais á conducirla así?

— Al palacio del Dunnviro, á donde tú tambien vas á seguirnos.

— Ciudadanos — exclamó Cneyo — esta virgen va á ser destinada á las execrables orgias del infame Neron: ¿será posible que la abandonéis sin librarla de semejante libertinaje? ¡En nombre del santo pudor, en nombre de vuestras hijas y de vuestras hermanas, prestadme vuestros socorros para defenderla!

Todavía no habia concluido de pronunciar aquellas frases, y ya la muchedumbre allí reunida se alejaba por diferentes caminos. El nombre de Neron habia sembrado el terror entre aquellas gentes, y Cneyo los vió á todos huir, evitando cada cual el ser reconocido. El noble jóven se llenó de indignación ante tal cobardía, y todavía experimentó el amargo dolor de oír una voz que irónicamente decia cerca de él:

— Pues si vienen á buscar vírgenes para

Neron en la casa de Pannychis la cortesana, nosotros tambien tendríamos que ir á escoger nuestras vestales al templo de la afortunada diosa.

La comitiva se puso en marcha con direccion al palacio de Bibulo, y á medida que se iban aproximando reflexionaba más y más Cneyo en la necesidad de su salvacion y de su venganza. A pesar de su in-experiencia y de su juventud, Cneyo, en-vejecido por el infortunio, ó inspirado por la gravedad misma de las circunstancias, concibió un proyecto atrevidísimo, que tuvo la osadía de ponerlo en ejecucion, porque lo crítico de su situacion no le dió tiempo á considerarlo de imposible éxito.

Pero ántes de ir más adelante en el relato de los sucesos, es necesario referir de la manera que Chrysis fué conducida á casa de la prostituta Pannychis.

VI.

Ya queda dicho que al salir del circo habian sido seguidos los pasos de Eumolpe, de Cneyo y de Chrysis por Gnaton; pero éste, que no habia tenido bastante osadía para abordar al poeta en la calle, no pudo llevar otra noticia á Pannychis sino la de que aquella jóven cuya virginal belleza

habia encendido sus celos, se hallaba en la casa de Fausto. Esta nueva la hizo montar en cólera, y Pannychis ordenó á Gnaton que volviese inmediatamente á casa de Fausto, que procurase ver á Eumolpe y que obtuviese de éste por medio de amenazas, y si preciso fuese por la fuerza, los detalles que deseaba conocer. Gnaton no tuvo más remedio que obedecer, y al dirigirse nuevamente hácia la casa de Fausto, encontró á Eumolpe cuando éste se alejaba del palacio del Duunviro.

Inútil será hacer el relato de las amenazas y de las artes que empleó Gnaton para arrancar del poeta la revelacion del secreto de Cneyo y Chrysis. Hay ciertos hombres que están siempre á merced de los antecedentes de su vida, y Gnaton conocia más que de sobra los de Eumolpe para poderle obligar á todo.

En el momento de regresar Gnaton al lado de Pannychis con los nombres y demas noticias referentes á los hijos de Silano tenia lugar en casa de la cortesana una de esas escenas comunes á todas las épocas de corrupcion que registra la historia de los pueblos, y que bien pudiera adaptarse á una escena de actualidad, disfrazando los personajes con nombres de romanos, si no estuviese ya más que averiguado que los vicios no son otra cosa si-

Neron en la casa de Pannychis la cortesana, nosotros tambien tendríamos que ir á escoger nuestras vestales al templo de la afortunada diosa.

La comitiva se puso en marcha con direccion al palacio de Bibulo, y á medida que se iban aproximando reflexionaba más y más Cneyo en la necesidad de su salvacion y de su venganza. A pesar de su in-experiencia y de su juventud, Cneyo, en-vejecido por el infortunio, ó inspirado por la gravedad misma de las circunstancias, concibió un proyecto atrevidísimo, que tuvo la osadía de ponerlo en ejecucion, porque lo crítico de su situacion no le dió tiempo á considerarlo de imposible éxito.

Pero ántes de ir más adelante en el relato de los sucesos, es necesario referir de la manera que Chrysis fué conducida á casa de la prostituta Pannychis.

VI.

Ya queda dicho que al salir del circo habian sido seguidos los pasos de Eumolpe, de Cneyo y de Chrysis por Gnaton; pero éste, que no habia tenido bastante osadía para abordar al poeta en la calle, no pudo llevar otra noticia á Pannychis sino la de que aquella jóven cuya virginal belleza

habia encendido sus celos, se hallaba en la casa de Fausto. Esta nueva la hizo montar en cólera, y Pannychis ordenó á Gnaton que volviese inmediatamente á casa de Fausto, que procurase ver á Eumolpe y que obtuviese de éste por medio de amenazas, y si preciso fuese por la fuerza, los detalles que deseaba conocer. Gnaton no tuvo más remedio que obedecer, y al dirigirse nuevamente hácia la casa de Fausto, encontró á Eumolpe cuando éste se alejaba del palacio del Duunviro.

Inútil será hacer el relato de las amenazas y de las artes que empleó Gnaton para arrancar del poeta la revelacion del secreto de Cneyo y Chrysis. Hay ciertos hombres que están siempre á merced de los antecedentes de su vida, y Gnaton conocia más que de sobra los de Eumolpe para poderle obligar á todo.

En el momento de regresar Gnaton al lado de Pannychis con los nombres y demas noticias referentes á los hijos de Silano tenia lugar en casa de la cortesana una de esas escenas comunes á todas las épocas de corrupcion que registra la historia de los pueblos, y que bien pudiera adaptarse á una escena de actualidad, disfrazando los personajes con nombres de romanos, si no estuviese ya más que averiguado que los vicios no son otra cosa si-

no una herencia que los siglos reciben de los otros siglos precedentes y cuya herencia explotan siempre todas las edades de la misma manera.

— Te repito, Pannychis, que esta noche has de darnos de cenar á mí y á cuatro amigos míos.

El que así hablaba era un jóven que aún no hacía dos años que vestía la toga pretexta.

— No puede ser—le respondía la cortesana;—estoy fatigada, y además enferma.

— ¡Por los dioses, que mientes! Ninguna dolencia revela tu aspecto, y yo no te permitiré que me hables de cansancio hasta mañana por la mañana. A no ser que eso sea una excusa para ocultarme que algún otro me haya precedido: en este caso, yo te prometo darte más dinero del que se te haya ofrecido.

— Ya sé que eres por todo extremo generoso y espléndido en promesas, Metelo; pero tengo mi bolsa tan repleta de las que siempre me haces, que ya no tengo donde guardar tantas riquezas.

— ¿Quieres decir con eso que no concedes crédito á mis palabras, hermosa hija de Vénus? Pues bien, tú serás pagada por ti y por tu festin hoy mismo, y, si lo exiges, anticipadamente.

— Eso sería en tí una rareza tan des-

usada y extraordinaria, que yo no me permitiría creerlo sino cuando lo viera.

— Pues bien, mira.

Metelo sacó una bolsa de su seno, y la arrojó sobre la mesa. Pannychis, de una sola mirada, contó las monedas de oro que contenía, y la concupiscencia y la sed de poseer aquella suma dominaron por un momento la tristeza que revelaban sus ojos; pero sin duda se hallaba demasiado poseída por este último sentimiento, porque en el acto apartó la vista, y respondió:

— Ya te he dicho que es imposible: no puedo recibírte esta noche.

— Entónces no me queda duda de que algún otro se me ha anticipado, y yo necesito conocer quién es ese otro—exclamó Metelo recogiendo su bolsa. — Yo quiero saber ante quien debo retirarme, y te juro por mi nombre que, si no me lo dices, volveré esta noche con mis amigos, y echaremos de aquí á palos á los insolentes que tengan la osadía de querer disfrutar los goces que yo deseo.

— Poco temor me infunden tus amenazas, Metelo; aunque sé muy bien que eres bastante capaz de ponerlas por obra. Pero si te crees al abrigo de la persecucion de la justicia de los magistrados, fiando en la proteccion que te ha de dispensar la

esposa del Duunviro por las complacencias que tu madre tiene con ella, favoreciendo en su casa las citas amorosas de aquella dama, no debes ignorar que yo me basto sola para defenderme, y no habrás olvidado que en otra ocasión te costó bien caro, por haber querido turbar el honesto sosiego de esta casa.

— ¡Oh! sí; bien lo sé, y no lo he olvidado. Eso fué cuando eras la amada de Fausto. Él era quien estaba aquí contigo, no lo he olvidado, y él fué quien llevó su atrevimiento y su imprudencia hasta el extremo de hacerme apalear, diciendo que así era como debía corregirse á los escolares que alborotaban. ¡Oh! no; no he olvidado aquella injuria, y de ella he de vengarme.

— ¡Tú! — replicó Pannychis con el mayor desprecio.

— Sí, yo, y el ultraje que he de inferirle será mucho más cruel que el que yo recibí. ¡Por Júpiter, que desearía que esta noche fuese él quien se encontrase aquí! Entonces veríamos quién cedía esta vez el puesto, si él ó yo.

— Bien se conoce que te pones tan fiero porque tienes la seguridad de que él no ha de venir. Si á tanto te lleva tu valor, ¿por qué no le arrojas fuera de la casa de Silia?

— ¡Vamos, vamos! — exclamó súbitamente Metelo, encogiéndose de hombros. — Ya veo cuál es la causa que me priva de mis proyectos: estás enamorada, estás triste y te niegas á otros amantes. ¿Cómo no te avergüenzas de ello, hija de la voluptuosidad? Casi puede uno estar seguro, cuando viene á tu casa, que á las dos palabras hablarás de Fausto, y á las tres de Silia. Esta mujer es indudablemente tu más cruel y encarnizada enemiga, porque te hace enflaquecer y desmejorarte á fuerza de lo que te hace llorar.

— A mi vez, yo espero verla también llorar muy pronto, y no poco. ¿No has reparado en una hermosa jóven, con la cual se presentó Fausto en el circo?

— Sí, ciertamente.

— Pues bien, esa jóven es sin duda una nueva conquista, que le hará abandonar á Silia, como á mí me abandonó por ella.

— ¡Por los dioses! ya encontré mi venganza: es necesario que yo le arrebate esa jóven.

— ¿Y cómo podrás conseguirlo, niño? Tú no la conoces, y si hemos de descubrir por las cándidas miradas de una jóven cuáles puedan ser sus sentimientos, yo te aseguro que esa niña ama á Fausto, porque no ha quitado la vista del sitio donde el infiel estaba sentado.

—Quizás sea tambien una pasion de cuerpo presente, y quién sabe si dejando de verle, deje de amarle.

—¿Que quieres decir? ¿Te atreverias á intentar un rapto por la violencia?

—Por la violencia ó por el engaño, segun lo aconsejasen la ocasion ó la necesidad.

A este punto habia llegado la conversacion, cuando Gnaton regresaba para transmitir á Pannychis los antecedentes que le habia comunicado Eumolpe. En el momento que la cortesana supo la vuelta de Gnaton, salió de la habitacion donde estaba Metelo, y se reunió con el cómplice de sus seducciones en un departamento retirado. Allí supo entónces que Chrysis era hija de Silia, que su madre habia querido fingir que ignoraba la presencia de su hija en Nemausus, y que Fausto ignoraba tambien completamente quiénes eran sus huéspedes.

La conversacion que Pannychis acababa de tener con Metelo y la revelacion que se le hacia le inspiraron en el acto un proyecto, sin dar lugar á la reflexion, para pensar sólo en sus consecuencias; consecuencias ante las cuales quizás hubiera retrocedido llena de espanto si hubiera podido preverlas.

—Gnaton; — dijo Pannychis sin dete-

nerse—es preciso que Eumolpe conduzca aquí á la hija de Silia: yo quiero tenerla.

—¿Estás loca, Pannychis?

—No estoy loca y quiero que Chrysis sea conducida aquí.

—¡Eso es imposible! ¿Qué pretexto puedo yo dar á Eumolpe y con qué interes se decidirá él á arrostrar la cólera de Silia, por ser el causante de la deshonra de su hija?

—¡La deshonra de su hija! ¿Y qué podrá ella ver aquí que no vea en la casa de su madre? Aquí no encontrará á Fausto ciertamente, puesto que Silia me lo ha tomado; pero en cambio encontrará otros jóvenes patricios que valen tanto como aquél.

—Te repito que Eumolpe no accederá á nada de eso; porque, ademas de lo que te he dicho, me ha confiado que tenia resuelto huir esta misma noche de Nemausus á causa de una mala pasada que ha jugado á Cneyo, y teme una feroz venganza que la cólera de éste no le perdonará jamas.

—Y entónces, ¿qué le importa? Lo mismo dan ocho que ochenta.

—Creo que, en efecto, le importa esto muy poco, y precisamente por eso es por lo que no hará nada contra la hermana, puesto que no tiene que librarse aquí de veinticinco palos, como tuvo que librarse en casa de Bibulo.

—¿Y si este negocio le proporcionase una ganancia de quinientos séxtercios?

—Ya eso sería otra cosa; pero como gracias á tu loca pasión nos vemos en la miseria más espantosa; como todo el dinero que recibiste ayer ha sido entregado á nuestros acreedores, para evitar que fuésemos echados de esta casa, no sé cómo ni con qué quieres interesar á Eumolpe en la realización de tus proyectos.

—¿No es más que eso?—exclamó Pannychis con una sonrisa de vanidad.—Ahora mismo vas á tener el dinero necesario.

Pannychis se dirigió á la habitación donde se encontraba Metelo y penetró en ella diciendo:

—Cuenta por seguro que te daré de cenar esta noche, así como á tus amigos.

—Así me gusta, y en fe de lo prometido, allá va mi bolsa; pero sé amable y condescendiente, invitando alguna otra jóven que venga á participar de nuestra borrachera.

—Por Vénus—contestó Pannychis—que procuraré presentarte una que sería digna de los homenajes del mismo París.

—¿Será acaso alguna Elena cuyo Menelao me sea conocido?

—No: con diferencia de una sola letra es una Chrysea que podrás arrebatár á su

Aquiles, si te atreves á representar el papel de Agamenon.

—Yo no puedo rehusar el papel del rey de los reyes: esta tarde, por consiguiente, representaremos la *Iliada*. Hasta dentro de dos horas.

*

**

Como anteriormente se ha explicado lo que era en aquella época la raza abyecta de los griegos, que caminaban como bohemios de ciudad en ciudad explotando el libertinaje, la traición, el espionaje, la delación, el engaño, la superchería y la calumnia, no causará mucha extrañeza el ver con qué facilidad cedió Eumolpe á las pretensiones y al dinero de Pannychis, para venderla la hija de Silia.

Los cálculos del poeta eran bien fáciles de comprender. Como consecuencia de su conducta, sustituyendo su billete de los azotes por el billete de Cneyo, no tenía que esperar otra cosa sino el rencor de Silia y la venganza de Cneyo: era preciso, por tanto, huir. La bolsa que había recibido de Silia le proporcionaba recursos más que suficientes para abandonar á Nemausus y refugiarse en cualquiera otra población; pero aceptando el dinero de Pannychis se encontraba más rico de lo que jamás lo había sido. Eumolpe, pues, no vaciló y se decidió á ganarlo.

Tomando falsamente el nombre de su madre, hizo salir á Chrysis de la casa de Fausto y la condujo al infame lugar donde su presencia fué casualmente descubierta por su hermano Cneyo.

El hijo de Silano ignoraba todo lo que habia sucedido en aquella casa de prostitucion, y no sabia con exactitud hasta qué extremo habian podido llegar los ultrajes y bestiales atropellos que su jóven hermana habia allí sufrido. Tenía la esperanza de que precisamente por haber perdido el conocimiento se hubiera librado de ciertos atentados brutales conservando su virginidad; pero aun así experimentaba una sed ardiente de venganza, y la duda no era un aguijon ménos acerado que la misma evidencia. Así fué que en el momento que llegó al palacio del Duunviro, exigió con altivez que se le condujese á su presencia, porque tenia que formularle una importante reclamacion. El decurion se encogió de hombros con ademán de menosprecio, y le dijo que sería llevado ante el Duunviro porque éste lo tenía ordenado así; pero que tuviera entendido que habian ya pasado los tiempos en que un ciudadano se creia bastante asegurado en la fuerza de su derecho y en la justicia de un magistrado, para apelar al propio juicio convirtiéndose en juez de sus jueces.

Cneyo y Chrysis fueron presentados en la sala donde se habia constituido el tribunal del Duunviro. La jóven continuaba todavía desmayada, siempre inmóvil, pálida como la muerte y fria como el mármol, descansando sobre la camilla en que los soldados la habian colocado. Marcio, el edil, estaba sentado junto á Bibulo y allí estaban tambien el questor y los tribunos del pueblo. A Fortunata se la veia retirada en un rincon, vigilando los actos y las resoluciones de su esposo, del mismo modo que el poeta ó el autor de un drama colocado entre bastidores sigue los movimientos de los actores que representan los papeles de su obra, para advertirles ó excitarles segun ejecutan bien ó mal la interpretacion de los que les han sido encomendados.

—Aquí tienes, Bibulo, á los dos sujetos que me diste encargo de traer presos;— dijo el decurion—Chrysis, á quien hemos encontrado en un lugar poco frecuentado por las vírgenes, y Cneyo, que, segun creo, desea protestar contra la órden de su arresto.

— ¡Mientes!— gritó Cneyo con una indignacion que dejó sorprendidos á los magistrados—yo conozco las órdenes de Neron, y no sólo no protesto en contra, sino que me considero favorecido y honrado

sometiéndome á ellas. Contra lo que protesto es contra la conducta de este decurion, que no ha cumplido con su deber.

—Juro por los dioses...—exclamó el decurion.

—¡Calla, infiel soldado!—interrumpióle Cneyo con altiva osadía.— Calla tu lengua y guarda todas tus palabras, para implorar la clemencia de los magistrados, y la mia, por tu tremenda falta.

Todos se miraron unos á otros con asombro, subyugados por la arrogante actitud de Cneyo, y éste continuó diciendo:

—Este decurion acaba de deciros una cosa, en la cual os ha revelado su culpabilidad: os ha dicho que Chrysis, mi hermana, ha sido arrestada en un lugar de infamia. Pues bien; ella, en efecto, ha sido arrestada en casa de la cortesana Pannychis.

El asombro fué aumentando entre los magistrados, y Cneyo continuó aún:

—Pero lo que no os ha dicho es que mi hermana había sido arrastrada allí por un engaño abominable, para ser reducida á ese estado por los atropellos brutales de unos infames libertinos.

—¿Es que vienes á formular una querrela contra esos seductores? dijo por fin el Duunviro con desden.— Bien; bien; ya nos ocuparemos de eso cuando proceda.

—Ahora formulo mi querrela contra

ellos ante tí, Bíbulo; así como la formularé ante el César, contra tí mismo, si no te muestras justo, desamparando mi derecho. No olvideis ¡oh magistrados! que la virginidad de esta jóven estaba destinada á los placeres del divino Neron, y temblad ante la idea de enviársela sin haber castigado los ultrajes de que ha sido víctima. Esta niña, que debía ser para toda nuestra familia la base de nuestro favor, de nuestro poder y de nuestra fortuna, no será ya sino un motivo más para la cólera y para el desprecio del César; cólera y desprecio que alcanzará á todos vosotros con justos castigos. Aplaquemos, pues, la indignacion de Neron, anticipándonos, en cuanto nos sea posible, á los deseos de nuestro dueño y señor: cúmplase inmediatamente la venganza que él ha de reclamar y decretar contra los malvados que han tenido el atrevimiento de defraudar sus placeres. Ese es el primero de todos vuestros deberes, magistrados; los placeres del César son sagrados, y ¡mal haya el insensato que se oponga á ellos, porque merecerá la muerte!

Los magistrados no habian podido siquiera imaginar que la cuestion tomase un giro semejante, y palidecieron al oír á Cneyo desenvolver su reclamacion.

Será preciso que aquí se explique hasta

que extremo había llegado el servilismo y la bajeza de aquella sociedad, para que no cause asombro ni extrañeza la indignidad de aquellos hombres, que creyeron en la buena fe de las palabras de Cneyo.

Lo que hoy nos parezca el colmo de la vileza y de la deshonra, estaba entonces muy lejos de las infamantes vilezas que eran habituales en los más esclarecidos patricios y nobles ciudadanos, y la historia nos revela los nombres de muchos de éstos que, condenados por Neron á morir desangrados dentro de un baño de agua tibia, dictaban sus testamentos, en la hora suprema en que debían haber comenzado á ejercer más dignamente su independencia, legando todos sus bienes al César, y consignando sentimientos de gratitud á la clemencia de éste.

Así es que el encontrar un jóven que aceptase con júbilo las órdenes de Neron, cuando no decretaban más que la prostitucion de su madre y la de su hermana, era cosa muy comun y frecuente, y podia ser hasta una cosa muy razonable y conveniente, en el juicio del interesado, cuando éste reflexionaba que los caprichos de Neron podían convertir aquella prostitucion en honores y provechos.

Cneyo había dejado adivinar, con magistral astucia, que alimentaba esas inno-

bles esperanzas, y los magistrados, sin dudar de la sinceridad de sus palabras, se llenaron de pánico temor en vista del giro de los sucesos.

—Tiene razon este jóven—dijo Bibulo— es necesario que los culpables sean arrestados en el acto, y que se prodiguen toda clase de atenciones y cuidados á esta jóven. ¿A quién deberémos confiarla para que la reanime y la vuelva á la vida?

—¿A quién mejor que á su propia madre?—exclamó Fortunata que, á pesar del asombro general de aquella escena, no había dejado de pensar en el daño que eso podria causar á Silia, y saboreaba ya el dolor de aquella madre al recibir á su hija en aquel estado.

Desde luégo fué dada la órden de transportar inmediatamente á Chrysis á la prision donde se encontraba Silia, y Fortunata se encargó de su ejecucion.

Mientras llevaban á Chrysis interrogó el Duunviro al decurion para que declarase quiénes eran las personas que había encontrado en casa de la cortesana Pannychis. Metelo y otros dos jóvenes de las más ricas familias de Nemausus habían sido reconocidos, así como un tal Publio Sexto, centurion ó capitán de cien hombres en la legion de Fausto. Cneyo reclamó el inmediato arresto de todos cuatro.

—Yo acompañaré al lictor—dijo—porque quiero saber si las órdenes del César son fielmente ejecutadas, y deseo evitar que las complacencias de los magistrados con sus amigos favorezcan la fuga de los culpables.

La audacia con que Cneyo había pasado el papel de acusado al de acusador, y del estado de la obediencia al del mando, dominaba á todos aquellos hombres, que le apresuraban á prometerle, con su respectiva cooperacion, el perseguimiento y la captura de los delinquentes.

Fortunata se presentó de nuevo en la sala ántes que Cneyo hubiese marchado con el decurion, y pudo oír apuntar el nombre de Metelo entre los de los jóvenes á quienes se debía prender. Metelo vivía en uno de los extremos de la ciudad, bastante léjos, para que pudiese recibir un aviso ántes que Cneyo llegase á su casa, por tener que detenerse ademas en la prision de los otros. Fortunata encargó á un esclavo que trasmitiese con toda urgencia un billete (tableta) á Marcia, la madre de Metelo, para prevenirle que ocultase á su hijo. Esta conducta de Fortunata no era hija de su cariño ni de su amistad hácia Marcia: otro móvil era el que la impulsaba á intentar la salvacion de Metelo; porque Fortunata se garantia á sí propia con

aquel servicio, el silencio de la madre de aquel jóven sobre las intrigas amorosas en que ésta la protegía, y anticipándose á lo que Marcia podía reclamarle, se evitaba exigencias y amenazas.

Cneyo partió en busca de los que habían atropellado á su hermana, casi al mismo tiempo que lo hacía el esclavo que Fortunata enviaba á Marcia, y cuando fueron tomadas todas estas medidas, empezaron á retirarse los magistrados, que, por estar en casa de Bíbulo, ó por haber sido llamados, se encontraban reunidos en ella; quedando solos por vez primera el Duunviro y su esposa.

Las secretas explicaciones que mediaron entre ambos no merecen la pena de figurar en este relato.

VII.

Silia permanecía inmóvil como una estatua desde que fué conducida y aprisionada en una habitacion ó departamento tenebroso, el cual parecia que se había tenido la premeditacion de alumbrarlo con una lámpara, á fin de que ofreciese un aspecto aún más pavoroso y horrible. Sentaba en el borde del miserable lecho que se le había destinado, meditaba aquella dama

—Yo acompañaré al lictor—dijo—porque quiero saber si las órdenes del César son fielmente ejecutadas, y deseo evitar que las complacencias de los magistrados con sus amigos favorezcan la fuga de los culpables.

La audacia con que Cneyo había pasado el papel de acusado al de acusador, y del estado de la obediencia al del mando, dominaba á todos aquellos hombres, que le apresuraban á prometerle, con su respectiva cooperacion, el perseguimiento y la captura de los delincuentes.

Fortunata se presentó de nuevo en la sala ántes que Cneyo hubiese marchado con el decurion, y pudo oír apuntar el nombre de Metelo entre los de los jóvenes á quienes se debía prender. Metelo vivía en uno de los extremos de la ciudad, bastante léjos, para que pudiese recibir un aviso ántes que Cneyo llegase á su casa, por tener que detenerse ademas en la prision de los otros. Fortunata encargó á un esclavo que trasmitiese con toda urgencia un billete (tableta) á Marcia, la madre de Metelo, para prevenirle que ocultase á su hijo. Esta conducta de Fortunata no era hija de su cariño ni de su amistad hácia Marcia: otro móvil era el que la impulsaba á intentar la salvacion de Metelo; porque Fortunata se garantia á sí propia con

aquel servicio, el silencio de la madre de aquel jóven sobre las intrigas amorosas en que ésta la protegía, y anticipándose á lo que Marcia podía reclamarle, se evitaba exigencias y amenazas.

Cneyo partió en busca de los que habían atropellado á su hermana, casi al mismo tiempo que lo hacía el esclavo que Fortunata enviaba á Marcia, y cuando fueron tomadas todas estas medidas, empezaron á retirarse los magistrados, que, por estar en casa de Bíbulo, ó por haber sido llamados, se encontraban reunidos en ella; quedando solos por vez primera el Duunviro y su esposa.

Las secretas explicaciones que mediaron entre ambos no merecen la pena de figurar en este relato.

VII.

Silia permanecía inmóvil como una estatua desde que fué conducida y aprisionada en una habitacion ó departamento tenebroso, el cual parecia que se había tenido la premeditacion de alumbrarlo con una lámpara, á fin de que ofreciese un aspecto aún más pavoroso y horrible. Sentaba en el borde del miserable lecho que se le había destinado, meditaba aquella dama

infeliz sobre todos los incidentes de aquel día memorable, midiendo la grandeza de las esperanzas, desde cuya altura se había desplomado su porvenir, para considerarse más desgraciada aún por las desdichas que le amenazaban que por las que sufría en aquellos momentos.

La viuda de Silano estaba aterrada ante la suerte que la esperaba.

Su pensamiento no se ocupaba de las riquezas materiales que iba á perder; pero sí de las inefables dichas que para siempre se alejaban de su existencia. No tenía para nada en cuenta cuál había sido su elevada posición; pero consideraba cuán grande era su desventura, por más que la profundidad de su caída tremenda fuese tan patente á la vista como podía serlo á la reflexión.

El miserable á quien se le encuentra en una prisión lleno de andrajos, extenuado por el hambre y desfigurado por los sufrimientos, tiene necesidad, cuando no posee un nombre notoriamente conocido, de hacer un extenso relato para que pueda comprenderse la diferencia de lo que fué y de lo que ha llegado á ser; pero el que hubiera entrado en la prisión de Silia, hubiera juzgado desde luégo, sin necesidad de explicación ninguna, cuán grande era el infortunio de aquella mujer. Silia se conser-

vaba vestida con un traje suntuoso, con la cabeza coronada de flores, los brazos cubiertos de ricos brazaletes y las manos de sortijas preciosas; los elegantes pliegues de su túnica permitían admirar toda la belleza y esbeltez de sus delicadas formas, brillando éstas aún más y más por el refinamiento y exquisita coquetería de su tocado. Y aquella mujer, tan hermosa y tan encantadora, súbitamente separada de los goces de un festín, de los triunfos de su belleza y de una vida elegante llena de deleites, de molicie y de placeres, se encontraba trasportada y hundida en una prisión húmeda y oscura, sentada sobre un miserable camastro, apoyando sus delicados piés en una piedra sucia y fría, con la vista del pensamiento fija, ó mejor dicho, sumergida en el pasado de su existencia, que su memoria recorría hora por hora. Tal era el estado y la situación de Silia cuando se presentó Fortunata en su calabozo.

Todo lo que aquella desventurada mujer hubiera podido inspirar en sentimientos de lástima y piedad á la persona más indiferente ó insensible, fué motivo de satisfacción y gozo en el corazón de su implacable enemiga, quien quizás no hubiera comprendido tampoco todo el alcance de la tremenda desgracia de Silia si hubiese

encontrado á ésta pobremente vestida y no hubiera podido comparar la riqueza y elegancia de su traje con el lugar triste y miserable en que se hallaba.

Fortunata, no queriendo alterar la emocion del placer que experimentaba, permaneció por un momento muda y silenciosa saboreando su venganza, y ordenó con un gesto á los esclavos que conducian á Chrysis que depositasen á la jóven sobre el mismo lecho donde estaba Silia sentada. Esta se levantó maquinalmente; pero luego empezó á extrañarse de lo que pasaba á su alrededor, hasta que por último preguntó quién era aquella mujer que se le daba por compañera en tal estado. Fortunata entónces, desde la puerta de la prision, exclamó:

— Silia, ahí tienes á tu hija.

Fortunata habia calculado perfectamente todas las angustias que en aquel momento debian destrozár el corazon de aquella infeliz mujer: ninguna, en efecto, dejó de atormentarle. Al principio creyó que su hija estaba muerta: su hija, abandonada por ella, y á quien este abandono habia originado la muerte, le reconvenia como á una madre desnaturalizada por haber asesinado á su hija. Luego pensó que Chrysis hubiera preferido la muerte á la ignominia y al deshonor que la espera-

ba, y esta suposicion no fué ménos cruel para Silia: era una leccion de los deberes de la virtud, que recibia precisamente de aquella á quien debia dar ejemplo de madre honrada y virtuosa.

Por último, Silia pudo apercibirse de que su hija no estaba muerta.

Habia más que suficientes motivos para que Silia estuviese triste y avergonzada ante la presencia de su hija; pero el sentimiento maternal, ese amor bellissimo de la mujer hácia el fruto de sus entrañas, se sobrepuso á su tristeza, dominó todo otro sentimiento, y Silia lanzó un grito de alegría al ver que su hija volvía á la vida: grito semejante al que diera en el instante mismo de verla nacer.

Aquella mujer se convirtió toda ella en madre, llamando con sus cariñosos cuidados aquella existencia dudosa que no permitía distinguir aún si era que volvía á la vida ó era que se extinguía. Silia seguía con ansiedad indecible los latidos de aquel corazon, que sólo una madre pudiera percibirlos, segun lo débiles que eran sus pulsaciones.

Por último, reaparecia por completo la vida con una respiracion perfecta; el rostro de Chrysis se reanimaba, y sus miembros daban señales de movimiento. No faltaba más que la palabra y la mirada: la

palabra, ese testimonio prodigioso que nos demuestra que las funciones del alma se ponen en acción, cuando al cuerpo vuelve la vida: la mirada, ese triple sentido que ve, que siente y que habla.

Silia, inclinada sobre su hija, aguardaba que ésta abriese los ojos y que recuperase la palabra. Chrysis, después de haberse agitado largo rato, como queriendo sacudir su letargo, se incorporó un poco y abrió los ojos.

—¡Oh, mi madre!—murmuró con débil voz—¡Madre! ¡madre mía!

Este dulce y santo nombre fué pronunciado por Chrysis maquinalmente, sin que demostrase darle en aquel momento expresión ninguna de temor ni de esperanza. Parecía que sólo era el eco lejano que se extinguió de una frase pronunciada algunas horas ántes en presencia de un peligro, y que aún resonaba en el espacio cuando había ya perecido la que de tal modo imploraba un socorro que no se presentó nadie á prestarle. Así era en efecto: Chrysis había lanzado gritos semejantes, no hacía muchas horas, en medio de la mayor desesperación y mezclados con sus lágrimas y sus sollozos, hasta que una mano impura y atrevida los había detenido en sus labios; y cuando la jóven perdió el conocimiento, embarcada por el

dolor, aquellos gritos quedaron contenidos en lo más profundo de su corazón. Después, al volver en sí, esos mismos gritos se manifestaban con las primeras manifestaciones de la palabra, y de ningún modo con las de la razón. Sin embargo, Chrysis no la había perdido, pero todavía le faltaba la memoria.

Silia, al escuchar aquella frase, gritó á su vez:

—¡Aquí me tienes, Chrysis!

La jóven volvió la vista buscando á quien así le hablaba; y aquella mirada tierna é inconsciente, que en el primer momento había dirigido á su alrededor, se iluminó de repente con toda la inteligencia de su alma, con todo el fuego de su vida y con toda la intensidad de su dolor.

¡Oh! los que niegan la existencia del alma como espíritu divino é impalpable, es porque no han tenido ocasión de ver la influencia de ese rayo de luz inteligente que de repente ilumina la mirada de un sér que recobra la razón.

Cuando Chrysis pudo ver á su madre con los ojos del alma y la hubo reconocido, dejóse caer consternada en el lecho, cubriéndose el rostro con las manos y prorumpiendo en amargo lloro. Por más intenso que sea en una jóven el dolor que la aflige, siempre le produce lágrimas: el

dolor agudo y seco sólo es posible en los corazones devorados ya por la lucha de las pasiones, que los abrasan y los reducen á cenizas.

Silia lloraba también y hacía esfuerzos para calmar las angustias de su hija, interpretando erróneamente cuál era el sentimiento que había impulsado á Chrysis para escapar de los brazos de su madre. Silia la llamaba á sí, rogándole que la perdonase, y Chrysis por su parte mezclaba también con sus lágrimas frases de ruegos y de súplicas. Mutuamente imploraban perdón la una de la otra.

Silia fué la primera á quien causó extrañeza la desesperación que demostraba su hija, y no pudiendo sospechar la causa de ella, dijo á Chrysis:

—Pobre hija mía, ¿conoces acaso los decretos de Neiron?

Esta pregunta debía ser naturalmente seguida de otras muchas.—¿Qué es de tu hermano? ¿Dónde has sido arrestada? ¿Quién te ha hecho saber la fatal noticia?

Chrysis parecía no comprender nada de aquello que se le preguntaba, lo cual no pudo ménos de sorprender á Silia, que no se explicaba entonces por qué se le había llevado á su hija en aquel estado.

Esta confusión de ideas y de pensamientos entre dos seres que tanta necesidad

tenían de comprenderse, duró aún mucho tiempo con una serie de preguntas y de respuestas incoherentes é inexplicables, así para la una como para la otra.

—¿A dónde te ha conducido el poeta Eumolpe?—preguntaba Silia.

—¡Oh, no me lo preguntéis, por favor!—respondía Chrysis.

—Yo estaba en la creencia de que Fausto, el tribuno, os había dado asilo. No has sido arrestada en casa de Fausto?

—Pues qué, ¿yo he sido arrestada?

—¿Tú no recuerdas que fueran unos soldados á buscarte?

—No: fué Eumolpe quien me dijo que vos me llamabais, y sólo así pude seguirle.

—¿A dónde le seguiste?

—Me dijo que íbamos á tu casa.

—¿A mi casa?

—¡Ah! Yo reconocí desde el primer momento que aquella no podía ser la casa de mi madre!... Quise escapar; pero se me detuvo por la violencia, á pesar de mis gritos, y entonces....

Las lágrimas y los sollozos de Chrysis no la dejaban continuar, y sólo tuvo fuerzas para exclamar:

—¡Oh madre mía, madre mía!

Y se ocultó el rostro entre las manos.

Silia creyó comprenderlo todo; pero rechazó en el acto la suposición que le asaltó

en el pensamiento. Imaginar una desgracia semejante, si no era cierta, equivalía casi á una profanacion de la inocencia de su hija; pero ante las apariencias de aquel inconsolable estado, cuyas demostraciones de dolor no cesaban, Silia tenía el deber y la necesidad de averiguar la causa de que Chrysis, avergonzada, se ocultase el rostro entre las manos.

El llanto de Chrysis no era, segun lo habia creído Silia en un principio, la desesperacion de una hija en presencia de la madre que la habia rechazado. Aquellas lágrimas no expresaban ninguna de las reconvencciones que temia Silia. Tampoco eran efecto del terror producido por un arresto que Chrysis aparentaba ignorar, ignorando por consiguiente el motivo que lo provocase y sus consecuencias. ¿Qué era, pues, lo que afligia á su hija? Silia no pudo ménos de meditar seriamente sobre esa pregunta, que se dirigió á sí misma.

Absorta é inmóvil quedó Silia contemplando largo rato á su hija mientras ésta lloraba sin cesar. ¡Oh qué mirada la de Silia! ¡Qué terrible y muda interrogacion! ¡Cómo reconoció lentamente desde los piés hasta la cabeza y pliegue por pliegue aquel traje de virgen, cuyos jirones, así como el desorden de sus cabellos y las manchas amo-

ratadas de sus miembros, ponía de manifiesto á los ojos de la madre todos los actos de violencia de que habia sido víctima su hija! Por último, ¡á qué horrible certidumbre tocó Silia cuando separándole del rostro las manos, para interrogar la fisonomía de Chrysis, exclamó con ojos de fuego y seno palpitante:

— ¡Conque es verdad!

— ¡Sí, madre mia! — respondió Chrysis en el colmo de la desesperacion.

Silia respondió tambien á esta confesion; pero fué con un grito sordo y reconcentrado, ó más bien con el rugido de una leona que se apresta á una fiera venganza. En aquel momento ya no era aquella noble y dulce dama tan inclinada á los placeres como ávida de escuchar las galanterías de los jóvenes patricios, sonriente á las miradas que se le dirigian para expresarle una súplica ó para decirle que era hermosa: de repente se convirtió en otra mujer, presa de la indignacion, furiosa, implacable, y la primera frase que dirigió á su hija, después de aquella terrible revelacion, fué decirle:

— ¡Ah! ¡Yo necesito que me lo digas todo!

— ¡Madre mia! ¡Ah!... ¿qué es lo que pretendéis que os diga?

— ¡Todo, hija mia, yo quiero saberlo todo!

— ¡ Ah, jamas!

— ¡ Oh! ¿ Y cómo quieres entónces que yo te vengaue?

Al oír la palabra venganza se incorporó de nuevo la jóven, y dirigiendo á su madre una mirada llena de gratitud, se reanimó su semblante, y con fiera expresion exclamó:

— ¡ Ah! todo lo sabrás.

Chrysis se aproximó á su madre, y dirigiendo una furtiva mirada en derredor, la dijo en voz baja:

— Estamos solas, ¿ no es verdad? ¿ Nadie puede oírnos?

Silia dejó escapar una amarga sonrisa, y casi estuvo á punto de declarar á Chrysis la nueva desgracia que ésta áun ignoraba; pero consideró prudente ocultársela todavia, y respondió:

— Puedes hablar desde luégo.

— Llegamos á Nemausus hoy por la mañana.

— Ya lo sé.

— En seguida hemos ido á tu casa.

— Y mi casa ha estado cerrada para vosotros, y os habeis ido al Circo, y despues os habeis hospedado en casa de Fausto... ¿ Y luégo?

— Luégo mi hermano ha salido con Eumolpe; para asistir al banquete del Duunviro; y el poeta...

— ¡ Espera! — gritó Silia; — Eumolpe no habia sido designado por la suerte con una tableta para recibir veinte azotes?

— Así es, en efecto.

Silia entónces recordó el relato de Bíbulo, la ausencia de uno de los convidados, y vino tambien á su memoria aquella voz que le habia gritado: « Silia, ¿ por qué has tenido cerradas, hoy por la mañana, las puertas de tu casa? »

— ¡ Era Cneyo! exclamó.

— ¿ Cneyo?

— Sí, Cneyo que ha sido azotado como un esclavo; Cneyo, mi querido hijo, ¡ eh!...

Y Silia se puso de pié cerrando los puños y apoyándolos en su frente, poseida de furor.

Chrysis la interrogó á su vez:

— ¿ Qué decís, madre mia? ¡ Mi hermano azotado! Mi hermano...

— No — exclamó Silia con voz sombría — habla, habla; tú eres la que debes decirme todo cuanto te ha sucedido.

— Pero mi hermano...

— Tu hermano... Yo no sé todavia lo que será de él; pero tú, Chrysis, habla, no te detengas.

— Eumolpe ¡ el miserable! volvió á poco á casa de Fausto. Ya era completamente de noche y yo estaba esperando á Cneyo. — Vén conmigo, me dijo Eumolpe, por-

que he encontrado á tu madre, y Sílía desea verte y abrazarte inmediatamente.

— ¡Verte y abrazarte! Ya comprenderás, madre mía, que yo no podía temer nada, que nada quise averiguar de cómo y dónde te había encontrado Eumolpe; yo le seguí llena de júbilo, casi loca de alegría, inocente, pura. ¡Oh, madre mía, si yo te hubiera encontrado entonces!... Mi padre estaba tan orgulloso de tenerme por hija suya!... Mientras que ahora...

Chrysis prorumpió de nuevo en llanto, y Sílía sintió asomar también á sus ojos lágrimas de arrepentimiento, que supo contener contra su conciencia.

— ¿Seguiste á Eumolpe?

— Sí, madre mía; Eumolpe me condujo á través de calles oscuras y desiertas. Yo apenas había visto tu casa; pero si hubiera sido de día es seguro que hubiera conocido que no era á tu casa á donde se me llevaba.

— Lo creo. ¿Y despues, y despues?

Chrysis refirió todos los detalles que habían precedido á su desgracia, que Sílía quería conocer sin detencion, y que la hija retardaba en declarar, porque temblaba ante lo que le quedaba que decir.

— Acaba, Chrysis, acaba por piedad; estamos solas y hablas á tu madre. ¿A qué casa, en fin, te condujo Eumolpe?

— La dueña de ella la llamaban Pannychis.

— ¡Pannychis!

— ¡Oh! Estoy segura de ello: ese nombre ha resonado cruelmente en mis oídos, escuchándole por encima de mis gritos. Sí, se llama Pannychis, otro se llama Curion, otro Publio Sexto, y por último, el detestable y odioso seductor...

Chrysis se detuvo.

— ¡Ese! ¿Cómo se llama ése?

— Metelo.

— ¡Metelo!

— ¿Le conoces?

— ¡Los conozco á todos!

Sílía se detuvo también, y despues continuó diciendo:

— ¿Y cuando tú entraste se encontraban ya beodos, exaltados?

— No lo sé: cada cual ocupaba su lecho cerca de la mesa, y la mujer que ántes he nombrado, exclamó al verme entrar: «Metelo, aquí tienes á la hermosa jóven que pretendes arrebatar á Fausto.»

— ¿A Fausto? exclamó Sílía.

— ¡Sí, madre mía! Aquella infame mujer afirmaba que yo era la amada de Fausto, y añadía que por mí Fausto abandonaría á...

Chrysis no concluyó la frase, y un encendido pudor, que no había enrojecido

hasta entonces su rostro mientras refería su propia deshonra, coloreó sus mejillas.

— Diría que por tu amor Fausto abandonaría el de Silia... ¡ Oh !... Pluguiera á los dioses que hubiera dicho verdad: tú eras bien digna de él; tú merecías tan noble esposo... Pero los miserables que te han deshonrado... Por qué tú no me lo has dicho todo aún, ¿no es cierto?

— ¡ Ah ! Qué más queréis que os diga, madre mia? Yo les dije quien yo era y se han reído de mí; yo les supliqué y se mofaron de mis súplicas; yo me arrojé llorando á sus piés y se burlaron de mis lágrimas; yo quise huir y todos me sujetaron; yo intenté suicidarme y me arrebataron el cuchillo que ya tenía en mis manos; yo me resistí y me defendí desesperadamente en lucha desigual contra el bestial atropello de Metelo, y el cielo, á quien invocaba, no se desplomó para aplastar su cabeza; yo, en fin, deseé morir cuando me faltaron las fuerzas, y aquí tienes á tu hija viva, pero deshonrada, vejada y perdida... bien lo ves, madre mia... ¡ Madre, madre! ¿Cuándo querrás vengarme?

Silia permaneció muda, ahogada por el llanto, sofocada por la rabia y traspasada por el dolor.

— Al preguntarte que cuándo me ven-

garás, ¿por qué no me respondes, madre mia?

Silia, sacudiendo la cabeza con la mayor desesperacion y retorciéndose los brazos, respondió:

— ¡ Y si no me fuera posible vengarte!

— ¡ Tú, Silia; tú, mi madre; tú, la esposa de Silano!

— Y la prisionera de Bibulo, como lo eres tú tambien en este instante, para ser luégo ambas las víctimas de Neron.

— ¡ Oh, madre mia! ¿ qué dices?

— Repara el lugar donde estamos.

La jóven pudo comprender entonces cuál era la triste situacion en que se encontraban, no sólo al observar aquel miserable y reducido encierro, sino escuchando á su vez de los labios de su madre el relato de la llegada de Vindex con las órdenes de Neron, el arresto de ese mismo Vindex, el de Fausto, el suyo propio y quizás el de Cneyo.

— ¿ Cneyo estará libre aún? preguntó

Chrysis.

— No puedo saberlo.

— Madre mia, si estuviera libre, Cneyo nos salvará, Cneyo nos vengará! ¡ Oh!

Mientras viva Cneyo podemos tener alguna esperanza.

— ¿ Y qué podrá hacer un niño solo

contra todo el Imperio? ¡Ah, Chrysis Cneyo sucumbiría, si no ha sucumbido ya.

Y aquellas dos desdichadas mujeres, abatidas por la fuerza del terrible infortunio que sobre ambas pesaba, quedaron mudas, contemplándose mutuamente, con la frente inclinada, y meditando quizás sobre un mismo pensamiento: la muerte.

Sin embargo, no habían terminado para estos dos seres las emociones que debían experimentar en aquel mismo día, y tanto Silia como Chrysis estaban ambas destinadas á sufrir otras aún más dolorosas y terribles que las que hasta aquel momento las afligia. La más amarga de las desventuras no lo es tanto, si por encima de nuestros dolores vemos sobrenadar y quedar á salvo los más puros afectos y sentimientos del alma. Morir juntas, heridas por un desastre más fuerte y poderoso que la voluntad, era horrible, ciertamente, y si Cneyo se hubiera encontrado entre su madre y su hermana, verle éstas morir junto á ellas hubiera sido una tremenda pena para ambas; pero esa misma desgracia no hubiera sido tan sensible para Silia y para Chrysis, como la de sufrir el abandono de Cneyo y ser testigos de su bajeza y de su infamia.

Este último sufrimiento les reservaba el destino, porque todas las apariencias ponían de manifiesto la indignidad de Cneyo.

* * *

Ya hemos dicho que Cneyo había vuelto á salir del palacio del Duunviro acompañado de un lictor, de un decurion y de algunos soldados. Sus propósitos, por el momento, se concretaban á vengarse de los infames que habían ultrajado á su hermana, porque contaba con que éstos intentarían alguna resistencia, y se prometía provecharse de esta circunstancia para ensañarse con ellos. Sin duda que no se reducía solamente á esto su proyecto. Lo primero para Cneyo era la salvación de su madre y de su hermana; pero considerando esto casi imposible, buscaba al menos la venganza como una insignificante compensación de su desgracia. Y aquella venganza parecía que también se le escapaba, porque no encontró en sus respectivas casas á ninguno de los culpables, y al llegar á la de Metelo, y al penetrar en ella, supo que éste acababa de partir acompañado de los otros, á quienes por un momento había dado asilo.

No tardó mucho Cneyo en descubrir el paradero de todos ellos, y supo que au-

dazmente habian ido á refugiarse al campamento de la décima legion. De seguro que si Fausto se hubiera encontrado libre, no se hubieran atrevido á confiar en la proteccion de los soldados que aquél mandara: pero uno de ellos, el centurion Publio Sexto, que habia sabido la acusacion que pesaba sobre Fausto, y su arresto, creyó poder ofrecer á sus cómplices aquel medio de defensa.

Quando Cneyo supo que los culpables se encontraban en el campamento, quiso marchar allí en su persecucion, y el lictor que le acompañaba le juró que cumpliría por su parte la orden de los magistrados aunque fuese contra un ejército entero; pero el decurion se encogió de hombros al oír aquella bravata, y le dijo:

— Y tú y este jóven seriais de allí echados á palos con las mismas varas de tus haces. Para hacerles obedecer es necesaria una autoridad más respetable que la tuya, dado caso que no la rechazasen tambien.

Al escuchar aquella observacion exclamó Cneyo súbitamente:

— Pues bien; yo sabré imponerles esa autoridad.

Y en el acto dispuso regresar al palacio del Duunviro.

Quando llegó á él duraba todavía la con-

ferencia de Bibulo con Fortunata, y por las últimas frases de esta conferencia podrá juzgar el lector de las declaraciones, confidencias y pactos que mediaron entre ambos esposos.

— Queda convenido, — decia Fortunata, — que me abandonarás á Silia.

— No olvides que pertenece á Neron y que éste la reclama.

— ¡Oh! no temas nada: yo no me propongo otra cosa que torturar su corazon, y tengo la seguridad de que en estos momentos sufré un suplicio mayor de lo que tú puedas imaginar.

— Adivino toda la crueldad de ese suplicio por el gozo que se retrata en tu semblante; pero ¿qué más puedes hacer con esa mujer que el haberle presentado á su hija en el lamentable estado que se la llevaste?

— Si tú comprendes todo lo que Silia debe sufrir con la deshonor de su hija, de la cual ésta es inocente, ¿no te haces cargo de lo mucho más que ha de afligirla el ver la infamia y la indignidad de su hijo? ¿Olvidas el deseo manifestado por éste de que su madre y su hermana sean entregadas á Neron?

— ¿Y tú te propones ayudar á ese jóven?

— Sin duda alguna y sin remordimien-

tos de ninguna clase, porque para mí esas dos mujeres no son más que dos enemigas; pero para Cneyo, que las vende y las entrega, la una es su madre y la otra es su hermana.

—Te veo ya ansiosa de llevar á Sílía la noticia de la bajeza de su hijo.

—Y voy en seguida.

En aquel momento llegó al palacio un soldado que el decurion habia destacado para advertir al Duunviro de lo que ocurría, y darle así tiempo para reflexionar, antes de la llegada de Cneyo, la determinación que le conviniera tomar.

Fortunata, que se proponía sacar partido de todo, aprovechó aquella oportunidad y dijo á su esposo:

—Es necesario escuchar á Cneyo, y conviene que su madre y su hermana estén presentes, para que puedan atestiguar á Neron que prestamos todo nuestro apoyo y cooperacion á las reclamaciones de ese noble jóven.

Así, pues, Fortunata dispuso que comparecieran Sílía y su hija, y que dejasen pasar á Cneyo tan pronto como volviese á palacio.

Los designios de Cneyo, como los de todo aquel que está decidido á probar fortuna hasta el último trance, los habia modificado segun la inesperada marcha de

los sucesos. Pero en vez de aminorarse las esperanzas por el éxito que antes se proponia alcanzar, ahora pensaba obtenerlo, no solamente respecto á la venganza de su hermana, sino tambien respecto á la salvacion de ésta y de su madre.

Cneyo estaba, por lo tanto, resuelto á continuar representando el papel infame que habia comenzado á fingir, y con estas intenciones regresó al palacio de Bibulo. La presencia de su madre y de su hermana le causó el efecto de un rayo, y le desconcertó hasta el extremo de sentir que le abandonaba el valor. Es indudable que si hubiera tenido necesidad de ser el primero en exponer las reclamaciones que venia á formular ante el Duunviro, le hubiera faltado la fuerza de voluntad indispensable para hacerlo; pero habiéndole sido arrojada aquella infamia en la frente por otra persona, recobró súbitamente todo el valor que le era preciso para soportarla. Fortunata, inducida por el odio que le inspiraba Sílía, y creyendo en la sinceridad de los propósitos del jóven, se adelantó á explicar que la turbacion de Cneyo reconocia por causa los miramientos que tenia éste de manifestar sus intenciones delante de su madre y de su hermana; y haciéndolo por él, dijo:

—Y bien, Cneyo; ¿has encontrado á los

infames libertinos que, según decías ántes, han tenido la osadía de poner sus manos sacrílegas sobre la virgen destinada al divino Neron? ¿Podrás tú castigar, como querías, el atentado que han cometido robando unos placeres que estaban reservados al César? ¿Y llevarás á cabo tu venganza contra los que han derribado la base de tu fortuna, por los bienes y favores que soñabas habían de obtener tu madre y tu hermana en los brazos del señor de Roma?

Era tan odioso y repugnante el sentimiento que esas palabras revelaban, que Silia no pudo ménos de quedar absorta y estupefacta al escucharlas. Chrysis, por su parte, no podía comprender lo que querían decir: conocía tan á fondo la nobleza de alma de su hermano, que sólo escuchó las interpelaciones de Fortunata como un rumor entrecortado por infames palabras que para nada podían tener relación con Cneyo. Ménos se explicaba la jóven la palidez y la ansiedad de su madre al oírle decir:

—¿Debo creer lo que acabo de escuchar, Cneyo? ¿Esta mujer no se mofa de mi desgracia? ¿Es cierto que tú hayas pensado...

Cneyo había tenido tiempo de reponerse para persistir en su penosa resolución. Por muy execrable que fuese, al parecer,

el camino que había emprendido, lo consideraba como el único que en aquellas circunstancias podía conducirle al éxito de su empresa, y perseveró en sus propósitos con heroica abnegación, porque no se le ocultaban tampoco los sufrimientos que iba á causar á los mismos seres queridos á quienes pretendía salvar.

—Si, Silia, —exclamó;— quiero ejercitar mi venganza contra los que han ultrajado la pureza de la virgen destinada á Neron. El César es la representación de los dioses sobre la tierra: malditos sean los que no inclinan dócilmente la cabeza ante su voluntad ó su deseo, y perezca en mal hora todo aquel que al cumplimiento de esa voluntad divina y al servicio de sus deseos augustos no ponga todo su poder y autoridad.

Y despues, dirigiéndose á Bibulo, continuó diciendo:

—Ahora, tú, Bibulo, ve aquí el motivo que me ha obligado á volver á tu presencia sin los culpables. Estos han huido y se han refugiado en el campamento de la décima legión: la autoridad de un licitor hubiera sido insuficiente para prender á esos miserables en medio de los soldados; pero la tuya, la presencia del duunviro, obtendrá el respeto y la obediencia que á nosotros nos hubiera sido negada, y he

venido á reclamarte que me acompañes.

Al oír tan extraña pretension, Bibulo frunció el rostro; pero Fortunata se apresuró á gritar:

— Este jóven tiene razon y pide en justicia; es necesario seguirle y prestarle auxilio para vengar el insulto hecho al César; porque Cneyo representa en este momento la causa de Neron y no la de su hermana. Cualquiera otra jóven que se encontrase en el mismo caso tendria en él igual defensor.

Cneyo adivinó la intencion de Fortunata, y no temió ir más allá de las horribles suposiciones de aquella mujer, con el objeto de asegurar el éxito de su empresa.

— Te engañas, Fortunata — gritó Cneyo; — si Neron hubiera escogido para sus deleites otra cualquiera mujer que no hubiera sido Silia ó Chrysis, yo no hubiera entonces defendido su eleccion con tanto entusiasmo; pero cuando una felicidad semejante viene á distinguír á una familia, mal haya el miembro de ella que no persigue á los que quizás pudieran hacerla perder.

Silia hubiera dudado de la sana razon de su hijo si no viera en sus palabras la exacta explicacion de los miserables sentimientos de interes que le animaban. La indignacion le hacia enmudecer; pero al ca-

bo estalló con severas reconconvenciones, y levantando los brazos en actitud de anatema sobre la cabeza de Cneyo, dijo á éste:

— ¡Miserable! ¡Tú no puedes ser el hijo de Silano, tú no puedes ser hijo mio, tú has robado el nombre que llevas!

— ¡Cneyo! ¡Cneyo! — gritó Chrysis. — Desmiente tus palabras: la inmensidad de tu dolor te ha vuelto insensato.

Cneyo no respondió ni una sola frase; pero no pudiendo soportar el peso de las miradas de su madre y de su hermana les volvía el rostro con fingido desden.

— ¡Cneyo! — volvió á exclamar Silia. — No hay bajeza tan infame ni tan indigna que pueda compararse con la tuya. La misma Fortunata que tanto me odia nos ofrece en este momento el aspecto de su asombro, y yo me atrevo á jurar que el tirano Neron, al tener noticia de tu conducta para con nosotras, se estreñecerá de horror aún en la embriaguez de sus orgias. No esperes, no, que tengan éxito tus execrables proyectos: la muerte me libertará de la infamia en que me abandonas, y terminará la desesperacion que experimento por haber dado el sér á un monstruo como tú.

— ¡Fortunata! — gritó Cneyo con furiosa energia que brotaba de la violencia que ejercia sobre sí mismo. — Fortunata, yo te

hago responsable de la vida de estas dos mujeres, y si por tu negligencia ó poco celo les sucediera algun mal, darás cuenta de ello á Nerón. El tiempo vuela, y no debemos perder ni un momento: Bibulo, ¿estás dispuesto á seguirme?

—Vamos— dijo el duunviro.

—Vé tranquilo— contestóle Fortunata; —yo te respondo de la vida de tu madre y de tu hermana, para que puedas gozar el bello porvenir que les preparas:

En seguida marcharon Bibulo y Cneyo, volviendo á ser conducidas á su prision Silia y Chrysis, las cuales fueron maniatadas para impedirles que pudieran atentar contra sus vidas.

No nos detendremos á describir la desesperacion y la amargura de aquella madre, que despues de haberle sido entregada su hija deshonrada y vejada, veia de nuevo á su hijo, despues de una prolongada separacion, para encontrar en él al más despreciable esclavo de la tirania de Nerón. Con referencia á aquellos tiempos, se citan muchos ejemplos de inauditas bajezas, y bien conocida es de todo el mundo la historia del senador que aparentaba dormir en medio del festin, cuando se lo indicaba Nerón, mientras que éste gozaba de su esposa delante de los demas convidados; pero jamas se habia dado el caso

de un servilismo tan asqueroso como el de Cneyo, en un jóven de su edad, ni con tanta impudencia manifestado.

Silia no encontraba palabras bastante enérgicas para expresar sus maldiciones, y Chrysis no sabia hacer más que repetir sin cesar estas palabras:

— ¡Es imposible! ¡es imposible!

Entre tanto Bibulo, acompañado de Cneyo, se encaminaba apresuradamente al campamento de la décima legion, precedido de los ocho lictores de que se servia en las circunstancias graves y solemnes.

Ya se habia esparcido el rumor entre todos los soldados de la noticia del arresto de Fausto, la cual habia producido un descontento general, que los culpables procuraban utilizar en provecho propio. Las puertas de aquel campo atrincherado habian sido cerradas; pero le fueron franqueadas al Duunviro cuando vieron que éste avanzaba solo con algunos lictores, despues de haber concertado los soldados oponerse al arresto de Publio Sexto, si el Duunviro lo intentaba á pesar de la resistencia de aquéllos. La disciplina estaba completamente pervertida en la legion, y ya sea que se decidiesen á entregar ó á defender á uno de sus oficiales, los soldados se mostraban orgullosos y engreidos, ha-

ciendo alrdes de que eso dependia sólo de sus voluntades.

Desde que el Duunviro penetró en el campamento, se dirigió al tribunal ó plataforma que se elevaba en una de sus extremidades, acudiendo allí todos los soldados para conocer el objeto de aquella inesperada visita. Bibulo habia ordenado que las puertas volvieran á cerrarse, para que nadie pudiera salir del campo, y los soldados consintieron que esta órden fuese inmediatamente ejecutada, porque así quedaban hechos dueños, no sólo de los que debian ser arrestados, sino tambien del mismo Duunviro. Este subió á la tribuna para arreglar á la tropa, y Cneyo se colocó á su lado.

La moralidad y justicia de toda multitud ó colectividad, interpelada ó reclamada públicamente, no ha sido jamas dudosa, y el Duunviro fué benévolamente escuchado cuando se expresó en estos términos:

— Soldados: si yo viniese á vuestro campamento con las órdenes de Neron en la mano, yo no tendria necesidad de deciros cuál era el objeto de mi venida, porque vuestro deber y el mio no es otra cosa que la obediencia más absoluta á los decretos y á la voluntad del Emperador. Si el César hubiera dispuesto el arresto de Publio

Sexto, de Metelo y de las otras personas á quienes habeis acogido bajo vuestro amparo, hubiera sido suficiente haberos dicho que era un mandato de nuestro augusto dueño, para que en el acto hubiera sido obedecido. Pero no es así. Por la reclamacion y la queja de un simple ciudadano es por lo que debo proceder contra los culpables, y ciertamente no lo hiciera vuestro Duunviro si el crimen que ellos han cometido no fuese á la vez el más tremendo y el más cobarde. Este jóven que veis aquí á mi lado es el hijo de Silano, que llegó ayer á Nemausus con su hermana y obtuvo la hospitalidad de Fausto; pero mientras éste se encontraba en mi palacio, y aprovechando tambien la ausencia de este jóven, un infame emisario se introdujo en la casa de vuestro tribuno, y sacó de ella á la jóven con el pretexto de acompañarla á la de su madre; y merced á este odioso engaño, condujo aquella virgen á la casa de una cortesana, donde fué entregada su inocencia á todos los excesos criminales de la violacion y del libertinaje.

Un sordo rumor de asombro y de indignacion se extendió entre los soldados, y algunas voces comenzaron á formular acusaciones contra los jóvenes patricios que habian cometido tan inicuo atropello.

Conociendo Publio Sexto que su condac-

ta, puesta de manifiesto bajo su verdadero punto de vista, le comprometía gravemente, subió también sobre la plataforma para hablar á su vez:

—Soldados: —gritó, — se os engaña y se os sorprende. No creais que aquí se trata de vengar á una jóven de los insultos que haya podido recibir; de lo que verdaderamente se trata es de arrestar á los mejores ciudadanos, como se ha hecho con Fausto nuestro tribuno. ¿Por qué se ha puesto preso á Fausto? ¿Ha sido porque haya querido violar á alguna otra vírgen? No en verdad. Que el Duunviro os lo diga y entonces sabréis por qué se nos quiere privar de la libertad á mi y á mis amigos.

— ¡Devuélvenos á Fausto! — gritaron los soldados por todas partes. — ¡Fausto! ¿Porqué ha sido preso Fausto?

— Fausto se ha rebelado contra la autoridad del César — exclamó el Duunviro.

— Y sabed ahora también por qué se ha rebelado contra la autoridad de Neron, — gritó Cneyo entonces con potente entonación, dominando el tumulto causado por la manifestacion de Bífulo. — Si, ciudadanos: yo soy el hijo de Silano el senador, á quien de sobra conocéis por su valor y sus virtudes, y Silano se ha visto precisado á suicidarse para evitar la afrenta de las órdenes de Neron, que le había mandado que

bajase á combatir en el Circo. Mi hermana y yo hemos huido de Roma; pero las órdenes del tirano han venido persiguiéndonos hasta Nemausus. Esas órdenes arbitrarias disponen que la esposa de Silano y sus hijos sean conducidos á Roma para satisfacer los apetitos y las venganzas de Neron, y por no haber querido Fausto consentir tan execrable sentencia, es por lo que ha sido reducido á prision vuestro tribuno.

Los soldados murmuraban, mirándose unos á otros, para concertar la aprobacion que les merecia la conducta de Fausto.

— Por lo demas — continuó Cneyo, — todo cuanto os ha dicho el Duunviro es cierto; si, unos infames y cobardes libertinos han ultrajado la virginal inocencia de mi hermana, la hija de Silano, el más noble y honrado ciudadano del Imperio. Yo he ido á reclamar del Duunviro el castigo que debiera imponerse á los culpables; pero lo que no sabeis ni podeis calcular es bajo qué formas, en qué condiciones y en qué sentido se ha consentido en ese castigo. No ha sido, no, para vengar á la víctima ultrajada, ni ha sido tampoco para que la vindicta pública y la moral queden satisfechas; no, ¡soldados! esos intereses valen bien poca cosa para ocupar la atencion de los magistrados: se ha decretado la persecucion y castigo de los im-

prudentes que han tenido la osadía de atentar con mano sacrilega contra los placeres de Neron, gozando antes que éste la virginidad de la hija del senador Silano.

— ¡Pero en ese sentido es como tú has formulado tu reclamacion! — exclamó Bibulo.

— Sí; en ese sentido es como he tenido necesidad de pedir justicia, porque de otra manera no la hubiera obtenido.

Y despues, dirigiéndose á los soldados que le escuchaban con silenciosa admiracion, prosiguió Cneyo:

— Sí, soldados; me ha sido necesario emplear ese abominable pretexto para alcanzar el castigo de los infames que se han refugiado bajo vuestro amparo. ¡Ahora bien! de vosotros espero la justicia, no sólo contra ellos, sino tambien contra el Duunviro; porque Bibulo, si le dejais obrar, entregará á mi madre y á mi hermana á nuevas infamias; causará tambien la perdicion de Fausto prisionero, cuyo ejemplo os enseña cuál es la opinion de un noble ciudadano respecto á las órdenes de Neron; y por último, abandonará á las venganzas de ese tirano al insigne y virtuoso Vindex que intentaba libertar las Galias del ominoso yugo de semejante monstruo, y que, fiando en la bondad de vuestros sentimientos, llegó á imaginarse que tales ór-

denes serian motivo más que suficiente para que estallára vuestra insurreccion. ¡Valientes soldados! ¿permitiréis que se cometan esos crímenes? ¿dejaréis perecer á vuestro tribuno? ¿consentiréis que el ilustre Vindex sea conducido al suplicio? ¿sancionaréis que arrojen al lecho infame del inicuo Neron el pudor ultrajado de la hija de Silano?

— ¡No, no, no! — gritaron á una voz todos los soldados.

— ¡Escuchadme! — gritó tambien el Duunviro: — el César os ordena...

— ¡El César que ahora mismo va á elegir esta legion, me ordena tu muerte! — exclamó Cneyo.

Y al decir eso, asestó á Bibulo una puñalada mortal que le hizo caer en tierra.

Los soldados, sublevados con las últimas palabras de Cneyo y seducidos con la idea de elegir un nuevo César, aplaudieron el acto de justicia y el valor del jóven.

— ¡A Nemausus ahora! ¡A Nemausus! — gritó Cneyo; y que las riquezas de los favoritos de Neron sean el botin de los que han de combatir para derribar su abominable poder!

No intentarémós siquiera bosquejar el tumulto que excitaron aquel homicidio y aquellas palabras. Sólo dirémos que Cneyo

no tuvo necesidad de señalar á la cólera de los soldados quiénes debían ser sus primeras víctimas. Publio Sexto, Metelo y sus otros cómplices, alcanzados cuando ya iban á escapar, perecieron todos bajo los golpes y al furor de los mismos que pocos momentos ántes habian jurado defenderles.

Toda la legion se lanzó en desórden fuera del campamento, y la ciudad de Nemausus, á pesar de las murallas que la rodeaban, tomada por sorpresa, se vió de repente en poder de los soldados, así como el palacio del Duuviro, que fué invadido por Cneyo con algunos soldados que le seguian.

La noticia de un desastre se anticipa siempre á la llegada de los que se imaginan ser los primeros en llevarla. Antes que los soldados hubieran asaltado el palacio de Bibulo, ya sabia Fortunata la muerte de su esposo, el alzamiento de la legion y el peligro que amenazaba á aquella morada. El primer impulso de Fortunata fué huir; pero ántes que pudiera tener tiempo de recoger algunas alhajas, ya el palacio habia sido atacado, y sus pesadas puertas caian con estruendo bajo los tremendos golpes de los soldados. Perstradida entónces de su perdicion, Fortunata quiso arrastrar en su ruina á la mujer que

consideraba como su más mortal enemiga. Así, pues, cogió un puñal y se dirigió con presteza á la prision de Silia y Chrysis, donde por virtud de la recomendacion de Cneyo se encontraban aquellas dos infelices mujeres maniatadas, para que no pudieran atentar á sus propias vidas.

Ya hacia algunos momentos que Silia y Chrysis habian creído notar un lejano rumor que llegaba confusamente hasta la prision en que estaban, y sin poder adivinar la causa que pudiera producirlo, escuchaban con atencion cómo iba creciendo y acercándose. Cuando oyeron crujir las puertas á los golpes de los soldados, no les quedó ninguna duda de que el palacio era objeto de un ataque, y empezaron á concebir algunas esperanzas; pero al escuchar distintamente el tumulto de los esclavos que huían y las vociferaciones de los soldados que los perseguian, ya entónces tuvieron la certeza de que se trataba de libertarlas.

En aquel momento fué cuando Fortunata penetró en la prision, cerrando tras sí la puerta con violencia.

Al presentarse aquella mujer como una fiera espantada, con los ojos encendidos, los cabellos en desórden y con todo aquel aspecto de la rabia que ve llegado el momento de saciar su criminal furor, Silia

adivinó el objeto de su implacable enemiga, y por un movimiento instintivo, la madre procuró cubrir con su propio cuerpo el de su hija.

Aquellas dos mujeres, aquellas dos rivales, aquellas dos enemigas, Silia y Fortunata, se comprendieron mutuamente, porque la esposa de Bibulo respondió á aquel movimiento diciendo á la esposa de Silano:

— ¡Sea! ¡Tú la primera y despues tu hija!

Silia avanzó con actitud heroica, presentando su pecho, donde Fortunata hundió su puñal sin piedad; pero el amor maternal había exasperado á Silia tanto como á Fortunata su odio, y ántes que ésta hubiera podido retirar el arma para herir á Chrysis, se sintió aprisionada por los dientes de Silia, que la tenía mordida la mano. La lucha, sin embargo, no se hubiera prolongado mucho tiempo, pues Fortunata, á pesar del dolor agudo que le causaba la mordedura de Silia, procuraba arrancar del seno de ésta el puñal, y ya lo tenía cogido con la otra mano, cuando sintióse crujir la puerta de la prision al empuje de Cneyo, que se precipitó dentro seguido de Fausto. Fortunata entonces clavóse aquel puñal en su corazon y cayó al lado de su rival.

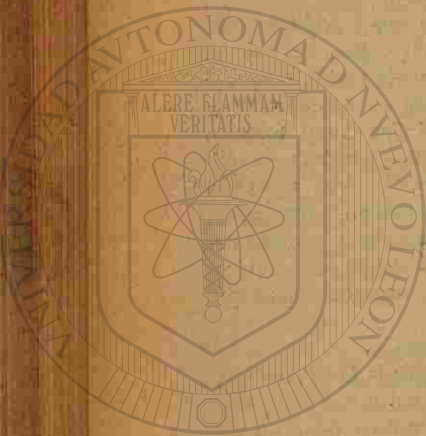
Cneyo y Fausto levantaron del suelo á Silia ensangrentada y moribunda y la colocaron sobre el lecho en que había sido ántes depositada su hija.

Silia entreabrió los ojos y pudo reconocer á Fausto y á Cneyo. Este se hallaba arrodillado al borde de la cama, y su madre apoyó suavemente su mano sobre la cabeza de su hijo, conservando todavía, para dar su último adios á Fausto, una de aquellas dulces sonrisas, otras veces tan encantadoras, y que fué un sonreír casi divino en aquella existencia agonizante. Silia hizo algunos esfuerzos para hablar; pero no pudo apénas balbucear más que estos dos nombres:

— ¡Fausto!... ¡Chrysis!...

La cuarta época, titulada *Los Cristianos*, que sigue, explicará cuál fué el destino de los personajes de esta escena final. Lo que únicamente nos resta que decir ahora, para inteligencia del lector, es que los sucesos que acabamos de referir fueron el origen de la insurreccion general de las Galias contra Neron, cuyo movimiento tuvo por jefe á ese mismo Vindex, y cuyo éxito fué debido al valor, á la presencia de ánimo y á la heroica fuerza de voluntad de un niño.

FIN DE LOS ROMANOS.



CUARTA EPOCA.

LOS CRISTIANOS.

I.

La noche era tranquila y apacible; el reposo del sueño reinaba en aquel arrabal de la ciudad de Tolosa, á orillas del Garona, que hoy es tan rico y populoso, y el silencio más profundo reinaba también en aquel grupo de miserables chozas que ocupaba entónces la orilla de dicho río.

Cuando se observa un silencio semejante en el recinto de un pueblo ó en la morada de una tribu, significa y atestigua que sus habitantes, por algunas horas al menos, han podido encontrar el olvido de sus miserias y de su pobreza. La velada sólo es alegre en la casa del rico; bajo el techo del pobre es indicio seguro y cierto de grandes apuros ó de tristes duelos. Una enfermedad, ó un trabajo urgente y extraordinario, es casi siempre lo que hace

brillar una luz tenue á las altas horas de la noche en el interior de una humilde choza.

Ante aquel aspecto de sosiego y de tranquilidad hubiérase podido creer que, en la época de que nos ocupamos, los pescadores y bateleros que habitaban aquella especie de barrio, habían obtenido de sus magistrados y autoridades la mayor suma posible de bienestar á que puede aspirar un hombre sin bienes y sin fortuna; esto es, el trabajo durante el día y el reposo durante la noche.

Y sin embargo, jamas se habia visto la colonia de Tolosa tan afligida como entonces.

Un hombre acababa de pasar por el camino de la historia, y el hálito de aquel hombre, como atmósfera mefítica y pestilencial, habia sembrado el terror, la muerte y la desolacion, lo mismo en las mas ricas que en las más pobres familias; porque para gobernar creyó preciso hacer rodar las cabezas de los más nobles ciudadanos, y necesitó hasta el último sextercio de todos los súbditos de su imperio. Aquel hombre se llamó Caracalla, y este nombre lleva en sí mismo tal noción de tiránico despotismo y tal idea de insensata y salvaje crueldad, que es inútil detenerse á explicar los infinitos males que hizo por don-

de quiera que se dejó sentir su influencia.

No era, por tanto, el tranquilo reposo á que se entrega el hombre laborioso despues de las fatigas del trabajo, la causa del silencio y de la oscuridad que reinaba en aquel grupo de cabañas: una orden de los magistrados obligaba al sueño, y ya hacia mucho tiempo que apenas era de noche sonaba el toque ó la señal de silencio en la ciudad de Tolosa.

Habíase hablado de ciertas nocturnas asambleas y de reuniones secretas que se celebraban en distintos lugares y á diferentes horas, y en la imposibilidad de impedir las ó de sorprenderlas, por la disciplina que tenían para juntarse ó para disolverse, consideróse como un crimen el tener luz encendida durante la noche en el interior de las viviendas.

Uno de los espías nocturnos destinados á vigilar si se prestaba obediencia á dicha orden, y que á la sazón recorría aquella parte de la ciudad, creyó ver que por las mal unidas tablas de una puerta se deslizaba cierto resplandor.

Aquella puerta era la de una casita construida con un poco de más esmero que las otras vecinas y que presentaba un aspecto más limpio que la mayor parte de ellas. Se hallaba situada en el centro de un pequeño jardín, protegido tan sólo por una

débil verja de madera, y no parecía sino que todos los habitantes del barrio tenían un cuidado especial con aquella morada; porque jamás fué arrojada ninguna inmundicia ni basura en sus cercanías, y hubiérase dicho que era como una especie de templo rodeado de cierta atmósfera de santidad y pureza, que inspiraba á todos el mayor respeto.

Sin embargo, Cilo, que este era el nombre del espía cuyo cometido se extendía en algunas ocasiones á desempeñar el odioso papel de delator, separó los maderos ó trancos que cerraban la portada del jardín y se aproximó con sigilo á la puerta de la casita, cerciorándose, no sólo de que había luz dentro de ella, sino de que sus moradores velaban. En seguida tomó sus precauciones para no ser visto en el caso de que alguien saliese ó entrase en aquel recinto, porque no ignoraba que si las leyes protegían la delación, pagándola á precio de oro, esto sólo tenía lugar á condición de que el delator no se dejase sorprender.

Muy frecuentemente los jueces, después de haber condenado á un hombre por virtud de la denuncia de uno de esos espías, cerraban los ojos y dejaban impunes los actos de venganza que los sentenciados ejercían contra sus miserables delatores,

cometiendo así delitos más culpables, algunas veces, que el pretendido crimen por el cual habían sido perseguidos.

Cilo, pues, dió la vuelta al rededor de la casa, cuyos moradores estaban infringiendo las ordenanzas de los ediles, y por las rendijas de una ventanita baja pudo escurrir con ávidos y curiosos ojos algo de lo que sucedía en el interior de aquella vivienda.

Algunas de las palabras que oyó pronunciar le dieron á entender desde luego que eran varias las personas que allí se encontraban; pero aún no podía ni saber el número de ellas ni el sexo á que pertenecían, y Cilo tuvo miedo ante la sola idea de que podía ser visto ó descubierto por algún hombre, aunque éste fuese el ser más débil de la tierra; porque no existía en el mundo criatura más raquítica, ni más cobarde. Pequeño de estatura, flaco, subido de hombros y un poco cargado de espaldas, bizco, de frente ancha y deprimida, arrastrando aquellos miembros extenuados en una vida de libertinajes y mostrando en su pálido semblante la expresión y el sello de su ruin ferocidad, Cilo era uno de esos entes miserables que llevan en el rostro el verdadero retrato del alma. Su aspecto era tan repugnante que todo el que le encontraba en su camino apartaba

la vista con disgusto, y aquel á quien se acercaba, retrocedía con horror. Este sentimiento de antipatía que su sola presencia física inspiraba á los que no conocían sus condiciones morales, era á sus ojos tan imperdonable como el que inspiraba á los que le conocían; aquella alma sólo sabía odiar y sólo gozaba en el mal de todos.

El júbilo de Cilo fué, por tanto, inmenso cuando pudo cerciorarse de que aquel modesto albergue estaba ocupado solamente por tres mujeres: dos de ellas muy jóvenes y de una belleza extraordinaria, y la tercera de una edad más avanzada, aunque de figura esbelta y arrogante: las primeras, pálidas y delicadas; la otra de una constitucion fuerte y robusta: aquéllas, de modesto aspecto y voz tímida; ésta, de mirada altiva y firme entonacion.

Agazapado y metiendo los ojos por la estrecha rendija de la ventana, con el objeto de poder averiguar quiénes eran aquellas mujeres y lo que ellas hacían á la tenue luz de la lámpara que las alumbraba, Cilo representaba la semejanza del tigre que agarrado á los hierros de su jaula persigue con feroz y sanguinaria mirada á los curiosos que deseára devorar.

Desde luégo pudo ver que dichas mujeres se ocupaban en un trabajo de costura: el movimiento de sus brazos para las pa-

sadas de la aguja, y la blancura de la tela que descansaba sobre sus rodillas, se lo hubiera hecho conocer desde luégo, por más que ellas estuvieran situadas de espaldas á la ventana.

Cilo comprendió que su descubrimiento carecía de importancia. Ciertamente que allí se desacataba el cumplimiento de lo que estaba mandado; pero aquellas mujeres, que pasaban la noche entregadas á un trabajo propio de su sexo y necesario sin duda para el sostenimiento de sus existencias, serian consideradas con indulgencia por parte del magistrado.

Sin embargo, era tal su afan de sacar provecho de su descubrimiento, ó mejor dicho, era tal el instinto de ferocidad de aquel hombre que permaneció inmóvil junto á la ventana presintiendo poder explotar algun crimen que existiera entre aquellas tres inocentes criaturas. A pesar de sus ansias, trascurrían las horas sin que ocurriese ninguna novedad: el trabajo continuaba sin interrupcion, oyéndose por intervalos alguna que otra palabra suelta, que Cilo escuchaba perfectamente, por más que nada extraordinario pudiese sorprender de la conversacion, que siempre se concretaba exclusivamente á calcular la hora que pudiera ser, como estímulo sobre la necesidad de apresurar la tarea,

Cilo empezaba ya á impacientarse y casi tenía perdida toda esperanza de provecho, cuando llegó á sus oídos el ruido de los pasos de una persona que se aproximaba á la casita.

— Si es un hombre y entra en esta casa, no habré perdido el tiempo del todo; — se decía Cilo. — Un hombre que á deshoras de la noche visita la morada de dos lindas jóvenes, da mucho que sospechar, y si por ventura mía el que llega fuese un jóven patricio recientemente revestido con la toga pretexta, en ese caso este jardín y esta casita serían de mi propiedad ántes de ocho días; porque yo sabría probar de mil maneras que aquí se atentaba á la corrupcion, por parte de estas tres mujeres, contra la inocencia del jóven.

La mitad de los deseos de Cilo se cumplieron; los pasos que habia oído se dirigian en efecto hácia la casita; pero cuando penetró en la estancia el sujeto á quien esperaba con tanta ansiedad, reconoció con pena que era un anciano, cuyo modesto aspecto no le daba lugar para insistir en el proyecto de acusacion que habia imaginado pocos momentos ántes. Aquel anciano tenía tal representacion de santa dignidad, y sus serenas facciones atestiguaban tanta tranquilidad de conciencia, que Cilo comprendió, á pesar de todo lo que él era

capaz de imaginar con sus detestables y malignos pensamientos, que sería muy difícil poder acusar de ninguna cosa culpable á aquel hombre. Sin embargo, Cilo no habia perdido del todo sus esperanzas, y ya fuese bajo un aspecto ó bajo otro, se proponia insistir en sus perversos instintos, porque sabia muy bien que en el seno de las sociedades corrompidas y relajadas existen dos clases de crímenes: los que están condenados por los eternos principios de la moral y los que inventa la ley de los hombres por castigar actos que se opongan á determinados y privilegiados intereses. Los primeros no estaban borrados en los códigos de aquel pueblo; pero los segundos estaban previstos y clasificados por el tiránico gobierno de Caracalla con casuístico lujo de opresion.

La velada de aquellas tres mujeres constituia desde luégo un delito que debía necesariamente venir á hacerlo más grave la presencia de aquel hombre. Cilo, pues, esperó.

Con la mirada fija sobre aquellos cuatro personajes, experimentaba aquel malvado el presentimiento de un infame lucro, como el perro de caza cuya nariz se ensancha al olfatear la pieza que aun no ha visto.

Las tres mujeres se pusieron en pié

cuando se presentó el anciano, y le saludaron con respeto dándole el nombre de Padre Saturnino. Las dos jóvenes se arrodillaron en seguida ante él y Saturnino extendió las manos sobre sus cabezas para darles la bendición. La otra mujer permaneció de pie sin hacer otras demostraciones, aunque á decir verdad, manifestaba con su actitud casi tanto respeto hácia aquel anciano como sus dos compañeras.

Saturnino, despues de haber pronunciado en tono de oracion y en voz baja algunas palabras, se volvió hácia la mujer que no se habia arrodillado y la dijo:

—Veo, Verónica, que habeis ayudado en su piadosa obra á vuestras jóvenes amas, aunque condenais las creencias y los sentimientos religiosos que las han impulsado á emprenderla.

—Yo no condeno las creencias ni los sentimientos de nadie, señor;—respondió Verónica—pero guardo y conservo los míos, que eran la fe de mis padres, como mis jóvenes dueñas siguen la ley en que nacieron.

—Dices bien, Verónica; la noble familia de los Faustos fué una de las primeras que se acogieron á la santa doctrina que el Señor me ha encargado la misión de propagar en esta tierra de desolacion. Desde la época de Neron data la fecha en que

esta noble familia abrazó la religion del Crucificado, á la cual han permanecido fieles todos sus descendientes durante más de doscientos años.

—Y siempre estarán dispuestos á morir en defensa de ella—añadió una de las jóvenes con voz tan dulce y tan delicada, que la palabra *morir* en aquellos labios tan puros parecia materialmente la manifestacion de un santo valor inspirado por la Divinidad.

—Dios, nuestro Señor, exige algunas veces de sus hijos grandes pruebas de fe; pero acude al socorro de todos ellos en sus aflicciones, y la historia de vuestra propia familia nos ofrece la mayor demostracion de lo que digo. No creo que tenga yo necesidad de recordárosla, porque vosotras la conoceis perfectamente y no debeis haber olvidado que aquella noble Chrysis, de la cual descendéis, sólo encontró en la santa doctrina de nuestra religion la fortaleza y los consuelos necesarios para poder soportar la ignominia que pesaba sobre su inocencia; y bien sabeis asimismo que su digno esposo Fausto, vuestro abuelo, no tuvo la resignacion suficiente para despreciar las murmuraciones de los malvados que le acusaban por haberse enlazado con una mujer victima de los atropellos con que unos infames la habian deshonrado, sino

cuando las santas lecciones de nuestros apóstoles le hicieron comprender y enseñaron que la virtud es tanto más grande y meritoria á los ojos de Dios, cuanto más oculta é ignorada es á los de los hombres.

—Sí, padre mio;— dijeron á una voz las dos jóvenes.

Después la que representaba ménos edad

añadió: —Ved ahora el fruto de nuestro trabajo y de nuestra velada; la blanca túnica de lino con que debéis revestiros mañana para celebrar la sagrada ceremonia de la Pascua, está casi acabada. Sólo faltan algunos momentos más de trabajo para que vos mismo podáis llevárosla.

—Continuad, pues, hijas mías— dijo Saturnino;— porque yo he practicado ya todas mis visitas y necesito descansar algunos instantes.

Verónica ofreció á Saturnino un escabel ó banqueta, y las tres mujeres emprendieron de nuevo su trabajo.

Esta breve y sencilla conversacion quitó á Cilo toda clase de esperanzas; porque habia reconocido en Saturnino al humilde pastor eclesiástico del reducido número de cristianos que tenían el valor de profesar públicamente una religion que, aunque en secreto, contaba ya en su seno á la mayor parte de los habitantes de las Galias.

No quiere esto decir que hubieran terminado las persecuciones contra los cristianos; porque de cuando en cuando se decretaban dichas persecuciones por los emperadores; pero tambien es cierto que algunas veces los magistrados no prestaban obediencia ni ejecutaban las órdenes ó sentencias de prisiones, de destierros ó de martirios que se dictaban en Roma. En aquellos momentos históricos era cuando Caracalla tenia fija toda su atencion en los preparativos de la guerra que intentaba llevar al corazon de la Germania y se ocupaba muy poco del gobierno religioso de la Galia, cuyo Propretor no sólo no demostraba ninguna enemiga hácia los cristianos, sino que por el contrario, habia llevado su indulgencia para con ellos hasta el extremo de permitir á Saturnino que edificase, en un sitio próximo al famoso capitolio de Tolosa, una modesta y pobre iglesia, donde aquel virtuoso prelado predicaba sus doctrinas al abrigo de los insultos del populacho y de los ataques de los sacerdotes del paganismo. Esta manifiesta protección del gobernador de la provincia pretoriana no era debida á que dicho magistrado practicase en secreto la religion del Crucificado; tenia su origen solamente en el sentimiento de respeto y

veneracion que todo hombre de bien tributa á la virtud, sea cual fuere la religion y la divinidad que la inspire. Por esta razon los primeros cristianos merecieron durante mucho tiempo los homenajes de una respetuosa consideracion, áun de sus más encarnizados enemigos, y las persecuciones de que fueron victimas frecuentemente, reconocieron por causa, más bien el odio que inspiraban sus virtuosas costumbres á toda aquella corrompida sociedad, que no el temor ó el peligro que pudieran inspirar sus creencias y la nueva religion que profesaban.

Entre todos los cristianos de aquella comarca llamaba la atencion su jefe y pastor Saturnino, tanto por la superioridad de su espíritu, como por la pureza y santidad de su vida. Cilo no ignoraba esto y sabia además que si se formulase una acusacion ante los magistrados contra aquel venerable varon, no sólo sería rechazada, sino que daría lugar á que se le permitiera ejecutar á la clara luz del sol lo que en aquel momento practicaba en las sombras de la noche. Demas de esto, que la familia de los Faustos habia gozado siempre una muy alta consideracion en la provincia, hasta el punto de que, reducidos casi á la miseria sus últimos descendientes por las inmoderadas exacciones de Caracalla, inspi-

raban no obstante la mayor veneracion y respeto.

El espía, sin embargo, meditaba si debía retirarse ó continuar su espionaje. El instinto del mal le detuvo en aquel sitio para poder sorprender la conversacion que siguió entre Saturnino y las dos jóvenes. La mayor de ellas, que se llamaba Sidonia, dirigió la palabra á Saturnino sin quitar la vista de la labor que traia entre manos, y le interrogó diciendo:

—¿Sería una indiscreta curiosidad, padre mio, el preguntaros qué suceso extraordinario os ha hecho dejar vuestra morada, en medio de la noche, para visitar á vuestros hermanos y llevarles vuestra santa palabra?

—No considero que sea un suceso extraordinario el que me ha hecho levantar de la tierra, donde me encontraba arrodillado y en oracion, para ir en busca de mis queridos hermanos. Ha sido una voz secreta la que me ha dado el aviso y me lo ha ordenado: una inspiracion divina que me ha anunciado el instante supremo de una separacion que yo creia no estar tan próxima y que ha de suceder muy pronto. Y como tengo el convencimiento de que ha llegado la hora en que otro pastor designado por el Altísimo ha de venir á sucederme para guiar á mis discipulos por el

camino de la santa religion que han seguido conmigo, he querido visitarlos para infundirles el valor necesario y para darles quizás mi última despedida.

—Qué horrible desgracia es ésa que nos anunciáis!— exclamó Valeria, la más joven de las dos hermanas.—¿Quereis acaso abandonarnos? ¿La voz del Altísimo reclama que vayais á visitar otras comarcas, para predicar en ellas la fe que aquí habeis hecho secundar para toda una eternidad? ¿Esa voz divina os ha señalado el término de vuestros pasos?

—Si he de creer los anuncios de la celeste vision que ha descendido sobre mi espíritu durante mis oraciones, nada tengo que hacer lejos de estos lugares, y aquí ha de ser donde he de ejecutar los últimos actos que atestigüen el valor de mi fe.

—Qué quereis decir!—exclamaron las dos hermanas llenas de horrible temor;—presentis alguna nueva desventura?

—No, hijas mías; la desventura no cae sino sobre los malvados.

—Y también sobre los abandonados, padre mio;—dijo Valeria.—¿Qué será de nosotros y de nuestros hermanos si nos vemos todos privados de vuestra enseñanza y de vuestros santos ejemplos?

—¿Tan poco arraigadas están en todos vosotros mis doctrinas, que pueda perder-

se el fruto de ellas el día que os faltase mi palabra? En cuanto á los ejemplos que os ofrezco, hijas mías, quizás me tenga el cielo reservada la suprema dicha de daros el más glorioso de todos los que de mí habeis recibido. La corona del martirio es, á no dudar, demasiado esplendente y honrosa para adornar una frente tan humilde como la mia; y sin embargo, me atrevo á esperar que Dios la colocará en ella para que sus luminosos resplandores alumbren las tinieblas de las dudas en los espíritus de algunos, y afiancen á todos en la verdadera fe de nuestra religion.

—Segun eso, tendréis ya algunos motivos para temer que el pueblo ó los magistrados os acusen ú os maltraten?—dijo Verónica.—¿Habeis tenido secreto aviso de ello por algun amigo, ó es que habeis ya sido objeto de algun ataque?

—Buena mujer—respondió Saturnino,—el hombre no puede saber nunca cuál sea la voluntad y los decretos de Dios, á no ser que el mismo Dios se digne revelarlo.

—Ya lo sé yo muy bien todo eso—respondió Verónica con la ruda supersticion que demostraba en todas sus palabras.—Un sueño es á veces un buen aviso y hay algunos que resultan augurios infalibles; pero es necesario, sin embargo, no conce-

der á todas esas cosas más crédito del que sea conveniente. Muchas veces he soñado yo que se incendiaba la casa, lo cual es un pronóstico de riquezas, ó bien que los ratones me roían la punta de los zapatos, lo cual es un anuncio de muerte, y no por eso he adquirido riquezas ni he dejado de gozar buena salud.

—Callad, Verónica—replicó Saturnino; —y no confundáis los pueriles engaños de vuestros falsos dioses con las augustas y santas verdades que el Supremo Hacedor se ha dignado anunciarnos.

—Vamos, padre, no digáis eso: mis dioses son tan buenos como puede serlo el vuestro; solamente que como son más antiguos, empieza á olvidárseles.

—Que vengan esos demonios (1)—gritó Saturnino con un entusiasmo que anunciaba la exaltación de su espíritu,—que vengan á mí para reducirlos al silencio y encadenarlos bajo mis pies.

—Yo lo creo, yo lo creo—contestó la imperturbable Verónica; — porque dicen que cuando vos pasáis por la plaza del Capitolio para encaminaros á vuestra iglesia, los dioses del templo se estremecen sobre

(1) Los primeros cristianos consideraban á los dioses del paganismo, no como seres fabulosos, sino como verdaderos demonios rebeldes contra Dios.—(N. del T.)

sus altares y los oráculos permanecen mudos hasta que os alejais, y no pueden ya escucharse las mágicas palabras que vais pronunciando.

—Si Dios ha concedido ese poder á mis oraciones, ¿por qué no abren los ojos á la fe los que perseveran en el error y en la herejía?

—Teneis razon—replicó Verónica;—pero bien sabéis que han existido otros hechiceros ó mágicos, que tambien fueron crucificados mucho ántes que ese á quien llamais vuestro Redentor, y que tienen un poder extraordinario. No léjos de aquí tenemos uno que hace palidecer, á su voluntad, la luz de la luna, y que ha convertido en cigüeña á la anciana esposa del Questor, la cual viene todos los años el día de su muerte á colocarse sobre el techo de la casa de su marido, lanzando desconsoladores gemidos.

—No es esta la primera vez que os oigo confundir las obras del espíritu de las tinieblas con las del espíritu de la luz.

—¿Y quién me asegura que seais vos la luz y que no lo sea....

—Silencio, Verónica—exclamó Valeria, que comprendió la indignación de Saturnino.—No discutais sobre cosas que no entendéis: escuchad con atención, si queréis, la santa palabra del venerable Pastor,

y pedid al cielo que ella os ilumine al fin como á nosotras.

Verónica movió la cabeza de un lado á otro para manifestar su incredulidad; pero no volvió á pronunciar ni una palabra más. Sidonia entónces dijo:

—¿Quereis decirnos, padre, dónde habeis escuchado esa voz celeste que os ha dado ese aviso, que yo no llamaré aviso fatal, puesto que viene del cielo, pero que no por eso dejará de ser una gran afliccion para vuestro rebaño, si se realizan sus anuncios?

—Ya os he dicho, hijas mías, que me encontraba en oracion, arrodillado sobre el pavimento de mi pobre morada y allí rogaba al Todopoderoso que me inspirase palabras persuasivas, para hablar dignamente de su gloria en el sermón que me proponía predicar durante las ceremonias del santo día de mañana. Mi alma se había elevado con amor al Altísimo, y me parecía ya como separada de mi cuerpo. Se me figuraba estar ante la Majestad Divina, invisible, pero presente, á quien mis ojos no podían distinguir en ningun lugar determinado, pero cuyos resplandores me inundaban de luz por todas partes: una celestial armonía, que no procedía de ningun sitio, aunque resonaba en todo el océano de brillante claridad que me rodeaba,

fué penetrando en mi sér lentamente, pero con un poder irresistible, que hizo que mi alma se estremeciera como si formara parte de aquellas divinas vibraciones. Despues, por encima de aquella dulce armonía, elevóse un sonido que yo no podría calificar como una voz, ni como una palabra, manifestándome cuál es la voluntad divina en estos momentos. Yo he comprendido lo que no ha sido pronunciado y he oido lo que no ha sido acentuado, es decir, que he participado de la verdad eterna penetrando en ella como la gota de agua que penetra y se confunde en el mar. De esta infinita é inmensa sensacion ha nacido en mi espíritu una conviccion, una certeza y una fe que yo os traduzco en humano lenguaje para que podais comprenderla.—Gloria á tí, me ha dicho la conciencia de mi destino; gloria á tí, que has de atestiguar con tu sangre lo que has atestiguado hasta ahora con tu palabra: tú elevarás tu cabeza al nivel de la de los santos mártires despues de haber destrozado tus piés por los agrestes y espinosos senderos del apostolado, y serás admitido en el reino de los cielos despues de haber sido un rayo de luz divina enviado á la tierra para alumbrarla!—Sí, queridas hijas mías; yo he gozado este sublime éxtasis, que es sin duda alguna un sagrado

aviso, y me encuentro poseído de una confianza tal y de una fortaleza tan superior, que creeria haber desmerecido la protección y la bondad del Todopoderoso si me viese privado de los dolores y de los sufrimientos que deben abrirme el camino de la gloria eterna.

Mientras que Saturnino relataba sus inspiraciones, las dos jóvenes hermanas lo escuchaban inmóviles y con la vista fija en sus ojos, que miraban al cielo llevando en sus pupilas, como en alas de fuego, las almas exaltadas de aquellas bellísimas virgenes. Hasta la misma Verónica, incapaz de comprender el significado de las místicas palabras que había escuchado, se sintió dominada por la expresión de la fisonomía de Saturnino; porque revelaba aquel hombre tal inteligencia de la divinidad, y tenía todo su ser tal sello de la participación del Dios excelente y bondadoso que le animaba, que la incrédula y la pagana se encontró penetrada por un destello de aquella misma fe y dejó marchar sus ideas por la órbita de aquel influjo religioso, como el planeta que obedece y gira en derredor del astro superior que lo domina.

Todo aquel poder y todo aquel influjo de la fe y de la bondad debía, sin embargo, embotarse ó extinguirse en la estúpida y perversa malignidad de Cilo, como las

olas encrespadas del mar al avanzar sobre la playa. Aquel hombre odioso, que no se conmovió por el entusiasmo de Saturnino y que no participaba de la fe de las dos jóvenes, ni del asombro de la esclava pagana, sólo tuvo una sonrisa de desprecio para todos los personajes á quienes vigilaba, y la primera reflexión que ocurrió á su mente fué una blasfemia.

—Tengo muchas ganas de probarte— murmuró Cilo—que mis actos valen más que tus predicaciones sobre las verdades de tu religión, y me atosiga el deseo de poder ofrecer pruebas irrecusables y sangrientas de lo que digo, á esos á quienes llamas hermanos tuyos.

Los medios de ejecución eran los que faltaban al pensamiento de Cilo, á quien sólo le ocurría la idea de ir á denunciar las palabras de Saturnino como subversivas y sospechosas; pero algunas frases que pudo escuchar todavía le señalaron el camino que debía seguir para llegar al logro de sus deseos.

Un religioso silencio había seguido á las revelaciones de Saturnino, y todos habían quedado como abismados en sus reflexiones, contemplando la triste y misteriosa actitud de aquel venerable anciano, que parecía estar elevado á la presencia de la divinidad en que había sido iniciado. Las

dos jóvenes permanecían inmóviles, llenas de recogimiento y respeto, sin atreverse siquiera á levantar la vista del suelo; pero Verónica, que participaba no ménos también de aquellas meditaciones, balbuceó al fin con una voz que demostraba cuán grande había sido el influjo que había ejercido sobre ella la exaltación del apóstol:

—¿Me permitis, padre mio—dijo,—que interponga un consejo inspirado sólo por la prudencia y sin ánimos de contrarrestar esas revelaciones sagradas, por medio de las cuales se manifiesta la divina voluntad de vuestro Dios?

Aquella era la primera vez que Verónica la pagana llamaba padre á Saturnino y se expresaba en aquellos términos.

—Hablad, hermana—contestóle Saturnino, que no tanto se atribuía el triunfo del cambio que observaba en el lenguaje de Verónica, como lo consideraba una prueba más de la bondad del Señor para sostenerle en el penoso trance de su misión.

—Pues bien, padre, paréceme que existe un medio bien sencillo de evitar los males que os amenazan; tan sencillo, que yo misma he podido concebirlo y que creo poder asegurar que sería suficiente para vuestra salvación.

—Veamos—dijo Saturnino con bondadosa sonrisa.

—Se reduce, señor, á que deis un pequeño rodeo y cambiéis de camino.

—¿Qué quereis decir?—exclamó vivamente Saturnino, interrumpiendo á Verónica,—que yo abandone la senda que conduce al cielo?

—No; no es eso, padre—replicó Verónica con la prontitud de su carácter impaciente;—no he querido hablar de la senda que conduce al cielo, sino de la que debéis seguir cuando os encamineis á vuestra iglesia. Para dirigiros á ella pasais todos los dias por medio de la plaza del Capitolio, frente á los templos de Júpiter y de Diana, y todos los dias vuestra presencia es señalada con algun suceso extraordinario, que irrita y exaspera en alto grado la cólera de nuestros sacerdotes. Evitad esas públicas provocaciones que pudieran considerarse como retos á la autoridad que representan, y el descontento y las iras que ellos intenten levantar contra vos entre las masas populares carecerán de pretexto, y las desgracias que todos tememos no podrán ya amenazarnos.

—La única desgracia que yo debo temer—contestó Saturnino—es la de no seguir siendo digno de que el Señor me conceda el santo martirio que me ha sido prometido, y yo sería ciertamente merecedor de esa desgracia, si practicase los culpa-

bles consejos que he escuchado de tus labios, y que te perdono, porque no puedes comprender todo lo que encierran de indigno y de ofensivo.

—Sin embargo, padre mio—se atrevió á decir tímidamente Valeria,—esa precaucion sería bien poca cosa.....

—¡Poca cosa!—replicó Saturnino con severo acento.—¡Poca cosa! ¿acaso es poco hacer retroceder al verdadero Dios, en la persona de su representante, ante esos ídolos malditos que son la personificacion de los demonios? Fortalecido con el amparo de Dios y defendido con la santa oracion, ¿habia de faltarme valor para desafiar á sus enemigos? Ese valor heroico que la defensa de su propia dignidad inspira á los hombres más vulgares, ¿no habia de tenerlo yo, cuando se trata de la Majestad Divina y del triunfo de su causa? No, hijas mias, no. En el dia de mañana, como siempre, yo atravesaré por medio de la plaza del Capitolio, y si es ése el lugar que Dios ha señalado como término de mi peregrinacion y de mis trabajos, yo seré fiel á sus mandatos y acudiré sumiso á su llamamiento. No olvideis, sin embargo, que yo os espero en la casa del Señor, y que mañana es el santo dia de la pascua en que los cristianos deben comparecer ante Dios, practicando el sacramento de la Comunion

y afianzando así los sagrados lazos que os unen á su Iglesia.

Saturnino se puso de pié despues de haber pronunciado esas palabras, tomó de manos de las jóvenes la blanca túnica de lino con que debia revestirse al dia siguiente, y salió de la casita al despuntar el alba.

Al mismo tiempo se deslizaba con precaucion un hombre á lo largo de la cerca que rodeaba el jardin, y bien pronto desapareció por entre las casas que se levantaban próximas á la orilla del Garona.

II.

Aquel hombre que escapaba, ó mejor dicho, que se deslizaba protegido por las sombras, era Cilo, á quien las últimas frases de Saturnino habian inspirado un infame proyecto que ardia en deseos de poner inmediatamente por obra. Al efecto, sin detener su ejecucion, se alejó de aquel barrio, donde no habitaban más que pescadores y marineros, y se encaminó hácia otra parte de la ciudad, ocupada casi exclusivamente por tejedores y obreros de las muchas fábricas de telas que existian por entónces en Tolosa.

En todas las épocas se ha venido observando constantemente que existe una no-

bles consejos que he escuchado de tus labios, y que te perdono, porque no puedes comprender todo lo que encierran de indigno y de ofensivo.

—Sin embargo, padre mio—se atrevió á decir tímidamente Valeria,—esa precaucion sería bien poca cosa.....

—¡Poca cosa!—replicó Saturnino con severo acento.—¡Poca cosa! ¿acaso es poco hacer retroceder al verdadero Dios, en la persona de su representante, ante esos ídolos malditos que son la personificacion de los demonios? Fortalecido con el amparo de Dios y defendido con la santa oracion, ¿habia de faltarme valor para desafiar á sus enemigos? Ese valor heroico que la defensa de su propia dignidad inspira á los hombres más vulgares, ¿no habia de tenerlo yo, cuando se trata de la Majestad Divina y del triunfo de su causa? No, hijas mias, no. En el dia de mañana, como siempre, yo atravesaré por medio de la plaza del Capitolio, y si es ése el lugar que Dios ha señalado como término de mi peregrinacion y de mis trabajos, yo seré fiel á sus mandatos y acudiré sumiso á su llamamiento. No olvideis, sin embargo, que yo os espero en la casa del Señor, y que mañana es el santo dia de la pascua en que los cristianos deben comparecer ante Dios, practicando el sacramento de la Comunión

y afianzando así los sagrados lazos que os unen á su Iglesia.

Saturnino se puso de pié despues de haber pronunciado esas palabras, tomó de manos de las jóvenes la blanca túnica de lino con que debia revestirse al dia siguiente, y salió de la casita al despuntar el alba.

Al mismo tiempo se deslizaba con precaucion un hombre á lo largo de la cerca que rodeaba el jardin, y bien pronto desapareció por entre las casas que se levantaban próximas á la orilla del Garona.

II.

Aquel hombre que escapaba, ó mejor dicho, que se deslizaba protegido por las sombras, era Cilo, á quien las últimas frases de Saturnino habian inspirado un infame proyecto que ardia en deseos de poner inmediatamente por obra. Al efecto, sin detener su ejecucion, se alejó de aquel barrio, donde no habitaban más que pescadores y marineros, y se encaminó hácia otra parte de la ciudad, ocupada casi exclusivamente por tejedores y obreros de las muchas fábricas de telas que existian por entónces en Tolosa.

En todas las épocas se ha venido observando constantemente que existe una no-

table diferencia de caracteres y de sentimientos entre los hombres que se dedican á trabajos mecánicos ó de manipulacion y aquellos otros que viven y se ganan el sustento con trabajos corporales y penosos; diferencia debida sin duda á la accion eficaz de estos mismos trabajos. Asi vemos que todos aquellos cuya profesion ú oficio exige el violento empleo de grandes fuerzas físicas, son, por regla general, de un carácter más brusco, pero á la vez más prudente y moderado que el de los que se dedican á operaciones y trabajos sedentarios. Quizás los primeros agotan y consumen, por decirlo así, el germen de las malas pasiones por virtud de las fatigas corporales que sufren, mientras en los segundos se desarrollan y fecundan con el reposo los deseos más ardientes y desenfrenados; y si algunas veces una salvaje brutalidad se manifiesta en aquéllos, en cambio éstos otros practican siempre todos los vicios y son los representantes de las costumbres más disolutas.

Las ciencias morales han intentado explicar el fenómeno de esas diferencias, achacándolo al aislamiento en que se encuentra por lo comun el batelero ó el campesino durante sus faenas, aislamiento que da lugar, casi siempre, á meditaciones donde dominan sanos y honrados

pensamientos; en tanto que la reunion de muchos obreros en un taller provoca perpétuas discusiones, que destruyen y vician en sus espíritus los principios de virtud que debian dirigir sus actos.

Las ciencias médicas parece que nos dan mejor explicacion de ese resultado, atribuyendo que el desarrollo de las fuerzas musculares absorbe ó consume cierta parte de sensibilidad en el hombre dedicado á rudas faenas, y que, por el contrario, un estado ó una ocupacion sedentaria produce en la mayoría de las naturalezas la constante excitacion del sistema nervioso; porque se observa que las fuerzas físicas, léjos de acrecentarse con el trabajo de los talleres, disminuyen sensiblemente y concluyen por ofrecernos el aspecto de esos pueblos enervados, marchitos, lívidos, débiles y enfermizos, cuyos individuos, sin embargo, son esclavos de todas las pasiones.

Sea cual fuere la verdadera razon del hecho y de su causa, es lo cierto que ha sido así observado en todas las épocas y en todos los tiempos; y si Pausanias designaba el cuartel de los tejedores de Atenas como el teatro de las más pervertidas costumbres, llevadas á un exceso que no cometeremos la inconveniencia de bosquejarlas, Cilo sabia tambien que encontraria

las mismas disposiciones entre los mismos hombres de Tolosa.

Es necesario, además, añadir otra observación, cual es la de que las ideas religiosas están más arraigadas ó son más fáciles de nacer en los hombres cuya existencia ó sustento depende de una tempestad y de una buena ó mala cosecha, que no en los que con tiempo bonancible ó borrascoso pueden sosegadamente calcular todos los días las probabilidades de sus ganancias y de sus recursos, según la cantidad ó medida de su trabajo. El marinero, el pescador, el campesino, cuyas riquezas ó miserias descienden visiblemente del cielo con el viento, la lluvia y los rayos del sol, dirige natural é inevitablemente todas sus miradas á ese Gran Poder desconocido que habita en las alturas. El obrero de taller, que tiene sabido lo que infaliblemente le producirá cada minuto del día, según quiera ó no emplearlo en su provecho, se imagina que puede pasarse muy bien sin necesidad de implorar los socorros de ese Gran Poder, y casi por lo común es en sí mismo en quien deposita toda su fe.

Dadas esas disposiciones comunes á todos los siglos y á todos los pueblos, debe comprenderse que la nueva religión de los cristianos hiciera más prosélitos entre esas

clases fuertes y sufridas, deseosas de estar siempre, por decirlo así, en contacto con el cielo, que no entre los que nada tenían que esperar de él, puesto que no debían temer ni aún los calores tan molestos para el trabajo, porque los tejedores tenían sus talleres en unas especies de cuevas ó sótanos, contruidos debajo de tierra.

De seguro que la limitada ilustración de Cilo no penetraba en todas estas reflexiones para encaminarse al barrio de los tejedores; pero en cambio sabía de sobra que allí era donde había de encontrar hombres turbulentos y sediciosos, para quienes el desorden y las asonadas serían un eficaz incentivo. Así, pues, tan luego como llegó á dicho barrio, penetró en una especie de figón ó taberna, donde ya se encontraban algunos de esos obreros, y en poco tiempo se reunieron otros muchos, según lo tenían por costumbre cuando se acercaba la hora de marchar á los talleres. Por la virtud de algunas monedas que Cilo gastó para convidar á unos cuantos, entabló bien pronto conversación con todos ellos; y aquel ente deforme y miserable, que en cualquier otro lugar hubiera sido objeto de desprecio y desvío de las gentes, fué acogido con benevolencia en la sociedad de hombres tan débiles y degenerados como él, y como él también lle-

nos de odio y envidia contra todo sér fuerte, ágil, robusto y bien conformado. Ellos y él se entendieron en seguida perfectamente, y habiéndose quejado algunos de la pobreza y escasez de los tiempos, lamentos constantes de todas épocas, y en todas las épocas lamentos fundados, Cilo achacó á la miseria que se padecía causas ú orígenes que fueron aprobados por todos con general asentimiento, porque de ellos nacian nuevos motivos de odio y nuevas necesidades de venganzas.

— Nada debe extrañaros ni sorprenderos, — decía — que las ricas telas no tengan hoy buen mercado y que el comercio, del cual depende vuestra subsistencia, toque á su completa ruina. Reparad cómo nuestros magistrados y ricos patricios reducen todos sus gastos y cada cual de ellos parece conformarse y estar muy satisfecho con su traje de jerga ó á lo sumo de paño; la púrpura y las telas de seda casi no se ven más que en los templos y en los espectáculos públicos: ¿y por qué? porque á unos cuantos miserables, que se dan el nombre de cristianos, les ha dado la manía de exaltar la pobreza y la humildad como una gran virtud, predicando que la abstinencia de todas las cosas agradables es el primer mérito del hombre.

Los obreros escuchaban con atencion,

apoyando los codos sobre la mesa en que Cilo les habia hecho servir algunos jarros de vino, y desde luégo demostraron su aprobacion á la primera parte del discurso de éste, quien convencido de ir ganando voluntades, continuó:

— Pero lo que áun es más lamentable es que el mal que amenaza reducir á la miseria más cruel una gran parte del pueblo, y ciertamente la mejor y más digna de atenciones, vosotros todos, amigos míos; lo que es áun más lamentable, digo, es que tal estado de cosas sólo se debe á la influencia y predicaciones de un solo hombre, contra quien no sería difícil alcanzar reparacion y justicia.

Todos miraron á Cilo con admiracion, y cien voces le demandaron que pronunciasse el nombre del magistrado á quien debia acusarse.

— No es un magistrado ni mucho ménos, — replicó Cilo; — es simplemente un miserable aventurero que sólo hace siete años que vino á establecerse en nuestro país. Vosotros, los que habitais aquí toda la vida, decidme: ¿qué cristianos habia en Tolosa antes de su llegada? Sólo unos cuantos pobres marineros, especie brutal y salvaje, sin inteligencia, que no saben hacer otra cosa más que manejar un remo ó cargar con un fardo. Poco podía importaros

entonces ni el número ni la calidad de esos nuevos sectarios; mas hoy el atrevimiento y la audacia de Saturnino ha logrado que las más nobles y ricas familias escuchen y atiendan sus preceptos practicando sus doctrinas. Algún día de esas personas lo declaran así, sin temor ninguno: la mayor parte de ellas no se atreve todavía á profesar públicamente la nueva religion; pero los que no tienen el valor de confesarlo con sus palabras, lo atestiguan con sus acciones. Como consecuencia de todo esto, decidme, ¿qué ha sido de aquellas espléndidas fiestas en que todos pretendían sobrepujarse y vencer por su lujo y elegancia? ¡Ah! ¡ya hoy no estamos en aquellos tiempos! Entonces con sólo unas cuantas horas al día de trabajos poco penosos, asegurabais un jornal suficiente, y aún sobrado, para vuestras necesidades; mientras que ahora teneis que abandonar vuestros lechos antes de la salida del sol y trabajais sin cesar todo el día, para fabricar una mercancía cuya venta es dudosa é insegura, por las razones que acabo de explicar.

— ¡Es cierto, es cierto! — exclamaron algunas voces; — si los ricos se convierten todos al cristianismo, ¿qué será de nosotros?

— Yo no puedo deciros cuál será vuestra

suerte — dijo Cilo; — pero en cambio puedo aseguraros que estais amenazados de una inminente ruina y de una espantosa miseria, si dejais escapar el último recurso con que os brinda la oportunidad en estos momentos.

— ¡Habla, habla! — gritaron todos.

— Lo que voy á manifestaros no es una mentira, ni una falsedad — continuó Cilo; — es, por nuestra desgracia, muy cierto, y todos vosotros podeis ser hoy mismo testigos de ello.

— ¿De qué, de qué? — volvieron á gritar todos.

Cilo conocia perfectamente todo el poder y la seduccion de una curiosidad hábilmente excitada; pero sabia tambien que no es conveniente en esos casos perder el momento ó la oportunidad de hablar. Así, pues, sin detenerse un instante, se levantó de su asiento, y apoyándose sobre la mesa en el centro de su auditorio, procuró dar á sus palabras una entonacion animada, y con voz familiar, como si hablase á íntimos y antiguos amigos, dijo:

— Veamos, camaradas: ¿quiénes son los que todavía compran las preciosas telas que fabricais y los que las pagan á crecidos precios? Únicamente los sacerdotes de nuestro culto, á quienes el lujo de nuestras solemnes ceremonias les prescribe

el uso de ricos y espléndidos trajes. ¿No es cierto?

— ¡Es verdad!... ¡Es verdad! — repitieron los tejedores.

— Hay también otros que todavía conceden alguna protección á vuestro trabajo y á vuestra industria: éstos son los que, fieles al culto de nuestros dioses, procuran dar esplendor y magnificencia á las ceremonias y sacrificios, concurrendo á estas solemnidades con ricas vestiduras; pero ¿cuál será vuestra suerte el día que tales actos y fiestas dejen de celebrarse, ó el día que no sean más que objeto de mofa y de desprecio?

— ¡Eso es imposible! — replicaron los obreros.

— ¡Ah! vosotros lo creéis así, porque no sabéis que hace ya algún tiempo que han enmudecido los oráculos y que los mismos dioses permanecen silenciosos, siendo en vano las consultas y las oraciones de nuestros sacerdotes.

— En efecto — exclamó uno de los tejedores, — yo he oído hablar algo de eso, que ha sido siempre el funesto presagio de alguna gran calamidad.

— Pues bien; ya sabéis que hoy deben ofrecerse importantes sacrificios á Júpiter y á Diana, para que se aplaque la cólera de estas divinidades, y se espera que, por

virtud de la sangre esparcida sobre sus altares, nos sea devuelta su protección; pero se espera en vano, mientras permitan que viva un hombre que se jacta de hacer enmudecer á nuestros dioses.

— ¿De hacerlos enmudecer?...

— Ciertamente; y ese hombre es Saturnino, el cual ha prometido con los más execrables juramentos que, al atravesar hoy mismo la plaza del Capitolio, ahogará la voz de nuestros oráculos en el momento que se le antoje, merced á los sortilegios y brujerías que ha de emplear.

Todos se miraron con espanto unos á otros, y ya se disponían á preguntar á Cilo de qué medios se había él valido para saber eso; pero el muy astuto, anticipándose á unas observaciones que le hubieran colocado en grave aprieto, añadió con prontitud:

— Por lo demás, ya os he dicho, y os lo repito, que si alguno pone en duda mis afirmaciones, puede cerciorarse de ellas muy fácilmente, asistiendo hoy mismo al templo y observando los acontecimientos extraordinarios que sucederán cuando ese hombre funesto se presente en la plaza.

— ¿Y por qué nuestros sacerdotes no castigan al culpable?

— ¿Cómo quereis que lo castiguen cuando les consta que Saturnino goza la pro-

teccion de los magistrados? Seguramente que nuestros sacerdotes tendrían el valor necesario para intentar librarnos á todos de ese miserable, si contáran con un apoyo tan eficaz como el que vosotros podríais darles; pero ¿quién de vosotros les prestará ayuda?

— ¡Todos, todos! — gritaron los obreros. — A la hora de las ceremonias nos encontraremos todos en la plaza del Capitolio, dispuestos á cuanto sea necesario.

A estas promesas siguieron las amenazas más terribles contra Saturnino, y poco á poco la excitacion producida por el vino y por las peroraciones de Cilo inflamó en los corazones de aquellos hombres un furor que bien pronto se comunicó y extendió por el barrio entre todos sus compañeros.

Cuando los vió Cilo en aquellas disposiciones, que juzgó favorables á su proyecto, separóse de ellos y se encaminó á la morada del Gran Sacerdote de Júpiter.

Dicho pontífice era un hombre que habia desempeñado en la colonia los cargos de questor y de edil, sin otros méritos que los de la nobleza de su nacimiento y familia; pero habiendo demostrado su incapacidad para el ejercicio de tales funciones, se le habia encomendado aquel título religioso con el objeto de satisfacer su vanidad,

poniendo coto á sus ambiciones. Sin embargo de esto, Laertes, que así se llamaba el Gran Sacerdote, se mostraba descontento porque sus atribuciones realmente no le concedían autoridad ninguna en el órden gubernativo ni en el judicial, y estaba, á decir verdad, algo celoso de la que veía ejercer por otros hombres de inferior clase que la suya. Con este motivo habia procurado captarse las simpatías del pueblo y conquistar sufragios con la pompa y magnificencia de los sacrificios que frecuentemente ofrecía á los dioses; pero no por eso conseguía ver más concurridos los templos, y si habia hecho que enmudecieran los oráculos divinos, habia sido tan sólo con la intencion de dar á entender que las divinidades manifestaban así su enojo por el poco caso que se hacía de un hombre de sus prendas.

Cuando le anunciaron que Cilo pretendía de él una audiencia, acababa de arreglar las últimas disposiciones de las ceremonias que tenia preparadas. Aquel día debían los dioses manifestar su voluntad: favorables augures habian anunciado que las divinidades estaban agradecidas, ya hacia algun tiempo, á las ofrendas del pontífice, y los oráculos debían hacer al pueblo la revelacion de que Laertes era un hombre muy agradable á los cielos, y

que los negocios y empleos que se le confiarán, por el voto de sus conciudadanos, tendrían la protección de los dioses.

Era preciso que Cilo le hiciese variar todos sus preparativos y todos sus planes; y en efecto, el espíritu astuto y sutil de aquel hombre, pesando sobre la grosera y limitada inteligencia de Laertes, obró como una poderosa palanca, desviándole completamente de sus pensamientos sin grandes esfuerzos.

Para lograr este resultado empezó Cilo por lisonjearle, persuadiéndole de que era objeto del amor y de las simpatías de todo el pueblo, el cual sufría ya con impaciencia la administración y la autoridad de ciertos hombres á quienes se consideraba en general como usurpadores de cargos que él solo era digno de desempeñarlos. En seguida le explicó que si esos hombres se habían hecho abominables para la mayoría de sus conciudadanos era porque directa ó indirectamente protegían los progresos de la nueva religión. Con este motivo, y habiendo conducido Cilo la conversacion al punto que le interesaba, repitió á Laertes bajo todas las formas posibles y más persuasivas, que el pueblo no tenía ya esperanzas en nadie más que en sus sacerdotes, y que estaba dispuesto á probar esos sentimientos con eficaz testimo-

nio, si él mismo quería provocar alguna manifestacion en ese sentido. Finalmente, Cilo refirió á Laertes las mismas noticias que habia ya esparcido en el barrio de los tejedores, denunciándole los propósitos de Saturnino y la insolencia y atrevimiento con que éste se jactaba de hacer enmudecer á los dioses.

Al oír esto asomó á los labios de Laertes esa sonrisa presuntuosa y fatua, propia de todo hombre necio, y respondió:

— ¡Bah! Los dioses hablarán cuando á mí se me antoje y siempre que yo quiera.

— ¿Quién lo duda? — replicó Cilo. — Pero si los dioses hablasen podría creer el pueblo que se habia por fin aplacado la cólera de los cielos, y no infundiría ningun temor ni la conducta de ese Saturnino, ni la de los que le protegen. Por el contrario, si se demostraba que los dioses guardaban silencio en su presencia, como él se jacta de conseguirlo con sus oraciones, no quedaria duda ninguna al populacho del funesto poder de ese hombre, de quien pronto habia de tomar terrible venganza, y ya una vez desencadenados los odios y lanzados los ataques contra Saturnino, es indudable que serian envueltos los protectores en la ruina del protegido.

La esperanza de que esto pudiera suce-

der halagó en extremo á Laertes, quien, seducido por las observaciones de Cilo, llamó en el acto al encargado de presidir el órden de los sacrificios, para comunicarle nuevas y diferentes instrucciones de las que ántes le tenía dadas. Esto no significaba, sin embargo, que Laertes participase de la opinion que Cilo se proponia inspirarle, sino que su vanidad y su orgullo se habian excitado ante la idea de llegar á ser, bajo cualquier pretexto, el móvil de una manifestación popular. Así, pues, sin tener para nada en cuenta la inocencia ni la virtud del hombre á quien iba á exponer á los furores de unos cuantos miserables capitaneados por Cilo; sin considerar tampoco las desgracias ni los conflictos que pudiera ocasionar un movimiento popular, que él era incapaz é impotente para moderarlo ó reprimirlo, cayó en los lazos que le habia tendido el delator.

Cilo tenía el instinto del mal y de la perversidad, y entre una buena ó una infame accion hubiera siempre dado la preferencia á esto último; pero á pesar de estar satisfecho en este sentido, pretendia ademas que su maldad no resultase estéril y que le produjese algo más que el ódio de aquellos á quienes sacrificaba, y que el desprecio

de aquellos otros á quienes fingia servir. Así es que cuando vió á Laertes interesado en el éxito de los proyectos que él habia formado contra Saturnino, abordó resueltamente la cuestion de la recompensa que esperaba obtener. La repuesta de Laertes fué tal como la habia previsto Cilo, que desde luégo estaba tambien dispuesto á no conformarse con ella.

—Te corresponden y debes obtener los bienes todos de la persona á quien has denunciado— le dijo el Gran Sacerdote

—En primer lugar—replicóle Cilo—los bienes que posee Saturnino se reducen al miserable albergue donde habita y á la casita ruinosa que él designa con el pomposo título de templo cristiano. Estos bienes serian, por tanto, una recompensa que no corresponderia dignamente al importantísimo servicio que yo voy á prestarte; pero tú ovidas, por otra parte, que aun esa mezquina recompensa me sería negada, porque no se trata aquí de una acusacion legalmente formulada ante los magistrados, de la cual se origina un juicio, en el que sale condenado el culpable á pagar el premio de la delacion: éste es un procedimiento muy distinto. Pudiera suceder tambien que el populacho hiciera pedazos al mismo Saturnino despues de haber demolido su casa y su iglesia, sin

que esto me produjese un óbolo (1), y sin que nada hubiera sobre qué reclamar. De tí, pues, únicamente puedo yo recibir lo que deba dárseme.

—Comprendo perfectamente lo que dices, y en verdad que no había tenido yo presentes esas razones; pero también quisiera que me demostraras cuáles sean las ventajas que me ofrezca el dejar que estalle una tempestad que puedo impedir exclusivamente con mi voluntad.

—¿Qué ventajas?—replicó Cilo—¿Y si la persona que ha convencido al pueblo de que tú eres su única esperanza volviese á decirle que tú eres, movido de tu ambición, quien haces enmudecer á los dioses? ¿Y si se le demostrase á las masas que en vez de servir sus intereses, cuando pretenden desembarazarte de un sedicioso, tú te muestras débil y cobarde, abandonando la causa del pueblo y la tuya propia? ¿Crees tú que ese pueblo inconsecuente y voluble no acudiría de seguida en busca de ese Saturnino, que predica sin cesar inculcando las ideas de que para los pobres es el reino de los cielos? ¿No consideras que ese mismo pueblo acudiría en tropel á tributarle los dones y homenajes que tú no

(1) Moneda ateniense aceptada en Roma, que equivale á seis maravedís de la nuestra.— (N. del T.)

quieres asegurar á costa de un pequeño sacrificio? ¿No meditas que tras eso alcanzará Saturnino los sufragios para ocupar los puestos á que tú aspiras, y añadirá á la humillación que ahora sufres al verte preferido por hombres que no te igualan ni en nacimiento, ni en ciencia, ni en fortuna, la más cruel humillación de verte también postergado por un miserable extranjero, que se mofará de tí cuando escale las gradas del tribunal cuyo asiento debieras tú ocupar?

—¿Pero quién puede decir todo eso al pueblo?—exclamó Laertes alarmado y estupefacto.

—¡Yo!—respondió Cilo con la mayor insolencia y desfachatez.—Yo he sido comisionado por el pueblo para venir á conferenciar contigo, y estoy obligado á comunicarle tu contestación. ¿Piensas acaso que yo me hubiera atrevido á llegar hasta tí si no fuera el intérprete de la opinión pública?

Laertes abrió desmesuradamente los ojos manifestando su asombro por haber sido objeto de las esperanzas del pueblo, sin que él mismo se hubiera podido apercebir de ello.

Después que se hubo repuesto un poco de su sorpresa, tomó un aire de ridícula importancia, y dijo á Cilo:

—¿Y puedes decirme quiénes son los dignos y respetables ciudadanos que han puesto en mí sus esperanzas?

—¿Crees que sería prudente, por mi parte, que yo te los nombrase, cuando todavía no me has dado garantías de que no sólo apruebas sus proyectos, sino que estás dispuesto á secundarlos?

—¿Y cómo podrán ellos saber mi resolución?

—Todos darán fe y crédito á las promesas que yo les haga en nombre tuyo.

—En ese caso, yo te autorizo para decirles todo cuanto tú consideres conveniente.

Laertes pronunció estas últimas palabras queriendo poner término á su conferencia con Cilo; pero éste, en vez de abandonar la estancia, como Laertes habia creído que lo hiciera, permaneció de pie delante del Gran Sacerdote, el cual se vió precisado á preguntarle qué otra cosa deseaba todavía.

—Yo tengo precision—respondió Cilo—de poder hablar á los que me han enviado en estos términos:—«No solamente aprueba Laertes vuestros proyectos, sino que además desea recompensar vuestros servicios, y ved ahí lo que me ha encargado que distribuya entre vosotros.»—Si yo pudiera hablarles de esa manera y

mostrarles una bolsa como la que estoy viendo sobre aquella mesa, cuyo dinero distribuiria entre ellos, no podrian ya dudar de tus buenas intenciones, y tú serias, no solamente el honrado y virtuoso Laertes, sino el divino Laertes. ¡Oh!... ¿quién sabe entónces hasta dónde podria elevarte el favor popular de las masas, exaltadas y seducidas á costa de tan pequeño sacrificio? El divino Julio César, que fué, como tú lo eres ahora, Gran Sacerdote de Júpiter, obtuvo por medios idénticos la dignidad consular que le habia sido negada muchas veces, y si luégo llegó á ser dictador, debiólo, en primer lugar, al mérito de sus liberalidades y al irresistible poder de los dineros que distribuyó.

Las absurdas esperanzas en que se inspiran los necios exceden á todo cuanto pueda imaginarse un hombre honrado y de recto juicio; pero la astucia de los que se ejercitan en el comercio de las adulaciones, tiene muy aprendido que éstas son siempre acogidas con agrado en el ánimo de los mentecatos, por muy estupidas y exageradas que ellas sean. Las palabras de Cónsul y de César aturdiéron materialmente á Laertes y le fascinaron. Desde aquel momento sólo vió en Cilo al único hombre que le tributaba los honores y la consideracion á que él mismo

se juzgaba acreedor, y exclamó en un arranque de frenético entusiasmo.

— Tú eres el hombre que yo necesito, y no puedo ya dudar que los dioses te han concedido la facultad de penetrar en mis intenciones y pensamientos. Estos estúpidos habitantes de Tolosa no juzgan del mérito de ciertos hombres más que por sus actos en el desempeño de un cargo mezquino y de reducidas atribuciones, siendo incapaces de comprender y de apreciar el genio y la superioridad de los que pueden aparecer como inhábiles ó poco aptos, para llevar la cuenta de los pequeños gastos de una ciudad, cuando poseen dotes y sabiduría para gobernar un imperio.

— Y tú eres el hombre en quien yo reconozco esas condiciones — dijo á su vez el astuto Cilo. — Ya hace mucho tiempo que te observo y estudio, viéndote marchar con tus proyectos por la senda de la fortuna y de la gloria. Con el reducido poder y con la mezquina autoridad que representas has conseguido, sin embargo, que todas las miradas se fijen sobre tu persona; y el silencio de los dioses, que es obra tuya, ha sembrado el espanto y la alarma en Tolosa. Considera, pues, si tuvieras un poder más directo, y si dispusieras de las legiones ó del gobierno de la

colonia, todo lo que podrias intentar con tales elementos, cuando tanto y tanto has conseguido ya sin otros recursos que tu genio. ¡Oh, Laertes! no dejes escapar la gloria y los honores que te están reservados: ha llegado el momento de realizar todas tus esperanzas: ¡hoy ó nunca! Yo te ruego en nombre del pueblo que nos demuestres á todos ser digno de los juicios que hemos formado de ti.

— Vé sin detenerte, gritó Laertes, tomando la bolsa de dinero que estaba sobre la mesa y entregándola á Cilo. — Agrega á esa suma estos otros donativos, añadió, poniendo en sus manos algunas joyas que sacó de una preciosa caja. — Vé, pues, y ten la seguridad de que en el día del triunfo no he de olvidar al hombre que ha sido el primero en reconocer mis méritos y en vengar la injusticia de que hasta hoy he sido víctima por parte de mis conciudadanos.

Cilo se alejó precipitadamente dirigiéndose, no al barrio de los tejedores, sino á la guarida que le servía de habitación, donde ocultó cuidadosamente el oro y los presentes que habia recibido de Laertes. Allí á sus solas se mofaba de la necesidad de éste, cuando su avaricia y concupiscencia le hicieron meditar que no habia sacado de aquel hombre todo el provecho de que po-

dia utilizarse. Insistiendo en estos pensamientos, empezó á considerar como una recompensa mezquina el dinero y las alhajas que habia obtenido, y se puso á estudiar los medios de que podria valerse para explotar de nuevo á Laertes; pero no encontrando ninguno eficaz para inducir á éste á que hiciese más sacrificios de los que habia hecho, se le ocurrió la idea de utilizar contra el gran sacerdote los proyectos que él mismo le habia sugerido. Esto no solamente era posible, sino en extremo fácil; pues bastaba formular una denuncia á los magistrados, probándoles que Laertes fomentaba una sedicion popular. Esta prueba, que era difícil ofrecerla si la denuncia se hacia ántes de que ocurriera algun suceso extraordinario, sería innecesaria y por sí sola se presentaría si se dejaba estallar el movimiento. Cilo salió, pues, de su morada proponiéndose obrar segun lo aconsejasen las circunstancias, hallándose dispuesto á aprovechar la primera ocasion favorable que se le presentase para perder á Laertes en el momento mismo que éste se comprometiese con algun acto público.

Existen ciertos caracteres que parecen inexplicables. El de Cilo calculando con estoica sangre fria lo que podria producirle la muerte de Saturnino y más tarde la

del mismo Laertes, pareceria tan inverosímil como odioso, si la historia no nos presentase el ejemplo de otros semejantes.

Bajo el gobierno de los emperadores habia llegado el pueblo romano á tal grado de vicios y de desmoralizacion, que la delacion habiase convertido en un oficio que se profesaba descaradamente; pero lo que no se comprende, lo que no se explica y lo que excede á la idea de inmoralidad que pueda formarse de aquella época, es que continuase ejerciéndose tal profesion, cuando ya no sólo no producía utilidades ningunas, sino que, por el contrario, acarrea perjuicios y desgracias. Cuando algun tiempo despues, queriendo los gobiernos extirpar el vicio de las delaciones, se publicaron rescriptos imponiendo la pena de muerte á todo aquel que delatase á un conciudadano, esto no detuvo ni atajó las consecuencias de aquel vicio, que se habia convertido en pasion y en delirio, viéndose á muchos que compraban gustosos, á costa de sus propias vidas, el mal que se proponian causar á sus enemigos, formulando contra ellos una denuncia.

Quizás no llegase á tanto nuestro Cilo, por efecto de su propia cobardia; pero puede juzgarse de la facilidad con que aquel hombre se decidía á ocasionar males, cuando éstos le proporcionaban algun

provecho, si se tiene en cuenta que las vidas de muchos habian sido inmoladas por su solo placer de dañar.

III.

Entre tanto, habia llegado la hora de las ceremonias, y mientras que por una parte se llenaba de fieles el pequeño recinto de la iglesia cristiana para asistir á la solemne celebracion de la Santa Pascua, una multitud considerable de gente se encaminaba en direccion á la plaza del Capitolio y se agolpaba junto á las puertas del templo de Júpiter.

El aspecto que ofrecian ambas reuniones era, sin embargo, bien contrario; porque en la primera podia contemplarse un solemne recogimiento, un humilde silencio, gentes vestidas con pobreza, aunque con decoro y decencia, y en la segunda se observaba una mezcla de lujosos trajes y de vestidos harapientos, unos y otros llevados con impúdico talante por aquella muchedumbre inquieta y turbulenta, que lanzaba gritos desenfrenados é insultantes.

Otro contraste á un más característico las distinguia. Los cristianos veian retrasarse la hora en que debía llegar su pastor ó sacerdote, y léjos de murmurar por ello, estaban alarmados y temerosos; mientras

que el populacho que invadia la plaza del Capitolio daba escandalosas muestras de su impaciencia y exigia con desaforadas vociferaciones que diesen principio las ceremonias.

Por fin abriéronse las puertas del templo pagano, y precipitóse dentro de él una avalancha de ciudadanos, quedando una gran parte de ellos en el peristilo y gradas del edificio. Podia fácilmente adivinarse, por la actitud de estos últimos, que algo extraordinario debía suceder en el exterior del templo.

Acto seguido, estando colocados los sacerdotes inmediatos al altar, penetraron por una puerta lateral los sacrificadores, conduciendo varios toros de extremada fiereza, á cuyas bestias contenian con gran trabajo, á pesar de las trabas y fuertes yugos que las sujetaban. Pronunciadas que fueron las invocaciones de costumbre, dió Laertes la señal, levantando en alto el baston de marfil que tenia en la mano, y uno de los sacrificadores descargó un tremendo golpe de maza en la cabeza de una de las reses, que cayó atronada para que otro sacrificador le hundiese en el cuello una ancha cuchilla de bronce. La sangre que brotó de la enorme herida fué recogida en un vaso sagrado, y con aquel humeante licor regaron el altar de los dioses.

provecho, si se tiene en cuenta que las vidas de muchos habian sido inmoladas por su solo placer de dañar.

III.

Entre tanto, habia llegado la hora de las ceremonias, y mientras que por una parte se llenaba de fieles el pequeño recinto de la iglesia cristiana para asistir á la solemne celebracion de la Santa Pascua, una multitud considerable de gente se encaminaba en direccion á la plaza del Capitolio y se agolpaba junto á las puertas del templo de Júpiter.

El aspecto que ofrecian ambas reuniones era, sin embargo, bien contrario; porque en la primera podia contemplarse un solemne recogimiento, un humilde silencio, gentes vestidas con pobreza, aunque con decoro y decencia, y en la segunda se observaba una mezcla de lujosos trajes y de vestidos harapientos, unos y otros llevados con impúdico talante por aquella muchedumbre inquieta y turbulenta, que lanzaba gritos desenfrenados é insultantes.

Otro contraste á un más característico las distinguia. Los cristianos veian retrasarse la hora en que debía llegar su pastor ó sacerdote, y léjos de murmurar por ello, estaban alarmados y temerosos; mientras

que el populacho que invadia la plaza del Capitolio daba escandalosas muestras de su impaciencia y exigia con desaforadas vociferaciones que diesen principio las ceremonias.

Por fin abriéronse las puertas del templo pagano, y precipitóse dentro de él una avalancha de ciudadanos, quedando una gran parte de ellos en el peristilo y gradas del edificio. Podia fácilmente adivinarse, por la actitud de estos últimos, que algo extraordinario debía suceder en el exterior del templo.

Acto seguido, estando colocados los sacerdotes inmediatos al altar, penetraron por una puerta lateral los sacrificadores, conduciendo varios toros de extremada fiereza, á cuyas bestias contenian con gran trabajo, á pesar de las trabas y fuertes yugos que las sujetaban. Pronunciadas que fueron las invocaciones de costumbre, dió Laertes la señal, levantando en alto el baston de marfil que tenia en la mano, y uno de los sacrificadores descargó un tremendo golpe de maza en la cabeza de una de las reses, que cayó atronada para que otro sacrificador le hundiese en el cuello una ancha cuchilla de bronce. La sangre que brotó de la enorme herida fué recogida en un vaso sagrado, y con aquel humeante licor regaron el altar de los dioses.

En aquel momento pareció como que se conmovía todo el templo hasta en sus cimientos, y al mismo tiempo resonaron en el espacio tremendos ecos y extraños sonidos, producidos por unas trompas ó especies de bocas metálicas, que estaban colocadas en los pedestales de las estatuas de los dioses, y que los sacerdotes sabían manejar hábil y oportunamente por medio de ocultos y subterráneos tubos.

— ¡Los dioses aplacan sus iras y los oráculos se disponen á otorgarnos sus vaticinios! — exclamó Laertes.

Después de esta exclamación del gran sacerdote, reprodujéronse aquellos formidables sonidos con mucha más intensidad y violencia; pero esta vez, léjos de producir el religioso terror que infundían de ordinario en aquel pueblo las manifestaciones de los dioses, parecía que más bien excitaban un vivo sentimiento de contrariedad y de desconfianzas. Aquel estrépito y estruendo se aumentaba por grados con los gritos y las aclamaciones de la muchedumbre, cuando de repente, como obedeciendo á una fuerza extraña y prodigiosa, cesó súbitamente, retratándose la consternación y el espanto en los rostros de los sacerdotes.

— ¡Solo la presencia de algun sacrilego dentro de este templo puede ser la causa

del repentino silencio de los dioses! — gritó Laertes.

— Dentro del templo, no; buscadle en la plaza del Capitolio — contestó desde entre la muchedumbre una voz, que Laertes reconoció al punto.

Efectivamente; en aquel momento acababa de presentarse Saturnino en la plaza, seguido de dos diáconos. Iba revestido de la túnica ó alba que Valeria y Sidonia le habían preparado, y llevaba en sus manos el báculo que le servía de insignia como pastor de un numeroso rebaño de fieles.

La iniciación ó aviso que había recibido del cielo daba á su fisonomía, siempre noble y modesta, la serenidad de un santo triunfo, que á los ojos del populacho parecía una insolente arrogancia.

Teniendo en cuenta ciertas consideraciones morales, puede explicarse muy fácilmente que los primeros apóstoles y propagandistas del cristianismo, poseídos de la mejor buena fe, creyeran sinceramente que recibían directamente del cielo anuncios y vaticinios que en realidad no procedían sino de la tierra, por más que quizás fueran así ordenados y dispuestos por la misma divinidad. En las relaciones de la vida privada, y cuando se hallaban en familiar contacto con sus conciudadanos ó discípulos, adquirían noticias y conoci-

miento de todas las cosas y de todos los asuntos vulgares ó extraordinarios que ocurrían en derredor de ellos mismos. Palabras ó conversaciones recogidas acá y allá les advertían respecto á las simpatías ú odios que inspiraban, y más de una vez, queriendo alguno aconsejarles que contrarrestasen ó procurasen evitar la cólera de los gentiles y paganos, se les recordaba el ejemplo y fin funesto de los muchos cristianos que habian sucumbido por haberlos desafiado y á un provocado. Despues de esto, cuando dichos apóstoles, preocupado el espíritu con tales avisos, se entregaban en la soledad de sus retiros á la práctica de sus rezos, exaltabanse sus pensamientos por el vértigo de la contemplacion, y en el éxtasis de sus oraciones, creyéndose en contacto con la divinidad, les asaltaba el recuerdo de aquellos mismos avisos, y pretendian, con la mejor buena fe, repetimos, que procedían del cielo ideas ó presentimientos nacidos en sus propias conciencias. Así, pues, cuando Saturnino se presentó en la plaza del Capitolio, creía con la más firme conviccion que se sometía á una prueba solemne, y el valor con que la afrontaba era el más completo testimonio de la fe y del amor que le inspiraba su cristiana religion.

Tan pronto como fué visto por los obre-

ros que estaban situados en las gradas y peristilo del templo de Júpiter, prorumpieron todos á una voz, gritando:

— ¡Hé ahí al sacrilego!... ¡Ese es!... ¡Saturnino es quien provoca y enciende la cólera de los dioses con sus sortilegios y maleficios!

El Obispo cristiano despreció aquellas primeras acusaciones y continuó su camino, entonando en alta voz los salmos y oraciones que hasta entónces habia venido rezando á media voz.

Semejante alarde exasperó al populacho, el cual se precipitó sobre Saturnino, separándole de sus dos diáconos, que huyeron y le abandonaron cobardemente. Aunque no opuso ninguna resistencia, fué grosera y brutalmente empujado hácia el templo pagano, donde le hicieron entrar por la fuerza, y una vez delante de los sacerdotes le dejaron libre, formando la muchedumbre un ancho círculo en actitud de asistir á un tremendo juicio.

El sello majestuoso de la santidad que brillaba en la fisonomia de Saturnino contuvo por un momento á los sacerdotes; pero las miradas de desprecio que éste arrojó sobre ellos y sobre los dioses á quienes ofrecían culto, excitaron sus iras, y dirigiéndose Laertes al Apóstol, le dijo

— ¿Es cierto que tus sacrilegas oracio-

nes provocan la cólera de nuestros dioses, haciéndolos insensibles á nuestras plegarias y sacrificios?

—¿A qué me lo preguntas?— contestóle Saturnino.—¿Por qué no me castigan esos falsos dioses, de cuya cólera me consideras el causante? ¿Por qué no me ha herido Júpiter con sus rayos? ¡Ah!... Yo los desprecio, y hasta desafío todo su poder infernal.

Al mismo tiempo que así se expresaba, Saturnino hacía con las manos la señal de la cruz, porque no se creía en presencia de ídolos insensibles, puesto que las estatuas de la teogonía olímpica eran consideradas por los primeros cristianos como verdaderas imágenes de demonios que combatían la religion del Crucificado. Semejante creencia ú opinion no tenía nada de extraordinario, si se tiene en cuenta que la supersticion de aquellos tiempos, consagrando altares á divinidades que representaban la cólera, el miedo, la lujuria, la venganza y otras pasiones, rendia culto al espíritu del mal.

Ante aquel signo de la redencion quedó mudo y silencioso aquel populacho, dominado tambien y subyugado por la arrogancia y el valor con que Saturnino habia desafiado el poder de Júpiter. Sólo Laertes, despues de un momento de vacilacion, gritó:

—Ved de qué manera los brujos como este hombre hacen enmudecer á los dioses; pero ese triunfo no es duradero, y ahora mismo hemos de obligarle á que les tribute el debido homenaje.

—¿Y cómo quieres que tribute homenaje á unos dioses que hago enmudecer? Ellos son los que deben humillarse ante mí.

La respuesta de Saturnino, ademas de la valentía con que fué pronunciada, era de una lógica incontestable para desconcertar á cualquier otro que fuese más hábil que Laertes. Este, pues, no pudo destruir tan poderoso argumento, y nada contestó; pero tomando el cuchillo ensangrentado que estaba sobre el altar, lo presentó á Saturnino, diciéndole:

—Inmola esa res como sacrificio á los dioses, ó en otro caso, teme la cólera de estas divinidades y la nuestra.

—Ya he desafiado ántes la cólera de tus dioses, y ahora desprecio la vuestra—respondió Saturnino, rechazando la cuchilla que Laertes le presentaba.

—¡Hierre al cristiano y que muera ante los dioses!—gritó el pueblo por todas partes.

Laertes, con el cuchillo en la mano y excitado por las imprecaciones de la multitud, se estremecía, considerando la posición en que se encontraba; pero no tenía

valor suficiente para matar á Saturnino, porque semejante asesinato le horrorizaba. Y mientras tanto, no se oían más que estas voces:

— ¡Hiere!... ¡hiere!... La sangre de ese hombre será á los ojos de los dioses más agradable que la de mil reses.

Laertes, indeciso y trémulo, no acertaba á decir ni hacer más de lo que ya habia dicho, y volvió á presentar el cuchillo á Saturnino, repitiendo:

— Sacrifica esta víctima en homenaje y holocausto á Júpiter, pues en ello te va la salvacion.

Laertes le dirigió esta especie de consejo, no tanto por salvar á Saturnino, como por salvarse á sí propio; y ciertamente que en aquel momento le hubiera prestado el Obispo cristiano un señalado servicio, si le hubiera librado de la comprometida situacion en que se encontraba. Pero Saturnino rechazó de nuevo el cuchillo con más desprecio y energia que la primera vez, pronunciando algunas palabras, que no fueron oídas á causa de los gritos y vociferaciones de la multitud, en cuya confusion se mezclaban con creciente furor las palabras de muerte y las maldiciones más execrables. Ya empezaban á escucharse tambien algunas amenazas dirigidas contra Laertes, á quien acusaban por su debilidad

ó cobardía, cuando oyóse una voz chillona y penetrante, que salió de detras de una de las columnas del templo, proponiendo una solucion que puso término á todas las vacilaciones.

— Trocad los papeles, convirtiendo al sacrificador en víctima y á la víctima en sacrificador: amarrad á Saturnino á la cola de ese toro.

Apénas habian resonado estas palabras, que sacaban de un gran apuro á Laertes, exclamó éste:

— ¡Sigamos ese consejo, que ha sido inspirado por los dioses!

El populacho se precipitó en el acto sobre Saturnino y le derribó en tierra, sin que éste opusiese ninguna resistencia, oyéndosele solamente entonar en voz alta las santas oraciones que ántes habia interrumpido. La muchedumbre y los sacerdotes, ocupados en maniatar á Saturnino, amarrándole á la cola del toro, y en sujetar á este animal, cada vez más enfurecido y espantado con el tumulto y la gritería, no pudieron apercibirse de que huia precipitadamente por una de las puertas laterales del templo el individuo que habia propuesto y aconsejado aquel suplicio, y que no era otro sino el mismo Cilo.

Aunque la preparacion de aquel tormento debió durar pocos instantes, hubo, sin

embargo, tiempo suficiente para que se acobardase y humillara un valor y un espíritu ménos resuelto é inquebrantable que el de Saturnino, cuya firmeza y heroica resignacion no vacilaron ni un momento.

Por el contrario, Laertes, horrorizado con aquellos aprestos, cuya ejecucion le hacia temblar, se aproximó todavia una vez más á Saturnino, exhortándole para que ofreciese sacrificios á Júpiter.

— ¡No! ¡no! ¡ya es tarde! — gritaban por todos los ámbitos del templo.

— ¡Deteneos! — gritó Laertes. — ¡Al fin ha consentido!

— ¡No! ¡no! — repetia el populacho ebrio de furor.

— ¡Deteneos! ¡deteneos! — volvía á gritar Laertes.

Pero, en efecto, era tarde. Uno de los tejedores habia concluido de apretar el último nudo de la cuerda, y gritaba en tono solemne:

— ¡Abrid camino! ¡Plaza al cristiano!

La muchedumbre se apartó á uno y otro lado, y el toro, suelto libremente, se precipitó por la puerta del templo, dando tremendos saltos y bramidos. La cabeza del pobre Saturnino crujió al chocar contra la arista de las primeras gradas del templo, y su muerte y suplicio fué más breve de lo que se prometia aquel sanguinario

populacho. Ningun interes ofreció á éste el espectáculo, porque la res huyó, arastrando sólo un cadáver inerte, y no pudo gozarse ni con los quejidos de la víctima, ni con sus convulsiones, ni con ninguno de los detalles de la atroz y terrible agonía que habia esperado presenciar.

No obstante, algunos malvados corrieron durante algun tiempo persiguiendo al toro en su veloz huida; pero no ofreciéndoles aquel espectáculo ninguno de los atractivos que su ferocidad buscaba, le abandonaron al fin. La res continuó su espantada fuga con desenfrenado furor, hasta que al volver la esquina ó ángulo de una calle enredóse ó sujetóse la cuerda en un monton enorme de piedras y ladrillos, rompiéndose en el acto y quedando allí abandonado el cadáver de Saturnino, sin que nadie estuviera presente ni para levantarle ni para dirigirle insultos.

Casi todo el pueblo habia vuelto á reunirse de nuevo en la misma plaza del Capitolio, y no conceptuando satisfecha la venganza que se habia prometido, bien pronto imaginó y reclamó la única que naturalmente podian apetecer aquellas masas, sedientas de sangre y de exterminio.

Los gritos de *¡Mueran los cristianos!* empezaron á dejarse oír como el sordo rumor de lejana tormenta, que bien pronto

rugió desencadenadamente con feroz violencia; y ya los más crueles, ó mejor dicho, los más exaltados, se dirigian con actitud amenazadora hácia la iglesia, donde sabian que se hallaban congregados los discípulos de Saturnino, cuando oportunamente vióse asaltada y ocupada la plaza por una legión entera de soldados, que reprimieron el motin, mandando el jefe de ellos que todos los ciudadanos pacíficos se retirasen á sus casas, y previniendo que los que no prestasen obediencia serian perseguidos en el acto y castigados como sediciosos y rebeldes.

El móvil que habia excitado la animosidad de aquel populacho no habia sido más que el resultado de una exaltacion momentánea y pasajera; por cuya razon se contuvo, y aún desapareció ante el primer obstáculo de verdadera resistencia que encontró en su camino, dispersándose en el acto aquellas masas, que huyeron esparcidas en todas direcciones.

Otro contraste pudo observarse también en aquellos tristes momentos. Los cristianos, noticiosos de todo lo que acababa de suceder, é invitados por algunos magistrados de la ciudad para que se retirasen á sus respectivas moradas, ofrecieron el testimonio de su colectivo dolor con una sentida plegaria que elevaron al cielo, cayen-

do todos de rodillas instintivamente y por un sentimiento unánime; despues que concluyeron aquella breve oracion se pusieron de pié y tomó cada cual el camino de su albergue, marchando con paso lento y con triste recogimiento. Aunque todos conocian el peligro que les amenazaba de encontrarse con los verdugos de Saturnino, y temiesen que éstos cometerian con ellos la repetición de nuevos actos de violencia, ninguno apresuró su paso ni demostró querer huir el fallo del destino, así el hijo que sostenia al anciano padre, como la madre que llevaba en los brazos á su tierno hijo, y como el jóven que acompañaba á su hermana ó á su prometida.

Estaban los primeros neófitos del cristianismo sostenidos y animados de un valor religioso y de una potentísima fe, que no abandonó á los de Tolosa en aquellos terribles momentos. Así era de ver el curioso espectáculo que en algunas calles ofrecian los perseguidores y los verdugos, huyendo y precipitándose en el interior de sus casas, cuyas puertas se cerraban con estrépito, mientras que sus perseguidos y sus víctimas caminaban con la gravedad de los justos, dejando abiertas de par en par las puertas de sus moradas, para demostrar así que no se preparaban á ningun acto de defensa.

El lector habrá podido sospechar ya el origen de aquellos socorros, que desgraciadamente llegaron tarde para salvar á Saturnino, aunque á tiempo y muy oportunamente para evitar una degollina y una mortandad, que la embriaguez del matador, tan fácil de excitarse, hubiera convertido en espectáculo sangriento y espantable.

En el momento mismo que Laertes ordenaba que se siguiese el consejo homicida dado en el templo por una voz desconocida, corrió Cilo al palacio del juez ó pretor que gobernaba la colonia y la ciudad de Tolosa, á quien formuló la denuncia de que Laertes habia ordenado la muerte de un ciudadano, sin que éste hubiera sido acusado de ningun crimen que le fuer probado, y sin permitirle tampoco el derecho de la defensa y de la apelacion, para ejercerlo ante la justicia de los únicos y verdaderos magistrados de la ciudad.

Así es que Laertes, que ya estaba aterrorizado con lo que acababa de pasar, y que ademas habia visto con extrañeza que su nombre no habia sido aclamado por el pueblo, como se lo habia prometido y anunciado Cilo, quedó estupefacto cuando á los pocos momentos vió penetrar en el mismo templo á los lictores del pretor, que le intimaron que se diese preso por orden del tribunal.

Pero cuando Laertes llegó al colmo de la sorpresa fué al oír de qué crimen se le acusaba y al serle presentado su delator, quien declaró en su presencia que formulaba aquella acusacion para vengar la muerte de Saturnino. La limitada inteligencia del gran sacerdote no sabia darse cuenta de lo que pasaba, extraviándose en el laberinto de la horrible trama en que se veia envuelto.

IV.

Hasta el anochecer de aquel infausto dia, la ciudad de Tolosa, aprisionada dentro de su propio terror, presentó el aspecto tétrico y sombrío que distingue y revela al culpable inmediatamente despues de cometido el crimen. Todos los habitantes permanecieron retirados en sus albergues, sin que se notase por las desiertas y solitarias calles de la poblacion el más pequeño movimiento. Parecia como que esperaban el resultado de los sucesos que habian tenido lugar, y nadie se atrevió á salir de su casa ni á dedicarse á sus habituales trabajos. Perseguidores y perseguidos no se ocupaban más que en meditar sobre la suerte de Saturnino. El dolor y la afliccion de los discipulos de este virtuoso prelado aumentaba y crecia, por efecto de la incertidum-

El lector habrá podido sospechar ya el origen de aquellos socorros, que desgraciadamente llegaron tarde para salvar á Saturnino, aunque á tiempo y muy oportunamente para evitar una degollina y una mortandad, que la embriaguez del matador, tan fácil de excitarse, hubiera convertido en espectáculo sangriento y espantable.

En el momento mismo que Laertes ordenaba que se siguiese el consejo homicida dado en el templo por una voz desconocida, corrió Cilo al palacio del juez ó pretor que gobernaba la colonia y la ciudad de Tolosa, á quien formuló la denuncia de que Laertes habia ordenado la muerte de un ciudadano, sin que éste hubiera sido acusado de ningun crimen que le fuer: probado, y sin permitirle tampoco el derecho de la defensa y de la apelacion, para ejercerlo ante la justicia de los únicos y verdaderos magistrados de la ciudad.

Así es que Laertes, que ya estaba aterrorizado con lo que acababa de pasar, y que ademas habia visto con extrañeza que su nombre no habia sido aclamado por el pueblo, como se lo habia prometido y anunciado Cilo, quedó estupefacto cuando á los pocos momentos vió penetrar en el mismo templo á los lictores del pretor, que le intimaron que se diese preso por orden del tribunal.

Pero cuando Laertes llegó al colmo de la sorpresa fué al oír de qué crimen se le acusaba y al serle presentado su delator, quien declaró en su presencia que formulaba aquella acusacion para vengar la muerte de Saturnino. La limitada inteligencia del gran sacerdote no sabia darse cuenta de lo que pasaba, extraviándose en el laberinto de la horrible trama en que se veia envuelto.

IV.

Hasta el anochecer de aquel infausto dia, la ciudad de Tolosa, aprisionada dentro de su propio terror, presentó el aspecto tétrico y sombrío que distingue y revela al culpable inmediatamente despues de cometido el crimen. Todos los habitantes permanecieron retirados en sus albergues, sin que se notase por las desiertas y solitarias calles de la poblacion el más pequeño movimiento. Parecia como que esperaban el resultado de los sucesos que habian tenido lugar, y nadie se atrevió á salir de su casa ni á dedicarse á sus habituales trabajos. Perseguidores y perseguidos no se ocupaban más que en meditar sobre la suerte de Saturnino. El dolor y la afliccion de los discipulos de este virtuoso prelado aumentaba y crecia, por efecto de la incertidum-

bre en que se encontraban, ignorando cuál podría ser el paradero del cuerpo del apóstol: el arrepentimiento de los verdugos, por otra parte, aumentaba y crecía también, al considerar la injusticia de aquel martirio, cuya inutilidad empezaron desde luego á reconocer.

Sólo se percibía de cuando en cuando por las calles el lúgubre galopar de algun soldado de caballería, portador de alguna orden, y aquel único ruido, por muy lejano que se oyese, sembraba el miedo y el pavor en todos los hogares, porque á cada cual se le figuraba que podía ser la orden de su propia prision.

El terror fué tan grande, que llegó la noche sin que nadie hubiera salido de su casa y sin que los cristianos pensasen siquiera en reunirse para deliberar. Mientras que los discípulos de Saturnino estuvieron en la iglesia, fortificados los unos con la presencia de los otros, hubieran todos arrostrado cuantos peligros les amenazasen, y hasta hubieran desafiado á la misma muerte. Hasta tal punto se habian considerado estar ante el mismo Dios, con cuya divinidad iban á comunicarse por virtud de la Eucaristía y de las ceremonias de la solemne fiesta que conmemoraban en aquel día, que el sentimiento exaltado de un religioso deber les habia sobrepuesto á

todos los vanos temores de la tierra, sosteniéndose en ellos este santo valor mientras se vieron frente á frente con el peligro.

Despues que se hubieron separado, y cuando cada cual estuvo retirado á su hogar, fué cuando comenzó á debilitarse poco á poco aquel sentimiento colectivo, en que dominaba el espíritu del cristianismo y de la religion sobre el instinto de la vida y de la propia conservacion, haciendo de ellos ántes cristianos que hombres. En las calles y en la plaza, ante sus perseguidores, los más fuertes habian infundido valor y confianza á los más débiles, sosteniéndoles el ánimo; mas en el seno de las familias y en el apartamiento de sus respectivas moradas, allí fueron los débiles quienes domoñaron la animosidad y el valor de los más fuertes, no venciendo á éstos por la violencia, sino estrechándolos cariñosamente en sus brazos y besando sus manos, ó cayendo de rodillas ante ellos, para rogarles que permaneciesen al lado de la familia. Así triunfaron, por una parte, las atribuladas esposas, las jóvenes y los tiernos hijos, á quienes era forzoso abandonar, cuyos seres amados se interponian para cerrar el camino á los deseos de cumplir un nuevo deber; ó ya fué la desesperacion y el llanto de una madre anciana ó de un

padre enfermo lo que contuvo á otros, dominando en todos los casos el sentimiento del cariño y del parentesco.

Un cruel remordimiento se apoderaba, no obstante, por igual, de todas las conciencias: Saturnino, el virtuoso pastor, habia muerto, ofreciendo su martirio en holocausto á la religion de todos, y no habia habido ninguno que tuviera valor y resolucion bastantes para salvar, o proteger, al ménos, el cadáver de aquella victima. Cada cual esperaba, lleno de rubor, que otros, más devotos ó ménos cobardes, cumplirian un deber que lo era de todos.

¿Qué habia sido entre tanto del cadáver de Saturnino? Yacia en el mismo lugar donde, por haberse roto la cuerda del toro, habia quedado abandonado. Ni amigos ni adversarios se habian atrevido á levantarle. El magistrado que hubiera debido cumplir con aquel deber de su cargo no habia querido hacerlo; porque levantar aquel cadáver, para disponer su inhumacion de una manera decorosa, hubiera sido una demostracion de respeto á los cristianos y una especie de fallo acusador contra el pueblo, á lo cual no se atrevia el tal magistrado; no determinándose tampoco á disponer que fuese arrojado á las gemonias, porque este mandato hubiera significado que se asociaba y se hacia cómplice

en el crimen cometido por el pueblo contra un hombre cuya virtud inspiraba veneracion y respeto aun á aquellos que no profesaban su religion.

El edil que patrullaba por las calles de la ciudad precedido de sus lictores, al pasar cerca de aquel cadáver, apartó de él la vista y apresuró el paso. Creía que los cristianos se apoderarian de aquellos mortales despojos, que debian ser sagrados para ellos, y abandonó á otros el compromiso ó peligro de darle una honrosa sepultura, por no atreverse tampoco á inferir nueva injuria y profanacion sobre los restos ensangrentados de aquel mártir.

El cadáver de Saturnino hubiera sin duda quedado expuesto á los ultrajes de sus verdugos, á pesar de las esperanzas y de los cálculos del edil; porque éste suponía en sus discípulos un valor que aquéllos ciertamente no tenían. Ese valor habia huido del corazón de todos los varones esforzados y de la colectividad de todas las familias, y habia ido á refugiarse bajo el techo humilde de dos virtuosas doncellas, casi abandonadas en el mundo, huérfanas, sin parientes, sin amigos y hasta sin afecciones; porque no puede llamarse afeccion el público interés que inspiran los que practican la virtud, quienes, fuera de sus moradas, aspiran una atmósfera de consi-

deraciones y respetos que regocija el alma y le sirve de estímulo, quedando luego sumidos en la más triste soledad y aislamiento, cuando, traspassado el umbral de sus viviendas y al llegar la hora en que hablan al corazón los dolores ó las alegrías, no tienen con quien consolarse de aquéllos ni á quien hacer partícipes de éstas.

¿Podiera creerse que por ser dos hermanas Sidonia y Valeria representaban la una para la otra esa clase de afecciones tan agradables á nuestra existencia? De ningún modo; pues hay que observar en ciertos casos las extrañas contradicciones del corazón humano. La completa union de dos existencias por la uniformidad de deseos, por la armonía de opiniones, por la identidad de gustos y por la igualdad de las esperanzas, constituye al fin una sola existencia con el aislamiento de dos personas.

Hé ahí por qué, teniendo Valeria y Sidonia una misma virtud, una misma resignacion, un mismo dolor y una misma esperanza, eran una sola alma en dos distintos cuerpos.

Así es que cuando con la identidad de sus pensamientos resolvieron á un punto visitar y reconocer los sitios en que habia tenido lugar el martirio de Saturnino, ninguna de ellas se alarmó, ni tuvo miedo, por

los peligros que pudieran amenazar á la hermana, ni la una intentó siquiera contener á la otra; y como quiera que Verónica ya hacia rato que se hubiera retirado á descansar, nadie pudo hacerles observar que ofrecian un heroico y sublime acto de valor y caridad á la consideracion del mundo y al respeto de los siglos venideros. Solas ante Dios y sus conciencias, no teniendo más consejo que el de la inspiracion divina, todo les pareció fácil, y salieron silenciosamente de su modesta casita, marchando sin concertar de palabra ningun proyecto, pero retratándose en los rostros de ambas la tristeza al par que la tranquilidad de una santa resolucion.

A un dia tan funesto habia sucedido una noche plácida y serena, alumbrada por el pálido resplandor de la luna. Era la media noche, y parecia como que hasta la misma naturaleza reposaba dormida por el cansancio de aquel dia de tumulto y de horrores. Todo estaba en calma, y el más absoluto silencio reinaba en la ciudad de Tolosa, prestando así mayor misterio á la peregrinacion de las dos jóvenes, que, marchando unidas, se dirigieron hácia la plaza del Capitolio. Juzgando á los demas con el mismo valor y la misma fe que alentaba en sus corazones, creyeron que al llegar á ese lugar encontrarían allí á muchos de sus

hermanos. Mas al observar que no veían á nadie en su camino, empezaron á llenarse de alarma, acusando, no á los cristianos ausentes, sino acusándose á sí mismas por su propia tardanza.

— Llegarémos demasiado tarde — dijo Valeria en voz baja — y no podrémos acompañar los restos del santo mártir, que ha dado hoy su vida por la fe de nuestra religion.

— Tienes razon — respondió Sidonia; — procurémos caminar más aprisa.

Ambas apresuraron su marcha, examinando al paso las puertas de aquellas silenciosas moradas, por delante de las cuales caminaban, y esperando ver salir de ellas alguno que con furtiva y veloz carrera las siguiese y las adelantase. A nadie vieron, nada oían, y las dos jóvenes se miraron la una á la otra medio abochornadas, porque aquellas almas virtuosas que tenían el raro valor de cumplir solas los deberes de todos, creían hacer tan poca cosa, que se avergonzaban de haber podido faltar á tan sagrada obligacion. Bajo estas impresiones de arrepentimiento, de afan y de angustia, llegaron por fin á la plaza del Capitolio.

Las blancas columnas peristilicas de los templos paganos, que rodeaban el Capitolio, se destacaban como una legion de fan-

tasmas ante los ojos de las dos hermanas; pero la plaza estaba desierta y silenciosa como las calles.

Por un momento las dos jóvenes se sintieron sobrecogidas de temor y espanto. El misterio y la soledad de la noche causa pavor é impone miedo aun á los corazones más esforzados y más indiferentes; pero esta vez no debia ejercer por mucho tiempo su influjo sobre el espíritu de aquellas dos vírgenes, que se aprestaban á luchar, si fuera preciso, contra los dioses infernales que habitaban en aquellos templos, y que hasta entónces aparecian vencedores, si no de la fe, sobre la vida al ménos de su más temible antagonista.

Lo que más contribuyó á sostener el valor de Valeria y de Sidonia fué quizás el arrepentimiento y el pesar que sentian por la falta de que se creían culpables. Las dos hermanas se acusaban de haber llegado tarde para tributar á Saturnino los fúnebres homenajes que juzgaban haberle ya tributado los demás cristianos, y querian remediar en lo posible aquella falta, uniéndose y asociándose á sus hermanos. Así, pues, lo primero que procuraron fué calcular cómo podrian encontrarlos.

Un solo vestigio podia guiarlas por el camino de sus indagaciones, y ese vestigio no podia ser otro sino el rastro de sangre

de la víctima. Ellas sabían que Saturnino, para el triunfo de su santidad, había salido del templo de Júpiter, y subieron resueltamente por las gradas de aquel templo. Sus cuerpos se estremecieron al pisar aquellos mármoles sacrílegos, pero bien pronto se sintieron fortalecidas por una santa inspiración y creyeron que Dios no las abandonaría; porque, en efecto, habían visto sobre esos mármoles algunas gotas de aquella sangre preciosa.

El primer cuidado de ambas fué recoger y secar con sus mantos aquella sangre, que no querían dejar expuesta á que se confundiese y mezclase con el polvo y el fango que bien pronto había de cubrir aquellos lugares. Así continuaron borrando aquel rastro de sangre y recogiendo de trecho en trecho los girones y despojos ensangrentados del horrible suplicio que no habían visto, pero que adivinaban en todos sus detalles, quedando pasmadas de que se les hubiese dejado recolectar tan preciadas reliquias en un campo que juzgaban segado ya por sus hermanos.

Por aquella sangrienta vía, en la cual se detenían con frecuencia para rezar algunas oraciones, y que recorrieron de rodillas casi en toda su extensión, llegaron por fin al ángulo de la calle donde se encontraba el cadáver de Saturnino.

Al verle solo, absolutamente solo, y al observar aquel sitio abandonado y desierto, se dirigieron una recíproca mirada con la cual quisieron expresarse su sorpresa y su amargura, pues no se habían imaginado siquiera que los cristianos fueran capaces de una tan grande ingratitud.

— ¡Es decir, que ninguno de sus discípulos ha venido! — exclamó Sidonia.

— ¡Tened piedad de ellos, Dios mío! — añadió Valeria elevando las manos al cielo.

— Quizás la misericordia divina, en su alta sabiduría, considere que no son tan culpables como sospechamos nosotras.

— Sí; pero el fallo de los hombres en la tierra los castigará con el desprecio, y la indignación de los cristianos de todos los países de la tierra pesará sobre ellos.

— También podremos evitar nosotras que así sea, hermana mía — dijo Valeria — si Dios nos concede las fuerzas necesarias para retirar de aquí este sagrado cadáver.

— Dices bien; á nosotras nos toca borrar las culpas de nuestros hermanos. ¿Será el Señor quien nos encomienda esta misión?

— No debemos vanagloriarnos de tan santa distinción ántes de haberla merecido. Si por ventura Dios nos hubiera destinado á cumplir con este sagrado deber, será sin duda para demostrar que basta solamente su voluntad para dar fuerza á los débiles.

Bajo la inspiracion de tan modestas y santas intenciones probaron á ver si podian suspender el cadáver y trasportarlo, pero les faltaron fuerzas. Tirando de la cuerda con que estaban amarrados los piés de Saturnino hubieran podido conducirlo arrastrando; pero esto, aun ejecutado con el buen deseo de sustraer aquellos restos inanimados á los insultos ó á la profanacion de sus enemigos, les pareció que era tanto como continuar el tremendo sacrilegio cometido contra la persona del pastor.

Para las inteligencias y para los corazones en que domina la fe tienen favorable explicacion todas las cosas que suceden. En aquellas circunstancias el obstáculo que se les presentaba á las dos jóvenes lo consideraron éstas, no como una imposibilidad, sino como un aviso ó revelacion divina; y por consiguiente, por efecto de aquella fe, creyeron que ellas debian poder todo lo que Dios quisiera, y que no pudiendo conducir el cadáver por carecer de fuerzas materiales para ello, era porque Dios no queria que se le trasladase á ningun otro lugar.

—Hermana mia—dijo Valeria—estos sagrados restos deben quedar aquí como testimonio augusto y eterno del santo martirio que aquí mismo se ha cumplido.

—Así debe ser indudablemente la volun-

tad del Señor—contestó Sidonia;—¿pero deberán quedar expuestos á la lluvia, á la intemperie, á la profanacion de los transeuntes y á la voracidad de algunos perros hambrientos?

—Veamos si podemos abrirle una fosa en este mismo sitio.

—¿Por qué sepultarle bajo la tierra? ¿No sería mejor elevarle una tumba?

—Ciertamente es Dios quien te ha inspirado semejante idea, y así lo creo. ¡Oh, pídale ahora que nos ilumine y que nos conceda fuerzas para mostrarnos que aprueba nuestra empresa y nos presta su ayuda!

Las dos hermanas cayeron de rodillas, elevando sus oraciones al cielo, y despues de una ferviente y breve plegaria se pusieron de pié. En seguida empezaron á trabajar para formar sobre el cadáver una especie de bóveda, con el monton de piedras y ladrillos donde se habia sujetado y roto la cuerda del suplicio. Tomando con sus delicadas manos ó haciendo supremos esfuerzos para rodar aquellos pesados cantos, fueron sobreponiéndolos y construyeron así un muro todo alrededor del cadáver y como de dos piés de altura: luégo fueron colocando encima las piedras más largas que habian reservado para el cerramento, cargando sobre ellas muchas otras más pe-

queñas, y á fuerza de fatigas y trabajos lograron cubrir el todo con ladrillos y pedazos de pizarra, no echando de ver que las rendia el cansancio, sino cuando estuvo terminada su obra.

—Ahora—dijo Sidonia—es necesario que nos retiremos de este sitio.

—Sí—contestó Valeria;—pero ántes debemos descansar algunos momentos, para orar en accion de gracias al Señor por el auxilio que nos ha prestado, concediéndonos fuerzas para ejecutar lo que hemos hecho.

Con todos los sentidos puestos en aquella santa y penosa faena, no pudieron notar que un hombre se habia deslizado en la sombra, hácia la esquina opuesta, y que allí, ocultándose entre unos maderos que estaban apilados en el suelo, las habia estado espíando y observando con su acostumbrada perseverancia.

Tal vez hubieran ellas podido ver aquel hombre cuando concluyeron su trabajo; pero tan pronto como se hubieron sentado al pié del monumento que acababan de construir, las rindió el sueño y se durmieron con las cabezas apoyadas sobre las piedras que protegían el cadáver del santo mártir.

El lector habrá adivinado ya que aquel espía debia ser Cilo, y él era en efecto. Este

ser malvado, previsor y astuto, calculó que habia de encontrar algunos cristianos que intentasen apoderarse del cadáver de Saturnino, y habia acudido, como el cazador que ha dejado puesto el cebo, para sorprenderlos y conocer el número y los nombres de las víctimas que cayesen en la trampa. No pudo ver más que á las dos hermanas, lo cual era bien poca cosa y no le ofrecía grandes lucros; pero tenía ocasion y asunto para formular una nueva delacion, y esto siempre le proporcionaba un placer, fueran más ó ménos las utilidades que le reportase.

Tan pronto como las vió dominadas por el sueño corrió el infame Cilo á la morada del pretor, á quien le denunció todo cuanto habia visto. Aquella autoridad acogió con bastante repugnancia la acusacion; pero no se atrevió á rechazarla ni á desatenderla, porque el servilismo de la ley obligaba á los magistrados á proceder en juicio por virtud de cualquiera delacion, siempre que á uno de esos miserables delatores de profesion se le antojase inventar un crimen ó revelarlo. Así pues, el pretor llamó á sus lictores y se encaminó al sitio donde se encontraba el cadáver de Saturnino.

Cuando el magistrado llegó á dicho sitio encontró ya reunido un número conside-

rable de ciudadanos, que habian ido acudiendo al despuntar el día y que formaban un círculo compacto al rededor de aquel sagrado monumento. Algunos eran cristianos, y los más de ellos profesaban la religión pagana; pero lo mismo unos que otros permanecian todos inmóviles, guardando un respetuoso silencio al lado de aquella tumba protegida y defendida por el sueño de las dos vírgenes.

Al contemplar el pretor aquel místico y conmovedor espectáculo se detuvo como los demas ciudadanos, guardando como ellos silencio, y desarmado de todo valor para turbar aquel santo sueño. Todos los corazones sentíanse dominados por un profundo sentimiento de admiración.

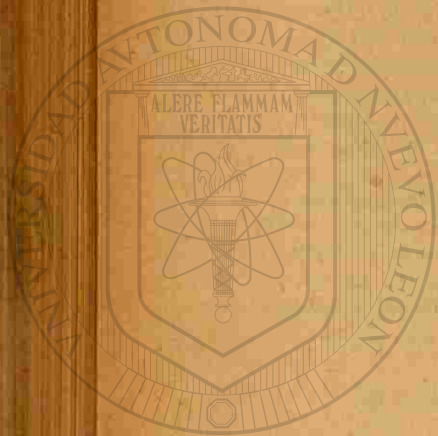
Al cabo de un gran rato, cuando ya todo el pueblo de Tolosa habia acudido á aquel lugar, se despertaron las dos hermanas y se pusieron de pié, dirigiendo una mirada sobre la muchedumbre que las contemplaba. No pudiendo ellas explicarse ni la presencia de aquellas gentes, ni el silencio que las rodeaba, se cogieron de las manos, y sin preocuparse ni intimidarse por la suerte que les estuviera reservada, marcharon con la frente erguida y la vista inclinada, tomando el camino de su modesta casita. El pueblo se separó, abriendo calle, para dejarlas pasar; los cristianos se arrodillaron;

los paganos inclinaron las cabezas; el pretor las saludó conmovido, y los lictores rindieron sus faces.

A los pocos días veíase construida una nueva bédeda, bien fuerte y bien cimentada, que cubría el sepulcro y el monumento levantado por las débiles manos de las dos santas vírgenes, que así las llamaban en Tolosa (1), porque estaban consideradas como santas á los ojos de todo el mundo.

Algunos siglos despues edificóse allí mismo un magnífico templo, que se llamó la Capilla del Toro; pero los restos de Saturnino fueron trasportados y depositados más tarde en la iglesia que lleva el nombre del santo mártir de Tolosa

(1) *Saintes Pucelles (Sancta puella).*



ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
Los Romanos (conclusion).— V.	5
VI.	25
VII.	43

CUARTA ÉPOCA.

Los Cristianos. — I.	83
II.	109
III.	134
IV.	149

FIN DEL ÍNDICE.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

